

Diario de José Pedro Díaz (1942-1956; 1971; 1998)

Edición, prólogo y notas de
Alfredo Alzugarat



Biblioteca Nacional **Colección Bicentenario**
Ediciones de la Banda Oriental





DIARIO DE JOSÉ PEDRO DÍAZ
(1942 – 1956; 1971; 1998)

Edición, prólogo y notas de
Alfredo Alzugarat

BIBLIOTECA NACIONAL
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL



Diseño de tapa: Fidel Sclavo

ISBN 978-9974-1-0729-8

©

Biblioteca Nacional del Uruguay

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.

Gaboto 1582 – Tel.: 2408 3206 – 2401 0164 – Fax: 2409 8138

11.200 – Montevideo, Uruguay.

www.bandaoriental.com.uy

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en el Uruguay – 2011

“¿Quiero salvar en estos cuadernos una forma posible de mi vida? Mi vida quedará aquí ¿para quién – quiénes?”

José Pedro Díaz – 17 de julio de 1947

Agradecimientos

Este libro, por sus características, requirió de la colaboración de muchas personas. Entre ellas, quiero destacar la ayuda, tan generosa como indispensable, de Virginia Friedman, Encargada de la Sección Archivos Literarios de la Biblioteca Nacional, quien, lupa en mano, corrigió por extenso la transcripción de los manuscritos; de Carlos Maggi, por su nítida memoria de aquellos tiempos lejanos; y de Alma Bolón, docente de Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades, por sus conocimientos y aportes literarios con respecto a su especialidad.

Mi agradecimiento también, a Ana Inés Larre Borges, quien alentó la publicación de este Diario con su contagioso interés por las "escrituras del yo",

a Ignacio Bajter, con quien trabajo en permanente consulta con respecto al Archivo Díaz Berenguer, y a Mirtha Duarte, por su labor en el ordenamiento de la correspondencia de Díaz,

a Carina Blixen y Óscar Brando, a Juan Fló, Ida Vitale, Omar Moreira, Vanina Arregui, Beatriz Vegh y Jaime Monestier, a Juan Introini, Glenia Eyherabide y Francisco Bustamante, por las consultas y los aportes recibidos,

a Juan Carlos Mondragón, por acceder a la publicación de una carta de José Pedro Díaz dirigida a su persona.

Por supuesto, mi mayor reconocimiento es para Álvaro Díaz Berenguer, por la donación del Archivo de sus padres a la Biblioteca Nacional y por la confianza depositada.

ALFREDO ALZUGARAT

Noticia preliminar

Resulta oportuna la publicación del Diario de José Pedro Díaz en el marco de la conmemoración del Bicentenario de la Revolución Oriental. Su encomiable trayectoria literaria, junto a la de su esposa, la poeta Amanda Berenguer, reúne más de setenta años de intensa labor en la cultura nacional y ubica a ambos autores, sin lugar a dudas, como genuinos representantes de la llamada “generación del 45”.

José Pedro Díaz y Amanda Berenguer nacieron en Montevideo en el año 1921. En 1936, con quince años de edad, Amanda editaba la revista estudiantil “Vida”, y en 1940 daba a conocer su primer libro (*A través de los tiempos que llevan a la gran calma*). José Pedro, por su parte, publicó *Canto pleno*, el primero de sus libros, en 1939. Contrajeron matrimonio en 1944, instalándose poco después en una casa legendaria para la historia de la literatura nacional en el siglo pasado, una casa situada entonces en la calle Mangaripé (hoy María Espínola) al 1619, acondicionada no sólo para que les sirviera de hogar sino también para el logro de una plena dedicación a la literatura. José Pedro repartió su vida entre la docencia (ejercida en Enseñanza Secundaria, Instituto de Profesores Artigas y Facultad de Humanidades, Universidad de la República) y la creación literaria, siendo poeta, ensayista, narrador, no permaneciendo ajeno a la actividad teatral presidiendo en 1967 la Comisión de Teatros Municipales. Fue también editor, incansable conferenciante y, cuando las circunstancias lo exigieron, periodista cultural. Amanda, más allá de algunas publicaciones periodísticas, se dedicó casi exclusivamente y de manera admirable a la labor poética. José Pedro falleció en julio de 2006, Amanda en julio de 2010, año en que se diera a conocer su último libro, *La cuidadora del fuego*.

Hacia fines de 2009 el hijo de ambos, el Dr. Álvaro Díaz Berenguer, donó todos los papeles, objetos vinculados a la labor literaria, fotos y films a la Biblioteca Nacional de Uruguay, con lo que se inauguró lo que en ese inicio fue solo el Archivo Díaz. El fallecimiento de Amanda Berenguer algunos meses después, dio paso también a la inmediata donación de su archivo personal. Si bien los dos conjuntos se mantienen separados, son vinculables entre sí para toda investigación que se realice, por lo que es preferible hablar del Archivo Díaz – Berenguer. Al ya cuantioso legado se sumó posteriormente el envío de los miles de libros que ambos poseían y la minerva La Galatea, con la cual iniciaran su labor editorial.

Las metas que José Pedro y Amanda se propusieron desde su más temprana juventud los llevó a guardar registro, de manera puntual y exhaustiva, de toda labor realizada y de cada acontecimiento artístico del que formaron parte. Hoy, ante la formidable dimensión del Archivo queda claro que existió en ambos, desde los veinte años en adelante, una clara conciencia de posteridad y de comprensión de

que todo documento, por mínimo que sea, puede tener un valor significativo o entrañable.

Así concebido, por su dimensión, el Archivo Díaz – Berenguer abruma a simple vista. El conjunto de sus papeles colma al tope dos armarios: alrededor de 120 abultadas carpetas. José Pedro Díaz publicó 21 volúmenes de su exclusiva autoría más otros 299 textos entre ensayos, ponencias, tesis, artículos periodísticos, poemas y fragmentos narrativos. Salvo escasas excepciones, se conservan hoy originales, borradores y apuntes de casi todas sus publicaciones. Su correspondencia particular se aproxima a las dos mil cartas. Las reseñas de sus obras, reportajes e información sobre su persona, de la prensa nacional e internacional, académica y periodística, llenan más de tres carpetas. Otras tantas guardan todo lo referente a su larga actuación universitaria. Entre este mar de papeles, los once cuadernos manuscritos que contienen el Diario que hoy damos a conocer, ocupan un destacado lugar.

No falta en el Archivo la valiosa herencia de la afición de Díaz a la fotografía y a la filmación artesanal. Consecuencia de ello son dieciséis rollos de films, en su mayoría efectuados durante el viaje por Europa que realizara junto a su esposa entre 1950 y 1952 que, recuperados gracias a la pericia de técnicos de Cinemateca Uruguay y convertidos en formato DVD, sin duda representan un acervo visual de enorme importancia. Enriquece a lo anterior la existencia de más de trescientas fotografías, algunas de las cuales fueron exhibidas en el último número de la “Revista de la Biblioteca Nacional” (Año 3, Nos. 4 – 5, 2011) en tanto otras acompañan la publicación de este Diario.

Prólogo

El diario de vida como tradición y práctica

La escritura de diarios de vida fue práctica común de varios de los más conspicuos representantes de la generación crítica o del 45. En algunas de las entradas del Diario de José Pedro Díaz, que recorre su actividad intelectual entre 1942 y 1956, se hace mención de que también Amanda Berenguer llevaba por esos mismos años un diario de similares características¹. En otros fragmentos, Díaz testimonia sobre la existencia de un diario juvenil de Ángel Rama e incluso de lecturas compartidas por ambos de lo que en ellos anotaban. Se añade a lo anterior otro extenso diario perteneciente a Idea Vilariño que recorre la mayor parte de su vida. Finalmente, tenemos la publicación, única hasta ahora, de una selección de otro diario de Ángel Rama correspondiente a los años 1974 – 1983, realizada por Rosario Peyrou en 2001². Que cuatro de sus más activos miembros coincidieran en este tipo de escritura, caracterizada por una atención cotidiana y una voluntad de registro del quehacer individual y colectivo, debería resultar suficiente para afirmar que la escritura de diarios significó una vertiente narrativa, secreta por su carácter inédito, de varios de los más importantes integrantes del 45.

La difusión en nuestro país de la tradición diarística francesa y la presencia paradigmática, dentro de ella, del *Journal* de André Gide, puede contribuir al intento de explicar el porqué de este tipo de escritura en ese período del quehacer literario uruguayo. Si bien resulta innegable el precedente del Diario de Henri – Frédéric Amiel –recordado como el primer diario íntimo dado a conocer– y del Diario de Jules Renard (1887 – 1910), es indudable que la recepción del *Journal* de Gide fue la que alcanzó mayor influencia. La amplitud de su contenido, tanto en la hondura de la sinceridad consigo mismo como en la acumulación de material de reserva para la tarea de elaboración literaria, debió de inspirar una práctica similar en muchos que lo conocieron y leyeron asiduamente. Escribir diarios “después de Gide, sobre todo, era una tarea bien vista”, ha afirmado en estos días Ida Vitale³.

Hubo también otros diarios de ese origen que no es posible ignorar. En 1949 la editorial Emecé de Argentina, de amplia difusión en Uruguay, dio a conocer *Extractos de un diario*, de Charles du Bos. La publicación contaba con un prólogo de Eduardo Mallea y mereció en nuestro medio una extensa reseña en el semanario

1 Se conservan en el Archivo tres cuadernos que dan cuenta, de manera irregular, de los años 1944 a 1957.

2 Ángel Rama. *Diario 1974–1983*. Edición, prólogo y notas (2001) de Rosario Peyrou.

3 E– mail de Ida Vitale al editor, 19 de junio de 2011.

"Marcha" a cargo de Mario Benedetti. Algún tiempo más tarde también "Marcha" daba a conocer *Páginas de un diario* de Julien Green⁴, fragmentos de un texto que luego José Pedro Díaz leería íntegro en París. Sirvan estos ejemplos para confirmar a la literatura francesa, de aceptación entonces aún predominante en nuestro medio, como la más propicia, por esos años, para acuñar y estimular un sendero cierto en esta práctica literaria.

Ha dicho Béatrice Didier que "desde el momento en que el diario deja de encerrarse en el discurso introspectivo únicamente, se vuelve el receptáculo de todos los tipos de escritura, prácticamente sin límite". Esta apertura, en la que el *Journal* de Gide también puede ser un ejemplo, lo hace capaz de integrar en su "formato" no solo las tribulaciones del mundo interior, los procesos reflexivos y el análisis moralista, sino también el detalle de eventos y encuentros con otros escritores; registros de diálogos y hechos que operan al modo de las libretas de bolsillo que utilizaban Balzac o Zola, es decir, como apuntes tomados directamente de la vida diaria útiles para su conversión en literatura; morosas descripciones que emulan las crónicas de viajeros; sueños, cartas y marginalias, hasta "facturas de la lavandería, recortes de periódico, fragmentos, borradores de texto en gestación; a fin de cuentas, casi todo"⁵. El diario se torna material de consulta y depósito de ideas y argumentos al mismo tiempo. Es también un "banco de pruebas", el equivalente al croquis del pintor, un instrumento indispensable en la construcción del escritor. Así debieron entenderlo muchos de los que lo practicaban. No todos los diarios de autores de la Generación del 45 tuvieron todas estas características pero Díaz, en particular, se mostrará muy consciente de ellas en el suyo.

Ya en su primer cuaderno, en una de sus primeras páginas, al reconocerse a sí mismo como un "introvertido", de acuerdo a la tipología de caracteres realizada por Jung, comprende Díaz que, ante el posible abatimiento por "las acechanzas del mundo", su disposición a crear literatura depende de su capacidad para aferrarse a una vieja consigna renacentista. Afirma entonces: "La divisa de Leonardo, ostinato rigore, (es el) único camino por el que, aún, puede sobrevivir en mi temperamento, la creación. Quizá también de allí mi simpatía por los poetas constructores, pacientes orfebres de una materia inmortal. De ahí también mi desprecio "que quizá tenga en el fondo algo de envidia— por el poeta exuberante, pródigo, improvisador, audaz, despreocupado del futuro de su obra y gozando por el hecho simple y magnífico de crear." Y agrega: "Prueba de lo antedicho resultarían estas mismas páginas, con tanto de estériles, en su escrupulosidad de razonamiento, de apunte".

Salvar su disposición a la creación, construirse escritor, le implica necesariamente entonces la realización de un diario personal, un ejercicio que entiende como un modo de disciplinarse, de someterse al supuesto rigor que exige la labor literaria entendida con responsabilidad. Esta escritura le impone la rutina de una práctica

4 Aunque Julien Green era de origen norteamericano escribió la mayor parte de sus textos en francés, incluido sus Diarios (diez volúmenes en total).

5 *Le Journal Intime*. (2002), de Béatrice Didier.

puntual, secreta o pocas veces confesada, que significa, antes que toda otra cosa, hallarse a sí mismo, fortalecerse espiritualmente. El Diario es el lugar de confidencias, el confesionario donde vuelca sus desvelos, sus incertidumbres, sus angustias, sus anhelos, la constante discusión de cómo proceder en literatura.

En 1945, respondiendo a una encuesta de un periódico, Díaz logra aunar en una sola dirección al escritor y al hombre. A la pregunta de por qué escribir, responde: “Escribir como manera o procedimiento para manifestarme en el más alto grado que a mi persona es posible. Por el sanísimo orgullo de sentirme dignamente humano y hermanado en lo más digno con los otros hombres.” Esa manifestación, “en el más alto grado”, requiere sobre todo de su evolución como individuo. Escribe entonces en el Cuaderno II: “Pienso en este diario de un modo peculiar. Pienso que escribirlo es un modo de crearme; de evitar parte de la disipación de la vida y de concentrar fuerzas en mí mismo.” Y constata: “El diario me otorga cierta lúcida (parcial) consciencia de mi tradición en mí, personal. Me siento más claramente derivar y cambiar y evolucionar, y eso hace, justamente, que me sienta más yo, incluso que me comprenda mejor a mí mismo.”

La lectura paralela a la escritura del Diario también confluye en la forja de sí mismo. “Cada vez más voy hacia los libros de la Vida. Digo: hacia aquellos libros creados espontáneamente, a veces en la experiencia cotidiana, a veces en la morosa meditación: Séneca, Pascal, *Diarios* y algunas novelas que inciden de un modo desusado en la temporalidad de la vida”, confiesa. Lamentará entonces no hallar los Diarios de Lord Byron, del que pronto analizará su *Caín*, y convertirá al *Journal* de Gide en un libro de cabecera, de consulta permanente. En su Diario Díaz dialoga con la prosa de Gide, cita sus textos y hasta hace suyas frases que Gide tomó de otros como Lessing: “Lo que hace el valor del hombre no es la verdad que posee o cree poseer; es el esfuerzo sincero que hace para conquistarla.” Satisface de este modo el “crecimiento silencioso” al que aspira, al tiempo que transforma a su Diario en un verdadero *bildungsroman*.

El entrenamiento del escritor

Instruido desde muy niño por el relato oral de sus ancestros y por la lectura después, la vocación de Díaz por la literatura es ya indudable en su adolescencia. Decide ser profesor de Literatura a la vez que escritor, dos metas que, a su parecer, deben ir necesariamente juntas y alimentarse entre sí. Es cierto que, como en tantos, la poesía fue su primera inclinación (prueba de ello es la publicación en 1939 y 1940 de los dos cuadernos de *Canto Pleno* así como de una antología y algún otro texto poético que prefirió no dar a conocer) pero no puede sorprender el hecho de que, una vez culminados sus estudios en 1942, el comienzo de su actividad como profesor coincida con la escritura de las primeras páginas de su Diario⁶. Díaz contaba entonces con 21 años de edad y es este el momento en que debe entenderse

6 Si bien Díaz ejercía la docencia desde dos años antes, fue en 1942 que ingresó oficialmente a la misma mediante Concurso de Oposición.

como inicio de su trayectoria literaria. El Diario es, desde ese instante inicial, una tarea primordial en su “entrenamiento” como escritor. Aquellos primeros libros de poesía sólo pueden ser recordados como una especie de antesala.

Cuenta también Díaz en su haber con algunas narraciones inacabadas: el “Libro de A.” y la novelas “Hechizada” y “Sesión de música”, de las que pocas huellas quedan, a la vez que planea e intenta otras como “Presente perdido”, con la que pretende sustituir y refundir a la desaparecida “Teoría y formas del recuerdo”. Su temperamento se siente tentado a las más diversas iniciativas, como le sucederá a lo largo de todos los años reseñados en el Diario. Dirige teatro griego clásico junto a Amanda Berenguer siguiendo un experimento impulsado por Lincoln Machado Ribas, como Guy Levis – Mano sueña con ser editor y publicar sus libros. La labor ensayística, al fin la de mayor continuidad en su obra, daba sus primeros pasos con los borradores de “Poesía y Magia”.

El lema “ostinato rigore” (cuya primera adopción parece provenir de Amanda Berenguer, enamorada confesa, a sus quince años de edad, de Leonardo da Vinci), será empleado por Díaz a modo de jaculatoria toda vez que decae su esfuerzo, a la hora de dominar sus inquietudes y obligarse al trabajo y la lucidez. Así, lo dibujará con grandes letras, ceremoniosamente, en el primer cuaderno del Diario. Pronto le sumará otro adagio latino, “Nulla dies sine linea”, esta vez tomado de Jules Supervielle. Cumplirá al pie de la letra, a veces hasta dolorosamente, con esta segunda máxima: escribir todos los días, cuando no hay ideas nuevas al menos retocar, corregir. También Stendhal se expresaba de modo parecido: “escribir dos horas al día, genio o no genio”. Díaz, a modo de respuesta, afirmaría en su Diario: “Entiendo, para mí, que el escritor debe volcarse totalmente a lo suyo, totalmente. Me siento satisfecho por haber ido renunciando a todas las posibilidades que me podrían apartar de esto. Y acaso nunca haya bastante fidelidad para con la escritura”.

Todo el Diario es una lucha denodada consigo mismo, no ajena a crisis parciales y a repuntes entusiastas. Díaz asume con solemnidad juvenil, con noble y henchida emoción, su proyecto de escritor y la lenta invención de un “yo”, de un personaje de sí mismo. Al empeño o la abnegación de voluntad, que emerge con furia de las páginas de su Diario, se suman las contradicciones: las alegrías exultantes y los momentos de desesperación, las actitudes generosas y los desplantes soberbios, los amores profundos (Amanda, Ángel Rama, José Bergamín, Leandro Castellanos Balparda) y los odios irreconciliables (Emir Rodríguez Monegal, Roberto Ibáñez), una búsqueda permanente de erudición y una visión crítica despiadada con su entorno y consigo mismo que puede llegar hasta lo ácido, lo satírico, lo grotesco o lo hiperbólico. Producto de su diálogo en silencio, con su conciencia o con el propio Diario, la veta confesional fluctúa entre la “sinceridad auténtica” y la “exageración ocasional”: “En situaciones como estas me refugio torpemente”– en mi diario. Me hundo “con cierta complacencia idiota– en consideraciones sobre mis limitacio-

nes, que, a falta de una sinceridad auténtica y honda, proporciona, por su probable exageración ocasional, una apariencia de *cœur mis à nu*”.

Tampoco están ausentes el gusto ególatra y la aspiración megalómana. Imposible resulta medir el grado de sinceridad con el Diario, una sinceridad siempre cuestionada como insuficiente por el propio autor. El “yo” narrador del Diario trata de no ser complaciente con su protagonista, pero la selección de los hechos que narra, el desdoblamiento de su persona en definitiva, implica un riesgo de autoficción que Díaz no ignora. “El diario podría terminar por mostrarme como una novela muestra a un personaje; y bien: soy consciente de ello y ello vale para mí”, afirma ya en el cuaderno II. La sinceridad consigo mismo es pues, un punto de conflicto, de tensión. Confiesa en una entrada ya más avanzada, en el Cuaderno V concretamente: “Hay toda una zona de mí mismo que no aparece en este diario y que creo que no podría hacer aparecer. (...) Lo que no confío a este diario son una serie de movimientos del alma que puedo, sin embargo, analizar en mí mismo con una frialdad que no me parece en modo alguno una cualidad, sino una carencia. Pero me es casi imposible confiarme totalmente al papel. Además, si lo intentara, mentiría y me socavaría. Mentiría porque la misma frialdad con que puedo observarme hace que carezca de correctos puntos de referencia para valorar todo eso, de modo que, involuntariamente exageraría. Sería, en el diario, mejor y peor de cómo soy. Y, además, fantasearía, inevitablemente.”

Es a partir de este punto que se registra una tensión entre el Diario y el resto de su creación narrativa. Se supone que el Diario se encuentra al servicio del resto de su creación pero también puede llegar a perjudicarla, a anularla incluso, si no se le establece límites precisos. Por eso se dice: “Si todo eso se descargara en el diario, no podría narrar, me parece. Me habituaria a satisfacer mi necesidad de manifestarme en la escritura que hago en este cuaderno, y no me sería necesario escribir. Así supongo, por lo menos. No me interesa violentarme en una profunda necesidad. El hábito de no llegar a confesarme profundamente puede hacerme escribir para confesarme mediante símbolos “acaso– en la otra escritura.” ¿Es esto así? ¿Es el Diario un reflejo de su existencia que necesariamente ha de ser acotado o existe el temor a una más profunda introspección? No habrá una respuesta definitiva a esta cuestión. Sea cual sea ella, lo que sí parece quedar claro es que la escritura del Diario refleja un Díaz distinto al habitual, distinto al excelso narrador de *Los fuegos de San Telmo*, al crítico riguroso, al recordado profesor. Si alguna vez, el discurrir de su imaginación desembocó, para sorpresa de muchos, en la rara textura de sus *Tratados y ejercicios*, ahora, el descubrimiento de su extenso Diario apuesta al camino de lo espontáneo, de lo impulsivo, de la “escritura sin corregir”, de la redacción íntima, para sí, sin otras presiones que las que él mismo se imponía.

El Diario y el surgimiento de la generación del 45

El Diario de José Pedro Díaz vale también como testimonio de un conjunto de escritores a los que se vinculó de manera estrecha. Dar cuenta de las tertulias y encuentros, de las lecturas de cada uno de la creación de los otros, de los eventos o publicaciones de los que participan, ensancha el valor de este texto hasta volverlo memoria de una época, de un momento en la historia de una literatura.

Díaz contó con una temprana inserción en círculos literarios. Su avidez por relacionarse con el mayor número posible de personas que integraban el quehacer cultural de su tiempo es un aspecto que no puede soslayarse. Es importante señalar que no sólo se conectó con sus coetáneos sino que, sin dudarlo, lo hizo también con sus mayores, con quienes habían sido sus profesores, como Sabat Ercasty o Luis Gil Salguero, o con escritores ya consagrados como Emilio Oribe o Paco Espínola. Así participó de proyectos como las Jornadas Arqueológicas de Teatro o asistió a las conferencias que se dictaban en el Ateneo. Ya integrado a la enseñanza, tuvo oportunidad de conocer un gran número de colegas de Secundaria y de Facultad de Humanidades que compartían su trabajo con la escritura, frecuentó tertulias como las del café Metro o recurrió a sus propias publicaciones, a los libros que editaba en La Galatea, para obsequiarlos y obtener así otro tipo de acercamiento.

Esta trabazón social permitió sus primeros trabajos ensayísticos, que surgen casi siempre por encargos: el prólogo al *Caín* de Byron, las primeras conferencias que dicta, incluso la lectura del texto de Jorge Luis Borges en su primera visita a Montevideo. El año 1947 resulta clave para su formación y para sus más allegados. Tres hechos capitales así lo indican: las reuniones en la casa de la calle Mangaripé, el surgimiento de la revista “Escritura”, y la llegada de José Bergamín, el maestro “don Pepe”. En torno a estos acontecimientos se consolida un grupo importante de jóvenes que se sienten como tal y que están dispuestos a hacer pesar sus convicciones y sus presupuestos.

La casa de la calle Mangaripé al 1619, recién construida por los Díaz, contaba al principio con menos de la mitad de la superficie que ocuparía en posteriores ampliaciones pero era lo suficientemente cálida y cómoda como para albergar a jóvenes deseosos de discutir sobre la creación literaria, comentar sus lecturas, leer los textos que estaban escribiendo y criticarlos con una enjundia y un rigor que nacía de sus ganas de hacer y de una indeclinable aspiración de perfectibilidad. La casa debió seducirles por su aislamiento (era la única en la cuadra, rodeada de eucaliptos y arenales), por la lejanía del centro de la ciudad, por los numerosos libros que se iban acumulando en estanterías que pretendían cubrir las paredes, por la presencia cercana y simbólica de La Galatea. Sus dueños consagraban en ella “un estilo de vida”, un ámbito donde la dedicación a la literatura podía ser total, donde era posible “vivir en literatura”. Allí convergían, además de José Pedro y Amanda Berenguer (Minye), Ángel Rama, Ida Vitale, Carlos Maggi (el Pibe), María Inés Silva Vila (Pocha), Manuel Flores Mora (Maneco), Zulema Silva Vila (Chacha),

Mario Arregui y Gladys Castelvecchi, cinco parejas de veinteañeros que, aunque a veces no todos estén presentes, comparten también almuerzos y paseos. La amistad y el espíritu de grupo no tardan en ellos en ser realidad. “Creo que el sentirse grupo con discusiones internas en lo estético hace bien y da fuerzas. Crea una actitud de rivalidad que me parece conveniente. Ahora nosotros estamos trabajando mientras sentimos algo así. No creo que sea bueno eliminar ese sentimiento”, afirma Díaz al referirse a los que simplemente denomina “los muchachos”. (El término “entrañavistas” no figura en su Diario.)

Las sucesivas reuniones van dejando huellas en la escritura. Hay entradas del Diario que fungen casi como actas de esos momentos compartidos. Es a esas reuniones y a ese “sentirse grupo” al que alude Carlos Maggi en su artículo certeramente titulado “Nueva literatura uruguaya”, en el primer número de la revista “Escritura”: “Escribir sobre la nueva literatura uruguaya significa referirme a un grupo más o menos indefinido de jóvenes escritores con quienes comparto las penas y las furias de un largo debate que ha justificado nuestros últimos años. La crítica amistosa, la valoración de una obra hecha por los compañeros del autor, es casi siempre acerba, tajante. No creo que aún dentro de un mismo grupo se haya desprendido tan totalmente el aprecio personal, el reconocimiento de las facultades y del valor de cada uno, del valor o la perfección de su obra. Se enjuicia cada creación como un producto, separada de su creador.” Y es a este artículo al que Óscar Brando y Pablo Rocca llaman, también con certeza, “manifiesto generacional”, “documento pionero” o “primera discusión intrageneracional”⁷. La existencia del grupo se ha oficializado, se ha hecho pública, y con ello se hace visible un sendero en marcha hacia una nueva literatura. El número 2 de “Escritura” reforzaría estos conceptos con otro artículo (“Indagación en la literatura”), esta vez de Díaz, quien señalaría el rigor crítico, la búsqueda de erudición y el cosmopolitismo como novedosos distintivos. Se plasman también en él una serie de planteos fermentales, que habían tenido esporádicas manifestaciones en trabajos anteriores o que fueron de elaboración paralela y trazan una especie de hilo conductor entre el discurso de bienvenida al escritor francés Georges Duhamel en agosto de 1947 (“nosotros vinimos al mundo sin abuelos”, había dicho Díaz en esa ocasión), la conferencia “Contactos entre Julio Herrera y Reissig y la poesía francesa” y este artículo de “Escritura”.

Pero la idea de que se hallaban formando parte de una “nueva generación”, la generación que “apunta”, como dice Díaz en su Diario, todavía es difusa e inestable. Tras una conversación con Ángel Rama, Díaz se convencerá que el suyo ha sido un “mal artículo” pero que ya no puede evitar las consecuencias. En los meses siguientes, a todo lo largo de 1948, como vagones en un tren, se irá ensamblando una retahíla de textos que ponen en evidencia, por sí o por no, la presencia de la nueva generación. Emir Rodríguez Monegal discutirá el artículo de Maggi y Mario Benedetti el de Díaz en las reseñas de revistas literarias que habitualmente realiza

⁷ Brando, Ó.: *La generación del 45. Una mirada desde la literatura*. Rocca, P.: 35 años en Marcha.

“Marcha” y a partir de allí, sobre el tema se expedirán Manuel Flores Mora, otra vez Mario Benedetti, Miguel Graco, Mario Silva Delgado, David Óscar González, Ángel Rama y Carlos Ramela.

1947 es también el año en que arriba a nuestro país José Bergamín, quien ejercerá un papel magisterial sobre “los muchachos” que se reúnen en la casa de la calle Mangaripé. Las muestras de admiración y de afecto de Díaz hacia el intelectual español son numerosas en el Diario. Díaz reconoce su saber y su calidad de pensador desde el primer momento y profundiza con él una amistad en la que hallará plena correspondencia y que se prolongará en el tiempo, en Uruguay y en Europa. La visión que de Bergamín se desprende del Diario es similar a la del poema *El río*, que comienza a escribir por esas mismas fechas Amanda Berenguer: una sección del mismo (a la que luego llamará 'Viaje') institucionaliza a los “muchachos”; otra sección ('Rápidos') va dedicada por entero a Bergamín, jerarquizándolo de ese modo. En el intercambio con éste, Díaz profundizará en algunos temas que tienen que ver con el proyecto de su generación: la búsqueda de una tradición literaria, la revisión del pasado, la presencia del referente tutelar europeo (Francia y España), el papel de los “ismos”, la conexión entre lo universal y lo local, etc. Adelantándose al futuro anotará en su Diario hacia mediados de 1948: “Si nosotros somos alguna vez tema de estudio, uno de los misterios de nuestra generación será la misteriosa y decisiva influencia de Bergamín. Nuestra obra no se parece a la suya, tampoco nuestras ideas, tampoco nuestros métodos; y, sin embargo, nos descubrió un mundo. Nunca magisterio tan espontáneo, nunca enseñanza que se haya orientado más hacia nuestro propio hallazgo o determinación”. La confirmación de estas expresiones se encuentra más de diez años después, en un artículo de Ángel Rama: “Para un grupo amplio de jóvenes escritores resultó el ansiado maestro que solo se había encontrado hasta ese momento en la presencia viva de Francisco Espínola y sobre ellos tuvo una honda huella transformadora, en distintos grados, en distintos intereses ”⁸.

Si bien Bergamín tiene posibilidades de publicar en muchas de las revistas literarias que por entonces circulan en Montevideo y sus vínculos con la intelectualidad son muy amplios, la relación con “los muchachos” es tal vez la más intensa, casi diaria. Ellos asisten a las conferencias y clases del español: a la inversa, él los acompaña en sus reuniones en Mangaripé ajustándose, sin dificultades aparentes, a la práctica habitual que los unía, delinea diversos proyectos junto a ellos o acompaña a Díaz y a otros en varias salidas al interior, por razones académicas o a conocer el país. Su comportamiento es el de un hermano mayor, obligado referente en lo literario, aunque no les resulte ajeno en otros planos como el ideológico y lo político. En alguna oportunidad Bergamín invita a Díaz a la charla que brinda un militante comunista proveniente de la resistencia a la dictadura franquista. La coexistencia de comunismo y catolicismo en la persona de Bergamín atrae al

8 “Testimonio, confesión y enjuiciamiento de 20 años de Historia literaria y de Nueva literatura uruguaya”, en “Marcha”, 3 de julio de 1959.

grupo por su curiosidad y les invita a la discusión. En los días previos al viaje de los Díaz a Europa, será Bergamín quien escribirá a varias personalidades del arte, de definición comunista, recomendándolos. Con él se encontrarán nuevamente en París y juntos visitarán a Neruda.

Hacia fines de 1949 Ángel Rama y Manuel Flores Mora asumieron la dirección de las páginas literarias del semanario “Marcha”. Fue un éxito breve que se trató de aprovechar al máximo otorgándole una impronta propia, un “asalto entrañavivista”, como se lo ha calificado⁹. Díaz aplaude el acontecimiento y se dispone a dar su apoyo. Entre otras novedades, se compromete con un recurso lúdico que sólo aparece en un número del semanario: la creación de un escritor ficticio, Pedro Ziliani, a quien será posible atribuirle una serie de relatos satíricos. Es éste uno de los momentos en el Diario en que más se evidencia esa lucha por el poder cultural que, en sordina, con intermitencias, pero sin cesar en sus propósitos, se batía entre los integrantes de una generación todavía en ciernes. La conquista de espacios de comunicación, que en el grupo que rodeaba a Díaz tenía a Rama, Maggi y Flores Mora como sus principales adalides, y la procura del más ambicionado de todos ellos: las páginas literarias del semanario de mayor difusión, genera en estos jóvenes nuevas expectativas y los convoca solidariamente.

Aunque Díaz haga prevalecer sus proyectos propios, su particular “preparación” para el gran escritor al que aspira ser, en el entresijo de alternancias que brindan las jornadas del Diario es posible vislumbrar la radiografía de uno de los grupos más numerosos y más prolíficos de la generación del 45 y su intención de trascender. A la información de las tertulias más conocidas se suma la de los “encuentros de profesores” que se procesan en el café Sportman o se transparentan las vicisitudes en la conducción de la revista “Escritura” mientras afloran ecos de las propuestas de “Clinamen” e incluso de “Marcha”. La fundación de la revista “Número” y las disquisiciones en torno a Manuel Claps, que lleva a Díaz a arremeter de manera virulenta contra Idea Vilariño, es uno de los episodios más significativos que ofrece el Diario sobre la apasionada lucha interna que libraban y el fuerte espíritu de grupo con que se movían. Un capítulo aparte en esa contienda es la rivalidad manifiesta desde el primer momento, desde el concurso de profesores del año 1945, entre José Pedro Díaz y Emir Rodríguez Monegal. No faltan, sin embargo, los proyectos frustrados, episodios hoy olvidados del fragor de esa lucha: el traslado, en complicidad con Bergamín, de la editorial Séneca a Montevideo, propuesta que parece haber llegado hasta el despacho de la Presidencia de la República; la creación de la revista “Concierto” a escala continental; los planes para que “Fábula” se convierta en una revista al modo de las publicaciones europeas que Díaz tendrá oportunidad de apreciar de cerca.

Si bien el Diario ignora la llegada de León Felipe a Montevideo y soslaya las visitas que Rafael Alberti realiza por esos años, se relata con detenimiento la presencia de Jorge Luis Borges en dos oportunidades, las de George Duhamel y Albert

⁹ Brando, Ó.: ob. cit.

Camus y la aparentemente patética de Roger Caillois. Salvo los de Borges y Camus, los demás arribos no tuvieron una incidencia significativa para Díaz. Tampoco lo tuvo el de Juan Ramón Jiménez, pormenorizado en estas páginas. Para Díaz y los suyos acceder hasta Juan Ramón Jiménez e incluso recibirlo en la casa de la calle Mangaripé era algo de lo que no podían privarse a pesar de que la amistad con Bergamín los ponía en un difícil aprieto, dada la conocida beligerancia entre los dos intelectuales españoles. La visita de Jiménez, más allá de las molestias e incomodidades que se mencionan en el Diario y a pesar del embrujo de la lectura del español, sólo tuvo por consecuencia uno de esos raros momentos, que las fotografías guardaron para la posteridad, en que los más diversos representantes de la generación posaron juntos rodeando al gran poeta.

El profesor y la creación literaria

Aunque pueda sorprender a muchos, el ejercicio del profesorado en Díaz, tan recordado como emblemático de su persona, no ocupa un sitio de privilegio en el Diario. Sólo en el Cuaderno I, que coincide temporalmente con los momentos en que Díaz estaba dando sus primeros pasos en esa labor, contiene reflexiones y consejos que prodiga a sí mismo sobre esa actividad. Es cierto que en el Cuaderno II, su experiencia en las aulas lo invita a la elaboración de ensayos sobre nuevos puntos de vista que creía avizorar en obras clásicas. Pero luego, en el resto del Diario, ser profesor, algún año hasta con treinta y dos horas semanales, aparece como una tarea fatigosa que cumple a penalidad, una obligación ineludible que le roba horas para la creación literaria. Aunque no dejará nunca de preocuparse por perfeccionar sus clases, de participar en concursos, de acceder al cuerpo docente universitario, la llegada de las vacaciones es siempre aguardada con ansiedad y su arribo, al fin, le genera el placer de disponer de tiempo para leer, escribir, ir a Playa Verde o trabajar en La Galatea. Hasta el Diario mismo se prolonga por esas fechas, moroso, sin apresuramientos.

Escribir es su mayor preocupación, con la disciplina diaria que le señalara Supervielle, con “ostinato rigore”, con la clara conciencia de que no existe en el mundo nada más importante. Alterna el ensayo con la narración. El primero –salvo en el dilatado caso de “Poesía y Magia”– surge por encargo de Enseñanza Secundaria o instituciones como el Ateneo, el Instituto Goethe o el Liceo Francés, tiene como destino la lectura en público, generalmente ante estudiantes, y le implica también por momentos una esforzada obligación. Muchos de esos trabajos se interrumpen o avanzan penosamente, incluso algunos son abandonados.

El Diario da cuenta de la redacción de textos sobre Cervantes, Goethe, Antonio Machado, Herrera y Reissig; de los trabajos críticos “Anotaciones sobre 'Hamlet'”; de los prólogos al *Caín* de Byron o a *Doñarramona* de Bellan, del artículo “Indagatoria de una literatura” y del libro *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y obra*, cuya labor de investigación iniciara junto a Ángel Rama. “Poesía y magia”, cuyo origen es anterior al Diario, revela una inclinación, que se incrementará an-

dando el tiempo, a revisar y profundizar el Romanticismo en su vertiente gótica y en su hora epigonal. Una parte del mismo le permitirá a Díaz dictar un cursillo en Facultad de Humanidades que, reelaborado, le será publicado en los “Anales de la Universidad”. La otra parte será uno de los motivos de su viaje a Europa y se enriquecerá con extensas lecturas que lo conducirán a descubrir, entre otros, a Gérard de Nerval, que será uno de sus autores más apreciados. El *Bécquer*, como él lo llama, es lo que le significará mayores recompensas y su publicación en 1954 tendrá por consecuencia los saludos elogiosos de grandes hispanistas como Alfonso Reyes, María Rosa Lida de Malkiel, Guillermo Díaz Plaja, Jorge Guillén y otros muchos. Es éste uno de los hitos más importantes de su trayectoria y el que le indicará también un rumbo definitivo. Sin embargo, en un primer momento, no lo dejará conforme. Tras su publicación anhelará una nueva edición ampliada y corregida, posibilidad que le brindará editorial Gredos años más tarde.

Pero narrar es otra cosa. Esa es la gran batalla de Díaz consigo mismo por esos años. Este es el gran tema del Diario. Sólo un texto le surge con facilidad y le brinda entusiasmo y felicidad. Después de llamarle con los más variados títulos, lo publicará finalmente en 1949, en su Galatea, como *El habitante*. El Diario recoge los pormenores del proceso de creación de esta *nouvelle*, las parciales lecturas a sus amigos, las variantes que éstos le proponen, las instancias de su escritura. Entretanto, son muchos los textos que quedan por el camino: “El eco”, “El escritor”, “18 rue Séguier” (escrito en París) no se animará a publicarlos; “la novela de Míguez”, consecuencia de un relato oral de su suegro, Rimmel Berenguer, que vanamente intenta continuar en Europa, será finalmente abandonada y posiblemente destruida.

El rigor que Díaz aplica sin cesar en su entorno, en su valoración del arte, de la vida y de los hombres, se vuelca sobre su obra de manera implacable y termina por conspirar contra ella. Su erudición lo lleva muchas veces a subestimarse, su afán de perfección lo torna impaciente. Una actitud de coherencia, con sí mismo, con los presupuestos de su generación, con su modo de entender la literatura, lo obliga a un grado de belleza que pocas veces cree alcanzar. Como el pintor que sueña sus cuadros sin poder luego plasmarlos a satisfacción, las ideas o las imágenes le surgen muchas veces diáfanas, nítidas, pero se atrofian al momento de la escritura. Ser consciente de sus limitaciones y dificultades, en múltiples referencias de su Diario, no le sirve de consuelo. Más que la “cocina” de sus libros, lo que abunda en estas páginas son las vibraciones de su alma por lograr un feliz equilibrio entre su denodada voluntad y su talento. Asistimos en el Diario, sin tapujos, a la lucha de todo escritor verdadero, de todo escritor que sienta en muy alta estima esa vocación, la lucha consigo mismo y con su propia obra. Una lucha que pocos se han dispuesto a transparentar.

La prosa autobiográfica revela su inclinación más visible. La escritura en primera persona le resulta más cómoda y, probablemente más honda, que la redacción en tercera. Marcel Proust, André Gide, Roger Martin du Gard, Henry James, son

sus maestros elegidos por esos años. Siente que debe escribir sobre lo que conoce con mayor propiedad, sobre lo que ha forjado su sensibilidad, sobre la anécdota familiar. Se lo plantea como un deber imposterizable. Por eso la dedicatoria de *El Habitante*. Doménico D'Onofrio es el pescador analfabeto que, por una curiosa ironía, lo ha puesto en el camino de la literatura. Las imborrables anécdotas que en la infancia escuchara de sus labios, esperan agazapadas en su interior. La búsqueda de su identidad, la recuperación del pasado, el viaje hacia el origen son pues, sus temas inevitables. Concretarlos le requerirá una madurez que todavía está lejos de alcanzar pero los primeros indicios de la que será su gran obra, *Los fuegos de San Telmo*, pueden ya percibirse con claridad en el Diario. Impacta comprobar que, ya en su primer Cuaderno, correspondiente al año 1942, escriba: “Imagino estos días la realización de una novela cíclica que comenzaría con la visión de la Italia Meridional, de Nápoles, del pueblo pescador de Marina di Camerota con la primera generación americana y su ascensión y que terminaría con temas autobiográficos de la infancia hasta la juventud, donde quedaría en cierto modo abierta para posteriores desarrollos. Hay ya material para ello de sobra.” Aunque planteada como una saga lineal, de sucesivas generaciones de personajes, al modo de los *roman de famille* de la literatura europea, lejos todavía de lo que será la estructura final de la novela, esta intención manifiesta aquí es, sin duda, el punto de arranque para una obra que, tras el interín de un largo período de sazón técnica e intelectual, alcanzará su versión definitiva veintidós años después.

Mayor aproximación se produce algún tiempo después con la visita de Carmine, un sobrino de Doménico que ha llegado de Italia y que al despedirse le insiste con que vaya a visitarlo a Marina di Camerota. Tras una estadía en Playa Verde y abundante lectura de Proust, anota Díaz: “Cuando Carminillo me ofreció ir a buscarme a Nápoles si yo iba a Italia, tal idea tomó cuerpo en mí, y se hizo profundo sentimiento, porque aludía al ondulante camino que mi memoria realiza viniendo desde mi infancia cargada de las palabras de mi tío abuelo: de manera que ir a Marina di Camerotta y dormir en una casa de piedra, de algunos pescadores que se llaman acaso D'Onofrio, es una manera de realización de mi ser ya esbozado, y así yo me realizaría en el camino o en la dirección que ese camino de la memoria ya señala”. Pero añade: “estoy seguro de que ese viaje mío sería una desilusión, un dolor y una ausencia: la ausencia de la memoria buscada. Todo yo estaría, mientras durara el viaje hasta el Mediterráneo, y aún hasta Nápoles, en la suma tensión y a la vez en el absoluto desapego que significaría el ir hacia el fin de la propia vida, como si de pronto, por ese viaje, mi vida tuviera, ya, una finalidad concreta, visible y a ella por lo tanto me entregara: y sin embargo, una comezón me iría agitando y me haría imposible una tan total entrega, porque algo me advertiría, sin duda, en lo más hondo e irracional del alma, que el futuro no se puede asir en el presente, sino que hay que dejarlo llegar hasta el pasado, y, una vez allí, dejar que se nos entregue con la inevitable nostalgia '¡otra vez!' de lo perdido. Por eso, cuando yo llegara a Marina di Camerota, y viera desde lo alto el camino

polvoriento y el manto de ceniza con que los olivos ciñen las pocas casas, cuando viera la casa de piedra de dos plantas y la vid, que crecida a su puerta, ofrece su fruto en la azotea, cuando viera el mar, desde lo alto, transparente hasta muchas brazas de profundidad, sentiría toda aquella luminosa presencia como cerrándose a mi alma por los sentidos que me la separarían y me la harían más distante y no más presente, como ocurre con los presbíteros a quienes inútilmente se les acerca a los ojos una piedra preciosa para que vean su lumbre, ya que solo pueden gozar su verdadera luz si se les aparece lejana, allá en el extremo del brazo extendido, y al borde de tener que dejarla caer.” Al fin de su viaje por Europa, tras la efectiva visita a Marina di Camerota, las ideas que cuajarán definitivamente su obra, son aún más nítidas. El pasado y el tema de la identidad es una preocupación que cada tanto vuelve a su pensamiento, y su plasmación es un fermento que recorre todo el Diario. A ellos se suma el recuerdo de la figura de su tío y la admiración por la “cultura analfabeta”, que afloran una y otra vez durante su viaje a Europa, en el modo de expresarse y de contar de los campesinos españoles, en la monja clarisa que les muestra unas ruinas de Italia.

Momentos estelares de *Los fuegos de San Telmo* se hallan ya registrados aquí. En realidad, más de uno de los cuadernos de este Diario es la “libreta” que el personaje invoca cuando se halla en la aldea de sus ancestros, en la última parte de la novela. La función aleatoria a la creación, uno de los aspectos de este Diario, aparece aquí en su cabal expresión y habrá que recurrir a él para medir esa tensión entre lo autobiográfico y lo ficcional, tema sobre el que algunos se han preguntado a la hora de analizar *Los fuegos de San Telmo*. Desde ahora, quien quiera explorar la génesis de ese libro no podrá prescindir de la lectura del Diario.

Pero entonces el camino de Díaz era más complejo. Existía la meta pero aún se le negaba el rumbo para llegar hasta ella. Porque su ambición no era sólo contar el pasado, sino recrear las sensaciones de su infancia y la distancia que existe entre aquel niño que descubría un mundo y su conciencia de escritor. Cómo escribir sobre sus recuerdos se le convierte en una obsesión. Había explorado esta incógnita en un texto al que denominó “Teoría y formas del recuerdo”, hoy desaparecido, que refunde en otro, a instancias de Amanda Berenguer, al que llama “Presente perdido”. Volverá a esta narración una y otra vez, en Montevideo y en Europa. En ella, la influencia de Gide y Proust parece ser decisiva. Leyendo la novela *Les faux-monnayeurs* Díaz descubre que el “*Journal d’Edouard*” es una transposición del propio *Journal* de Gide. Advierte así otra utilidad posible en la escritura del Diario: el traslado y la inserción de algunas de sus entradas en el cuerpo de una narración de ficción, respondiendo de ese modo a una de las razones para las cuales lo había concebido: la formación de una despensa o reserva literaria estratégica. En “Presente Perdido” el protagonista trata de recuperar la obra de un escritor ausente, estudia y comenta los escritos que aquél ha dejado y al final, en la tercera parte, se encuentra con varias entradas de un diario. Las entradas que figuran cerrando “Presente perdido”, las que en la ficción encuentra el protagonista, son en-

tradas de este Diario, del Diario de Díaz, y todas, sin excepción, corresponden a su peripecia interior por recuperar el pasado, la infancia, la entrañable ligazón con el tío Doménico y con Marina di Camerota¹⁰.

Pero aún hay más. Todo este andamiaje especulativo, esta metafísica del recuerdo y de la incidencia del pasado en la identidad del yo, extenderá sus apéndices hasta otra novela de José Pedro Díaz, *Partes de naufragios*, y desembocará finalmente en *La claraboya y los relojes*, su última obra, publicada en 2001, a los ochenta años de edad. De una versión anterior de este último trabajo, versión que Díaz titulara “Primeros espacios naturales”, se extrajo la “Autobiografía” que, para respetar las etapas de su vida, hemos colocado con prelación al Diario.

El José Pedro Díaz lector incansable, que supo reunir en su casa una de las más completas bibliotecas del país, también forma parte, por toda lógica, de la composición del Diario. De acuerdo con él, estas lecturas tienen que ver preferentemente con su preparación como escritor y como académico, pero también lo sitúan como hombre abierto al acontecer cultural y político, nacional e internacional. Por esos años, ya su lectura se actualiza y vibra al compás de las novedades editoriales y de las numerosas revistas que circulaban en nuestro medio. La inclinación hacia la literatura francesa le viene de muy atrás. Ha leído con atención a Balzac y Víctor Hugo, a Baudelaire, Verlaine y Mallarmé, y como ya hemos hecho notar, a Proust, a Gide, a Roger Martin du Gard, a la vez que se mantiene abierto a la exploración del Surrealismo como consecuencia última del Romanticismo, al Existencialismo de Sartre, a lo novísimo que llega con Camus. También la literatura anglosajona, de reciente ingreso en nuestro país, le inquieta, en especial James, Joyce, Faulkner. De todos comenta, hace observaciones, establece vínculos. Si en el Cuaderno I cita varias anotaciones al margen de sus libros, en los demás cuadernos se contentará con verter los comentarios directamente en su Diario.

Lee también historia, filosofía, hasta algún libro de ciencias físicas. Con todo ese caudal encima lee a sus contemporáneos nacionales y a sus amistades. Ya en el viejo continente una de sus preocupaciones será ponerse al día con la literatura francesa y española tal como se la vivía *in situ*, tratando de abarcar lo que muchas veces no llegaba hasta nuestro medio.

Para la comprensión total de una obra literaria era indispensable, para Díaz, conocer al hombre que hay detrás de cada obra. En su “Autobiografía”, escrita en 1988, refiriéndose a sus tiempos de juventud, especifica: “el arte que amábamos venía fundido en el ser entero del hombre que lo creaba, que no podía, que no puede separarse de él”. Es decir, es imposible entender a cabalidad la obra, el arte, si no se profundiza en el artista, en el creador, en las circunstancias de su vida, en su entorno social y cultural. Esta concepción, la unidad indivisible de creación y creador, hegemónica en sus años de formación y, por lo tanto, presente desde su juventud, subyace detrás de sus lecturas y es la causa del enfoque biocrítico que

¹⁰ Es de notar, sin embargo, que las entradas del Diario que aparecen en “Presente perdido” están corregidas y retocadas.

empleará en muchos de sus trabajos, la causa de sus “vida y obra”, aplicable a sus estudios sobre Bécquer, Felisberto Hernández, José Pedro Bellan.

El viaje a Europa y después

En 1949 Díaz solicita y obtiene la Beca Gallinal (Ley N° 8.609), consistente en una bolsa de viaje por dos años con el objeto de profundizar estudios y a la vez contribuir a la enseñanza de su país. La resolución del Consejo de Educación Secundaria tiene fecha 11 de noviembre de ese año y en ella se faculta “al Sr. Director de E. Secundaria para concertar con el Sr. Profesor los planes y orientaciones de los estudios a realizarse”. Por la circular del 27 de diciembre, firmada al igual que la anterior por el profesor Clemente Ruggia, se le encomienda asistir a cursos sobre literatura de los siglos XIX y XX; estudiar el uso del material gráfico en la enseñanza y la enseñanza de las Letras en los nuevos planes docentes de Francia. Se aclara asimismo que deberá continuar sus estudios y lecturas a fin de concluir el trabajo “Poesía y Magia”.

A la incontenible alegría que le provoca esta resolución, Díaz sumará la de ser nombrado Agregado Cultural de la representación uruguaya en Bélgica, designación que le permitirá importantes beneficios durante su estadía en Europa. Residiendo alternativamente en pleno centro de París (en el Hôtel Saint Michel, en la Rue Cujas) y en Bruselas a consecuencia de su labor diplomática, Díaz, siempre acompañado de Amanda Berenguer, destinará su tiempo a conocer Europa y a establecer contactos literarios y artísticos en general. La joven pareja adquirirá un Citroën en la propia fábrica y la mejor filmadora que pueden conseguir. Le añadirán una buena máquina fotográfica, un mapa rutero Michelin y la lectura previa de libros, folletos y catálogos que les sirva de guía. Planifican minuciosamente un triple registro de cuanto vivirán y tendrán oportunidad de percibir: fílmico, fotográfico y escrito (el Diario)¹¹. Así provistos, viajarán por toda Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra, recorrerán España a lo largo y a lo ancho y cruzarán el Mediterráneo hasta alcanzar Marruecos. En 1950 viajarán a Italia donde al joven profesor el norte le defrauda y el sur le emociona. Marina di Camerota será el último punto de su itinerario.

Instalados en un hotel céntrico de París al que sabían frecuentado por compatriotas, dispondrán siempre de la compañía de otros artistas e intelectuales uruguayos (Carmelo de Arzadun, Leandro Castellanos Balparda, Augusto Torres, Amalia Nieto, Laura Escalante, Peloduro, Fernando Pereda, Benvenuto) que se acercan hasta ese lugar o que residen en la capital de Francia (Gurméndez, Paseyro) a la vez que intentarán abrirse paso en el mundillo literario parisiense. En ese sentido las cartas de recomendación que Bergamín ha escrito les sirven de valioso salvoconducto. A la hora de viajar, la atención se centrará en las obras de arte que

¹¹ A lo anterior debe añadirse el registro efectuado a través de las cartas que José Pedro Díaz enviaba semanalmente a su familia y a través de las que cada tres o cuatro días enviaba Amanda a la suya, más de doscientas en total.

le ofrecen los grandes y pequeños museos, las iglesias, los palacios, las ruinas de viejas civilizaciones, aunque no faltan en los apuntes de Díaz emocionadas descripciones de la naturaleza circundante y observaciones sobre las artesanías, las costumbres sociales, la economía, el folclore y el habla popular. Ante sus ojos desfila también la Europa de pos guerra, un escenario donde aún permanecen vivos los rescoldos de la gran conflagración. La amenaza de un nuevo conflicto bélico, con su carga de angustia y desesperación, es una tensión palpable que aflora por momentos en su Diario.

Para Díaz conocer Europa es internarse en una fiesta de los sentidos. Todo su bagaje de conocimientos es puesto a prueba: ante todo sus lecturas pero también la observación, efectuada en su país, de reproducciones de grandes obras de arte. La confrontación entre ese conocimiento previo y la realidad de la que ahora participa es inevitable y emerge a todo lo largo del relato de su viaje. Tiene ante sí el privilegio de un “paisaje animado”, así lo llamó él, un paisaje impregnado de su memoria literaria, el escenario real de sus autores más queridos. Más que cronista de cuanto tiene por delante Díaz es cronista de los avatares de su erudición, de los vaivenes de su conciencia estética, de su revisión de lo que creía conocer y de su asimilación de lo nuevo. Su mirada se apoya siempre en su subjetividad, en su valoración crítica, que no decae en ningún momento. Lo que escribe es siempre un diálogo con su interioridad, hasta tal punto que le disgusta, por momentos, las opiniones de algunos pintores que lo acompañan, cuya mirada es diferente a la suya. Nada del arte le es ajeno, podría decirse, y a las disciplinas clásicas añade ahora un interés creciente por la fotografía y las técnicas cinematográficas al punto de plantearse incluso asistir a cursos sobre la materia.

Es consciente de que esta es su última etapa en su preparación como escritor. Después de esto, solo le queda “tirarse al agua”. Ya no puede haber más dilaciones ni autoengaños. Esa conciencia, sumada a la nostalgia, a la extrañeza que produce la lejanía y el tiempo que pasa, le sume a veces en hondas crisis. Cuando cumple treinta años se desespera de contar sólo con *El habitante* como única narración de valor publicada. Recordar en Europa la pregunta que alguna vez le hiciera Mario Arregui con respecto a la escritura de uno de sus cuentos, “Está bien, pero y ¿para qué?”, lo abruma y lo lleva a interrogarse a sí mismo sobre su real vocación, sobre si vale la pena, sobre si está apto para ella. Es una duda dolorosa que persiste varios días. Mayor será aún cuando el retorno sea inminente. Entonces el compromiso consigo mismo, la utopía que se ha planteado, la distancia entre lo que sueña y ambiciona y lo que posee en su haber, lo martirizan. No puede menos que confrontar con Amanda, allí, a su lado, creciendo en silencio, sin fracturas aparentes. Así, bajo esa tensión, entre el balance de lo que ha cosechado y el quehacer que le espera, vive los últimos días del viaje.

Los cuatro años siguientes, registrados en el Diario de manera más esporádica, a veces con grandes hiatos temporales, dan cuenta de la clausura de su investigación con el *Bécquer* y de otros proyectos en ciernes. De pronto el Diario parece

prolongarse con dificultades, perder fuerza y sentido. O volverse más selectivo, como de alguien que ha tomado distancia con respecto a esa labor y entiende que ya no debe anotar todo sino sólo lo que considera más trascendental. Por lo menos es notorio que ya no deposita la misma atención en él. Su interrupción queda abierta a las más diversas especulaciones.

La “Autobiografía”

En 1988, a los 67 años de edad, Díaz escribe un breve texto donde reconstruye su infancia y adolescencia. Curiosamente, cuenta allí todo lo anterior a lo que registra el Diario, tal como si lo hubiera planificado de prólogo del mismo. Es esa la razón por la que se creyó oportuna su publicación: la “autobiografía” brinda los antecedentes del narrador y protagonista del Diario: su familia, la escuela, las primeras experiencias estéticas.

Aún más. La escritura de este texto presenta, a la vez, un contraste interesante entre la memoria decantada y nostálgica de un Díaz ya avanzado en edad y el relato del Diario, pleno de inmediatez, sujeto a la incertidumbre del presente y signado por la juventud del narrador.

Los cuadernos I al IX¹²

Es posible distinguir cuatro estilos en la composición de los primeros nueve cuadernos, variantes discursivas que a su vez señalan otras tantas etapas. El Cuaderno I, que abarca de 1942 a 1944, se presenta como un conjunto de registros dispersos en el que pensamientos sobre variados temas de su interés (“Del profesorado”, “La juventud”, “Sobre las traducciones”) se alternan con comentarios literarios (“Marginalia a Rodó”, “Martí”) o con acontecimientos históricos (caída de Berlín, muerte de Roosevelt). Se trata de un álbum de indicaciones o de reflexiones que consideró necesario conservar. No hay secuencialidad ni marcas del paso del tiempo, salvo los años establecidos en la portada, y el “yo” narrador –semejándose al modelo de diario propuesto por Miguel de Unamuno– se limita sólo a dejar constancia de una tarea puramente especulativa (“siento”, “pienso”, “recuerdo”, “noto”, son los verbos más usados) o a marcar su desempeño en la labor escritural (“Me puse a repasar y corregir las páginas de algunas escenas de la novela grande”, afirma en una oportunidad).

El segundo cuaderno comienza con las mismas características hasta que se detalla el primero de los encuentros con Jules Supervielle. Estamos ya en el año 1945. Recién a partir de allí y hasta el comienzo del sexto cuaderno, el texto se ajusta al estatuto de un diario propiamente dicho y su estilo es el del escritor que sigue el paradigma acuñado por Gide, del que ya hemos hablado.

¹² El primer y segundo cuadernos están etiquetados como “Diario” (ver foto en Apéndice Documental). Se ha introducido, de nuestra parte, el término “Cuadernos” para evitar confusiones. Se ha respetado el uso de números romanos.

A partir del momento en que parte el “Andrea C.”, el buque con el que José Pedro y Amada emprenden la travesía por el Atlántico rumbo a Europa, el estilo de crónica de viajes es el predominante y los recursos para la descripción su mayor habilidad. La escritura de Díaz se circunscribe ahora a la tradición latinoamericana del escritor o artista que viaja y reside algún tiempo en París, entonces “la capital del arte”, una tradición tal vez iniciada por Rubén Darío a comienzos de siglo y que en Uruguay contaba con muchos precedentes (Zorrilla de San Martín, Pedro Figari, etc.). Pero es éste quizá un viaje tardío dentro de esa tradición, un viaje a un París que lucha por recomponerse de los estragos de la Segunda Guerra Mundial a la vez que se siente tensionado por la amenaza de otra, sin la presencia de las vanguardias de otrora, con un lento resurgir de la bohemia, con intelectuales ligados a los avatares del comunismo y otros instalados en nuevos cenáculos como el de Gabriel Marcel, con nuevos fenómenos, como la atracción por la cultura *créole*, de la que Díaz será testigo directo.

Sin embargo, es en el Cuaderno VII, que relata el viaje por España, donde el texto transmite la emoción profunda que embarga a su autor. Es allí que se alterna el contraste entre la España entrañable, la que se corresponde a sus lecturas de los clásicos, y la España sufriente, aplastada por el franquismo y la curia. Valga como ejemplos de ambas, la visita a la casa de Antonio Machado en Segovia y el encuentro en Granada con aquel familiar de García Lorca, “leproso” por causa política. Díaz privilegia entonces la transcripción de diálogos “al natural”, intentando reproducir el habla de campesinos, de gente de pueblo, en algún caso de intelectuales. Por su unidad y por la hondura de su sensibilidad es éste uno de los más bellos cuadernos del Diario.

El retorno al país, concentrado en el Cuaderno IX, con sus escasas anotaciones para los cuatro años que abarca, muestra el lento declinar de la curva de su narración. El grotesco episodio que refiere al fallo del tribunal para su aspiración a la cátedra de literatura francesa, que cierra el cuaderno, une ese momento a otras instancias satíricas y colectivas para las cuales parecía poseer especial predilección (la de la señora de Giles de la Tourette en casa de Supervielle, la recepción a Camus en casa de Susana Soca, etc.)

Los cuadernos X y XI

Otros dos viajes a Europa, acompañado de su familia (ahora, a más de Amanda Berenguer, con el hijo de ambos, Álvaro), dieron motivo a Díaz para la realización de otros dos cuadernos de su Diario¹³. El valor de ellos, sin embargo, está por debajo de los nueve anteriores. El cuaderno X surge en 1971 a consecuencia de una gira de conferencias por Francia, Inglaterra e Italia, aunque también visitó Portugal, destino del viaje marítimo, España y Grecia. La escritura de Díaz se reduce ahora

13 Estos dos cuadernos aparecieron posteriormente, entre los papeles de Amanda Berenguer. Esa es la razón por la cual no se informó de ellos en el artículo “‘Hostinato rigore’, el camino hacia la creación en José Pedro Díaz”, aparecido en “Revista de la Biblioteca Nacional”, N°s. 4 – 5, 2011.

a lo elemental: notas telegráficas, las más de las veces sin desarrollar; una especie de ayuda-memoria. Todo se caracteriza por esa parquedad, a veces matizada de algún desahogo ocasional. Es evidente que ya no interesa la construcción del Diario en sí, ya no existe hacia él la dedicación de antaño. El narrador se conformará con chispazos impresionistas y una acumulación de verbos y nombres propios que indiquen su andar. El protagonista es ahora un profesor universitario, un académico. Aunque ha publicado el año anterior *Partes de naufragios*, su pasión por el relato ya no es la misma.

El cuaderno XI, por su parte, narra el viaje que tuvo como centro la tercera visita a Marina di Camerota, esta vez para recibir un homenaje a su persona. Fue en 1998, cuando Díaz contaba con 77 años de edad. Consecuencia del viaje será la presentación de la primera edición de *Los fuegos de San Telmo* en italiano y el tributo de las llaves de la ciudad. Es un momento de valor simbólico, la consagración como narrador en el pueblo de donde provenía el tío Doménico, aquel que inspiró la obra y también su vocación. Si mencionamos indicios de *Los fuegos de San Telmo* ya en sus primeros cuadernos, los sucesos narrados en este último parecen dar un cierre circular a la trayectoria del autor. Una parte importante de la vida de Díaz se sintetiza en ese homenaje. Las breves anotaciones tienen como complemento una posterior carta a Juan Carlos Mondragón, en la que, en un relato más sereno, subyace la emoción vivida.

Intentos de publicación

Por referencias del propio texto el Diario sólo era conocido por Amanda Berenguer, Ángel Rama, y tal vez Mario Arregui. Ida Vitale amplía esa cifra: “En cuanto al diario de J.P.D. creo que éramos muchos a saber de su existencia [...] sin duda Arregui y Maneco Flores y Marito Fernández, etc., etc., y obviamente Maggi y María Inés, lo sabían”¹⁴. Carlos Maggi, sin embargo, consultado al respecto, ha afirmado ignorarlo por completo. Tampoco lo conocía Álvaro Díaz Berenguer. Todavía puedo recordar su asombro, en la primera visita que por motivos de la donación del Archivo realizáramos a la casa de la calle Mangaripé, cuando tenía en sus manos los cuadernos manuscritos, de espirales herrumbrados, que contenían el Diario. En esa ocasión, sólo Ana Inés Larre Borges, responsable de la publicación de un breve fragmento en “Brecha” en 1999, tenía una pista clara de su existencia. Más allá de quienes en su momento pudieran haberlo conocido o no, el Diario de Díaz, como los otros diarios de autores del 45, responde con exactitud a lo que Hans Rudolf Piccard ha llamado “el auténtico diario”, aquél que se realiza en secreto y cuya publicación sólo puede ser póstuma.

Sin embargo, Díaz pensó más de una vez en publicaciones parciales de su Diario. Ya en su primer Cuaderno anota: “Creo muy fecunda [...] la publicación [...] de estas líneas. [...] El pensamiento fragmentario y esbozado, siempre que sea

¹⁴ E-mail de Ida Vitale al editor, 19 de junio de 2011. El escritor y diplomático Mario César Fernández (1928 – 2000), en el Diario no aparece mencionado. No obstante, son indudables sus vínculos con Díaz.

sincero, debe ser comunicado Podrían despertar ecos muy fecundos...”, etc. Es sólo una idea pero reaparecerá más de una vez, cuando haya motivos que lo ameriten. Así, en el Cuaderno II, hacia mediados de 1945, releendo el Diario, advierte que en sus páginas se halla el proceso de formación de “Poesía y magia” y cree conveniente la publicación de esas notas como apéndice al texto. Piensa incluso en enviárselas a Arregui. “Mi sentimiento es éste: siento pudor, inseguridad, al proponerme publicar estas notas, pero siento además que si a mis manos viniera un libro como el mío con un apéndice en el que se incluyeran fragmentos del diario del autor, yo sentiría reconocimiento por quien me permite ver el libro desde dos puntos de vista. Vería el edificio como espectáculo, y lo gozaría exteriormente, pero, además, lo habitaría como el mismo autor, andaría, por sus habitaciones, lo usaría, y tendría una especie de contacto más íntimo.” Lo mismo se le ocurrirá tres años después, en setiembre de 1948, cuando se anuncia la publicación de *El habitante*: entonces, aparte de la edición común, imagina otra, no comercial, “de limitadísimo tiraje, con trozos correspondientes del Diario”. Finalmente, en 1951, piensa en un “Falso diario de viaje” o “Diario de viaje apócrifo”, para lo que hubiera sido la crónica de su itinerario europeo. La tentación apareció también, como ya hemos visto, con la escritura de “Presente perdido”.

Sin embargo, sólo se concretó la publicación de la visita a la casa de Antonio Machado en Segovia, en el número 2 de la revista “Mito”, aunque, según informa el Diario, Claude Aveline podría haber publicado o utilizado en Francia otros fragmentos del relato del viaje por España en la revista “Contemporains”. El artículo de “Mito” de 1952 (“La calle de los desamparados. Un encuentro con recuerdos de Antonio Machado”) y el de “Brecha” de 1999 en ocasión del centenario de Jorge Luis Borges (“Conferencista en Montevideo. Un hombre bajo con inverosímiles lentes negros”) son, pues, las únicas dos publicaciones de fragmentos de este Diario realizadas en vida del autor.

Algunos pasajes, como la agonía y muerte de tío Doménico y la primera llegada a Marina di Camerota, fueron decisivos para su novela *Los fuegos de San Telmo*, como ya se ha hecho notar, en tanto que la visita al establecimiento de campo La Solaia, en Malafrasca (Italia), fue motivo de consulta para la confección de un artículo del “Correo de los Viernes” treinta años después. Eso es todo. Es indudable que el abandono de este tipo de escritura autobiográfica, que coincide con un período más intenso de la vida de Díaz, abocado a la vida académica y a la responsabilidad editorial, relegó al Diario a un limitado uso como material de reserva para sus necesidades de creación. De ese modo lo mantuvo junto a sí por el resto de su vida, celosamente cuidado. No sabemos si estuvo en su voluntad legarlo a la posteridad. Lo que sí es cierto es que, el paso del tiempo fue volviendo más hondas y significativas las preguntas que se plantea en el Cuaderno III, el 17 de julio de 1947: “¿Quiero salvar en estos cuadernos una forma posible de mi vida? Mi vida quedará aquí ¿para quién-quienes?”

Algunas puntualizaciones necesarias

Aunque en rigor no deja de ser una selección, poco es lo que se ha eliminado de este Diario a los efectos de su publicación. Anotaciones todavía muy juveniles hicieron que esta tarea fuera más intensa en los primeros dos cuadernos. En el resto, lo extirpado obedece sólo a incidencias triviales o insignificantes (verbigracia: el desprendimiento de retina del padre de Amanda, la compra de un automóvil al que le fallaba el diferencial, etc.) o a reiteraciones innecesarias. Fuera de eso, se ha intentado respetar al máximo la escritura del Diario. Para que el lector pueda comprobar la dimensión de esta afirmación es necesario hacer conocer algunas puntualizaciones:

- 1 – Se han dejado intactas, como fueron anotadas, las fechas de cada entrada.
- 2 – Al final de cada entrada, entre paréntesis, se han indicado las páginas correspondientes del original.
- 3 – Se han utilizado las cursivas para títulos de libros y para expresiones en otros idiomas (francés, inglés, italiano, latín, portugués).
- 4 – Los destacados en cursiva corresponden también a subrayados en el texto de Díaz.
- 5 – Los puntos suspensivos entre paréntesis rectos indican fragmentos eliminados dentro de una misma entrada. A su vez, los signos de interrogación entre paréntesis rectos, indican vocablos ininteligibles.
- 6 – Si bien algunas notas a pie de página indican signos marginales en los cuadernos originales, la mayoría de ellas tienen por destino brindar al lector la mayor información posible así como vincular texto y contexto, tanto en lo que se refiere al acontecer cultural de la época como a la obra y la vida de Díaz.
- 7 – De acuerdo con ello, se incluye en la edición una detallada cronología del autor y un apéndice documental y fotográfico que procuran ilustrar pasajes del Diario.

ALFREDO ALZUGARAT

Cronología de José Pedro Díaz

- 1921 – Nace en Montevideo un 12 de enero, hijo de Fernando Díaz y Rosa D’Onofrio. Su primer domicilio es Julio Herrera y Obes 1537.
- 1938 – Conoce a Amanda Berenguer.
- 1939 – **Canto pleno**. Montevideo, Talleres Gráficos de la imprenta “Stella”, de Juan Cunha. Participa en el Teatro Polémico, de Verdié y Oribe Coronel. Viaja a Buenos Aires con Leandro Castellanos Balparda.
- 1940 – **Canto pleno, segundo cuaderno**. Montevideo, Talleres Gráficos de la imprenta “Stella”.
Publica en *Hojas de poesía*, N° 1, mayo, el poema “En torno a la columna de granito rojo...” Dirige Juan Cunha. Xilografías de L. Castellanos Balparda. Ediciones Stella.
Termina sus estudios secundarios en Preparatorios de Derecho en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo (IAVA).
- 1941 – **El abanico rosa**. Montevideo, Prensas particulares de Sexta vocal.
Es Aspirante a Profesor Agregado.
- 1942– Obtiene el primer puesto en el Concurso de Oposición para Profesor en institutos normales.
- 1943 - “Notas sobre el ‘Caín’”, prólogo a *Lord Byron: Caín*. Montevideo, Claudio García & Cía, editor. Participa junto a Amanda Berenguer y Ángel Rama en las Jornadas Arqueológicas de Teatro, de Lincoln Machado Ribas.
Ejerce como Profesor en Enseñanza Secundaria.
- 1944 – Publica “Nocturno” (poema), en *Verde Memoria*, revista de poesía y crítica, Buenos Aires.
“Alfonso Llambías”, en *Alfar*, Año XII, N° 84.
10 de mayo. Casamiento con Amanda Berenguer. Viven en Roberto Koch 3858 casi San Martín, donde instalan la Galatea.
Hoja inaugural de La Galatea con textos de José Pedro Díaz, Amanda Berenguer y Stéphane Mallarmé (cien ejemplares).
- 1945 – En la revista *Hiperión*, N° 135, presenta a Amanda Berenguer con un fragmento de la “Elegía a Paul Valéry”.
La Galatea publica a Jules Supervielle: *Une métamorphose ou l’époux exemplaire*.
Obtiene el primer lugar en el Concurso de Oposición y Méritos para la Enseñanza Secundaria y Preparatorios.

- Lee la conferencia de Jorge Luis Borges, “Poesía gauchesca”, en el Paraninfo de la Universidad, en presencia del autor. Participa en peñas del Café Metro y del café Libertad.
- 1947 – “Saludo a Georges Duhamel” (discurso en ocasión de la cena ofrecida al escritor francés por escritores uruguayos el lunes 4 de agosto), en *Marcha*, N° 391, 8 de agosto.
“Una indagación en una literatura”, en *Escritura* N° 2, noviembre 1947.
Se instala en Mangaripé 1619 y conoce a José Bergamín.
- 1948 – “Una conferencia sobre J. Herrera y Reissig: contactos entre Julio Herrera y Reissig y la poesía francesa”, en *Anales de la Universidad*. Montevideo, N° 162, versión de la conferencia “Contactos entre J. Herrera y Reissig y la poesía francesa”, dictada en 1947 en el Paraninfo de la Universidad y organizada por la Sociedad Amigos de Francia.
“Anotaciones sobre Hamlet”, en *Clinamen*, año 2, N° 4, versión reelaborada de la Conferencia “Hamlet”, dictada en el Círculo de Estudios Literarios, Montevideo, en 1942, y en el Salón de Artes y Letras del Uruguay el 21 de junio de 1941 bajo el título “Anotaciones sobre el ‘Hamlet’”.
Dicta un cursillo en Facultad de Humanidades sobre “Arte y Magia”.
- 1949 – **El habitante**. Edic. La Galatea. (2ª edic – Montevideo: Tierra nuestra, 1970).
Publica “Poesía y magia”, en *Anales de la Universidad*, Montevideo, N° 164.
- 1950 – 1952 – Recibe la Beca Gallinal y es nombrado Agregado Cultural en la Embajada de Uruguay en Bélgica. Viaje por Francia, España, Italia, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra y Marruecos.
- 1952 – “La calle de los desamparados. Un encuentro con recuerdos de don Antonio Machado”, en Revista *Mito* No2, enero-marzo.
- 1953 – **Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía**. 1ª edic. La Galatea. (2ª edic. ampliada: Gredos, Madrid, 1958; 3ª edic. ampliada: Gredos, Madrid, 1964; 4ª edic. corregida y ampliada: Gredos, Madrid, 1970).
“La naturaleza en la poesía de Bécquer”, en *Asir* N° 32 – 33, mayo – junio.
Dicta cursos de Literatura General en el Instituto de Profesores Artigas (IPA).
- 1954 – “José Pedro Bellan”, prólogo a *Doñarramona*, Clásicos Uruguayos, Ministerio de Educación y Cultura.
“Sobre la experiencia poética de Delmira Agustini”, en *El País*, 8 de julio.
- 1955 – Integra la Comisión Especial para el estudio de nuevos programas de Literatura para Enseñanza Media.
- 1956 – “Gérard de Nerval”, en *Entregas de la Licorne*, Montevideo, Nos. 5-6, setiembre.

- “Gervasio Guillot Muñoz (1897 – 1956)”, en *Marcha* N° 837, 1° de noviembre.
- Ingresa a la Facultad de Humanidades a cargo de la Cátedra de Literatura Francesa. Dicta Didáctica y Metodología para Literatura en el IPA.
- 1957 – **Tratado de la llama**. Montevideo, La Galatea.
“La enseñanza de la literatura en los planes de reforma de la enseñanza media en Bélgica”, en *Anales del IPA*, N° 2.
Diciembre. “Ejercicios antropológicos” (avance) en *Marcha*.
Integra la Comisión que organiza los primeros Cursos Internacionales de Verano en la Univ. de la República.
- 1958 – “La búsqueda del orden y el impulso a la aventura en la narrativa de André Gide”, en *Revista de la Facultad de Humanidades*, No XVI.
Dicta curso de Literatura Española en el IPA. Integra la delegación de la Universidad de la República que trabaja en la Comisión Interuniversitaria de Buenos Aires.
- 1959 – “Buen estudio de Lorca. Poesía, Tiempo e Intensidad”, reseña del libro “Federico García Lorca” de Christoph Eich; y reseña de “Perceval y otros cuentos”, de Herbert Müller, en *Marcha*, N° 955, 17 abril.
- 1960 – **Ejercicios antropológicos**, en La Galatea.
“De su mejor narrativa”, sobre “La cara de la desgracia” de Onetti, en *Marcha*, 14 de agosto. (Recogido en *Recopilación de textos sobre J.C. Onetti*, Reinaldo Ramos edit., La Habana: Casa de las Américas, 1969, y en *En torno a Juan Carlos Onetti*, Lídice Gómez Mango edit., Montevideo, FCU, *Cuadernos de Literatura* N° 15, 1970).
“Una bien cumplida carrera literaria”, sobre “La casa inundada”, de Felisberto Hernández, en *Marcha* N° 1034, 11 de noviembre. (Recogido en “Felisberto Hernández: notas críticas”, Montevideo, FCU, *Cuadernos de Literatura* N° 16, 1970).
- 1961 – “Un ciclo onírico: de ‘La vida breve’ a ‘El astillero’”, de J. C. Onetti, en *Marcha*, 29 de setiembre. (Recogido en *En torno a Juan Carlos Onetti*, Lídice Gómez Mango edit., Montevideo, FCU, 1970)
- 1962 – Funda Editorial ARCA junto a Ángel y Germán Rama.
- 1963 – Edición, introducción y notas” a *Rimas* de Bécquer. Madrid, Espasa Calpe.
- 1964 – **Los fuegos de San Telmo** (1° Edición: Arca, 1964; 2ª edic.: CEAL, Buenos Aires, 1968; 3ª edic.: CEAL, Buenos Aires, 1968; 4ª edic.: Bogavante, México, 1969; 5ª edic.: Calicanto, Buenos Aires, 1979; 6ª edic.: Club del Libro, Montevideo, 1981; 7ª edic.: Banda Oriental, Montevideo, 1987; 8ª edic.: Fin de Siglo, Montevideo, 1993; 9ª edic.: “I fuochi di Sant ‘Elmo”, Galzerano, Italia, presentazione de Rosa María Grillo, 1997; 10ª edic.: “I fuochi di Sant ‘Elmo” Avagliano editore, Cava de’ Tirreni, 2000; 11ª edic.: Montevideo Clásicos Uruguayos, MEC, 2008).

- 1965 – “Felisberto Hernández: una conciencia que se rehúsa a la existencia”, epílogo a *Tierras de la memoria*, de Felisberto Hernández, Arca. (Recogido en **El espectáculo imaginario**).
“Ejercicios antropológicos” (“Cazadores”, “Cometas”, “Quemados”, “Navegar”) en *Suplemento dominical de El Comercio*, Lima, 26 diciembre.
- Viaja a Praga invitado por la Sociedad de Escritores Checoslovacos.
Jurado en Premio Casa de las Américas, en Cuba, categoría novela. Integró el Jurado junto a Mario Vargas Llosa, Camilo José Cela, David Viñas y Jaime Sarusky.
- 1966 – Introducción a *La conversación de Carlos Reyles*, de Gervasio Guillot Muñoz. Montevideo, Arca.
“Nueva literatura uruguaya” (antología), en *Revista Casa de las Américas*. La Habana, nov.- dic. 1966.
“Conového v uruguajskej literatúre”, reportaje a José Pedro Díaz sobre literatura uruguaya, en el periódico checoslovaco *Kultúrny Život*, Bratislava, 15 de abril.
Se publica avance de “Partes de naufragios” en *Marcha*, N° 1336, 30 diciembre, “El lugar de la pendiente”, “El lugar ortogonal” y “El lugar esférico”, en *Cien años de raros*, Ángel Rama, edit., Montevideo, Arca.
- 1967 – **Tratados y ejercicios** (1ª edición: Univ. Veracruzana, México, 1967; 2ª edic. Montevideo, Arca, 1989).
Preside la Comisión de Teatros Municipales.
- 1968 – **Bécquer**, Buenos Aires, CEAL.
“La experiencia poética de Delmira Agustini”, en *La poesía de Delmira Agustini*, Montevideo, FCU, Cuadernos de Literatura N° 1.
Fundación de la revista *Maldoror*, junto a Amanda Berenguer, Lucien Mercier y Paul Fleury.
- 1969 – **Partes de naufragios**. Montevideo, Arca.
“Partes de naufragio” (avance), en *Maldoror*, N° 5, 3° - 4° trimestre.
Edición, introducción y notas a *Obras completas*, de Augusto Ferrán. Madrid, Espasa Calpe.
“La estética de Antonio Machado” en *Cuadernos de Marcha*, N° 25.
- 1970 – “El tiempo en la novela”, en *Revista Eco*, Bogotá.
“El mundo subterráneo de Nerval”, en *Maldoror*, N° 6, 4° trimestre 1970.
- 1971 – El British Council lo invita a Londres y a Francia donde dicta conferencias sobre temas del Programa “Agrégation” en las universidades de Bordeaux, Poitiers y Paris (sobre “Ariel” [de Rodó] y “Teoría de la novela en Cervantes”) y en las universidades de Reeds y Essex, en Inglaterra. Invitado por el Centro di Recerche per l’America Latina participa en Florencia de mesa redonda sobre novela latinoamericana contemporánea. En Roma dirige una reunión de seminario sobre la obra de Bécquer.

- 1972 – “Notas sobre el trabajo del escritor”, en *Maldoror*, N° 8, diciembre.
- 1973 – Es destituido de la enseñanza pública tras el golpe de estado.
“Respirar”, artículo de presentación de *Maldoror*, N° 9, setiembre.
- 1974 – **Balzac. Novela y sociedad.** Montevideo, Arca.
“Balzac, la sociedad y el dinero”, en “La palabra y el hombre”, *Revista de la Universidad Veracruzana*, México, N° 14.
Edición crítica de *Diario del sinvergüenza y últimas invenciones* de Felisberto Hernández. Montevideo, Arca.
- 1975 – “Emilio Oribe” (obituario), en *Maldoror* N° 10, agosto.
- 1976 – Edición, selección y prólogo de *El caballo perdido y otros textos*, Buenos Aires, Calicanto.
- 1977 – Traducción, prólogo y notas de *Baudelaire: Diarios íntimos*, Buenos Aires, Galerna.
“Ejercicios arqueológicos” en *La Revista de Ciencia Ficción y Fantasía*, Buenos Aires, N° 3, marzo.
Funda El Club del Libro, junto a Amanda Berenguer, Alvaro Díaz Berenguer, Rubén Castillo (Discodromo Sarandí), Carlos Maggi y María Inés Silva Vila. Se publicarían 65 libros.
Lectura de fragmentos de “Los fuegos de San Telmo”, “Partes de naufragios” y “Tratados y ejercicios” para el Archivo de las Palabras de América Latina, Library of Congress, Washington D.C. (USA)
- 1979 – “Lo poético en la narrativa de Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti”, en J. Cruz Mendizábal, ed., *Hispanic Literatures*, 5th Annual Conference, Indiana, Pennsylvania.
Es designado Fulbright Visiting Professor y viaja a Estados Unidos. Del 27 de agosto a 26 octubre, dicta en la West Virginia University (Morgantown) los cursos regulares de post grados: “La novela latinoamericana moderna” y “Le roman français du XIXème siècle”; y en la misma universidad el 17 setiembre, la conferencia: “Un tema de la poesía de Bécquer” y el 25 del mismo mes, “Le temps dans le roman proustien”. El 23 de octubre, en la University of Pittsburgh, conferencia “La formación del mundo novelesco de J. C. Onetti”. El 28 de octubre, en el marco de la 5ª. Conferencia Hispánica de Indiana, en Indiana University (Pennsylvania), “Lo poético en la narrativa de Felisberto Hernández y J. C. Onetti”. Del 29 de octubre al 16 de diciembre, dicta en Oberlin College (Ohio) el curso regular “Narrativa latinoamericana contemporánea” y clases complementarias en el curso de la Dra. Nora Wieser, “Literatura de protesta”.
- 1980 – Dicta en The College of Wooster (Ohio), entre el 1º enero y el 4 de junio, los cursos: “Corrientes de la literatura latinoamericana”, “La novela contemporánea latinoamericana” y “Le roman français du XIXème siècle”. El 6 de marzo, en la University of Nevada (Reno), conferencia “La poesía lírica de Bécquer”. 7 de marzo, University of California at Davis, conferencia “Lo

- poético en la narrativa de Felisberto Hernández y J. C. Onetti”. 11 de marzo, Stanford University, conferencia “El sueño en la obra de J. C. Onetti”. 13 de marzo, University of California at Irvine, conferencia “La narrativa de Felisberto Hernández”. 23 de marzo, University of California (Los Angeles), conferencia, “Las obras de Felisberto Hernández”. 31 de marzo, University of New Mexico (Albuquerque), conferencia, “Dos precursores uruguayos de la ‘nueva novela latinoamericana’”. 15 de abril, University of Texas at Austin, conferencia, “La formación de la poesía de Bécquer: un tema de literatura comparada”. 21 de abril, en el Center for Inter American Relations (New York), presentación de la obra de creación junto a Amanda Berenguer: lectura de fragmentos de “Partes de naufragios” y de “Tratados y ejercicios”. 22 de abril, Yale University (New Haven), conferencia “El hallazgo del tema fantástico en la obra de Felisberto Hernández”. 25 de abril, University of Akron (Akron), conferencia, “Introducción a la lectura de Felisberto Hernández”.
- 1981 – Prólogo de edición definitiva de *Obra completa de Felisberto Hernández*. Montevideo, Arca.
Codirige, junto a Wilfredo Penco, la página literaria de *El Correo de los Viernes* (1981 – 1985).
- 1982 – **Nuevos tratados y ejercicios**. Montevideo, Arca.
“Más allá de la memoria” (sobre F.H.) en *Escritura*, Caracas, N°s. 13 y 14, enero – diciembre. (Recogido en **El espectáculo imaginario**).
- 1983 – “Sobre Juan Carlos Onetti”, en *Studi di letteratura ispanoamericana*, N°s. 13 – 14: H.J: Verani editor. Milano (Reeditado en *Juan Carlos Onetti: el escritor y la crítica*, Hugo Verani ed. Madrid: Taurus, 1989).
“A un mes de la muerte de José Bergamín”, en *Por la patria*, N° 1, Año I, 30 setiembre.
- 1985 – Edición, selección, notas, introducciones y cronología de *Felisberto Hernández: novelas y cuentos*. Prólogo de Julio Cortázar. Caracas, Fundación Ayacucho.
“Perdimos a Ángel Rama”, en *Texto crítico*, año X, N°s. 31/32, enero – agosto.
“En la muerte de Flores Mora”, en *Jaque*, 22 febrero.
“Sobre nuestra Universidad”, en *Búsqueda*, abril.
“En el centenario de Víctor Hugo”, en *Jaque*. Junio.
“El libro”, en *Jaque*, 11 de octubre.
El gobierno de Francia le otorga el grado de Chevalier dans l’Ordre des Palmes Académiques. Recupera cátedra de Literatura Francesa y asume la de Metodología de la Investigación Literaria y la Dirección del Departamento de Filología Moderna en Facultad de Humanidades.
- 1986 – **El espectáculo imaginario**. Montevideo, Arca.

Felisberto Hernández: el espectáculo imaginario I. Montevideo, Arca. (2ª edic. 1991)

Prólogo a *Gabriel García Márquez*, de Ángel Rama, Montevideo, FHCE. Viaja a Estados Unidos. "La cultura silenciosa", ponencia en el coloquio de la Univ. de Maryland. Publicada en *Represión, exilio y democracia: la cultura uruguaya*, Saúl Sosnowski, comp. Banda Oriental, Montevideo, 1987; 2ª edic. en *Exilio – Insilio: dos enfoques*, José Pedro Díaz y Germán Wettstein, Instituto Testimonio, Montevideo, 1989; 3ª edic. en *Represión, exilio, and Democracy Uruguayan Culture*, traducción de Louise B. Popkin, 1993. Duke University Press, Durham and London, 1993.

En marzo es por segunda vez jurado del Premio Casa de las Américas (La Habana, Cuba) en la categoría Cuento, junto a Alfredo Bryce Echenique, Rodolfo Dada, Juan Aburto y Humberto Arenal. Lectura de textos para el Archivo de la Palabra de Casa de las Américas, La Habana.

1987 – "Las letras en los años veinte", en *Vida y cultura del Río de la Plata*, XVII Cursos internacionales de verano, tomo I, UDELAR, Montevideo.

- "Felisberto Hernández y la década de los años 20", en *Rev. Río de la Plata*, N°s. 4 - 5 - 6, París.

- "Borges en 1982", en *Borges: el último laberinto*, Rómulo Cosse, ed. Montevideo, Linardi y Risso.

"El pique" (capítulo de "Los fuegos de San Telmo") en *Revista Casa de las Américas*, La Habana, N° 161, marzo - abril.

"Un tema de literatura comparada: la influencia de Jules Supervielle sobre Felisberto Hernández", ponencia para el Encuentro Franco- Uruguayo de París, nov. 1987 (recogido en 2ª edic. de **El espectáculo imaginario I**, 1991)

"Selección de poemas y narraciones leídos por su autor". Fundación Braille del Uruguay, Ed. El libro hablado.

1988 – "Los trasfondos en la narrativa de Onetti", en *Plural*, México, febrero, N° 197.

1989 – **J. C. Onetti: el espectáculo imaginario II.** Montevideo, Arca.

"J. C. Onetti: la necesidad de lo imaginario", en Rómulo Cosse, comp. *Onetti*, Montevideo, Linardi y Risso.

Edición, ordenación y prólogo de *Carlos Flores Mora: poesías completas*, Montevideo, Ed. del Poder Legislativo, Cámara de Representantes.

"Una hipótesis sobre el tema del doble", 2º tomo del N° especial sobre "El doble" de la *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, Montevideo, N° 4 B, diciembre.

"José Pedro Bellan (1889 – 1989). El espíritu de la reforma valeriana y el primer batllismo", en *Cuadernos de Marcha*, 3ª época, año V, setiembre. Textos: "Hacer que crezcan árboles", "Saludo", "Castalia", "Algunos Símbolos", en *Hispanamérica*, Maryland (USA), N° 52, año XVIII, abril.

- “El trabajo del escritor” (fragmento de “Novela y sociedad”) en *Estudios*, Nº 102 y 103, agosto 1989.
- 1990 – “De la escritura”, “Hacer que crezcan árboles”, “Saludo”, “Castalia”, en *Rev. Casa de las Américas*, La Habana, Nº 181, agosto 1990.
Prólogo a *El monstruo incesante*, de Amanda Berenguer. Montevideo, Arca.
Viaja a Alemania. “Historia y ficción en la obra de José Pedro Bellan”, ponencia presentada en el Tercer Congreso Internacional de CELCIRP sobre “Discurso historiográfico y discurso ficcional”, en Regensburg, 2 al 5 julio.
- 1991 – **Novela y sociedad** (1º Premio Ensayo, Intendencia Municipal de Montevideo y 1º Premio Ensayo Literario del Ministerio de Educación y Cultura). Publicado en Xalapa, Universidad Veracruzana (México).
“El enfermo grave y su entorno en la literatura”, conferencia dictada en la Clínica Médica 2, Dra. Rosa Nisky, Fac. de Medicina, Hospital Pasteur, marzo, 1991, publicada en *Archivos de Medicina interna*, Soc. de Medicina de Mont, vol. XIII, 2, junio, y en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Montevideo, Nº 75 (Asoc. Psicoanalítica uruguaya, APU). Recogido en **Una mirada crítica: Medicina y literatura**.
“Neruda en el Uruguay”, prólogo a *Aquellos anchos días, Neruda el oriental*, de José Miguel Varas. Montevideo, Monte Sexto.
“Una ‘autobiografía’ de Felisberto Hernández”, en **El espectáculo imaginario I**, Montevideo, Arca, 2ª edic. ampliada y corregida.
“Ulises”, de “Nuevos tratados y otros ejercicios”, 1º setiembre, en suplemento dominical de *El Comercio* (Perú).
- 1992 – “Marcel Proust: una mirada clínica sobre la profesión médica” (en colab. con Álvaro Díaz Berenguer), en *Rev. Médica del Uruguay*, CASMU, Vol. 8, Nº 1, abril. Recogido en **Una mirada crítica: Medicina y literatura**.
“El enfermo grave y su entorno en la literatura”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Nº 75. Recogido en **Una mirada crítica: Medicina y literatura**.
“Retrato de un inmigrante a través de un escritor uruguayo” (José Pedro Bellan). Jornadas del CEI, FHUCE, 28 octubre. Publicado en *Presencia italiana en la cultura uruguaya*, Montevideo, UDELAR, 1994.
- 1993 – “Felisberto Hernández: el progresivo hallazgo de sí mismo (su época y sus maestros)”, coloquio en Washington (The American University, College of Arts and Sciences), Abril 15 al 17.
- 1994 – “Lautréamont: le Montevidéen”, en Coloquio Lautréamont y Laforgue. Tarbes y Pau, Francia. Publicado en *Lautréamont et Laforgue dans leur siècle*, Cahiers Lautréamont, livraisons XXXI – XXXII, París, 1995.
El CODICEN y la ANEP le conceden el 5 de octubre el título de Profesor Emérito como fundador del I.P.A. y por su destacada actuación.

- 1995 – Coordina el Coloquio Jules Supervielle organizado por el Ministère des Affaires Étrangères, Ambassade de France en Uruguay y Ediciones de la Banda Oriental, 25 y 27 de octubre de 1995, en Montevideo. JPD presentó el trabajo “La influencia de Jules Supervielle sobre FH”, publicado en *Coloquio Jules Supervielle*. Montevideo: Banda Oriental, 1997.
“La presencia de Italia en dos libros uruguayos actuales”, ponencia enviada a la Univ. de Salerno.
“Onetti y el manar de su escritura”, en *Miradas sobre Onetti, homenaje a Onetti un año después, 1901 – 1994*. Montevideo, Alfaguara.
- 1996 – **Una mirada crítica: medicina y literatura**, en colaboración con Álvaro Díaz Berenguer. Montevideo, Banda Oriental.
- 1997 - Viaja nuevamente a Europa junto a su familia. Conferencia en la Univ. de Salerno sobre “Los fuegos de San Telmo”. Es recibido en Marina di Camerota y le otorgan las llaves de la Comuna.
- 1998 – Prólogo a *La realidad* de José Pedro Bellan, Banda Oriental. Reedit. en 2009.
- 1999 – “Conferencista en Montevideo. Un hombre bajo, con inverosímiles lentes negros” (fragmento de diario inédito), en *Brecha*, 20 de agosto (Suplemento La Lupa dedicado a Jorge Luis Borges).
24 de junio – Homenaje de despedida de la Facultad de Humanidades.
“Presencia imborrable del poeta”, en *Insomnia, (Posdata)*, 12 de noviembre.
- 2000 – **Felisberto Hernández. Su vida y su obra**, Planeta, Montevideo.
Entrega del Premio Morosoli de la Fundación Lolita Rubial.
- 2001 – **La claraboya y los relojes**. Montevideo, Cal y Canto.
- 2006 – Fallece víctima del mal de Alzheimer.
Publicación de “Documentos”, manuscritos de J. P. Díaz para sus cursos en la Facultad de Humanidades, en *Maldoror* N° 25, noviembre.

Autobiografía

Nací en Montevideo el 12 de enero de 1921 en una casa alta de la calle Julio Herrera y Obes 1537, cuyos balcones estaban rodeados, en verano, por las grandes hojas de los plátanos que crecían en esa calle.

Mis padres eran hijos de inmigrantes: españoles los abuelos paternos: José Díaz y Díaz, de Galicia, y Dominga Ceberio, de las provincias vascas; e italianos los maternos: Pedro D'Onofrio, de Marina di Camerota, y Josefa Panella, de Nápoles. Mi abuelo paterno había sido cocinero, y luego había trabajado como cobrador de la Compañía del Gas. Mi abuelo materno era pescador: había sido patrón de su propia barca, y en ella habían trabajado también sus hermanos.

Mis padres vivían con las dos familias en la misma casa, pero mis dos abuelos habían muerto ya cuando nací; el último de ellos, Pedro D'Onofrio, que había pasado los últimos años inválido, con las piernas paralíticas, había muerto seis días antes de mi nacimiento. Con nosotros vivía también uno de sus hermanos, mi tío abuelo Domingo D'Onofrio, que es una de las imágenes más ricas de mi infancia.

El año en que debía comenzar a ir a la escuela, enfermé y tuve que guardar cama por varios meses. Ese tiempo lo pasé casi siempre esperando: esperaba a los demás, esperaba que llegaran, esperaba a mi madre, a mi padre, y sobre todo a Tío Domingo. Cuando mi madre estaba cerca, porque arreglaba la habitación, me contaba o me cantaba historias. Fue así que conocí algunos romances que muchos años después leí en los libros de Menéndez Pidal, y de los que me quedan todavía briznas en la memoria: "... el buen rey tenía tres hijas, / la más chica de las tres/ Delgadina se llamaba..." Pero luego mi madre debía arreglar el resto de la casa y ayudar a la abuela en la cocina, que quedaba tan lejos. De modo que pronto las historias se acababan.

A la noche, cuando sentía en la escalera los pasos de mi padre que volvía del trabajo, sabría que pronto podría asirme a su mano, que traía el frío alegre de la calle, y que juntos los dos bajo el cono de luz de la veladora, me contaría otra vez cómo Ismael había enfrentado al tigre, o quizá, simplemente, cómo vivía el "tupamaro" en los montes del Río Negro. Así conocí también, antes de leerlas, las primeras escenas de las novelas de Acevedo Díaz. Pero en seguida llegaba la hora de la cena y mi madre lo venía a buscar para ir con él al comedor.

Por eso yo esperaba sobre todo que llegara Tío Domingo. Como salía muy temprano de casa para ir a pescar, luego del almuerzo dormía la siesta; había que esperar a que se levantara y tomara el mate. Sólo entonces venía a sentarse junto a mi cama y me contaba historias. A veces se quedaba casi hasta la noche. Ese era el pedazo más grande y rico del día. Es por eso y también por cómo era él, por

su calidad personal, por la de su rica cultura analfabeta, que dejó una huella tan fuerte en mi memoria. Sólo años más tarde supe distinguir eso con claridad, y fue cuando conocí España y hablé en el campo con algún campesino español, y aun después, cuando expresamente hablamos de cultura popular y analfabeta con José Bergamín; pero entonces yo simplemente esperaba a Tío Domingo porque me contaba historias y porque lo quería, y no sabía que alamarlo no sólo lo amaba a él, sino también a un mundo al que por él ingresaba.

Me contaba cómo había sido su vida en su paese, en Marina di Camerota, un pueblo de pescadores de la provincia de Salerno; me contaba historias de su infancia, de cómo salía a pescar en la barca de su hermano mayor y de las aventuras que había tenido: la pesca de un gran pez, una tormenta frente al cabo Palinuro (¡cómo me emocionó más tarde, cuando leí a Virgilio, ese nombre prestigioso!), también me contaba de sus aventuras terrestres: de cuando tenía que hacer un “mandado” atravesando las montañas para llegar hasta un pueblo vecino, de los encuentros naturales o sobrenaturales que entonces había tenido (también lo sobrenatural le era familiar).

Pero a sus historias verídicas se juntaban a menudo los recuerdos de sus lecturas –no sabía escribir, pero había aprendido a leer mientras “hizo el soldado”– y por eso me contaba también historias del “Rey de la Barba Florida” y aventuras de Fioravanti, de modo que, junto al resplandor fabuloso de sus historias mediterráneas, recibía también de él, la sustancia de algunas antiguas crónicas famosas cuyo origen él mismo ignoraba .

Ese fue el período de mi infancia que más fuerte huellas dejó en mí. Yo debía tener, entonces, seis años. Pienso que sería así porque recuerdo que esos relatos me los contaba cuando vivíamos todavía en aquella casa en la que estuve enfermo –lo recuerdo sentado junto a mi cama mientras lo escucho– y pienso que nos mudamos de allí cuando yo tenía esa edad.

Creo saberlo porque como no podía ir a la escuela, mi madre me enseñó las primeras letras y los números (uno de los primeros regalos que hice a mi padre fue esperararlo a su regreso del trabajo con los primeros cien números escritos por mí en un pizarrón). Había aprendido a escribir también las cifras de los años, y recuerdo los números 1926 y 1927 escritos por mí– este último con un 7 torpe, dibujado con dificultad–, y también el sentimiento sorprendente de saber que esos números correspondían a los días que estábamos viviendo. Veo los números escritos por mí sobre una de las tapas de un libro de cuentos, mientras estoy sentado en el suelo, junto a la biblioteca de mi padre que tiene las puertas abiertas. Y eso ocurre cuando estoy ya en otra casa, la de la calle Paysandú 1013.

La biblioteca existe todavía: es un armario de roble, de puertas vidriadas, que está ahora en la casa de mis hijos (Álvaro y su mujer Sylvia), aunque ya no la usarán. Me hubiera gustado que se conservara en la familia por la inocente historia que tiene. Mi padre la compró cuando era aún soltero, pero en realidad no la compró para él; pensó que debía comprarla porque, como había decidido casarse, y como

el hijo que seguramente tendría iba a necesitar de buenos libros para instruirse, había comprado algo que juzgaba muy importante: el Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano; y como éste necesitaba a su vez de un mueble, lo había comprado también. Yo por mi parte conservo, en la estantería que está junto a mí, los veintiocho grandes tomos in folio encuadernados en rojo y con dorados a fuego en el lomo, de aquel viejo diccionario.

Aquella casa era más alta aún que la anterior. En la planta baja había una imprenta, y sobre ella dos pisos a los que se subía por escaleras independientes; nuestra casa era la más alta y desde su azotea se veía gran parte de la ciudad y, sobre todo, la bahía. Entonces era una fiesta subir a la azotea y reconocer, desde lo alto, los diferentes edificios que había visto alguna vez desde la calle, y, a lo lejos, más allá de la extensión luminosa de la bahía, el cerro coronado por la fortaleza y la farola. Si nos demorábamos allá arriba hasta el atardecer, todavía podíamos alcanzar a ver el parpadeo luminoso del faro. (Esto ya lo conté en *Los fuegos de San Telmo*, y por eso ahora, cuando escribo estas líneas, yo no sé si recuerdo lo que veía en mi infancia, o si lo que vuelve a mi memoria son las imágenes que se formaban en mí cuando estaba escribiendo aquello) .

Mientras vivíamos en esa casa, a la que se subía por una interminable escalera de mármol, fui a la escuela; a dos escuelas, en realidad, porque en la escuela Francia, que era la de mi barrio, solo podía cursar los tres primeros años, de modo que para continuar tuve que ir a otra, la escuela Artigas, que quedaba lejos, y a la que iba en tranvía, el 6. Eso me amplió de golpe el mundo. No solo porque la escuela Artigas era muy grande – enorme me pareció cuando entré a ella por primera vez, con sus dos pisos y su gran patio-, sino porque el largo viaje en tranvía hasta allá me hacía recorrer media ciudad y porque durante esos viajes ocurrieron por lo menos dos hechos que fueron inolvidables. Uno fue la llegada a Montevideo de una enorme manga de langostas que apareció de pronto sobre la ciudad enturbian-do el cielo. Aunque seguramente debo haberlas visto en mi casa, en la azotea, o en la misma escuela, mi recuerdo las fija en algún momento en que estoy viajando en ese tranvía, a la ida o al regreso de la escuela, y las veo de pronto del otro lado de la ventanilla que está junto a mí, porque vienen volando y golpean contra el vidrio, y se aferran con sus largas patas vacilantes a la madera del marco. Me parecían enormes. Algunas caen dentro del tren, y eso provoca comentarios entre los pasajeros; unos se las sacuden con muestras de asco, otros se sonríen, y otros hacen comentarios sobre el peligro que representan. Y de todo ello se habla luego en casa; se cuenta cómo algunos autos chocaron cuando quisieron frenar en una carretera que estaba cubierta de langostas, porque las ruedas resbalaron, y se dice que en algunos lugares el ferrocarril debe andar a menor velocidad; pero además, como las gallinas se comían todas las langostas que encontraban, en las semanas siguientes los huevos tenían mal gusto, y hasta la tortilla de papas sabía mal. Las langostas volvieron otras veces sin duda, y no solo las vimos en la ciudad sino también en la playa. Cuando, en las vacaciones, pasábamos algunos meses en la casita

de veraneo, las veíamos llegar hasta allá, y algunas veces vimos también cómo se amontonaba en la orilla una resaca inusual formada por los millares de langostas muertas que el mar traía y que inundaba las playas de un olor desagradable. Cuando estaban vivas, las gaviotas las perseguían y las comían golosamente.

El otro acontecimiento inolvidable que presencié durante uno de aquellos viajes a la escuela, ocurrió una mañana en que el cielo estaba gris, pero no en realidad nublado, solo estaba extrañamente gris y desolado; no había viento, no llovía, y sin embargo algo caía, como una llovizna finísima que casi flotaba en el aire, y que se depositaba luego sobre las partes oscuras de los automóviles estacionados, sobre los saledizos de los frentes de las casas y sobre las veredas, donde quedaba un leve manto grisáceo en el que se marcaban las pisadas de los transeúntes. Era muy extraño. Cuando bajé del tranvía y caminé hasta mi casa vi que ese polvillo se mantenía en el aire, prácticamente impalpable. Al fin, en casa, supe que eran las cenizas de un volcán de la cordillera de los Andes, el Aconcagua, en Chile; una erupción había arrojado esas cenizas a una enorme altura y habían dado más de una vuelta a la Tierra antes de empezar a caer sobre nosotros. Bajaban lentamente; la ciudad estuvo así, cubierta por esa capa de polvo que se acumuló durante varios días. Por fin se supo que en realidad aquello era piedra pómez en polvo, y que las amas de casa podían usarlo para limpiar y pulir, de modo que pronto comenzaron a barrerse los patios y las azoteas, para recoger y guardar aquel polvo llegado del cielo, que hizo que se suspendiera la compra de pulidores por varios meses.

Eso debió ser en el año treinta y dos. Lo sé porque en ese año, para ganar el que había perdido por haber entrado con retraso a la escuela, debí prepararme para el examen de ingreso al liceo, y cuando lo pasé me regalaron un reloj de pulsera que guardo todavía, y que tiene la fecha en que di ese examen grabada en el reverso por mi padre, y allí leo: 21.XII.932.

Los años del liceo pasaron rápido y dejaron pocos recuerdos. Es extraño, porque debió ser entonces que comenzó un interés que se mantuvo más tarde: por lo pronto hubo algunos entusiasmos literarios estudiantiles. Recuerdo dos: Manrique y el Lazarillo. Fue entonces que aprendí de memoria las Coplas: y fue también en alguno de esos años que escribí los primeros artículos. Los recuerdo confusamente: sólo sé que el tema de uno de ellos era la guerra del Chaco, que ocurría entonces, y que se publicó en un periódico estudiantil. Pero además de aquella violencia relativamente lejana, hubo también otra en esos años; la primera conmoción política de que tuve noticia: el golpe de estado de Terra de 1933, y la muerte de Brum que se mató ese mismo día en la puerta de su casa. Aquel día, a media mañana, el director del liceo hizo reunir a todos los estudiantes en el patio y nos explicó que debíamos regresar inmediatamente a nuestras casas sin demorarnos en las calles. (También eso lo conté en un libro, en *Partes de naufragios*).

Los dos últimos años de secundaria, que tenían ya un carácter diferenciado según la carrera que se siguiera, eran los “Preparatorios”, y se cursaban en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo. Aquello fue un período muy rico, porque la enseñanza

era más libre, el conjunto de profesores bueno, y el intercambio entre estudiantes más vivo y fecundo. Además era la edad de las primeras lecturas importantes: cada lectura era un descubrimiento, leíamos por primera vez a Andreiev, a Dostoievski y a Juan Ramón Jiménez, a Kafka y a Antonio Machado, y teníamos un similar entusiasmo por Chejov y por Romain Rolland. Eso ocurría mientras descubríamos la camaradería, la amistad, y también el amor. Y además nos llegaba el mundo motivando emociones intensas; llorábamos junto a un receptor de radio que traía noticias del bombardeo a Madrid o de la muerte de García Lorca.

Ya entonces España resonaba para nosotros ofreciéndonos un eco en el que nos reconocíamos. En aquellos años se celebraban centenarios que hacíamos nuestros: el de Bécquer, el de Larra. Pero aquellos no eran sólo actos literarios: es cierto que asistíamos a las conferencias sobre Bécquer porque nos importaba la poesía, pero ella se vinculaba ya para nosotros, en aquel año de 1936, con los demás valores. Eso ocurría en el Ateneo de Montevideo, el viejo y grande edificio que da sobre la plaza donde está la estatua de la Libertad. Los que entonces entrábamos a él sentíamos que lo habitaban todavía algunas sombras severas y respetables: ellas frecuentaban la biblioteca, el escritorio sobre el que había escrito Rodó sus prosas, acaso los billares... Y era bueno que entonces, en el gran salón del piso alto se apiñara una muchedumbre y aun lo desbordara llenando las escaleras, y que así, desde abajo, procurara oír lo que decía el orador. Porque cuando se habló de Larra, aparecieron en los discursos frases, y hasta fragmentos de sus artículos, y los que habían sido textos mordaces y críticos en 1836, se convertían, leídos un siglo después en Montevideo, en denuncias audaces, en atrevidas manifestaciones políticas que arrancaban aplausos a la concurrencia.

Y no mucho después empezaron a llegar los grandes desterrados.

En un salón modesto, oscuro, estamos apiñados hombres de toda condición; es una universidad popular, hay estudiantes, hombres de clase media, obreros. Al frente, junto a la mesita sobre la que hay una veladora encendida que no se utiliza, de pie, con un libro en la mano, el poeta lee:

Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

¡A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

La voz de Rafael Alberti llega hasta nosotros como un viento de guerra: nos sentimos en medio de la sombra de una batalla y un abrazo invisible nos oprime el pecho hasta ahogarnos. Todas las sílabas del poema se mantienen un momento

vivas sobre el silencioso y sombrío ardor de quienes escuchamos, y entran para siempre en la memoria:

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.

Es el “Galope”, ese ritmo que quedó evocando para siempre en nosotros algo que tenía la fuerza de una luminosa revelación, luminosa y dolorosa, entrañable; y que se hizo nuestro desde entonces. Quizá en algún momento podremos no recordarlo exactamente, podremos vacilar antes de encontrar algunos de sus versos, y acaso no lo encontremos, pero algo de aquel galope quedó grabado en nosotros más allá de sus sílabas; lo que ellas llevaban consigo, “lo que iba en su montura” era el descubrimiento de que el arte que amábamos venía fundido en el ser entero del hombre que lo creaba, que no podía, que no puede separarse de él:

A corazón suenan, resuenan, resuenan,
las tierras de España en las herraduras .

Y no sólo llegó Alberti; otra vez fue un teatro donde inesperadamente vimos aparecer en el escenario la imagen de un profesor que escuchábamos diariamente, pero que de pronto apareció allí para presentar al poeta. Nosotros conocíamos sus libros: no solo las Residencias, también los más tempranos; habíamos encontrado hasta aquellos de los que él decía que debían algo a nuestro Sabat Ercasty, y conocíamos y nos decíamos los últimos, los que cantaban su amor a España, su canto por Madrid –“Mi casa era llamada/ la casa de las flores...”–, y sus maldiciones a los “Generales traidores”, al General Mola, “el Mola mulo/ con llamas en la cola y en el culo”. Leíamos y releíamos los versos de Neruda, pero nunca lo habíamos visto, no sabíamos de su presencia, no habíamos oído su voz. Y aquella vez lo vimos y lo escuchamos: también él hablaba de España, de su llegada a Madrid, de su arribo a la estación del ferrocarril, y del primer rostro que vio, el rostro de España, que –nos dijo–, “se llamaba Federico”. Y lo decía como si salmodiara, con voz lenta y monótona, pero segura, dolorosa, incesante. Busco ahora y releo aquellas palabras que una agrupación de escritores y artistas hizo publicar entonces: *Neruda entre nosotros* se llama el pequeño libro, y contiene aquellas páginas en prosa que son un hermoso canto de amor herido a España, tan corpóreo, denso y fantasmal como toda su poesía, y también esa prosa suya, como el largo galope de Alberti sobre el cuero de toro de España, unía, en un mismo movimiento, el ritmo de su canto, de su poesía, con el del latido de España desangrandose .

Aquellos encuentros fueron todos inolvidables. Era la edad, sí, pero también los tiempos; eran tiempos diferentes, solidarios. Al menos entre nosotros; aquí, en el Uruguay, la guerra de España se sintió de modo personal. Toda una generación la sintió de esa manera: y también la sintió así buena parte de la generación que nos

precedió. Esa guerra había ocurrido, además, mientras todavía se mantenía entre nosotros la dictadura comenzada en el 33, de modo que estábamos más sensibilizados que otros, quizá, y por eso la sentimos de modo más entrañable. Es cierto que luego, a la luz –y al dolor– de lo que vino después, a aquella se le llamó “dic-tablanda”; pero entonces no sabíamos lo que ocurriría en la década del 70. Ya en el 36, cuando conmemorábamos la muerte de Larra, los actos que en su homenaje se cumplían eran también actos de resistencia a la dictadura, y tanto los discursos como los textos de Larra que se citaban, transparentaban una intención política y local. Por eso sin duda recibíamos así a quienes llegaban de España.

Aquellos desterrados fueron una doble luz: llegaron como si vinieran a cumplir con el pago de una larga deuda, la que habían empezado a generar con la Conquista. Entonces fue España la que motivó, cuando un grupo de lo mejor de sus escritores se dispersó por tierras de América, el despliegue editorial y creador de cultura de las empresas que se instalaron o animaron en México y en Buenos Aires. Los que en aquellos años éramos jóvenes, nos nutrimos desde entonces y, durante largo tiempo, de la abundancia bibliográfica nueva que brotaba en América. Esa era una luz; la otra era la revelación que dije del compromiso humano integral que ellos habían asumido, y que llegaba hasta nosotros en la presencia viva de los poetas –Neruda, Alberti–. Eran los mismos que en esos años, junto a García Lorca y Antonio Machado, nos habían hecho descubrir la poesía y cuyos nombres habían quedado fuerte y dolorosamente vinculados a la historia y a una concepción del destino humano. En ediciones modestísimas habíamos leído las declaraciones del Congreso de escritores antifascistas de Valencia, descubríamos a Malraux y a Dos Passos, y nuestros poetas eran Lorca, Machado, Neruda y Alberti. No solo abrían para nosotros un camino literario; cada uno de ellos, desde su mundo, nos abría el mundo. Y la historia.

También se abría entonces, para nosotros, nuestra propia comarca: es el profesor que en el período de vacaciones nos encuentra y nos llama, y en su casa encontramos algunos de nuestros futuros compañeros y a algunos de los mayores que nos serán cercanos, como él mismo, que era Luis Gil Salguero. En su casa conocimos, antes de leerlos, a Paco Espínola, a Denis Molina, a Álvarez Alonso, y sobre todo a alguien que sería más tarde un gran amigo, y a quien sólo juzgué, durante esos primeros días, como un hombre cordial, discreto; pero no tardamos en descubrirlo. En esta historia también interviene Neruda.

Eran los años en que descubríamos también –todo lo que a esa edad se conoce es descubrimiento– la pintura, los cuadros y las esculturas célebres: la Victoria de Samotracia, las figuras alargadas del Greco y los girasoles de Van Gogh; nos mostrábamos los libros de reproducciones que habíamos podido conseguir, entrábamos tímidamente a algunas salas de exposición. Eso había empezado hacía ya unos años, en plena dictadura. Cierta día, subiendo por la calle Paraguay con mi padre, habíamos visto, en la puerta de la casa del Partido Socialista, que tenía en su frente la leyenda “Casa del Pueblo”, el anuncio de una exposición de grabados, y

habíamos entrado. Era una casa como las que había tantas entonces en Montevideo, de grandes patios con claraboya, y en aquel primer patio estaban expuestos los grabados, colocados simplemente sobre un cartón que les servía de soporte, sin marco ni vidrio siquiera. Era la primera vez que estaba delante de grabados originales y aquellos me deslumbraron. Los mirábamos detenidamente mientras los comentábamos, y de pronto advertimos que varios de ellos, la mayor parte, en realidad, estaban duplicados: debajo de cada uno, había otro que al pronto parecía similar, pero cuando levantábamos más el primero para observarlos mejor, vimos que había entre uno y otro variantes importantes: el de arriba representaba, en uno de ellos, un libro abierto, y el despliegue de sus hojas se convertía en una llamarada, pero el grabado que se descubría cuando se levantaba esa primera hoja dejaba ver sobre la misma imagen, una bota militar que hollaba el libro; en otro, una escena popular de la vida paraguaya –una mujer pisando maíz en un mortero, con un niño al lado–, mostraba una copia de una leyenda que no se leía en el primer grabado y que decía: “Piden pan, no les dan, piden masacote, les dan chicote”. La exposición era en realidad “doble”: según recuerdo, casi todos los grabados tenían otra versión escondida, una versión política, desafiante, y cuando salimos comentamos, conmovidos, nuestra admiración por el artista, por la calidad de sus grabados, pero también por el riesgo de su gesto, por su valentía.

Fue acaso al año siguiente, o poco más, durante las vacaciones, cuando Luis Gil Salguero nos invitó a un asado que se haría en lo de uno de sus amigos, alguien que yo había conocido en su casa, y al que también iría Neruda, de paso entonces por Montevideo. Era un domingo, y fui temprano a su casa, donde ya estaba Álvarez Alonso y los tres tomamos un ómnibus para nuestro destino, en Bella Italia, un barrio pobre de los alrededores de Montevideo; y allí, en la parada en la que descendimos, nos estaba esperando Leandro, el amigo de Gil, acompañado de su perro. No tuvimos que caminar más de una cuadra para llegar a su casa, y mientras Leandro se detenía a abrir la puertas, vi una pequeña chapa de hierro esmaltado con el nombre completo del dueño de casa, el mismo, reconocí asombrado y conmovido, que habíamos leído un año antes con mi padre al entrar en la exposición de grabados: Leandro Castellanos Balparda.

–¿Usted es Castellanos Balparda?– pregunté a nuestro compañero, y él me miró sorprendido, asintiendo con un rápido “sí” y con un gesto extraño, pero sin comprender el sentido de mi pregunta, mientras yo a mi vez lo miraba de otro modo, sabiendo que en ese momento y por primera vez estaba cerca de alguien que formaba parte de un mundo que yo admiraba pero que no conocía todavía.

En esa casa y ese día empezaron años diferentes. La más notoria presencia fue sin duda la de Neruda: el encuentro con el autor de aquella poesía que acabábamos de descubrir, una poesía inesperada, densa, oscura y poderosa, raigal y nutricia, la de los tomos de *Residencia en la tierra* que ya se conocían, y además, aquellos años, la de *España en el corazón*, la deslumbrante violencia de aquel canto de amor a la vida sembrado de salpicaduras de barro, de relámpagos, de cuajarones de sangre

y de estallidos de flores. Ese era Neruda. Pero allí donde estábamos, ¿qué se podía hacer con aquel hombre?, ¿qué decirle?, ¿qué que fuera natural? Lo recuerdo sentado en un gran sillón de mimbre de tejido sutil y firme, de anchos brazos y de respaldo alto; las vueltas del mimbre trenzado lo rodean, y él queda en el centro como un ídolo, en medio de ese despliegue de seco vegetal endurecido, como una estatua real antigua hecha de una extraña materia humana, que logra lentos movimientos expectantes, presente y ausente a la vez de ese pueblo que lo rodea.

Es inútil recordar que hubo anécdotas, risas y fraternal alegría, y que fue entonces que oí por primera vez, guiada por la voz y el gesto de Neruda, la repetida exhortación chilena a alegría del vino: “–¡Que se beba esa copa, esa copa de vino! –Ya se la tomó, ya se la tomó; y ahora le toca al vecino!” Es inútil que se mantengan todavía en la memoria, aunque fugaces y fragmentarias, otras imágenes de aquel día; lo que sobre todo aparece cuando lo recuerdo, es la placa de metal esmaltado de la puerta con el inesperado nombre del grabador que en ese momento descubría en persona, la imponente imagen de Rey indio de los mares del sur que me ofrecía entonces el poeta –solo supe mucho más tarde que hay poemas de la primera Residencia que han sido escritos en diversos lugares de Oceanía –y, por último, algunos rostros más cercanos y amistosos que pronto se me hicieron los más familiares, y entre ellos, y junto al de L. Castellanos Balparda, el de Juan Cunha, el de Beltrán Martínez y de Denis Molina.

Dije más arriba que a partir de entonces algo cambió. Yo era todavía estudiante, pero desde aquel día, además del Instituto en que estudiaba, otros dos o tres lugares fueron los que más frecuentaba. El primero fue esa casa del barrio de Bella Italia a la que por primera vez asistí aquel día, la casa de Castellanos, y el otro la de Juan Cunha.

Un día de semana, creo que el miércoles, un grupo de amigos nos reunimos desde entonces en casa de Juan Cunha. En realidad no en su “casa”, sino, más modestamente, en la pieza que alquilaba a una familia en una casa de la calle Eduardo Acevedo, a una cuadra, o apenas algo más, de la rambla. Allí conocí también, creo que ese mismo año, a Onetti. Aquella casa está en el lugar en el que la calle descende en una pendiente pronunciada. No tengo ahora cómo confirmarlo, pero desde que leí *El pozo* por primera vez, no dejo de representarme en ese lugar la escena en que el protagonista le pide a Cecilia que baje la cuesta para recobrar una escena pasada que ya era inalcanzable. Sí; ese debió ser el lugar que se representaba el autor.

La imagen de Onetti que guardo de entonces es la de un hombre secreto, serio, vestido de negro, que fumaba en silencio, y del que solo supe, entonces, que había escrito algo que importaba mucho a mis amigos. No recuerdo haberle oído hablar. Por otra parte, él asistió muy pocas veces. Quienes nos reuníamos con regularidad éramos un grupo heterogéneo; de diferentes edades y de diferentes intereses, aunque predominaban los escritores, en su mayoría poetas, como el dueño de casa, o que se proponían serlo, como yo mismo. Juan Cunha firmaba entonces Juan Cunha

Dotti –Victor Dotti, el narrador de *Los alambradores*, era su tío– y en su casa se reunían Leandro Castellanos Balparda, el grabador, el músico Casto Canel, y los escritores Beltrán Martínez, Carlos Denis Molina; algunas veces aparecían Francisco Álvarez Alonso, Enrique Lentini o Carlos Alberto Garibaldi. Yo cursaba entonces Preparatorios y recuerdo haber arrastrado en alguna oportunidad a aquellas reuniones a dos compañeros de clase, Daniel Vidart y Alfredo Freire Noya.

El dueño de casa y el maestro Canel habían decidido dedicarse a una actividad industrial, la única que desde siempre tentó a los escritores, desde Balzac hasta Altolaguirre o Guy Lévis Mano: la imprenta. El nombre de la imprenta fue SIGNO, y en ella se imprimieron textos de varios de los que integrábamos aquel grupo: de C. A. Garibaldi, de Beltrán Martínez, cuyo libro *Despedida de las nieblas* salió con aquel sello, de mí mismo y, sobre todo de Onetti, de quien sus amigos imprimieron aquella primera edición de *El Pozo* de la que dijo más tarde Espínola que era “espantosa”, pero que yo veía estupenda. (Lo de “espantosa” lo dijo solo a propósito de la edición, por el papel, que era el papel más barato que entonces se vendía, se llamaba papel de fideero, porque se usaba para fabricar paquetes de fideos –pero no en cuanto al libro: de hecho fue precisamente Espínola el autor de la única nota, y muy inteligentemente elogiosa, que se publicó sobre *El pozo* cuando apareció.)

Otros días, los domingos, varios de nosotros íbamos a lo de Castellanos Balparda, en Bella Italia. Allí el grupo podía ser diferente, aunque algunos de los asistentes eran los mismos. Allí oí contar por primera vez a Felisberto Hernández lo que más tarde serían pasajes de sus relatos de los años 42 y 43, historias de Clemente Colling, el inolvidable retrato de “las longevas”, los primeros esbozos orales de sus futuros relatos. Pero también estuvieron allí, celebrando las historias de Felisberto, Luis Gil Salguero y Carlos Benvenuto, quienes se reunían durante la semana, luego de las clases que dictaban en Preparatorios, en el Café Sportman, frente a la Universidad. Y allí Felisberto Hernández, que asistía a sus clases, particularmente a las de Luis Gil, de las que tomaba versión taquigráfica, discutía con ellos los temas del curso. Yo asistí a muy pocos de esos encuentros, que ocurrían cerca del mediodía y en los que a veces se encontraban también otros dos profesores de filosofía, los hermanos Julio y José Paladino.

Mientras tanto otras cosas muy importantes estaban ocurriendo: nos encontramos con Amanda en el 38. Ella había comenzado a estudiar medicina, pero, luego de no poder soportar una clase práctica de Historia Natural, cuya víctima era un conejo, su vocación se había retirado, y los dos asistíamos a clases de Preparatorios para Derecho. Ella ya escribía. Quizá su primera lectura de poesía para un grupo fue la que ocurrió en 1939, en Bella Italia, en la casa de Leandro. Llegamos de tarde, y ella leyó en la habitación en la que habitualmente nos reuníamos, pero esa vez fue diferente, porque Leandro había hecho un espacio en un ángulo en el que estaba el sillón de mimbre, y junto a él una mesita con flores.

Juntos ardíamos de proyectos, escribíamos, nos casaríamos, imprimiríamos nuestros escritos... Los domingos en lo de Leandro, los miércoles de noche en lo de Cunha, durante las noches en el café donde nos encontrábamos –me encontraba yo, ella no me acompañaba todavía en eso– con otros amigos, Denis Molina, Pedro Picatto, L. A. Larriera, y además, los lunes en el “Teatro Polémico” que un grupo en el que intervenían Verdié y Oribe Coronel entre otros, y al que estaba vinculado Denis Molina, animaba con invenciones y desafíos frecuentemente disparatados: inventábamos nuestro propio surrealismo.

Pero lo que aquí empieza ya no son los orígenes, sino los primeros brotes de nuestra vida: la alegría y la fraternidad del amor, el trabajo compartido, la confianza en lo que se empieza a hacer y el descubrimiento de que debemos poder hacerlo mejor; el despliegue de una voluntad descubridora y apasionada en medio de un mundo que todavía está lejos... Y sobre todo la seguridad de que lo que más nos importa está siempre algo más allá, quizá al lado, pero no allí donde nos dirigen los pasos que vamos llevando. El abandono de la carrera, la desesperada necesidad de dedicarnos a las letras por algún camino, y el único posible es el profesorado. Si se concursaba se puede obtener un cargo y podremos casarnos. Es necesario prepararse para ese concurso. Mientras tanto, sería hermoso aprender a imprimir. Cunha tiene su imprenta en un depósito y se dispone a venderla: me permite adiestrarme en ella. Durante la noche compongo a mano y aprendo a manejarme con las cajas y el componedor: aprendo a imprimir con su pequeña minerva. Está claro: en cuanto nos casemos compraremos una minerva y haremos nuestros libros. Nos casamos en 1944 y la “Hoja inaugural” de La Galatea –nuestra imprenta, una minerva centenaria– lleva también la fecha de 1944. Y aquí debería escribir: *Incipit vita nova*.

Pero esa es otra historia y tiene muchos capítulos.

José Pedro Díaz
Montevideo, set. 1988

DIARIO DE JOSÉ PEDRO DÍAZ (1942 – 1956)

(Selección)

Cuaderno I (1942 – 1944)

El profesor debe renunciar a los etcétera¹.

“Marginalia” a Rodó: (LXII – La Voluntad) Es preciso aclarar que la voluntad a que se refiere Rodó aquí está cargada de una “intención de profundidad” que él en estas páginas no indica. Es la voluntad que busca ahondar hasta con el propio dolor. Esa voluntad es difícil y rara. ¿No será un grado, o más bien – uno de los elementos distintivos del genio? (LXII – *Motivos*).

Idem: (*Motivos* XIII): Las ideas de Rodó sobre las “reservas” que pueden compensar la pérdida de una vocación y las que expresa sobre una vocación que se manifiesta por la pérdida de otra: sobre todo esto último debe ser complemento de lo que dice Carlyle (“Los Héroes”, días 3^a comienzo) cuando asegura que un gran hombre, un genio, puede manifestarse por varias formas y agrega: “El poeta que no puede hacer otra cosa que sentarse en una silla componiendo estrofas, jamás escribirá una estrofa que valga mucho”. Quizá deban tenerse en cuenta otros motivos, pero sobre todo uno: la técnica. El gran hombre, el Genio, el Héroe, como dice Carlyle, el hombre en el que se manifiesta una vocación violenta, según Rodó, no son más que una cosa; y el “cuerpo”, la “sustancia” de esos hombres es la misma sean Poetas, profetas, sabios, estadistas, filósofos. Los acontecimientos, el medio, los van haciendo *más aptos*² para una técnica determinada, y detrás de esa técnica, por esa vía, se va a manifestar la grandeza.

Del mismo modo que se puede hablar de técnicas y de procedimientos manuales, se puede hablar de “técnicas” y de “aprendizajes” que se refieren al pensamiento y a los modos de dirigirlo o manejarlo, herramienta al fin, sutilísima.

Creemos que Carlyle se refiere en lo citado, a valores “latentes”. (p. 1 –2)

1 El primer Cuaderno del Diario da comienzo el mismo año en que Díaz inicia su carrera de profesor en Enseñanza Secundaria. Ha hecho los estudios reglamentarios de Pedagogía y la correspondiente práctica docente. Antes de terminar los dos años de estudios reglamentarios ha obtenido el primer puesto en el Concurso de Oposición de 1942. Esto quizá explique los “autoconsejos” que sobre la actividad docente señala solo en este primer cuaderno. En una Declaración Jurada dirigida al Banco de Previsión Social, 13 de agosto de 1975, establece además que había trabajado desde 1936 al 39 como aprendiz en la Tienda de Julio Suárez, en la calle 8 de Octubre.

2 Todos los subrayados corresponden al original.

Del profesorado

Uno de los peligros del profesorado es que, como uno se ve obligado demasiadas veces a esquematizar, y como esos esquemas pueden irse organizando peligrosamente en uno, llegue a perderse, debajo de esa armazón escueta y fácil, la flexibilidad necesaria para que haya “descubrimiento”, revelación constante en los temas estudiados. Si se tiene en cuenta que esa esquematización se hace por escrúpulos pedagógicos (mal entendidos), resultará que, por pedagogía, estamos quitando, despojando al estudiante –porque se lo quitamos a la enseñanza misma– de lo más valioso y permanente de esa enseñanza: la revelación y la exaltación, las suscitaciones, las urgencias que provoca esa revelación, ese descubrimiento que –casi nunca– admite ser encuadrado en esquemas.

Recuerdo que, cuando era estudiante, me producía más agitación, se me revelaba más hondamente un tema frente al profesor que, delante de nosotros, experimentaba él también un contacto directo con lo estudiado, una vinculación vocacional, profunda, y que, luego de escuchar clases “pedagógicas”, escuetamente preparadas en vista de nuestra mente aún no desenvuelta, no recordaba nada, ni me sentía enriquecido. (p. 4 – 5)

Escuchando a Mozart

Me enorgullezco de mi condición de hombre. Sucede que, de pronto, siento como si se me revelase una de las razones de la existencia; siento como si, en parte, yo hubiera nacido para escuchar su música. (p. 23)

Los “Tipos” de Jung

Luego de haber meditado, por accidente, sobre la tipología de Jung, encuentro que yo configuro uno de los que él llama “introvertidos”. Comprendo entonces, al recordar sus descripciones del abatimiento que de pronto sorprende al introvertido para fatigarlo en su esfuerzo íntimo por erguirse sobre esas que parecerían acechanzas del mundo, porque se me aparece con tanta insistencia, como único modo de sobrevivirme, en los momentos de abatimiento y sobre todo, cuando me dominan y me acosan las imperfecciones de lo que hago, la divisa de Leonardo, *Hostinato rigore*³, único camino por el que, aún, puede sobrevivir en mi temperamento, la creación.

³ “*Hostinato rigore*” (*rigor obstinado*) era el lema de Leonardo da Vinci, quien concedía gran importancia al método científico en la búsqueda de la exactitud. La expresión se repite con igual grafía en Paul Valéry y en Bioy Casares. La expresión correcta es “ostinato rigore” que ajusta la ortografía a las reglas del italiano, que era en particular “fantástica” (según Aldo Mieli) en los escritos de Leonardo “y, a veces, diferente para la propia palabra aludiendo frecuentemente a las particularidades fonéticas, ya a la pronunciación florentina, ya a la milanesa.” En las primeras pruebas de imprenta realizadas en La Galatea la expresión también aparece de este modo, corrigiéndose luego. Al parecer fue Amanda Berenguer la primera en des-

Quizá también de allí mi simpatía por los poetas constructores, pacientes orfebres de una materia inmortal.

De ahí también mi desprecio –que quizá tenga en el fondo algo de envidia– por el poeta exuberante, pródigo, improvisador, audaz, despreocupado del futuro de su obra y gozando por el hecho simple y magnífico de crear (Lope, Sabat, etc.).

Hostinato rigore

Prueba de lo antedicho resultarían estas mismas páginas, con tanto de estériles, en su escrupulosidad de razonamiento, de apunte; con tanto de “amielescas”⁴. (p. 23 – 24)

Martí

Cuando se leen las líneas de Darío sobre Martí, allí donde se queja de que se *dio demasiado*, olvidándose de su arte⁵, y cuando se lee a H. Ureña: “Martí sacrificó al escritor que había en él... al amor y al deber”⁶, se piensa que estos no comprendieron que hay en la actitud de Martí una posición estética profundísima, y que entronca con un concepto cuasi religioso o metafísico de la vida, que lograría su plenitud –y en él la logra– en su *darse* en su integración cabal con la Naturaleza y en el abandonarse al amor de los hombres. Creo que no conozco otro escritor (salvo Machado quizá, –Don Antonio–) que en su sencillez, en su diafanidad, dé tan profundamente al hombre soberbio que hay en él. Lo que Martí dice de W. Whitman (institución de la camaradería, amor e integración en la naturaleza)⁷ y de Cecilio Acosta (“que solo está completo el que se da”)⁸, lo siente como propia necesidad y condición al hombre. Construirse por el amor, y así se copa todo, incluso el arte. (p. 34)

Martí

Enmascarador –poeta– del hombre y de la vida, es uno de los grandes –Héroes– que vio realmente al hombre, y para que más claro lo vean le puso –como poeta– su más verdadera máscara.

cubrir la expresión de Leonardo. En su poema “Enamorada” de *La dama de Elche* escribe: “caí en el amor de Leonardo de Vinci a los 15.../ Leonardo me enseñó con ‘ostinato rigore’/ el arte del vuelo/la transmutación del impulso/ y la velocidad de la sombra/.” (Berenguer, A. ob. cit., pág. 142 – 143)

4 Refiere a Henri-Frédéric Amiel (Ginebra, 1821 – 1881), a quien póstumamente se le publicara su *Diario íntimo*, considerado el primer precedente de Diario íntimo destinado a la publicación.

5 “Y, ahora, maestro y autor y amigo, perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y perder el tesoro de tu talento.” Darío, Rubén. “José Martí”, *Los raros*, 1896.

6 “...el escritor que se encogía para ceder paso al hombre de amor y deber”. Henríquez Ureña, Pedro, “Martí”, *Obras Completas*, Tomo VI.

7 Martí, J. “Walt Whitman”, Carta al director del “Partido Liberal”, Nueva York, 19 de abril de 1887.

8 “Quien se da a los hombres es devorado por ellos, y él se dio entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que solo esté completo el que se da”. Martí, J. “Cecilio Acosta”, en “Revista Venezolana”, 15 de julio de 1881.

Algún día se estudiará en Martí ese empuje profético que hace que envuelva poderosamente a la tierra y a los hombres con imágenes eternas. Es la fuerza más poderosa y menos estudiada.

Recordar la imagen de América cuando la muestra recorrida por pueblos amigos salvadores y heroicos, recordar también esos fugitivos flechazos de llamas conseguido e imperecedero: “Así es la tierra ahora una vasta morada de enmascarados”... ¡Tantas otras se podrían citar!...⁹ (p. 35)

Tema

Estudiar y desarrollar el tema de la metamorfosis de un hombre en ratón. Sobre todo la nariz que se hace aguda y los pelos de la barba, que se separan, a la vez que se alargan; y las manos, que van haciéndose cada vez más pequeñas; los dedos se van acortando y uniéndose, y las uñas se hacen corvas y duras. Además este hombre era tranquilo; ahora, de pronto, en la calle, se le ve inclinarse extrañamente hacia delante y dar con sus piernas cuatro o cinco saltitos bruscos a manera de correteo y eso siempre junto a las paredes. También cuando hablaba, a veces, entre palabra y palabra se le escapaba un agudo chillido. (p. 37)

La juventud

Pienso con dolor en nuestra juventud sin fe, sin fervor. Pienso que en realidad ese es uno de los dramas más intensos de esta época. Los ensayos que estamos dirigiendo con Amanda del *Hipólito* me proporcionan una de las más intensas alegrías, sobre todo cuando veo arder, tras la figura del actor, el fuego juvenil esplendoroso y generoso; bueno, de Rama. Pienso en que mi hijo, cuando lo tenga, sea como él es. Ardorosamente generoso, dándose a la acción que, de ese modo, es magnífica. Hay un brío de Dionisos y de Apolo, una estructura en él, que se conjugan.

Pienso además que la tragedia griega sea o pueda ser una magnífica escuela de entusiasmo, de fervor. Brío interior de fulgurantes formas.

Si el proyecto de las grandes Jornadas Arqueológicas del Teatro no se lleva a cabo pienso con Amanda, seguir trabajando hasta la creación de un periódico trabajo de representaciones de tragedias griegas, porque, trabajar en ellas es, indudablemente, construirse y ayudar a que otros se construyan. No interesa que resulte acabado y perfecto el trabajo, su perfección consiste en las exigencias de nuevas y esplendorosas experiencias, en la labor de paciente ahondar que traen consigo (en nosotros mismos, los que miramos)¹⁰. (p. 43 – 45)

9 Martí, J., Prólogo a “El Poema del Niágara” de Juan Antonio Pérez Bonalde. Nueva York, en 1882, reproducido en la “Revista de Cuba”, tomo XIV, 1883.

10 Se trata de las Jornadas Arqueológicas del Teatro organizadas por Linlcon Machado Ribas. “Me fue encargada la dirección de un grupo de estudiantes para representar tragedias griegas, y entre ellos estaba Ángel (Rama). Recuerdo que en *Antígona* hacía el papel de Hemón, el hijo de Creonte”, declaró José Pedro Díaz en la ya mencionada entrevista concedida a Pablo Rocca. Como se puede apreciar ahora, en el Diario, Rama también era el protagonista de *Hipólito*, de Eurípedes.

Hamlet

Pienso además, a propósito de la juventud (lo dicho más arriba) que una de las claves de Hamlet es ésta, la de la juventud sin fe. Contrapóngase, para entender esto Fortimbrás al héroe. La figura de aquel joven riesgoso y batallador, de esplendor griego, de casco reluciente y de ademanes amplios y generosos, completa, por oposición, la figura de Hamlet. Hamlet ama sin fe en los demás – (véase lo escrito referente al amor que “en su corazón” siente por Ofelia)– sin fe en el mundo, sin fuego riesgoso y juvenil. (p. 45)

Novela contada

Existe la posibilidad de realizar “Sesiones de novela” o de cuento, que serían un relato verbal, en tono de charla, en las que se “contaría” una novela o un relato cualquiera y que permitiría el desenvolvimiento de nuevas modalidades artísticas. Es indudable que eso sería posible si se recuerdan los cuentos de Paco Espínola en la mesa de café. Tertulias preparadas para un número reducido de oyentes y un temperamento vigoroso capaz de posesionarse de ellas y de dominarlas gracias a ese mismo temperamento. Esto podría ser tema, además, de una novela real, es decir, escrita. Novela dentro de la novela. Esto podría irse complicando con interrupciones por parte del auditorio y por un *confuer*¹¹ capaz de apoyarse en esas interrupciones y de utilizarlas para sus fines. (p. 46)

De estas notas

Creo muy fecunda, extraer diariamente fecunda, la publicación –en la forma ocasional de una lectura– de estas líneas.

Sería uno de los modos menos pedantes, más sinceros y menos artificiosos, de contribuir al complemento de una ley natural: la de la exaltación por los grandes motivos.

El pensamiento fragmentario y esbozado, siempre que sea sincero, debe ser comunicado aún cuando no hayan sido anotados todos los posibles errores: sin duda muy repetidos en esta libreta. Flechas de vibrante [¿?] intención que quieren dar y dar o no en el blanco, pero son soltadas cuando una voz alta las tocó. Podrían despertar ecos muy fecundos y otros destinados a perderse, pero siempre, creo, podrían conmover y agitar el limo fecundo. (p. 47)

Sobre traducciones

La traducción de las obras de los poetas queridos, es una íntima vinculación, y un a modo de sagrado oficiar frente a ellas, que enriquece y proporciona delica-

¹¹ La palabra *confuer* no existe. Se deduce por el contexto que quiso decir *confluent* o *confluer*, confluente o confluir dos caminos, dos ríos, en sentido metafórico.

dísimo goce. Así, las traducciones hechas con voluntad de acercamiento, deben considerarse como tentativas de aproximación que un espíritu realiza casi como homenaje, frente a otro.

La lectura de las traducciones ya es otra cosa. Para cada poesía de cada poeta deberían leerse muchas traducciones, y solo así quizá algo de la poesía original pudiera ser percibido. (p. 62)

Nota

Imagino estos días la realización de una novela cíclica que comenzaría con la visión de la Italia Meridional, de Nápoles, del pueblo pescador de Marina di Camerota con la primera generación americana y su ascensión y que terminaría con temas autobiográficos de la infancia hasta la juventud, donde quedaría en cierto modo abierta para posteriores desarrollos. Hay ya material para ello de sobra¹². (p. 66)

1943

Nuestra juventud. Crisis

Noto un colectivo desasosiego, una psicosis colectiva. La noto en pintores, poetas, escritores, escultores, hombres de ocupaciones ajenas al espíritu, etc.

Esa psicosis afecta las más variadas formas, en hombres cuyo temperamento y características son a veces opuestos, al menos claramente distintos, con nada en común, de edades diferentes, etc.

Nada basta: ni la obra que se hizo, ni la que se va a hacer, ni la mujer propia, ni la ocupación que tenemos, ni la fama, ni el orgullo [¿?]. Nada alcanza, nada satisface.

Eso es anormal. Comparo con otras épocas y veo que los cenáculos no tienen más que pobres alientos, falta el ardor, el entusiasmo, falta la capacidad de exaltación. Y esto está sustituido por resistencias y depresiones. Falta la alegre espontaneidad del alma, del ser humano junto al ser humano. Hallo a los hombres encerrados dentro de sí mismos, temerosos y hostiles, impermeables. Lo veo casi hasta en el guarda que se enoja cuando se le da mal un cambio, pero se enoja exageradamente. Eso no era así.

Vínculo lo anterior a mis antiguas experiencias de tragedia griega. Aquella era otra vida. Cuesta trabajo comprender al héroe griego, cuesta trabajo entrar en esa vida luminosa, sobre todo a nosotros que tenemos nuestros ojos habituados a las penumbras.

¹² Ésta sería la primera mención a lo que, con el tiempo, se transformaría en la novela *Los fuegos de San Telmo*.

Pienso, por otra parte, que esto ya apareció con el fin del Romanticismo, que para mí se produjo cuando apareció en Europa, en este siglo, el desesperado bucear en busca de nuevos caminos; Dada, Surrealismo, etc., etc. Todo eso mostraba que el hombre había perdido su vía natural y encontraba que “no alcanzaba” lo hecho, buscaba otro camino. Eso aconteció durante la última guerra (1914 – 18)

Desde entonces hasta aquí se suceden las tentativas, y además, el desasosiego y el desconcierto. Nada basta y no se encuentra salida.

Una causa de ese no encontrar salida quizá pueda hallarse en nuestra falta de capacidad para *darnos* entero.

No se cumple con aquello que dijera Martí: “Sólo está completo el que se da”. No nos damos a nada y, temerosos, nos encerramos dentro de nosotros mismos. Nos hacemos hostiles a nuestro propio pensamiento. Nos volvemos inmóviles por temor, incambiados, duros.

Esto desde 1918 en adelante hasta hoy y cada vez más acentuadamente.

Quiero apuntar un dato significativo.

No comprendemos íntimamente el heroísmo porque en el fondo tememos (no queremos, además) morir. Hay ahora un sospechoso éxito de la poesía de Rilke. Se lee a Rilke y todo el mundo habla de la muerte propia. Bueno, es que somos incapaces de un momento y de una vida propia y nos refugiamos en su admiración como defensa, como Katarsis.

Otro dato significativo.

Nunca como ahora (verano de 1943) sentí como más reales, más como nosotros los personajes de Dostoievski. Esto también es significativo. Además temí y admiré como a un héroe al príncipe de *El Idiota*. Me pareció que es el que va a venir, que es lo que se acerca. Y quizá –y aquí ya la lógica no entra– sentí como verdadera la profecía del porvenir con la hegemonía, musa portadora de una nueva hermandad que Dostoievski profetiza en *Los hermanos Karamazov*.

Nuestra juventud no existe, no es capaz de exaltarse ni de darse por los grandes ideales. Trata de engañarse con torpes y mudos entusiasmos –los deportes, etc.– pero en el fondo sabe que no se engaña y vive amargada y se consume dolorida. (p. 78 – 83)

Griego

Estos días comencé a estudiar griego clásico. Es maravilloso el trabajo que el pensamiento tiene que hacer hacia una recuperación de su inocencia. La imposibilidad constante de la traducción *mot à mot* hace extraordinariamente fecundo el estudio de esta lengua. Se trata de aprender a pensar de nuevo, y más, de aprender a escribir en español ideas nacidas en otra provincia mental, con otros esquemas, etc.

Pienso que me hará mejorar mi pobre conocimiento de español además de hacerme ver de cerca lo griego. (p. 86)

Profesorado

El profesor, inevitablemente, debe conquistar el “don verbal”, pero, a condición de que eso no sea puramente formal sino profundo; de modo que la palabra se integre con la corriente humana. Esto, una vez escrito parece banal, pero no lo es, porque generalmente el profesor que tiene don verbal aparece como perfecto y helado, frío. Es enormemente difícil, en la práctica, dominar la expresión y darla cálidamente. (p. 92)

Cuaderno II

(mayo 1944 – octubre 1946, 265 folios)

Piriápolis mayo – 1944

Visitas a Supervielle
Encuentro con Borges
Concurso (p. 1)

Otras formas del recuerdo

Ocurre también que el pasado se constituya en nuestra esencial forma de seguridad. En nuestro eje de vida.

Cuando un vendaval nos sobrecoge y nos arrastra hacia horas imprevistas, de tiempo desusado (no sabemos si fugaz, si lento) hallamos una forma de permanecer a la que no es ajena la memoria, es el hallazgo en nosotros de algunas formas perduradas del pasado. Y ocurre también que cuando el vendaval modera su violencia, y volvemos nosotros a la paz, esa paz que hallamos depende del acrecentamiento de nuestra capacidad de hundirnos en el pasado, de hacernos cuerpo y prolongación presente del tiempo rememorado.

Y los primeros brotes de la paz, son a menudo, revelaciones presentes del pasado, que acontecen quizá en la reaparición feliz de hábitos momentáneamente olvidados, de maneras de ser pequeñas y desvalidas, y por ello arrolladas, pero hábitos y maneras de ser al fin, que nos construyen y nos dan permanencia en persona y raíz hundiéndonos en los tiempos.

Piriápolis (p.3 – 4)

Las Flores

La tormenta cesó. Hace un momento se abrió, por el sur, una ancha franja de cielo puro. Todavía no hay sol, pero lo habrá dentro de un instante, cuando termine de pasar la ancha nube. Mientras tanto, junto al horizonte, por el Sureste, amanece otra tormenta que nace como una cordillera lejana, de nieves resplandecientes y de duros ventisqueros espumosos. Blanquísimos.

Más al sur se va haciendo más gris y más ancha para mostrarse al fin cenicienta e imponente al Este.

Ahora ya brilla el sol –y se hacen blanquísimas las alas de las gaviotas que pasan chillando y la espuma de las olas.

Pero de pronto, ya hundido otra vez en el avance de un lento mundo ceniciento. La franja gris del horizonte está ya junto a nosotros y cambió el sol. Los bordes cortados verticalmente se levantan entre rugosas violencias y la nube es un enorme monumento de piedra gris cuyos límites –inexplicablemente– se esfuminan. Este horizonte anchísimo es un vaivén de grandezas increíbles.

Leyendo Tomas de Kempis: meditación sobre la muerte, se me borra al leerlo el nombre de Jesucristo, y detrás de él, veo crecer estas playas que nos rodean, este mar siempre en su espumosa grandeza gemidora y presiento formas altísimas de ser en la música, en el verbo, en la exaltación del alma. Vivir solo pensando en Dios, dice, más o menos Kempis; vivir meditando lo que harás de alto y qué músicas alimentarás; pienso.

¡Qué bien ha puesto Leandro en las paredes de esta casa: JÚBILO = MIEDO. Esto Leandro, es pequeño y grande y es hogar de jubilación¹ y pavor anchísimos!² (p. 4 – 6).

Poe

Leo, al pasar, mientras abro el volumen, la primera página de *Eureka*, de Poe, y lo siento entonces de determinado modo: cambia la figura que ya se había formado en mí cuando lo leí por primera vez, hace ya tiempo. Veo la paz ingenua de Poe. Muchas veces más veo lo mismo en este autor. Es difícil precisar de qué se trata, pero se siente como superfluas, por ingenuidad, algunas formas –quizá ilícitas– de pudor. Hay un estado de entusiasmo en él, que por momentos se hace dudoso, de tan grande y tan simple como es.

Hay en Poe cierta forma de ingenuidad sentimental que debiera haberse destacado ya. Quizá dé menos frutos rastrear esa actitud, esa condición, a lo largo de su obra. (p. 7 – 8)

El pasado

Hay formas de revivir el pasado que lo embellecen. Hay formas de volverlo a vivir que lo degradan e invalidan en un gesto impetuoso, negativo, que, sin embargo, y en algunos casos, tenemos que permitir incidiendo y desnaturalizando –emponzoñando– nuestro presente.

El pasado tiene inevitables fantasmas, formas de él emanadas que están vinculadas a un momento desdichado de nuestra vida, impuro, uno de los momentos de nuestra infancia inválida y humillada que debemos soportar en nosotros con repugnancia angustiosa. (p. 9)

Sentir el presente

Conversando con Leandro, le oí decir que sería mal juzgada cierta parte de su alma en la cual no hay preocupación social, etc. Me lo decía a propósito de una tabla que él llama “Custodia” y que, aquí me dijo, sería el símbolo de la poesía. Pienso, y se lo dije –a propósito de esto, que en realidad ocurre lo contrario; que el modo de sentir más, o mejor– y lo que aquí importa es sentir– lo actual, con sus

¹ Jubileo.

² Leandro Castellanos Balparda. Véase “Autobiografía”. Díaz pasaba sus vacaciones en la casa de veraneo de Leandro Castellanos Balparda. Con el correr de los años también él adquirió una casa en el mismo balneario.

problemas, en sus distintas formas, etc. es permanecer adherido a la experiencia pura, del arte, por ejemplo, pero también podría ser, de la moral, de la metafísica quizá. Todo ello tiene una forma de valor intemporal y además nos sensibiliza, razones por las cuales quedamos en mayores posibilidades de sentir, y de sentir mejor lo actual en muchas de sus formas. Se siente más la tragedia de lo actual cuando se saben sentir las puras melodías, el verso mismo de Verlaine, de Mallarmé, las maderas más trabajadas y puras de Leandro, que cuando se vive en *la palabra* –nótese bien que en *la palabra*– de la acción social. Hay problemas, y aún sentimientos que, una vez verbalizados se desvitalizan, se artificializan. La hora presente engeguece si se vive en ella tan solo. ¿Alguna vez se probó de leer un editorial de un diario serio, responsable, sobre un acontecimiento de candente interés continental, pero con ojos intemporales, o con ojos de dentro de diez años? ¡Qué inmundo pasquín parece con frecuencia la hoja más seria! (p. 9 – 11)

Byron³

El temperamento de Byron es tal que le es imposible no revestirse de cierto disfraz cínico en el *Don Juan*. Su *Caín*, en poesías líricas, donde el tema del espíritu se yergue, desnudo, él puede ser desnudo y sincero. Cuando el tema es, en cambio, un abigarrado panorama del mundo se embosca en apariencias cínicas. Y no solo en apariencias porque ante el mundo él es solamente cínico. (p. 12)

Byron – El Caín

Buscando una definición del espíritu de Caín se percibe, al comienzo del poema, un centramiento cada vez más acentuado y creciente, precisamente en el espíritu. “Desde ahora solamente trataré con espíritus”, y otros muchos pasajes, que se pueden consultar, comprobarían eso. Pero una vez conseguida la definición, de contornos vagos, sin embargo, del Espíritu que anima a Caín.

Una vez llegado al punto en el cual percibimos cómo, claramente, el eje de la obra es la llama del espíritu en rebeldía ardiendo en Caín, y en su paralelo angélico Lucifer, percibimos también, cómo se va desplazando y cómo va floreciendo aquel centro de gravedad. Preguntas aparecen que son como formas varias, encarnaciones circunstanciales, “actos”, y no ya la *potencia* radiante, subyacente y primigenia del Espíritu. Esos actos, esas diversas maneras de encarnación de la llama primera son dolorosas todas –preocupación por la muerte, ¿por qué debemos trabajar?, etc.– y van siguiendo un proceso preparatorio de un gran movimiento de inserción que en la obra se produce: la inserción del espíritu en la materia.

La “*actualización*” del espíritu en el hombre.

En efecto: percíbanse en la obra, y con mucha claridad, dos planos:

³ Esta nota y la siguiente se corresponden con la elaboración de “Notas sobre el ‘Caín’”, prólogo a *Lord Byron: Caín*, que publicara en Montevideo el editor Claudio García. Será el primer ensayo crítico que publique Díaz.

1º) El plano habitado por Lucifer y por Caín, los movimientos puros del espíritu en su agitación rebelde y *creadora*. Por creadora sin duda dolorosa, no sólo en Lucifer, donde se da un estado de pureza en el espíritu (espíritu sin contaminación en sí mismo, y con el sólo dolor de su altivez solitaria) sino también en Caín donde el dolor tiene una doble fuente: la mencionada para Lucifer y la que no se podría comprender como *pecado original* en Caín, es decir, la existencia de dos fuerzas irreductibles y contradictorias: el vientre y la cabeza, el espíritu y la condición de ser mortal.

Y 2º) El plano en que habitan todos los demás personajes: Adán, Abel, Adah, Zillah. La felicidad humilde se halla allí, donde no existe en realidad Espíritu, sino, en todo caso sus formas inferiores (no por opuestas sino por estar en otro plano, ya queda dicho) de la sumisión y el deber que se cumple, etc.

Un nexo entre los dos planos es el *amor de Adah* (no Adah, que habita este segundo plano en la conciencia, sino su *amor por Caín*, que la hace presentir las oscuras –o luminosas– fuerzas del Espíritu en Lucifer y en su esposo, lo que la mantiene al borde, casi entre los dos mundos. “‘Caín, pues el amor elige’, dice a su esposo”. Ella adivina que el amor, y sólo el amor concilia los dos contrarios).

Y bien, la obra es un pasaje, una progresión, que hace que los dos planos se vayan acercando hasta el momento en que la rebeldía del Espíritu se enseñoera de la carne de Caín, se hace *acto* en su gesto y es el tizón que golpea la sien de Abel.

En ese momento se produjo la inserción del Espíritu en el Mundo creado, la inserción definitiva, digo, extrema. Y esa inserción produce un punto amargo: Conocimiento de la muerte en el ser del humano. (p. 12 – 16)

[...]

Cada vez más, siento la madurez otorgada por la vida a pocas personas, poquísimas, entre las que me rodean, como cosa, valor, o modo de ser fundamental.

Siento la superioridad inocente de la pureza, de la bondad, de ciertas formas de credibilidad. Pienso en mi padre. Inevitablemente recuerdo algunos gestos en la vida del heroico príncipe [¿?]. ¡Qué alto está mi padre, que profundamente vive la vida del espíritu! ¡Qué inocentemente también! Hay un modo de andar entre las cosas y de superarse en ellas. Hacer de cada grano de arena un escalón hacia un plano más dichosamente cargado de valores espirituales.

Y esos valores espirituales, hay que notarlo, son extraordinariamente simples; pero poderosos.

Pensar en todo esto, como días pasados al leer Séneca, me inunda de una dulce fe en la vida. Siento que esos pensamientos me moldean con facilidad, que soy plástico para ellos.

Ahora que lo veo más de tarde en tarde, *veo de mejor manera* a mi padre, siento que lo penetro más. ¡Siento además que a él le debo tanto! No son ideas, no son cosas, las que le debo; son como cauces para el pensamiento; y más aún

siento que le debo maneras de ser y que en estas, soy más íntegro. Soy más hondo cuando me dejo ir en ellas.

¿Qué podré hacer de grande para mi padre? Yo debiera sostenerlo, fuera de él, con obra de fe. ¿Cuál? (p. 25 – 26)

Del Destino del Arte

En “Arte y Magia”⁴ señalo un retorno a la magia como última forma de dominio (por enquistamiento) del Arte.

Viendo cine ruso presiento además un intenso florecimiento de la épica. En realidad no presiento, sino casi *constato*.

Junto a formas imperecederas del arte, que conservarán quizá siempre su vigencia, pueden verse amplios desarrollos de época, etc.

Estamos por presenciar una nueva épica. Rusia está dando el ejemplo con Maiacowski y con su cine.

En el cine ruso se está haciendo característica la ausencia del *protagonista*. (p. 27 – 28)

Los libros de la Vida

Cada vez más voy hacia los libros de la Vida. Digo: hacia aquellos libros creados espontáneamente, a veces en la experiencia cotidiana, a veces en la morosa meditación: Séneca, Pascal, *Diarios* y algunas novelas que inciden de un modo desusado en la *temporalidad* de la vida (preciso en algunas obras de Colette). Hay en estos libros, y ello es maravilloso, un absoluto desinterés por la grandeza y de ahí una forma de grandeza involuntaria, casi fatal. La página se pliega, insensiblemente, sobre los movimientos de la vida. Sintiendo en sí misma casi inválida, cobra una densidad intensísima.

Y –también cada vez más– una creciente prevención ante la inteligencia y el “*saber*”.

(Saber en el sentido corriente, y no ese que Á. Rama llama tan bien *saber de vida*, sino todo lo contrario).

En mi trabajo esto quizá pueda llegar a perjudicarme; pero a mis discípulos no. (p. 28 – 29)

Del Saber

Y es que ese “saber” limita, fija, empequeñece. Casi podría pensarse una ley (a modo de explicación y no precisamente –claro está– como ley): a mayor “saber”, *menos saber de vida*.

4 “Arte y Magia” o “Poesía y Magia”, como se lo conocerá definitivamente, es un largo ensayo de investigación que se publicará recién en 1949 en “Anales de la Universidad”, Montevideo, N° 164, págs. 53 – 121. En 1948 Díaz dictó un cursillo en Facultad de Humanidades bajo ese título. Durante su viaje por Europa procuró ampliar el tema aunque no volvió a publicarlo.

Ahora que quizá el *saber de vida* puede darse también como superación y por lo tanto como *vuelta* luego de haber acumulado.

Siento que para despreciar aquel saber es necesario conocerlo bien y saber qué cosa se puede extraer de él. (p. 29)

Escribir

Acaso más difícil –mucho más difícil– que saber escribir sea saber dejar de saber escribir. (p. 33)

“Arte y Magia”

Me ha ocurrido, en las páginas más importantes de “Arte y Magia”, que mi pensamiento ha ido derivando, por varios senderos, a una puerta que, en un momento me invitó a pensar si era legítima, al menos según la etiqueté: la filosofía.

Del estudio de detalle de la técnica de la poesía he ido a apoyarme en la metafísica de la poesía (Schopenhauer). ¿Será el camino normal de toda cadena de meditaciones, el ir a desembocar en el aspecto metafísico de la cuestión? (p. 33)

1945

Jules Supervielle

Casi temo por haber escrito ese nombre tan alto al comienzo de este párrafo. Tenemos derecho, pienso, a escribir páginas como las que hasta aquí he escrito, cuando el tema de las mismas es personal o humilde por sí o por pensado por nosotros, y no es demasiado aventurado entonces, demasiado insensato, intentar alzar el acaecer o el pensamiento cotidiano a la dignidad que presupone –no necesariamente, sin duda– la palabra escrita. Pero, ¡qué flaqueza en cambio, permitirme escribir nombre tan puro a la cabeza de esta página!

El oficio del escritor, acaso pueda ser este: dignificar. (Decía Rilke: celebrar) ¿Y cómo dignificar, ahora?

Ayer hemos ido a visitarle. A tener la alegría de verle y luego de pedirle algo que pudiéramos imprimir en nuestra máquina⁵. Tener el placer de tipografiar algo suyo. Vive ahora en Carrasco⁶. Su calle es hermosa, bordeada de chalets con jardines y parques, y arbolada. Desde lejos reconocimos los álamos plateados –dos o tres, que se tuercen frente a su casa. El terreno está limitado por alambre tejido. Un portón de hierro junto al cual golpeamos las manos. Tardíamente se adelantó, desde el fondo del sendero, la silueta extrañamente desgarrada, suelta, altísima, algo encorvada, de Supervielle que nos hacía señas que entrásemos.

5 Se trata de la minerva “La Galatea”, que cumplía la aspiración del matrimonio Díaz – Berenguer de imprimir y publicar sus propios libros. Ver “Autobiografía”.

6 La dirección exacta era Costa Rica 1958. (Duprey, J.–A., *El Uruguay de Supervielle*).

Temíamos que no nos reconociera., nos reconoció sin embargo o, al menos, no quiso hacernos sentir su olvido. Estaba solo. Nos sentamos con él en la pequeña terraza, junto a las ventanas de la casa.

Llegamos mal. Había estado escribiendo. El papel, la estilográfica, un libro donde apoyarse, quedaban junto a él. El permanecía todavía, sin duda, con las páginas hace un momento creadas frente a sí. Lentamente fue ordenándose de nuevo, –visiblemente– para nosotros. Le dijimos de “La Galatea”. La conocía, se la había mostrado Felisberto⁷. Le gustaba. Le dijimos que queríamos publicar algo suyo. Confesé que había comenzado a traducir *Le minotaure* pero que tenía escrúpulos de que él no pudiera concedernos los derechos de autor. Acaso pertenecieran a la editorial...

Creo que no le gustó la idea de la traducción. Buscó en su memoria y nos ofreció un cuento de título aún no definitivo, *Aux temps des métamorphoses*⁸, que había dado para su publicación en español a “Cuadernos de México”. Quería verlo en francés.

–Uds. saben francés, lo pueden hacer en francés.

Pero quiso que lo leyéramos allí, él lo leería y nosotros dos seguiríamos la lectura sobre el texto, a su lado.

–Yo en el medio –decía.

–Después Uds. lo piensan –ven qué les parece– qué se puede hacer– agregaba.

Pero antes de buscarlo y de hacernos entrar quiso que Minye leyera allí el poema publicado en “La Galatea”⁹. Atendía escrupulosamente; asintiendo a veces con un gesto de la cabeza, con un gesto apenas sorprendido otro momento, y al fin, extendiendo la mano para repasar el poema.

–Muy hermoso, muy hermoso.

Y lo volvió a leer.

Me preguntó también por el “Libro de A.”. Qué era. Qué quería ser.

Intenté explicarle, y, a la vez, mostrarle algunos de los problemas que planteaba –me planteaba– y pensamientos que a mí mismo me sugería. Sobre todo el probable fracaso que todo el libro podía ser: un símbolo que no simboliza, que nada claro tiene detrás.

Lo comprendía y expresó el valor sustantivo que podía haber en una imagen, como en un mito. Gusta de hablar de mitos y siente en ellos y en su creación un

7 Se trata de Felisberto Hernández, quien tenía una profunda relación con Supervielle y que por su intermedio viajará a París al año siguiente.

8 “En tiempos de las metamorfosis”, de Jules Supervielle, fue publicado en realidad en “Cuadernos Americanos”, de México, N° 2, marzo –abril de 1944, y no en los “Cuadernos de México”, como anotó Díaz. El texto en español se corresponde con el que Díaz publicará en francés y con otro título en La Galatea. Ver nota 13 de este Cuaderno.

9 “Ungid la pulcra celda...”, poema de Amanda Berenguer publicado en la *Hoja Inaugural* de La Galatea junto a un fragmento de “El libro de A.” y una cita en francés de Stéphane Mallarmé (fines de diciembre de 1944). Jules Supervielle figura en la lista manuscrita de cuarenta y cinco personas que recibieron dicha Hoja. “El libro de A.” está hoy desaparecido.

goce puro y grande, como un dios niño que fuera, ingenuamente creando criaturas míticas.

Pero sobre todo maravillaba su capacidad para volver a sentir todo, para experimentarlo con renovado interés y cada vez desde sus fuentes. Y ello a pesar de sentirse cansado –acaso débil. Mientras hablaba se fatigaba. Dejaba a veces inconclusa una frase, pronunciando muy veladamente la última palabra, cuyas últimas sílabas desdeñaba pronunciar. Terminaba los pensamientos antes de terminar de exponerlos, y entonces, como se le presentaba ya otra posibilidad, otra consecuencia, comenzaba a expresarla, acaso tampoco hasta el fin.

Sí, parecía fatigado, débil. Cuando se levantó de su sillón de lona, retirando la manta que le cubría las piernas mientras reposaba estuvo por caerse. ¡Es tan alto, tan frágil!

Cuando nos íbamos quiso acompañarnos. Caminó por la calle con su larga *robe de chambre* de ribetes borra de vino hasta que, con largos gestos desacompañados se la fue quitando y la dejó colgar de su brazo, puesta la mano en el bolsillo.

Le dijimos algo de su partida para París. Todavía se demoraría, nos aseguró. Costaba trabajo conseguir permisos: él no lo había pedido aún.

–¿Y por qué tanta prisa? le dije, ¿qué es lo que le hace tan deseable París?

–¡Ah! Mi carrera, nos respondió –añadiendo: Uds. dirán que todavía pienso en mi carrera pero, necesito los buenos actores franceses para las piezas de teatro. Aquí no puedo hacer nada. Tengo dos piezas terminadas: *Shérezade*¹⁰ y (no recuerdo ahora) y no es posible hacerlas. Además, ¡la lengua! Aquí estoy rodeado, sitiado, por una lengua que no es la mía.

Lo queríamos hacer volver, pero él seguía caminando entre nosotros, hasta que le hicimos ver que no pararíamos hasta la rambla. Entonces quiso darnos informaciones sobre los ómnibus, sus horarios...

–Pero... es que yo les puedo informar, a qué hora, qué ómnibus.

Le agradecemos y nuevamente se despidió con una sonrisa triste, y los ojos algo perdidos.

Todo ese día estaba más triste que la primera vez que lo vimos, en 1943.

(Enero 15 – 1945) (p. 39 – 46)

Un relato con visiones – Las Flores – 1945¹¹

Una señora beata, cuida, exhaustivamente, a una nieta enferma. La enfermedad se prolonga. Consigue la familia que se acueste a descansar. De pronto ella se levanta a decir que ha dado a Santa Clara su nieta. La santa se le acercó y se la pidió y ella se la dio. En el mismo instante ha muerto la muchacha. Su cabellera es cortada y destinada a una imagen de la Sta. que donan a la capilla X. (p. 47)

¹⁰ Comedia en tres actos, publicada en edit. Gallimard, 1949.

¹¹ El texto aparece marcado con una cruz en color rojo en el original.

Proust

En *Le côté de Guermantes*, Proust dice algo a propósito del intérprete que ha hecho su juego tan transparente “que no se le ve ya a él mismo y ya no es más que una ventana que da a una obra maestra.”

Pienso que de alguna cualidad similar goza la misma obra, el mismo estilo de Proust.

Es claro en este estilo el propósito de “transparencia” que lo alienta. La morosidad etc. etc. del estilo de Proust es acaso, absoluta subordinación del instrumento, que debe llegar a saber desaparecer. De ahí que por clara paradoja, ese estilo se haya hecho importantísimo en la obra de Proust. Llega a ser la cosa misma ya que *todo otro cristal* empañaría la visión de aquello que quiere dar.

Pero “aquello que él quiere dar” ya es otro problema... (p. 47 – 48)

Piccatto

Hoy al fin he podido ver *Las Anticipaciones*, el libro póstumo de Piccatto. ¡Cuánto respeto, cuánto cariño siento por sus versos! Cuánto siento que debí darme más cuenta de él cuando vivía.

“La ley del poeta es morir”.

Siento de un modo mucho más hondo, más profundo, su poesía. Creo que en algunos casos sólo ahora veo algunas de sus cualidades.

Era un predominio de su persona, extraordinariamente poderosa, la que empañaba en parte el juicio sobre su obra. Ahora, todo aquello reposa en estas líneas y siento que son la cabal expresión del esfuerzo de lo mejor que era Piccatto. Y junto a eso todos sus defectos santificados. Purificados.

¡Cuánto esfuerzo, desde su figura y sus expresiones y gestos casi demoníacos, para devenir fino espíritu!

Creo que ha quedado en su obra, esa conversión, esa ascensión a la “poesía angélica”.

“Lo que de mar tiene la flor
lo que de flor tiene la mar
sólo yo,
duende fino,
lo he de dar.”

Pero además de la conversión, el esfuerzo de la miseria; el tránsito mísero, doloroso: “lo he de dar”.

“Cuánto esplendor de dalia asesinado”

Cuánto retrocede desde su diabolismo, para quebrar la miseria de su carne y encenderla, cuánta tortura secreta para el resplandor de su pasión. Él se supo llamar “duende fino” y doloroso. (p. 49 – 50)

Jules Supervielle (Febrero)

Ayer estuvimos media hora con J. Supervielle. Había corregido ya y dado nuevo título al cuento que nos dio para “La Galatea”¹². Le señalé que tendríamos demora ya que debemos esperar resolución del Directorio de la Caja de Jubilaciones.

Le pregunté cómo trabajaba. Me contestó: –Soy muy partidario del adagio “*Nulla dies sine linea*”. De ese modo la obra se va haciendo... Cuando no me siento bien para ello corrijo, retoco.

Le hice ver que a veces ese trabajo hacía entrar en el otro, de planos más profundos, y asintió.

–Sí, eso sucede.

Mientras lo acompañamos al ómnibus surgió el nombre de Waffleur (¿)¹³ quien ha escrito un trabajo sobre “La experiencia poética” y a propósito de la poesía de Supervielle. Por los comentarios él mismo se situó y situó su intención creadora en ese sentido, acaso en la vertiente de la poesía opuesta a la línea de Valéry.

–“Naturalmente, observó, es un gran poeta. Lo admiro muchísimo. Pero me refiero a otra cosa. Él (por Valéry) es un poeta de las palabras...” y no se ocupó de precisar absolutamente su pensamiento, que, por otra parte ya podía asirse. Se siente que él hace radicar su poesía en las experiencias imponderables. Yo recuerdo ahora “*Hommage à la vie*”. En aquel momento pensé recordarle a Rilke, tan en la línea que es la suya, y recordé haber leído en algún lado que se habían conocido pero la conversación tomó un sesgo distinto. Lamento no haberle hablado de él. (p. 50 – 51)

Conversación con Guillot Muñoz¹⁴

Esta mañana y mientras salíamos de la Universidad hablamos de París, de la resistencia de los “maquis”, de los probables traidores: Jean Giono¹⁵, [¿?], etc. También dijo algo de Valéry: recordó que cuando descendió de su torre de marfil para ocuparse del mundo fue para hacer un prólogo a un libro de Oliveira Salazar, el tirano portugués, que, añadió, “como hombre de ciencia es inexistente” (aludía a sus trabajos sobre economía).

12 *Une métamorphose ou l'époux exemplaire*, será el título definitivo del texto que se imprimirá en La Galatea en marzo de 1945 con un tiraje de 400 ejemplares.

13 El signo de interrogación entre paréntesis corresponde al original. Se ha especulado, a través de varias consultas, si se podría tratar de Álvaro Armando Vasseur. La grafía niega de forma categórica esa posibilidad. El nombre “Waffleur” aparece en otras dos oportunidades en este Cuaderno (entrada del 16/V/1945, pág. 101 del original) siempre escrito de la misma manera.

14 Gervasio Guillot Muñoz, crítico, ensayista y poeta, dirigió junto a su hermano gemelo Álvaro la revista “La Cruz del Sur”.

15 Jean Giono fue arrestado en 1944 y liberado al año siguiente sin haber sido inculpado de colaboracionismo. En 1953 fue rehabilitado oficialmente. Hay otro apellido ilegible junto al de Giono que también podría tratarse de un error propio de la época.

Sentí el dolor que de pronto pudiera tener que llegar a odiar al autor de *Variété* y *Le cimetière*. Comprobé, además, mi difícil sensibilidad en algunos órdenes. Ya he aludido a ello en estas *notas*. (p. 52 – 53)

Febrero 21¹⁶

Advierto que desde la última anotación hubo varios sucesos que hubiera deseado señalar aquí.

Conversaciones con Guillot Muñoz, en primer término, que me mostraron una personalidad interesantísima; la del mismo Guillot. Su interés tan bien orientado en sentido que a veces se sienten como opuestos. Me recitó, de memoria, en medio de una conversación, *Les elfes* de Leconte, estrofas de *Le cimetière marin*, y poesías de Baudelaire, de Mallarmé, de Ronsard. Pocos minutos después me estaba contando anécdotas de su actividad revolucionaria, poniendo petardos en los tiempos de Terra, etc., el allanamiento de su casa, su vida en Villa Devoto, etc. (p. 55 – 56)

“Arte y magia”

Durante las pasadas mañanas he ido corrigiendo la copia de máquina de “Poesía y magia”. Leyendo el libro ahora he advertido, como se podía prever, aciertos y deficiencias. Constaté además que las correcciones, mutilaciones o adiciones que sobre la copia estoy realizando, limitan cada vez más la sinceridad que yo quería que el libro tuviera. Acaso ocurra que al tener entre las manos el libro completo voy viendo mejor razonamientos y conclusiones que quedaban solo esbozadas o insinuadas en la redacción primitiva.

Lo que siento más es la debilidad de la tercera parte, con sus comentarios a la literatura contemporánea y los vínculos que hallo entre ésta y el clima mágico. De lo demás estoy conforme en general y pienso que con retoques y correcciones puede resultar un libro bueno, interesante y con atisbos originales y verdaderos. Sobre todo en su cuarta parte. (p. 56 – 57)

11/III/ 45

La Galatea – Une métamorphose

Ayer encuadernamos (a tramos) 50 ejemplares del cuento de Supervielle, y hoy determinamos llevarle los primeros ejemplares al mismo Supervielle. Tendremos que coser algunas más para poder dejar mañana en librería 100.

16 Primera fecha precisa que aparece en el Diario.

12/III/45¹⁷

Ayer 11 llevamos por fin a Supervielle los 10 primeros ejemplares de su cuaderno. Le gustó, realmente, aunque tuvimos la sorpresa de que anotara una errata.

Luego de conversar un tiempo con él y su señora fueron llegando visitas. Primero la Sra. Sofía de Giles de la Tourette, esposa de François G. de la T. y presidenta de Amigos del Arte¹⁸. Más tarde la Sra. de Azevedo y una Sra. a quien Jules Supervielle presentó como su cuñada.

Desde que la primera visita llegó casi no tuvimos oportunidad de cambiar palabra a pesar de la amabilidad de Supervielle que mostraba a cada una, con elogios, nuestra impresión.

Y entonces fue casi indesplazable de mi pensamiento el recuerdo de algunas páginas de Proust sobre todo de *Le Côté de Guermantes*.

La conversación de aquellas visitas era maravillosamente insustancial y muy cargada de clisés más o menos insignificantes. Recuerdo, como ejemplo, la enorme cantidad de veces que oí la expresión *mise en pages* que fue pronunciada por primera vez por el propio Jules Supervielle, pero que luego se fue repitiendo en una estela como inevitable y en cierto modo prevista, ya que apenas tuvo entre sus manos el cuaderno la pronunció la Sra. de Giles de la Tourette, con espasmos de admiración.

–Y qué bien la *mise en pages*, verdad?, exclamaba incontinente, recibiendo, media hora después la comprobación de su afirmación en boca de la Sra. de Azevedo.

–¡Perfecto! ¡Perfecto! ¡Ah! ¡Y la *mise en pages* perfecta!

Pensaba yo entonces con extrañeza al principio, cómo había resultado tan notable algo tan simple como la compaginación, y cómo no era evidentemente visible –por lo que parecía– alguna otra cosa que nos había preocupado mucho más, por ejemplo, la adecuación de la tinta especial para el papel Offset, o la nueva composición de la carátula en la que se había logrado con sencillez suma, algo gracioso y fino.

No podía observarse toda la conversación, aunque pude retener, con cierta precisión una parte de la misma porque tuve oportunidad de escucharla dos veces y, aunque con variantes, con cierto perfeccionamiento en la segunda versión, que hizo que pudiera repasar mentalmente la primera y compararla y por ello situar el hecho y la narración con mayor precisión en mi memoria.

Se trataba de la descripción, por parte de Mme Giles de la Tourette, del crecimiento de un forúnculo en la nariz de su marido, que había comenzado siendo “una picadura de mosquito”, según él decía, y aunque ella recordaba perfectamente que durante el largo viaje –volvían de los lagos del Sur por el ferrocarril de La Pampa– las ventanillas habían permanecido cerradas. Luego, en Buenos Aires, conseguido

17 Entrada marcada con una cruz en color rojo en el original.

18 Asociación artística y cultural fundada en 1930.

ya el pasaje para Montevideo, la picadura de mosquito mostró su hilacha y creció desusadamente, hasta ponerle la cara inmensamente hinchada.

Entonces tuvo ella, sabés, que recurrir a mi primo, no tuve más remedio, el Dr. X no estaba en su casa. Y bueno, apenas vio aquello –¡sabés!– me dijo, aquí no hay nada que hacer como no sea darle sulfamidas. Y la pronunciaba variadamente, sulfamidas, sulfamidas, sulfamidas, y con rapidez. –¡Figurate!, explicaba a la Sra. de Supervielle, ¡No había nada que hacer!

Y se lanzó luego agitada y vociferante a exaltar las mágicas condiciones de la droga.

–Es maravillosa, maravillosa. Sólo viéndola –sabés– (y uno pensaba qué cosa podría haber visto en aquellos comprimidos blanquecinos) sólo viéndola, lo puedes creer.

Aquello era así –y hacía crecer con sus gestos una montaña sobre su mejilla– y luego se fue haciendo así, cada vez más chiquito, más chiquito, hasta que se quedó aquí, y apoyó un dedo sobre la punta de la nariz, ¡como un granito cualquiera!

Así que como se expresó por segunda vez, cuando ya estaban presentes la Sra. de Azevedo y la “cuñada” y la eficacia de la explicación fue indudable, porque me había hecho sonreír ya cuando vi a Supervielle riéndose discretamente de la encantadora metamorfosis del forúnculo en granito, aunque quizá por razones distintas a la que podía imaginar la Sra. de Giles de la Tourette. (p. 65 – 70)

Encuesta

En los primeros números del periódico “Latitud”¹⁹, se publican las respuestas a una encuesta concebida en estos términos:

- 1) ¿Por qué escribe usted?
- 2) ¿Cuál es su mayor ambición literaria?
- 3) ¿Qué prepara para el futuro?

Son preguntas que aún participando de las condiciones necesarias a la ágil literatura del periódico y al interés correspondiente atañen a cuestiones de suyo tan profundas que me tienta el deseo de darme respuestas. Ahora no intentaré otra cosa que situar esas cuestiones en mí. Acaso deba hacer más adelante desarrollo de estos puntos.

1) *Por qué escribo.* La pregunta debiera desdoblarse o multiplicarse, según que cosa sea lo que escribo. Acaso pudieran darse motivos diferentes para dos órdenes de letras. A) Para la creación más o menos pura, y b) para la exposición o investigación.

En un primer grado –primerísimo– ambas formas de escritura pueden tener una misma motivación; cierta íntima necesidad de cumplirse, de satisfacer una necesidad de adecuación entre la vida accidental, circunstancial, etc. Y cierta íntima forma de vida, que necesita de cuidadosas vías para expresarse cabalmente.

¹⁹ Probablemente se trate de “Latitud 35”, órgano cultural del Club Liceo Francés.

Llevar mi persona humana, mis acciones, mis pensamientos, lo más cerca posible de un presunto centro de gravedad que, de ser desdeñado desbarataría mi equilibrio humano.

Escribir, entonces, por amor de sí, como diría Rousseau, –no por amor propio– para permanecer lo más posible cerca de mi personal manantial de naturaleza.

Escribir como manera o procedimiento para manifestarme en el más alto grado que a mi persona es posible. Por el sanísimo orgullo de sentirme dignamente humano y hermanado en lo más digno con los otros hombres.

No sé qué especie de degradación presiento para mí, qué reniego hereje y culpable habría en el acto de decir: “No escribiré más. No me interesa intentar escribir”.

II) *Cuál es mi mayor ambición.* No lo sé con mucha claridad. Pero acaso podría formularse así lo que siento:

“Procurar ciertos resplandores permanentes. Esta necesidad de permanencia que aquí ha aparecido me hace sospechar que, para la pregunta anterior está latiendo la respuesta de Unamuno, “el hambre de inmortalidad”.

Hay otra respuesta a la cuestión II:

“Procurar un ardiente saber de los medios expresivos verbales”.

La obra que yo quisiera para mí debería conciliar un entusiasmo ardiente y fuerte con un dominio expresivo severo y lúcido.

Rectifico: Acaso –percibo ahora– no sea mi mayor ambición *una obra* con tales características, sino, *trabajar toda mi vida tras* una obra en la que yo presenta esas mismas características. (p. 74 – 77)

Murió Roosevelt

Hoy, a las 5 de la tarde hora de N. York, murió el presidente de EE.UU. En casa sentimos la noticia como personal. Se sentía por él amor de persona a persona; hoy el hombre que ha hecho el esfuerzo más sereno y metódico en defensa del hombre, el que equilibraba en nuestro hemisferio el peso de Stalin en el oriental y representaba las fuerzas vivas defensoras más significativas, ha muerto en el momento en que la victoria se realizaba. Responder a la dignidad de su guerra es labor de quienes se ocuparán de la próxima paz.

Temo sin embargo por América. Por Pan – América. Entiendo que la Constitución de EE.UU. ponía en manos de su presidente una gran concentración de poder. El cambio del hombre importa mucho a una institución de tal naturaleza. Se había sentido en algún momento de su política una tentativa de freno para las fuerzas de Wall Street. No había conseguido mucho, evidentemente, si se tiene en cuenta los acuerdos de México, sin embargo, corresponde preguntarse ¿no corremos mayor peligro con su desaparición?

De él se sentirá la figura heroica y vencedora y muerta en el momento de su más firme posición.

Se sabe que la guerra ha terminado de hecho. Y él ha hecho gran parte del trabajo. Habrá que defender su obra. Será muy grande el trabajo que corresponda a Stalin en la labor de la paz. (p. 77 – 78)

Trabajo

Machado²⁰ se ocupó de mi “Poesía y Magia” cuando se enteró de que yo no podía publicarlo y llevó los originales a la Universidad en cuyos “Anales” se publicará. Pero el haber quedado independiente del libro, sabiendo que he de volver a trabajar sobre él en la corrección de pruebas, y contemplándolo ya alejado de mí, me hace desear otro trabajo. “El otro trabajo” que durante todo el año no pude realizar.

Pienso en ciertos poemas que quiero realizar y en cierto trabajo en prosa, extenso y minucioso. Sin embargo... he vuelto sobre “Poesía y Magia”... (p. 81)

Rusia

Esta tarde conversé largamente con Dotti²¹ de Rusia y de comunismo. El tema se suscitó solo: yo no hubiera iniciado ese tema con él. Tuve la sorpresa de constatar que muchos puntos de vista nos eran comunes. Él admite, como triunfos del régimen soviético, la abolición de la explotación y, por lo tanto, el progreso técnico, la desaparición de las clases –de unas clases, porque es (tachado) inevitable pensar en cierta forma, aunque sin duda más natural, de clases–; el progreso nacional, la organización, etc. etc. Es decir: todo lo que puede concluirse aún del mismo libro del Deán de Canterbury. Pero me señalaba como falla tremenda –y sin duda cierta– la falta de respeto por la persona humana, es decir por los valores más permanentes y grandes de lo humano, porque todo lo que se logró, se logró a expensas de la supresión de la libertad, “ese prejuicio burgués”, según palabras de Lenin.

Cuando yo le hice notar que acaso esa supresión de la libertad fuera tan sólo una necesidad circunstancial me recordó que era una circunstancia que duraba ya treinta años. Me indicaba también el temperamento “orgónico” (de orgón²²) que constituía la mentalidad comunista, yo le repliqué que nuestro comunismo acaso no tuviera mucho que ver con Rusia, pero me recordó que los movimientos de opinión comunista –que a menudo son virajes decisivos y violentos (Pacto nazi – soviético)– no fueron locales, sino universales, y que esos virajes fueron unánimes (Uruguay, México, EE.UU., Francia, etc.) Las conclusiones son: se trata de mera obediencia a consignas emanadas del Gobierno de Moscú.

Todo esto debe ser meditado con cuidado y corroborado, en lo posible, mediante documentación de algún orden.

20 Lincoln Machado Ribas. Historiador, autor de *Movimientos revolucionarios en las colonias españolas de América*. Buenos Aires, Claridad, 1940. Ver Cuaderno 1.

21 Víctor Dotti (1907 – 1955). Narrador y periodista.

22 Orgón o energía orgónica: término que califica una supuesta fuerza vital de carácter universal, según el psicoanalista Wilhem Reich. La idea fue propuesta en la década de 1930 y es considerada pseudocientífica.

Además, es indispensable leer, para tener conciencia clara de la dirección del comunismo, del Manifiesto del Partido Comunista de Marx²³, el prólogo a la Economía Política, de Marx y el *Anti – Düring* de Engels. (p. 81 – 84)

25/ IV/ 45

Novela

Me preocupa estos días el deseo de iniciar un trabajo novelado. Pensando en elementos para el mismo quiero señalar los siguientes que no serán tratados seguramente en el más próximo trabajo:

Anécdotas de mi tío abuelo y su manera de contar (ya he hecho una escena: “De sobremesa”)²⁴

Enfermedad de Pepe y la noche de su resurrección

Noche de la muerte de mi abuela Dominga

Enfermedad de Mingo

Estos para una novela de la vida literaria:

Visita a Castillo en Paso Molino (el sótano de la enorme casa de inquilinato, la inundación que lo despierta, los montones de basura, el olor, etc.)

Los amores de Castillo

Las veladas en lo de Cunha²⁵

El viaje a Buenos Aires (la pensión)²⁶

Una borrachera en casa de Lanza

Larriera²⁷ lucha con los facciosos

Falco²⁸ y la prostituta (“No creas, es también, el ideal; el otro lado del ideal, la mujer para abrazarse y llorar juntos”)

Falco y Picatto borrachos en el suelo

Un artista fracasado: el padre de Castillo en lo de Leandro

23 Se trata del *Manifiesto Comunista*.

24 Las “anécdotas” de su tío abuelo, como expone el propio Díaz en su “Autobiografía”, son el centro de la más conocida narración de Díaz, *Los fuegos de San Telmo*. A su manera de contar se refiere en esa narración y en *La claraboya y los relojes*.

25 Ver “Autobiografía”.

26 Posiblemente se refiera al viaje que Díaz efectuara en 1938 junto a Leandro Castellanos Balparda, en ocasión de una exposición de éste en esa ciudad.

27 Luis Alberto Larriera, más conocido como “el Indio Larriera”, era íntimo amigo de Liber Falco. Gladys Castelvecchi ha dicho que era muy buen poeta pero sin obra. Se conserva, no obstante, en el Archivo Díaz, el original manuscrito de “Madrigal”, poema que se inicia con dos versos recordados por María Inés Silva Vila: “Se presiente tu lugar en el aire/ categórica rosa”. (Silva Vila, M.I. 45 x I; Domínguez, Carlos Ma., *Tola Invernizzi. La rebelión de la ternura*; Rocca, P. *Montevideo: altillos, café, literatura*.)

28 Líber Falco.

Novela

Pienso en la novela: en su método. Acaso haya que admitir una norma (que yo quise violar, y violé en lo que llevo hecho de la novela anterior –la de “A”): Respetar la realidad, ceñirse a ella, preocuparse de ella hasta conseguirla, pero después no. Es decir: la realidad como plano mínimo indispensable. Luego, dejar que en esa realidad se injerten otras cosas. (p. 84 – 85)

“Poesía y magia”

Hoy recibí una gran alegría a propósito de mi trabajo. Machado se había ocupado, hace unos días, de llevar una copia (no corregida) de los originales a Felipe Gil, secretario de la Universidad²⁹, proponiéndole la publicación en los “Anales”. El Dr. Gil dio los originales a Giordano³⁰ pidiéndole opinión sobre los mismos, y éste, según Machado, habría hecho algunas objeciones. Me pidieron que hablara por teléfono con él y hoy lo hice. La conversación con Giordano me ha hecho un gran bien. Los reparos que tenía que hacerse se referían a la inconveniencia de publicar el libro haciendo subsistir el tono de conferencia que en algunos lugares todavía se percibe. Me señaló además, que él cree que la obra es muy seria y realmente valiosa. Creo que me dijo que ella puede señalar una época en la crítica sobre poesía. (Acaso yo exagero en mi favor al recordar.) Me señaló que no es ese el tipo de obra que se hace en nuestro país y que un trabajo de esa especie, más acabado, sólo puede ser realizado aquí por cuatro o cinco personas. Me conminó, en cierto modo, a completarla, dándole a todas sus partes un desarrollo acabado. En resumen, Giordano aspira como yo, pero exige de mí más de lo que yo mismo exigía. Esto acaso me determine a trabajar nuevamente sobre estos temas de un modo intenso. En realidad no cesé de trabajar en estos tiempos, pero no pensaba hacer desarrollo especial de algunos poetas. Ahora, en cambio, pienso hacerlo así y hacer todo lo que sea posible con este libro. (29/IV/ 45) (p. 86 – 88)

Jules Supervielle

Ayer hemos estado nuevamente en lo de J. Supervielle. Habíamos convenido la visita ya el martes, por teléfono. Llegamos a las cinco y media, a tomar el té. Estaba Felisberto, sin duda leyendo con Supervielle. Oímos, durante el té, anécdotas de la vida de Felisberto. Encuentros casuales. Luego de años, sin saludo, F. fue a habitar una casa de su tío, y durmió en la misma pieza en que durmió su padre, a quien no conoció. Supervielle contó un encuentro de milagroso azar. Un tío suyo naufragó en las costas del Atlántico, y la primera persona a quien vio fue su nodriza, que lo había amamantado en las montañas, en Francia.

²⁹ Felipe Gil (1911 – 1984). Abogado, entonces Secretario general de la Universidad de la República y profesor de Finanzas de la Facultad de Derecho. Luego ocuparía importantes cargos políticos.

³⁰ Luis Giordano (1895 – 1966), poeta, narrador, crítico, fue secretario del Ateneo y del PEN Club de Montevideo.

Hablamos de mi libro. Minye inició la conversación. Yo conté, con alegría, lo que esa misma mañana me había ocurrido a propósito de “Poesía y magia”. Hablé acaso con demasiado entusiasmo de eso. Supervielle quiso saber con mayor precisión de qué se trataba. Expliqué. Él mismo se interesó realmente por ello, y quiso saber cuáles fuentes de información había utilizado a propósito de magia. Le recordé a Frazer, a Levy – Bruhl, a Matila C. Ghyca, etc. Y se sintió sin duda más seguro, porque comenzó a buscar algunas cosas referentes a ese tema. Encontró un artículo de Matila C. Ghyca, que me ofreció, y el libro de la Sra. Noulet sobre la poesía hermética (Poe, Mallarmé, etc.). Él recordó, además, lo mágico de Baudelaire; el juego de las aliteraciones y rimas interiores, etc. Recordamos el *pantum* que comienza: *Voici venir le temps...*³¹

Hablamos también de Valéry; de su arte “inteligente” y del mito de excesiva inteligencia que se ha superpuesto a su figura. El recordó la opinión de Roger Caillois, quien, al ocuparse de Valéry, se admira de hallar algunos versos con débil rigor de significación, y que permiten ambigüedades. Eso le admira, sobre todo por tratarse de un poeta en el que la inteligencia predomina. En una de mis conferencias, decía aproximadamente Supervielle, refiriéndose al ciclo del año pasado, yo hacía notar, en respuesta a R. Caillois, que Valéry es predominantemente sensual.

Yo le interrumpí entonces recordando cómo en algunos pasajes de *Le Serpent*, se podría decir que la lengua, el verbo, encantaba en el sentido primero, directo, y que ese encanto derivaba de un modo de sensualismo de las palabras sibilantes de la serpiente.

–¡Y en el *Cimetière*, y en el *Narcisse*! añadió Supervielle. Y bien, continuó, dado ese sensualismo, puede comprenderse que el verso le satisfaga como placer o goce verbal, con desdén de las ambigüedades que en él se puedan hallar. La precisión del significado aparece como secundaria frente al goce del esplendor verbal. Una vez logrado cierto verso no puede tocarlo más persiguiendo su diafanidad lógica, ya que queda gozando sensualmente el mismo verso en su valor verbal. Citó luego, como caso similar en nuestra lengua, a Rubén Darío.

Ya habíamos dejado la mesa, donde el poeta se había servido, no té, sino leche, y estábamos junto a la ventana.

Cuando, en algún momento, se orientó la conversación hacia Felisberto éste trató de desviarla de sí pidiéndonos que gozáramos de la presencia de ellos: Supervielle y su señora y en una oportunidad me dijo, en voz baja:

–Pero, por favor, ¡yo no quiero estar en el candelero!

Mientras hablábamos llegaron los esposos Giles de la Tourette y Alfredo Cáceres.

Giles de la Tourette se parece a Michel Simon³². Habla el español muy mal, y lo entiende peor.

31 Se trata del poema “Armonía de la tarde”: “Ya viene el tiempo en que, del talle estremecido, / cada flor se evapora igual a un incensario;”, de “Spleen e Ideal”, *Las flores del mal*.

32 Michel Simon (1895 – 1975), actor suizo.

La conversación dependió entonces, y hasta que se fue, de A. Cáceres. Ha adelgazado quince quilos. Contó cómo se decidió a adelgazar, y luego la historia de un paciente dibujante que había hecho un retrato de Supervielle que nos mostró. Se sucedieron anécdotas de su clínica (es psiquiatra).

Giles de la Tourette pedía a cada momento aclaraciones, sobre todo cuando reíamos de lo que contaba Cáceres. De pronto (se trataba de un paciente de Cáceres que no podía dormir) interrumpió y se decidió él también, a contar su anécdota. Él tampoco puede dormir, y no sólo aquí. Ya le sucedía eso antes de partir de Francia. Nadie lo podía curar hasta que al fin encontró a una persona que en dos días logró hacerlo dormir. Describió minuciosamente las manipulaciones que aquella realizaba. Parece que se daba masajes en los talones, en la columna vertebral, en las costillas; y siempre sobre los huesos.

–*Toujours dans les os. Toujours les os!*, exclamaba con calor y admiración mientras imitaba las mejoras y se contorsionaba sobre su silla.

Antes de despedirnos Supervielle quiso que firmáramos con él los cuadernos que serían enviados a amigos comunes. (p. 88 – 93)

3/V/1945 Caída de Berlín

Fragmento de una carta a Arregui:

“... no puedo poner en orden las líneas que te escribí anteayer, sin darte noticia del fervor democrático que se ha manifestado en Mont., en ocasión de la caída de Berlín. Fue algo fantástico, pero fantástico, sobre todo por lo inesperado. Como recordarás todo estaba preparado, por aquí, para festejar debidamente la caída de la capital alemana. El asunto ocurrió y las radios comenzaron a llamar al pueblo a los actos programados y a la manifestación que recorrería la calle 18 de Julio desde el Gaucho hasta la plaza Independencia. Pero... la calle 18 de Julio, en ese mismo momento, tenía un centenar de hombres de la policía montada que a sable limpio, y con ayuda de los tiradores de gas lacrimógeno, disolvía las aglomeraciones. Yo estaba en un balcón de la calle Yí, y veía eso *al mismo tiempo* que por la radio escuchaba las exhortaciones al pueblo para que fuera a la manifestación. “El Día” había puesto en sus balcones las banderas pero había *olvidado* la rusa. Una delegación de unas 200 personas llevó una pidiendo que la izaran y se negaron. Ante ese desplante empezó la gritería y la pedrea contra “El Día” que llamó a las fuerzas policiales para protegerse.

En eso se pasó la noche entera. Hubo cargas cerradas de caballería y sablazo limpio. Y muchas escenas fantásticas. No sabiendo cómo romper el cordón policial se empezaron a tirar cohetes que explotaban entre las patas de los caballos que hacían corvetas y troles. El jefe de policía en persona lo pasó dando vuelta por la calle rodeado de una muchedumbre que gritaba ¡Viva Folle!³³ Folle se acercó a los milicos e inmediatamente vino la doble carga de caballos y tiradores

33 Juan Carlos Gómez Folle (1888 – 1971). Funcionario público vinculado a esferas policiales y penitenciarias. Fue jefe de Policía de Montevideo y fundador de la Escuela Nacional de Policía.

de gas lacrimógeno. Como irás viendo, aquello no tenía gollete. Hubo mujeres que, envueltas en la bandera rusa se lanzaron a romper el cordón policial al grito de ¡Viva Rusia! Se rompieron vidrieras a granel y saquearon la librería Olivera. Llamaron a los bomberos que defendieron a las casas del saqueo y dispersó (sic) la muchedumbre con las mangas. A cada momento pasaban disparando la asistencia pública y los coches de la policía tocando la bocina. La manifestación comenzó a ordenarse mansamente por 18 de Julio y cuando la masa era muy compacta en la calle y se orientaba hacia la plaza (y no hacia “El Día”) volvieron a oírse las explosiones de las cargas de gas y disparaba la gente, caían algunos, la calle se vaciaba y volvía a correr la asistencia. Las explosiones de gas se oyeron hasta que me fui, a las 11 y media. Los diarios anuncian que después de las 24 se derrumbó una garita de policía, se apedreó el Banco de Seguros, etc. etc. 20 policías resultaron heridos, algunos de consideración. Hubo presos en abundancia. Según “El País”, tomaron preso a uno “*que con un cuchillo de gran tamaño*” pretendía herir a los caballos. Pero, por el otro lado, las cosas están complicadas. Los comunistas pidieron, en cámara, la renuncia del Ministro de Interior (Carbajal Victorica) porque se opuso al pedido del Ministro de Rusia. El asunto está lindo, ¿verdad?” (p. 94 – 97)

8/V/1945 – Día de la Victoria

Las 10 de la mañana. Desde aquí, el Cerrito, se oye el canto de todas las bocinas de la ciudad que festejan el advenimiento de la paz. Las radios están prontas a transmitir el anuncio de Churchill. Suenan cohetes y música de las radios y de la calle.

La voz de Churchill y de Truman se oyó en el mundo entero anunciando la victoria. No así la voz de Stalin. Moscú ha permanecido silencioso. (p. 98 – 99)

15/V/45

Leo en el *Journal* de Gide.

“*Oser être soi*”³⁴. *Il faut le souligner aussi dans ma tête*”³⁵, pero sobre todo estas líneas: “*Il faut que j’ose franchement le reconnaître: c’est mon enfance solitaire et rechignée qui m’a fait ce que je suis. Le mieux serait peut-être d’exagérer cela. J’y trouverais peut-être de grandes forces*”³⁶.”

Yo subrayo. Pienso que es algo similar, acaso lo mismo que me hacía pensar que nuestros mismos defectos deben ser defendidos como fuerza, cultivados.

34 En cursiva en el original de Gide.

35 “Atreverse a ser uno mismo. Es necesario subrayarlo también en mi mente.” Gide, A. *Journal*, pág. 20. (La traducción de esta cita de Gide así como de las siguientes, es resultado de la colaboración de la profesora Alma Bolón.)

36 “Es necesario que me atreva sinceramente a reconocerlo: mi infancia solitaria y hosca me hizo lo que soy. Quizá lo mejor sea exagerar esto. Eso me dará quizás mucha fuerza.” *Ibid*, pág. 21.

En el *Journal* de Gide. Definición provisoria de la sinceridad: “*que jamais le mot ne précède l’idée*”³⁷. Bien. Lo siento así. Constató sin embargo que lo contrario es lo que se entiende generalmente por sinceridad.

La frase copiada me ha hecho detener la lectura. Sigo y debo copiar, tal es el placer que me proporciona la lucidez de esta nota del 31 de diciembre de 1891, tal es la lucidez que creo ver en ella: “*Ou bien: que le mot soit toujours nécessité par elle; il faut qu’il soit irrésistible, insupprimable; et de même pour la phrase, pour l’œuvre tout entière. Et pour la vie entière de l’artiste, il faut que sa vocation soit irrésistible; qu’il ne puisse pas ne pas écrire (je voudrais qu’il se résiste à lui-même d’abord, qu’il en souffre)*”³⁸.

Releo algunos pasajes de lo que aquí he escrito. Lo siento en gran parte infantil, pequeño. Sólo unas páginas me han detenido en parte, aquellas que se refieren a la encuesta iniciada por “Latitud” y que aquí, silenciosamente, fue contestada. (p.99 – 100)

16/V/45

(...)

Antes de la clase me encuentro con Waffleur que me detiene para aclararme que Supervielle había padecido confusión al indicarme que la revista donde se encontraba el artículo de Matila C. Ghyca la había prestado a él (W.) Es una revista (“*Fontaine*”, o “*Aede*” o “*La nef*”) que pertenece al *Service d’information française* donde le pediré a Jean Supervielle.

Hablamos con Waffleur de Gide (*Journal*). Encuentro placer al oír de él una opinión que era la mía: el *Journal* concebido como la mejor iniciación, como una lectura constructora en el sentido de la personalidad. Motivaciones de la más profunda meditación y convivencia espiritual íntima con una de las más grandes inteligencias de nuestro tiempo. (p. 101 – 102)

Mayo 17

Esta mañana relectura de algunas páginas del *Fausto*. La preocupación de la clase a dictar me impidió o limitó la meditación.

Lectura de Gide (*Journal*). Copio para no olvidar y meditar: “*Les choses les plus belles sont celles que souffle la folie et qu’écrit la raison. Il faut demeurer entre les deux, tout près de la folie quand on rêve, tout près de la raison quand on écrit*”³⁹.

37 “que jamás la palabra preceda a la idea”. Ibid, pág. 28.

38 “O bien: que la palabra sea en todos los casos una necesidad. Es preciso que sea irresistible, indispensable; asimismo para la frase y para la totalidad de la obra. Aún para la totalidad de la vida del artista es necesario que su vocación sea irresistible, que no pueda no escribir (querría que el artista se resistiera a sí mismo en primera instancia, que sufra.)” Ibid., pág. 28.

39 “Las cosas más bellas son las que atiza la locura y escribe la razón. Es preciso permanecer entre ambas, bien cerca de la locura cuando se sueña; bien cerca de la razón cuando se escribe.” Ibid, pág. 50.

Cuán más siento las palabras de Lavater que traduce Gide: “*Je le dis à tous mes anniversaires; je le pense à tous les tours de ma vie: méditer sur moi-même. est la vie de la vie; et nous y méditons si peu!*”⁴⁰

Mas no solo siento que son palabras mías; siento también que es una advertencia, brotada de mí y que a mí se dirige.

Al leer Gide siento que hay en él valores que se me escapan. Hay en él actitudes que me parecen hondísimas y reveladoras en un sentido coincidente con mis propios movimientos espirituales. Es, precisamente, el Gide que copia las líneas de Lavater o éstas de Lessing: “*Ce qui fait la valeur de l’homme, ce n’est pas la vérité qu’il possède, ou qu’il croit posséder; c’est l’effort sincère qu’il a fait pour la conquérir*”⁴¹, etc. Es también el Gide que desea entrar de nuevo en la casa para releer Leibniz.

No es, en cambio el Gide que experimenta ciertas formas de alegría o de deseo de experiencia. Acaso lo que me ocurre es que yo he sentido algunas experiencias que son las que ahora, al verlas en Gide, me impresionan más profundamente. No he explicado bien esto.

Sentí sorpresa las primeras veces que encontré la palabra Dios en el *Journal*. Hay sin embargo unas líneas –las últimas del año 1894 que me hacen comprender y me reconcilian conmigo mismo. Yo me siento religioso, mas no hallaba con soltura una forma de explicarme lo que Gide dice muy bien allí: “*Mais les âmes belles et fortes n’ont pas besoin de toutes ces paroles. Leur adoration est une exaltation joyeuse, si naturelle qu’elle n’amène même plus le nom de Dieu à leur bouche. Ils sont pourtant sans arrogance; ils sont soumis; ils sont pieux, si vous appelez piété l’émotion d’une dépendance acceptée, l’obéissance aux lois les plus spirituelles*”⁴². (p. 103 – 106)

18 de mayo

Quiero recordar lo que ayer conversamos con Caputti⁴³. Cuando días pasados, leí algunos sonetos suyos, creí ver, en ellos, referencias a muy íntimos problemas que allí eran confesados mediante símbolos personales. En medio de la conversación se lo insinué y lo aceptó inmediatamente. Aseguró así, muy excitado, que podía hacer un desarrollo de cada uno de sus poemas en el sentido en que San Juan de la Cruz lo hizo con los suyos.

40 “Lo digo en todos mis cumpleaños; lo pienso en cada una de las vueltas de mi vida: meditar sobre mí mismo es la vida de la vida; y meditamos bien poco!” Ibid, pág. 51 – 52.

41 “Lo que hace el valor del hombre no es la verdad que posee o cree poseer; es el esfuerzo sincero que hizo para conquistarla.” Ibid, pág. 52.

42 “Pero las almas bellas y fuertes no necesitan de tales palabras. Su adoración es una alegre exaltación, tan natural que ni trae más el nombre de Dios a su boca. Ellos son, no obstante, sin arrogancia; sumisos; piadosos, si llamamos piedad a la emoción de una dependencia aceptada, a la obediencia a las leyes más espirituales.” Ibid., pág. 56. (Se interpreta “almas bellas y fuertes” como “hombres”, eso explica el paso del femenino “*les âmes*” al masculino “*ils*”.)

43 Luis A. Caputti, poeta. Su libro de sonetos “Como si en flor divina me llagara”, con dibujo y xilografía de Leandro Castellanos Balparda, aparecerá en 1946 en La Galatea.

Además del problema personal que eso implica (“Cosas que tengo que decir con símbolos –decía– porque de otro modo escandalizarían”) creo que se trata, aquí, de una modalidad de la nueva poesía. Lo dije ayer y mencioné los nombres de García Lorca, Neruda y Sara de Ibáñez, señalando la diferencia de temperamento que entre ellos puede notarse, y que hace más notable la identidad de procedimiento.

Ocurre así que, muy a menudo, la poesía de alguien no tiene sentido si no se contempla un gran conjunto de su obra, al menos, una serie determinada de poemas, que, con la repetición de ciertos símbolos en diferentes circunstancias, ofrecen cierta clave que permite comprender su sentido.

Se me hace necesario ahora leer el libro de *Amado Alonso* sobre *Neruda* donde se ha hecho una investigación de los símbolos empleados por este poeta⁴⁴. (p. 107 – 108)

20 de mayo – Malvín – En lo de mis padres

Ayer escribí nuevamente el Prefacio para “Poesía y magia”. Es un borrador aún. Minye está conforme con él. Lo he escrito a manera de guía para el lector. Es en realidad un esquema de todo el libro.

Intentaré ahora, en una segunda parte de ese prefacio, exponer el *método*. (p. 109)

23 de mayo

Ayer, 22 de mayo, trabajé todo el día en la revisión de “Poesía y Magia”, y en la relectura de algunas fuentes de información. Trabajé con mucho entusiasmo, febrilmente, pero sin mucha alegría. El esfuerzo solo produjo retoques de detalle y tachaduras.

En las últimas horas de la tarde, relectura de Rimbaud. Sobre todo de la carta de Paul Demeny en la edición de Cané. Creo advertir allí, con angustiado entusiasmo ciertas cosas esenciales que la misma agitación me impidió concretar en algunas páginas. Ello me determina a desgajar, en la 2ª parte de “Poesía y Magia”, un estudio sobre Rimbaud que está confusamente adherido al surrealismo. Releo J. Rivière⁴⁵ y veo que mis puntos de vista no aparecen en su obra. Quería trabajar hoy. No puedo. Hace una hora que medito sobre esto pero debo abandonarlo. Tengo que preparar las clases. Son las 6 de la mañana. (p. 110 – 111)

24 de mayo

Esta mañana, antes de ir a trabajar, pude trabajar en mi libro. Me ocupé, sobre todo, de ordenar algunas notas sobre Rimbaud, para pensar y aclarar algunos puntos de vista ya esbozados, es cierto, en la redacción primera, (1944), pero, sin

⁴⁴ *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética* (1940), de Amado Alonso.

⁴⁵ *Rimbaud* (1931), de Jacques Rivière.

duda, de un modo insuficiente. Estuve satisfecho de mi trabajo (sin haberlo releído hasta ahora).

En la Universidad, conversaciones con Guillot Muñoz. Siempre lúcidas y agradables. Provechosas. Le expuse, con franqueza, mis dudas sobre las soluciones sociales que él estima: comunismo. Tiene vistas claras y en mucho sólidas, pero no pudimos hablar extensamente de lo que más me preocupa (limitaciones a la libertad).

Le expresé, al comienzo, mi opinión sobre la mayoría de los que tienen tomada la misma actitud que él: falta de comprensión; limitaciones para ver la complejidad real de los problemas sociales; embanderamiento prematuro; y le confesé la parcial incompreensión que yo tenía –y luego en parte– de su actitud, porque, viéndolo tan lúcido y penetrante en muchísimos aspectos, le veía también, en cierto modo, dogmático. Al menos tomando una posición que parece exigir, aún en los mejores casos de sentimiento, cierta limitación para el pensamiento (gradualidades, etc.)

Quedamos en vernos pronto. Estimo realmente su amistad. Es tan extraño encontrar hombres inteligentes además... (111– 112)

Pienso en este diario de un modo peculiar. Pienso que escribirlo es un modo de crearme; de evitar parte de la disipación de la vida y de concentrar fuerzas en mí mismo. Este diario podría terminar por mostrarme como una novela muestra a un personaje; y bien: soy consciente de ello y ello vale para mí. El diario me otorga cierta lúcida (parcial) consciencia de mi tradición en mí, personal. Me siento más claramente derivar y cambiar y evolucionar, y eso hace, justamente, que me sienta más yo, incluso que me comprenda mejor a mí mismo (y no precisamente por falsa precisión...) (p. 113)

Sábado 26

[...]

Leo –segunda o tercera vez– la biografía de Byron por Maurois⁴⁶. La admiración de Maurois recuerda “los últimos cantos del Don Juan, el tercer canto del Childe Harold, los cortos poemas líricos, el Prometeo, y *los admirables diarios en prosa*.” ¿Dónde hallar estos diarios? (p. 114)

Relectura parcial de este diario y del cuaderno anterior, que hojeo para ver las páginas que tienen que ver con “Poesía y Magia”. Me sorprende porque, en varios puntos, puedo reconocer el proceso de formación del libro. Hasta llego a considerar interesante la publicación a modo de apéndice de esas notas. Reconozco que es mostrarme al desnudo en cierto sentido. Pero esa publicación, al mostrar mis caminos, siquiera levísimamente, enriquecería el libro de cualidad viva. Se vería más claramente que es dependiente del pensamiento vivo, ondulante; y sería menos una armazón fija y dura.

⁴⁶ Lord Byron et le démon de la tendresse (1925), de André Maurois.

Tratando de concentrar, mi sentimiento es éste: siento pudor, inseguridad, al proponerme publicar estas notas, pero siento además que si a mis manos viniera un libro como el mío con un apéndice en el que se incluyeran fragmentos del diario del autor, yo sentiría reconocimiento por quien me permite ver el libro desde dos puntos de vista. Vería el edificio como espectáculo, y lo gozaría exteriormente, pero, además, lo habitaría como el mismo autor, andaría por sus habitaciones, lo usaría, y tendría una especie de contacto más íntimo.

Se me ocurre que podría verse qué efecto produce ese apéndice si, al darle copia del libro a Arregui, le envío copia de todas estas páginas.

Este añadido le hará mal, indudablemente, al libro mismo. Me haría bien, en cambio, a mí. Yo he escrito ese libro, como lo que va de este diario, como la novela, para construirme más que para construir. Mejor: porque entiendo que construir es la forma más pura de construirse. En ese sentido esa publicación me hará bien, ya que es el modo de aferrar el libro para siempre a mí mismo, de verlo como integrando mis conocimientos espirituales. Verlo vivo, no abandonado.

Le hará mal al libro en cambio. Este se verá, acaso, más móvil, y por lo tanto menos asentado (¡Pero eso es bueno!) No será tan *texto*, tan mi “*versión*”, –como decía Giordano que debía ser–.

En fin... hay que pensarlo aún. Haré copia de todo esto y veremos cómo reacciona Arregui. (p. 115 – 117)

Martes 12 de junio

Hoy, mientras hacía tiempo para ir a la clase del colegio Nacional, retiré, en “La Cruz del Sur”, un ejemplar de *Palabra es tiniebla*, de Oribe.

Leído con el cariño y la emoción con que leo todo lo suyo. Con disgusto también, al ver, en ese cuaderno, todos sus desfallecimientos, sus abandonos, sus descuidos. Pienso que no debiera escribir más que forzando su creación por cauces duros, severos: el soneto. Siento que Oribe no tiene ya derecho a abandonarse con descuido.

El buen Oribe sólo aparece aquí por relámpagos, entorpecido por prosaísmos. Desearía pedirle que relejera Valéry. (p. 122)

Viernes 15 – junio

[...]

Lectura del *Journal* de Gide. Cada día lo veo más grande. Pienso, en la lectura de estos días, que nuestro español carece de esa prosa. O al menos, la ignoro. Presiento que acaso en el pasado de nuestra lengua se puede encontrar algo cercano a eso (Cronistas de Indias, escritores religiosos del siglo XVI). En España –en América, se siente fácilmente el deslumbramiento por la literatura brillante. Así es que cuando se toma de otras literaturas se suele escoger también lo brillante: el

esplendor. Puede pensarse en Darío. El pensamiento falta. Se piensa con debilidad, sin grandeza. Aún prosa excelente, como la de Fray Luis tiene eso.

Yo experimento la ambición de una prosa que sea consecuencia, en parte, de un pensamiento cuidadoso y denso y cuyo estilo desaparezca en el ajuste, en la adecuación al pensamiento, en la fidelidad.

Esta ambición la tenía ya. Gide me la hace sentir diariamente. (p. 123 – 124)

Lunes 18 – junio. Poe

Mientras redacto el trabajo sobre Poe (en “Poesía y magia”), releo con cuidado estas palabras que se refieren a la capacidad de crear:

“en gran parte depende... de propiedades estrictamente morales –por ejemplo, de la paciencia, de la concentración o del poder de mantener la atención fija en un solo propósito, de depender de sí mismo y de despreciar la opinión ajena que es solo opinión y nada más– y en especial de la energía y de la industria”. ¡Cuánta satisfacción al leer estas cosas también en Poe! (*Marginalia*) (p. 127)

Martes 26 de junio

[...]

Pienso en las vacaciones de Julio que comienzan el lunes, como en una liberación. Iremos a pasar unos días a Piriópolis y acaso también a “Las Flores” a donde nos invitó Leandro. (p. 129)

Domingo 1º julio (En casa de mis padres: Malvín)

Lectura de *La torre y la muerte* de Michael Innes. (Título inglés: *Lament for a Maker*)

Excelente impresión, La lectura no ha sido muy buena. Fue interrumpida y demorada. Eso, en una novela de este tipo es algo entorpecedor. Sin embargo, encuentro aquí la comprobación, parcial, de alguna idea que sentía vagamente: el género policial como ofreciendo posibilidades serias a la novela en este sentido; que exige, en su desarrollo, el tipo de rigor que, a veces, es deseable en la creación. Es decir: la novela policial entendida, primariamente como novela, en la cual los personajes tengan valor fundamental; y el esquema policial enriqueciendo el argumento con posibilidades grandes de intriga. Ahora bien: en esta novela acaso se sienta cierto barroquismo en la intriga. La riqueza de la fábula es acaso excesiva, pero, de todos modos, es fundamental en ella el trabajo en torno a algunos *personajes*: testamento de Ian Guthrie, por ejemplo, que es un conjunto de páginas ejemplares de novela⁴⁷.

⁴⁷ *La torre y la muerte* acababa de ser publicada en la famosa colección “El séptimo círculo”, con traducción de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

Lunes 2 de julio.

[...]

Esta tarde me inscribiré para el concurso en E.S. A tres años del primero. Me ocuparé, en estas vacaciones de terminar mi libro, que debe ir al concurso de Remuneraciones de este año.

Ahora me propongo refundir mis notas sobre Baudelaire.

22h. y 30.–

El propósito no fue cumplido.

Leí, con satisfacción, el trabajo de A. Rousseaux sobre Baudelaire en “*Le monde classique*”. Considera él también, allí, que el intento de Baudelaire es el de hallar una unidad primordial del mundo merced al manejo de las “*correspondances*”.

Y luego, la tarde perdida. Visita a lo de mis tías, con la alegría de una conversación con mi tío Pepe; que siempre me resulta interesante. Y andanzas por el centro, sin norte. Minye, caprichosa. Nerviosa. Eso hace que cualquier intento que haga de satisfacerla la lleve a una actitud de rebeldía inmediata que, a veces, no puedo comprender en absoluto –en su motivo inmediato. Lamento con periodicidad esas actitudes en ella. Cuando veo en ella ese temperamento, no hay casi posibilidad de quitarle esa tensión. Siento como si el razonamiento no tuviera que ver con ella –y de hecho no tiene que ver–, y por lo pronto, juzga mal hasta mis reacciones sentimentales que, a menudo, tienden al más extremado deseo de satisfacerla. Esto es nervioso. Pero debe ser cuidado. Acaso tenga, de algún modo, una causa funcional.

Siempre tiene incomodidades, o dolores, o frío, o aerofagia, etc. y presumo conocer la causa que lo motiva. Decide, de pronto que no comerá más tal cosa, pero, indudablemente, la come, le hace mal, y se lamenta de ello. Tiene una indecisión permanente. Decidirse, de pronto, por algo, es la mayor de las tragedias. Así, esta noche, al elegir en la lista del Restaurante. Pero cuando “se ha hecho a una idea” es el mayor castigo tener que abandonarla. Se altera inmediatamente, y deja de razonar bien para dejarse arrastrar por una sensación de disgusto que a veces es excesivamente grande. (p. 132 – 134)

Martes 3 de julio

Arregui me envió, por mensajero, la última copia de “El caminante y el camino”⁴⁸. Gran alegría. Es un hermosísimo cuento que debemos publicar. La primera impresión es la de sentir que se trata de algo conseguido que, acaso, debe ser tocado en algún lugar aunque no se sabe precisamente dónde. Hablaré con él ya que está ahora en Montevideo. (p. 134)

48 El cuento será publicado en *Noche de San Juan y otros cuentos* (1956) pero no integrará las antologías *La sed y el agua* ni *Tres libros de cuentos*. En el prólogo de *La sed y el agua* Arregui aclara que es un cuento fracasado que intentará volver a escribir.

Sábado 7 de julio

Otra vez lo de siempre. Angustia. Una angustia que lleva a impedirme trabajar bien y que siento provocada por una presencia irracional. Solo la hago desaparecer los días de mucho trabajo, cuando, en cierto modo, hallo justificada la jornada. Tengo la obsesión permanente de *perder el tiempo*. Nunca trabajo bastante, como para justificarme. Tengo mucho que hacer. La novela está detenida hace tiempo por este libro y este libro mismo me exige constantes e interminables ampliaciones. Casi nunca alcanzo el orden, la regularidad que me es deseada. Todo crece muy lentamente bajo mis manos.

Un accidente de la abuela de Mínye me ha –nos ha– mantenido todo el día de ayer en un estado de angustia solo desvanecido a la noche, cuando pasó el peligro. Pero de todos modos, con un cansancio nervioso grande.

¿Cuándo ordenaré mi vida? Ahora dispongo de una hora y media para trabajar sobre Baudelaire antes del almuerzo. ¿Es posible siempre trabajar de este modo? (p. 135 – 136)

1º de agosto (miércoles)⁴⁹

Escribo a Arregui:

Me escribes de Valéry. Te lo agradezco como si me dieras la mano por la muerte de un familiar. Lo sentí de un modo extraño, leve y a la vez profundo. No realmente dolor, sino desesperanza. Hay hombres –sentía– que son valores comprendidos de lo humano, y la muerte humana se hace incomprensible cuando los toca; pero también angustiosa. ¿Cómo puede desaparecer una inteligencia tal detenida, siempre vigilante, sobre el milagro de sí misma? Su existencia se convierte en necesidad. Yo creo que no sé pensar el mundo sin Dostoievski o sin dos o tres nombres más. Tampoco lo sé pensar sin el emblema de Ul Teste, la serpiente que se muerde la cola. Más que el verso de Valéry se me hace indispensable su actitud mental, más que la prosa que ha escrito, la contemplación de su misma inteligencia creando.

Me dices que debo escribir sobre él. Curioso: he sentido pudor aun de anotar nada en mi diario. Me hubiera causado placer, en cambio, poder ofrecer palabras en un homenaje, a modo de funeral laico, como dices. No era a mí que tenía que decir cosas, y por ello hubiera deseado decir de *mí* hacia él. (Me cuesta trabajo explicarte esto bien). Mejor: Decir a los demás, sintiéndome torpemente profético, que Valéry ha entrado en el mundo para constituirlo por la eternidad, como ciertos materiales primarios de la naturaleza: H₂O, etc. (p. 136 – 138)

49 El 20 de julio de 1945 falleció el gran escritor francés Paul Valéry. Su muerte dio motivo a funerales nacionales y su cuerpo fue inhumado en Sète, ciudad donde se ubica el cementerio marino que inspiró una de sus obras cumbres.

8 de agosto. Miércoles

El largo período que aquí quedó sin anotaciones que lo detengan, está ocupado por la decisión de presentarme al concurso de E. S. Más que decisión de presentarme, de prepararme para él. En ello estuve ocupado desde el 20 de julio en que me inscribí. La desesperación con que me aboqué el trabajo me produjo un contratiempo a fines de la semana pasada: dos días con dolor de cabeza. [...] (p. 138 – 139)

9 de agosto, jueves.

Preparando el concurso. Pienso que, de todos modos, no debo preocuparme mucho por él. Hay un clima de limitación, en los concursos, que nos debe determinar a desdenarlos en un plano de valores absolutos. Lo que es un bien en lo que llamaríamos sociología universitaria, no es ni bien, ni mal en un plano de valores reales. Interesa la permanencia de esa institución: ella proporciona garantías en el sentido de impedir que enseñen aquello que no llegase a un determinado límite de aptitudes y conocimiento. Pero en cuanto a la posibilidad de señalar valores por arriba de ese límite, ya es otra cosa. Hay excesiva intervención del azar y de cualidades secundarias (memoria mecánica, etc.) que anulan los valores mejores. Lo correcto se ve o se juzga allí con más claridad que lo excelente. Esto, a veces, está inhibido de manifestarse por condiciones secundarias. (p. 141 – 142)

19 de agosto (domingo)

Continúo haciendo lecturas y resúmenes en vista del concurso. Molesto, sobre todo, por alternativas de entusiasmo y depresión que se suceden incesantemente. El único medio de adelantar es estudiar varias horas simultáneamente; si no leo más que sobre un tema llega a dominarme tal inquietud que tengo que abandonarlo. Además, así me canso menos, y retorno a [¿?] sobre los temas. [...]

Disgusto (el de siempre) por no poder hacer lentas lecturas y trabajos progresivos. El libro detenido... Gide detenido. Y aún, como amenaza, el trabajo que debo hacer, para el ciclo del Ateneo, a pedido de Dotti, sobre J. P. Bellan⁵⁰ como narrador.

Ahora he encarado el concurso como deber. *Debo* hacer lo que esté a mi alcance para regularizar nuestra situación económica.

50 El interés por J. P. Bellan como narrador surgió desde muy temprano en Díaz, como puede apreciarse en esta nota. Sin embargo, su primer trabajo sobre el tema es en 1955 con el prólogo a *Doñaramona* (Ver Cuaderno IX). Tampoco hay datos sobre conferencias de Díaz sobre Bellan en estos años, a pesar de que en el Cuaderno V se menciona un comentario sobre *El centinela muerto* que se habría transmitido por el SODRE. El estudio de José Pedro Bellan se convertirá en una obsesión dando lugar a numerosos trabajos sobre el autor (el último de ellos inédito). José Pedro Bellan era tío por línea materna de Amanda Berenguer.

Con tristeza por no poder trabajar con Minye en la impresión de su *Elegía por la muerte de P. Valéry*⁵¹, que siento como trabajo denso y fino a la vez. Es un hermoso poema. Minye madura paciente y firmemente en poesía. Cada poema es ahora la sorpresa de algo mejor. (p. 143 – 145)

24 oct. Miércoles

Recibí anoche carta de la Sra. de Muller en que me pide que lea en el acto del próximo lunes 29, la conferencia de Jorge Luis Borges, en “Arte y cultura popular”⁵². Corro peligro de que haya interferencia con alguna prueba del concurso, aunque es muy poco probable. De todos modos, es estimable la oportunidad de conocer de cerca de este hombre: Borges.

[...](p. 158)

29 de octubre. Lunes

Hoy comienza el dichoso concurso. La prueba de hoy –si se sigue el orden clásico– no tiene real importancia porque es algo ya muy meditado: metodología de la enseñanza.

Más importantes son las otras dos pruebas escritas. Si debo escribir sobre determinados autores, me sentiré tan tranquilo como si estuviera trabajando en casa. Si sobre otros, tan inquieto como un escolar que no está seguro de recordar bien una lección. Entre los 56 temas de que se trata hay algunos que no han podido interesarme lo suficiente, que no he podido leer o releer como corresponde.

Esta tarde, además, debo leer la conferencia de Borges ¡Quiera Dios no se hagan pruebas de tarde! (p. 162)

30 de octubre – martes

Hora 5 y 30. Ayer, de mañana, la primera prueba del concurso; luego, fui a ver a Borges con quien estuve hasta las 17. Vine a buscar a Minye y de nuevo hasta la Universidad donde leí, no muy satisfactoriamente, la conferencia⁵³.

51 *Elegía por la muerte de Paul Valéry*, de Amanda Berenguer Bellan de Díaz, (con introducción de José Pedro Díaz) fue publicado en *La Galatea* en noviembre de 1945. 170 ejemplares.

52 En carta fechada el 24 de octubre de 1945, María V. de Muller, Directora de “Arte y Cultural Popular” (Ministerio de Instrucción Pública) le escribe a Díaz informándole que Gervasio Guillot Muñoz ha propuesto su nombre para leer el texto de Borges, quien recientemente había sido operado de la vista. En la misma se aclara que “Ipuche no quiere leer ese trabajo, pues cree indispensable otro timbre de voz, para evitar la monotonía para el público y la radio.” “Precisamos un buen lector”, añade, “que destaque las ideas y los conceptos de Borges, y le dé a la lectura todo el relieve y claroscuro necesario para que llegue el pensamiento de Borges en toda su plenitud.” Y aún en la posdata agrega: “Será todo un acontecimiento literario, ya que Borges nunca ha dado una conferencia en Montevideo.”

53 La conferencia, en el Paraninfo de la Universidad, será leída por José Pedro Díaz y transmitida por el SODRE. Borges fue presentado al público por Pedro Leandro Ipuche. El título de la conferencia fue “Examen de la literatura gauchesca. Aspectos” y su texto se publicó por primera vez en “Marcha” en tres entregas (2, 9 y 16 de noviembre 1945, N°s. 306 – 307 – 308) y posteriormente como folleto en “Número”, Montevideo, 1950). (Ver *El Uruguay de Borges. Borges y los uruguayos. 1925 – 1974*, Pablo Rocca edit.,

Borges es enormemente estimable como persona. Se comprende mucho más al escritor y su obra, conociendo su persona. Enviarle datos sobre Gracián y sobre Lussich, luego de consultar a Dotti. (p. 163)

31 de octubre – Miércoles

6 y 15. Ayer, de tarde, la lectura de la 1ª prueba del concurso. La de Bordoli fue algo vaga, literaria; la de Martínez Monegal⁵⁴ fue un increíble catálogo bibliográfico. Trató de *épater*. ¡Lo más notable que en ningún caso expresó o comentó ideas de ningún autor, sino que citó sus obras mencionando la editorial, el número de la edición, y el año!

Esto desvaneció, hasta cierto punto, el problema Monegal. Yo no sabía bien de qué se trataba, y siempre dudaba a propósito de él. Cuando salimos le dije: ¡Pero mire que mandó nombres, eh!– sin intención de elogiarlo. Él, en cambio, que lo tomó por ese lado, me contestó con profunda convicción (textual): –¡Es que tengo tanta erudición que apenas me tocan salta todo lo que tengo dentro!

En su trabajo aludía, frecuentemente, a estudios estilísticos. Veremos si en la segunda prueba, que versó sobre Juan Ramón Jiménez, los aplica. Yo hice algo de eso a propósito de ciertos versos que pude recordar de memoria.

[...] (163 – 164)

3 de noviembre – Sábado⁵⁵

Quisiera poder recordar ahora, y en cierto modo fijar mis impresiones junto a Borges. El 29 por la mañana, luego de trabajar tres horas sobre la prueba metodológica, hablé por teléfono para saber si estaba en el hotel. Estaba, y me dirigí hacia allí, hacia el Hotel Cervantes.

Esperé en una salita del segundo piso. Luego, de pronto, veo venir hacia mí, por un corredor, un hombre algo bajo, con inverosímiles lentes negros –la sala, el corredor, el hotel, estaban en penumbra– que al llegar al hall miraba afanosamente para todos lados. Salí de la sala y me le acerqué.

–¿Jorge Luis Borges?

–Ah. ¿Usted es Díaz? ¿Cómo está Ud.? ¿Quiere que pasemos a mi cuarto?

p. 20). Según Emir Rodríguez Monegal: “Tímido e introvertido, Borges nunca se había confiado a su propia voz en público. Se negaba a dar conferencias y en las raras ocasiones en que se vio forzado a hacerlo, escribió un texto cuidadosamente ensayado, y luego pidió a un amigo que lo leyera en su lugar. Eso fue lo que hizo en Montevideo. Mientras José Pedro Díaz, un joven profesor de literatura, leía el largo discurso con dicción impecable y una voz bella y sonora, Borges permanecía sentado al fondo, apuntándole el texto invisible e inaudiblemente. Fue una curiosa función, como la de un ventrílocuo que controlara a su muñeco desde cierta distancia.” (En *Borges. Una biografía literaria*, pág. 347).

54 Error de Díaz que se reiterará en más oportunidades: se trata de Rodríguez Monegal.

55 La entrada está marcada con una cruz en color rojo en el original. Esta entrada y la del 5 de noviembre fueron publicadas en “Brecha”, 20 de agosto de 1999, con el título “Conferencista en Montevideo. Un hombre bajo con inverosímiles lentes negros”.

Por el corredor lamenté su intervención en los ojos. No me contestó. Creo que era una mentira de Doña María.

Cojeaba, tenía movimientos raros. Una afabilidad tímida y que llevaba, inmediatamente, a temas importantes. No sabe decir –¿Qué mal tiempo, no?–; pero sabe referirse inmediatamente, a los problemas literarios más delicados y finos de su obra o de otro autor. Le hablé de sus libros. Me preguntó enseguida, y preocupado, si había leído *Ficciones*. “Es lo más importante, ¿o no?” me respondió enseguida, terminando la frase con su estribillo característico: (“¿o no?”). Le hablé de “Las ruinas circulares” y de la estima que sentía por ese cuento. Señalando lo que me parecía uno de los valores centrales: la creación de un mito que daba a ese cuento un valor universal, desprendido de la contingencia. –“Ah, pero muy bien, muy bien! Yo lo creo así, ¿o no? Es necesario ir desde un comienzo a las ideas universales.” Él también considera como lo mejor ese cuento. Y me narró que, inexplicablemente, fue escrito en siete días “lo que es muy poco para mí, porque Ud. sabe que me es muy difícil escribir: soy muy torpe” y que lo escribió, además, en un estado muy especial. Comentamos que, acaso, eso hizo que el cuento respondiera a algunas de sus constantes psicológicas, etc. Creo que es así, más o menos. Me narró, además, que su niñez se le aparece constantemente en sus pesadillas. Todavía se le aparecen impresiones de la niñez en ellas. Me explicó que estas pesadillas se refieren casi todas a su niñez. “El hombre de la esquina rosada” no es de lo que más estima. Me explicó que había querido hacer un cuento visual, donde todo interesara a modo de ballet. Minuciosamente, me recordó las inverosimilitudes del cuento.

Lunes 5 de noviembre

Estaba en esto cuando el reloj me llamó a la clase. Cuando volví seguí trabajando en la imprenta. De tarde releía Borges antes de ir a Malvín.

La relectura de Borges, ahora que lo conozco, me significa de muchos modos. Su obra se me carga de valores que antes creía elaborados, y que ahora veo como casualmente derivados de su propia e *ineludible* personalidad. Ideas que aparecieron de la conversación cuando había alguna duda sobre la estructuras de una frase de la conferencias las reconozco ahora en boca de alguno de sus personajes. En la última página de “Un milagro secreto”, de *Ficciones*, se dice, de Flaubert, y de la cacofonía, algo que él me dijo casi con las mismas palabras en el hotel.

Pero no solo ideas, sino experiencias de otro orden, y que aluden de un modo más íntimo a la personalidad. Así las pesadillas de los cuentos, y los cuentos mismos como pesadillas. Así aquella frase del mismo cuento que dice aproximadamente: “se sacó los anteojos negros y sus ojos estaban muertos”. Eso lo sentí de él y él mismo debió sentirlo un día ante el espejo. (p. 164 bis – 168)

8 de nov. Jueves

El concurso terminó. Ayer a las dos de la tarde, dieron la clasificación final: la sensación de liberación que yo esperaba por ganarlo, no la sentí a pesar del primer puesto. Bordoli hizo el segundo y R. Monegal el tercero. Era la clasificación que nos parecía lógica y me sorprendió que el tribunal no se equivocara.

Ahora apuraremos la impresión de la *Elegía*, de Minye y la corrección y refundición de mis cosas. (p. 169 – 170)

9 nov. viernes

Todavía no estoy totalmente recuperado del concurso. Apenas voy habituándome, y de a poco, a la imprenta, a no tener la premura del estudio violento, a la libertad, en cierto modo.

Estas convulsiones me impidieron, durante el concurso, y en los días sucesivos, concretar algo que temo perder: recuerdos de Borges.

Minye está en mis mismas condiciones: ella sufrió el concurso tanto o más que yo. Siguió todas las pruebas y con la angustia consiguiente.

Los dos sentimos ahora el deseo de trabajar para nosotros y nos sentimos en cierto modo vacíos. Tenemos la alegría pueril de haber salido de esto. Temor a la muerte, antes de poder hacer lo que debemos hacer. No precisamente miedo: sino rabia de que, a lo mejor, mucho de lo posible se pierde por una muerte prematura. (p. 170 – 171)

11 de nov. Domingo

No salimos, a pesar de nuestra costumbre, a Malvín, porque Minye estuvo desde ayer, incomodada. Yo, por mi parte, muy cansado. Ayer, que fue cumpleaños de Amanda, hubo visitas y de tarde mientras conversaban, hice la primera impresión del cuaderno, que quedó terminada a la noche. Ello me cansó mucho. Hoy distribuí lo utilizado ayer, y, luego, Minye me leyó dos cuentos de José Pedro Bellan: “Chivela y Godoy” y “¡Papá... hay un negro!”

Este, sobre todo, me interesó. Se trata de un trabajo que intenta –y logra– recrear la atmósfera infantil a que me refiero en “Arte y Magia”. Pero no solo la atmósfera es lo interesante de este cuento, sino, además, su peculiar sentido de creación crítica. El niño necesitando, y creando, mitos, que la vida, luego, le roba. La vida exige el abandono del clima de fabulación. La muerte de esos mitos es necesaria, –parecería– para la adecuación a la vida.

Siéntese, sobre todo al fin, el desesperado lamento del niño y su explicación:

–Mamá, el negro se fue.

Parece lamentarse no la desaparición de algo exterior, sino la mutilación de un mundo propio, de valores propios. (p. 171 – 172)

14 nov. miércoles

Ayer, todo el día, trabajo manual. Desde anteayer tuve punzantes dolores de cabeza. El trabajo nos distrajo. Sólo reposamos para almorzar y cenar. Entre las 8 de la mañana y las 11 de la noche, hicimos tres impresiones más. Hay pues cuatro hechas; el cuaderno tiene 10.

Acaso el sábado podamos visitar a J. Supervielle y llevarle de regalo uno de los primeros ejemplares de la *Elegía*. (p. 172 – 173)

Jueves 6, diciembre

Leyendo Henry James *Retrato de una dama*, pienso en una peculiaridad de las dos novelas inglesas que leí (Butler: *El camino de toda carne*⁵⁶.) Ambas tienden a mostrar la historia de la formación de una personalidad. Son, en cierto modo, libros de iniciación para la vida.

Las calidades artísticas de James son exquisitas. Novela morosa, refinada, de estilización. Se ha creado un mundo ideal, artificial, pero con una sustancia precisamente humana. Las condiciones sociales, las situaciones, etc. todo eso aparece estilizado, pero los personajes, en cambio, se dan, prodigiosamente, en sentido de profundidad, de personalidad, y derivando de diálogos que muy a menudo lindan lo puramente convencional. Es difícil precisar cómo, pero el armazón del diálogo es convencional (por momentos). También lo es la fábula.

El interés se sitúa en un aspecto insospechado de la novela. El lector se pregunta: ¿cómo seguirá construyéndose la personalidad de Isabel? No interesa saber cuál va a ser la respuesta a su próximo pretendiente: eso es hasta cierto punto secundario. En cambio se está pendiente del destino que Isabel se irá haciendo para sí.

La fabulosa herencia que recibe Isabel podría poner en peligro la verosimilitud de *otra* novela. En esta, esa arbitrariedad del destino pasa desapercibida en cuanto a lo esencial. Hasta me parece necesaria, y no molesta.

Otro asunto sorprendente es ver cómo está flotando a lo largo de la obra un hálito trascendente. Se está aludiendo en todo momento a puntos fundamentales de la persona humana, y ello se hace en diálogos delicados y galantes, de refinado gusto.

Entiendo que se está exigiendo finura al lector, y que una parte del análisis de los personajes queda librada a él. Es éste quien graduará la penetración de la obra. (p. 174 – 176)

Sábado 8, dic.

Lectura de H. James: sorprendido –encantado por la fina penetración del novelista. Poco a poco, morosamente, se ha ido hundiendo cada vez más en lo más secreto de sus personajes. Las páginas son limpias, tersas, y en ellas se refleja la más leve ondulación de la vida, que la hace clara y sensible en amplios círculos

⁵⁶ *El camino de toda carne* (1944), de Samuel Butler.

concéntricos. El estilo mismo ondula, fluctúa, se hace capaz de las más difíciles expresiones. Pero todo es expresado, si bien frecuentemente de modo indirecto, y todo es palpable, húmedamente vivo. (p. 176 – 177)

Martes 11 – dic.

[...]

Estos días he descansado. Lo creo así al menos. Leí *Retrato de una dama* de H. James, con profundo y calmo entusiasmo. Paseamos. Y siento que me voy recobrando. Comienzo apenas a sentirme con cierta soltura, aprendiendo la libertad. Pero todo... ¡qué lejos! Imposible trabajar. No por no tener disposición para ello sino –lo peor– por sentirme vacío... perdido. Nada que decir. Como tantas otras veces siento que me falta el imperativo concreto. No el otro... Y así es peor. Es indispensable trabajar, pero... ¿qué hacer?

Advierto que casi he perdido ciertos hábitos que me urge resolver. El hábito, sobre todo, de la meditación silenciosa, natural, que no depende de una labor concreta, sino de la contemplación de la vida haciéndose. *Retrato de una dama* me ha hecho mucho bien en ese sentido. Me ha ayudado a involucrarme y a mirarme a mí mismo. Y esto es indispensable para poder trabajar. Baudelaire escribía: como temas: “conócete a ti mismo”.

Mientras tanto, intentaré no olvidar el adagio caro a Supervielle: “*Nulla die sine linea*”. Cuando no pueda hacer algo nuevo, ni la anotación en este diario siquiera, me ocuparé en pasar a máquina y corregir originales. (p. 178 – 179)

Jueves 20, dic.

Los últimos diez días frecuentes dolores de cabeza, y leve desorden digestivo. Casi incapacidad para leer. Pasamos nuestro tiempo proyectando construir algo en lo alto de Punta Gorda. Por ahora un refugio para los meses de verano y los quince días de julio, y planeado en tal forma que pueda ser ampliado sin tirar paredes abajo.

Comenzamos los ensayos además, para la impresión del cuaderno de Caputti. El taco de Castellanos resultó bien, aunque él lo retocó para la impresión definitiva. (p. 183)

25 diciembre, 1945

Por períodos –como siempre– muy sensible a la “*bêtise*”. En el desorden del fin de año, no fue satisfecho, sin duda, mi egoísmo. Y la disipación me hace ser inquisidor de los demás. Excesivamente sensible a los defectos de los otros. (La paja en el ojo ajeno...) Ello me desorganiza más aún. Me pone de mal humor y me incapacita. No sé gozar de la libertad relativa de que puedo usar. No sé descansar porque me fatiga más la impertinente actitud de perpetua censura que me domina, que el mismo trabajo. Me encuentro excesivamente intolerante. No soporto

los defectos que advierto en las personas, y me preocupan y me lastiman más de lo razonable.

Creo advertir como una torpe e inconsciente fabulación contra mí mismo. Como si todo lo que ocurriera tuviera como propósito oculto impedir que yo me manifieste como debiera. Son sin duda excusas para incapacidades reales, cansancios, etc., De todos modos, aunque comprendo esto, una conversación puede estropearme un día entero. Y esto es lo que me está ocurriendo.

Cuando escribí “*bêtise*” pensé en Flaubert y en que me gustaría ahora leer *Bouvard et Pécuchet*. (p. 184 – 185)

1946

2 enero 1946

La lectura de novelas –estuve leyendo James– me permite comprender mejor mis molestias. Las que quedaran anotadas en la última página. Pienso que un modo de hacerme a la vez más y menos sensible, sería el de redactar pacientemente, una novela capaz de observaciones sobre muchos tipos. Se produciría, acaso, una a manera de desviación de la atención que podría inclusive llegar a producir ciertas escenas interesantes.

Pero no me siento con fuerzas para hacerme riguroso. El *ostinato rigore*, lo siento lejano y heroico. Me siento más mal, día a día, íntimamente. Desordenado. Incapaz de dominar mis propias pequeñeces, y sobre todo, incapaz de dominar mi propia irritabilidad, mi mal humor, que se está haciendo crónico.

Si tuviera que describirme lo haría con tintes bien sombríos. Lleno de incapacidades, de inhibiciones.

Ciertas convivencias ¿son capaces de destrozar? Debo intentar ver más claro en mí y debo, sobre todo, hallar una salida a este estado que ya se prolonga demasiado. Espero siempre del mañana lo que el mañana no me da. Y me irrito con todo y con todos porque no sé hallar en mí mismo. (p. 186 – 187)

Febrero – Domingo 3

Volvímos hace un momento de Malvín. El mes de enero se pasó entre la impresión del cuaderno de Caputti y quince días pasados en casa de mis padres. La falta de anotaciones de este diario testimonia mi despreocupación, mi desinterés por las cosas que en realidad más me importan y mi incapacidad para ocuparme de ellas. Allá, esforzándome, pude, los primeros días, trabajar algunas páginas sobre Valéry para substituir las que se ocupan de él en el libro. El trabajo –regular– quedó interrumpido.

Algo de lo que me tiene también perdido, es el desinterés de Minye por algunas de estas cosas. Ella siente el deber de mostrarme atención, pero no siente,

creo, mal interés. Así me es doblemente difícil trabajar. No es sólo contra mí que debo luchar, y además, no tengo derecho a luchar contra Minye. De ella no puedo exigir.

Ahora, al volver a casa, –por molestias de Minye– me siento yo, personalmente, mejor, mucho mejor, pero el estado de excitación en que ella está me irrita paulatinamente. Veremos. Ahora pasamos unos días aquí. Yo tendré que viajar diariamente hasta Malvín a ver mi padre recién operado.

[...] (p. 188 – 189)

Marzo, lunes 4

Después de un mes exteriormente agitado, encuentro algo mío al reordenar papeles en el escritorio. Enero ha pasado vertiginosamente. Operaciones a mi padre –por el desprendimiento de la retina. Mejora. Compramos un auto y aprendí a manejar. Todavía no saqué libreta. Comenzamos los trabajos para hacer nuestra casa en Mangaripé. Hicimos nosotros mismos las puertas del garaje que es lo primero que vamos a edificar. Hoy tenemos, recién, algo de reposo en casa. Encuentro y copio, estas notas:

“El eco”⁵⁷

“La anciana que, en estado de coma, paralítica e insensible, repite, como un eco, todo aquello que oye. Oía por reflejo (cuando otros oran junto a ella). Cuando su hijo hace un viaje para saludarla solo recibe de ella el eco de sus palabras y no una sola palabra que signifique el espíritu de su madre. Ellas le devuelven su propia imagen como un espejo impasible.”

Creo que es un excelente motivo para una novela. Para un pasaje de una novela, mejor dicho. Hay en el hecho, cierta oscura carga simbólica muy valiosa. (p. 190 – 191)

Martes, 12 de febrero

[...]

Por mi parte, el 15 comienza el año escolar. Y espero que con él mi reencuentro con la labor de la Universidad y con la mía propia. Ha colaborado en la posibilidad de este reencuentro la lectura de la formidable novela–testimonio de Joseph Kessel, *El ejército de las sombras*. Sabiendo de la lucha de la Resistencia, se siente la gravedad de la vida. Gervasio Guillot Muñoz me lo había recomendado con insistencia. Quisiera escribirle para decirle cuánto bien me hizo.

Quisiera también escribirle a Rama (Ángel) para pedirle que dé por fin su último examen de literatura. (P. 192 – 193)

57 “El eco”, narración inédita, 5 folios, fechada el 27 de setiembre de 1947.

Sábado 16 de marzo

Ayer comenzamos los cursos. Como consecuencia del concurso nuestra situación económica mejorará mucho, pero ello significa, también, un recargo de trabajo que será muy sensible. Es necesario que me discipline mucho. Me encuentro en una situación extraña: siento que me será necesario un esfuerzo para volver otra vez al ritmo de las clases, éstas me son extrañas, apenas.

Espero que la primera semana me habituará y que ya dentro de quince días podré estar haciendo un trabajo normal. (p. 193)

Lunes 18 de marzo

Hoy se inicia la primera semana regular del curso. No tengo aún los horarios arreglados. Y tengo además que repasar muchos temas de los que tengo la impresión de recordar poco.

El sábado me encontré con Paladino y con Pereda Valdés⁵⁸. Este último me habló de preparar la edición de “Arte y Magia”. (Se trata de la misma editorial de que me había hablado ya Arias⁵⁹). Quedamos en que él me avisaría si se decidía esa publicación, de manera que yo podría prepararla en 2 o 3 meses. (p. 194)

Martes 19 de marzo

Ya prepararé mis clases de hoy. Mi gusto sería ponerme a trabajar algo sobre Valéry. Pero no me quedan ya más que 20 minutos. (Todavía no dispongo del coche y tengo que salir a las 7).

Debo ordenar el trabajo del modo siguiente: toda la tarde, temprano, preparar las clases del día siguiente. Descansar, pasear, ir al cine, luego de las clases de la tarde, y, por la mañana, hasta las 7 y media, trabajar en mi obra.

[...] (p. 195)

Miércoles 20 de marzo

Las clases operaron sobre mí como un excelente sedante. Me fue difícil leer las dos o tres primeras páginas. Pero luego, al dar las clases, el ver caras nuevas, me ha hecho bien. Me siento con deseos de trabajar que debo aprovechar para la obra mía (Conferencias sobre Bellan, “Poesía y Magia”).

Paralelamente a las clases, lecturas de R. Martin du Gard: *El buen tiempo*. Lectura fragmentaria y desordenada pero no por eso menos entusiasta. (p. 195 – 196)

Lunes 25 de marzo

Ayer visité a Rama –Carlos– y paseo con ellos dos hasta nuestro terreno.

⁵⁸ Idefonso Pereda Valdés (1899 – 1996). Poeta y ensayista. Fundador de la revista “Los nuevos”.

⁵⁹ Alejandro C. Arias (1912 – 1980), ensayista, poeta, dramaturgo y narrador.

Vimos también el solar que ellos compraron detrás de la Estación Pocitos.

[...]

Con las clases aumentan las disposiciones de trabajo, aunque todavía no he encontrado mi ritmo. Me admiro del trabajo de Rama. Dicta 24 horas semanales de clases, sigue rindiendo exámenes de la carrera (abogacía) y es secretario del Colegio de Abogados, además de preparar la página bibliográfica de los lunes de “El País”. Él tampoco sabe cómo hace todo eso. (p. 196)

Domingo 21 de abril⁶⁰

Durante la semana de turismo que termina hoy, hicimos un viaje por el este. Llegamos a la Barra de Maldonado luego de andar por Las Flores, Piriápolis, Maldonado, San Carlos, Punta del Este, Las Delicias y San Rafael.

Recibimos una impresión sobre todo violenta en el parque de Maldonado, el Parque Brunet que acaso podría transformarse en una narración.

Llegamos al Parque Brunet el jueves a las cinco de la tarde. Ya el día anterior lo habíamos estado buscando. Estaba señalado en nuestro mapa y habíamos tenido la sensación de hallarnos casi sobre él, pero no dimos con el camino que nos llevara a la puerta. El jueves nos internamos por una calle de los suburbios de Maldonado. Ranchos de lata, calles miserables, chiquilines jugando en el arroyo, y ropa tendida sobre arcos enclenques. Preguntamos por el parque. Yo había olvidado el nombre exacto. El mapa había quedado en el bolsillo del coche y no queríamos sacarlo de nuevo. Decía: ¿Es por aquí el parque Bullrich? Alguien me dijo: Para el lado de allá está la portera.

Tomamos una calle de tierra. A los costados pinos. El sol estaba bajo. Volví a preguntar. ¿Por aquí es el parque? Era un grupo de hombres y muchachos que estaban en la esquina. Una esquina mal delineada sobre la que daba una casa rosada, acaso un boliche. En la otra cuadra está el portón. Lo distinguimos. La calle era de barro y piedras. Dimos una vuelta, y salimos a una carretera de hormigón. Tomamos a la izquierda la calle indicada. No era en realidad calle. No había señal de pasos de vehículos. El coche corrió cien metros por ondulaciones de césped y se detuvo a unos metros de un portón. Árboles altos: pinos, acacias. Todo cercado con alambre en línea y en el medio dos pilares sostenían unas puertas de maderas verticales. Desde el coche se veía un candado cerrado. En el poste de la izquierda una leyenda. Nos acercamos pensando que no se podría entrar.

Nos acercamos. El candado se cerraba sobre una sola argolla y las puertas estaban atadas con hilo. En el pilar de la izquierda se leía:

“Parque Brunet”

891

Las letras curvas, casi manuscritas, estaban grabadas sobre una placa de mármol incrustada en la mampostería.

⁶⁰ Entrada marcada con una cruz de color rojo.

Abrimos una puerta con dificultad. La otra estaba enterrada en arena y hojas.

Ante nosotros se extendía un camino. Una quinta señorial y antigua. El suelo no daba señales de haber sido hollado recientemente; todo estaba cubierto por las agujas de los pinos.

Recordar el invernadero, el pilón conmemorativo, la cañada seca con fuentes inútiles. (p. 200 – 204)

Junio 1º

Ayer comenté en clase un pasaje de *Ntra. Señora de París*, de Hugo, en el que creo advertir cierto antecedente de un tipo de relato fantástico moderno, que aparece como un desplazamiento de la realidad hacia el sueño, pero de tal manera que las características fundamentales de la realidad, su valor, se mantiene luego para lo fantástico. Me refería al pasaje en que Gringoire se aparta, solitario, por calles ya desiertas a la caída de la noche, y comienzan a oírse las voces de los mendigos, el mundo fantasmal de sombras que corren todas hacia un determinado lugar.

El doble plano está dado aquí por Gringoire, a quien se (tachado) con un estilo directo y –para que su realidad sea más ostensible– irónicamente. El telón de fondo, en cambio, es el que se va transformando hasta crear el clima ideal. El procedimiento es aquí la abundancia de imágenes y metáforas que desrealiza lo que describe. Véase y compárese con ciertos modernos. Esa forma de fantasía parece comenzar en el Romanticismo. (p. 204 – 205)

Junio 4 - Un problema literario y su solución en Ntra. Sra. de París

Hoy volví a comentar en otro grupo el pasaje de Victor Hugo. Se me apareció así la posibilidad de escribir un pequeño ensayo estilístico para mostrar los valores de ese trozo que me parece extraordinariamente sabio. No en vano lo eligió Levaillant⁶¹ en un libro antológico sobre Victor Hugo entre otros pocos pasajes de la misma novela.

Adviértase cuál es el trabajo de Hugo en este momento. Se propone mostrar la “Corte de los Milagros”. En la estructura de su novela, o por mejor decir, de su fábula, no entra necesariamente, la descripción de la corte de los milagros. Pero sabemos sin embargo que su propósito fundamental no es mostrar una fábula en su desarrollo. Le interesa aquí a Hugo de un modo primordial el *color local* a propósito de cuya importancia ha escrito ya en la “*Préface*” de Cromwell. De allí que le sea indispensable ocuparse de este pintoresco aspecto del París del siglo XV. Para ello utiliza el caprichoso arbitrio de seguir a un personaje que se ha de perder por las callejuelas hasta dar inopinadamente con la *corte*. Este es Gringoire. El otro problema es abordar de modo conveniente ese tema. ¿Cómo establecer pasaje en-

61 *L'œuvre de Victor Hugo* (1928), de Maurice Levaillant.

tre el París del comienzo de la novela con este subsuelo de París? El aspecto de la *corte* debe ser alucinante, onírico.

El puente, el traslado, de uno a otro plano se realizará entonces precisamente por un plano inclinado que se apoye en valores oníricos. Pero el personaje elegido – Gringoire – ya es conocido por nosotros y sabemos de su juicio firme y de su pobreza perentoriamente realista. Conocemos además su buen humor a prueba de dificultades. No es pues la transformación de este personaje lo que podía hacerse, sino la del ambiente en el que actúa y sobre el cuál gravitará aún la figura y la sensibilidad del mismo autor que producirá confusiones que permitan injertar en la realidad que rodea a Gringoire un tono de pesadilla.

[...] (p. 205 – 208)

19 de junio

Lectura de Gide. El *Journal* (año 1940). Difícilmente me aparto de su lectura para continuar el análisis de Hugo: *Nuestra Señora de París*. No abordé todavía el aspecto más importante (análisis de detalle) pero la preparación y el planteamiento no me disgusta aunque lo encuentro algo apresurado.

Vuelvo a ello.

[...] (p. 212 – 213)

21 de junio

Ayer, en el auto, entre clase y clase, lectura de las primeras páginas del trabajo sobre Hugo a Guillot. Atención entusiasta de su parte. Le admira verme trabajar en esas cosas y repite: “¡Tú tienes veinticinco años!” Cuando se expresa así no sé dónde escabullirme. Me dijo –por esas páginas– que tengo que tener una clase en la Facultad de Humanidades donde se pueda trabajar en estas cosas. Todavía no estoy convencido de ello, a la verdad, aunque me gustaría mucho poder dar un cursillo sobre “Poesía y Magia”. Debo pensar también en alguna sala donde pudiera dictarse como conferencia el ensayito sobre Hugo. Así podría trabajar después sobre la versión taquigráfica.

Este ensayo debo dedicarlo a Guillot a quien en realidad se lo debo, ya que sólo por él me he puesto a escribirlo. (p. 214)

22 junio

Ayer, asistimos a la conferencia de Guillot Muñoz sobre Lautréamont. Hemos quedado, en parte, defraudados. Aunque todo lo que ha dicho es interesante, falta cierta cohesión en la exposición, la necesaria secuencia demostrativa.

La Sra. de Guillot nos presentó a María Elena Muñoz⁶², anciana ya, cuya poesía conociera yo hace años por Castellanos.

[...] (p. 215)

62 María Elena Muñoz (1905 – 1964), poeta, tía de Gervasio y Álvaro Guillot Muñoz.

23 junio – Domingo

Anuncia “El Día” una conferencia de Charles Lebecque, el *attaché* cultural de la legación francesa que llegó hace unos días a Montevideo con Santoni (los dos jóvenes profesores de la Sorbona). La conferencia tiene como tema “*La magie et nous*”⁶³.

[...] (p. 216)

25 junio

A pesar de lo que esperaba pude asistir, después de la clase a la conferencia de Lebecque. Interesante. Tomé algunas notas para recordar algunos de sus ejemplos, que él considera probatorios de la supervivencia de la magia en nuestros días. En realidad él hablaba de *pendant*, o de la seducción que la magia mantiene sobre nosotros.

[...] (p. 216 – 217)

28 junio – Viernes.—

Hoy, lectura en “El Día” del artículo de Dotti⁶⁴ sobre los comunistas que atacaron *Rusia por dentro* de Cruz Goyenola⁶⁵. Vigoroso, eficaz, el artículo no puede producir, como el de Goyenola, como la réplica comunista demasiada impresión para quien no puede solucionar *problemas previos*, para considerar el caso ruso.

Observo que es ridículo pensar en Rusia como en el ejemplo de paraíso de libertad, etc... Y muchas cosas más que dicen los comunistas. Pero el problema para mí, se presenta en otro plano. Se presenta como solución a cierto probable envejecimiento del régimen democrático, cuya verdad es cada vez más dudosa si debe funcionar en un país capitalista. Democracia y capitalismo se niegan (ya está eso en Rousseau).

Además sabemos de sobra qué puede ser una democracia en la que los métodos del mundo moderno actúan con seguridad y abundantemente. La propaganda, simplemente, puede ser causa de que la democracia sea una mentira. En Buenos Aires se lleva a la masa a creer que Perón la salvará. Las masas pueden besar el guardabarros del automóvil de Hitler. De ese modo la voluntad popular puede ser dirigida contra sus propios intereses y libremente decidirá su mal.

63 Al viernes siguiente será Jean Santoni el que realizará una conferencia en “Amigos del Arte” sobre “*L'influence de Lautréamont sur la littérature d'aujourd'hui*”.

64 “Al margen de ‘Rusia por dentro’”. Los testigos del Dr. Ceruti Crossa”, en realidad fueron tres artículos aparecidos en junio de 1946 en “El Día”.

65 La visión disidente sobre la Unión Soviética que, Lauro Cruz Goyenola, diplomático de la Embajada de Uruguay en Moscú, presentó en su libro *Rusia por dentro, apuntes*, y su posterior prédica semanal en “Marcha”, tuvo por respuesta los libros *También nosotros vimos Rusia por dentro* (1946), de Pedro Ceruti Crossa, y *Radiografía de una infamia. Cruz Goyenola por dentro*, de Ricardo Paseyro (1946). *Sí, he dicho la verdad en ‘Rusia por dentro’* (1947) será la contra – respuesta de Cruz Goyenola.

Posibilidades y hechos de este tipo pueden llevar –y creo que aquí está en [¿?] crítico– a la necesidad de revisión del concepto de libertad.

Naturalmente que eso es tocar a fondo el individualismo y, además, y contrariamente a Vaz Ferreira– no tener confianza en las soluciones de libertad.

Es por otra parte la [¿?] de mucho de lo que estamos habituados a considerar como sagrado en el hombre. Pero... ¿es que la era de la industria y de la producción en masa, no necesitará de cambios en la concepción moral del hombre? Desde aquí uno ya no se anima a seguir pensando, pero creo que el asunto debe [¿?] precisamente desde aquí.

[...] (p. 218 – 221)

30 de junio – Domingo

Comienzan hoy, para mí, las vacaciones de julio. Me preparo para trabajar, todo lo posible en el libro “Poesía y Magia” (Debe quedar terminada, además, la conferencia sobre Hugo).

Lo de siempre. Apenas se concluye el esfuerzo diario de las clases, se relaja también la capacidad de esfuerzo para los trabajos personales. Sabiéndolo, y sintiéndolo ya desde ahora, es indispensable sobreponerse a ello y trabajar aunque sea a disgusto.

El jueves próximo, quedamos en visitar nuevamente a Guillot. El viernes una conferencia sobre Lautréamont en Amigos del Arte. Paseos y lo demás. Mallarmé y Valéry. Y refundición y pasaje en limpio de mis trabajos.

Hoy vamos a Malvín. Corresponde también en estos días el trabajo de organizar la construcción de la casa.

Continúo, con interés sumo, la lectura de Conrad, *Nostramo*. Muchas coincidencias sobre lo que yo quisiera hacer en novela uruguaya.

Un artículo sobre la novela en el siglo XX de Rodríguez Monegal: *tonto*⁶⁶.

[...] (p. 221 – 225)

1º de julio – Lunes

En Conrad (*Nostramo*) acaso de lo más interesante sea el estudio integral del tema. Desde la que llamaríamos estética del ambiente y las costumbres hasta el estudio del clima político.

El procedimiento empleado es excelente en cuanto a su vigor. El panorama político y social es visto por varios testigos. Véase, como ejemplo, la carta de Decoud a su hermana, o la conversación del comienzo del tomo II, o el relato del Capitán Mitchel que recuerda lo que ocurre en ese momento de la novela (un salto hacia el futuro para poder emplear una visión retrospectiva). (p. 225 – 226)

66 “La novela en el siglo XX”, de Emir Rodríguez Monegal, en “Marcha” N° 336, 28 de junio de 1946.

2 de julio Martes

Para considerar al releer la IIª parte de “Poesía y Magia”. La magia en el mundo moderno puede acaso ser explicada, además, porque es lo que ofrece la única posibilidad de asir la totalidad del mundo en un único empuje sentimental y ello se hace tanto más necesario en nuestro tiempo, cuanto más dividido en apariencias fragmentarias se halla ese mundo.

La magia puede así –o al menos la consideración mágica de tal o cual hecho– satisfacer la necesidad de visión o asidero del mundo por un camino paralelo al verdaderamente científico.

La ciencia divulgada ha motivado un desequilibrio en la apreciación del mundo, ya que ofrece solo misterios. No puede haber ciencia si no se poseen sus mecanismos. Pero estos son excesivamente [¿?], hasta el punto de que solo pueden dominarlos, y fragmentariamente, los especialistas. Al público solo le resta creer en una fuerza insinuante, etc. Es decir, operar por modos de pensamiento mágicos. (p. 226 – 227)

3 miércoles (julio)

Revisión, desde hace una hora, del trabajo sobre Baudelaire (Cap. II del libro) que Minye está mecanografiando. Leído con atención, sobre todo el párrafo 10, “Teoría de la poesía”, que es lo fundamental y que me satisface casi totalmente.

[...] (p. 227)

5 de julio. Viernes

Comienzo a ordenar nuevamente mis ideas sobre Mallarmé.

Pienso en el libro sobre Bécquer que me pidió Sánchez Fontans⁶⁷. Pienso – habiendo visto trabajar ya a Ángel Rama, si pudiera escribirlo con él. Me gustaría. Para mí sería la seguridad de la redacción del libro y para él el motivo y la excusa para un trabajo ordenado y metódico. Además no estaría mal que ya, antes acaso de los veinte años publicara un libro que puede ser importante. Téngase en cuenta lo poquísimo y malo que hay sobre Bécquer. El sábado debo proponérselo. (p. 228 – 229)

17 de julio – miércoles

Durante las vacaciones, trabajo sobre Mallarmé, cuyo comienzo es algo satisfactorio. No así el desarrollo de su poética que me parece muy confuso. Hay que refundirlo. Pero pensé mucho, y a veces con fortuna, sobre el tema.

Convine, con Á. Rama, un libro sobre Bécquer. En las clases del Colegio Nacional estoy dictando apuntes que me servirán posteriormente en ese sentido.

⁶⁷ Esta es la idea inicial de *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y obra*, que se publicaría cinco años después con la sola autoría de José Pedro Díaz, en *La Galatea*. En 1958 el mismo José Sánchez Fontans lo publicará en editorial Gredos de España. La obra tendrá luego otras dos reediciones en esa editorial.

En suspenso el trabajo sobre Hugo, que intentaré terminar ahora.

Escribí –y no envié, ni siquiera pasé en limpio– una carta a Alfonso Reyes.

Me siento en general bien y dispuesto a trabajar. Tomé notas sobre Bécquer estos últimos días.

27 julio – Sábado – 6 y 30.

Adelanto poco el trabajo sobre Hugo. Trabajé más, en cambio, sobre Bécquer. Aproveché la circunstancia de que estoy tratándolo en el Col. Nal. Para hacer las clases con más cuidado pedí que me tomaran apuntes y aquí tengo ya, para comenzar, un esquema de mis ideas sobre Bécquer. He tomado además cierto número de notas – a manera de fichas– que encierran dos hipótesis que trataré de verificar. Rama sigue leyendo la prosa.

Bécquer – Seguimos estudiándolo con resultado. Por mi parte tengo ya ordenados los primeros años de su bibliografía y algún material de interpretación para las *Rimas*. Ángel ha estado anotando materiales reveladores de los artículos y algunas leyendas: a propósito de su pensamiento, vida, estética, ideas, etc.

Lecturas para ese trabajo: Nombela, López Núñez, Blasco, J. A. Vázquez, etc.

[...] (p. 230 – 232)

6 agosto

Estos días han sido publicados dos pequeños volúmenes de Gil Salguero que nos defraudaron, tanto a nosotros como a Rama, a quien leímos algunos aforismos. No comprendo aquí a Gil. *Partida noble* y *Aforismos de la Libertad* no me producen en casi ningún momento la impresión que me había producido *Escritos*. Por esto mismo –y por mi trabajo– no pude leerlos con suficiente atención. Ya se verá... (p. 232)

14 agosto

[...]

Ayer de tarde lecturas en la biblioteca para la biografía de Bécquer. Es un trabajo fatigoso y oscuro que da pocos frutos. Es tonto que quienes han hecho ya fotocopias de Bécquer hayan manejado tan mal el material. Es necesario rehacerlo todo para lograr, apenas, correcciones y ampliaciones de detalle.

[...] (p. 233)

21 de agosto

Hoy, probablemente, se inicia la construcción de nuestra casa en Mangaripé 1619. [...] (p. 234)

22 de agosto

Ayer, por la tarde, pude escribir dos o tres páginas sobre el problema de las influencias literarias que pudo sufrir Bécquer. Satisfecho de la intención del conjunto, vale decir, del enfoque logrado, y, también, de la clasificación por consecuencia. Es decir, por lo que se puede derivar del estudio de cada uno.

[...] (p. 236 – 237)

Miércoles 18 de Setiembre

Encuentro – ayer– con Bordoli. Hablamos de su cuento –que yo aún no leí, y por eso habló él⁶⁸. De cómo las clases no nos dejan trabajar y nos pierden. Y le expliqué el sentido que quería haber dado a “Teoría y Formas del recuerdo”. Le impresionó como una *verdad*. Sentí que algo así era, aunque por momentos, muy humilde.

De noche luego de las clases, desde hace varios días, breves lecturas del *Journal* de Gide, con la plenitud que siempre me provoca.

Siempre, indefectiblemente –y debe ocurrirle a todo lector– me comparo con él.

Ello me hace sentir cómo este año he tenido debilidad de disciplina. Nada hice casi. Paso revista: las notas sobre *Ntra. Señora* (inconclusas aún y en borrador). Estudios sobre Bécquer (ídem). Refundición terminada de Baudelaire para “Poesía y Magia”; Estudios –incompletos, notas – sobre Mallarmé. No imprimimos nada, salvo a comienzo de año, no di nada por terminado.

La construcción de la casa nos absorbe ahora hasta un punto increíble. En la semana de la primavera es necesario ordenar algo lo de Mallarmé y preocuparse para el verano de una revisión de “Teoría y Formas”.

La primavera, cuyos calores desordenados comienzan a sentirse ya opera una cierta plenitud no totalmente forzosa, pero sí esperanzadora, prometedora de mayores bienes. Se siente sensorialmente un reposo ofrecido por la tarde, por los árboles más plenos –como un testimonio de vitalidad, de posibilidades espirituales contenidas y secretamente madurando.

Si esa fuerza pudiera ser alcanzada con mi esfuerzo diario y continuado, me sentiría feliz. (p. 244 – 246)

23, setiembre.

[...]

Ojeo esta libreta con cierto placer. Siento verdaderas algunas de las proposiciones fundamentales de “Teoría y formas del recuerdo”. Soy más yo cuando me

⁶⁸ Probablemente se refiera al cuento “La pradera”, con el que Domingo Bordoli (Luis Castelli) obtuviera el primer premio en el concurso de cuentos de “Marcha” de ese año. El segundo premio lo obtuvo “El hombre que vino a matar”, de Manuel Flores Mora, y logró una mención “El espejo de dos lunas”, de María Inés Silva Vila. El jurado estuvo compuesto por Denis Molina, Carlos Martínez Moreno y Emir Rodríguez Monegal. (“Marcha” N° 345, 30 agosto de 1946). El cuento de Bordoli fue publicado en el número siguiente del semanario.

recuerdo, cuando me miro al pasado.” No siento hallarse en este diario, ciertamente, lo que creo de mí, pero advierto o creo advertir una dirección ya indicada, vale decir, ocasionales intersecciones con la línea de mi ambición. Ambición no es la palabra exacta: habría que expresar ambición y simultáneamente mi camino fatal, justo e inalienable, grande posiblemente, pero, ante todo, mío. (p. 246 – 247)

26 jueves

Ayer, lectura de *Les caves du Vatican*. No preciso bien en qué sentido, me siento algo defraudado. En otro, muy reconfortado. Diré que es el esquema de la novela, la cuestión papal, la que me entorpece algo al gustarla? Necesito ver, ahora, *Symphonie Pastorale*. El diario me hace necesario ver su obra, aunque sé que el diario mismo puede ser su obra maestra, y que aunque ella no es ahora propuesta, a manera de una novela, etc. tiene en sí las direcciones más hondas de Gide. Es más visible el creador leyendo el *Journal* que leyendo *Les caves*. Sin duda por la movilización centrípeta del espíritu que se opera en aquel y está constantemente señalando un centro. [...] (p. 250)

28, sábado

La tarde en lo de Guillot. Conversación con Mlle Charou y luego lectura, por mi parte, de “Teoría y formas”. Muy agradable impresión por nuestra parte. Milena hizo observaciones muy atinadas. Gervasio, de buen humor, y satisfecho, no estuvo tan preciso y lúcido como ella, que, con mucho tacto e inteligencia me observó virtudes y defectos compartidos por otra parte con Minye. Hermosa tarde. Mis propias sensaciones, durante la lectura, fueron contradictorias: comprendía y en parte compartía las observaciones sobre la cierta debilidad del trozo poemático, pero era justamente este trozo el que leía con más satisfacción y más aplomo.

Es algo que, por otra parte, me ha ocurrido con frecuencia: comprender que mi punto de vista es distinto a propósito de obras de este carácter de especial sinceridad, del lector.

El lector necesita de lo que yo desdeño, y esto se hace tanto más sensible cuanto más natural y personal es lo que se escribe, cuanto menos composición se ha realizado.

En otros planos ocurre lo contrario precisamente.

Esta agudización del “punto de vista” creo que no ha hecho mucho bien para encaminar un desarrollo más amplio y más logrado de ese ensayo: “Teoría y formas del recuerdo”.

Es acaso porque no tenía suficientemente aclarado esto que me interesaba siempre tanto recoger opiniones sobre esa prosa. Veremos ahora. (p. 251 – 253)

14 – lunes (octubre)

Ayer, domingo, el día en Malvín. Llevamos a mi padre a la obra. Me gusta el aspecto de la casa. Los frecuentes ángulos le prestan aspecto sólido y amplio, a pesar de abarcar sólo dos piezas. A la verdad, el escritorio – biblioteca es admirablemente amplio.

De tarde, lustramos parte de la carrocería de Platero (así llamamos a la *voiturette*).

[...]

Visita, a lo de mis padres, del Sr. Latorre.

Es éste un personaje interesantísimo. Fue conocido en casa cuando, hace unos quince años (pueden ser veinte) casó con Wladislavich, amiga de mi madre y de la familia de mi madre.

El primer recuerdo que de él hubo es del día de su casamiento. Yo tendría acaso (no sé calcular bien esto) 10 años. Acaso menos.

Recuerdo una casa a la antigua: escalera con baranda de hierro, salones o salas con piano y pequeños muebles recargados de flores, algunas piezas brillantes (bronce y cristal) de formas vegetales. Empapelados oscuros. Muebles de pala (sic) como paredes. Y un amontonamiento de gente entre las que me eran especialmente visibles mi padre y mi tío Domingo (hermano de mi madre). Ellos estaban poseídos de una alegría que yo no podía explicarme del todo, pero de todos modos no me separaba de mi padre.

Llegó el cura con una valija. Se hizo espacio en torno de una mesita y los novios se ubicaron frente a ella. Ella estaba ruin, pero con una alegría nerviosa que rebotaba de los ojos para adentro disparándolos marcados.

Cuando dijeron “sí”, él hizo una mueca a mi padre, y aquella mueca resultó feroz, a pesar de la carcajada contenida, porque Latorre era feísimo (y lo es). Es el recuerdo más lejano que tengo de él.

(Tengo que agregar aquí el viaje a través de los Andes, de Chile a la Argentina.)
(p. 259 – 262)

1947

12 de enero.

Cumplo hoy 26 años. Anoto esto en las últimas páginas de este cuaderno porque el otro quedó en casa de mis padres, en Malvín donde pasamos los días mientras dirigimos en Punta Gorda los detalles de la terminación de la casa.

Volvimos a casa –calle Koch– porque comenzaron los dolores mensuales de Minye. Sólo aquí puede reposar realmente. Pero esta tarde, por ser mi cumpleaños, volvimos a saludar a mis padres, y el viaje molestó a Minye que se siente, ahora, incomodada.

Mientras tanto recuerdo algo que dijo mi padre durante la cena mientras comentábamos las molestias de Minye y las que mi madre sufriera con los ataques del hígado. Decía que era necesario comprender bien (“meterse bien en la cabeza”) que la vida llevaba consigo, como cosa que le es inherente, el sufrimiento y que era necesario saber que sólo un camino hay frente a él, y es el de la aceptación. Todo lo que vive sufre –afirmaba– y se refería a los animales, insectos, etc. Cuya observación permite comprender que no aparece la vida sin una dosis de sufrimiento. (p. 262 – 263)

Cuaderno III

(1946 – oct.– oct. – 1947, 185 folios)

15 de octubre – martes (Hamlet)

Las clases sobre *Hamlet* dadas en el IAVA me incitan a desarrollar un pequeño ensayo sobre la obra que proporcionaría buenos puntos de vista. No me satisface nada de lo que sobre el tema conozco. Podría discutirse Eliot¹ como punto de partida. Estilo denso pero abandonando toda posible tendencia a la anotación erudita. Un planeo de pensamiento para asir el tema, rodearlo y acaso dejarlo así. (p. 1)

16 oct. Miércoles.–

Ayer de tarde me comunicó por teléfono Sánchez Fontans que obtuvo ya de Salterain Herrera el volumen de Goethe traducido por Bécquer. [...] (p.2)

19 oct. Sábado

Ayer, durante un instante en que pude quedarme solo, anoté las dos primeras páginas del “Hamlet”.

Contento con la idea de poder realizarlo. Me interesa bastante lo que pienso de esa obra.

Algo le expliqué a Guillot, el otro día, a quien le interesó mucho. Sobre todo a partir de la consideración de la Sombra y los tres valores. Veré de poder continuarlo el sábado a la tarde –hoy– a última hora, o mañana domingo.

[...] (p. 3)

Martes 22

El domingo recorrimos en Platero, los caminos que corren entre viñedos e inefables conjuntos arbolados desde el Campo de Aviación Civil hasta Colón.

[...]

Redacté con dificultad y con placer, algunas carillas sobre “Hamlet”.

En la mañana del domingo recogí a Ángel y paseamos por el Prado. Me comunicó su proyecto de una revista de la Facultad de Humanidades. Me adherí a él. (p.4)

Jueves 24, oct.

[...]

¹ *Hamlet and His Problems* (1919), ensayo de T. S. Eliot.

Ayer estuvo Leandro que siguió trabajando la viga para nuestra casa. Nos contó del anuncio de matrimonio entre Orfila Bardesio y Denis². Nos resultó casi inexplicable. (Pero... casi no conocemos a Orfila). Probablemente fecundo –literariamente– para Denis... probablemente funesto para ella.

Anoté algo más sobre “Hamlet”. Con satisfacción. (p.4)

A las 24

Hace unos momentos dejamos en su casa a Daniel Vidart y a Novis, su señora (casaron hace 2 meses).

La emoción experimentada fue extraña. Daniel me dio entonces su libro, puesto a la venta hace dos días. Inexplicable. Se titula *Tomás Berreta. Apología de la acción*. Me cuesta tanto ligar al Vidart de ahora con el joven alocado y de versos violentos y novísimos que iba a cenar frankfurters en la tertulia de Cunha (donde los sacaba fríos de su gran cartera de estudiante).

[...] (p. 5 – 6)

Sábado

Tengo ahora mucha necesidad de lectura. Es algo que suele ocurrirme en ciertos períodos. Leo apresuradamente (y con provecho) novelas, obras de imaginación. Es eso, afortunadamente, lo que me permite mantener algún contacto con la literatura universal y me proporciona el material que luego en los momentos en que se me produce la consabida fatiga para con esos libros y vuelvo a preferir la crítica, la meditación, se elabora. (p. 6 – 7)

Nov. 18, lunes

Anoche, lectura de Eliot. El artículo sobre el sentido de la crítica en el tomo I.

Pensé como otras veces, en escribir un artículo que tendiera a promover esta cuestión: si es cierto que las letras –aquí y ahora– padecen una cierta decadencia; si ello se debe, como creo, a la carencia de un sentido de tradición.

Recordar, también, la conversación con Rama y cómo la poesía de Jean Cocteau puede deber su influencia a maneras de predominio no literario. De ahí la necesidad de escudriñarnos en busca de una tradición. Saber limitar la ambición. La carrera de la originalidad: ¡cuidado! La singularidad igual aparece si vale la pena el escritor... es nimio querer singularizarse por minucias que solo bordean, pero no constituyen el hecho literario.

Podría tratarse de un artículo llamado ¿Un clasicismo necesario?

Como otro punto de partida para esa forma de clasicismo: el arte como una derivación de la vida maternal, o como una natural derivación de la vida, y no como una excrecencia artificiosa. (p. 9 – 10)

2 Orfila Bardesio (poeta, 1922 – 2009) y Carlos Denis Molina (dramaturgo, 1918 – 1983).

Diciembre.– Domingo 1

Días pasados algunas páginas sobre “Hamlet”. Ocupados, sobre todo, por detalles de la construcción de nuestra casa. [...] (p. 11)

Domingo 8

Lecturas de *Histoire du Surréalisme* de Nadeau. Confirmación, allí, de algunas de las opiniones que –aventuradamente en parte– lanzaba yo en “Poesía y Magia”. Libro ágil, interesante, muy documentado y útil. (p. 12 – 13)

Jueves 12

Hoy de tarde conversación interesante, en el café y luego en casa de Arregui, con Arregui y con Mauricio Müller a propósito de nuestro propio desconcierto creador.

Volvió a aparecerme la idea de que una de las causas fundamentales de este desconcierto pueda ser que la crisis sufrida por el concepto “Arte”, que ahora solo admite ser pensado, por muchos de nosotros, como algo en pureza; mientras que hasta no hace mucho fue una pureza que no la comprendía sino ligada con todo lo artístico y no artístico. Vale decir, como una temperatura que era posible infundir al mundo de las representaciones, y que arrastraba, muy naturalmente, también lo no artístico (lo moral, lo científico, los valores de x órdenes).

Esto debe verse ligado a lo que escribí en las páginas 9 – 10. (p. 14 – 15)

18 – miércoles

Ayer, lectura de Rama –Ángel– de dos capítulos de “Arte y magia” con el propósito de que me observara detalles a trabajar. Oribe me pidió un fragmento del libro para la revista de la Facultad de Humanidades y pensé en los capítulos que se refieren a la metáfora. Tengo que hablar con Oribe para saber de la extensión que debe tener.

No dejaría de ser saludable que la publicación, primeramente fragmentaria, y luego de conjunto, de “Arte y Magia”, me liberara del lastre que esta obra significa para mí. Ya empiezo a necesitar de cierta libertad para Bécquer, para *Hamlet*, para otros temas que merecen y necesitan desde hace un tiempo desarrollo.

Por otra parte los temas de “Arte y magia” me interesan ya de modo que diría constitucional, vale decir que aún sin pensar en el libro propiamente dicho, sigo aún esos temas. Ello permitiría, luego de publicado, ampliaciones y desarrollos interesantes.

(p. 16 – 17)

Lunes 22.– De novelar

Casi axioma. Probado. Escribir como si fueran ya conocidos los personajes y relatar, simplemente una escena –que no tiene por qué ser central ni muy dominante donde los personajes estén actuando con la preocupación, en ellos habitual, de no herir o de defenderse del que tienen adelante. (p. 17)

1947

Febrero 11

Hasta hoy poco que anotar. *El último puritano*³, Simmel (Cultura femenina), Munford, Andreiev, fueron mis compañeros de estos últimos días, pero hay una preocupación incesante y casi obsesiva que se mantiene: la construcción de nuestra casa. Hemos estado aprendiendo oficios y controlando detalles diariamente a lo largo de meses. Y falta aún. Pero creo que el solo hecho de vivir solos y olvidar este barrio, merece todo este tumulto que estuvimos y estamos aún viviendo.

Todo mi trabajo detenido y no puedo ni pensar en él. Si lo hago me sobrecoge una angustia que con nada puedo paliar. Seguir en este vértigo es el único modo de soportarlo. (p. 20)

19 marzo

Comenzadas ya las clases, y sin terminar todavía nuestra casa. Ahora nos es muy difícil ocuparnos de ella. A mí, sobre todo, me es especialmente difícil porque siento la necesidad de entrar en el ritmo de los cursos.

Y mientras tanto, todo mi otro trabajo detenido. El *Bécquer* ya está anunciado, y todavía no encaramos siquiera la parte importante de su estudio. Minye tampoco ha podido trabajar en nada. (p. 21 – 22)

20 marzo

Ayer lectura interrumpida y breve del Manifiesto del Partido Comunista. Tuve la impresión de moverme entre una selva de paralogismos. Hasta llegué a pensar –a sentir– si acaso la claridad con que aparece la lucha de clases no será consecuencia de la labor de Marx. Observando la Historia desde su momento, vio un gran panorama de luchas de clases. Esa oposición o combate ¿es evidente e indiscutible en Grecia –a pesar de los ilotas– en la Edad Media –a pesar de los siervos? (p.22)

27 de marzo

Estoy trabajando bien en las clases. Me siento en buena disposición. Escribí unas líneas de un posible cuento: “El Eco”, con un tema hace tiempo anotado. El

3 *The Last Puritan: a memoir in the form of a novel* (1935), de George Santayana.

cuento es de difícil ejecución, porque el tema que yo tengo anotado consiste en una sola situación, fundamentalmente dramática, pero en cierta manera independiente, y no puedo limitarme a narrar tal situación porque ella sola no permitiría al lector ubicarse en el clima necesario. El problema que se me plantea es pues el imaginar otras situaciones preparatorias, que inserten al lector en el mundo de fantasía y recién entonces darle la última escena que es la eficaz –encuentro del hijo con su madre.

Mañana quedará probablemente terminado el interior de nuestra casa. La próxima semana –Turismo– nos instalaremos en ella; al menos instalaremos las bibliotecas que es lo que más me preocupa.

Estamos viviendo –socialmente, económicamente, en una época caótica–. Las huelgas y los cierres patronales, sobre todo este que padecemos, de la construcción, se amplifican con todas las características de significar futuros movimientos más graves. (p. 22 – 24)

Sábado 29 de marzo

Vengo de la última clase anterior a Turismo. Minye no está. Fue, con sus padres a Mangaripé, a llevar unas maderas para la biblioteca y a limpiar algo.

Reviso un cuento, sin saber continuarlo. Me dispongo a leer la revista publicada por Rama: “Clinamen”⁴. (p. 24)

Lunes (31 de marzo)

Durante la semana que terminó mudamos a Punta Gorda casi todas nuestras cosas, inclusive la máquina (“La Galatea”) que nos demandó un día de mucho esfuerzo. Esta semana nos mudaremos casi seguramente de manera definitiva. Aún nos tienen que pulir los pisos. (p. 24 – 25)

Miércoles 9 abril

[...]

Reviso para Rama, pero con mala fortuna, mi “Hamlet”. Vuelvo a él. (p. 25)

Jueves 10

Ayer: reordenación del “Hamlet”. Quedan correcciones y ampliaciones que hacer pero que solo puedo realizar al copiar nuevamente.

[...] (p. 25)

4 El primer número de la revista “Clinamen” salió en Marzo – Abril 1947. La revista era editada por Estudiantes de la Facultad de Humanidades y Ciencias, con dirección de Víctor Bacchetta, Manuel Claps, Ángel Rama e Ida Vitale. Redactor responsable: Ángel Rama. El primer número incluyó cuatro sonetos de Ida Vitale, un estudio de los “nocturnos” de Parra del Riego, de Idea Vilariño, y la reseña de *El mito y el logos*, de Emilio Oribe, por Manuel Claps, entre otros.

Jueves, 20 y 20

Una página más para “El Eco”. Lectura de Stapper: *Études sur Goethe*. (p. 26)

14 abril, lunes⁵

Por primera vez, amanecemos en Carrasco. La noche, espléndida detrás de las ventanas. La lámpara que arde junto a mí me impide ahora ver las barras del día sobre los eucaliptos del lado de Playa Verde.

Los sonidos más claros son ahora gallos lejanos que se pierden en inverosímiles cadenas de ecos. Deben estar muy lejos realmente, porque se oye con claridad el ruido del ómnibus que pasa por Avenida Italia – a más de cuatro cuadras.

Ya distingo ahora, la línea de los árboles al Este.

Siento una alegría profunda y serena por hallarme aquí. Este ambiente grande que es la biblioteca –donde ahora escribo– parece, con su amplitud ordenada y un poco severa – muy de mi gusto– plenamente lleno de nuestra presencia. Sé dormida, en la otra pieza, a Minye –cobijada y serena ella también. Y la plenitud del día naciente acechándome desde el ventanal y haciendo inútil, paulatinamente, a mi lámpara. (p. 27 – 28)

Miércoles 16 – abril

Poco que anotar. Hoy creo que no veré el amanecer como los días pasados. Hay aire de tormenta. En el estanquecito se oye cantar, por momentos, alguna rana.

Ahora ya debo empeñarme, con mayor esfuerzo, por continuar lo comenzado: “Bécquer”, “Arte y Magia”. Las clases me dejan demasiado poco tiempo, pero, de todas maneras, debo comenzar a redactar algo cada día sobre esas obras.

Debo comunicarme con Á. Rama con ese fin (organizar *Bécquer*). (p. 28)

Sábado 19

Ayer estuvieron Rama (Ángel), mis padres y Elisa, mi tía. Fue una reunión heterogénea, deshilvanada. Yo había invitado a Rama para concertar con él el comienzo del trabajo sobre Bécquer. Quedamos en que volvería el lunes con ese objeto.

Mientras tanto trataré de terminar el “Hamlet”, que me está llevando ya acaso demasiado tiempo. Es cierto que puedo trabajar todavía demasiado poco, y no me rinden mucho las pocas horas que dedico al trabajo. Me falta algo de la concentración que antes me hacía tan estimables estas horas de la mañana.

Pero de todos modos siento ahora que el trabajo tiende a organizarse. Apenas termine con “Hamlet” comenzaré, paralelamente, el *Bécquer* y “Arte y Magia”. “Hamlet” me servirá de ensayo preparatorio. (p. 28 – 29)

⁵ Entrada marcada con una cruz de color rojo en el original.

Domingo 20⁶

Hace un momento comenzó el amanecer, y tuve que interrumpir mi trabajo (Nueva redacción del “Hamlet”) para ver un amanecer increíble. Emergiendo de una masa grisácea, blanquecina, y de matices levemente azulados, aparecían, junto a la ventana, las siluetas de los álamos que ya comienzan a perder sus hojas. La duna de enfrente, amortiguados los colores por la niebla y el amanecer, era una baja mole fantástica bordeada, arriba y a lo lejos, por los árboles apenas verosímiles del monte cercano. Hace menos lóbrega la escena, el canto de los pájaros en el monte de al lado. La calle brillaba empapada de rocío. En medio de la arena del jardín brillaban las losas cuadradas del caminito de entrada. Hasta las últimas ramas de los álamos –son jóvenes, bajos– están inmóviles.

Ya es día. Desde aquí me sería imposible distinguir una persona a 100 metros. Cantan los gallos.

La lámpara va haciendo vieja e inútil su luz. (p. 30 – 31)

Lunes 21

Ayer, día familiar. Estuvieron los Berenguer y los Galceran (Quique y Marita con María). De mañana trabajé, con provecho algo del “Hamlet”. De tarde, cansancio y desorientación. Caminamos unos kilómetros por los campos que terminan aquí. Nos acostamos temprano, pero, de todos modos, no pude hacer caso al despertador. Me levanté a las 6 y media. Ya comenzaba el amanecer. Diferente.

Ahora algo de “Hamlet”. (p. 31)

Martes 22

Ayer de tarde, visita de Rama. Lo traje del centro en “Platero”. Conversamos de su revista (“Clinamen”). Luego trabajamos. Con increíble paciencia reproducimos el texto de Schneider⁷ del microfilm mediante una lectura al microscopio, que fue muy incómoda pero nos libró de un viaje –o varios– con la máquina, al centro. Me comprometí a tenerle pronto, en más o menos una semana, el “Hamlet” y algo nuevo sobre Bécquer.

[...] (p. 32 – 33)

Jueves 24.– (abril)

Los últimos días no pude madrugar. Consecuencia: ningún adelanto en el trabajo. Debo tratar de reorganizarme en vista a otro horario ya que no puedo cumplir éste. Tendré que quedarme trabajando de noche. O, antes, intentar un mayor esfuerzo de voluntad.

Ya tengo que salir. Mañana perdida. Veremos esta noche. (p. 33)

⁶ Entrada también marcada con una cruz roja.

⁷ F. Schneider. “Tablas cronológicas”, en “Revista de Filología española”, tomo XVI, 1929.

Martes 29 – abril

Trabajo sobre Bécquer. Su “Teoría del arte” –con cierta fortuna. Hoy estoy trabajando desde temprano y se me ofrece un hermoso amanecer. Sobre el cielo apenas coloreado de pálido nácar, cruza una barra horizontal violácea y graciosa. Trabajo con lámparas de kerosene.

Leí el trabajo de Ibáñez sobre Bécquer⁸, nuevamente. Tuve una mala impresión. Lo hallé infantil y externo. Injustificadas preocupaciones formales lo acercan a lo cursi. No desentraña lo esencial, prefiere adjetivarlo. Eso es limitador y peligroso. Además su estudio de la poesía se limita, con abrumadora frecuencia, a la paráfrasis. (p. 34)

Sábado 3 de mayo

Seguí trabajando sobre Bécquer. Quedó sin terminar mi trabajo sobre “Hamlet” que debo entregarle sin embargo a Rama dentro de muy poco tiempo. El análisis de la escena entre Hamlet y la madre, que me resulta muy difícil, me detuvo. Es muy poco lo que le falta.

El trabajo sobre Bécquer está siendo realizado con cierta felicidad. No muy contento de él, pero regularmente satisfecho. Espero tener pronto, para dentro de una semana, todo el capítulo sobre su “Teoría del arte”.

Maravillado de Punta Gorda. Anoche la luna convertía nuestra casa y los terrenos cercanos en mundo ideal. Minye se está sintiendo mejor y alegre. Piensa un poema sobre Leda⁹ desde hace días pero no lo ha comenzado aún. Por las noches, solemos jugar un partido de ajedrez.

Yo leo, por momentos, y además de la preparación de las clases (Homero, Tragedia, Aristóteles, Sófocles), *La física nueva y los cuantas* de Louis de Broglie, pero necesito una física clásica buena para poder manejar mejor. (p. 35 – 36)

Domingo 4 de mayo

Ayer, cuando volví, estaban mis padres, mis tías y mis suegros. Minye, en la cama. Mi suegro ya hacía proyectos de traer unas camas al garaje para poder quedarse allí. Es curioso cómo actúan por impulso y no por razón. Hicimos la casa porque ni yo ni él nos podíamos tolerar viviendo juntos. Apenas nos separamos nos sentimos mejor. Sin malhumor, y serenos, entonces, piensan en venir a pasar días aquí, lo que significará, seguramente, nuevos choques y más violencia aún. Además, seguramente pensarán en venir a pasar los veranos. Ello inutilizará el garaje como garaje y como imprenta. Tengo que explicar esto a Minye. No porque no los quiera, sino porque los quiero más si no estamos todo el día juntos. Además, todo lo que yo deseo estar ahora en casa se me convertirá en deseo de irme. Veremos.

8 “Gustavo Adolfo Bécquer”, de Roberto Ibáñez, en “Ensayos” N° 7, enero de 1937.

9 “Leda”, se publicará en “Marcha”, N° 508, 16 de diciembre de 1949.

Todo eso me molesta mucho. *¿Será imposible que uno pueda lograr el estilo de vida que siente como propio?*

Yo pensaba que Minye se construiría a sí misma algo al ser dueña de su casa. Me resulta intolerable que abandone ese lugar para que lo ocupe su madre. (p. 36 – 37)

7 de mayo

La dicha es para todos fugitiva, momentánea. Apenas puede lograrse por instantes que dejan un regusto de nostalgia. Yo quiero hacer mi vida, quisiera a Minye capaz de hacer la suya. Me asusta su debilidad que la hace entregarse, huir, en cierto modo de todo lo que la exija ser ella misma. (p. 38)

10 de mayo – 1947

Hoy es aniversario de nuestro casamiento. Se cumplen 3 años: 10 de mayo de 1944. Ayer estuvieron a visitarnos los Arregui. Vinieron conmigo del Centro a las 5 y mantuvimos una animada conversación hasta que los acompañamos al ómnibus, a las 11. Lo fundamental de la tarde fue la lectura de un cuento de Mario: “Tormenta en los cerros”¹⁰. La discusión fue prolongada, porque él cometió un extraño error de falta de economía. El cuento, como concepción, y aun como ejecución parcial y detallada es muy bueno, pero el casi milagroso suceso central es de tal carácter que Mario sintió la necesidad de justificarlo y de darle toda su grandeza mediante un análisis del alma de su personaje que es enorme en comparación con la acción y que no resulta trabado a la misma. Parece como si en el cuento se emplearan dos lenguajes que no se corresponden.

Arregui se siente mortificado por la idea de tener que suprimir eso, donde, según él lo entiende: se juega entero, mientras que no lo hace, en otros pasajes.

Creo que Mario se equivoca al pensar que todo eso debe ser enunciado. Lo grande del personaje es que el personaje sea, no que sea explicado, y Mario lo olvidó. Él intentó motivar sus actos de manera casi conceptual, y eso es imposible, así el personaje queda motivado, pero por muy poco de lo que dice, de manera que sobran muchas páginas.

Nos lo dejó para releer. (p. 38 – 40)

Miércoles 14

El lunes, por la tarde, llega Rama, que tiene ya estructurada buena parte de su labor en el Bécquer. Hizo observaciones de importancia. [...]

¹⁰ “Tormenta en los cerros”, cuento inédito de Mario Arregui conservado en manuscrito en Archivo Arregui. (E – mail de V. Arregui, 22/5/2011). Más adelante Díaz se referirá a un fragmento del mismo del que se informa en nota 45 de este cuaderno.

Luego, cenamos con los Arregui en una cantina y terminamos la noche en el “Metro”¹¹ con los Arregui y Caprario¹².

Largas discusiones sobre el cuento de Mario.
[...] (p. 41)

19 de mayo

Luego de infructuosas tentativas para lograr un trabajo regular y fecundo por las mañanas, comienzo a escribir de tarde. En rigor no comienzo a escribir, sino a habituarme a trabajar a esta hora. Por hoy lecturas, resúmenes, y esta breve anotación. Imposible la primera vez, ponerme realmente a trabajar.

[...] (p. 41 – 43)

22 – jueves

Segunda mañana consecutiva de trabajo. El esfuerzo de la otra noche fue infructuoso, por lo que ayer comencé a trabajar de mañana. [...] (p. 45)

25 mayo – Domingo

Molesto por el trabajo que tengo que hacer para Secundaria: corrección de escritos. Ayer visita a Castellanos que está enfermo desde el domingo pasado. Algo grave: según pienso temo que sean úlceras (tuvo vómito de sangre). Él tiene todavía esperanza de que sea el hígado.

Me preocupan los trabajos interrumpidos y me hacen vivir a disgusto. “Hamlet”, todavía sin entregar, “Arte y magia” detenido, muy pocos progresos en “Bécquer”, la promesa de una conferencia sobre Herrera y Reissig para una sociedad franco uruguaya.

Y estoy obligado a pensar, sobre todo, en corregir escritos. (p. 46)

26, lunes

Ayer, domingo, excitado, muy molesto. A última hora, antes de acostarme, pude trabajar algo “Hamlet”. Me cuesta un trabajo desproporcionado con la importancia del ensayo. (p. 46)

11 Junto al café Libertad, el café Metro constituía el epicentro de las peñas literarias de los cuarenta. Allí se encontraban, a veces unos, a veces otros, Juan Carlos Onetti, Mario Arregui, Carlos Martínez Moreno, Líber Falco, Pedro Picatto, Paco Espinola, Diego, Carlos y Maneco Flores Mora, Carlos Maggi, José Pedro Díaz, el Indio Larriera, Casto Canel, Domingo Bordoli, Carlos Denis Molina, Homero Alsina Thevenet, Tola Invernizzi, Roberto Ares Pons, Cabrerita, Parrilla, Gómez Rincón, Luis Cuesta, Mario Rodríguez Gil, Tomy Merlis y otros. A ella se incorporó posteriormente José Bergamín. (Michelena, A., *Montevideo: historias de gentes, reuniones y lugares*; Domínguez, C. M., ob.cit.; Silva Vila, M. I., ob. cit.; Rocca, P. edit, *Montevideo: altillos, cafés, literatura*).

12 Guillermo Caprario, profesor de inglés. “Tenía varios años más que nosotros y era un oriental que cultivaba el estilo británico, como el té que tomaba pero la formalidad no llegaba a embozarle cierta cualidad eufórica de su carácter...”, recuerda María Inés Silva Vila en *45 x 1*, “Fernando Pereda y el gobernador de Kamina”.

Martes 27

Me queda poco tiempo para trabajar antes de ir a las clases. (p. 47)

Miércoles 28

Debo conformarme con trabajar mucho menos de lo que creía posible. Las veintinueve clases semanales que dicto me agotan. No puedo robar horas al sueño ni de mañana ni de tarde. Sólo me resta hacer lo posible para aprovechar mis pocas horas libres. Así, muy de a poco, podré, sin duda, trabajar algo. Pero muy de a poco. (p. 47)

Jueves 29

Ayer visita a Castellanos. Incomprensiblemente, está ya levantado. Todavía no se pudo dar el diagnóstico pero ha mejorado mucho.

De tarde visita a Guillot. También gran alegría. Es muy sensible su mejoría. (p. 47)

Viernes 30

Hoy por fin nos quedamos en casa, de la que faltamos dos días desde la mañana a la noche.

Tengo trabajo más o menos organizado. Voy a dar por terminado el “Hamlet” con algunas correcciones. El trabajo complementario que con él me proponía hacer –la evolución de la figura en las diferentes versiones– lo dejaré para que constituya un apéndice posteriormente, al recogerlo con algunos otros ensayos literarios. (p. 48)

Domingo 1º de junio

Otro domingo en que no pudimos vivir para nosotros. Colocación del césped en una parte del jardín del frente. Corrección de algunos escritos para Secundaria. Luego de noche, posiblemente revisión del “Hamlet”. Después, biografía de Bécquer. (p. 48)

Viernes 6 de junio. A la noche.

Pulieron los pisos. Gracias a ello, reorganización de la biblioteca. Distribuidas ya casi todas las secciones –en la biblioteca que ahora tengo a mi espalda– menos lo español y lo americano que irá en las que todavía no terminé.

Ayer, lectura, por primera vez, de Charles du Bos: *Extractos del diario*¹³. Desconforme por mí. Son libros que nos exigen parte de lo mejor, y si no dispo-

¹³ *Extractos de un diario*, de Charles du Bos, fue publicado en 1947 por Emecé con prólogo de Eduardo Mallea. Será comentado por Mario Benedetti en “Marcha”, N° 416, el 6 de febrero de 1948.

nemos de ello en el momento en que los leemos, quedamos defraudados por nosotros mismos.

Nuevas lecturas de Du Bos. Leo en voz alta a Minye. Una página sobre Bach. Sus palabras ubicándolo fuera casi de lo humano, en la línea que le indican, el pensamiento de Valéry, Mallarmé (más lo que se dice de él que su obra). Nos impresionó fuertemente. Era la expresión de algunas de las devociones, realizadas en el tomo que más amamos.

Fatalidad de la literatura. Recuerdo, a propósito de las páginas que leí de Du Bos sobre Flaubert, el pensamiento de Valéry, en su librito *Littératures*, que la poesía solo valga si encuentra alguien en quien resonar. (Había escrito, por lapsus, *razonar*, y también es cierto, en medida más precisa = sin ese razonamiento que multiplica, proyecta o nos injerta en nosotros mismos la literatura de otros)

A propósito de las letras, más que en cosa alguna, ¡qué posibilidades infinitas de vulgaridad y superficialidad y casi confundiéndose con los sesgos valiosos! Cualquiera cree tener derecho a entender cualquier afirmación, cualquier juicio o razonamiento, cualquier apreciación o comparación, como si en ello fuera la reputación de su inteligencia. Pocos, sin embargo, dejan de sentir su inadecuación al lenguaje del hombre de ciencia, aun cuando no manipule fórmulas.

De todos los estados del espíritu, se sentiría como si la república de las letras fuera la más trillada por truhanes y vagabundos de toda especie. En ella es donde hay más juglares de feria y vendedores ambulantes, y donde tanto se atiende al médico como al curandero. (p. 49 – 51)

Martes 10 de junio

El sábado pasado, leí a Bordoli, en el Café Sportman, el trabajo sobre “Hamlet”. En general la lectura fue muy incómoda, con una radio que gritaba cerca de nosotros. Participa de mis observaciones. Cree que es cierto cuanto digo. Me hizo algunas observaciones que anoto para tener en cuenta; evitar los subtítulos; evitar las ordenaciones a) b) etc. Y los esquematismos. Evitar la definición del tipo introvertido y la cita de Jung. Terminar observando que está probado –contra Eliot– que Hamlet no es un fracaso artístico. (Por obvio yo quería omitir esto).

Ver de impedir que el estilo se me “desparrame”.

[...] (p. 52 – 53)

Miércoles 11 junio

[...]

Ya di a Llambías¹⁴ el título de la conferencia para el ciclo de acercamiento franco–uruguayo: “Contactos entre Julio Herrera y Reissig y la lírica francesa”. Me propongo mostrar, allí, además de ciertos análisis de detalle, el proceso de

14 Alfonso Llambías de Azevedo(1911 – 1979). Ensayista y poeta, director del Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias.

descubrimiento de sí propio que pudo realizar Herrera merced a la lírica francesa. Hallazgo, según imagino, de una íntima y americana forma de barroco que tuvo que buscar ahincadamente en tradiciones extranjeras porque carecemos de tradición propia. Ello se halla vinculado también, naturalmente, al proceso del modernismo general y al problema (pseudoproblema) de la americanidad del modernismo. La fecha tendrá que ser posterior a las vacaciones de julio, porque la conferencia tendría que ser redactada en ese período. (p. 53 – 54)

Viernes 13 junio

Ya he terminado el trabajo más agobiador de Secundaria. Y podré ocuparme, por lo tanto, algo más de lo que me es más personal: ahora, Bécquer y, con premura, la conferencia sobre Herrera y Reissig.

[...] (p. 54 – 55)

Lunes 16 de junio

Comienzo a trabajar con cierta regularidad –la que las clases me permiten– en *Bécquer*, cuya semblanza biográfica creo poder tener terminada más o menos en una semana. Comenzará entonces la labor más interesante, de crítica.

Retiré esta mañana de librería una importante edición crítica de las *Rimas*, de Monner Sanz¹⁵. Desde el punto de vista editorial es peligrosa, porque es signo que presagia una publicación de M.S. sobre Bécquer. En otro sentido, es desalentadora –juízo, irresponsablemente, sin haber hecho otra cosa que hojearla– porque la crítica sobre Bécquer parece haberse orientado, sistemáticamente, en dos direcciones, y ambas erróneas: o la liviana y literaria interpretación, irresponsable y de pasión de poca calidad; o la observación cuidadosa de problemas de segundo orden, determinación de influencias sobre todo.

Poca labor intensa que aúne ambas direcciones, vale decir, la cuidadosa observación con la recreación del clima espiritual del poeta. (p. 55 – 56)

Sábado 21 junio 1947

Durante esta semana trabajé, con mucho provecho, en la biografía de Bécquer que integrará el primer capítulo del libro. Ahora, este trabajo me apasiona. Aunque me cuido de interferir la redacción de la biografía con figuraciones de mi fantasía, o por eso mismo, creo que la fisonomía del poeta va emergiendo, lenta pero separadamente, de la humana en que yo lo veía hundido.

Por la noche. Esta tarde, por primera vez desde que inicié el estudio de la biografía de Bécquer, releo la *Introducción Sinfónica*. ¡Cuánta desolación, cuánta humildad y angustia vi ahora, que antes no había sentido! Repasé además, con mucha mayor sensibilidad, en alguna referencia a su debilidad física y a una noción casi impersonal del genio que lo habita y que aparece muy insistentemente

¹⁵ *Rimas y otras páginas*, (1947), de J. M. Monner Sanz.

en su obra (¡Estas ansias divinas me dicen que yo llevo algo divino aquí dentro!, escribía ya en su rima). (p. 56 – 57)

Miércoles 25 junio

El trabajo que estamos realizando sobre Bécquer nos espanta como muestra de lo que los españoles no saben hacer. Es increíble que la crítica española, que con cierta modernidad, sin embargo, se ha estado ocupando de él, haya hecho todo tan mal. Haya dejado en un olvido tan confuso a su mejor poeta del siglo XIX.

Estamos aclarando en nuestro trabajo lo que hace años debieran haber hecho en Madrid. (p. 57)

27 junio

Varios días casi vacíos [...]

Esta mañana (viernes = toda la mañana en casa) el trabajo sobre Bécquer no adelantó nada casi. Sorprendido y confundido por contradicción entre varios testimonios que no me dejan ver ni relativamente claro lo que ocurre entre 1856 y 1861. Presumo que varias páginas ya escritas quedan de pronto inutilizadas. Esto me angustia, me impide seguir el trabajo con la energía necesaria.

Además, otras angustias: política – sociedad. Ya anotaré. (p. 58)

5 julio – Sábado¹⁶

Último día de clase antes de las vacaciones. Sensación moral de despejo y tranquilidad. Además, buenas aptitudes para el trabajo. Las últimas semanas trabajé casi regularmente sobre *Bécquer*. Entiéndase: en los momentos libres, entre preparación de clases, etc.

Ayer estuvo en casa Silvio Frugone. Piensa prepararse para un concurso y me pide consejo y bibliografía. Interesante conversación. Es católico. Fue la primera vez que hablamos –Minye y yo– con un católico de tal amplitud de [¿?], de esa inteligencia. Soportó todas mis tonterías al respecto con claridad y buen juicio.

En cuanto a *Bécquer* faltan pocos días para que pueda terminar esta segunda redacción, metódica y rigurosa –en el plano de los datos– de su biografía. Ello me permitirá ponerme a la labor, más creadora, de la crítica propiamente dicha.

Estos días, lectura de André Maurois: *Aspectos de la biografía*, demasiado liviano, y de Charlotte Bühler, *El curso de la vida humana como problema psicológico*; sugestivo, informado, lleno de posibilidades. (p. 59 – 60)

¹⁶ El 4 de julio llegó a Montevideo el poeta León Felipe y dictó en la Universidad la conferencia “¿Quién soy yo?”, “Marcha”; N° 387, 11 de julio de 1947. Para el Diario pasó desapercibido.

6 julio – Domingo¹⁷

Primer día de vacaciones. De mañana perezoso, me levanté tarde, a las 10. Me prometía unas horas de trabajo sobre *Bécquer*. Llegaron de visita Raúl y Blanca con la nena. Conversación dispersa. Pienso en la vida de Raúl como en una vida que va perdiendo, poco a poco, finalidad. Arrastrado por la profesión. Excesivamente dispuesto a ser en el sentido en que la sociedad lo solicite, y con una forma de reserva poco hábil que no es suficiente para salvarlo. Sus preocupaciones artísticas son permanentes: hizo dibujo y escultura durante años y hasta hoy, aunque con intermitencia y desorden. Poco elaborado, se detiene en los problemas más elementales y con frecuencia problematiza mal. No hay bastante desdén por lo superfluo: O la forma de desdén que se inventó para lo superfluo se le extiende, de insidiosa manera, sobre lo que no lo es. Eso le impide dar a la vida seriedad.

Vida parecida –en otro plano– a la de Carlos¹⁸. Una forma de orgullo primordial le impide ceder en nada. Entonces logra éxitos. Difícil es saber si los valora. Si se entrega a algunas formas de la labor como para quedar allí. Sus clases –éxito del concurso, límite de trabajo: 24 horas– sus críticas en la creación bibliográfica, su secretaría del Colegio de Abogados, su carrera universitaria –doctorado en leyes– que no se interrumpe, sus publicaciones.

Siente –creo– su vida, como lograda, y con un regusto amargo.

Creo que su defecto físico –es cojo– explica en algo su necesidad de esa forma de triunfo. Curioso: cuanto más tiempo, más vana, la vida.

¿No es otra forma más plena, la de la lenta elaboración del propio ser, casi secreta? Imagino la vida – la mía, la de Minye– como una dudosa, oscilante, permanente búsqueda, de la que son pruebas y fragmentarios frutos lo que *mientras* se va haciendo. Pero para adentro. Siempre, la vida exterior menor que la interior. Que la exterior sea una “tarjeta de visita”. Luego, acaso, azarosamente, algo que permita ver, que ilumine, con luz opalina pero segura, plena; no brillante, sino madura, todo el pasado, y deja entrever una curva rica, más rica de lo que se pudo sospechar, y como encapullada en formas exteriores humildes. Nada que defraude y todo que sorprenda. (p. 60 – 62)

Lunes 14 julio

La primera semana de vacaciones me permitió descansar realmente. Paseamos, escribimos algo, tenemos ya armada la Galatea, leí los dos primeros volúmenes de *Verano de 1914* de Martin du Gard¹⁹. Maravillado. El trabajo sobre *Bécquer* adelantó algo...

Sin embargo una impresión de frustrado, de incompleto o descaminado, perdura. Es, probablemente, mi experiencia más permanente y angustiosa. ¿Acaso lo

17 Entrada parcialmente incluida en “Presente Perdido”.

18 Carlos Rama, hermano de Ángel.

19 *Verano de 1914*(1936) y *Epílogo* (1940), son los dos últimos libros de la saga de “Los Thibault”.

que sé observar tan bien en los demás me ocurre a mí mismo? ¿Acaso yo también estoy hurtando a mi vida el *compromiso* fundamental? ¿Qué debo hacer? ¿Qué es mi ambición más secreta? No puedo siquiera formulármela con claridad. Si de otro modo fuese, acaso pudiera lanzar todas mis energías por ese camino y descansar. Pero, no sé tampoco bien lo que deseo, y tengo, a pesar de ello, la impresión permanente de que todo cuanto hago es *por ahora, mientras tanto*. ¿Mientras tanto qué? ¿Qué es lo que espero? En una cierta medida tengo la impresión de que lo que espero es *volver atrás*. Pero eso no es posible. Oscuramente siento como si casi todas las respuestas estuvieran acechándome desde la novela que tengo inconclusa. Probablemente también eso es otra pregunta más. Porque solo puede ser respuesta una actitud que yo tenga en el futuro, no aquí, ni antes. (p. 62 – 63)

Martes 15 julio

Hoy terminé el *Verano de 1914* de R. Martin du Gard. Profundísima impresión. Maravillado, además, de la estructuración de la novela que lleva desde un ámbito de creación artística más o menos pura, a una creciente incorporación de problemas vitales –de lucha en el mejor sentido–. Es la obra de arte recolmando su antigua y poderosa misión de arrastre de todo lo humano. Tengo que tachar. Siento mejor de lo que pienso, sobre Martin du Gard. Hay tantas virtudes, tantos valores, tanta complejidad fundida en un único hálito, en un empuje creador poderoso y sosegado, que es casi imposible anotar nada simple que sea el resumen de mi impresión sobre esta obra. (p. 64)

Miércoles 16 Julio

[...]

De tarde. Continúo la lectura del *Epílogo*. Deseos de escribir una novela –la idea de siempre– que muestre lo que sé de mi generación. Pero pronto advierto cuán vulnerable soy a las influencias. Es la idea de R. Martin du Gard. Entusiasmos prestados, serían.

¿Alguna vez una empresa de ese orden me animará el tiempo suficiente, encenderá en mí el prolongado entusiasmo que una obra así demanda? Sufro, como un estudiante, los entusiasmos que los maestros, los libros leídos en tiempo hurtado a los estudios, provocan. Y creo por un tiempo, mientras leo, y torpemente ingenuo, en una vocación que entonces me improviso.

Con todo, una verificación de importancia: cada vez un sentimiento mayor de la necesaria impureza de la literatura. Vale decir: ya está hecha la experiencia –pero esta experiencia es intelectual, no práctica– del valor mágico de la palabra. Ahora, conocerlo es comprender que debe fundirse con *todo lo demás* –no literatura–. (p. 64 – 66)

Jueves 17

Llegaré tarde a los exámenes. Pero no importa. Anoto: ¿hasta qué punto es inevitable vivir para otros? Una página maravillosa de M. du Gard, Tomo X. Antonio, en el hospital siente que si tuviera un diario desde su juventud sería su vida una cosa más plena, “volumen, peso, contorno, consistencia histórica”. ¿No escribí yo eso en otro lado –el cuaderno anterior– para explicarme la necesidad de llevar este diario? Emplea la palabra *salvar*. Eso es también lo que siento. ¿Quiero salvar en estos cuadernos una forma posible de mi vida? Mi vida quedará aquí ¿para quién – quiénes? (p. 66 – 67)

Viernes 18 de Julio

[...]

Ayer, hermosa tarde: visita de Maneco Flores y de Chacha²⁰. Larga y entusiasta conversación literaria. Luego, con ellos, al centro a ver *El asesinato de papá Noel*²¹. Buena.

Releyendo, ahora, páginas anteriores de este cuaderno me sorprendo por las veces que pensé que el trabajo sobre Bécquer estaría terminado en pocos días. Y aún no está terminada esa biografía, ni se terminó –casi inverosímil– la corrección del pequeño ensayo sobre Hamlet.

Veré de ocuparme ahora de estas cosas. (p. 67)

23 miércoles – Julio

Puedo continuar –una o dos horas por día, con mi Bécquer del que hago algo sobre su poesía. Postergué el fin de la biografía porque me sentía fuera de tono para ese trabajo– más hábil, en cambio, para el análisis y la crítica. (p. 68)

25 viernes Julio

Recibí ayer carta de Arregui con un cuento para “Clinamen”. No es el que yo esperaba, “Noche de San Juan”, que por haber negado hace unos días para “Marcha” no quiere entregar tampoco a “Clinamen”. Prometen venir a Montevideo en los primeros días de agosto.

[...] (p. 68)

Sábado 26 de julio

Asistí ayer de tarde, invitado por Llambías, a una reunión provocada con el fin de realizar un acto de homenaje a Georges Duhamel. De él surgió la idea de que, en el banquete de despedida que se le ofrecerá en el Hotel España, hable yo

20 María Zulema Silva Vila.

21 *L'assassinat du Père Noël*, se conoció en Uruguay como “En una noche de Navidad”, producción francesa dirigida por Christian Jaque. (Véase “Marcha” N° 384, 20 de junio de 1947).

dándole el saludo de los escritores uruguayos. Sentí entonces –sigo sintiendo ahora– muchas cosas confusas: Placer –lo quiero tanto al través de Salavin²² ¡sobre todo!–, disgusto de sentirme fuera de sitio y no representativo. Lo dije. No les importó, y no comprendo eso. También placer por la posibilidad de su alegría si mis palabras –para él anónima(s)– tuviera(n) el tono afectivo que siento necesario. Eso –la voz anónima que lo saluda– es una alegría intensa para un escritor según imagino. También disgusto por la sospecha de un pecado de orgullo que acaso no vi con suficiente claridad y que me impidió ser suficientemente enérgico en la negativa. La literatura socializada es algo que me repugna.

Ahora sólo queda un hecho: la necesidad de decir a Duhamel las palabras afectuosas de un saludo que debe venirme desde mi estallido emocional –allá por el 39, 40– cuando lo leí por primera vez y lo imité en la inconclusa historia del señor Niki. ¿Pero qué difícil intentar expresar el agradecimiento de una emoción tan pura y, por decirlo así, filtrante, desnudadamente humana, en una voz de fraternidad elemental? (p. 69 – 70)

Domingo 27 julio

Día de maravillosa luminosidad. Ayer, sábado, visita de familiares. Hubo de mañana anotación en este cuaderno, luego, lecturas de Duhamel: *Confesión de medianoche* y de Guignebert *Historia antigua del cristianismo*. Ahora veremos de anotar algo sobre Bécquer. No sé si la preocupación del saludo a Duhamel me permitirá hacerlo. (p. 70)

Lunes 28 de julio

Ayer, afortunados hallazgos en [¿?] de tres conferencias de Duhamel, una de ellas sobre su propio ciclo Salavin. Por la mañana le leí un pasaje a Minye, luego fuimos a almorzar con mis padres y a la tarde la seguí leyendo. Muy hermosa y llena de calidades matizadas, finas. Estas pocas palabras que tengo que hilvanar para Duhamel me trastornan como a un colegial que tuviera que recitar “los versos” de la fiesta de fin de año. Veo con claridad la relativa ridiculez de esa actitud, pero la acepto como inevitable, y además como muy mía.

Se anunció una comida que será ofrecida como homenaje a Duhamel por el Pen Club del Uruguay que preside Juana de Ibarbourou y que me hace pensar en la posible inutilidad de toda esta agitación, ya que probablemente un homenaje anule el otro. (p. 71)

Martes 29 Julio

Ayer anoté algo a propósito de Nicolás Niki, el personaje de mi novela inconclusa, “Sesión de música”²³. Vinculaba a éste con Duhamel y su Salavin. Pero

²² Se trata de Louis Salavin, protagonista de la saga *Vie et aventures de Salavin*.

²³ Narración desaparecida.

evidentemente creo que Nicolás Niki tiene de todas maneras una personalidad que acaso sea posible salvar. Él no es un oficinista como Salavin. Accidentalmente sí, y se le parece también en el predominio que lo inconsciente toma en él cuando le hace sentirse “José Santiago Bach”. (p. 72)

Miércoles 30 de julio

Ayer tuvimos una reunión en el Ateneo con Llambías y Pereira Rodríguez²⁴ para concretar algunos detalles sobre el acto a Duhamel. Hicimos una lista de probables asistentes.

Georges D. adelantando la fecha de su llegada estará hoy en Montevideo. Probablemente se adelante también el banquete. (p. 72)

1º de agosto. Viernes

Es el día en que puedo quedarme la mañana en casa. Minye se siente algo mal. Acaso fiebre. Un fuerte catarro y, probablemente, falta de calcio. No vamos a poder asistir, por ello, a la conferencia de Duhamel de esta tarde. La escucharemos por radio. Sí leí, hace un momento el comienzo de *Deux hommes* de D. Un hermoso pasaje descriptivo. (p. 73)

Sábado 2 de agosto

Ayer de tarde escuchamos con Minye, la conferencia de Georges Duhamel. La presentación de Felipe Gil fue casi deplorable. La conferencia de Duhamel, ágil y entretenida, fue sin embargo muy superficial. Era una conferencia de propaganda, de difusión de la cultura francesa. Hablaba vivamente, con entusiasmo, con un fácil dominio de su público. Debió ser, realmente, un gran conferenciante. Luego, su esposa leyó poesía francesa, con hermosas modulaciones. De manera especial “Liberté” de Éluard, cuyo estribillo: “*J’écris ton nom*” no será ya fácil olvidar²⁵. (p. 74)

Martes 5

A propósito de Duhamel: otra vez decepcionado. No sólo la conferencia que dio ayer de tarde en el Liceo Francés, sino por la respuesta que dio a mis palabras de la noche. Yo le hablaba del deber del escritor en nuestro tiempo y él me respondió señalando la necesidad de las alondras en Montevideo.

24 José Pereira Rodríguez (1893 – 1965), crítico y ensayista. Entre otros cargos integraba el Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias.

25 “Liberté”, poema perteneciente a la obra *Poésies et vérités* (1942), de Paul Éluard.

Hubo además algunos episodios muy extraños que no tengo tiempo ahora de anotar pero que anotaré esta tarde. Para no olvidarlo: confesión de Duhamel, promesa de Baroffio²⁶, invitación de Casal²⁷, etc. (p. 74)

Miércoles 6 (agosto)

[...]

Ayer di una copia del discurso a Duhamel a Martínez Monegal²⁸ para “Marcha”, que se publicará el viernes²⁹. (p. 74 – 75)

Jueves 7

En la tarde de ayer fuimos a ver *Phèdre* que la Compañía de Marie Bell representó en el Solís³⁰. Uno de los espectáculos más deplorables de mi experiencia teatral. Tanto por las actitudes de Duhamel como por esta representación lamento que se confirma en mí la creencia de que aún, lamentablemente, desde Europa nos creen todavía indios. Creo que no se sorprenderían más que con un gesto de amable curiosidad mundana, si en el bar del hotel que habitan vieran aparecer un gaucho con botas de potro payando un cielito. Es inexplicable la impudicia de la representación de Racine. Hicieron una horrible *Phèdre* de voz aguardentosa y modales de arrabal. Hippolyte era una figura torpemente femenina. Y los versos, los versos de Racine, era algo que no había más remedio que decir, con toda la rapidez posible mediante la ayuda del apuntador.

Luego de la representación nos encontramos –en la Conaprole de 18 y Convención, donde cenamos– con M. Claps. Conversamos mucho. Está muy bien. Mucho mejor que como acostumbraba estar. Más ágil, más capaz de la comunicación. La publicación de “Clinamen” le está haciendo bien. Nos contamos muchas anécdotas iconoclasticas: es, ahora la otra necesidad inmediata, irse defendiendo de las autoridades autodeterminadas de nuestro ambiente. Sobre él pesaban, creo, con excesiva violencia.

Ahora que terminé el discurso quedo otra vez con mi trabajo desordenado. No sé por dónde empezar, y, además, el trabajo atrasado de mis clases –corrección de escritos– me reclama. *Bécquer* debe continuar y luego, la conferencia sobre Herrera y Reissig. (p. 75 – 76)

26 Orestes Baroffio (1879 – 1963), autor de *Emociones montevidéanas* (1928) y *El espíritu de la ciudad* (1939).

27 Julio J. Casal (1889-1954), poeta y crítico. Dirigió la revista *Alfar*.

28 Persiste el error: es Rodríguez Monegal.

29 “Saludo a Georges Duhamel”, fue publicado en *Marcha*, N° 391, 8 de agosto de 1947. Se conservan varias versiones en el Archivo Díaz.

30 *Phèdre*, el drama de Racine, formó parte de una brevísima temporada de teatro francés que incluyó también *Passage du Malin*, de Mauriac, y *Le secret*, de Berstein, todas las obras a cargo de la compañía de comedias que encabezaba Marie Bell. La reseña de la representación de *Phèdre* en “*Marcha*” N° 391, del 8 de agosto, también es desfavorable.

Sábado 9

Ayer, cuando salí del liceo me esperaba Mario y fuimos al Comité de Emergencia donde a su vez me esperaba Maneco. Hablamos de literatura rioplatense. Hablamos de Borges. Estuvimos de acuerdo en considerar la obra de Borges como un signo en cierto modo decisivo en la literatura sudamericana. Yo decía que su obra era el resultado del planteo bien realizado –por primera vez en la prosa de América– de la actitud del hombre frente a la cultura y a las letras en general, y añadía que el “borgismo”, más o menos evidente en la literatura joven de Argentina y Uruguay, revela que es el planteo que se necesitaba. Arregui –en el mismo círculo de ideas– postulaba = va a ser necesario hablar de la literatura “antes” y “después” de Borges. Aquí se ensayaba en la apologética de nuestra generación: es decir, de la generación que “apunta”. Maneco no veía tan así los hechos, y yo los compartía con una variante importante. Les decía que creo que nuestra generación, por primera vez lee y habla con lucidez de Homero, Poe y Faulkner: quiero decir, ve la cultura como fenómeno universal desde un ojo personal avisado y comprensivo, pero además, ve su mundo. Naturalmente que, más o menos formulado quedaba el otro hecho que siempre siento y que formulaba en el discurso de Duhamel diciendo: “nosotros vinimos al mundo sin abuelos”. Es decir, que el ver con claridad el problema puede hacer que no podamos resistir todo ese empuje: antes de nosotros se pudo hacer con más inconsciencia; ahora, nosotros, no podemos. La consciencia es justamente lo que nos salva y nos obliga a más. A tanto nos obliga que acaso quedemos frustrados por ciertas virtudes. La ubicación que nos damos obliga a demasiado. Por ello vivimos, voluntaria y lúcidamente, una prueba de fuego. Pasarla, es decir, poder *hacer*, con todas esas condicionantes es levantar muy alto las letras de América, pero atravesar ese conjunto de circunstancias es, a su vez, muy difícil. Por eso, luego de postular la importancia de nuestra generación, ya tanto me da definirla con signo positivo –como hace Arregui– o negativo –como hace Flores– el hecho que me parece importante no es el signo, que podrá ser mejor visto dentro de 50 años, sino la orientación, la calidad, el oficio, la idiosincracia, que, en literatura, nada tiene que ver con el signo, es decir, con la ubicación relativa a otras cosas.

De todas maneras creo que a nuestra generación le espera el trabajo más arduo, porque es el más consciente hasta ahora. Luego se hablará de los precursores y Rodó, Herrera y Reissig, estarán entre ellos. (p. 77 – 79)

Domingo 10

Justamente anoche se hablaba en el café de Rodó. Algunos –no sé en realidad si algunos, sólo recuerdo a Maneco Flores en esa posición– trataban de reivindicar la validez de su mensaje. Frente a eso casi todos los demás sentimos que su mensaje no era tan esencial. Siento que todos improvisábamos algo. De todas maneras

y aun reconociendo términos generales aún valederos, no nos sentíamos, ninguno, demasiado impelidos por Rodó. Es decir, que él nos condiciona muy poco.

Al pasar sin embargo se dijo –creo que fue Mario– y esto ya tiene otra importancia, que Rodó manifiesta, en un sentido artístico –aunque varios no lo comparan como valor estético– una intención o valoración de la palabra, que puede ser característica de la literatura americana por oposición a la española. Es el camino posteriormente seguido, con otras formas, por J. L. Borges. Densidad *técnica*: la expresión es infeliz. Se da con frecuencia en Rodó justamente una cierta imprecisión y vaguedad de su pensamiento –que es difícil concretar en puntos aislados. Es el mensajero de un aura, más que de una noticia. Pero de todos modos se advierte en él esa forma de americanismo que, forzosamente habría que ver siempre vinculada a lo francés y en oposición a lo español. (p. 80 – 81)

Lunes 11 agosto

Partiendo del problema de nuestra cultura del que algo queda indicado en la nota anterior, comencé a escribir la conferencia sobre Herrera y Reissig. Pero trabajé poco. El sábado vinimos por la Rambla seguidos del coche de Gómez³¹, con Laurina y Bordoli. Les hicimos entrar en casa, a las 2 de la mañana: comenzamos otra conversación y la suspendimos a las tres. En resumen, nos acostamos a las cuatro. Ello casi nos anuló el domingo. Por eso pudimos trabajar muy poco. Dolores de cabeza, etc. (p. 81)

16 – Sábado

Otra vez la opresión del trabajo por realizar. Entregué a Rama el pequeño trabajo sobre “Hamlet”. Le encuentro ahora –ayer lo releí antes de entregárselo– con un estilo a menudo infantil. El deseo de ser claro en la exposición me traicionó. Debo tener cuidado. Mis afirmaciones –creo– se han superficializado por mi voluntad de claridad. No profeso el mito de que lo oscuro e intrincado sea lo profundo, pero creo que de todas maneras hay formas de claridad que significan tomar el camino de la menor resistencia. De todos modos se lo dí. Sería ridículo ya ponerme a redactarlo de nuevo. Creo, a este propósito, que debo hacer algunas pequeñas notas –para “Clinamen” –para “Marcha”– como ejercicio de concentración seria. La exposición cuidada de temas que están indicados en este cuaderno podría ser interesante. Para poder trabajar con cierta soltura, podría trabajar con pseudónimo.

Me interesaría, sobre todo, promover cuestiones de este sentido: ¿Un clasicismo necesario? De los modos de la poesía: no sólo abandonar la inspiración, sino ser consciente de la *verdad* de la fabricación. Oficio de las jóvenes generaciones. El problema del americanismo. Un peligro: el descubrimiento de la técnica (en poesía, en prosa) que no tuvo tiempo de ser asimilada. (p. 82 – 83)

31 Gómez Rincón participaba con frecuencia de la tertulia del Café Metro. Es mencionado en más de una oportunidad en el libro *Liber Falco*, de Mario Arregui.

17 agosto. Domingo

Recibimos ayer carta de Giselda Zani que transcribe carta de Georges Duhamel. Esta dice:

“6 Août 1947
Alvear Palace Hotel
Buenos Aires
Chère Madame,
Dites à José Pedro Díaz que j’ai lu son texte dans votre traduction. C’est une page magnifique et qui m’a remué jusqu’au cœur.
Un fidèle souvenir de votre ami

G. Duhamel” (p. 84)³²

19 agosto

Redacté una carta a J. L. Borges pidiendo envío de su última obra –cuya edición, fuera de comercio, es inaccesible aquí. Hablé a Monegal de la posibilidad de publicar algunos artículos sobre el problema de nuestra cultura. Le expliqué muy sucintamente el tema probable de algunos. Le interesó el proyecto. Se trata de ordenar algunas ideas –unas pocas han quedado consignadas en este cuaderno.

Ya comenzada, por dos veces, la redacción de un supuesto artículo sobre esos temas advierto varias dificultades: en primer término el peligro de no poder exponer esas ideas sin la intromisión de un tono magisterial que me es impropio y que además desvirtúa el sentido del artículo. Nada peor que el tono de oráculo para afirmaciones como las que pienso hacer. En segundo término: es muy difícil la delimitación del tema. Apenas me acerco a esa zona experimento la confluencia de una serie grave de interferencias que impiden un desarrollo claro – esclarecedor. (p. 85)

20 agosto – Miércoles

Conversé ayer brevemente con Bordoli de los posibles artículos de crítica o análisis del ambiente. Siente como muy necesaria esa actitud pero como peligrosa. Naturalmente que si los artículos revelan bien lo que yo quiero, el relativo desamparo de las letras nacionales y se advierte mi impresión de que la generación madura no nos ofrece lo necesario voy a tener que soportar justamente lo que más odio: es decir los adjetivos, aquí usuales de pedante, suficiente, para su edad muy en magíster, etc. (p. 86)

32 Querida Señora:

Dígale a José Pedro Díaz que he leído su texto en la traducción suya. Es una página magnífica y me ha conmovido profundamente. Recuerdos sentidos de su amigo,

G. Duhamel

22 – Viernes

Continúo mi conferencia sobre Herrera y Reissig con poca seguridad ahora. El tema se me hipertrofia y temo no poder abarcarlo –ni siquiera llegar a estudiarlo bien– en el tiempo de que dispongo. (p. 87)

23 Sábado

Ayer me llegué hasta el nuevo local de Claudio García y conversé con Castellanos. Me contó, como de costumbre, los errores de Claudio y anécdotas de su manía editora que ponen la casa en quiebra. Pude conseguir dos tomos de la edición O. M. Bertani de las *Obras Completas* de Herrera y Reissig y el *Epílogo Wagneriano a la “Política de Fusión”*. Probablemente el Prof. Rico me prestará los tres primeros tomos. (p. 87 – 88)

24 – Domingo

Leí en el periódico que la viuda de Julio Herrera y Reissig donó al Estado, para el Instituto de Investigaciones Literarias, las obras inéditas, manuscritos, etc. del poeta³³.

Ello dificultará mucho ahora, el estudio de esos materiales mientras Ibáñez se mantenga en la Dirección del Instituto. Seguramente hará todo lo posible para guardar celosamente lo que sea de interés. Se advierte en él que otorga a su calidad de funcionario una “chance” crítica. O mejor, que el crítico está adscripto al funcionario de tal manera que considerará ofensiva toda actitud de investigación que no quede bajo su control. (p. 88)

25 – lunes Feriado (25 de agosto)

Hoy vendrá Ángel a pasar el día con nosotros. Espero que traiga algo de lo que está ahora trabajando: son cuentos que detuvieron su trabajo en *Bécquer*.

Se me ocurre ahora proponerle la realización, organizada por “Clinamen”, de un breve ciclo de conferencias sobre nuestra cultura. El título habría que pensarlo. Pero el sentido sería el de esos artículos que yo me proponía escribir: balance de nuestra cultura. De manera que la revista operara no solo en cuanto a la orientación creadora sino a la valoración y al encauce de nuestro camino cultural. La Facultad de Humanidades le daría prestigio.

Claro que habría que planear el conjunto con cuidado. Y ver bien quiénes intervendrían. Es forzoso que el número mayor estuviera entre los jóvenes y acaso alguna excepción, pero muy cuidadosa.

33 En 1945 se había creado el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL). Fue dirigido por el profesor Roberto Ibáñez y, en su ausencia, por Carlos Pazos. Contó al momento de su iniciación con el Archivo de José Enrique Rodó, al que se le sumarían luego el de Horacio Quiroga y Julio Herrera y Reissig.

Sería muy necesaria la exaltación seria de nuestros valores nacionales, que para ser seria tendría que estar contrabalanceada con abundantes e inteligentes críticas iconoclasticas. Poner las cosas en su sitio.

Para que Ángel entienda mejor este proyecto sería conveniente leerle algunas páginas de este mismo cuaderno.

Recuerdo que, a propósito de nuestra generación, decía Arregui –¿o Maneco?– el otro día, que es probable que estuviéramos olvidando un deber: el de manifestar lo que decimos en la mesa de café, pero manifestarlo en el periódico, en las conferencias, en el libro –aunque quede inédito.

Hace un instante un mensajero trajo este telegrama: “Imposible ir causa enfermedad. Saludos. Ángel” (p. 89 – 90)

27 – miércoles

Ayer de tarde, a poco de venir del centro, tuvimos la más inesperada de las visitas: la de Adolfo Bioy Casares. Vino a traernos los dos ejemplares que publicaron con Borges en 1946: *Dos fantasías memorables* y *Un modelo para la muerte*. Es joven, lúcido, cordial. Venía muy de pasada –un taxi lo esperaba a la puerta– pero pudimos conversar –rapidísimamente– una media hora.

Nos contó de sus trabajos de cine: están preparando “El hombre de la esquina rosada”. Nos explicó algo de la situación argentina. Nos refirió que Borges nos recuerda con afecto.

Acaso nos visite el viernes a la tarde, antes de embarcarse en el barco de la carrera. (p. 91)

29 – viernes

Me levanto tarde. Son las 10.30. Necesidad de trabajar en dos cosas que no deseo: la conferencia sobre Cervantes y la corrección de escritos.

Sensación de hallarme algo perdido.

Confuso –vago propósito para el año venidero: terminar el trabajo crítico (*Bécquer*, “Arte y Magia” –de manera definitiva) y volver a lo más importante, acaso: la novela inconclusa. Sería incluso cosa de desterrar –ahora, como manera de salvación para estas sensaciones de pérdida, “Teoría y formas de la memoria”, en la que tengo siempre no sé qué recóndita confianza. Sé que es peligroso el camino oratorio que allí aparece. Pero es necesario trabajar también en ello.

Naturalmente que se trataría no solo de refundir y elaborar lo que ya hay: “teoría de la memoria”, sino también de lograr las más difíciles: “Formas”: es decir, algunas escenas olvidadas.

Relectura parcial de “Teoría y formas”. Muy mala impresión. Excesivamente oratorio y lírico. Sin rigor, con poca densidad. La intención mucho más levantada que la realización. Se ve la improvisación, el deslizarse fácil y no controlado

de la pluma. Pero ¿es posible tratar ese tema en otro tono, en otro ajuste? Mucho me temo que no.

Las ideas sin embargo, me parecen verdaderas y eficaces. ¿No sería posible darle a ello una forma narrativa concreta, cuyo tema envolvente sea la memoria y el acrecentamiento que produce? O aun: un relato recordado –con imprecisiones y bordes gastados– y luego una escolia sobre la memoria?

Esquema probable para pensar: un niño en un balcón, va y siente tales cosas. Yo soy ese niño. Pero yo me recordaré mañana, recordando al niño, y el niño será otra cosa y sin embargo todavía yo.

Un día escribí en el diario qué diría a un amigo –Ángel– cuando lo viera, a propósito de algo, y que, probablemente, la mejor manera de hacerme entender sería la de leerle estas mismas páginas. Hoy (ese amigo) vino, le expliqué, le leí; comentamos la proyección al infinito de la situación. Ahora estoy anotando, en el mismo cuaderno, que hace un instante tenía en mis manos cuando leía, y medito, también ahora, sobre el retorno infinito.

El tema se contamina, en mi pensamiento, con el de la memoria: sentir el recuerdo, sentir el recuerdo del recuerdo. Ahora mismo estoy recordando mis sentimientos de hace un instante. Antes de acabar esta frase que ahora escribo, el ciclo recomienza.

También de otra manera: siento el influjo de la reciente visita de Bioy Casares, y la inevitable presencia espiritual de Borges: si no escribiría así y esto: siento detrás a Quevedo. Y esta leve imitación ¿no está contenida aún en un ciclo de otra naturaleza?³⁴

Otra vez el esquema para pensar:

I. Un niño en un balcón: oye, juega, ve, siente;

II. El niño es recordado por el joven. (Se siente) que más que el niño importa su recuerdo, su destitución:

III. Un hombre recuerda el niño que fue: se siente que más que él vale el recuerdo, no lo que es, sino la maravillosa transposición de lo que fue en el estar siendo. Tampoco ser.

IV. Piénsese el futuro como una manera de comprender el ser que ahora se es.

Perdido para siempre el goce presente.

Que los actos sean, en los cuatro relatos –más difícilmente en el IV– los mismos, pero destacar bien los ángulos psicológicos. Indicar que la atención del niño atiende a otra cosa en lo mismo, que el que lo recuerda y que el que goza recordando. Puede terminarse aún, agudizando el ciclo, anunciando que el niño es el escritor que no se atendió describirlo, pero se complace imaginándose en el pasado

³⁴ El último párrafo tiene una llave que indica “no”. Sin embargo, no hay tachaduras como en otras oportunidades.

mientras componía el minucioso círculo en el que todo él se encierra, imaginando para el futuro el goce de saberse con esos actos en su pasado.

Aún más: podría buscarse alguna situación que explicara mejor diversas reacciones en cada caso. Hacer intervenir algún elemento sensual e intelectual especialmente susceptible de un cambio de actitud con la edad y el tiempo. Eso permitiría un desarrollo más extenso³⁵.

El *Calila et Dimna*, *El libro del conde Lucanor* y *de su consejero Patronio*, los relatos odiseos en la isla de Alkinoo, los de la princesa de *Las mil y una noches*, tantos otros, ¿no están respondiendo a la necesidad de dar el recuerdo del recuerdo? La fantasía queda como más autorizada cuando de alguna manera va filtrada por otro personaje, también ficticio, pero que el hecho de que recuerde hace más real, más cercano. Eso explicaría la abundancia con que aparece un esquema elemental de narración: “Entre los papeles dejados por A, encontré estas páginas que hoy transcribo, creyendo...” que el mismo Poe creyó conveniente utilizar.

Eso me hace pensar que el tema de ese ensayo podría ser el relato del abuelo al borde de mi cama: la narración de las viejas novelas de caballerías, mi enfermedad³⁶, el relato que va proporcionando hitos a su desarrollo.

El encadenamiento de recuerdos puede darse por aspectos secundarios: por ejemplo: los conejos que me acercaban para que me entretuviera con ellos; el tema de caballerías que, como profesor, estudio; consideraciones sobre mi edad³⁷.

Elementos patéticos para terminar: espantoso reconocimiento de que esto es mi tema: es el tema de mi novela; una profecía que nada anuncia; es el tema de mi poesía ambiciosa de pureza y por ello irrealizada: es arte y magia: la serpiente que se muerde la cola.

En este relato me encierro detrás de mí mismo. Además es un hecho que anula la vida, que es actuar o vivir o sentir lo presente, porque toda conmoción sale aquí proyectada hacia el pasado o hacia el futuro, pero siempre reflejada.

Un hecho que importa, aunque tangencialmente: ¡cuánto estimo ahora la calle Julio Herrera y Obes y la casa 1537 –recuerdo bien el número– donde eso ocurría hace 20 años! Sin embargo aquella casa era odiosa.

Un final dramático: ¡pero el recuerdo también se desvanece! Yo vivía confiado en recordar y ahora siento –en verdad, es espantoso– que aquellas historias de caballerías del abuelo se me pierden; apenas me quedan jirones que no puedo recomponer. Si el recuerdo se me pierde ¿Qué queda de mí?

Releo – Dificilísimo dar todo esto en la narración. Estas páginas, descarnadas acaso dan más. De todos modos, ensayar de hacer el relato. Por otra parte es el mismo camino –casi– que “El espejo” o “El eco”. Es decir, el eterno retorno

35 Este párrafo también tiene un “no” al margen.

36 Esta entrada es incluida en “Presente Perdido”. Dice en ese texto: “justamente la narración de sus aventuras como pescador en Salerno, sus recuerdos”.

37 Los temas que aquí se anuncian desembocarán en algunos relatos de *La claraboya y los relojes*, su último libro.

a la nada. (Escribí “a la nada” sin saber por qué. Acaso no es a la nada, pero es retorno)³⁸. (p. 92 – 100)

Domingo 31³⁹

Acaso sea necesario un pasaje mágico desde una a la otra etapa del relato. Pienso, confusamente, que ese pasaje mágico también pudiera darse por la memoria.

¿No podría comenzarse, justamente, en un presente con el tono de diario, y cerrarse de la misma manera, de modo que el relato queda más encerrado en el ámbito del puro recuerdo y fuera de ese presente que le dio nacimiento?

Puede aún ampliarse el procedimiento –y temo que esto sea ya excesivo– haciendo aparecer el narrador intermediario– el consejero Patronio de Juan Manuel–. Terminaría así con un diario cuya verdad se revelaría en la última frase. Ese narrador podría actuar como yo mismo.

Para tener en cuenta:

Se puede hablar de que se fue como de un amigo muerto cuya amistad se recuerda.

Para tener en cuenta:

Buen lector de Shakespeare, hablaba con desdén de Hegel.

Deliberadamente, no ser sincero: el cuento puede ser de esencia mágica: el árbol que habla, etc., de *Las mil y una noches*. Yo no sería nada –no soy– apenas un hiato que prolonga y vivifica una memoria olvidada. Pero, por contraste paradójico yo –nadie, nada– tendría que ser famoso para prolongar mi misma anulación en la memoria.

Tal como pienso el relato comprendo que, en mi pensamiento está reflejado en el futuro, y no menos de 1951. Así, aunque con fecha 1947, lo comprendo mejor.

Comenzado el relato. Todo el día sobre él. Redactada la primera parte. Es fácil. Puedo retocarla aún, pero lo fundamental está. Mucho más difícil la segunda parte: el motivo del recuerdo y los recuerdos.

Redacté una página de mi infancia. Insuficiente. Muy débil. Rompí lo hecho. Vuelvo a comenzar con la historia de Castillo. No es de infancia, pero puede ser una primera experiencia algo más interesante por sí misma. Aquel primer viaje al Prado puede ser más interesante. (p. 100 – 102)

Lunes 1º Setiembre

Advierto que el centro del relato pueden ser fragmentos de conversaciones literarias sobre el tema de la memoria. Así, acaso pueda realizarlo. (p. 102 – 103)

38 Añade en “Presente Perdido”, entre paréntesis: (“Al pasar en limpio esta página advierto que está bien la primera expresión”).

39 Entrada también incluida en “Presente Perdido”.

Martes 2⁴⁰

Ya está iniciada la redacción de segunda parte del trabajo. Me es difícil verle su resolución. Pienso que es por aquí necesario un salto a otro ángulo en que el primer plano vuelva a ser lo reciente pasado, y se advierta que eso que pasó vale si se piensa desde un futuro. Estoy en la transcripción del abedul.

En realidad el relato puede cerrarse ya— anexándole las páginas del diario— pero imagino que queda aún una posibilidad de desarrollo en profundidad si se incorporara una escena más viva y humana —no son sin embargo las palabras— y que permitieran todavía el desarrollo de la idea literaria. Para eso sería un buen marco una escena en el viejo Teatro Polémico, que, además, yo mismo recuerdo. (p. 103)

Viernes 6 setiembre

Durante esta semana, todos los trabajos postergados por la narración. Sorprende el efecto de siempre: tanta exaltación, tanta confianza en un proyecto, y luego todo disminuido en la redacción.

Sin embargo, estoy satisfecho de haberlo realizado. Es por lo menos —fue— un ejercicio valioso. Ahora solo me falta copiar, para terminar, estas últimas anotaciones. (p. 104)

7 – Sábado (setiembre)

Ayer de tarde, lectura de “Presente perdido” a Maneco Flores, a Maggi y a la novia de éste⁴¹. Me interesaba mucho la lectura porque había terminado por perder toda noción de perspectiva sobre el mismo relato. Se explica, además, por la extraña forma de elaboración que yo mismo le había determinado.

La impresión fue buena. No creo que con mucho entusiasmo. (Hay que tener en cuenta que fue una lectura, y el relato es, creo, difícil). Sin embargo encontraron muchas virtudes y no me señalaron ningún defecto, pese a que yo los conminaba a ello.

No deja de ser interesante esta misma reacción. Me anotaron un estilo limpio y adecuado permanentemente a lo que se refiere. Que los aciertos no [¿?], pero no se ven tampoco “pozos de aire”. Si ello es así, el relato no puede motivar la exaltación, sino la reflexión —en su sentido casi físico—. El efecto —el movimiento de retorno— parece estar logrado. Dicen que se siente el volcarse del tema sobre sí mismo con suficiente lucidez.

Me sorprende, ahora, que el relato haya surgido, de tal manera, en sólo dos o tres días de trabajo. (Exactamente entre el 31 y el 4, ya que la última parte es el diario que fue escrito paralelamente a las dos primeras partes.) (p. 105)

40 Esta entrada, como la siguiente, serán incluidas en “Presente Perdido”.

41 Se trata de María Inés Silva Vila. Esta es una de las primeras muestras en el Diario de lo que será práctica habitual entre los llamados “entrañavivistas”: lectura colectiva de lo que cada uno escribe con la consecuencia de comentarios, objeciones y estímulos mutuos.

Lunes 8

[...]

Aunque mi primera clase de hoy es a las 9.45, me levanté algo temprano –son las 6.25– para pasar en limpio mi renuncia al grupo del Colegio Nacional –donde la desatención displicente de los cuatro discípulos del grupo hace imposible la clase– y para corregir algunos escritos.

Debo comenzar a pensar, además, el discurso sobre Cervantes. No veo aún con claridad qué es lo que puedo decir sobre Cervantes al público de ese acto, que tenga realmente importancia, que justifique que yo lo diga. Para comenzar sí: el milagroso hecho de nuestro homenaje desde esa noche. Luego: motivos que explican ese hecho, ese homenaje: cuál es la raigambre profunda del Quijote, en permanente eficacia en nosotros: según yo entiendo su grandeza humana permanentemente salvada por su misma ironía, por su comicidad. Al reírse él antes que otro alguno de su personaje, lo ha esterilizado para las formas más fáciles de la decadencia, del descuido, de la desatención. “Hagamos el bien aún en sueños” dice otro gran héroe español, el Segismundo de *La vida es sueño*. Pero se olvidó de reírse de su sueño, y nos dijo con demasiada claridad lo que debíamos hacer. Cervantes no se atrevió. Siempre hay un ribete de posible ridículo en algunas formas de gran enseñanza; Cervantes lo vio antes que el lector, jugó con ese ridículo, hizo de él uno de los pilares de su obra, y Don Quijote, creado y hecho a soportar la misma [¿?] de su autor. Está inmunizado. Así, todo lo que se vea en él sorprende por su grandeza.

Yo creo que eso puede explicar algo la vigencia extrañamente presente del Quijote y su extraordinaria permanencia. Sobre todo si se tiene en cuenta que el mundo ideal en el que Don Quijote vive, con sus gigantes y su Doña Dulcinea, con sus castillos y sus princesas encantadas, es un tema que fácilmente podría quedar alejado de nosotros cuando se nos alejara la comprensión de la novela caballeresca. Pero la novela caballeresca se alejó –es hoy una curiosidad en la biblioteca del erudito– y Don Quijote no. Más aún, Don Quijote la representa con títulos exclusivos.

El porqué está en la ironía.

Justamente el ideal puede darse con mayor grandeza porque se da pasado por el filtro de la ironía.

Si bien se mira, y considerado abstractamente, no podemos pensar que sea novedad lo que Don Quijote nos quiere hacer sentir de bueno y grande. Su propósito de defender al “huérfano al extranjero y a la viuda”, está ya en la ley del Antiguo Testamento. Abstractamente, esos propósitos de realización de la justicia no son, naturalmente, lo que importa a nuestra estimativa. Importa en cambio, de manera decisiva, que toda esa ideología abstractamente valiosa ya de por sí, se nos da profundamente vitalizada en Don Quijote, un Don Quijote de carne y huesos. Lo que hemos de ver, pues, es justamente por qué, o cómo, la encarnada tan

hondamente en Don Quijote, ese ser de ficción, ese mundo ideal de la edad dorada de la caballería.

Ya había héroes –claro está– y había caballeros antes del Quijote: héroes y caballeros que el mismo Cervantes comenta en su obra y critica con tino. Una de las preocupaciones que más permanentemente pone en evidencia mientras critica toda historia es la de que son historias mentirosas, y separa cuidadosamente las biografías de héroes reales. Muy curiosa es en realidad esa crítica, si se piensa que él, en ese mismo instante en que critica está realizando la historia de otro personaje de ficción.

[...]

Intentaré ahora leer algo Flaubert. La selección de cartas que se publicó en Buenos Aires con el título –desagradable– de *La religión del arte*, es muy incompleta, ostensiblemente, pero útil.

Es muy notable. Releyendo las primeras cartas de Flaubert (1839 – a E. Chevalier) encuentro este pasaje que me parece de asombrosa lucidez sobre su destino y que refleja, además, mis preocupaciones con nuestra generación. (Una de las ideas que iban a ir a algunos artículos).

“... Y sin embargo siento confusamente agitarse algo en mí, me hallo en una época de transición y estoy curioso por saber lo que resultará, cómo saldré de ella. Esta muda (en el sentido intelectual) me dejará miserable o sublime. Dudo. Veremos. Mis pensamientos son confusos, no puedo hacer ningún trabajo de imaginación, todo lo que produzco es seco, penoso, forzado, arrancado con dolor.”

La impresión que se recoge de la lectura de un grupo de cartas es grande y penosa. ¡Cuántos esfuerzos y cuántas angustias que sólo llegarán a ser –hoy lo sabemos– un mero aprendizaje para las grandes novelas! (p. 107 – 113)

Miércoles 10 (setiembre)

Me levanto temprano por necesidad. Esta tarde tendré que faltar a las clases para poder preparar los escritos y los promedios de varios liceos. Estos son los momentos en que deseo tener dinero, para poder ocuparme de dos o tres grupos solo y no perder mi tiempo, mis energías, en este trabajo que, durante algunos (sic) es verdaderamente *horrible*. (Dicto 32 horas de clase. No hace mucho Sabat me decía, orgulloso, como quien habla de un trabajo sobrehumano: “yo llegué a dictar treinta horas”.)

Lo que más me molesta es haberme dejado comprometer para el homenaje a Cervantes del 19. Todavía no tengo nada concreto para decir. [...] (p. 113 – 115)

Jueves 11

[...]

Pienso, –para fijar observaciones sobre personajes, diarios, fragmentos de diálogo, actitudes, anécdotas a novelar, etc.– comprar un cuaderno especial. Las

anotaciones de índole puramente literaria o crítica, quiero que sigan quedando aquí porque constituyen con propiedad mi diario. Una bifurcación desnaturalizaría tanto este mismo diario como las notas de índole literaria. Hay mucho de mi devenir que se va desarrollando en base a alguna idea madre que me domina por algunos días –o meses–. Por eso ellas deben quedar aquí. (p. 115 – 116)

Viernes 12 (setiembre)

Ayer, tarde espantosa. Dolor de cabeza desde las tres de la tarde. Un suplicio cada clase. [...]

En cuanto a mi discurso sobre Cervantes, que fue postergado para el 6 de octubre –sin que yo lo supiera– y que fue anunciado– también sin que yo lo supiera– como “Vida y obra” de Cervantes, pienso que podría realizarse sobre estas dos ideas:

Vida. Hacer ver hasta qué punto el escritor participa de la gloria –Lepanto– y de la miseria –la Invencible– de España. Su vida paralela y fundida con la vida de su país. Su obra como redención y símbolo en medio del Siglo de Oro.

Obra. Conocido el ideal de Don Quijote, verificada su coincidencia con el ideal de los caballeros, considerar que si se planteaba el problema de humanizarlo, de hacer sensible y carnal ese ideal; ideal que por su exquisita naturaleza tendía a desrealizarse y despegarse de lo humano. El nexa que le permite volver a vincularlo es la ironía, la sátira, mejor: lo cómico. Una paradoja: mostrando la imposibilidad de la realidad del ideal, el ideal queda rigurosamente encarnado. (Todavía esto no está suficientemente claro.)

La conferencia sobre Julio Herrera y Reissig será el segundo jueves de octubre en el Paraninfo de la Universidad. Tengo poco ordenado aún. No he podido ver el libro de Pino Saavedra⁴².

Pienso que no debo preocuparme de mi trabajo. Es cierto que, acaso con frecuencia, me siento abrumado. Pero ¿sería sin duda preferible a esto un monótono cumplimiento en una oficina, diariamente? El tiempo libre, ¿no lo perdería creándome tantas obligaciones de encontrar a alguien, verme con otro, ir aquí o allá? Y eso ¿no demoraría, no rebajaría una actividad intelectual que ahora se mantiene sin embargo encendida aunque a veces en cosas que me disgustan? Tengo la obligación de estar a diario meditando en Bécquer, en Flaubert, en Dante, en Homero... Es excesivo. Pero atender a su grandeza, a la forma como se ha manifestado, aunque sea, algunos días, fatigoso, no es tanto mejor que perder el tiempo en conversaciones mil veces repetidas y mal entendidas...

Creo que en ningún caso puede agotarse el interés de ese estudio por quien tiene inquietud, ambición creadora. Siempre habrá un nuevo pensamiento que derivar de allí que nos enriquezca, una imagen, una forma, un giro que admirar.

⁴² La poesía de Julio Herrera y Reissig. Sus temas y su estilo (1932), de Pino Saavedra.

Que esto a veces me haga sufrir y me desespere. También sin ello –sí– me desesperaría... y tanto. Así, al menos, cuando no tengo fuego mío ardo con fuego prestado: pero siento la grandeza. (p. 116 – 119)

Sábado 13

[...]

Maggi me envió, días pasados, su artículo sobre la nueva generación urugua-ya. Está bien. El tono no es [¿?] No es tampoco hondo: constata dos o tres hechos que son ciertos, nada más. Convendría conversar con él, sin embargo, y con otros (Arregui, Maneco) antes de hacer el trabajo. Maggi insiste, por otra parte en hacerme escribir una nota sobre Felisberto en “Escritura”. Lo lamento: me cuesta mucho escribir. Siento que no va a ser suficientemente ceñida por falta de tiempo. (p. 120)

Sábado 20 (setiembre)

[...]

Estuve releendo “Presente perdido”. Advierto que es posible condensarlo un poco. Algunas ideas quedan poco precisas. Hay momentos de la discusión que tendrían que ser símbolos de lo mismo que se está diciendo. Y eso no quedó logrado. Hay que pensar dos o tres personajes con cuidado para ver si es posible lograr una conversación. [...] (p. 122 – 123)

Lunes 22

[...]

De tarde hice algunas anotaciones sobre Felisberto Hernández (me siento poco a disgusto en esas notas).

Leí después *La sinfonía pastoral* de un tirón. No de un tirón: hicimos un intervalo porque volvimos de noche a cenar a casa de mis padres, donde estaban, además, mis tíos Jacinto y Maruja. Se habló de amenaza de guerra. Leí algo sobre la posibilidad del fracaso de la UN. Frente a esto reacciono ahora con odio casi. Pero con un odio que no es partidario. (¿Reflejo de la lectura de Martin du Gard?) Sintiendo así ya otras veces me pregunté: ¿pero es que yo no tengo valentía? No sé, pero siento enorme repugnancia por el conflicto que se prepara y que me parece que nada tiene que ver con el hombre.

En cuanto a *Sinfonía Pastoral* maravillada impresión de nitidez, sostenida y densa sencillez. Equilibrio permanente y una delicadeza de matices que siempre será elogiada. ¡De qué manera tan natural y con cuánto desdén de la elocuencia pasa de lo diario a lo excepcional, al final trágico! Excelente el ángulo psicológico elegido: el diario del pastor protestante que obliga a Gide a mitigar todo lo que en su estilo no sea concisa enunciación, pero que le permita dar, por otra parte, merced a ese mismo estilo muchos matices del alma del pastor. (p. 125 – 126)

Martes 23 setiembre

[...]

Lectura de Machado de Assis. Se tiene la impresión de hallarse frente a un novelista nato, absolutamente espontáneo, acaso algo ingenuo, pero que tiene claros ante él sus personajes.

Esta tarde, antes de volver a casa –estuvimos a almorzar en lo de mis suegros– pasé una hora con Ángel en su casa. Le leí algunas líneas sobre Felisberto –para la noticia bibliográfica– y me observó el uso que yo hacía, de la palabra *clásico* –como un arma clásica decía yo. Debo alterar el pasaje y pensar más mi idea, que resulta ser diferente de lo que quedó expresada. Accidentalmente tenía yo las primeras páginas de “El eco”, que estaba en la misma libreta en que comencé la conferencia sobre Cervantes. A instancias suyas –porque realmente no tenía confianza en ese relato– le leí lo que tenía escrito. Sorprendentemente, le interesó y, por contraste, pensé volver sobre él. Sigo pensando en la dificultad del final, pero de todos modos pienso que aunque el centro de gravedad del relato se haya deslizado –hacia el personaje que narra, por ejemplo– hay allí material trabajable. Reconozco que yo mismo me sentía satisfecho a medida que leía. Satisfecho no es la palabra. Mejor sería el clisé: “agradablemente sorprendido”.

Mañana intentaré trabajar en él. Ahora imposible. Frente a mí, a dos metros, Minye juega al rummy canasta con su hermano y la novia de éste. Vuelvo a Machado de Assis. (p. 126 – 128)

Miércoles 24 (setiembre)

Continué la lectura de Machado de Assis. Tengo la impresión de que Machado se deja arrastrar por su facilidad. Recuerdo que en la conversación de ayer con Ángel, éste me recordaba una frase, creo que del *Journal* de Gide. Su sentido era éste: “Cada uno de mis progresos ha consistido en la renuncia a una facilidad”. Esto no lo sospechó jamás Machado. (p. 129)

Jueves 25

Salí con intención de encontrarme con Maneco en el Comité de Emergencia, pero no estaba. Fui entonces a “La Cruz del Sur” de donde quería retirar algunos libros antes de ir a hacer la visita de pésame a Guillot, pero en la librería me encontré con Arias que me invitó a tomar un café en la esquina. Fuimos: quería desahogarse: está en trámite de divorcio. Me refirió algunas escenas con su mujer y sus cuñados. Lo compadecí sinceramente. Me contó, además, que Denis está por pedir o ya pidió su divorcio: Orfila se fue a Buenos Aires con Amorim⁴³ –que estuvo la semana pasada– creo que había venido con el mismo Bioy– para hacer cine.

Consecuencia: no fui a lo de Guillot.

43 Enrique Amorim (1900 – 1960). Narrador, poeta, dramaturgo, libretista y aficionado al cine.

Retiré de librería el *Ulises* en la traducción española, una colección de un centenar de relatos de Maupassant, *Jud el oscuro* de Thomas Hardy y *Cartas de juventud* de Charles–Louis Philippe. Arias me dedicó allí su último libro de poesía: *La llama oscura*.

Hoy, lectura de Gide –formal–. Ahora, trabajé algo en “El eco”, o “El espejo”, que no sé aún cómo llamarlo. Creo que será mejor “El eco”. Trabajé bien, aunque muy poco. Siento sin embargo que el trabajarlo tan lentamente no le hace mal. La situación va madurando en mí mismo y me permite –creo– ser más conciso. Hojeo este cuaderno y me encuentro con que las primeras líneas fueron escritas en marzo, antes de venir a Punta Gorda. Me propongo leer T. Hardy.

Leí, hace un momento, a Minye, lo que está escrito de “El eco”. Le gustó más de lo que yo esperaba. Siente disgusto –creo que es personal– por el ambiente pueblerino. Siente en cambio el in–crescendo que procuré y que la tuvo suspenso.

Pienso en una posible complicación de la acción: el amor de la anciana por el hijo se explicaría porque ese hijo –el menor– es muy parecido al padre. Necesario cambiar el nombre de aquel: se llama Julio, se llamaría Luis Alberto. En el relato siempre se le llamaría Luis. La madre, al fin, dice, Alberto, nombre del padre. Pero temo que esto sea recargue. Acaso quede entonces desproporcionada la economía del relato que, con los elementos que ahora tengo, me satisface. (p.129 – 132)

Viernes 26

Anoche, cine: *Los muchachos de antes no usaban gomina*⁴⁴. Excelente impresión. No sé si desde el punto de vista de arte puramente cinematográfico la impresión está justificada, aunque pienso que sí. Sin ser excepcional, el trabajo de la cámara es bueno, correcto. Los actores muy bien, sobre todo Parravicini. Pero el tema y el desarrollo es un acierto inesperado en el cine argentino. Me sorprende más aún porque es un film viejo ya.

Ya en casa, lectura de *Jud el oscuro*. Muy bueno lo que fui leyendo.

El estar trabajando, como estos días, en una narración con personajes de la vida, –si bien supuestos– me da no sé qué alegría tratar con los demás, con el jardinero, con el almacenero, etc. Además gozo todavía la sorpresa de que mi relato les haya gustado a Minye y a Ángel. Son, para los relatos, de gusto exigente, difícil. Es a Minye a quien debo el haber anulado “Teoría y formas del recuerdo”, y por lo tanto, el haber realizado “Presente perdido”.

Intentaré continuar “El eco”. Me acerco siempre con aprensión a ese relato –se lo decía hace un instante a Minye–; como si temiera que algo, que en él se va manteniendo, pudiera quebrarse de pronto en una frase infortunada, y no se pudiera recobrar ya más.

⁴⁴ *Los muchachos de antes no usaban gomina* (1937), comedia cinematográfica argentina dirigida por Manuel Romero con actuación de Florencio Parravicini.

La prometida conferencia sobre Cervantes me pesa constantemente y no puedo redactar más que pocas líneas cada vez que me acerco a ella. Lo mismo con Herrera y Reissig.

Concluida la escena final de “El eco”. Lectura a Minye: le pareció justa, conseguida. Muy contento por haberla escrito y porque le haya gustado. Su plan me permite gustar a mí mismo el cuento que, por buscar un efecto particular sobre el lector yo lo estoy viendo, forzosamente muy desde las bambalinas.

Hay ajustes que hacerle y que añadir aún algunas frases al fin. Pero al llegar a la culminación de la escena estaba tan agitado que preferí interrumpirme y dejar para después por temor de trabajar tan sobre excitado: podría perder momentáneamente, conciencia, vigilancia, y eso... a perder el pasaje.

Luego –el cuento me llevó lo mejor de la mañana– cambié el aceite del auto. Eso me distrajo y me hizo desgastar la energía sobrante.

Esta tarde veremos de hacer un paseo: tomar mate en el campo.(p. 132 – 134)

Sábado 27 (setiembre)

Ayer, día delicioso. Por la tarde anduvimos por Carrasco y al fin fuimos a tendernos en la arena, sobre el extremo de la playa. Casi nadie. Cielo, mar, arena ondulante. Los dos pensamos en San Rafael, cuya rambla entre médanos se nos aparece siempre cuando paseamos por ese lugar de Carrasco. Tomamos mate. Yo leía el *Journal* de Gide –con el placer y el provecho de siempre–; ella hacía anotaciones en su cuaderno, que comentábamos. Luego, vuelta a la rambla, frente a un increíble incendio del poniente. Cenamos con mis padres. A la vuelta regamos el jardín a la luz de la luna. Sorprendidos por la presión del agua a esa hora.

Nos acostamos a las 11. Yo leí *Jud* hasta las 12 o 12.30.

Hoy vendrá Ángel a pasar el día. Por la tarde, probablemente Maneco y María Inés. Deseo leerles el cuento.

Día pleno. Con Ángel desde las 10, y luego, a las 5, Maneco y Chacha. Muy buenas conversaciones. Lecturas de Ángel, de Minye y mías.

Uno de los puntos de la conversación versó sobre “temas literarios”.

Pienso que realmente un tema de índole cíclica –algo similar por su estructura a “Presente perdido”– puede ser el análisis de las meditaciones de un escritor que piensa en buscar un tema. Varios modos de imaginar el tema mismo: varias escenas, dudas, comienza la misma escena para desarrollarse de otra manera. De pronto el escritor piensa que el propio desarrollo de los pensamientos puede ser un tema y en ese momento –en que piensa comenzar a escribir un cuento donde un escritor busca tema para un cuento– aparecen apuntes que lo vienen a preceder por x causas.

Ver de desarrollar esta segunda parte de manera satisfactoria y severa –breve– que permite comprender, por algún pequeño episodio final que ese es el tema que encontró. Para que eso se comprenda podría anotarse algo así: “Entonces lo

llevaron contra el muro— el escritor pensó si no sería mejor hacerlo torturar, desechó la idea y continuó: ... los soldados, etc.”

Pienso si no es un vicio ser sensible hasta tal punto a la estructura de los cuentos antes que a la materia. Me interesa ver un ciclo cerrado y entonces comienzo a imaginar situaciones intermedias.

De prisa, porque estoy cansado, anoto: Según Rama vulgaridad de las citas de Mallarmé y Poe en “Presente perdido”: emplear emoción musical. [...]

En “El eco”, según Maneco: buscar de acentuar la corporeidad de la madre. (p. 135 – 138)

Domingo 28 (setiembre)

Sigo pensando en el tema del escritor —podría titularse así: “El escritor”. La dificultad está en llenar la etapa intermedia, en hacer el cuento que el escritor piensa. Pienso en la entrada de otro amigo, también escritor, que propone al primero un cuento. Lo discuten, lo hacen, en realidad. Mientras lo discuten el lector comienza a vivir en otro cuento. Luego se sabe que *todo es cuento*.

Una forma de terminar: “Pensó que aún era necesario revisar algunos adjetivos”.

Pienso que este tema tiene alguna dificultad. De alguna manera tiene que resultar; el mismo escritor; el personaje central del cuento de segundo plano, porque si no, todo queda como ficticio y hacen inútil el marco inventado: sería nada más que un marco.

Lo más delicado es el pasaje —que ha de ser insensible— entre la primera y la segunda parte. Es además necesario esquivar la vulgaridad del escritor en sí. Tratar de no confundirse con él. Esa debe ser la fundamental diferencia con “Presente perdido”.

Ahora, tengo que inventar el segundo cuento, y según éste, derivar una personalidad para el escritor.

Pero debo ocuparme de la conferencia sobre Cervantes. Sin embargo, las conversaciones de ayer —hablé y pensé con máxima intensidad desde las 10 de la mañana hasta las 9 de la noche— me dejaron hoy en necesidad de descanso. Me hallo un poco mareado.

[...] (p. 138 – 140)

Lunes 29

Leía ayer en el *Journal*, de Gide, que recurre al diario en los malos momentos. Yo siento, en cambio, dos actitudes frente al *Diario*: el desconsuelo y la colaboración. Estas últimas semanas no me apoyé en él por disgusto o buscando refugio, sino para trabajar mejor.

Ayer de noche carta a Arregui –extensa– sobre su fragmento “La estrella incendiada”⁴⁵. Lo conmino, lo mejor que puedo, a la concisión, a la brevedad, al hecho. Quisiera convencerlo de la necesidad de equilibrio en un relato, donde la economía –cada vez lo creo con más convicción– es fundamental. Huir, antes que nada, de lo discursivo. Es lo que más mal me ha hecho –y hace–. Recuerdo a Arregui una frase de Gide: “Cada progreso ha consistido, en mí, en la eliminación –renuncia– de una facilidad”. Cito de memoria.

Conseguí hoy –al fin– *L'éducation sentimentale*. Lejana y rápida lectura en traducción. Advierto después de leer la primera página, que mi francés tiene muchas, muchas menos palabras que el de Flaubert. Pero advierto también que es fortuna poder leerlo en el original y que la original no sea mi lengua. Me veo así sorprendiendo con mayor posibilidad el mecanismo de la prosa de Flaubert. Su manera de su comienzo no es más fácilmente visible. También la solución de los detalles útiles.

Explicarme mejor esto.

[...] (p. 140 – 142)

1º octubre

[...]

Releo lo que anoté páginas atrás sobre “El escritor”. (Debo establecer la continuidad del tema sobre estas páginas para que las clases no me arrebatan el cuento). Creo que conviene la primera proposición: que el relato intermedio no vuelva a ser un tema literario. Causas: 1) Se repite “Presente perdido” 2) Quita intensidad, porque sería acumular elementos que ya forman en la primera parte –meditaciones del escritor–.

Mejor entonces, un tema de acción. Que importe un personaje vulgar y violento (para dinamizar y enriquecer de vida el cuento que peca de algo artificioso).

Posible: Alguien lo viene a prender por causas políticas; es un compañero de estudio. Él recuerda el aula, el otro también. Cuidado con no endurecer demasiado al otro, haciendo un “malo”. Matizado.

Continué algo la conferencia sobre Herrera. La quiero humilde pero densa. (p. 142 – 144)

Jueves 2 (octubre)

Curioso sueño: Veníamos en auto por un camino extraño. Yo seguía a alguien –no recuerdo a quien, pero lo conocía (en sueños). Se interrumpe. Estoy en algo así como un picnic. Yo trepo por un montículo de arena cubierto de poca hierba. A veces parece una azotea. Abajo, enfrente, un grupo de personas. Frugoni (Don

⁴⁵ “La estrella incendiada”, fragmento de “La tormenta en los cerros”, de Mario Arregui. Apareció en “Marcha” N° 394, 29 de agosto de 1947.

Emilio), Machado⁴⁶, acaso Rey⁴⁷. Yo sé que aún no había saludado a Frugoni. Él trepa después de hincar (sic) un paseo que los aleja –y ve que retorno. Yo le digo: Sí, nos conocíamos desde el almuerzo en Santayana. Sí, me dice, borrachos. Nos damos la mano. Me despierto.

¿Vale la pena haber anotado esto?

Añadí algo a la conferencia sobre Cervantes. Pedí postergación para la conferencia sobre Julio Herrera. (p. 144 – 145)

Viernes 3 – octubre

Lectura de Menéndez Pidal: *La epopeya castellana*⁴⁸... Siempre admirado por la agilidad, la soltura, la elegancia de su saber.

Molesto por la Conferencia sobre Cervantes que me impide, además, trabajar bien en la conferencia sobre Herrera. (p.145)

Sábado 4

[...]

Ayer en lo de la abuela de Minye, oí conversar y contar anécdotas autobiográficas a Alondra Velí (no sé bien cómo escribir el apellido). Interesantísimos los sucesos y la particular manera de considerarlos. Merece una extensa anotación que trataré de hacer mañana.

(Me desaliento si pienso que tengo que escribir más de unas líneas. Me parece que todo cuanto hago se lo estoy robando a la conferencia sobre Cervantes que, por otra parte, no consigo que me interese lo suficiente.) (p. 145 – 146)

Domingo 5

Quiero tener presente esto: no debo publicar este diario. Acaso pueden publicarse páginas, pero sólo lo referente a un tema determinado, etc. (como ocurre en “Presente perdido”). La lectura de algunos pasajes del tomo IV del *Journal* de Gide me hace lamentar que haya publicado antes. Ese último tomo se resiente de la suposición de un público lector. Hay actitudes de defensa, de explicación, etc. que en parte la superficializan.

Habiendo llegado Gide a tal sitial de importancia correspondía, mejor, la publicación de algo así como una revista personal (El *Fermentario* tal como lo pensó inicialmente Vaz Ferreira) que lo purgara de esa necesidad de comunicarse con el público y le permitiera reservar para el diario su pensamiento en un tema más íntimo.

46 Posiblemente se refiera a Lincoln Machado Ribas.

47 José María del Rey Sánchez, latinista y poeta, autor de *Desamor* (1931).

48 *La epopeya castellana a través de la literatura española*, recopilación de conferencias dictadas en 1909 por Ramón Menéndez Pidal.

A medida que se avanza en el *Journal* se tiene la impresión de que Gide fue perdiendo su posibilidad de intimidad. Pero esto no es precisamente lo que quiero decir.

Ver la posibilidad de escribir el diario de Alondra Velí. Su llegada a la escuela, sus reacciones, etc. *Sauce solo* es además un hermoso título. Faltaría cerrar el relato.

En realidad no cabría en un cuento. El baile (¿Dónde me [¿?] los pies, Srta.?) el rancho – el mejor de *Sauce Solo*, etc. (p. 146 – 147)

Martes 7

Ayer fue, en fin, la conferencia sobre Cervantes⁴⁹. A pesar de mi malhumor de los últimos días, fue, me parece, oportuna. Su lectura me agotó –no tenía alto-parlante y un telón muy cercano, detrás de mí, absorbía mucho.

Fueron curiosas algunas de mis impresiones. Apenas la voz se me aclaró –la tenía velada, antes de comenzar– sentí que, *si quería*, dominaba el teatro. Fue una curiosa forma de sensualidad. Sabía que las galerías estaban llenas de estudiantes de secundaria y que apenas uno se sintiera incómodo y hablador, todos harían lo mismo. Sin embargo sentí que si me preocupaba de tratar de hacer entender, si ponía en tensión la voluntad, no se distraerían. Así leí unas cuantas páginas. Traté de imaginar algunos simples gestos que ayudaran la imaginación del auditorio y los hice. Pero luego comencé a cansarme. Debía hablar con toda mi voz y eso me fatigaba. Simultáneas a mi cansancio oí algunas toses en el teatro. Sentí que si me dejaba dominar, se me iba el teatro de entre las manos. Entonces volví a esforzarme y me preocupé de mantener esa tensión hasta el fin. Por un momento pensé si mi esfuerzo no se haría monótono. Entonces, sin dejar de esforzarme me preocupé por matizar la voz. Callarme. Iniciar un párrafo despacio, acompañado por un gesto. Y luego levantarla de nuevo. Pero empeñado en que mi pensamiento se siguiera, actuando como si lo que yo decía, lo acabara de pensar, lo estuviera descubriendo. En un tono de “¿Ven? ¿se dan cuenta? ¡Pues es así!”. Así terminé.

[...]

Faltaría mucho por anotar todavía: cómo reconocía, en la sala en penumbra, a algunas personas, cómo intenté suponer qué pensaban; cómo pensé si verían mis pantalones demasiado subidos, debajo de la mesa, dejando ver los calcetines sin ligas, etc.; cómo hubiera querido mirar al palco donde estaba Minye y cómo pensé que era un gesto que la sala vería demasiado bien (tenía que girar mucho la cabeza). etc, etc. (p. 148 – 150)

Miércoles 8 (octubre)

49 Conferencia “El Quijote”, ciclo dedicado al Centenario de Cervantes, en sala del SODRE.

Tomé anoche algunas notas en la libreta de hojas móviles –para “El escritor”–. Veo bastante bien delineada la primera parte, sobre la que tengo las notas y luego el esqueleto de lo que sigue.

Intenté comenzar el cuento. Inseguro. Malas frases iniciales. Como siempre, cuando eso me ocurre, aprensiones, casi supersticiones. Muchos deseos de creer que no tuve fortuna porque comencé a sacar notas con lápiz, mientras que siempre lo hago con tinta. Es la aprensión que me alejó tanto del trabajo de imaginación durante este último tiempo. Temo demasiado el desaliento y la angustia que me produce el hacer algo que juzgo malo. Muy pronto me flaquea toda la confianza que siempre, en alguna medida, aunque a veces soterrada, es necesario tener para poder escribir.

Por eso me puse a pegar etiquetas en los cuadernos del diario y en los otros, con indicaciones, etc. Pienso que este verano, entre otros trabajos, hay uno que debería hacer: pasar a máquina los tres cuadernos del “Diario” (1942 – 1947) y pasárselos a Mario para que les dé una leída. Podríamos ver así, con más claridad, qué es lo que corresponde tachar. Aunque acaso hasta lo muy tonto haya que conservarlo para que el Diario no pierda su sentido de *verdad*.

A propósito de lo anotado recién advierto que si con tanta frecuencia exalto el trabajo de corrección, pulimento, concepción arquitectónica, etc. es que me es necesario *a mí*. Acaso mi temperamento tiende demasiado a la facilidad. Tanta mayor razón para que mi leyenda sea “*Ostinato rigore*”.

[...]

Esta tarde fuimos a una conferencia de Clara Silva. No recuerdo el tema, pero se anunciaba que “expondría su estética y haría comentarios de sus poemas, crítica del libro ya publicado –autocrítica– y de poemas inéditos” (¡!) No fue ni divertida. Pero en cambio hubo una sorpresa agradable. Estaba Bergamín⁵⁰ (con gesto de inevitable aburrimiento). El otro día, en el teatro, antes que saliera a la sala, me dijo Laura Escalante que él estaba en la platea. Yo recordé eso. Nos habían presentado, además, en la librería. No me reconoció y no me atreví a acercarme. Pero cuando estábamos en corrillo con Caputi se me acercó Dieste⁵¹ –ese “introdutor de embajadores” forzoso de todo español– y me dijo que Bergamín me quería conocer porque había escuchado la conferencia. Conversamos con él. Muy amable y con la relativa humildad de los hombres que están honradamente en su labor. Hablamos

50 En setiembre de 1947 Bergamín llega por primera vez a Montevideo para dictar una serie de conferencias en las salas del Ateneo (“El rostro y la máscara de la poesía en la literatura española” y “La musarafia y el duende [Mundo y transmundo de la poesía romántica]”), invitación obtenida a través de Eduardo Dieste. Grillo, R. M., *José Bergamín en Uruguay. Una docencia heterodoxa*. Véase también “José Bergamín recuperado”, E. Rodríguez Monegal, “Marcha” N° 407, 28 de noviembre de 1947. Por solicitud de Carlos Vaz Ferreira a partir del 2 de abril de 1948 se hará cargo de la cátedra de Literatura Española en la Facultad de Humanidades y Ciencias.

51 Eduardo Dieste, escritor y dramaturgo hispano uruguayo, fue también Cónsul en Gran Bretaña, Estados Unidos y Chile. Nació en Rocha pero cursó estudios en Santiago de Compostela residiendo en España durante un largo período. Su hermano Rafael participó en la guerra civil española y fundó la revista “Hora de España”, donde también escribía Bergamín.

algo de barroco español, pero sobre todo recibimos su impresión. Minye estuvo muy natural y sincera. Él quería hablar más despacio con nosotros, dijo. Lo invitamos a venir a casa y quedó encantado al saber de La Galatea. Quedará un mes más entre nosotros, o mes y medio. Cuando nos despedimos me recordó que lo encontraríamos llamando por teléfono al Parque Hotel.

Es muy delgado, flaco. Con el gesto un tanto desgarbado; nariz prominente, ojos serenos, sinceros, pero inteligentes. Entra con naturalidad a una conversación espontánea.

Ahora que lo imagino viniendo a casa pienso: ¿qué podríamos ofrecerle que le importe? Creo que los poemas de Minye le importarán. A él tienen que importarle. De mis cosas nada podré mostrarle, nada que se pueda dar en poco tiempo, como no sea la conversación, en la que no soy muy yo según creo.

Me regocija mucho la idea de que pueda conocer la poesía de Minye y le importe de verdad. Si eso pudiera hacerle algún bien a ella en cuanto a posibilidades de publicación... No me atrevo a imaginar en ese camino. Quiero pensar, tan sólo, en una tarde amena. (p. 150 – 154)

Viernes 10 (octubre)

Pasé dos horas retocando “Presente perdido”. Taché varias frases inocuas. Agregué algo. Advertí dos confusiones (malas réplicas) en el diálogo central que pueden perder al lector y que son consecuencia de haberme dejado arrastrar por la idea que me importaba a mí, más que la que le importaba a los personajes.

Creo que me estoy inventado inhibiciones para “El escritor”. No puedo darme cuenta a qué se debe mi reacción de alejamiento cada vez que me propongo trabajar en él. Tomé notas: útiles. El plan es correcto, creo que ajustado. Cierto que hay un diálogo central muy difícil (entre los dos amigos) pero, de todos modos, el comienzo no tiene muy graves dificultades ¿a qué se debe mi reacción? (p. 154 – 155)

Lunes 13 oct.

Ayer, en casa, los Arregui, Chacha y Maneco. Imposible –y lamentable– no poder registrar las conversaciones que, desde las 3 y media de la tarde, se prolongaron hasta las dos de la madrugada. Lecturas y comentarios. Conocieron poemas de Minye, creo que con sorpresa. “Presente perdido” que leí, parece ser ininteligible para la audición.

Escribo ahora, solo con la intención de hacer algunas frases antes de ponerme a continuar “El escritor” del que en la libreta de hojas móviles tengo ya varias páginas. Esas páginas iniciadas van por un camino absolutamente diferente a los otros dos relatos. Eso hará en algo más inesperado el fin. Creo que sería conveniente, al terminarlo, luego aún de la frase clave –que va entre guiones– una escena brevísimamente vista– en que queda comprobado que todo era ficción de ficción. Algo voluntariamente torpe (que el escritor se levante de su mesa para ir a cenar,

vgr.), que rompa la continuidad (las perdices que se asaban en el de Don Illán de Toledo, del Infante Juan Manuel⁵²).

Un modo de explicarse algo en el debate sobre el americanismo de Darío: pensar que no podía ser ostensiblemente, temáticamente americano, porque en este mundo primitivo y en formación no hallaba expresión su refinamiento secular. Es más maduro que su tiempo. Atraviesa lo contingente americano para ir a dar en lo profundo americano.

Piénsese en la actitud típica de América: un indio en cuclillas, un gaucho sentado sobre una cabeza vacuna tomando mate, y se comprenderá que su desapego de lo presente no es sino una forma de ser más americano. (p. 155 – 157)

14 oct. Martes

Ayer, por fin, fui a lo de Guillot. Estaba la esposa de Álvaro –a quien no conozco– que acaba de llegar con sus hijas de Canadá. Estaba la madre de Guillot (Sarita, en la conversación). Es una maravillosa mujer. Cumple ochenta años dentro de poco –mi memoria suele alterarme datos de estos– e intervino en una ardiente discusión sobre Malraux con su experiencia de lectura atenta de sus novelas y con un conocimiento de la vida y andanzas del escritor mejores –sin duda– que los míos. Del mismo modo que cuando la representación de *Phèdre* justificaba brevemente, y denunciando un conocimiento serio, su poca simpatía por el teatro francés.

Vuelvo a padecer falta de tiempo. La conferencia sobre Herrera y Reissig debiera ya estar pronta. Solo tengo ocho días para terminarla y quisiera que tuviera una densidad que el poco tiempo de que dispongo va a impedirme. Sin embargo, me demoro anotando en este diario. Es que ello –no sé bien por qué– me reconforta de alguna manera. (¿El camino de la facilidad, de la mínima resistencia?)

De noche: en rigor, ya 15 (Es la 1.40)

Venimos del café donde leí a los Arregui y a Müller, las páginas que tengo hechas del cuento. Arregui observó excesiva morosidad y ausencia de una personalidad: el personaje demasiado nebuloso. Y bien, eso delinea mejor el posible desarrollo del cuento. En la segunda parte ese personaje se realizará, pero será ficción, y sus actos decisivos, que lo logran, que hacen que se realice, sólo existen en el cuento del escritor, no en su vida... Al fin, vuelve a la nada. (p. 157 – 158)

15 octubre Miércoles

Para hacer el cuento (“El escritor”) me parece que debo dejarlo madurar. Así como “El eco” pudo salir recién ahora, me parece que el episodio central de éste, no lo puedo realizar si no lo pienso desde otro ángulo y en otro tiempo. (p. 159)

⁵² “De lo que sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro de Toledo”, Exemplo XI de *El Conde Lucanor*.

16 octubre – jueves

Ayer me encontré en el Ateneo accidentalmente, con Pereira Rodríguez, que me propuso un viaje a Tacuarembó como enviado del Consejo para intervenir en el ciclo cervantino con la conferencia que el 6 dicté en el SODRE. Como la conferencia del SODRE no fue transmitida, hay menos escrúpulos para repetirla en otro lugar tan alejado.

Además de hacer la novelaría de hacer un viaje exclusivamente para decir una conferencia, hay otro motivo que me satisface mucho. Justamente ayer de mañana me proponía Spencer Díaz⁵³ un viaje a Sarandí Grande, para dictar algunas clases en el Instituto Normal que allí se creó. Había él recibido la visita de un profesor que pedía ayuda para su labor y que le habían hecho sentir cómo se sentiría allí la visita de profesores de la capital que fueran a alentar, a dar una o dos clases, etc. Se trataría de contribuir, simplemente mediante lo que nosotros tenemos de mejores –en lo cultural– debido al medio y ofrecerlo en los ambientes donde, no por nuestro valor personal, sino por simple contraste de ambiente, podemos ser útiles y eficaces. Me había parecido egoísmo negarme. Creo que dar por allí una clase simplemente como la que dictamos casi a diario en Preparatorios, puede ser muy valioso. (p. 159 – 160)

Viernes 17 – (octubre)

Relectura parcial del ensayo sobre *Hamlet*. Debo detener a Rama: impublicable. Es sorprendente hasta qué punto es limitado el influjo que sobre nosotros tiene la crítica de los amigos. El estilo de esas páginas me fue observado primero por Minye, luego por Bordoli, luego por Rama. Me pareció que lo que decían era verdadero, pero no lo sentí como lo siento ahora, que advierto que es *impublicable*. De una pobreza de expresión que yo no estoy jamás dispuesto a tolerar en los demás.

La constatación de siempre: escribir es mucho más difícil. Con qué facilidad se deja uno arrastrar a suponer que ya puede escribir con soltura algo, porque escribió otra cosa bien. En cada página que se escribe se empieza de nuevo. Cada frase que se añade exige, otra vez, de toda nuestra tensión espiritual y de nuestra lucidez.

Apenas está pronto a alzarse en nosotros un cierto orgullo (en algunos casos algo justificado) el camino de la creación queda entorpecido, y no queda más camino, otra vez, que la estricta humildad. En literatura haber hecho no es hacer. (p. 160 – 161)

Sábado 18 – oct.

Ayer de tarde, luego de las clases, fuimos a la conferencia de Bergamín⁵⁴. Su amabilidad no tiene, para nosotros, precedentes. Según me dijo Dieste preguntó

53 Spencer Díaz (1905 – 1994), profesor de filosofía y ensayista.

54 “La línea amorosa y la mística (Garcilaso, Herrera, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, los Fray Luis)”, conferencia disertada en el Ateneo que formaba parte del ciclo “El rostro y la máscara de la poesía en la literatura española”.

cómo es que no nos veía, y ayer, de prisa, luego de volver a preguntarnos eso, y aclarar. – “Sí, ya me dijeron que le coinciden las clases”, agregó, “Bueno, ¿y cuándo nos vemos, entonces?” Combinamos para el miércoles próximo. Yo tendré que faltar a mis clases de ese día.

La conferencia de ayer fue buena de verdad. Como nos anotaba Frugone no tiende a ser un conferenciante, puesto que carece de facultades histriónicas. Su conferencia pues, vale, de manera particular, no sólo por lo que sabe –y es evidentemente un excelente estudioso– sino porque a lo largo de toda ella se advierte que está teñida de su propia personalidad, que se manifiesta por moderados y eficaces matices.

Pensamiento sostenido en hondura y una flexibilidad que sus libros dejan ver solo en su manera más externa. En los libros es más brillante. En sus conferencias es más opalino y también más fino y delicado.

No sé bien porqué, sentí algo parecido a una molestia cuando le oí repetidas veces la indicación de que la poesía es palabra estremecida. Pensaba acaso yo en mi “Poesía y magia”. Hubiera querido interrumpirle para conversar algo de eso y luego seguir.

[...] (p. 162 – 163)

Domingo 19 de octubre

Poco que anotar. Desaliento.

Releyendo páginas de este cuaderno, a propósito de ciertos conceptos sobre clasicismo necesario, advierto la posibilidad de tener en cuenta otros hechos. Yo observaba, en esas páginas, que acaso podría hablarse –aquí, entre nosotros– de un desconcierto creador que venía de la carencia de tradición. Sin embargo, ya tenemos, en América, tradición. Ya tenemos pasado nuestro, con sentido propio. Tenemos poetas y novelistas y cuentistas etc. Y ese hecho, sin embargo, no invalida la observación anterior: carecemos de tradición. ¿Por qué? Creo que ello se puede deber a algo así como la falta de cultura ambiente. Nuestra cultura es, en lo fundamental, universitaria, y aunque es bueno y sano, que los programas universitarios dirijan al estudiante a Dante, a Homero, a Shakespeare, etc. no es menos cierto que a partir de ellos, inmediatamente, no se puede elaborar una cultura inmediata. Falta el conocimiento y la frecuentación de lo que nos puede enlazar de manera más viva con los grandes universales. Creo difícil el entronque inmediato con los más grandes maestros. Para llegar a ellos se necesita una elaboración paulatina y pasos intermedios. Otros países, otras culturas pueden llegar, nosotros solo con dificultad. Ellos tienen a los grandes en su propia lengua, tienen imitadores de obras secundarias que van haciendo ver el camino para las más grandes experiencias. Nosotros no. Además nosotros padecemos una curiosa situación histórica. La revelación del camino propio se realiza en América, en varios sentidos, durante el siglo XIX (gauchesca, Martí, Montalvo, Sarmiento, Modernismo), pero apenas logrado el atisbo de ese camino, recibimos un fuerte influjo europeo de renovación:

los comienzos del siglo XX fueron para los países que más actuaron sobre nosotros, España y Francia, de convulsión, crítica, búsqueda. Ese gran terremoto de comienzo de siglo no rompió la continuidad de aquellas grandes culturas. Hubo grandes ejemplos que permanecieron indemnes al sacudón (Gide, Valéry, Martin du Gard, etc., etc.) pero lo más visible fue el terremoto. Este enseñó a desdeñar el pasado, a iniciar caminos, a poner en crisis todo. Era necesario renovar algo que se endurecía. Allá eso hizo bien, porque el peso y la grandeza de la tradición eran tales que no quedarían seriamente afectados, sino más bien enriquecidos. Aquí hizo mal. Se aprendió a desdeñar lo que apenas teníamos y más necesitábamos: la continuidad de la cultura en elaboración. Se quiso empezar de nuevo pero –con frase de Martí– con manjares recalentados. Los “ismos”, tan fecundos en Europa fueron aquí de acción negativa, y destruyeron mucho de los mejores esfuerzos de una generación (“La Pluma”⁵⁵ – “La Cruz del Sur”⁵⁶). Crearon una mala disposición de receptividad para los que siguieron el tercer camino (*Sombras sobre la tierra* desdeñada en un concurso: hostilidad u olvido de los jóvenes frente a Sabat y a Oribe).

Esa influencia de los ismos promovió, también, un estado de espíritu frecuente: la exaltación de la inconsciencia artística, y la promovió justamente cuando esa actitud ya había sido superada aquí con el ejemplo excelso de Julio Herrera y Reissig. (Y en otro aspecto: Rodó). (p. 164 – 167)

Lunes 20 (oct,)

Ayer de tarde dos o tres páginas más en la conferencia del 30 (sobre Herrera y Reissig). Luego fuimos al cine Carrasco: una película de James Mason, de excelente fotografía y absurdo desarrollo. (p. 167)

Jueves 28 – oct.

Ayer, miércoles, pasó la tarde con nosotros José Bergamín. Lo fui a buscar a las cuatro al Parque Hotel. Vinimos –por la Rambla– hablando –habló él– de la situación política mejicana. Me repetía – nos repitió también en casa– que nuestro destino sería el de una Suiza intelectual. Aspirar, por lo menos a ella.

En casa estaba ya Ángel cuando llegamos. Creo que se sintió cómodo entre nosotros. Cuando hablamos de americanismo –y yo expliqué muy brevemente, mi opinión de la conferencia sobre Herrera– compartió mis primeros términos, pero, además nos dio una lección. Nos hizo ver el problema desde otro punto de vista y así, mejor, no hubo problema sino falso problema. Nos hizo ver que en resumen, el problema del americanismo se reduce a una desviación, o un disfraz del nacionalismo.

55 “La pluma”. Revista mensual de ciencias, artes y letras, dirigida por Alberto Zum Felde y luego por Carlos Sabat Ercasty. Se publicaron 19 números entre agosto de 1927 y setiembre de 1931. Junto a “La Cruz del sur”, cumplió un importante papel en la difusión de la literatura vanguardista.

56 “La Cruz del sur”, revista de artes y letras fundada por Alberto Lasplaces y luego dirigida por los hermanos Guillot Muñoz. Se publicaron 34 números, entre mayo de 1924 y diciembre de 1931.

Tuve la sensación –Minye la compartió, según me dijo después– de hallarme frente a un maestro. No solo por la cantidad de cosas que sabe, que las cantidades, en esto, no son cosa importante, sino porque tiene sus puntos de vista para ver lo mismo, que son más levantados e importantes, que calan más hondo.

Tiene Bergamín un tono suave e íntimo en la conversación. Cobra una extraña y como paternal autoridad al decir, en voz muy baja y con gesto casi humilde = “No, no estoy de acuerdo.” Se oye entonces una explicación con toda la atención de que se es capaz. Y realmente, él había visto más. Uno, en la discusión, había olvidado, al razonar, ciertos planos generales necesarios que él mantuvo presente.

Sus discrepancias, por otra parte, no molestan en absoluto. Mantiene –cosa difícil entre criollos– respeto por la opinión contraria que, al resultar así merecedora de sus argumentaciones, se siente enaltecida y vencida.

Es cortés naturalmente, y muy amable. Dijo –le creo– que quiere volver a casa pronto. Creo también que lo hará. El sabe, por otra parte, la alegría que eso nos produce. Tratará de volver el domingo, o el lunes, o el otro domingo.

Nos despedimos hasta la conferencia suya de mañana.

Se me ocurre ahora si podría hacérselo ir al interior en el mismo viaje que nosotros, a dar una conferencia. Le gusta mucho viajar. ¿Acaso? Se lo propondré a Pereira Rodríguez.

[...] (p. 170 – 173)

Viernes 24 oct.

[...]

Esta tarde –luego de trabajar durante la mañana, aunque poco, en la conferencia sobre Herrera– asistimos a la conferencia de Bergamín.⁵⁷ Realmente excelente. Su interpretación –iluminación– de la figura de Lope fue finísima. Acentuó –anoto apresuradamente y sólo el esqueleto de las ideas– la temporalidad del teatro de Lope. Lope noveló el teatro, dijo, puesto que lo hizo ser transcurrir del tiempo, de un tiempo lleno de acción. Lo hizo movimiento (que es sentir el tiempo en lo espacial). Allí se muestra, no el carácter sino el alma de sus personajes, dibujados en el aire. *La Dorotea* es justamente, el fin de la vida, no trinchada en flor, como en *La Celestina*, sino marchitada por el tiempo. Y esa obra resulta clave de Lope, en ese sentido – leer la última canción.

Luego conversamos con Bergamín, que estaba muy contento– aunque insatisfecho por la forma de la conferencia–. Pidió a Minye copia del poema que ella le dio, lo que aún la mortifica tenazmente. Versos incompletos... el poema no está firmado, lo siente inválido y lejano de intolerable manera.

[...] (p. 173 – 174)

⁵⁷ “Cervantes y Lope de Vega”, quinta y última conferencia de un ciclo realizado en el Ateneo. Existen reseñas de todas ellas en el diario “El País” de octubre de 1947.

Domingo 26

Anoche, en el cine Renacimiento, un film alemán sobre María Estuardo. Hermosísimas fotografías y escenas de contrapunto que me hacen pensar con insistencia en el Eisenstein de *Alejandro Nevsky*. Las reconstrucciones arquitectónicas, los trajes, la fotografía, los movimientos, excelentes. No tan bueno –creo– el desarrollo mismo⁵⁸.

El film me hizo pensar en la extraordinaria libertad de interpretación que se presenta frente a un conjunto de actos. Podría concebir varios caracteres diferentes de María Estuardo que coincidieran, sin embargo, con un conjunto de hechos dados. ¿Existe la posibilidad de realizar con este tema algo en el tono de “Presente perdido”?

[...] (p. 175 – 176)

Martes 28

Asistimos, ayer a la conferencia de Alberti en la Universidad⁵⁹. ¡Qué diferente impresión a la recibida hace unos ocho años, cuando llegué a Montevideo por primera o segunda vez!

Era en la Universidad Popular⁶⁰. (p. 176)

Viernes 31

La preocupación de terminar la dichosa conferencia sobre Herrera, me alejó de este diario y me impidió contar cuán pobre y lamentable me pareció la conferencia de Rafael Alberti.

La conferencia se terminó al fin y ayer la leí a un público formado fundamentalmente por estudiantes de preparatorios, algunos amigos, y dos o tres, no más, personas conocidas⁶¹.

Fue, según me dijo Minye, mal leída. Mi impresión, al terminarla, fue muy curiosa. Un muy desagradable vacío. Sensación de que a nadie podría importarle lo que dijera. Impresión, además, de que es necesario, para realizar una conferencia satisfactoria, tener virtudes que me empeño en no tener o en olvidar. Mejor: manejar elementos que impongo intrínsecamente desdeñables, externos.

58 “El corazón de la reina”, con Zarah Leander, estrenada ese día en el cine Renacimiento.

59 Rafael Alberti inició el 20 de octubre un ciclo de cuatro conferencias bajo el auspicio del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social. La primera de ellas, en el Paraninfo de Montevideo, tenía por tema “Garcilaso, lengua fluvial de la lírica española”.

60 Díaz se refiere a la visita de Alberti a Montevideo el 16 de octubre de 1940. En la ocasión el poeta español leyó poemas de su libro “Entre el clavel y la espada” en la Universidad Popular, en salones de la Facultad de Derecho. El impacto que produjo en Díaz tal evento se refleja en su soneto inédito “Brumas en batalla”, escrito ese mismo día y dedicado a Rafael Alberti. Véase también “Autobiografía”.

61 La conferencia fue dictada en el Paraninfo de la Universidad, en acto organizado por la Sociedad Amigos de Francia. Fue publicada en 1948 con el título: “Una conferencia sobre J. Herrera y Reissig: contactos entre Julio Herrera y Reissig y la poesía francesa”, en los “Anales de la Universidad”. Montevideo, N° 162.

Ocurre, además este hecho curioso y paradójico: la creencia de que una conferencia debe ser *más* que una clase, y, por ello, la enfrío, la oriento hacia dos o tres puntos que me parecen nuevos. Pero el público tipo de una conferencia sentiría como novedad lo que es labor diaria de una clase.

Por otra parte, la conferencia leída me hace ser menos que lo que soy en una buena clase. Me incapacita casi para el entusiasmo. Mucho mejor debe ser realizarla en breve en anotaciones ya que de esa manera la exposición resulta naturalmente caldeada por el esfuerzo intelectual que se realiza al exponer. Es una exposición en caliente, donde las frases se van moldeando por el esfuerzo del conferenciante, y ese esfuerzo otorga, a la palabra un valor contagioso de cosa viva.

De todas maneras me parece que valdría la pena completarla y publicarla. Creo que hay algunas afirmaciones valiosas. Veré la impresión de algunos amigos, como Dotti y Ángel, de tan diferente temperamento.

Hoy, esta tarde, daré mi última clase de preparatorios. Solo queda después, hasta el 15, Secundaria.

Indispensable terminar lo inconcluso: “Poesía y Magia”, *Bécquer*, “Presente Perdido”. ¡Trabajar!

Rehacer, enteramente, “Hamlet”.

Pereira Rodríguez me ofreció sus materiales –que son muy valiosos– para realizar una monografía sobre el Simbolismo en el Uruguay. La voy a realizar (Se llama a concurso).

No quiero sin embargo, hacerme ilusiones sobre mis proyectos. Por otra parte es inútil. Casi todos los fines de curso me propongo realizar lo que después no realizo. (p. 176 – 179)

Sábado 1º de noviembre

Ayer excelente conferencia de Bergamín que versó sobre Calderón y Gracián. Llamó a Gracián “burladera del pensamiento” (burladeras son unos botijos que tienen tapados sus orificios naturales y tienen escondidos otros que son los que dejan salir el agua cuando el sediento la espera por los primeros) “burladera del pensamiento que nos deja la sed.”

Señaló también en un justo juego de palabras el parentesco entre Calderón y Lope: “El teatro nacional de Lope pasa a ser el teatro *nacional* de Calderón”. Cuando Lope estaba diciendo que la vida no es sueño, en *La Dorotea*, el joven Calderón ya afirma *La vida es sueño*.

En cuanto a esta pieza hizo un análisis ágil y ejemplar de la primera página para mostrarnos la agilidad con que nos inunda de cosas y nociones ya el poeta en el primer minuto de recitado.

Sostuvo –y esto fue muy interesante y habrá que releer la pieza pensando en ello– que Rosaura es un personaje *genial* y tan importante como Segismundo. Lo medular de la comedia es que sea el amor –el amor por Rosaura– lo único que permanece en Segismundo cuando ya sueño y vida quedaron confundidos.

Dio Bergamín esta conferencia con más agilidad, con más calor que las anteriores.—era la última de este ciclo.

El domingo vendrá a pasar la tarde con nosotros y prepararemos la publicación de una *plaque* en La Galatea.

Tengo además que pedirle consejo para la posible publicación de “Poesía y Magia”.

Otra observación que puede entroncarse, acaso, con la que anotaba en nota del 19 de octubre, es esta que hoy de mañana le indicaba a Maneco en su casa:

Nosotros no tenemos tampoco las formas exteriores que reflejan la tradición. Por lo menos no lo tuvimos. Carecemos —y no es hecho poco importante— de verdaderas editoriales, de verdaderas revistas, de todo aquello que hace cristalizar la cultura. Empleo el verbo cristalizar a sabiendas de que tiene también un cierto alcance peyorativo. Pero hay que saberlo y hay que decírselo, adolecemos, a la par que valemos, por nuestra condición de escritores *amateurs*. No se me oculta lo valiosa que es, lo fecunda, lo honda, lo sincera, la actitud *confesional* del escritor que escribe determinado, absolutamente, por su *necesidad*, por su imperativo más íntimo de expresión. Se consigue, por este camino, que lo que determina la existencia de una obra sea, absolutamente, alguna forma de necesidad brotada espontáneamente del individuo. Sé que hay necesidades —es cierto— que brotan espontáneamente del individuo y no son buenas. Hay motivos tonta e inexcusablemente bajos, por ejemplo, ser poeta.

Pero, en general, la obra tiende a ser honesta en un determinado plano.

Mas, eso que hay de bueno en el escritor *amateur*, que hace que cuando se ponga a escribir se ponga a realizar la obra más grande del mundo, con una profundísima sinceridad, con un desarraigar desde lo más hondo de su pecho, en otros sentidos es malo.

Es malo porque así no se aprende nunca a escribir y eso —quieran o no los sentimentales— se aprende. Se vive en una permanente actitud de aprendices. La voluntad de crear, y la exigencia de lucidez, quedan, por ello, disminuidas.

Además, la obra es una permanente tendencia a la perfección y ¿cuántos de nosotros tenemos voluntad suficiente para llevar al último desarrollo posible un cuento que no se va a publicar o que va a terminar en un semanario que van a leer cincuenta? ¿Quién puede preocuparse de ultimar una novela que luego va a costar años de esfuerzo publicar? ¿Quién va a estructurar sus juicios, reordenar y organizar sus criterios a propósito de un tema si ese ensayo posible— jamás realizado— no se va a publicar jamás, si nunca va a servir de prólogo a la obra a que se refiere?

La existencia de un complejo cultural social y práctico provoca la necesidad de que todos los que son una posibilidad vayan aflorando, porque hay lugar para todo. Se autodetermina un mayor consumo y por lo tanto, al aumentar la demanda, todos han de ser probados. No importa la escoria. No importa tampoco la abundancia de los mediocres. Importa que en todo ese conjunto aparezca lo que va a quedar. La demanda suscita, provoca, ayuda.

Hay quienes, muy puros y fuertes en lo esencial, son débiles y torpes en lo secundario. La publicación es para ellos una gran aventura que por fuerza tienden

a no realizar. El ambiente *amateur* puede matar, en estos, un gran escritor. Algo que, desde un ángulo moral es una virtud, puede perjudicarlos. Hay quienes deben realizar gran esfuerzo de *dedicación* para poder manifestar lo que llevan. En un ambiente como el nuestro también tienden a morir.

Se dirá que todo esto lo supera el verdadero valor. ¿Y quién lo sabe? ¿Es acaso forzosamente el mejor, por algo, quien tenga sobre todo voluntad de afirmación? ¿Acaso no es esto de lo más discutible? (p. 180 – 185)

Cuaderno IV

(Noviembre 1947 – noviembre 1948, 232 folios)

Noviembre 2

Esta tarde –domingo– pasará también con nosotros J. Bergamín. Quisiera poder mostrarle cosas mías, y comprendo la casi imposibilidad de ello. Sin embargo, ayer se me había ocurrido leerle cuatro páginas de algunos de los capítulos de “La Hechizada”¹, de la novela inconclusa.

Tengo que preguntarle, además, cómo pueden reaccionar en “Cuadernos Americanos”², al envío de material, y debo pedirle direcciones –la suya, desde luego, y la de sus amigos españoles, las de revistas en español en América y EE.UU.

Ayer, lectura, en “Marcha”, de una página de Carlos Martínez Moreno³. No la encontré muy buena. Probablemente haya que juzgarla como parte de un relato mayor y cumpliendo un oficio que el lector del fragmento ignora. Probablemente los elogios –casi desmedidos– que Mario me hizo de él el último día que nos vimos, me puso en un tono de exagerada exigencia.

“Clinamen”, en su último número⁴, mejoró muy sensiblemente sobre los anteriores. Material más breve y más condensado –salvo el artículo de Carlos Rama que presiento pesado. En ese número “Narciso” de Minye y “Los mundos mutilados” de Arregui. Una buena manera de mejorar la revista: más artículos, más breves y más condensados. Consecuencia personal: el artículo sobre “Hamlet”, debe ser rehecho para la mitad del espacio. (Creo que es posible hacerlo –aunque cueste– sin perder ninguna idea; tal cual escrito está). (p. 1 –2)

Noviembre 3

Ayer pasamos con Bergamín desde las tres de la tarde –hora en que le fui a buscar al hotel– hasta las 3 y media de la mañana, hora en que lo volvimos a dejar en la puerta del mismo.

El rostro de Bergamín es cambiante. Y me parece que ese cambio tiene que ver con su espíritu ¿o será mi manía de querer ver el alma por el rostro? De pronto,

1 La novela “Hechizada” se perdió. Se conserva, en cambio, en el Archivo Díaz, un artículo autocrítico, “Conocimiento y formas de la Hechizada”.

2 Revista bimestral, de reflexión y debate sobre temas americanos, fundada por un grupo de intelectuales mexicanos y españoles en 1942. Fue su primer director Jesús Silva Herzog.

3 “La vía muerta”, cuento de Carlos Martínez Moreno, en “Marcha” N° 403, 31 de octubre.

4 Se refiere al N° 3 (Julio – agosto 1947). Hay en este número artículos sobre J. P. Sartre y Alfonso Reyes. Se publica “Narciso moribundo”, poema de Amanda Berenguer (Bellan de Díaz) y “Los mundos mutilados”, cuento de Mario Arregui. Se reseña *Días y noches* de Líber Falco, por Ida Vitale; *Unamuno su tiempo y su España*, de Jacinto Grau, por Manuel Claps; *Dos fantasías memorables*, de H. Bustos Domecq, y *Un modelo para la muerte*, de B. Suárez Lynch [Borges y Bioy Casares], en “Dos cuentistas argentinos” por E. Rodríguez Monegal.

serio, atento o pensativo, con su figura alargada y delgadísima, tiene algo de ascético y torero. Se le siente entroncado actualísimamente, con la tradición senequista. Al través de esa máscara de su rostro, se adivina la calavera que le imprime los movimientos decisivos—. Yo lo siento entonces de manera tan adusta, que no sé en qué plano ponerme para tener derecho a responderle, a hablarle. Me siento muy liviano y como inconsistente cuando lo veo así.

Pero también de pronto, desaparece la máscara, la calavera deja de imponérsele, deja en libertad las líneas de su rostro que se hacen danzarinas y festivas. Se acumulan las pequeñas arrugas en torno a su nariz —que solo entonces se advierte— simpática y gozosa, la boca se achica y se le siente con un viboreo de niño vivo. Incluso todo su cuerpo parece insinuar —sin salir del sillón en que estaba sentado— una voltereta. Su alegría es entonces necesarísima. La necesaria corroboración del otro rostro. Yo creo que su alma es igual.

La obra que me leyó —*Melusina y el espejo. Una mujer con tres almas* (tiene otros dos títulos)⁵, tiene todo eso. Es un juego escénico muy movido y ágil, de colorido: en un verso muy teatral (como él quiere) y reverberante, tiene un trasfondo de angustia —la angustia que deja la alegría falaz del muñeco— que me parece acondicionarse con lo que su rostro refleja: con sus dos máscaras.

Hablamos de las ediciones de “La Galatea” para la que nos dio un libro de aforismos (*El empedrado del Infierno*).

Hablamos también ayer con él de la posibilidad de trasladar la editorial Séneca a Montevideo: todo sería cuestión de totalizar un capital de \$ 50.000. Pensé en hablarle a Guillot para interesar al presidente (Batlle Berres). Y me cité ya para ello con él. Luego veremos al mismo Bergamín en la conferencia de Alberti.

Pienso que sería hacerle realmente un favor grandísimo a nuestra cultura, conseguir semejante cosa. (p. 2 –4)

Martes 4 (noviembre)

Esta mañana Guillot tratará de hablar con el Presidente después de haber hablado ayer con Bergamín, y esta tarde a las dos me enteraré del resultado.

Ayer, mientras estábamos en la sala de la Universidad, el profesor X se me acercó para pedirme, de parte del Rectorado o de la Secretaría de la Universidad, la conferencia sobre Herrera, que va a ser publicada en los “Anales de la Universidad”. Tengo tiempo hasta el próximo lunes para hacerle los retoques o ampliaciones necesarias.

Un día malo me deparó una tarde y una noche admirables. Como si en el hastío de los exámenes de todo el día se hubiera ido gestando, gratuita, inesperadamente, el fruto espiritual. Y éste llegó en la presencia de Bergamín. Ahora digo con humildísimo orgullo: nuestro querido Bergamín.

⁵ *Melusina y el espejo* o *Una mujer con tres almas* o *Por qué tiene cuernos el diablo* (1952).

La conferencia de esta tarde no fue de las mejores. Se advertirá que desparrahaba simiente cuya florecer iba a recoger en la del próximo viernes.

Luego nos citamos para las diez y media, y allí llegó –al “jardín”– con un matrimonio argentino con quien había cenado.

Se habló de toros. Se habló –esto fue ya más importante– de escritores que conoció –Gide, Malraux, Iliá Erembúrg–. Su testimonio es finísimo y hondo. Caldeado de una visión humana muy penetrante. Y luego, cuando el matrimonio se retiró Minye aventuró una afortunada pregunta: ¿Por qué es católico? Pregunta que no podía tener respuesta en sí, como no fuera la que en primer término dio: Porque sí. Pero entre la historia de su fe, fue amaneciendo el hombre. Casi me da pudor, no sé por qué, tampoco por quién, tratar de aclararme así por escrito mi emoción de ese momento. No es su historia misma, sino su propio modo de verse. Su desnudez ante sí mismo: por consecuencia su soledad –a la que teme. Su crisis religiosa que le impide ser buen católico –por lo mismo que lo es bueno– desde la guerra de España, es su problema. Pero no tiene sentido que intente ahora explicar eso en sí. Yo quisiera darme para después, a mí mismo, testimonio de Bergamín, de ese Bergamín que es mucho más hombre que escritor –él mismo nos lo decía– y que he sentido, hemos sentido esta noche, dolorido, solo, angustiado, ofreciendo una amistad que no se sabe con qué levísima y segura mano recoger.

El otro día yo escribía algo de su rostro que me decía de su hondura senequista. Y es más. Hondo y desnudo, con el alma como único sostén: ¿A dónde iré que no tiemble? (Es su lema.) (p. 4 – 6)

Jueves 6 (noviembre)

Hoy perderé mi mañana en las pruebas para profesores agregados en dos clases del liceo Rodó. Y necesitaría trabajar.

Tengo entre manos: copiar las conferencias sobre Cervantes y sobre Herrera para darlas a la imprenta. Copiar “Presente perdido”. Preparar un saludo a Bergamín que me pidió Sabat para que lo substituya en una conferencia del Centro de Estudiantes de Derecho.

Ocupado con la posibilidad de esfuerzos editoriales. No solo Séneca. Esta noche cenamos con Bergamín y me propuso la constitución de una revista “Concierto”, de América, con sede en Montevideo, y subvencionada con capitales de los gobiernos americanos, fundada por dos o tres países primero, a extenderse después por América. Este es el otro punto que tendremos que proponerle al mismo Presidente mañana, con Guillot.

La creación de “Concierto” sería algo como instituir auténticos lazos de cultura y mutuo conocimiento entre los países democráticos sud y centro americanos. Tendría un panorama ampliamente cultural, científico y literario.

Yo creo que es imposible que el presidente se niegue a semejante cosa. (p. 7 – 8)

Sábado 8 – Tacuarembó – A media noche.

Imprevistamente, nos hallamos ahora a 450 kilómetros de nuestra casa. Ayer a las 2 de la tarde, me enteré por Llambías que debíamos salir esta mañana a las 8 para ésta, donde leería la conferencia a la tarde⁶. Y así se hizo. Perdimos, por ello, algo que debió ser muy bueno; el encuentro de Bergamín con Paco. Habíamos concertado cenar juntos (“la rueda de Melusina”, como él dice). Y de la cena fuimos al café Metro, a donde iba a ir Paco que llegó recién a las 12. Y nosotros teníamos que madrugar... (p. 8)

Domingo 9 – Tacuarembó

El cansancio de ayer me impidió escribir más. El viaje en ferrocarril es casi intolerable: 8 horas consecutivas. Luego la conferencia y luego una cena con los profesores del liceo que nos recibieron muy afectuosamente. Escribo esto ahora tranquilo y ya descansado, mientras tomo mate en la puerta del hotel. Es una calle de pueblo pero hormigonada, con sus casa bajas, su sol abierto, su tranquilísimo permanecer.

No sé qué haremos esta mañana, pero el viaje de retorno lo dividimos en dos. Una etapa hoy después de almorzar hasta Paso de los Toros en auto. Nos lleva el director del liceo de Paso de los Toros. Y mañana de mañana, la etapa más larga, pero ya reducida a 6 horas.

Estoy satisfecho de haber hecho este viaje, pero estoy, además, como vacío. Escribo esto porque sé que luego me servirá para recordar mejor, pero nada más; no porque tenga ahora que decir algo, ni me produzca placer decirlo.

Martes 11 – Montevideo

Mis anotaciones de hoy tendrían que ser largas y escrupulosas. El viaje a Tacuarembó, en primer término, nos hizo conocer realidades que ignorábamos en absoluto. O que al menos solo conocíamos por reflejos. Campos y campos desolados, sin ni siquiera, en gran parte, ganado. Kilómetros y kilómetros sin ver un hombre. Ciudades, como Paso de los Toros, de 15.000 habitantes, estranguladas entre estancias que terminan a dos cuadras de la calle central (18 de Julio). Ausencia, por lo tanto, de chacras, etc. La ensalada que comíamos llega allí desde Montevideo, a 300 kilómetros de distancia (Tres veces la distancia Montevideo – Piriápolis). Los estudiantes no tienen, seguramente, libros. No hay librerías. Las bibliotecas son paupérrimas. Ofrecí conseguir que mandaran revistas desde aquí, “Clinamen” y “Anales del Ateneo”⁷.

Sería cosa de seguir por varias páginas.

Sería también necesario hacer algo, no sé lo qué.

6 Se trata de “Cervantes en su centenario”, conferencia que dictara en la ciudad de Tacuarembó enviado por el Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria.

7 “Anales del Ateneo del Uruguay”, revista mensual de cultura que se publicó entre 1881 y 1961.

No hay en Tacuarembó más que un escritor, un poeta, empleado, a quien no pude conocer porque estaba en la cárcel, había hecho un desfalco. En Paso de los Toros no hay quien escriba. Solo un periodista de los pequeños diaritos de campaña.

Anoche, cenamos con Maneco y Chacha. Interesantísima conversación sobre el problema religioso, que, me parece, es para mí –salvo que lo entienda muy mal– el problema de la escritura.

Mi devoción existe, yo creo; pero de manera vaga, creo en algo que tiene que ver con esto que ahora hago. Naturalmente que no podría decir que mi religión se cumple escribiendo un cuento. Pero se cumple cuando pienso en la escritura. Desasosegado me hallo si no puedo anotar algo cada día. Es, cuando escribo, como si me depurara y me dispusiera a la presencia o a la devoción frente a una forma de valor que me envuelve y me sobrepasa. Da sentido a mi vida, aun cuando –y esto es importante para mí– aun cuando mi obra no fuera valiosa. Lo que requiero sobre todo es que sea artísticamente sincera, y se realice con el empeño, con el compromiso de todas mis posibilidades.

Decía yo ayer a Maneco que acaso el cristianismo, tiñó todo el mundo occidental, se desparramó en gran cauce procesando y multiplicando sus afluentes. Yo tomo el cristianismo y aún la religión en un cauce derivado, y, por ello, los encuentro aparentemente opuestos a la iglesia. Creo que tendría que esclarecer esto e intentar la manera de verlo mejor, sin desajustes, o los deslizamientos de un plano a otro, en que ahora los veo. (p. 9 – 12)

Miércoles 12 – (Mont., noviembre)

Anoche tomamos un vermouth con J. Bergamín y hablamos de la posibilidad de realizar un homenaje a Unamuno en la Galatea, con la publicación de una carta inédita de Don Miguel a Bergamín, que tiene el original de cuatro sonetos, un prólogo de Bergamín mismo, y una carta de Landsberg de homenaje a Unamuno. Se añadiría la reproducción de una fotografía de don Miguel que ofreció Bergamín.

Sería un hermoso homenaje al gran vasco. Tenemos el problema de ver de relacionar la publicación de “La Galatea” con la de “Clinamen”.

Esta noche podremos precisar más cenando, como lo proyectamos, con J. Bergamín y A. Rama.

Salió ya el primer número de “Escritura”, de muy buena presentación externa⁸. Maggi, que me recordó hoy la necesidad de trabajar para ella, me prometió darme esta tarde un ejemplar.

Nada aún de la entrevista entre Guillot y el presidente.

8 “Escritura” se publicó entre octubre de 1947 y noviembre de 1950. Su equipo de redacción estaba compuesto por Julio Bayce, Carlos Maggi y Hugo Balzo, y tendrá como colaborador permanente a José Bergamín. El artículo de Carlos Maggi se tituló “Nueva literatura uruguaya” (que Díaz comenta en la entrada del 13 de setiembre de 1947, Cuaderno III) se publicó en el N° 1 y está considerado uno de los primeros manifiestos de la generación del 45. Fue el inicio de una larga polémica que se sucedería durante dos años en distintos medios.

Pienso, para “Escritura”, en dos posibles artículos: Lo americano, o... (hay que buscarle título, es el tema sobre el que vengo anotando en el diario) y “Devoción y escritura” (una profesión de fe literaria).

También podría darle “El eco”. “El escritor” no sé cómo terminarlo. Acaso valga la pena revisar algunas páginas de “La hechizada” (frag. de novela) (p. 12 – 13)

Jueves 13 (noviembre)

Hubo en la cena de anoche con Bergamín varios momentos interesantes y valiosos. Fueron cuando se discutió *El Deslinde*, de A. Reyes y cuando se comentó el poema de Pereda en “Escritura”⁹. (p. 13)

Sábado 15

[...]

Comencé ayer el artículo para “Escritura”. Creo que puede intentarse algo bien en él.

Lectura de un espantoso reportaje a Claudel en “Cabalgata”. Espantoso lo que Claudel dice de Gide, con una irresponsabilidad increíble y con una formidable capacidad de odio. Se advierte una situación de rencor personal que el Premio Nobel a Gide aún agravará.

Es muy tarde (2 y media de la madrugada). Anoto sólo para meditar. Maneco dio un tema a Maggi; luego comenzó a entusiasmarse. Sufrió. Lo pensó. Se lo pidió. Maggi cedió de inmediato sin pensarlo mucho. Se llama al concurso de “Sur”¹⁰ y Maggi –olvidado– se propone hacerlo. Maneco lo está pensando.

Pienso así en un cuento que sea como la historia de un posible cuento en dos cabezas. (p. 14)

Lunes 17

Ayer visita de los Guillot. Llegaron un poco tarde, se fueron cuando la conversación insinuaba ponerse interesante de manera más honda –en general se conversó bien pero Minye se hallaba acaso algo nerviosa por recibirlos por primera vez, y eso a menudo provoca una cierta falta de seguridad, de orientación en las discusiones. Se habló del problema del americanismo. Se habló de una encuesta realizada hace años por “La Cruz del Sur”.

Conté a Guillot, cuando volvíamos, otra variante de “El escritor”. Le gustó. Yo lo siento todavía desajustado. Me parece vulgar la situación central –el escritor que muere luchando por la libertad–. Hay un conjunto de situaciones demasiado previsibles. Cierto que el desenlace –“todo era ficción”– enmienda esa vulgaridad, pero sería necesario hacer la trama menos claramente previsible, aunque no tan inusitada que disminuya el efecto del desenlace. (p. 15 – 16)

9 “Corazón del poema”, de Fernando Pereda, publicado en “Escritura” N° 1.

10 Revista literaria argentina fundada en 1931 por Victoria Ocampo. Su último número data de 1992.

Martes 18 – Nov.

Toda la mañana trabajando en el cuento (“El escritor”), casi sensación de infinita torpeza, y con un empecinamiento que hubiera sido fecundo si hubiera estado lúcido. Refundí las siete primeras páginas. Acaso hayan mejorado. Pero ni siquiera tengo la seguridad de ello. (p. 16)

Miércoles 19

Tomamos ayer el té en lo de Maneco, adonde habíamos invitado a Bergamín. Nos leyó dos dramas de bolsillo: *Hamlet aprendiz de fantasma* y *Don Juan...* Son muy ágiles por momentos. Maggi los calificaba: humorismo metafísico, y eso es cierto para algunos fragmentos. En general me resultan demasiado juguetones. No están mal, pero son poco. (p. 16)

Jueves 20

Desde las cuatro de la mañana sin poder dormir. Terminó por levantarme (son las 5 y 15).

No sé en qué trabajar. Maggi me pidió, para fin de semana, un artículo para “Escritura”. Tendría que ser el que inicié sobre nuestra generación –que ahora que Maggi me lo pide con apuro me parece ya inconsistente¹¹.

Me parece que la actitud en que nos ponen las revistas que se están publicando (“Clinamen”, “Escritura”) es un mal índice. Sentimos, casi todos, la obligación de entregarles material, pero me pregunto si es esa una actitud normal. (p. 17)

Viernes 21

Ayer, conversaciones interesantísimas con Bergamín; de noche falta a la cita en el Metro pero su ausencia es grandemente compensada –para mí– por la presencia de Paco, sensible, afectivo, hondo.

Tuve la impresión –creo que no me engaño– de que Paco quiso mostrarme su simpatía. Eso me alegró muchísimo. Hubo cosas como esta: en un momento, como distraído, me preguntó si teníamos teléfono. Le contesté que no. Y no nos dijimos nada. (Yo extrañé que él tuviera. Se lo dije. Me explicó. Y nos callamos.) Una hora después le pregunté por qué me había preguntado. Y me dijo: ¿Para juntarnos, sabés? Le expliqué que bastaba decirle algo a Maneco para que nos pusiéramos en contacto. Dijo: ¡Claro, claro! Hubo otros detalles así.

¹¹ Se trata de “Una indagación en una literatura”, que será publicado en “Escritura” N° 2, en noviembre de 1947. Es el segundo artículo sobre el tema generacional y reafirma al que publicara Maggi en el N° 1 de esta revista. En su artículo “Revista de revistas”, comenta Rodríguez Monegal este número de “Escritura”, y a propósito del texto de Díaz, señala: “Díaz no insiste bastante (a mi juicio) en la incontenible actitud crítica de esta generación, actitud que hace desbordar las mesas de café y ocupar las secciones bibliográficas de las revistas literarias. Esta ‘Indagación...’ es buena prueba de ello.” (en “Marcha” N° 414, 23 de enero de 1948).

Yo siempre recordaba con dolor la escena de la Universidad cuando él fue a protestarme el examen de un sobrino y yo tuve que explicarle que no le podía dar explicaciones. Recuerdo que él estaba casi amenazador. Pero yo no podía hacer absolutamente otra cosa. Ayer sentí, en cambio, que algunas cosas me las contaba a mí. (p. 17 – 18)

22, Sábado (noviembre)

Ayer de mañana, visita a Maneco. Entre otras cosas comentamos la conveniencia de dirigir una carta abierta a Carlos Maggi, como codirector de “Escritura”. Pensamos que ese fuera, acaso, el único procedimiento que puede salvar a “Escritura” de su evidente inclinación hacia un destino inocuo. Se hace necesario llamarle la atención hacia este hecho: que esa revista es una posibilidad tan grande que no puede tolerarse siquiera la posibilidad de ceder hacia el camino de siempre. Y además llamar a conciencia a quienes, acaso inconscientemente, pueden estar usurpando, allí, un lugar y sobre todo una acción que no les corresponde. (p. 18 – 19)

23, domingo

Ayer de mañana comencé la carta que, de tarde, leí a Maneco y Chacha. Están de acuerdo con el tono, que es lo que me parecía más difícil de conseguir. Algo más hay que añadir pero creo que no sea difícil.

Les leí también, luego que Maneco me hubo dicho lo que pensaba del artículo, por la rápida lectura del otro día, las páginas “Indagación de una literatura”. Retiró, luego de leerlo, todas sus censuras. Sólo observó la necesidad de cuidar más las afirmaciones demasiado terminantes. A ello tengo que ponerme hoy.

Esta tarde interrumpiendo mi trabajo –artículo, libreta para las reuniones– leí un cuento de Borges: “Los Inmortales”¹² (sic). En los dominios que le son familiares, supone un hombre inmortal, ya muerto, no sin haber dejado antes, testimonio de su experiencia de la inmortalidad. El estilo se resiente de desfallecimiento y de falta de rigor. Hay, además, repeticiones intolerables. Ejemplo: el verbo fatigar: fatigué el desierto; fatigué sus puertas inconmensurables, etc. El adjetivo siempre, invariablemente antepuesto, que llega a “fatigar” porque ya es excesivamente previsible. Algo así como Borges descuidado, dejando que funcionen, por hábito, sus procedimientos habituales. Exagero y lo sé. Lo que anoto existe por manchas, entorpeciendo el relato que, además, admitía mayor concisión, admitía eludir o acortar algunas de las series enumerativas que caracterizan su estilo. Parece un inteligente borrador. Borges no tiene derecho a publicar excelentes negligencias. (p. 19 – 20)

¹² En realidad es “El Inmortal”, cuento de J.L.Borges.

25, martes (nov.)

Ayer adelanté algo en el artículo, y en el cuento. En éste poco y con desconfianza. Mejor: con sospechosa confianza. Ocorre que cuando el tema o su ejecución o ambas cosas son difíciles –y siempre lo son– se tiene la impresión de ir avanzando en equilibrio e inseguramente. Hay entonces una tendencia a recargar, para asegurar el material que eso mismo hace menos eficaz.

En cuanto al artículo para Maggi: “Indagación de una literatura”, creo que marcha correctamente. Las últimas partes no están todavía suficientemente bien escritas. (¡Y ya ayer debí entregarlo, al mismo tiempo que “Hamlet” para “Clinamen”!) (p. 20 – 21)

27 – jueves

Entregué ayer los artículos. Me enteré además, por Maggi, de cómo la situación interna de “Escritura” es deplorable. La señora de Pereda¹³ es irreductible y tiene programada la página de poesía para varios números: un poema de Brughetti¹⁴, la conferencia de Clara Silva. (La conferencia, que es tonta, vacua e inexistente, no poemas que pueden ser leídos.) Todo esto apresura la necesidad de la carta abierta a Maggi. (p. 21)

28.– Viernes (nov.)

Larga conversación ayer con Flores sobre la carta a Maggi. Anoté un conjunto de puntos sobre los que estamos de acuerdo.

Hoy de mañana, durante los exámenes, trataré de darle forma a algunos párrafos. (Todo esto me está demorando, acaso en exceso, el cuento: acaso convenga que se demore.) (p. 22)

29, sábado

Leí a Minye la primera parte del cuento en su actual versión –muy modificada–. Le gustó mucho más que la anterior, ya destruida. Luego de conversar con ella me propone continuarlo, pero casi inútilmente. La discontinuidad del trabajo es, para mí, provocadora de una torpeza invencible: y hace varios días que los exámenes me impiden ocuparme de él (los exámenes y los artículos).

Telefoneé a Bergamín. No estaba en el Hotel pero está en Montevideo. Trataré de combinar para que nos veamos esta noche. No quiero que sea de tarde. Y el presupuesto me impide que sea a la cena.

Algo que anotar –aunque poco deseo de escribir– sobre Minye y el estado poético en bruto. En ella, con frecuencia, estados de angustia, de insatisfacción, de hundimiento en zonas que a mi lucidez chocan como anormales y que comprendo

13 Isabel Gilbert, fotógrafa y periodista de “Marcha” y “Escritura”, esposa de Fernando Pereda.

14 Romualdo Brughetti (nacido en 1913), poeta, ensayista y crítico de arte. Colaboraba con “Escritura”.

sin embargo como el necesario material de la poesía. La poesía antes de la elaboración, o su fermento. (p. 22 – 23)

30 nov. Domingo

Lectura, ayer, de *El mágico prodigioso* de Calderón que leí porque alguien la mencionó como un antecedente de Goethe. Con encanto a veces por el juego calderoniano, con sorpresa por algunos versos, con un cierto alejamiento frente a toda la pieza (el mismo alejamiento que creo haber tenido hace años cuando leí por primera vez *La vida es sueño*). El barroco no sabe desnudarse y exige del lector fidelidad, confianza y hábito. Es necesario habitar mucho tiempo la pieza, llegar a sentirse en ella como en su casa para al fin poder gustarla. Al ver tanta excelencia, tanto dominio y tanto arte en un Calderón uno llega a lamentar más que nunca que el teatro español haya olvidado que *La Celestina* era su primer sustento y el camino de una más auténtica grandeza en dirección al *hombre*.

Hombre perdido que busca reencontrarse en otro lado es el barroco.

Y a pesar de la claridad con que siento esto, pienso en Góngora y no me atrevería casi a proseguir. Minye me dice que es que aquello (Góngora) es lo *fabricado*, el goce de saber que el hombre *hace, hizo*.

Hablé hace un instante con Bergamín. Nos buscó y nos hizo buscar infructuosamente. Le expliqué lo que haríamos en Buenos Aires. Hoy lo llamaré de nuevo por la noche o mañana a la una. (p. 23 – 24)

1º de diciembre

Anoche, con Bergamín. Propuse mi preferencia por Shakespeare ante Calderón. En torno, así, a comparaciones entre Calderón y Shakespeare, transcurrió nuestra conversación de ayer en la que, por lo demás, tuve la sensación de que estábamos pisando con inseguridad un cierto terreno verdadero, mientras que Bergamín, al explicitar lo que al fin de cuentas es su gusto, se acercaba excesivamente al sofisma.

Yo tuve durante toda la noche la tentación de decirle –y no debí decirlo y no lo dije– que porque sentía de esa manera sus libros eran menores que él. Sentíamos que su devoción está en la cruz, y que para Shakespeare la devoción está en su escritura. Hay entre él y nosotros una diferencia medular –que él no cree acaso– y que está en su catolicismo. Su religión cabe en él, es *su* religión. Y deja por ello para el arte un gesto estético más enrarecido que nosotros. Me sorprendió mucho que en un momento dijera que su juicio sobre el arte era fundamentalmente esteticista. Me sorprendió porque yo solía pensar de mí mismo que yo hacía ese juicio. Y ayer comprendí, al oírlo a él, que realmente lo hace, que no sólo yo no juzgaba así, sino que no podría juzgar así. En realidad él no se *juega* en el arte como nosotros, porque su tablero está en otro lado. Aún la trascendencia que postula en el

arte va poco allá para él. A nosotros se nos juzga mucho más en una página que a él, porque se nos juzga todo.

Hubo ayer un detalle en la discusión que fue significativo: en un momento Maneco dijo (a propósito de no sé qué) “su fineza de alma, su calidad de alma o [¿?]” Bergamín asintió aclarando: “La fineza de su ajuste expresivo, quería decir Ud.” Pero, aunque la conversación prosiguió allí había un desajuste. Para Maneco el alma estaba en aquel ajuste expresivo, para Bergamín, estaba en el material poético: la palabra.

Me sorprende mucho y me confunde anotar estas cosas de Bergamín con este tono –de desacuerdo– porque acaso anteayer, frente a otro yo hubiera sin duda defendido lo que aquí anoto como casi lejano en Bergamín. (p. 24 – 26)

3 de diciembre

Exámenes ayer todo el día. De mañana, mientras cuidaba el escrito, corregí y añadí algunas palabras al cuento.

Recibimos carta de Arregui donde agradece la carta anterior (la paliza a propósito de su cuento) y nos propone una visita.

Compré, con mucha alegría y con íntimas promesas de más alegría, *Los papeles de Aspern* de Henry James.

El cansancio embrutecedor de ayer de tarde (corrección de escrito – examen – durante seis horas consecutivas) casi me anuló.

Poco que anotar sobre el cuento. Trabajo en una doble actitud de seguridad y desconfianza. Serenidad –extraña– en la redacción. Paciencia. Lucidez. Actitud de desprendimiento frente al tema. Y, por ello, desconfianza del resultado. Siempre deseo estar desprendido de lo que hago. Pero lo deseo porque suelo estar atrapado. Cuando ese desprendimiento se cumple, entonces temo. (p. 26 – 27)

4 diciembre

Desencuentro, anoche, con Bergamín y con Maneco. En cambio, encuentro con Dieste. Algo que corrobora su condición, su vejez angélica: su hábito de poner subrepticamente una moneda en el bolsillo de un niño, para que luego piense, sorprendido, que acaso ha sido un duende...

Hoy siguen los exámenes. (p. 27)

Sábado 6

Sólo ahora de tarde puedo escribir algo. De mañana examiné luego de dormir anoche dos horas (de 4 a 6). Ayer fuimos con Bergamín a la conferencia de Rama (Ángel) y de allí pensábamos ir a cenar para que él nos leyera el artículo para “Escritura”. Pero la rueda se amplió con personas que no conocía ni él ni nosotros y que, increíblemente, se invitaron también a cenar. Como consecuencia se

hizo una tonta reunión que se prolongó hasta las dos, sin que se pudiera seguir en serio un solo tema. Quedamos en reunirnos aquí, en casa, el lunes.

Monegal accede a publicar la carta abierta a Maggi. Pero exige rapidez. (p. 28 – 29)

Domingo 7 (diciembre)

Ayer leí a Minye lo que ya está redactado de “El escritor”. Le gustó. Yo ya empiezo a tener menos confianza. Al menos en una de las maneras de apreciarlo. Se me agotan las tensiones que intenté crear en el diálogo. Conceptualmente lo juzgo bien, pero no tan bien con el sentimiento, ya. Por otra parte, el trabajo de realización supera lo previsto, me demora y me aleja en exceso. Mi peligro de siempre y que tengo que vigilar: saber mantener el necesario esfuerzo de realización sin alegrarme. Mayor demora puede hacerme perder pie. Pueden aparecer otras preocupaciones y con ellas otras intenciones que interfieran (lo que me ocurrió con la ya lejana novela).

Ayer tuve deseo de programarme una pieza de teatro. Me siento capaz para realizar. ¿O me hago ilusiones? (p. 29)

Lunes 8

Suspendimos la reunión con Bergamín aquí en casa porque hay una tormenta que obligaría a los muchachos a una mojadura. Nos veremos en el “Telégrafo”.

Ayer, domingo, estuvimos con Maneco y Chacha, que vinieron hasta aquí. Luego cenamos en el centro. Les leí el cuento y Maneco me censuró, violentamente, la segunda parte: el encuentro de los dos amigos. Encuentra cursi la situación. (Dos amigos enfrentados que se reconocen en el momento en que uno va a prender al otro.) (p. 29 – 30)

Miércoles 10

[...]

Buena tarde y buena noche. A las 5 y media, encuentro con Bergamín en la Americana. Estaba con Dieste y con Esther. Conversación ágil y no muy honda. Hasta que quedamos solos con él. Le leyó entonces Minye algunas páginas de su diario que promovieron una conversación que ya fue mucho más importante. Yo volví a lo que en él más me preocupa: la diferencia que advierto entre él y sus libros. Un saber enfrentar la vida con el corazón en él, un soslayarla en sus libros. Se lo reproché, con inseguridad aunque con sinceridad. Cree que es su problema: cree que es *el problema*. Yo le decía: ¿por qué esto mismo que hablamos no ha de ser justamente el eje de la motivación literaria? La emoción de lo que hay de vida suya y mía en esto que ahora nos decimos: ¿por qué no ha de ser lo que encarne, naturalmente, en una página, en una obra? Me dice que siente que eso sería sacrilegio; mejor: que lo siente como sacrilegio en él. Le indiqué que eso era hacer li-

teratura *haciendo literatura* (Verlaine: “*et tout le reste...*”) Lo comprende, y me dijo que acaso era como incapacidad creadora, que se le agota en la acción, en la vida. Insistía en que era cambiar de plano (quien insistía era yo) y le recordé que su crítica a J. Ramón Jiménez, allí donde le reprochaba su purismo, su esteticismo (“¡Algo que yo mismo llevo dentro!” me interrumpió) era, parte de algo suyo, parte que dejó fuera de su vida, y desplazó a la literatura. De manera que hay en él una dualidad, vida moral densa y valiente, y algo de esteticismo en la obra.

Inútil intentar la reproducción de todo el desarrollo. Pero se vio bien el planteo de la gran cuestión. Él llegó a recordarme hechos para no olvidar: cómo en él la armonía vida – obra se da cuando una crisis lo pone fuera de sí, lo fataliza (conversación con Luis Vivanco¹⁵, vgr. [es que no pienso en mi conciencia], dijo Bergamín a aquél.)

Me hizo pensar además, en el caso extremo inverso: el mito creado por la proyección permanente de la vida hasta vaciar la vida y transformar al poeta en el respetable señor, Goethe, por ejemplo.

Luego nos invitó a cenar con Denis, a quien fuimos a recoger, y se conversó de Fernando Pereda¹⁶. Contamos anécdotas de éste.

Por fin, solos en el hotel, volvimos al tono que más me importa, y que solo aparece, naturalmente en la intimidad, y se habló de Denis y de su casamiento frustrado. Acaso mañana anote más. (p. 30 – 32)

11, jueves (diciembre)

[...]

Para añadir a la conversación de ayer: mi juicio de que su literatura parece, por momentos –luego de conocerlo a él– sobreescrita.

Perderé esta tarde examinando. (p. 33)

12, viernes

Me levanto, torpe, a las 6.

Concluyo la lectura, comenzada ayer, de *La niña guerrillera*, de Bergamín, que me pareció muy buena, si no es que siento como una cierta debilidad en el desarrollo final de la fábula.

Tengo necesidad, casi fisiológica, de terminar “El escritor” para poder ponerme a otra cosa. (p. 33)

¹⁵ Luis Felipe Vivanco (1907 – 1975), escritor español que publicaba en “Cruz y Raya”.

¹⁶ José Bergamín acudía con gran frecuencia a la casa de Fernando Pereda. “La relación más densa y fecunda que Bergamín vive en Montevideo, fuera de lo académico o de ‘grupo’, es con Fernando Pereda”, afirma Rosa María Grillo en su libro. (Grillo, R. M., ob. cit. p. 20). Véase “Aquella luz del bosque de Carrasco”, entrevista de Hortensia Campanella a José Bergamín, “El Día”, 15 de marzo de 1981.

Sábado 13

Anoche me acosté a las 3 y media y son ahora las 7. Luego de ese descanso ¡a examinar!

Después de asistir a la lectura de *La hija de Dios*, de Bergamín, estuvimos con él toda la tarde; conocimos al músico Casal Chapí y luego de cenar, en el teatro, a Margarita Xirgú.

Margarita es más maravillosa de lo que yo creía. Tiene una vitalidad y una simpatía admirables, realmente.

Contó algunas anécdotas de la vida teatral madrileña y algunas de la vida de Galdós. El anciano ciego recorría apasionado los teatros de provincias acompañando la gira de Margarita. Ella se sentía responsable de él, de su vida final. Y cuando un día se acercan a un pueblecito (¿Utrera?) cae en la noche un vendaval desatado, lluvia, truenos, viento, sobre la congoja de Margarita, además, que pensaba que una mojadura de don Benito sería acaso mortal. Nos les es posible comunicarse con Utrera, que ha quedado sin corriente eléctrica. La desazón de Margarita se hacía sin duda visible ya [que] quien controla los boletos al verla le [dice] (con toda la prestancia y el orgullo, dice ella narrando, de un español ¿sabés?) le dice pues, No se preocupe la Sra. por Don Benito. Déjelo Ud. en nuestras manos, los empleados del ferrocarril, que le pondremos sano y salvo en su posada. Y cuando llegan, ve Margarita que entre varios descienden al novelista, le sientan en un sillón que en el andén estaba prevenido, y le llevan así, bajo una especie de palio improvisado que entre seis mocetones sucios y fuertes llevaban, y que va cubriendo el sillón hasta que el novelista es depositado en la posada.

Hoy, en la universidad, hice algunas correcciones a “El Escritor”. Creo que quedaron mejoradas algunas frases.

[...] (p. 34 – 35)

Lunes 15 (diciembre)

Voy a examinar. Tendré que llamar a Bergamín, que acaso se vaya hoy. Y debo llamarlo temprano. (p. 36)

Martes 16

Ayer cuando llamé a Bergamín combinamos que hoy lo fuera a buscar al hotel para tomar el té en casa. Él mismo lo propuso.

Lectura, buena, de Malraux, ayer de tarde: *La condición humana*. Creo que con mayor admiración que la primera vez, hace algunos años (1942). Advierto –y no sé si será consecuencia de haberme propuesto este año algunos cuentos– que es una novela realizada como si se tratara de una serie de cuentos eslabonados, es decir, que no hay pasajes ociosos en sí –como puede haber legítimamente en una novela–. Además el alma de los personajes se da con frecuencia en función de su problemática. Y como para llegar a sus sentimientos, alma, los problemas tienen

que estar vinculados con lo más hondo, la novela entera se instala en una zona medular, [¿?], esencial.

Me hallo alejado de mi cuento. Lo terminaré sin embargo por si más adelante me parece bien rehacerlo. Es mejor terminarlo, e incluso hacer –que es lo que tengo que intentar ahora– el aprendizaje de terminar algo sin entusiasmo. Como si se tratara de cumplir con un oficio. (p. 36 – 37)

17, miércoles

A propósito de mi cuento “Presente perdido” que le leí por la tarde, Bergamín contaba después que yo hacía con el lector lo que aquel loco que vio a otro pintando un techo con una brocha: –“Oye, tú, agárrate bien de la brocha que me llevo la escalera”. Lo que no me parece mal del todo.

Él entiende que a eso –que no es cuento, afirma– hay que darle un asidero concreto, referirlo todo a un punto de vista y que para hacer eso hay que dilatarlo hasta la novela.

Aunque yo no veo claro cómo, acaso todo esto sea posible, pero me parece que el relato tiene suficiente asidero en sí mismo para quedarse en el aire. Él afirmaba en cambio que no puede ser avión porque no tiene motor, ni montgolfier porque no tiene fuego. Y luego, que es desesperante, porque con su desarrollo normal –en la dicción– promete una comprensión que no llega nunca. Si fuera dadaísta, se le comprendería, dijo en algún momento, intuitivamente. Él cree además –y esto ya no lo entiendo– que es “sencilísimo” darle un asidero real. (p. 37 – 38)

Viernes 19 (diciembre)

Es muy difícil cumplir con el adagio latino que me proponía Supervielle: “*Nulla die sine linea*”. Ayer no escribí nada, ni un retoque siquiera a nada hecho. Sensación constante: no motivada, de cansancio. Dispersión. Frustración... Me falta lo de siempre: trabajar. (p. 38)

Lunes 22

Lo mismo que el viernes, el sábado y el domingo, y acaso hoy. Ayer visita de los Arregui. Cuentos, hablamos de su padre. Luego, por la noche, fuimos a un partido de fútbol. Hace diez años que no iba a ninguno. Impresión, por momentos maravillosa. Creí que me iba a aburrir, y me sorprendí, en varios momentos, gritando. Entendía el juego, esperaba un pase, sufría si no se hacía, me sentía feliz si se cumplía. Era un partido entre uruguayos y argentinos. Los uruguayos jugaron pésimamente, los argentinos con un juego matemático y combinado de admirable rigor. Sin perder nunca su colocación.

Sentí también, la hermandad con el desconocido que me mira para indicarme con los ojos su reacción ante una jugada, que era idéntica a la mía. ¿Quién sería? Pero estábamos de acuerdo.

Minye sentía como yo o más. También ella gritó. (p. 38 – 39)

Martes 23

Ayer volvieron Mario y Gladys. Desorden en la conversación porque vinieron además de visita unos parientes de Minye. Leí lo que hay escrito de “El escritor” a los muchachos, que recibieron mucho mejor impresión que Maneco.

Piensa Mario que está “novelado”, que sería algo parecido a discursivo. Piensa también que acaso fuera necesario lograr mayor intensidad con algunos pasajes del diálogo. (La eliminación de algunos elementos podría ser útil en ese sentido).

[...] (p. 39 – 40)

Navidad

No anoté nada, ni ayer ni anteayer, porque tuvo Minye una [fiebre]¹⁷ intestinal que nos hizo pasar alguna mala noche y nos sacó de nuestra órbita. Ayer, sin embargo, se atrevió a ir a la cena de Nochebuena que los muchachos daban a Bergamín y que debió ser tal como la habíamos organizado, en nuestra casa.

No estuvimos –ninguno– muy felices anoche.

Por otra parte mi viaje a Rivera quedó postergado para los primeros días de enero. Hubiera sido muy molesto tener que partir mañana mismo para la frontera. (p. 40 – 41)

Domingo 28

Dentro de un momento vamos Maneco y yo a ver a Bergamín en desagradable misión. Creemos que en nochebuena se sintió ofendido con Mario. Mario también lo cree y por ello está compungido. (p. 41)

1948

Viernes 3 de enero

Estos días las fiestas de fin de año –un cordero asado aquí, en casa– y las noches con los muchachos en el centro, impidieron anotar lo más importante y me impidieron también trabajar.

Bergamín partió el 30 (su cumpleaños). La demora del avión nos hizo volver a casa –donde iba a pasar la noche– hasta que la noticia de la Pan Américan nos hizo volver al aeródromo a llevarlo a las 10 de la noche. Sentimos su ausencia como la del familiar más íntimo.

Ahora, en enero, además de algunos viajes cortos a la estancia de Arregui –en Flores– y a la playa de Castellanos –“Las Flores”– me ocuparé de continuar

¹⁷ La palabra “fiebre” en el original aparece tachada.

lo empezado: “Arte y Magia” y *Bécquer*. Acaso valga la pena la publicación de “Presente Perdido”.

Durante unos momentos me puse a ver cómo podría editarse “Presente Perdido”. Relectura ocasional de algunos fragmentos. Me pareció muy débil. Creo que lleva mucho menos carga que la que yo presumía. Lo de siempre: cuando me propongo ver qué es lo que puedo publicar me encuentro con que nada tengo que me satisfaga. (p. 43 – 44)

Enero 4

Ayer, a última hora de la tarde, visita a Ángel. Había ido a llevarle las pruebas del artículo sobre *Hamlet*. (Que tampoco me gusta ya). Lo encontré y conversamos. Me leyó el diario: un diario que comenzó siendo como el mío, un cuaderno de notas.

Me leyó pasajes que se refieren a Bergamín. Varias páginas me parecieron admirables. Me imaginé leyéndolas como una publicación anónima con sumo interés. Sentí, además, que el diario nos permitía a los dos, en ese momento, ser más nosotros mismos: que gracias a él encontraba al mejor Rama, sin la leve corteza de nervios, que a veces lo aleja un poco. Sentí, también, que tendría que aprender de él, como yo me dije varias veces que tendría que aprender de Minye –y creo que no lo anoté– en cuanto a obligarme a una sinceridad mayor. Escribí de prisa –no es sinceridad, sino ubicación en otro plano de mí mismo.

Es esto algo que tiene que ver aún con algunas de las conversaciones anotadas por Ángel a propósito de Bergamín. Intentaré aclararlo.

Una de las últimas anotaciones de Ángel intenta algo como un balance de la visita de Don José. Este balance contiene elementos que no comparto. Entre lo que más preocupó a Ángel está la sensación de sentirse provinciano: recuerda que B. le dijo que observaba que nuestra cultura está en un atraso de 25 años. Eso yo no lo entendí; justamente algo de lo que había satisfecho mi pobre vanidad criolla fue el haber podido conversar en un cierto plano de libertad con Bergamín. Algo similar sé que sintió Maneco. Ángel sintió lo contrario, y no me lo explico bien.

Cuando recuerdo algunas de las piezas de Bergamín, como *Hamlet* o *Don Juan*, o algunas otras, no siento que estén por delante de mí, sino que están atrás. Claro está que acaso en cuanto a cultura se refiere no se adelanta por esfuerzo ajeno y como eso no lo hicimos aquí... Pero de todas maneras yo sentía (hay algo anotado sobre eso en este cuaderno) que estamos en una disposición más clásica frente a la literatura. Y más honda.

Y a esto se refiere justamente otro de los puntos del balance de Rama. Piensa que Bergamín nos podría influir beneficiosamente por su actitud de devoción romántica.

Este otro punto me importa mucho más porque yo lo fui sintiendo ya desde hace algún tiempo. Ya varias veces, mientras escribía en este cuaderno la palabra *clásico* pensé si no la estaría pensando mal.

Desde mi primera explosión de desorden juvenil, y como para vencerlo, se había ido centrando en mí la necesidad de estimar la forma como algo medular. Eso fue manifestándose en parte en la poesía que hice luego de *Canto pleno* y que no llegué a publicar. Los estudios del profesorado acaso tuvieron que ver con esa devoción. Pero luego de esa tendencia a estimar lo realizado casi como con independencia de quien realiza, fui manejando para mi pensamiento y mis anotaciones la palabra clásico que, aunque no renegaba, naturalmente, de las nociones de orden y equilibrio, las daba por referidas a lo que se había de expresar y esto era el hombre. Se iba desarrollando en mí la noción del crecimiento silencioso –que este diario en parte ayudaría–. Empecé a creer –sigo creyéndolo todavía– que la obra sólo era posible si se apoyaba en un hombre, más: si lo manifestaba. Y que mucha parte de la obra podría aún concluirse como una ocasión de ejercitarse. No importaría tanto en sí como en sus posibilidades de aumentar el caudal de la experiencia del hombre. No se me oculta que esto es confuso, pero con confusión lo pienso. No sabría precisar de qué manera podría irse cumpliendo un ser en la realización ocasional de algunos ejercicios literarios. Sin embargo no es para mí –aún– casi un postulado.

Y bien la vuelta al Romanticismo que Bergamín intenta apuntar no es para mí tan sorprendente, pues estaba en buena parte ya sentido, aunque fuera dentro de la palabra *clásico*.

Sin embargo me hace mucho bien, porque una de las consecuencias de mi deseo de equilibrio era la tendencia al realismo que acaso me constreñía demasiado. Otorgar vigencia a la fantasía me empezaba a ser necesario.

No creo que estas páginas tengan más utilidad que la de haberme permitido mirarme un poco en algo que me importa mucho.

Son, todavía, demasiado fríamente expositivas. A no ser así debía aprender de Minye.

(p. 44 – 48)

Enero 5, lunes

Lectura, ayer, de *Les faux-monnayeurs*¹⁸, que Guiya me consiguió de la Biblioteca del Liceo Francés.

No es necesario avanzar mucho en la lectura para comprender por qué Gide la considera la primera de sus novelas, o su primera novela. En las primeras páginas ya quedaron actuando un buen número de personajes y la acción queda trabada entre todos ellos. En los seis primeros capítulos la acción es riquísima y los personajes se realizan en base a pequeñas escenas que puedan resultar definitivas. La primera persona del novelista se insinúa frecuentemente con un leve tono irónico. La novela es riquísima de vida, cargada de acontecimientos en cada personaje.

¹⁸ *Los monederos falsos* (1925). Mario Benedetti reseñó la obra en su artículo “Una moneda falsa de André Gide” en “Marcha” N° 491, 19 de agosto.

Conversación con Minye luego que me hubo leído páginas suyas. Le explico mi permanente sensación de frustración. Le explico cómo siempre, haga lo que haga, experimento la impresión de perder el tiempo, de estar postergando lo que sea importante. Eso me hace al fin, postergarlo todo de verdad. “Arte y Magia” no pudo ser concluido porque me fue hasta ahora casi imposible ponerme a terminarlo y corregirlo. Y así con lo demás. Solo puedo realizar con un cierto enceguecimiento de entusiasmo (Que por otra parte han de ser entusiasmos que por lo menos yo mismo crea lúcidos, si no tampoco trabajo.)

Fuimos a almorzar a casa de mis suegros y a la vuelta hallamos una carta de Bergamín que nos envía un soneto desde Río¹⁹. La carta –que siento más que el soneto– tiene una vibración emocionada y viva. Del soneto me dijo Minye: “¡qué lástima que no nos guste mucho!”

Luego le escribiré.

La lectura del “*Journal d’Edouard*” en *Les faux-monnayeurs* de Gide, me enseña entre otras cosas el modo de realizar un diario que pueda serme útil por la acumulación de materiales novelables. Sólo muy pocas veces me atreví a recordar y fijar aquí las situaciones y los sentimientos por los que pasé durante el día. Sin embargo debo obligarme a ello. No debo tener pudor para mí aquí. En muchas oportunidades sentí como si fuera tonto detenerme a narrar minucias. Pero es que esas minucias son por momentos de lo más importante.

Debo pensar además en la novela que desde hace tiempo me preocupa: la familia de Minye, podría desarrollarse muy naturalmente sobre el apoyo de un diario. Mi ubicación como personaje de la novela sería óptima como el mismo novelista por mi relativa ausencia en los hechos fundamentales y –sin embargo– mi conocimiento de todos los personajes que importan. Además, y esto puede importar para la novela, tengo la posibilidad, mediante un “*Journal*” falso, de hacer el carácter de los personajes narrándome a su vez a otro personaje. Hechos y hombres vistos desde diferentes ángulos por los demás personajes.

Anoto –incómodo, en la cama ya– de prisa y porque quiero no olvidar.

Esta tarde visita de Ángel e Ida. Hablamos de Gide, de Bergamín. Ángel leyó un cuento que me pareció denso, logrado en general, con progresos de estilo –aunque el estilo no me parece tan logrado como las situaciones.

Leí lo que tengo hecho de “El escritor”. Discutimos la legitimidad de mi trampa para el lector. (Hacer visible o invisible el momento en que el personaje empieza su cuento). A Ángel le molesta el recuerdo del amor infantil. A mí mismo me pareció más opaco cuando lo leía. Minye, y el mismo Ángel, sintieron excesivas acotaciones en el diálogo. Piensa Á. que ello produce un cierto tono de debilidad general en la entrevista.

El efecto de conjunto fue bueno –y me elogiaron ambos– y es de lo que más me importa – el estilo. (p. 49 – 52)

19 Ver Apéndice, carta de José Bergamín, Río de Janeiro, 2 de enero de 1948.

Martes 6 (enero)

Releo la parte II de “El escritor” y advierto que, realmente, el diálogo acaso esté excesivamente acotado, lo que provoca impresión de demora y lentitud. Creo, sin embargo que, paradójicamente, algunos de los mejores efectos están justamente en las acotaciones, por eso pienso que lo mejor sería enriquecer el diálogo, cargándolo y dilatándolo.

Les faux-monnayeurs. Algunos cambios de tono característicos: ciertas páginas del “*Journal d’Edouard*” son, ostensiblemente, el *Journal* de Gide. Pienso concretamente en el viejo La Perousse. Ayer me observaba Ángel que La Perousse aparece algunas veces en el “*Journal*”. Eso me explica la *realidad* de esos pasajes del “*Journal d’Edouard*”. En la novela, donde se siente a cada instante lo artificioso y recreado con humor, la figura de ese viejo se instala con un fuerte vigor de presencia natural. Recuérdese aquel otro trozo del “*Journal d’Edouard*” donde se dice que no inventa, sino que se ubica ante la realidad como un pintor, etc. (p. 53)

Jueves 8

Ayer día desordenado. Mis vacaciones se van perdiendo sin que yo pueda estructurar mi trabajo convenientemente. De mañana salí al centro con mi padre que vino temprano para traernos de regalo unas frutas. Se sentía feliz de encontrarnos y del mate que le ofrecí tomar en el jardín. Quiso conocer la carta de Bergamín. Se la leímos. Disfrutaba. Más que de la carta misma del hecho de poder venir a casa de sus hijos y que le leyeran esas páginas que un escritor les enviaba desde Río con cariño. Me pidió que le leyera algo mío. Le leí “El eco”. Yo sentía, con dolor, que se iba a sentir defraudado. Y así fue, aunque hizo lo posible por disimularlo. Yo sé que él piensa siempre, cuando sabe que estamos trabajando en algo, que sin duda eso en lo que trabajamos es algo admirable que le producirá un movimiento de admiración. Pero espera tanto que cada línea que escucha lo defrauda.

Me dijo poco luego que lo leí. Hablamos de otras cosas hasta que al fin, inesperadamente y refiriéndose, cuando ya no lo esperaba, al cuento, me dijo:

“–Yo te aconsejaría una cosa... Dejarlo... No publicarlo, y un buen día leerlo de nuevo, cuando ya te hayas olvidado de él.”

El consejo es bueno. Pero él no se atrevió a decirme o no pudo formularse algunas observaciones que lo hacían débil:

–No te convence, ¿verdad? –le dije.

–No, no me convence del todo... Pero si esperarás y lo lees más adelante...

Se quedó triste. Él cree que todo lo que tiene que ver con la literatura es feliz y maravilloso. Y encontró una angustia, una duda...

Luego hablamos de otras cosas. (p. 56 – 57)

Viernes 9 enero

Este diario es, casi siempre, la crónica del día pasado. Porque suelo escribir por la mañana, y así comienzo el día repensando el de ayer.

Fuimos, de tarde, a lo de Guillot con Ida y Rama. En él una mejoría notable desde la última vez que lo vi. Yo me sentía culpable frente a él, a quien había molestado mucho por sus entrevistas con el presidente y el ministro para la creación de la revista de Bergamín (“Concierto”). Y luego, postergados que quedaron esos intentos hasta su vuelta en abril, no le hablé más por teléfono ni lo visité.

Está mucho menos nervioso, reposado casi, mucho más grueso.

Estuvieron allí también la madre de Guillot, Sarita, con su cuerpo muy débil –la vimos atravesar un corredor con los brazos extendidos –casi ciega– apoyándose en la pared– pero con su cerebro lúcido, joven, con una cultura y una memoria sorprendentes. Opina y discute con mucho criterio y apasionadamente sobre Malraux o Racine, o política internacional.

Llegó luego Álvaro, el hermano de Gervasio, que pasó el último año en Canadá. Nada tan sorprendente como la semejanza de estos dos hermanos. Salvo que Gervasio padeció la enfermedad que lo adelgazó, no sólo no se pueden advertir diferencias sino que cada gesto, cada modismo, cada uno de los que yo creía particularísimos gestos de Gervasio se corresponde totalmente con los de Álvaro. Puntúan las frases de la misma manera, dicen, en medio de la explicación sus “bien”, con el mismo tono que les permite recomenzar o hilvanar el razonamiento, tiran hacia atrás la cabeza con el mismo gesto altivo cuando van a comenzar la narración. Pronuncian de la misma manera cortante y definitiva, y se demoran también los dos el mismo instante para pasarse la mano por la cabeza.

De las cosas que narró de ese viaje hay algunas tan sorprendentes como los letreros que presiden algunas playas, algunos restaurantes, etc. “Se prohíbe la entrada de perros, negros y latinoamericanos” o “Se prohíbe la entrada a latinos”. Desprecio ostensible para los latinos *como raza*. (Franceses, italianos, españoles, etc.) (p. 57–59)

Sábado 10 de enero

Terminada la lectura de *Les faux-monnayeurs*. A pesar del diario de Eduardo, pienso que la novela se resiente algo por la falta de un plan. Es una novela hecha desde un procedimiento más que desde un plan.

Veré de que Guiya me consiga ahora el *Journal de (Les) faux-monnayeurs*, en el que creo que podré hallar más que en la novela misma, salvo cuando la novela vuelca una realidad como la del viejo “La Perousse”.

Quisiera intentar una novela; que pudiera desarrollarse, en mí, con lentitud, y donde vivieran los personajes que mejor conozco. Sin embargo no quisiera que tuviera los defectos de la de Gide. O al menos que no siguiera el cauce que se propuso Gide. No quisiera tan violenta colaboración del azar. (Mundo excesivamen-

te artificioso en cuanto a las relaciones humanas: no en cuanto a los caracteres). Siento como necesario tener en cuenta –eso sí, el desdén de Gide por las descripciones. Sin embargo siento que algunos personajes no pueden ser dados con tanta prescindencia del mundo exterior.

Tampoco comparto la novela necesariamente inconclusa. *Los monederos falsos* puede continuar infinitamente. Me parece que el criterio de novela artística, no realista, debe tender a realizarse en su estructura. Gide admite la colaboración de la casualidad porque no es realista. Yo diría: porque una novela es obra de arte, puede realizarse un desarrollo que satisfaga en sí mismo. Vale decir, que se cierre artísticamente, y que no quede abierta como la vida a desarrollos infinitamente posibles.

Todo eso debe ser meditado. Para comenzar la novela me es necesario ver, sobre todo su fin, su sentido– que yo quisiera agonístico, cíclico.

En cuanto a lo recientemente realizado, “El eco”, debo hacer una modificación que la realidad me propone. Estaba en la anécdota inicial y yo lo olvidé, y sin embargo era necesario: la vieja ora, repitiendo la oración del sacerdote. Ello demora la comprensión de quienes están presentes a propósito de que ella sólo es un eco. (p. 59 – 61)

Domingo 11 de enero

Ayer de tarde, luego de una conversación torpe en “La rana”, con Maneco, Chacha, Maggi y Pocha, volvimos a tiempo de que yo escribiera unas líneas de “El escritor”. Y luego lectura de Andreiev, ayer mismo y hoy. Leí “El misterio” y algunos otros cuentos del mismo volumen en la ed. Calpe.

Con sorpresa, los veo mucho más artificiosos de lo que yo creía. Los siento desde un ángulo muy diferente. Creo que yo leí a Andreiev con cuidado hace unos diez años o más. En mi curso de preparatorios. Esa artificiosidad no me era entonces visible.

Tarde de domingo. Estoy solo, en casa, bajo el porche. Junto a mí, en el suelo, hay dos tomos del diario de Gide y los *Extractos de un diario* de Ch. du Bos. Sensación de plenitud y de serenidad. El sentirme solo, como ahora, me hace bien. Le dolería mucho a Minye si leyera esto, pero debo atreverme a escribirlo. Hace muy poco me pedía a mí mismo en este diario, mayor sinceridad.

Hay en Minye una constante preocupación por todo lo contingente, por lo que ocurre o puede ocurrir, que me arrebatara de las zonas de mí mismo que yo prefiero. Todo lo que en mí me puede hacer amar la vida es un más íntimo adiestramiento en mi propio ser. Si no me atiendo a no sé bien qué leves movimientos del alma –creo que casi inenunciados, pero que se dan en serenidad, y en serenidad tienden a buscarse caminos de expresión– la vida entera se me vacía de sentido, y tanto da ya lo que haga o deje de hacer, lo que escriba o con quién hable. Durante el año de trabajo esas horas de serenidad se me dan en la madrugada. Son como una toma de conciencia de mí mismo para saber vivir durante el día. Ahora, en vacaciones,

casi no se me dan. Minye además, involuntariamente, las impide. Creo que siente con disgusto, la posibilidad de que me entregue a ese silencio o a esa callada meditación. Entonces me paso luego los días buscando mi centro y sin hallarlo.

Tengo entonces –y me será difícil, explicármelo– una permanente sensación de irrealidad. Acaso esa sensación de irrealidad esté producida por falta de interés. Las cosas de la vida, la vida misma se me vacía de sentido porque deja de estar referida a los centros medulares, centros que sólo sé hallar dentro de mí. No me interesa ya entonces, y al quedar sin su *referida* a esos centros, pasa junto a mí aleteando irrealmente. Esto no quiere decir tampoco que no sepa vivir sin preocupaciones o meditando (Minye siente que es así, y está equivocada) sino que para vivir de esa manera necesito que mis actos respondan a una euforia natural que los mantiene ligados a esa como experiencia medular.

Es curioso sin embargo que me sea tan difícil explicar qué cosa es esa a la que tengo que tener referidas todas las cosas. Creo para mí, aunque no tengo de ello mucha seguridad, que es un proceso que podría ser vinculable a la devoción. Sé que la soledad es para ello indispensable –el recogimiento. Cuando me hallo perdido suelo recurrir a la lectura de un Diario. Gide estuvo sobre el escritorio o al alcance de la mano en los últimos dos años. A veces me entrego a la lectura de una novela. Eso me sirve en parte, pero no siempre, porque algunas veces, la novela no me sirve más que como evasión del mundo donde no estoy centrado. Es, a veces, esa lectura, una manera de no vivir. Pero otras, por no sé que esfuerzo de recuperación, me llevan al cauce deseado, con apariencias inesperadas que se manifiestan, por ejemplo, en una anotación sobre el estilo del autor o su composición. (p. 62 – 65)

Martes 13 de enero

Anoche pensaba, mientras llegaba a casa, que los días como el de ayer, también tendrían que quedar en este diario. No, naturalmente, porque importen, sino porque quisiera recordar yo mismo, esa manera de mi ser. Tuve que ocuparme de la venta del coche y de la compra de dos repuestos para el Opel.

[...]

Hoy tengo que terminar los trámites de esa venta y ocuparme de hacer algunos remienditos al coche nuevo para poder salir mañana a la madrugada para la estancia de los Arregui. Tengo además que equipar el auto con sus herramientas.

Me produce un placer muy grande imaginarme un viaje por carretera, sobre todo si no conozco todavía la ruta. Hay en ello una aventura, –la poca aventura que puede haber– que es suficiente a mantenerme tenso y alerta y con una alegre sensación de plenitud.

Además, en este caso particular, hay otros motivos: ayer cumplí 27 años, y todavía no vi una estancia. No creo que haya perdido algo medular, pero no lo ví hasta ahora de esa manera; como estancia. (p. 65 – 66)

Jueves 15 de enero

Desde ayer a mediodía, en la estancia de Mario. Estas anotaciones me resultarán solo suficientes para dejar comprometida la memoria en el recuerdo, no para sustituirlo. Viajamos ayer desde las 4 hasta las 11 de la mañana. Sentí el campo, el caballo, mi torpeza de jinete, mi autoridad de hombre. Siento que se me crece el hombre aquí en la estancia. Nada de lo que pudiera describir: un potrero, el ganado, un caballo elegido para un chambón; nada podía hacer explicable por sí, la plenitud que yo experimento, y que me obligó hoy a levantarme solo –Minye, Mario, Gladys, Chacha y Maneco, están durmiendo todavía– para experimentar este aire fresco, el increíble canto de los pájaros, el mate, leyendo Borges y obligándome por ello, al escribir estas líneas, a repetir sus abundantes series enumerativas.

Aburrido ya el mate, luego de haber hecho tres o cuatro paseos hasta la portera colorada, espero que alguien se levante. Quisiera dar una vuelta por el campo pero temo salir solo. (p. 67 – 68)

Martes 20

Ya de vuelta en Montevideo. Allá no fue posible –ni necesario– anotar nada más. Aquí mismo se me hace casi imposible anotar. No sabría qué elegir, y me tiento dejar que sea la memoria la que elija. Maté una paloma; maté una víbora que Minye disecó, perseguí inútilmente alguna liebre, vi un alacrán, arranqué un pedazo de cola viva a un lagarto que Mario mató, me acosté a las cuatro de la mañana, me levanté a las tres, perdí el tiempo sentado, con el mate, sintiendo que corría por mí; me sentí solo en el campo arriba de un caballo cuando el poniente hacía solemnes los mugidos de las vacas.

En medio de todo eso hay algo que sí, debo anotar. Estos días en la Estancia me sirvieron para comprender mejor mi amistad por Mario. Había zonas suyas que no me eran claras, y que ahora, por lo menos, sé dónde están. Algo como una preocupación de virilidad lo aleja a veces, y le hace esconder algunos de los movimientos de su alma que no resisten, sin embargo, a la convivencia estrecha. No podría ahora precisar bien los hechos. Ello se ve en la explicación ganadera como en la organización de un paseo: es cosa de matices, pero tuve la impresión de un alma limpia y buena y mucho más ancha y comprensiva.

En Montevideo, la conversación literaria, y la permanente discusión, tienden a polarizar virtudes y opiniones. Allá, relajadas esas tensiones, el alma se hace muy diferentemente explícita, de involuntaria manera.

No fue ésta la menor alegría del paseo. (p. 68 – 69)

Miércoles 21

Ayer, infructuosa tentativa de escribir a Bergamín. La estancia me sacó de quicio. Hay, además, aire de tormenta y se siente en los miembros el barómetro bajo, como si los dedos hubieran crecido.

Lectura de Gérard de Nerval. *Aurelia* no la había leído nunca. Siento ante ella que en cierto modo queda fuera de la literatura. Su *resultado* literario es, en cierta manera, accidental. No puedo por lo menos valorarlo como otra obra de arte. (Ello no es quitarle valor ni menospreciarlo; es admirarlo en un pedestal diferente.) Siento tan como anormal la mente de Nerval que no me interesa en un todo literariamente. Las zonas de delirio son demasiado claras.

Para formular mejor mi pensamiento tengo que pensar en Dante y comparar. Cuando en *La vita nuova* aparecen visiones éstas están literariamente encuadradas; se va ascendiendo a ellas, ellas son cumbres. La experiencia onírica o visionaria ha sido dominada por lo literario y sujeta a sus necesidades. En Nerval, todo está en bruto; las experiencias van siendo volcadas sin cálculo y a veces sin previa adecuación. Lo valioso y lo no valioso, todo es volcado con igual minuciosidad. Cierto es también que lo valioso es enorme.

Pero temo, luego de haber leído unas páginas de Gautier, que este juicio sea apresurado, y que lo motiva una obra muy excepcional (*Aurelia*), la última e inconclusa²⁰.

Demorada la terminación del primer borrador de “El escritor”, pienso en ponerme a la realización de otro tema y dejar ese para que se vaya preparando lentamente en mí. (p. 69 – 71)

23 enero – Viernes

Anoche estuvimos un momento en el café con Maneco, Maggi y Paco. Tuve una curiosa impresión de Paco: creo –tengo escrúpulos de escribirlo– que Paco es mucho menos inteligente que afectivo. Al menos es menos ampliamente inteligente que afectivo. Su inteligencia, me decía después Maggi, se caracteriza por su capacidad de ocurrencias. Es, claramente, una mente creadora, pues para percibir, para recibir y ordenar es mucho menos rica que lo que sospechábamos.

Muy curiosas sus apreciaciones sobre Quiroga y sobre Morosoli (de quienes se hablaba). Opina que Quiroga es un gran técnico que realiza su obra casi exclusivamente con trabajo y con paciencia, sin capacidad de alma, sin resonancia. Prefiere a Morosoli, mucho más simple pero más artista.

Es casi lo opuesto a lo que yo siento. Quiroga frustra frecuentemente sus relatos por fallas técnicas, por falta de paciencia y de realización técnica, aún en casos en que la materia humana está desbordando.

Paco extendía sus afirmaciones con argumentos que no eran tales, que adolecían, además de vaguedad, imprecisión, etc. Quedé desconforme con sus afirmaciones y con la manera de explicitarlos.

²⁰ La obra de Gérard de Nerval se convertirá en una de las obsesiones literarias de Díaz. En 1956 publicará el artículo “Gérard de Nerval”, en “Entregas de la Licorne” (Montevideo, setiembre, Nos. 5–6). Los textos de Nerval serán motivo de estudio permanente en sus cursos de Literatura Francesa. Versos del autor serán recordados en su novela *Los fuegos de San Telmo*. Se conserva en su Archivo una extensa obra inédita, “Un estudio sobre la experiencia poética de Gérard de Nerval” (224 folios), donde, entre otros libros, se analiza a *Aurelia*.

Esta tarde, respuesta a una muy cariñosa carta de Bergamín. Otra dirigida a Mario –que no terminaré hoy.

Lectura de G.K. Chesterton *El hombre que sabía demasiado y otros relatos*. (p. 71 – 73)

Domingo 25 de enero

Carta de Ángel. Me escribe con su estilo más gracioso y agrupa tres o cuatro adjetivos de censura –más que de censura– sobre mi artículo de “Escritura”. Es extraño. Creo que en resumen le molesta o por lo menos le inquieta la última frase esperanzada. Quisiera poder hablar con él de eso.

Hasta ahora solo sabía –indirectamente– de la opinión negativa de Paco, que no me sorprendía porque no creí que Paco se preocupara realmente por entender lo que yo exprese.

Pienso, como tema a estructurar, una *nouvelle* fantástica, con un fantasma, pero imagino que la última frase del relato sería aproximadamente ésta: “entonces me di cuenta de que el fantasma era yo”. La historia comenzaría a su vez, de una manera semejante a ésta: “Una noche les oí decir que en esa playa habría sido visto un fantasma.” Me molesta el aspecto forzosamente jocoso del cuento, y algo convencional, pero creo que podrían lograrse algunos buenos efectos. Descontado que un fantasma es un buen muchacho, modesto, incrédulo, incluso humilde y muy poco inteligente²¹. (p. 73 – 74)

Lunes 26 de enero

A propósito de “Presente perdido”. Hojeando las copias de máquina –todavía inconclusas– sentí que en definitiva, habían mantenido aquellas páginas del abedul que [eran] una debilidad, un no haber sabido desprenderme del tema inicial frustrado. Pienso que, en sustitución, debería ir una narración con personajes vivos, que intentaran dar por lo menos uno de los grados del recuerdo. Es necesario, acaso, volver a pensar en los campos, en el abuelo, etc. O en algo afectivamente equivalente. Visto desde cierta distancia, como lo veo ahora, es evidente que esas páginas se resienten de no dar cuerpo a lo que se imagina. Ello acaso podría hacerse mediante una narración. No veo claro todavía cuál puede ser el desarrollo de la misma, pero debe ser una narración válida por su ambiente, no –me parece ahora– por los hechos.

Entre ayer y hoy, relectura de H. James: *Otra vuelta de tuerca*, con más goce, sin duda, que la primera vez. Con admiración, además, por su técnica, su capacidad que llamaría sinfónica, de tratar el tema en varios aspectos. Relectura, también, de *Bartleby*, de Melville, con también renovada admiración. (p. 74 – 75)

²¹ Esta es la primera idea para su “nouvelle” *El Habitante*, que publicará en 1949.

27 enero

Lecturas de *Raza ciega*, de Paco, que hacía tiempo que no releía. Maravillado, sobre todo por la verdad y la eficacia de sus diálogos. Sentí sin embargo como algo ingenuo y repetido, lo que podría ser la filiación rusa de Paco, su tono de bondad para todos, lo angélico en los bobos y en los borrachos. (p. 76)

28 enero

Ayer: lectura de *Ulises* de J. Joyce. Siento que pierdo muchas alusiones eruditas, que la obra está, en ese sentido, muy recargada.

Más tarde, mientras le explicaba a Minye que mi desazón provenía de que no puedo trabajar, ahora, en nada –y no sé por qué– (tendría para retocar “El eco”, “Presente Perdido”, etc.) me indicó la conveniencia de terminar “*Arte y Magia*” definitivamente.

Al ir a buscar mis papeles allí [¿?] mucho más de lo que yo creía. Estoy emocionado de pensar en reanudar ese trabajo que es el que más estimo de lo que hice. Tengo ya aquí sobre la mesa los materiales que tengo que releer para *encajar* nuevamente en el asunto. (p. 76 – 77)

29 enero

Trabajé ayer algo en “Poesía y Magia”. Me preocupa, sobre todo, refundir el capítulo sobre Mallarmé que, en la redacción actual es sumamente confuso.

No me es fácil ahora trabajar en esto. Estuve demasiado alejado de ello durante demasiado tiempo. Pero esta dificultad misma acaso sea una ventaja para el libro. Cada vez que me acerco a él luego de ese alejamiento largo, lo miro más con ojos de censor que de creador. Veo con más claridad los altibajos y, sobre todo, advierto mejor lo confuso. (p. 77)

30 enero – viernes

Ayer seguí trabajando en “Poesía y Magia”. Estoy refundiendo el capítulo sobre Mallarmé. Con mucha lentitud, pero con alegría. Relecturas de algunos maravillosos pasajes de *Divagations*.

Por la tarde estuvieron Ángel e Ida y Peñasco y Alicia. La reunión se hacía para la lectura de una obra de Peñasco²²: “Narciso”.

La obra me pareció mala. Escrita con vacilaciones, con desaprensión, diría. Sin acción suficiente –sin arquitectura suficiente– y con un lenguaje fácilmente poético. (Lo poético y lo cotidiano se mezclan y disuenan) Lo poético mismo no es además –salvo acaso algún pasaje– de buena calidad.

No hay vencimiento de dificultades.

22 Alejandro Peñasco (1941 – 1979), poeta, dramaturgo, crítico y músico.

Pero lo que me pareció más importante no fueron siquiera esos defectos, sino la actitud de Peñasco y no sólo ante nuestras críticas, sino ante el trabajo mismo. Tiene, al fin y al cabo, una actitud ingenua e infantil.

Los comentarios que iniciamos lo tomaban a la defensiva, y hasta tal punto que concientes de ello tuvimos que abandonar –Ángel y yo– el plano en que siempre hablamos para ser más diplomáticos, y dejar a Peñasco relativamente contento. Yo creo que en realidad nuestro grupo (Mario, Ángel, aún Maneco y Maggi) sabemos tratarnos de manera casi excepcional, y que eso nos hace y nos puede seguir haciendo mucho bien. Me refiero a que jamás ponemos nuestro orgullo en lo hecho –quiero decir: de mala manera–. Las discusiones se dan por sobreentendidas en un plano de muy alta honestidad y con la más honda buena fe. Suelen ser la ayuda que el amigo da al que escribió haciéndole ver lo que él mismo sabe que –por entusiasmo– le será difícil observar.

Peñasco tiene en cambio una actitud similar a la de Ibáñez (y heredada de él probablemente).

Además cree que no hay que corregir ni refundir, etc.

Ángel me trajo ayer de regalo una preciosa edición bilingüe de *Hamlet*, con la traducción de A. Gide. (p. 77 – 79)

31 de enero

Trabajé ayer en “Poesía y Magia” por la mañana. Creo que estoy trabajando bien pero, eso sí, con extraordinaria lentitud. En realidad no me disgusta que sea así. Desde que puedo recordar, este libro lo fui realizando mediante la redacción de muy pocas frases diarias (muchas anotaciones, pero poca redacción propiamente dicha). Hoy traté de levantarme más temprano. Son las ocho. [...]

Espero mucho de este lento ritmo que estoy adquiriendo. Pienso que acaso este año pueda terminar el libro. Hace ya seis años, por lo menos, que estoy en él. (p. 80)

Domingo 1º de febrero

Progresos en “Poesía y Magia”. El capítulo sobre Mallarmé adelanta. Pero ahora que me fue posible hacerme un ritmo, el mes de enero termina, y con él mi libertad. [...]

Probablemente debido a la falsa óptica que se produce cuando se está excesivamente polarizado sobre un tema, creo que la redacción que estoy dando a este capítulo sea la definitiva. (p. 80 – 81)

Lunes 2

Ayer de tarde se me apareció en casa Arregui, en el Chevrolet 28 de la estancia [...] Cuando íbamos para el centro a cenar roza con otro coche, y sin libreta. Anduvimos en andanzas para que lo liberaran y al fin llegamos al café.

Más tarde nos trajo Maggi en coche –nosotros habíamos ido por fin en el de Arregui que quedó en el centro– y con nosotros vinieron Paco y Maneco. La reunión terminó a las 4 y ½ o 5 de la mañana. Consecuencia: recién me levanto –son las 12 y pico– pero me encuentro bien para trabajar. (p. 81)

Martes 3

[...]

Por la tarde y por la noche, lectura de *La porte étroite* de Gide, con el sentimiento de haber leído la mejor de las obras suyas que conozco.

Una de las virtudes que podrían señalarse en Gide como sustanciales es la de realizar *su* tema. (Aquí y en *Symphonie pastorale*). Quisiera explicar esto: me refiero a su total sometimiento, a su visión *estética* de la obra, sin que por ningún lado– como no sea por el fruto plenamente logrado– se pueda advertir su sabiduría, su dominio. Se advierte que está más allá de su labor y la abarca plenamente. O se cree advertir. El pensamiento densamente encarnado en el personaje, haciéndose vida y latiendo y respirando a plenos pulmones.

Escribo aún conmovido por la misma lectura y sin otro móvil inmediato que darme testimonio de mi propia admiración y cariño por el querido maestro. (p. 82)

Miércoles 4

Trabajo forzosamente interrumpido: hoy el primer tribunal examinador de febrero. Temo perder –por estos tres días seguidos– el buen ritmo que tenía. Pero, de todos modos tenía que releer algunos textos antes de terminar el capítulo sobre Mallarmé, y ello acaso pueda hacerlo esta mañana en la Universidad. Quisiera también pensar ciertas líneas de lo que quisiera que fuera una novela. En rigor una *nouvelle*.

Estuve pensando estos días pasados, como tema ideológico, lo que se podría llamar “Tántalo” –pensaba en Tola²³– es decir: el hombre de experiencia insaciable, sintiendo siempre– como me decía Mario los otros días– que queda siempre en la copa otra gota que acaso pueda resbalar. (Recordaba el brindis con aceite y vinagre). No sé todavía si ese tema “ideológico” pueda alentar esa novela; o si puede alentarla sin entrar en conflicto o sin que yo tome partido.

Si el esquema inicial fuera el diario del novelista –como yo pensaba– eso podría entrar [¿?] a animar una novela cuya sustancia sería variada y rica. [...] (p. 83)

Jueves 5 (febrero)

Ayer de noche estuvo Maggi en casa para concertar la realización –mediante una ley– de las prensas oficiales que yo proyectaba.

23 Se trata de José Luis “Tola” Invernizzi (1918 – 2001), artista plástico uruguayo que frecuentaba la peña del bar “Metro”.

Hablamos, además, de la novela. Tenía yo mucho sueño, pero, de pronto empecé a sentir, lúcidamente uno de los planteos que más me importaban de la estética literaria. Entre los dos polos extremos de poesía y ciencia descriptiva, aquella eludiendo puntos de apoyo reales por su preocupación de no emplear en lo posible la intención significativa del lenguaje; y ésta aferrándose al más estricto valor significativo como única manera de asir la realidad inmediata, hállase la novela.

El extremo artístico del lenguaje, la poesía, no se detiene en lo significativo, sino en lo simbólico del lenguaje, porque quiere asir algo que no es la realidad inmediata sino lo que llamaré *ente estético* y que se halla detrás de ella. Apenas toca la realidad para saltar más allá.

Por eso en la poesía puede no importar la anécdota.

Pero la novela vive de la anécdota. Ella misma es su substancia. Aunque pretende también el *ente estético*.

Pero lo pretende mediatamente y no directamente como la poesía.

La novela emplea el *significado* de las palabras para referir hechos virtuales o seres virtuales. Su intención, sin embargo, no es asir la realidad. Es crear puntos de apoyo desde los cuales saltar al *ente*. El esquema es parejo al de la poesía, pero en más lento desarrollo: no se le exige directamente a la palabra la alusión al ente. Su palabra solo sirve para instaurar a su vez alusiones al ente que participan, por otra parte, de la misma –o parecida– bivalencia que la palabra.

Pero para que el *ente estético* sea asible es menester señalar hacia él desde varias situaciones –situaciones del lector–. De ahí la necesidad de transcurso y temporalidad, de la novela. El tiempo perdido por el lector permite crear ese espacio donde algunas coordenadas indicarán –aludirán a– al *ente*. [...] (p. 84 – 86)

Viernes 6

[...]

Sigo pensando en esa novela. Algo me impide lanzarme a hacerla hasta no ver con más claridad futuros desarrollos. El hecho de haberme pasado trabajando, durante un cierto tiempo en trabajos analíticos, me hace temer, tontamente, lo indiscernido. O al menos, me hace sentirme incómodo en lo no discernido.

De todas maneras, pienso que un procedimiento que me permitirá comenzarla, será la ejecución de algunos diarios, comenzando por el del novelista. Acaso luego –si aparece como una necesidad– el diario puede refundirse en relato.

No debe preocuparme el lento progreso de esta novela. Todo lo que yo hice lo hice –y lo hago con lentitud– pero el lento crecimiento de varios temas simultáneos me permite tener cierta confianza.

Dentro de poco tiempo tendré varios libros prontos, que se comenzaron, casi sin pensarlo desde hace años.

“Poesía y Magia” – desde 1941 o 42

“Bécquer” – Biografía y análisis, 1947

Cuentos – Antiguos para refundir – 1939–

–Nuevos: 1947 (“El eco” – “El escritor” – “Presente Perdido”)
Ensayos – Realizados – “Hamlet”, “Caín”, “Herrera y Reissig”
A terminar – “Hugo (Nuestra Señora)”
“De lo cómico”
“Indagación de una literatura”
A realizar – Dante 1) Historicidad; 2) Canto XXXIII
Discursivo – a Duhamel, a Cervantes

Y hay, aún, materiales frustrados pero utilizables de la novela interrumpida (“La hechizada”).(p. 86 – 87)

Febrero 7 – Sábado

[...]

Lectura de parte del *Journal des faux-monnayeurs*. En algunos momentos el problema que con más violencia siente Gide es el mismo que me molesta a propósito de mi proyecto: ¿qué mundo dar a ese determinado conjunto de personajes? Creo que la solución que a ese problema da es la que yo comencé desdeñando y que sin embargo periódicamente me tienta. Sin embargo, ahora, no puedo aceptarla. El resultado que logra no es el que yo quiero lograr. (p. 88)

Febrero 8 – Domingo

[...]

Durante la mañana –cuidando escritos– unas líneas para “El escritor”. Interrumpidos por la llegada de Blanca García Brunel. Su proximidad me impidió anotar inmediatamente un diálogo con ella que ahora me es imposible reproducir correctamente.

–Leí su artículo, ¡eh! Pero eso de que no conoce ningún existencialista... Yo hace meses que vengo diciendo que soy existencialista.

–Sí... No sabía.

–Sí. Es una cosa bárbara... Ahora estoy leyendo *La Náusea*²⁴. ¿La leyó? Pero eso sí: no me doy cuenta, ¿sabe? Es muy difícil, muy difícil...

–No la leí.

–Sí, hay una cosa ¿sabe? Hay allí una cosa...

–Conozco poco.

–Ah, y *El Inmoralista* leí... ¡Eso sí que es bueno! Hay una fuerza... una grandeza, todo un proceso... Yo siempre dije: yo soy *Gidista*.

Pero es inútil, el diálogo era aún más inverosímil.

Pero la suscribí para “Clinamen”.

²⁴ *La náusea* (1938), primera novela filosófica de Jean Paul Sartre.

En los exámenes estaba también Arias (Alejandro):

–José Pedro ¿tú viste la crónica que me hicieron?

Yo la recordaba claramente. Pero preferí decir la mentira menor.

–No, no la leí, Alejandro. Solo vi que había algo sobre ti y sobre Denis.

–Una infamia, José Pedro. Hecha con muy mala fe. Además desordenada, ilógica. No sigue un solo razonamiento.

Y abrió los brazos con gesto dolorido, la cabeza cariñosamente inclinada!:

–De mala fe, José Pedro, de mala fe...

¿No es más mala fe, y más sinuosa, atribuir mala fe a una crítica *porque es adversa*? Que se hubiera entristecido si juzgaba al crítico inteligente, o que se hubiera irritado si lo consideraba estúpido, pero ¿por qué, necesariamente, suponer mala fe?

Luego, se aludió –no sé bien cómo– a mi artículo sobre *Hamlet*. Arias me hizo notar que la Sombra llevaba máscara y que yo había omitido eso en mi artículo. Fue todo lo que me supo decir... (p. 89 – 91)

10 – Martes

Hoy vendrán a pasar el día Ángel e Ida. Me alegro que vengan. Creo que ellos se sienten muy cómodos en casa.

Lectura, ayer todavía, del libro de Klaus Mann sobre Gide²⁵.

Lo que hace unos días decía a Minye sobre la obra de Gide, me resulta en cierta manera comprobado al leer el estudio de Klaus Mann. Yo tendía a sentir la obra de Gide como una obra estrechísimamente vinculada a una vida en un sentido de desarrollo. Las contradicciones de Gide (*Inmoralista*²⁶ y *La porte étroite* comunista y *Retour*²⁷, etc.) son manifestaciones dialécticas necesarias para establecer un Gide que no podría hallar expresión *fuera* de ese juego dialéctico. Permite así su obra la visión de un hombre que en esa particular manera sobrepasa, envuelve su obra.

Por eso yo lo siento de alguna manera cercano a Goethe, como complejidad en elaboración creciente, como continuo y paciente desarrollo de su personalidad. Los antagonismos ocasionales se disuelven así y se integran. (p. 91 – 92)

Miércoles 11 – (febrero)

Ayer, durante todo el día con Ángel e Ida en casa. De noche con los demás muchachos.

La lectura de un cuento de Ángel me desorientó y promovió, de tarde, una conversación que pudo habernos llevado a algo importante pero que fue interrumpido varias veces y que no supimos –o no supe– seguir con lucidez.

²⁵ André Gide and the Crisis of Modern Thought (1943), de Klaus Mann.

²⁶ El Inmoralista (1902).

²⁷ Le retour de l'enfant prodigue ("El retorno del hijo pródigo", 1907).

Presentar hechos frontalmente, sin explicación, a la manera de la pintura moderna, decía Ángel. No supe explicarle con claridad suficiente porqué me parecía un error.

De noche todo fue mucho peor. Se promovieron dos discusiones. Para que se abandonara una, promoví otra que resultó peor: vigencia de una observación de Biraud²⁸ sobre una página de Homero. Decididamente es inútil, molesto e inconducente, discutir con Maneco y Maggi cuando están juntos. Siempre puedo conversar bien con ellos cuando están separados, pero cuando hay que enfrentarlos a los dos, forman, invariablemente, un *team* que se propone *ganar* una discusión. Y en ese tono –que los domina sin que ellos mismos lo adviertan– es imposible toda discusión. Luchan con los argumentos como si se tratara de armas. Se proponen, inconscientemente –no lo dudo– no conceder nada, y para ello se impermeabilizan, luego, ya pueden atacar.

De esa manera la discusión se convierte en algo ajeno a lo que yo siento y seguramente a lo que ellos mismos sienten. Son, así, espontáneamente insinceros.

Además tienen una extraña fuerza de desplazamiento. A los dos minutos siento que estoy yo también embarcado en una discusión que, en ese aspecto, no me importa, y moviéndome fuera de los cauces que me son importantes. Lucho en lo peor de mí y con lo peor de mí.

Tales discusiones, que me dejan profundamente disgustado, no enriquecen ni a ellos ni a mí. Debo evitarlos.

Sólo concibo discusiones útiles cuando se trata de algo así como una colaboración en la discriminación de un tema. Cuando hay enfrentamiento antagónico no interesa ni se trata de defender las posiciones; interesa si se trata de hacer la crítica doble de las mismas. ¡Es tan difícil suponer que la verdad consistirá en abandonar totalmente una posición, sino recoger algo de ella!

[...] (p. 92 – 94)

Sábado 14 (febrero)

[...]

Ayer, visita de Maggi, con quien ordenamos ideas para el proyecto de ley sobre ediciones del Estado –dependientes de la Biblioteca Nacional– y luego, cenamos un asado –que hicimos en el fondo, con Pocha y con el hermano de Maneco.

De noche conocimos a María Elena Walsh. Es muy joven. Cuando hablaba yo me sentía, por momentos, incómodo, sin poder comprender exactamente si porque temía que no pudiera expresarse bien o porque presumía que iba a hablar de determinadas cosas con impropia ligereza.

Luego pensé que mi inquietud se debía a su juventud, que tiene maneras diferentes a las que yo conocía. Uno se habitúa a determinadas inseguridades de am-

28 M. Biraud, autor de *Études de syntaxe du grec classique* y otras obras referentes a la cultura griega y homérica.

biente. Y no se inquieta ante gente de otro medio pero madura, serena. En cambio una inseguridad de otro medio, resulta imprevisible, y en la misma medida inquietante.

[...] (p. 95 – 96)

Martes 17

El sábado, visita de Maggi con Trillo, que es ahora director–interventor de la Biblioteca²⁹– para ordenar ideas a propósito de la ley o del decreto en que va a ir mi proyecto.

[...] (p. 97)

Miércoles 18

Las citas en Secundaria eran para integrar mesas en el Interior: en Melo y en Rocha [...]

Ayer me enteró Maggi de la reacción del Ministro (Secco Ellauri³⁰) cuando le habló de nuestro proyecto de publicaciones. Secco pensaba ya en la creación de la Gran imprenta del Estado, de la importancia de Fondo de Cultura, de México.

Hoy de mañana ultimaremos los detalles de este proyecto en la Biblioteca, con Trillo y Maggi. (p. 97 – 98)

Viernes 20 (febrero)

[...]

Esta noche, viaje a Melo, para examinar por dos días. (p. 98)

23, lunes

Durante el viaje de regreso de Melo lectura de la novela de Onetti *Para esta noche*, que terminé ayer aquí.

Creo que el novelista es allí evidente. Logró mucho de lo que yo, en algunos casos, he deseado. El estilo y algún tipo de situaciones es lo que yo deseaba para mi novela (“El libro de A.”) Sin embargo creo –o estoy por creer– acaso porque involuntariamente le apliqué la crítica que me apliqué, que en esa novela un problema subsiste: el de la adecuación del estilo. Tiene un estilo oral, lento y rico, con una cierta diferencia de tiempo con los acontecimientos que expone. (p. 99 – 100)

Martes 24

[...]

29 Dionisio Trillo Pays (1909 – 1971). Narrador. Fue Director de la Biblioteca Nacional desde 1947 a 1971.

30 Óscar Secco Ellauri (1904 – 1990), historiador y político. Tuvo a su cargo el Ministerio de Instrucción Pública entre 1948 y 1951.

Por la tarde y la noche, con los muchachos –incluso Mario y Gladys que están en Montevideo–. Lectura –dos veces– de “El eco”. Entusiasmo de Maggi y Maneco. Aprobación de Mario. Discusiones de detalle muy útiles para dos pequeños puntos, pero sorprendentes.

Tuve la impresión de que Maggi y Maneco están excesivamente polarizados en un sentido de objetividad, realismo, epopeya homérica, lo que me llevó a defender, de manera acaso excesiva, líneas como la de “Presente Perdido”. Ellos hablan de literatura “mayor” y “menor”. No nos pusimos de acuerdo. Pienso que acaso tanto Mario como yo, y quizá erróneamente –pero es sólo quizá– sintamos con mucha violencia la actitud de Valéry –“lo habido dificultosamente me entusiasma”.

Por otra parte pienso –y si Maggi y Maneco me oyeran decir esto discreparían violentamente– que el sentimiento de Mario y mío es más romántico que el de ellos. En el sentido de que para nosotros cuentos como estos quedan en cierto modo fuera de la órbita de nuestra estricta necesidad. Son o pueden ser fabricados. Mientras que los otros pueden responder a un atisbo más importante, a una experiencia más desolada y angustiosa, más vinculada a nuestro ser. Ello la hace más difícil, de ahí que sea más difícil también estimarla y comprenderla.

Reconozco que posiblemente tanto Mario como yo juzgamos vinculando diferentes criterios de valor, de manera que al estimar la línea “Presente Perdido”, estimamos doblemente: lo literario por un lado, lo moral por otro; por cuanto valoramos la actitud humana que ante las letras se coloca en situación difícil y sin ventajas. Pero lo moral y lo literario se mezclan en la estimación.

En fin, me disgustan estos planteamientos. Siento que por aquí se tratan asuntos muy importantes y que actuó frente a ellos sin habilidad y sin criterio depurado, más sintiendo que pensando, y aun con un sentimiento, como decía, no puramente literario.

Pero de todas maneras esto fue mal planteado. En la discusión de anoche se advertía, claramente, que Maneco y Maggi pensaban la literatura desde el ángulo estricto de la narración. De tal manera, e involuntariamente, y aun a pesar de las protestas que hicieran, juzgaban haciendo actuar un criterio de géneros. Yo explicaba que para mí la literatura era sentida como un cuerpo vivo grande y rico que, entre otros elementos, tenía la narración. Yo juzgaba desde otro ángulo porque no aspiro a ser narrador sino de manera ambiciosa y vaga, escritor. (p. 100 – 102)

Rocha 25 miércoles (febrero)

Ayer, charla con Mario y Pablo antes de partir para Rocha. Planteo breve y poco comentado de las posibilidades del humorismo. Porque quisiera realizar el tema del fantasma y siento, sin embargo, como demasiado menor el intento.

Traté de pensar en ese cuento –todavía sin nombre– durante el viaje. Pero en el vagón fue imposible.

Imagino estos elementos:

Una narración en primera persona, donde el que cuenta relata las conversaciones que oye en un grupo de personas, entre ellas una joven de la que se está enamorando. En esas conversaciones se describe a un ser que produce temor y desconcierto incluso a quien está narrando.

Poco a poco –hay que inventar situaciones que permitan esa gradualidad– va advirtiendo que el ser a quien describen es él, y al fin comprende, con dolor, con desesperanza, que él es un fantasma.

[...] (p. 102 – 103)

28, sábado, Montevideo

[...]

Conté esta noche a Maneco mi tema del fantasma. La anécdota la ubicaba –en mi relato– en una costa del Este, deshabitada durante el invierno, época en que el narrador suele pasearse, durante los vendavales del sur, junto a la costa, en triste soledad. Ahora todo cambia. Vienen ellos, y sobre todo ella, a la que escucha con cuidado porque ella le ilumina todo nuevamente. Él es algo como cuidador o jardinero de la vieja casona.

Paseos a la orilla del mar. El balneario concurrido de ahora le impide sentirse a gusto. Hay orquesta y bailes, y él mira todo eso de lejos, sin atreverse a acercarse, vestido con su saquito blanco –aparición del fantasma.

El tema pareció valioso a Maneco y Chacha. Creo que Minye volvió a sentirlo. (p. 107 – 108)

2 de marzo

[...]

Continúo pensando en el cuento. Algunos aspectos y escenas se van delineando mejor.

Por humildad no se sorprende de no ser presentado. Ella se llama Alicia. Tiene una tía (Señorita Ofelia) de carácter imposible y barbuda.

Él tiene costumbre de acomodar baúles en la buhardilla.

Por modestia no habla en las reuniones. Cree percibir alusiones a él mismo y se sonríe agradeciendo, nada más. (p. 108 – 109)

3 marzo

Seguí trabajando en el cuento que se puede llamar “El cuidador”, aunque es americanismo. Pero no encuentro en los diccionarios la palabra precisa.

Trabajo con inseguridad –como siempre– y con la angustia de comprender que no se trata en realidad de algo muy breve, sino probablemente, de una *nouvelle*, lo que me pone en la incógnita de saber si podré o no sostenerme en una ejecución relativamente larga. Me amenaza el posible cambio de tono luego de haber trabajado parte del relato. (p. 109)

4 de marzo

[...]

Conversamos con Mario de cosas que me importan mucho. (Y a él también, por supuesto.)

Yo le decía del trabajo que me cuesta la ejecución de “El cuidador”: cómo para conseguir una frase que se adecue en tono, en sentido y en oportunidad, debo cuidarme más de aquello que el resultado haría suponer. Me decía Mario de la tristeza de sentir esa forma de relativo alejamiento de la materia que se trata, de aplicarse a manejarla, pacientemente, dispuesto a no dejarse llevar al estado de volcar *toda* la tensión en lo que se escribe.

Me elogió esto en “El eco” pero haciéndome sentir su relativa pequeñez. Conveníamos en que a esta realización le es indispensable la acumulación. Cuando todo ese paciente trabajo se acumula va levantando un mundo. Nuestra más urgente necesidad es la creación... Realizar y sumar.

Le participé además mi deseo de intentar una novela corta con un tema familiar, para continuar el ejercicio que me parece, por ahora, más necesario: el de ponerse en la ejecución paciente y objetiva.

En mí, el problema acaso más importante sea el aprendizaje de un mantenimiento de un estado de alma capaz de prolongarse lo suficiente para abarcar toda una obra. (p. 109 – 111)

5 de marzo

Lectura de Gide, *Journal*, en el volumen de la Biblioteca del Liceo Francés. Dificultades imaginando “El cuidador”. También –y desde anteaer– lectura de Hudson: *Tierra purpúrea*, con interés, no con admiración.

Triste tarde invernal [...] Volví con intención de trabajar en “El cuidador”, pero me siento alejado del cuento.

Para “El cuidador” (El fantasma):

“Por su edad no la llamaba Señorita Ofelia e involuntariamente pensaba que *Señorita* era su primer nombre”

En ella, en Alicia, se manifestaba la gracia de la luz, que le es negada por el destino al fantasma, que solo comprende la noche y el mar tumultuoso. Es por eso que se enamora de ella.

Creo que de esta manera se me revela el sentido más profundo de la novelita, que cobra así, una inocente simbología de luz y sombra.

Comienzan ahora las verdaderas dificultades de “El cuidador”. Me es necesario llegar a lo que más temo: a las pequeñas situaciones dialogadas que deben mostrar vivos a mis personajes, y no hallo ninguna suficientemente significativa. (p. 111 – 112)

Domingo 7 de marzo

Para “El cuidador”, o “El médano” o “El fantasma”:

El fantasma tiene que oír la narración de los sucesos que explican su propia aparición en aquel lugar. Tiene que ser una leyenda que se refiera a la época de las cuatro piezas de piedra. (p. 113)

Lunes

Ayer de noche, hicimos un asado al que debían venir, además de Maneco y Chacha, Maggi y Pocha. Estos faltaron, pero la noche que pasamos fue acaso mejor. No se llegó a las discusiones que hubieran sido inevitables con Maneco y Maggi juntos.

Maneco goza con una intensidad muy grande estos hechos de amistad. Sentirse junto al fuego, con un mate en la mano, mientras se cuida las brasas y el asado, le produce una excitación de placer que se desborda en una voluntad de ancha comprensión. Quiere estar de acuerdo conmigo, quiere que lo comprenda, quiere hacer *algo* que sea necesario... Su conversación entonces se desarrolla entonces a base de proyectos en los que se advierte una prolongación, ampliada, de los goces del presente, que, en él, no saben ser estáticos.

A media noche leí las 10 primeras páginas de “El médano”. Les gustó –creo– más que a mí. Yo sentí muchos desfallecimientos, debilidades, etc. Maneco me propuso algunas escenas, en el tono de algunas que yo ya tenía preparadas, y me sugirió algunas alteraciones de plan sobre las que no acerté a decidirme.

El temor que tengo a propósito de este relato es que está concebido como novela corta, y, por lo tanto, me va a exigir el mantenimiento de un tono, y un trabajo de realización homogénea que probablemente yo no sepa mantener. (p. 113 – 114)

Martes 9 (marzo)

Escribí la pequeña escena del salón. El estilo, la modalidad de *nouvelle* que me propuse, me hace sentir como disminuida cada página que escribo con relación a lo imaginado. Pero también creo que, paradójicamente, intensificar el efecto de algunas de esas páginas sería impedir el efecto de conjunto. La subordinación de cada momento al todo de la novela es un principio inviolable, sobre todo en este caso, donde lo que quiero lograr es, sobre todo, un efecto de ambiente, de clima.

[...]

Durante la tarde de hoy, visita a Ángel desde las 13 hasta las 17 o 18.

Muy útil conversación. Conté proyectos y recibí una aguda y muy sana crítica a mi artículo de “Escritura”³¹. Me siento en realidad culpable por negligencia frente a muchas de las observaciones de Ángel. No me arrepiento, sin embargo, de

31 Como se verá, los mencionados artículos de Maggi y Díaz, publicados respectivamente en “Escritura” N°s. 1 y 2, serán el inicio de una larguísima polémica sobre la existencia o no de una nueva generación, polémica que se extenderá a otros órganos como “Marcha”, “Clinamen”, etc. La posición al respecto de Ángel Rama aparecerá al año siguiente en “Generación va, generación viene”, “Clinamen” N° 5, mayo – junio 1948, p. 59.

haberlo publicado aunque me cuidaré, en lo posible de volver a cometer el error de publicar una página sin haberla dejado sedimentar. Me encuentro ahora –como *casi* me pasó otra vez (con la página sobre Valéry en su primera redacción)– con que mi pensamiento difiere de lo publicado, y no porque yo haya cambiado sino porque me expresé con poco rigor. El camino del rigor hay que recorrerlo hasta el fin.

No me arrepiento porque si se publican los comentarios de Maneco y de Rama, ello proporcionará una ocasión de plantearse problemas que son importantes.

Plan de una novela de Ángel “Cercados”.

Plan de una novela mía, uno de cuyos personajes es el novelista que investiga retrospectivamente el ser de sus personajes. Tiene, por lo tanto, pasajes en forma de diario, y pasajes novelados.

Conversaciones sobre “El médano” o “El cuidador”, o, como pienso que acaso sería mejor, “El Fantasma”. Con este título creo que tendría que tomar un desarrollo diferente, donde se vea actuando un fantasma, él mismo –el que narra– en el pasado.

Pasamos después por lo de Maneco que nos leyó el artículo que sobre el de Maggi y el mío va a publicar el viernes “Marcha”³².

Uno de los errores por omisión más evidentes en ese artículo mío se debió a que lo escribí mientras tenía muy fresca la labor de la conferencia sobre Julio Herrera, que creía, además, que se publicaría entonces. Por esa razón lo que me había ocupado allá no lo repetí aquí, y es una falla muy sensible: el desarraigo de nuestra literatura. (p. 114 – 117)

Miércoles 10 (marzo)

Hastío. Inseguridad.

Tengo que violentarme aún para proponerme trabajar. El interés se me desplaza, tangencialmente, hacia la novela que ayer explicaba a Rama. Me entusiasma, en esa posible novela, una realización de tal carácter que permita paréntesis de alejamiento. Dado su estructura puedo *irla pensando mientras* la voy escribiendo (al menos en parte).

Hoy no trabajé en “El fantasma”.

Lectura de las *Cartas a la madre*, de Baudelaire, libro sobre el que prometí una bibliográfica a Ángel.

Le prometí también hacer lo posible por redactar una pequeña nota sobre Gide. Si no fuera demasiado presuntuoso podría emplearse este título “Gide, o el desarrollo dialéctico de la personalidad”. (p. 117 – 118)

Sábado 13

Entregué ayer las pruebas de la conferencia sobre Herrera y Reissig.

32 “Una literatura”, de Manuel Flores Mora, “Marcha”, N° 421, 19 de marzo de 1948.

De tarde, no pudiendo trabajar en “El fantasma”, comencé la nota sobre Gide para “Clinamen”.

Me preocupa mi incapacidad para escribir al correr de la pluma, sea lo que sea. El artículo de Gide –que es apenas una nota, y que será, en definitiva, mala– la rehice totalmente ya antes de terminarla. Y aún exige correcciones importantes. No consigo escribir como escribo al menos en este cuaderno: sin corregir.

“El Fantasma” está detenido porque a partir de la escena del sillón en el comedor, no sé como continuarlo: no sé lo que pasa después.

Además creo que esa escena del comedor, con el tono con que fue realizada, tiene que ocurrir después –o contarse después– que otra, donde el amor del fantasma no se ponga tan en primer plano. (p. 118 – 119)

Lunes 15

Ayer, visita de Ángel e Ida. Paseo al Parque Nacional³³ otra vez. Conversación sobre Gide (lectura de mi artículo).

Hoy intento las primeras anotaciones para la novela: el comienzo del diario del novelista.

Peligro que ya me acosó otras veces: ver con claridad un clima y tender, por ello a la realización, sin tener claros, todavía los nudos de la acción, los hechos de los personajes. (p. 119 – 120)

Miércoles 17 (marzo)

Trabajé durante la mañana en “El Fantasma”. Creo que con desproporcionado esfuerzo. Trabajo en la escena del jardín.

[...]

Nada apareció de nuevo para la novela.

La nota sobre Gide, detenida. (p. 122)

Jueves 18

Esta mañana trabajé en las primeras horas, sobre la escena del jardín, que quedó terminada. Creo que equilibrada.

Luego, diligencias en el centro. Ida, a quien encontramos, nos dio la buena noticia: Bergamín llega mañana al aeropuerto de Carrasco a las 14. Revisamos las posibilidades de pensión, y encontramos algunas buenas. (p. 122 – 123)

Viernes 19

[...]

Se prepara un día de tormenta. Ya nublado, empieza a soplar ese viento como desconcertado que precede a la lluvia. Bergamín va a aterrizar bajo agua.

³³ Parque Nacional de Carrasco.

Pensamos que lo mejor será reunirnos con los muchachos (Ida y Ángel) en el centro y partir con ellos, directamente al aeródromo. (p. 123 – 124)

Sábado 20

La tarde de ayer dedicada a Bergamín. Increíble resultó, de pronto, estar viendo su rostro en la Conaprole de Pocitos, como tantas otras tardes. Viene más delgado aún, cansado. Padeció en Río una intoxicación que le impedía comer. Debe pesar cuarenta quilos. (p. 124)

Domingo 21

Ayer de tarde con Don José. A última hora conversación más honda preparando el cursillo de la facultad: su orientación, sus probables métodos. El tema va a ser “picaresca y mística”. (p. 124)

Jueves 25

“El Fantasma” adelantó ayer varias páginas. Ahora que su desarrollo se dilata, tengo la impresión de que su equilibrio formal pueda escapárseme. No creo que me sea fácil, por ejemplo, condensar más la escena de la tormenta, y, tal como se halla, pienso que es desproporcionada, y que por su sola extensión puede anular algunos aspectos de las otras escenas. Solo puede disminuir eso, el trabajo de composición.

Ayer tuve una pequeña discusión con Minye a propósito del fin de la escena de la tormenta. Minye me observaba la inconveniencia del último momento (la amenaza del fantasma con la lámpara) pero a mí me pareció entonces, en el calor del hallazgo, exacta. Ahora, sin releer siquiera, comprendo ya que Minye tenía razón de observarme eso. Es necesario que lo que el Fantasma haga sea algo que se pueda confundir con un accidente. (p. 125)

Sábado 27

Trabajé, aunque con lentitud, en “El Fantasma”. Creo que está conseguido un tono, y, acaso también, un ritmo. No lo creo importante y sin embargo he logrado que me importe, lo que me es útil, porque puedo trabajar bien en él. Tengo la impresión de que en general domino el tema, lo que quiere decir, que me puedo dejar arrastrar por su personaje.

[...]

Pocas veces trabajo tan empecinado como el de hoy sobre “El Fantasma” pero, acaso, según pensé, debe llamarse “El médano”, simplemente, y sin alusión a su tema principal.

Trabajé hoy unas siete horas. Creo que hasta ahora no había hecho nunca tanto esfuerzo frente a páginas de creación. (p. 126)

Domingo 28 (marzo)

Ayer de noche, seguí trabajando hasta terminar la escena del salón. Son treinta páginas y lo medular está hecho. Falta sólo cerrarlo. (p. 126)

Lunes 29

Lectura, ayer de tarde, de las primeras treinta páginas de “El Fantasma” en lo de Maneco, ante Maggi y Pocha y Fleitas³⁴ y Magela³⁵.

Sorprendente entusiasmo de Maggi que, además, me hizo mucho bien porque es opinión que me importa. Se refirió al tono novelístico y eso fue en realidad, de lo que más me había preocupado. Discutimos algo la escena de la tormenta, donde cree necesarios algunos ajustes, o al menos una culminación.

Me sugiere un título romántico: “La casa de los...” o algo así. (p. 127)

Miércoles 31

Las clases comenzaron y ya se me hace difícil continuar mi trabajo sobre el cuento. Continué sin embargo estos días. Me levanto a las 5 y media. Un trabajo de poco tiempo pero continuado, repetido diariamente, me permitió, en otras ocasiones, mucho. Por ahora creo que puedo mantener el *tono* necesario. Pienso, si ello es preciso, descuidar incluso las clases durante esta semana. (p. 127)

Viernes 9 (abril)

Aunque no escribí en el cuento, creo que encontré ya su solución. En realidad creo también que uno de los motivos que me hacía escribir muy poco era el no tener una situación final que me satisfaga realmente. Hoy no podré trabajar, me parece, pero acaso con un poco de trabajo intenso quede eso terminado, porque ya está concluido.

Solo una escena me falta. Trataré de terminarla entre esta semana y la que sigue. (p. 129)

Sábado 10

Nada como un libro malo para que se venda, me decía Bergamín a propósito de *Lamel*. Nada como un mal artículo para que se atienda, me diría yo.

El artículo sobre *Hamlet* creo que no le importó más que a un núcleo reducido. El mal artículo “Indagación de una literatura”, sobre el que me dijo tantas observaciones correctas Rama fue comentado 1 – por Flores en “Marcha” – corregido y

34 Carlos Mario Fleitas (n. en 1921), poeta, autor de *El amor de este mundo*, *Morir en la ciudad*, *Mar adentro*, etc.

35 Apodo de María de los Ángeles Flores Mora (n. en 1926), hermana de Manuel y Carlos, autora de *Julio Herrera y Reissig (estudio biográfico)* (1947).

ampliado, 2 – por Benedetti, en “Marcha”, que ya se ocupa de los tres anteriores (incluso Maggi)³⁶ 3 – por la Revista de Revistas³⁷, de “Cabalgata”³⁸ y 4 – por un Señor X (creo que Paseyro) cuya publicación se me anunció³⁹. Es sorprendente⁴⁰.

Sobre la conferencia sobre Herrera que es más importante que esas dos cosas juntas, nadie se ocupará (y nos atañe aún más que el mismo artículo *generacional*). No hay como hablar mal para ser *inmediatamente* oído. Y si no mal, al menos decir nimiedades.

[...] (p. 130)

Lunes 12 (abril)

Ayer, en casa, Bergamín, Chacha, Ángel, Ida y Maneco después.

“La muerte de Adonis”⁴¹, que Minye leyó, gustó a todos aunque en diferente grado según creo. A Bergamín le importa el camino hecho hacia la sencillez, mientras Ángel, y acaso algo en mí, también, sentíamos que, en su nuevo camino, “Adonis” no iba más allá de “Leda” en el suyo, y acaso menos. Opinaban lo contrario Bergamín y Maneco. Creo que Bergamín se alegró de ese giro y que siente más directamente esta poesía. La cree, además, más importante y verdadera.

Luego leí las 36 primeras páginas de “El Fantasma”. Sólo les gustó a Ida y a Bergamín, me parece. Y con reservas a Chacha. Bergamín lo defendió de Maneco y Ángel me dejó su opinión en unos minutos: tengo que volver a hablar con él a propósito de eso.

En Maneco, que argumentó mucho, creo que lo único que se puede ver claro es que no sintió que hubiera un fantasma, y que exigía, para sentirlo, una emoción de un orden que yo no busqué.

[...] (p. 130 – 131)

Jueves 15

Ayer estuvimos en la conferencia de Bergamín. Poco ordenada y dejando los cabos sueltos. Además insistía en lo que pretendía evitar. Le llevamos Herrera y Reissig y Delmira como regalo. (p. 131)

36 “Comentarios a una literatura. Últimos y penúltimos”, de Mario Benedetti, “Marcha”, 9 de abril.

37 Sección del semanario “Marcha” donde se comentaban los nuevos números de las distintas revistas literarias.

38 Artículo de Miguel Graco en “Cabalgata”, de abril de 1948, que califica de “exacta, oscura, militante” a la nota de Díaz y le señala “una desdibujada contradicción” entre la ubicación del problema generacional y su enfoque.

39 Seguramente se refiere a “¿Una literatura?”, de Mario Silva Delgado, que se publicará en el N° 426 de “Marcha”, 30 de abril o a “Nuestra literatura”, de David Óscar Gonçalves, publicado en el N° 428 de “Marcha”, 14 de mayo.

40 Díaz no citará su artículo en ninguno de los currículums y relaciones de mérito que se conservan en su Archivo.

41 “La muerte de Adonis” o “Adonis” o “Pasión y muerte de Adonis”, distintas versiones del mismo poema inédito de Amanda Berenguer, escritas en abril de 1948.

Domingo 18

Tuve anteayer una larga conversación con Oribe a propósito de su separación conyugal. Lo vi bien, muy bien, moralmente, y despojado. Me alegró mucho su confianza. Necesitaba la confidencia.

Gracias a Guillot, que se ocupó de ello, están muy bien encaminadas las gestiones para obtener un cursillo honorario en la Facultad de Humanidades sobre “Poesía y Magia”. Lo dictaría este mismo semestre. (p. 132 – 133)

Miércoles 21

Estoy desorientado. No sé cómo tomar el cuento en medio de las clases, para concluirlo. [...]

Este mismo diario, mientras trabajo en las clases tiene poco sentido. La comunicación se vierte en la clase, y quedo inmotivado para el diario. (p. 133)

Jueves 22 (abril)

Fue aprobado en el Consejo de la F. de Humanidades, mi cursillo sobre “Poesía y Magia” que yo había solicitado en 1946.

Tengo por lo tanto que hacer planes para su desarrollo en el tiempo, parcelación de temas por conferencias, etc. (p. 134)

Martes 26

Ayer, conversación con Oribe que me dejó dolorido. Hablábamos de poesía y recordaba tener traducciones de poemas de Lawrence. De pronto recordó que nada tenía:

–Digo que tengo y me olvido de que la Biblioteca está ahora en la Facultad (la donó al separarse de su mujer). Tuvo que contener las lágrimas con trabajo. No sé qué le hubiera ofrecido entonces para que no se sintiera así de solo y sin nada. [...] (p. 134 – 135)

Jueves 28

Ayer volvimos a asistir a la clase de seminario de Bergamín. Muy mala impresión. Son ya, ahora, clases absolutamente impremeditadas. El azar de las intervenciones es su única orientación. Pero, además, su tipo de exposición y réplica dialéctica le impiden, en absoluto, adoptar caminos. Como si hubiera especial complacencia en borrarlos todos. Me temo un fracaso que puede agravarse. (p. 135)

Domingo 2 (mayo)

Ayer, primero de mayo, nos vimos con los muchachos y con Bergamín en lo de Maneco. Comienzo a sentirme molesto por la insistencia de Maneco sobre nuestra incapacidad para seguir a Bergamín en un trabajo.

Me parece que la actitud *inconsciente* de Maneco –y que no vigila conscientemente– es de rechazo conmigo. Actúa en un plano de acciones y reacciones sin frenar ninguna de las fluencias inconscientes. No tiene trasfondo.

Aunque no me perturba, empieza a molestarme su absoluto desconocimiento de lo que yo puedo ser y su involuntario desdén por averiguarlo, todo ello mezclado con una *voluntaria y consciente* amistad. Las normas le sirven como descarga inconsciente que contrabalancea todo esto, de tal manera que no puedo sentirme con el corazón abierto ante él. Es muy desagradable detenerse a analizar esto, pero si hay algo que yo exijo de la amistad es la amistad por reconocimiento. No me importa que quien no es amigo reaccione ante mí de manera mil veces peor, pero no que se titule mi amigo y no quiera conocerme; eso me resulta, por lo menos, torpe. (p. 136 – 137)

Viernes 7

Lectura de *Encantamiento y magia*⁴². Como es el libro de pensamiento más generalizador de cuantos he leído sobre el tema, me permite comenzar a ver, recién ahora, ciertas conexiones –entre los temas que yo mismo estudiaba– que me habían pasado desapercibidos por mi excesiva detención en los detalles. Los árboles me impedían ver el bosque. De ahí que crea que va a ser necesario someter a ampliaciones a ciertos temas de mi obra. Yo estaba trabajando sobre la base de nociones implícitas –de orden general– que ahora veo que es necesario explicitar. Ellas se refieren, sobre todo, a las relaciones entre la magia y la actitud poética del surrealismo. (p. 137 – 138)

Lunes 10 (mayo)

Cumplimos hoy cuatro años de casados. Esta noche vendrán a casa Bergamín con Pocha y Maggi. Con ellos estuvimos anoche.

Lectura de un cuento de Pocha –en lo de Maggi–. Me gustó por su atmósfera poética. (p. 138)

Domingo 23

Durante la semana pasada algún trabajo en “El Fantasma” que creo bueno. Sin embargo hoy, que quiero continuar en él, me siento ya alejado de las escenas en que quería trabajar. (p. 139 – 140)

Miércoles 26

Ayer leímos –Minye y yo– en lo de Mario y en el café. Lo que leyó Minye – el Adonis– no produjo más que una excelente impresión, sin que motivara otra cosa que una leve resistencia de Mario al tema mitológico.

⁴² *Encantamiento y magia* (1934), de Arturo Castiglioni.

Con mi cuento ocurrió en cambio una total negativa por parte de Mario y muchas reservas por parte de otros, (Fleitas, Gladys, Montero⁴³) reservas que, a menudo eran contradictorias. En lo que redacté recientemente había algo que disgustaba incluso a Maggi, que, por lo demás es un entusiasta del cuento.

Lo que más se critica de él es su morosidad, la “inutilidad” de muchas de sus páginas. Yo creo que ello se debe a que la óptica del que escucha es muy diferente a la del lector sobre todo en este tipo de narración hecha “en tiempo de novela”. Creo que pueden quitarse fragmentos –y habrá que quitarlos– y que hay que corregir mucho al pasar en limpio. Pero creo que el tiempo debe permanecer.

La observación más importante me parece la de Maggi que me observa que en el que ahora es el episodio VIII, (“La revelación”) “el cangrejo se da cuenta de que es un 'batracio’” y que eso es disparatado. Eso habrá que pensarlo. Yo lo escribí especulando con la situación (él escribe luego que sabe todo) pero acaso no sea legítimo. Habrá que releer pensando en eso. (p. 140 – 141)

Viernes 28

Cierta inseguridad para tener noción de los equilibrios que son necesarios a “El Fantasma”, me determinó dejarlo y tener la voluntad de ponerme a trabajar en otra cosa, en el Bécquer, donde seguramente me será posible trabajar fragmentariamente sin gran perjuicio para lo que haga. (p. 141)

1º de junio

El trabajo de clase me absorbe casi totalmente, dejándome apenas tiempo. Y este lo invierto, aún, en Humanidades. De todas maneras, me propongo ocuparme de trabajar en el “Bécquer”. Por otra parte ya está en marcha, en la Biblioteca Nacional, mi proyecto de ediciones preparadas, de manera que publicamos, próximamente, Acevedo Díaz. (p. 142)

4 de junio viernes

No veo el momento de reorganizarme sobre la base de menos trabajo en las clases. Siento en alguna manera este año como decisivo. Tal como estoy trabajando ahora no me es posible hacer nada realmente. Ni proyectos puedo ordenar. No puedo entregar en tiempo a “Clinamen” una nota sobre Gide que debía tener *dos* páginas.

Yo pensaba refundir “Arte y Magia” a medida que fuera dando las clases de la Facultad. Ahora veo que eso es imposible. No veo tampoco cómo podré dar fin al *Bécquer*.

[...] (p. 142)

43 También conocido participante de la rueda del Café Metro, originario de Durazno (información brindada por Carlos Maggi).

5 de junio

Ayer de tarde me dejó Gil en la Facultad un recado para verme, y se trataba de prevenirme contra lo que él llama un “complot” contra Bergamín. Por otra parte Bergamín mismo fue avisado, desde el ministerio de Interior de que el ministro había puesto su atención a la firma que él diera a un manifiesto republicano español de inspiración comunista.

Eso pone en peligro la situación de Bergamín, ya que, como cercano al comunismo y además católico, va siendo rechazado por el batllismo y con dos motivos. (p. 143)

9 de junio: miércoles

Salí ayer por fin del paso con la conferencia del Centro de Estudiantes de Derecho: “Problemas de estimativa literaria”, no sin haber comprendido –ya demasiado tarde– que es un tema sobre el que debo trabajar en base al criterio de *forma* y al de tradición⁴⁴. Es el desarrollo de ideas aplicadas en la conferencia sobre Herrera y Reissig. (p. 144)

11, viernes

Ayer, luego de las clases, asistí a la conferencia de Arturo Cuadrado⁴⁵ sobre Miró. Mala impresión (débil) me produjo la conferencia misma que fue una acumulación de materiales sin desarrollar y dichos sin riqueza de léxico. Pero luego la conversación con él mismo me resultó ya mucho más interesante. Personalmente me resultó de una calidad conmovedora. Lamento que apenas nos sea posible vernos durante este su viaje que coincide con el nuestro a Rocha. Salimos esta tarde para allí con Bergamín e Ida.

Quisiera tener oportunidad de hablarle, además, de la posibilidad de que Nova publicara algo de Bergamín, pero para ello sería necesario encontrar una oportunidad. (p. 145)

15 – martes

Excelente viaje a Rocha, pero tan abigarrado, tan lleno de movimiento que me fue imposible, aunque quisiera, anotar nada en este diario. Pasamos por los alrededores de Rocha, a pie, con los muchachos (éramos Bergamín, Ida, Ángel

44 “Problemas de estimativa literaria”, conferencia en el Aula “Pablo de María”, Facultad de Derecho, organizada por el Centro de Estudiantes de Derecho.

45 Arturo Cuadrado: Poeta y editor español (1904 – 1998). Después de la guerra civil española se exilió en Buenos Aires donde, junto a otros, fundó las editoriales Emecé, Nova y Botella al Mar. Perseguido por Perón, se exilió también en Montevideo. En la oportunidad, había llegado para brindar una serie de conferencias sobre el cancionero galaico – portugués, pintura gallega, etc. (Ver “Marcha” N° 432, 11 de junio).

–que se nos reunió en Punta del Este– Minye y yo). Bergamín reconocía, a cada instante, el verde y el paisaje de las tierras de Castilla. Lo mismo ocurriría el domingo, cuando fuimos hasta la frontera visitando las fortalezas y atravesando los bañados de Laguna Negra y de San Miguel, que él reconocía como las marismas de Andalucía. Pero, luego de ese paisaje de llanuras pantanosas que se pierden en líneas horizontales hasta el horizonte, lo que más nos conmovió fue, sin duda, el paseo por la costa de Rocha, los alrededores de la Paloma (Faro Santa María y playas Solari y Anaconda) de extensión infinita y pura, y las rompientes de la Pedrera, de agua increíblemente traslúcida y pura golpeando sobre rocas donde la erosión había hecho formas increíbles, crestas paralelas y masas ahuecadas y de apariencia esponjosa.

La impresión que produjo la conferencia de Bergamín sería difícilmente explicable. Hubo –la mayoría– quienes no entendieron nada y se contentaron con ello y admirar. Hubo quienes creen que no entendieron porque era muy profunda, hubo quienes advirtieron ciertas caídas de forma, de enlace, repeticiones, etc. que atribuyeron a cansancio. En realidad él no estuvo feliz. Lo que fue inmediatamente sentido fue su tono, íntimo y de verdad. Despertó un afecto inmediato. Se comprometió a volver en vacaciones (acaso julio) y dar una conferencia en el Liceo, y acaso una conversación.

Por nuestra parte, nosotros –Ángel y yo– hablamos de la posibilidad de la creación de un teatro universitario y quedamos comprometidos a colaborar en él. Quedó organizado también el enlace en el Ateneo por parte de un núcleo de profesores. Al ir con Bergamín en Julio se podría hacer mucho. (p. 145 – 146)

16 miércoles (junio)

Día de mi clase en Humanidades. Me siento disgustado a propósito de mi curso, que hasta ahora fue una exposición demasiado fría y sin vuelo. Mi constante tendencia a apoyar cada una de mis afirmaciones en una o varias citas hace pesada la exposición y hace que en cierto modo se esté perdiendo el sentido mismo del curso. Creo que deberé dejar más a la improvisación. Pero aún así, hay varias cosas que me entorpecen: en primer término, el público muy poco numeroso, que me hace sentir, cuando me entusiasmo, un borde de ridículo y ello me enfría constantemente, y luego, conocer demasiado bien la mentalidad de algunos de los que me escuchan: Bergamín, Maggi, etc. y Minye misma, lo que me hace estar sintiendo, a cada instante la posible réplica de cada uno de ellos. Ello hace que la exposición tienda a ser cada vez más inocua, menos cálida, más “a la defensiva”. (p. 147)

Sábado 19

[...]

La última clase en Humanidades fue sin duda la mejor que di. Era el tema fundamental Baudelaire, con la culminación ya que se trataba de extraer conse-

cuencias y anudar los hilos que había dejado sueltos en la clase anterior, y luego de señalar lo que podría llamarse la metafísica de Baudelaire, tendí los hilos necesarios para ver en Mallarmé, la misma culminación.

Conversé con Gervasio Guillot Muñoz y con Machado Ribas para redactar una nota al Consejo de la Facultad en que se expresara nuestro desagrado porque dicte un curso en ella el Académico Dámaso Alonso. Veremos en hacerlo firmar por Estable⁴⁶ y por Aréchaga⁴⁷.

Lamento que el tono de la declaración cuyo borrador hice pueda herir a Vaz Ferreira, pero de todos modos ese tono me parece indispensable. Trataré de hablar sobre esa declaración con Gervasio y con Machado. (p. 147 – 148)

Martes 22 (junio)

En el último número de “Escritura”, un artículo de Bordoli sobre Denis⁴⁸. Bordoli tiene un *estilo* de profundidad que no queda corroborado en nada de lo que dice. Por momentos afirma, o poco menos, que la poesía de Denis no existe. Que gira en el vacío sin desembocar nunca. Creo que él incorpora su sentimiento a la frecuente *nada* de la poesía de Denis. Es curioso cómo su humildad se hace orgullosa. Lo que antes era simplemente humildad en Bordoli parecería ser ahora el orgullo de la humildad, el orgullo de *estar en el secreto*, aún allí donde parece no haber secreto. (p. 149)

Lunes 28

El sábado, inesperado viaje a Colonia con Bergamín, que debía dar allá una conferencia. No pudo ir, como se había programado, en el coche de Angelita García Lagos⁴⁹ por lo que salimos nosotros. La conferencia –sobre Machado, Falla y Picasso– fue de las mejores que le oímos. Estuvo bien en todos los tonos: de la anécdota a la interpretación.

El viaje resultó beneficioso, además, para el Ateneo, ya que pude concertar algunos posibles actos de nuestro ciclo con el Director del Liceo.

Vimos, luego, el domingo, la plaza de toros del Real de San Carlos: la vieja plaza que tiene un exterior noble y español (con sus figuradas ventanas moriscas) está abandonada desde hace largo tiempo. Desde debajo del armazón de hierro por donde pasábamos, se oían, de pronto, repentinas fugas de palomas que abandonaban nidos invisibles entre las vigas. Al salir de las graderías llegaban de todas partes cantos de pájaros, aún del mismo ruedo, cubierto totalmente de hierbas, y donde crecían, además algunos árboles, uno de los cuales volcaba sus ramas sobre

46 Clemente Estable (1894 – 1976), biólogo y docente uruguayo, interesado por la filosofía, las artes y las letras.

47 Eduardo Jiménez de Aréchaga (1918 – 1994), abogado, docente y político uruguayo.

48 “La poesía de Carlos Denis Molina”, de Domingo Luis Bordoli, en “Escritura” N° 4, abril – mayo 1948.

49 Cuñada de Julio Bayce, uno de los directores de la revista “Escritura”.

las primeras graderías. Dedujimos el palco, (la presidencia) el toril, los chiqueros, la enfermería. En el centro de la plaza, donde crecía el trébol, Bergamín y Minye buscaban tréboles de cuatro hojas.

A la vuelta el viaje fue descansado, con paradas en Colonia Suiza (hotel Nirvana) y La Boyada. (p.150 – 151)

Jueves 1º Julio

Paso estos días esperando las vacaciones de julio para las que dejé muy pocas cosas que hacer. (¡Tan seguro estoy ya de que cuanto proyecto para las vacaciones queda sin hacer!)

Pasar y entregar lo que se pueda de “Poesía y Magia” para los “Anales” de la Facultad y para los de la Universidad.

Leer los dos libros de Salinas: *Manrique*⁵⁰ y *Darío*⁵¹.

Escribir algo en “Arte y Magia”, algo sobre Dante y algo para el cuento.

Me es tanto más necesario escribir cuanto el diario satisface poco, ahora, mi necesidad. Sin reposo para pensar en casa despreocupadamente, anoto cosas en el diario como un almacenero en el suyo. Y todo es negocio al menudeo. Casi no hay –creo– en las últimas páginas, anotaciones que se refieran a un pensamiento que yo quiera realmente recordar, o a una impresión que me haya brotado espontáneamente, sin que yo la pueda contener.

Todo esto me hace más necesario el trabajo. Pero, por otra parte, más difícil –debido a las clases–.

Relectura –antes de ir a clase– de algunos pasajes de “El escritor”. Creo que hallazgo de una nueva solución. (p. 151 – 152)

5 julio 1948

Volví hoy a casa con un regalo de Bergamín: una edición española de *La Divina Comedia*. Fui con él esta mañana a recoger al correo los libros que le vinieron de Venezuela y se empeñó en hacerme traer esa edición de Dante en español con una hermosa dedicatoria. Volvemos temprano a casa donde leo y descanso. Es el primer día de vacaciones. (p.152 – 153)

6 julio Martes

Trabajo, durante la mañana en “El Fantasma”. Retoques, cambios de frases, poco adelanto, en resumen. Cuesta trabajo *entrar* en la labor.

Según una conversación con Maggi de la otra noche, posibilidades de trabajo en “El escritor”, enriqueciendo y novelando la primera parte, haciendo que los recuerdos no aparezcan en un hombre solitario sino que se renuevan en su cabeza en

⁵⁰ *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, (1947) de Pedro Salinas. Ver entrada del jueves 29 de julio de 1948.

⁵¹ *La poesía de Rubén Darío*, (1948) de Pedro Salinas.

medio de una escena donde ese mismo hombre habla con dos o tres amigos. Que sean los recuerdos de alguien que vive, habla y recuerda. (p. 152)

Jueves 8

Ayer trabajé toda la tarde en “El Fantasma”. Hice un torpe borrador de un fin que no me satisface, porque el choque se da con la intromisión de un personaje traído expresamente para la última escena: el novio de Alicia. Sin embargo me cuesta abandonar la posibilidad de su aparición. Puedo motivarla haciendo algunos toques a lo largo de todo el relato, que den noción vaga de su existencia. No muy clara porque el fantasma no comprende que ella tenga novio. Eso daría al fin una cierta violencia tan inadecuada al fantasma que su condición aparecería por ello más en evidencia. De todos modos creo que ella podría tener gestos de impudor frente a él –que no es visto–. Acaso puede acumularse material: ella desvestiéndose, da un golpe involuntario al fantasma, no lo oye, aparece el joven...

Creo que la abundancia de acción no le haría mal a esa escena porque en ella deben ocurrir también muchas cosas dentro del fantasma, y me parece que si no hay *hechos*, además, la escena se debilitaría. (p. 153 – 154)

Lunes 12

Todos estos días, trabajo en “El Fantasma” aunque con una dificultad que me agota. De todos modos, la última escena ya adelantó hasta un borrador en que comienza a verse algo.

Lo que me torturó durante todo el domingo fue la posibilidad de anular una de las escenas más terminadas (sus meditaciones cuando la ve descender el médano) y su substitución por otra en que, meditando frente a un espejo no se ve, y sus ojos se distraen siguiendo los dibujos del respaldo del sillón en el que está sentado. Es muy difícil, en esta escena, poner en evidencia lo absurdo desde una narración en primera persona. Todo consiste, aquí, en conseguir una frase eficaz. El resto de la escena está compuesta y quedó bien, pero no se advierte con suficiente claridad el absurdo.

No muy convencido, tampoco, de que haya que anular la escena del médano. (p. 155)

Lunes 19 (julio)

Durante toda la semana pasada, excepto mientras estuve en mesas de exámenes, trabajé en “El Fantasma” con mucha intensidad. Todavía no conozco exactamente el fruto de ese trabajo, porque no releí lo retocado. Se trataba de ir poniéndolo a máquina a medida que lo repasaba frase por frase. Retoqué mucho. No hay página donde no haya habido varios cambios, a veces no hay más de dos líneas seguidas que se hayan mantenido.

Lo de siempre: me encontré con algunas frases sin sentido.

Observé que, de manera inevitable, escribo tratando de conseguir un ritmo, y que a veces, para mantenerlo, rompo la lógica de la frase o agrego palabras casi inútiles. Traté de corregir todo eso, pero, en ningún caso puedo dejar de mantener el ritmo.

Sacrifiqué pasajes que me gustaban aisladamente, pero que debían desaparecer por necesidades de economía de conjunto: la descripción de la tormenta, por ejemplo.

Estos últimos días pude trabajar tanto –a veces durante el día entero, yo sobre el papel y Minye a la máquina– en parte porque me iba convenciendo de que era algo importante. Es necesario que termine toda esta refundición antes de plantearme en conjunto el problema de su valor. Las orejeras de caballo de tiro.

Íntimamente –por ahora– me siento orgulloso del trabajo. Creo que es lo más serio que he interpretado en prosa hasta ahora y que vale la pena que lo haya intentado.

Pienso publicarlo a fin de año en La Galatea con “El eco” y “Presente Perdido” –si puedo corregir este último, solucionando su segunda parte con un relato–. Acaso habría que terminar también, para el mismo volumen, “El escritor”. (p. 156 – 157)

Jueves 22

Trabajo, menos de una hora, en el cuento. Creo que quedó ya definitivamente ajustado. Hay todavía algunas oscilaciones en ciertas frases, en algunos verbos, etc. Pero eso ya puedo tocarlo por última vez al pasar estas últimas páginas a máquina. Pensaba copiar: ahora ya algunas páginas, de las 10 o 12 que faltan, pero no encontré el papel.

Creo que ya estoy ahora en disposición de trabajo y terminé con esta noveli-ta (la estuve llamando cuento incorrectamente, es en realidad una *nouvelle*) debo emplear este estar en tono para continuar trabajando en el *Bécquer*. (p. 158)

Viernes 23

Perdí tiempo esta mañana corrigiendo escritos, lo que me impide trabajar algo en “El Fantasma”, pero esta tarde, antes de la clase de Bergamín, podré copiar algo. Siento tristeza por haberlo en realidad terminado. El trabajo que en él hacía estaba dando sentido a mi vida. Es una frase torpona, pero es verdad. Me da pena no seguir trabajando en él. Como siempre, siento con más intensidad el placer de la creación misma que el de haber hecho algo. Siempre molesto, siempre disgustado, pero en realidad –o en profundidad– siempre feliz mientras trabajo. Luego, todo pierde sentido.

Sin embargo, es una suerte el haberlo terminado ya porque las clases me hubieran impedido, ahora, un trabajo serio. Y entonces ello me haría vivir angustiado y molesto entre las clases y el cuento. (p. 158 – 159)

Sábado 24 (julio)

Ayer, clase de Bergamín en la Facultad –excelente–, pequeña reunión después con él y los muchachos, antes de ir al cumpleaños de María.

Me enteré allí de la ruptura entre Maggi y Martínez Moreno, que es tonta, como todas las rupturas. Me alegra saber que ésta no se produjo ni con Monegal ni con Carlos Real de Azúa. Es curioso, pero casi todos entendíamos, aunque por referencias, que el mayor de todos es M. Moreno. O el más inteligente. No comprendo bien qué pasó en él a propósito del artículo de “Marcha”.

Lo curioso es que creo que con Martínez Moreno se trataban desde hace tiempo, y me resulta muy difícil que tratándolo y conociéndolo, alguien sienta placer en herir u ofender a Maggi. (p. 159 – 160)

Domingo 25

Ayer de tarde, mientras una clase hacía escrito, me puse a repasar la vida de Bécquer y la encontré muy estimable. Salí deseando poder acabar de una vez el libro.

Pasar primero lo que queda de “El Fantasma”. (p. 160)

Martes 27

Ayer pasé en limpio –a máquina, algunas páginas más del cuento, que por ahora título “Como si no hubiera nadie”. Felizmente el relato puede darse ya por concluido, salvo retoques de la copia y algunos desajustes que ya descubriré... Porque me fue imposible *entrar en él*. Aunque corregí, lo hice siempre con temor e inseguridad. (p. 160)

Jueves 29

Leyendo las páginas de Salinas dedicadas a la gran tradición iletrada en su libro sobre Manrique, advierto de pronto, este hecho nimio pero que me resulta tan aclarador: el gusto con que escucho hablar a gente del campo, generalmente analfabetas. Su dicción se hace densa, y cuidadosa, su expresión rica. El espíritu está allí: no se les queda detrás, como suele ocurrir al letrado a quien, de tanto quedar-sele detrás se le queda para siempre.

Otras líneas de Salinas me complacen: la afirmación que yo hacía en la conferencia de Herrera y la que seguía en la conferencia sobre “Problemas de estimativa literaria”: mediante la tradición se enlazan el pasado y el presente y entonces: “el hombre ensancha su posesión de los grandes contenidos tradicionales” y “va creándose más ámbito donde moverse, se ve rodeado de *más posibilidades de ser él mismo y de serlo por distintas maneras*”. (p. 161 – 162)

Viernes 30

Creo que llegó ya, definitivamente, el momento de ocuparse de *Bécquer* y de la publicación, *como están*, de los más importantes capítulos de “Poesía y Magia”. Para comprometerme a ello, hablaré esta mañana con Felipe Gil. (p. 162)

Sábado 31

Conversé ayer con Felipe Gil, con mucho éxito, ya que me ofreció, para el número a salir en diciembre, un espacio de alrededor de cien páginas, o más, lo que me permite incluir, por lo menos, y en una sola publicación, lo más importante del trabajo. (p. 163)

Martes 3 (agosto)

Ayer primera clase de pequeño seminario de Bergamín sobre picaresca. Hicimos un plan de trabajo que yo no vi claro y Bergamín leyó en voz alta el trabajo de Montesinos. (p. 164)

Domingo 8

En clase, la otra tarde, explicación casi irrecuperable sobre la poesía de Bécquer. Se trataba de situar el fenómeno poético en Bécquer y de señalar su índole peculiar. Cómo Bécquer era, en lo mejor de su poesía, una experiencia de desnudez, donde la poesía se manifestaba como derivación inmediata de su alma. De tal manera no correspondía situar su estudio en la admiración artística, aunque ésta debiera producirse justamente porque era tan fiel como para poder transmitir aquella. Ello hacía forzoso referirse, además, a lo cursi. El sentimiento de lo cursi a propósito de Bécquer lo explicaba yo por una incapacidad o dificultad de entrega ante su poesía. Las referencias de Bécquer se realizan hacia una zona en que nuestra alma se halla en desnudez, y un movimiento de defensa o de pudor nos tiende a hacer alejar de esa experiencia interponiendo el sentimiento de lo cursi.

Así yo intentaba explicar la cumbre de la poesía de Bécquer en aquel grupo de rimas íntimas en que no se advierte casi anécdota, sino una muda angustia solitaria, donde se advierte la presencia de su alma temblorosa. (Llebadme con vosotras...⁵² ¡Quién se [¿?], etc.) (p. 165 – 166)

Viernes 13

Ayer 12, por la mañana, conocí a Juan Ramón Jiménez⁵³.

52 “¡llebadme con vosotras!”, estribillo y epífora de las tres primeras estrofas de la Rima LII de Gustavo Adolfo Bécquer. Ver análisis de Díaz en *Gustavo Adolfo Bécquer: Vida y poesía*, sección “Amor y destierro”, págs. 319 a 324 de la 2ª edic.

53 Juan Ramón Jiménez llega a Montevideo para dictar dos conferencias: “La razón heroica”, el 13 de agosto, y “Poesía abierta y Poesía cerrada”, el lunes 16 del mismo mes. Véase una reseña de ambas en “Marcha” N° 442, 20 de agosto.

Oribe me pidió que lo llevara al puerto en el coche y fuimos. No estaba ya. Fuimos al hotel (La Alhambra), luego de recoger, por el camino, a Esther de Cáceres.

Cuando llegamos al hotel nos presentan a un joven que llevaba en su ojal un estruendoso clavel, con aspecto de almacenero enfurecido que mostraba en su reloj pulsera y en sus anillos oro abundante y que dijo ser “el empresario del Sr. Jiménez”. Quedé aterrado. Luego al fin supe que J.R.J. poco tenía que ver con eso, pero mientras tanto temí la presencia del poeta que así se nos hacía preceder.

Subimos. Y entonces encontramos al hombre con cordial mesura y con una profundísima desmesura de presencia.

No es muy alto. Acaso no alcance mi estatura. Vestía con elegante sobriedad un traje casi negro y muy liso. Sus manos se mueven poco, pero cuando lo hace, livianamente, es para crear formas delicadas delante de él –cuando habla del mar, del campo– y detrás de esas momentáneas figuras, una cabeza quijotesca. Si se recuerdan varias figuras de Don Quijote y se borran las características de cada dibujante, queda una silueta que también le corresponde a él, a J.R.J. Tiene un rostro afinado, con nariz algo gongorina, afilada también, y a sus lados se hunden los lados de la cara, fuertemente sombreados y sobre todo las órbitas, que son profundas y oscuras. Allá en el fondo se abren dos ojos inmensos, muy luminosos, negros. Yo recordé lo que me había dicho Bergamín, que no tenían iris; y eso parece, que fueran todo pupila. Eso, y no sólo eso, sino también su habla, el sonido particularmente profundo –profundo con levedad– de su voz, le dan una presencia fantasmal de trasmundo. Sus ojos y rostro de alucinado, con la presencia que debía tener el de Don Quijote. También cuando habla, cuando dice se le siente en equilibrio sobre un filo apenas de razón, apenas la suficiente razón para poetizar, apenas... (p. 166 – 168)

Sábado 14 (agosto)

Ayer, conversación con Bergamín. Inevitablemente, sobre Juan Ramón. Hace 15 años que no se ven. Sin embargo, según me dijo la Sra. de Ortiz en el hotel, J.R.J. no tolera que se hable delante de él de Bergamín. Me dijo además, que lo convenció de que Bergamín no estaba en Montevideo, para que viniera. Pero él descubrió por Oribe lo contrario. Apenas estuvieron solos, le preguntó –según me dijo–:

–¿Qué españoles hay aquí?

Oribe mencionó algunos sin dar el nombre de B. –entonces–.

–¿Y Bergamín? Está aquí, ¿qué hace?

Ignoro la respuesta de Oribe, pero J.R. contó de inmediato algunas anécdotas contra Bergamín, que no me repitió Oribe.

Ve, por todas partes, enemigos literarios. Cuando se mencionó a algunos poetas españoles, inevitablemente dejó caer, al pasar, algunas frases juzgándolos negativamente. Y mencionó a Salinas, a Guillén, a Neruda, etc.

Fueron, según él, enemigos literarios los que destruyeron la obra que quedó en Madrid⁵⁴. Y cuando se refirió a sus obras publicadas ahora en Bs. Aires, y a las importantes erratas que tienen, explicó primero.

–Hay cambios de títulos; una estrofa de un poema fue a parar a otro... y lo malo es, que tiene sentido. Claro, el corrector le da sentido poniendo un *pero*, un *con* que cree que falta.

Y luego de un silencio:

–He llegado a pensar, seriamente, en una mano enemiga, que entra al taller... de noche. (Inexplicablemente nadie me comentó, al salir, esta frase, aunque Oribe se sonrió mucho cuando J.R. la dijo.)

Fue aquí que yo sentí la transparencia de su razón.

Otro momento hubo en que sentí lo mismo: cuando comenzó a recordar a Ezra Pound. Cuando habló de este poeta norteamericano, de quien es amigo, dijo que él era fascista (E.P.) desde el comienzo de la campaña de Mussolini, y que ahora, cuando los norteamericanos entraron en Italia y lo hallaron –pintando, creo– lo tomaron preso, lo llevaron a Estados Unidos, y allí, lo declararon loco y lo pusieron en un manicomio.

–Y lo terrible –dice entonces J.R.– es que se volvió realmente loco. Lo enloquecieron.

Y cuenta entonces, cómo va él a visitarlo todos los domingos.

–Por qué, ¿qué me importa a mí, verdad? Él tiene su idea, piensa que la economía de Mussolini es mejor que la norteamericana. Yo no soy fascista –aclaro– pero qué me importa a mí, él piensa eso, pero yo voy a visitarlo como poeta. Y hablamos. A mí no me molesta que tenga esas ideas. Él lo cree, y bueno... Y en el resto de la conversación no se sabe bien si él lo considera loco o no, porque defiende el derecho de E.P. a “tener esas ideas” y que eso no le importa, y trae a colación, el caso de Azorín quien –afirma– está escribiendo ahora sus mejores libros.

–Y yo eso siempre lo digo: es un excelente escritor. Ahora que es claro que es un sinvergüenza, una mala persona, pero como escritor sin duda que a mí no me importa, etc. (p. 168 – 171)

Domingo 15 (agosto)

Viene esta tarde a casa Juan Ramón Jiménez a hacer una lectura de nuevos poemas.

54 Declaraciones similares expresaba Juan Ramón Jiménez a la prensa. El cronista de “El País”, el 12 de agosto de 1948 escribe: Sólo diremos de la única pregunta concreta que hicimos a Juan Ramón Jiménez y que tuvo que ver con la pérdida de los manuscritos que dejó en su casa en Madrid (...) Nos manifestó que le desaparecieron casi todos. Los de toda su obra pública y de alguna inédita que solo en parte ha podido rehacer. Su casa fue saqueada apenas él dejó la capital de España. Y el saqueo, más que consecuencia de un odio político lo fue, a su juicio, de un odio literario (...) La muerte de García Lorca –terminó diciéndonos– también fue obra de sus enemigos literarios. En este punto están de acuerdo conmigo sus propios familiares.”

Vienen, además de los amigos de siempre, Oribe, Idea⁵⁵, Rodríguez Monegal y Angelita García Lagos. No me hago claramente a la idea de cómo puede resultar esto. No sé por qué: me resulta demasiado grande el número de personas, y demasiado heterogéneo para que pueda resultar bien. De todos modos quiero oírlo a él leyendo su poesía.

(Después).

La impresión que me produjo J.R.J. fue mucho mejor en casa que en el hotel. Lo sentí mucho más simpático y más abierto. Estuvo visiblemente contento durante el tiempo que pasó aquí.

Yo me sentía algo molesto por la extremada heterogeneidad de la gente que habían traído a mi casa. Leyó muy poco: algunos poemas del libro que inició en el viaje, en Nueva York: *Animal de fondo*⁵⁶ (de fondo de aire). Y es –dijo– un libro místico, el hallazgo de su dios inmanente, el dios del poeta que es la forma. Algunos de esos poemas me importaron más que lo que de él conocía. Y no debe haber sido sólo su voz –ya que lee admirablemente– sino que en realidad leyó poemas de una tonalidad más honda.

Nos prometió enviarnos, desde Washington, las colecciones de sus revistas, de las publicadas en España,

Zenobia, comunicativa, amabilísima, cariñosa, tuvo una cordialidad maravillosa con nosotros. Recordaba, viendo nuestra casa, la que ellos habitaron en Miami, y nos prometían no olvidarla nunca⁵⁷.

Todo fue después diferente cuando fuimos a cenar al centro. Oribe se mostraba inconscientemente celoso por nuestro cariño con Bergamín. Explicaba todo eso por una necesidad americana de seguir nuestro camino tras las huellas generosas de un Rodó, un Vaz Ferreira, un Herrera y Reissig. ¡Qué nos importa a nosotros la picaresca o Galdós!, decía. Me resultaba todo eso lógicamente inexplicable. Pero en el fondo había un explicable sentimiento que era difícil de atacar. A su edad, verlo herido de soledad que puede ser incompreensión o fracaso, incapacita para discutirle esas razones con las que quiere dar una explicación de sus celos. Se siente el maestro verdadero olvidado y suplantado por el que viene de fuera.

No quiso, además, entender que no tenía nada que ver su política continental con la presencia, con la *humanidad*, de Bergamín. Fueron mientras tanto ridículas las intervenciones de Idea, que desprecia –incomprensiblemente– a don José.

No entienden además, que nos pueda parecer tan importante culturalmente, sin que defendamos mucho ni su obra ni su docencia. (p. 171 – 173)

55 Idea Vilariño.

56 *Animal de fondo* (1949).

57 “Y escuchamos a Juan Ramón. Aún vibra en mis oídos su voz profunda, una voz de océano o de árbol señorial que cubrió esa tarde de *Animal de fondo de aire*. Decía sus poemas religiosamente, como el padre de *Las bodas de Stravinsky*”, cuenta Amanda Berenguer en *El monstruo incesante*, pág. 146.

Miércoles 18 (agosto)

A propósito de J. R. J. nos enteramos ayer de una actitud inexplicable y anormal.

Cuando fue a casa, él ya sabía, por Clara Silva, que iba a venir a casa del “grupo de íntimos amigos de Bergamín”. Por la misma Clara envió (a) Bergamín un mensaje diciendo que saludaría a B. sin que este se retractara de su crítica negativa de “Cruz y Raya” y posteriores, pero siempre que ratificara por escrito y con su firma, que era cierto que él (J. R. J.) no había querido que le presentara, en 1927, a un joven poeta porque era homosexual, al igual de otros cuatro poetas de los que se había alejado por ese mismo motivo y sin que ello significara un juicio sobre el “homosexualismo en sí”. La nota, firmada, debía ser devuelta al autor.

J. R. J. la había escrito porque C.S. le había hecho referencia a un posible saludo con B.

Éste, que nos contó estos hechos, no puede recordar el episodio ni a quién se refiere en él, aunque reconoce a los otros cuatro, naturalmente. Y le mandó decir esto, y que le saludaría gustoso aunque necesitaría aclaraciones.

Anoto todo esto porque por ser tan kafkiano, empieza por no tener sentido para juzgarlo. (p. 174 – 175)

Jueves 19

Ayer, excelente conferencia de Bergamín sobre Unamuno. Desarrollo del tema del existencialismo de Unamuno, con justa y hermosa selección de citas. (p. 175)

Sábado 21

Ayer de noche, con Paco que debía partir hoy para Amsterdam, de donde irá a Polonia, al congreso de escritores por la paz⁵⁸. (p. 175)

Lunes 23

Ayer, Ángel e Ida en casa. Ángel me pasó a máquina, algunas correcciones de “Poesía y Magia” de modo que si hoy las ordeno, podré ya mandar a Felipe Gil un buen número de páginas (50 o 60). Luego, encuentro con los muchachos y con Bergamín. B. nos leyó un segundo borrador de una carta a J.R.J. que no enviará ya. Es una página de su buen estilo dirigida a herir a J.R.J. en lo más sensible. Nos confesó que era un desahogo, y que una vez escrita no le es ya necesario mandársela. De todas maneras si no se sintiera que J.R. J. no es estrictamente responsable de lo que dice, es la carta que se merecería. Pero el mismo B. dice que esta carta no da en el blanco. Me alegra que no la envíe.

⁵⁸ Congreso Mundial de Escritores para la Paz, que se efectuará en Wroclaw (Polonia). También viajará Enrique Amorim.

Empiezo a sentir ya deseos de trabajar en otra cosa, en algo, seguidamente. Pero es inútil. Tengo para trabajar en *Bécquer* y en “Poesía y Magia”, o en la conferencia que debo dar en el interior, y sé que no lo haré porque las clases me absorben todo el tiempo disponible –y aún más.

Pero, al menos, si pudiera quitarme de encima, con el trabajo de algunos días, tan sólo, me empeñaría en redactar la conferencia del interior sobre Dante o sobre Poesía.

[...] (p. 176 – 177)

Martes 31

El domingo, Minye leyó a Bergamín y a los muchachos – Maggi y Pocha– su artículo sobre Bergamín⁵⁹. Sentimos que en algo venía a compensar lo que debe haber pasado –y acaso estará pasando– por la presencia de J.R.J. y por la estela de maledicencia que dejó detrás suyo. El artículo, firmado con iniciales, saldrá en *Marcha*.

Estos días, pésimo trabajo. Retoques de detalle –mínimos– en las primeras páginas de “Como si no hubiera nadie”. El fraseo era largo y un poco oratorio en comparación con lo demás. (p. 178)

Sábado 4 (setiembre)

[...]

Hojeando este cuaderno pienso en la posibilidad de publicar una selección que corresponda a todas las menciones que de “Como si no hubiera nadie” se hacen. En tal caso habría una edición común con el cuento, y una, fuera de comercio, y de limitadísimo tiraje, (10 o 15 ejemplares) con trozos correspondientes del diario.

Lo único molesto es que tal publicación limitada, si sale fuera del círculo de las amistades más cercanas, se convierte de inmediato en pedantería. (p. 179)

Domingo 5

Despertamos muy tarde (ayer nos acostamos después de las tres, luego de conversar con Maggi y Pocha). Maggi está angustiado y por decidirse a ir a fundar con Maneco una estancia en Artigas. Yo quería hacerle hablar de eso porque temía que lo hubiera pensado poco. No es así. Pensó bien todos (los) puntos débiles de la empresa. Insiste.

Recuerdo de pronto, y sin que sepa por qué, mientras corrijo escritos, una escena de mi infancia que me gusta anotar: en la calle Julio Herrera y Obes 1537 (donde nació). Cuando mucho yo tendría 5 años. Vivía entonces en la casa la familia de mi padre. En una pieza pequeña vivía mi tío Pepe. Yo entré y él venía de la calle. Se quitó la peluca –yo no sabía eso– y se puso una gorra de visera. Durante

⁵⁹ “La palabra viva de José Bergamín”, de Amanda Berenguer, salió publicado en “*Marcha*” N° 447, el 23 de setiembre de 1948.

un momento lo ví completamente pelado. No podía entenderlo, me daba tristeza y me asustaba.

Con eso se liga otro recuerdo, pero ya no sé si de la misma época o varios años posterior: un día yo revisaba su mesita de noche. Me gustaba mucho porque había muchas cosas que me parecían maravillosas: una o dos bolas de billar, una horquilla de uso de oro, dos colmillos de no sé qué animal, un reloj de acero, un cortaplumas, gemelos de camisa, etc.; y de pronto se me ocurrió cerrar el cajón y abrir la puertecita de abajo. Entonces apareció una cabeza hueca, sin cara, con una peluca puesta.

El primer recuerdo responde a la época más lejana. Creo que era en la época en que yo pasaba muy erguido caminando por debajo de la mesa del comedor. Me habían prohibido comer pan y yo me pasaba entre las piernas de los mayores para recoger del suelo las migas que caían. Un poco después me regalaron el auto⁶⁰. (p. 179 – 181)

10 setiembre – viernes

Las lecturas para el concurso de cuentos de la Asociación Cristiana me hicieron sentir anoche alegría. No porque halláramos cuentos muy buenos, sino porque en algunos se siente la posibilidad de un escritor.

De manera especial me interesó uno con el seudónimo de *Verdad* que no cuenta nada casi, que está absurdamente punteado, pero que tiene –si no me engañó el contraste con otros muy malos– una excelente calidad. (p. 181 – 182)

Domingo 12 (setiembre)

“Las solteronas de Míguez”

Ayer al fin me decidí a anotar algunos detalles de la vida de una rama de la familia de Rimmel, mientras él los contaba. Es la única manera, para mí, y para mi poca memoria, de ir ordenando un posible relato. Todo eso ocurrió en Míguez, pueblo que fundó el abuelo de Rimmel: un viejo catalán que vendió los terrenos de frente al Solís, donde ahora está el “Tupí viejo” para comprar aquellos campos y poblar⁶¹.

[...] (p. 182)

Jueves 16

Ayer de noche, después de la conferencia de Bergamín, cenamos con los muchachos y con la Sra. de Espínola que nos leyó la más increíble carta de Paco. En una cuenta su llegada, en Amsterdam, al congreso mundial de cristianos no católicos adonde fue a parar creyendo que entraba al congreso de filosofía.

60 Estos recuerdos fueron incorporados a su novela “Partes de naufragios”.

61 La narración “Las solteronas de Míguez”, de la que se hablará de aquí en adelante, se halla perdida. El origen del relato partió de Rimmel Berenguer, padre de Amanda.

Lectura, ayer, de “Presente Perdido” (antes de salir). Y decisión de publicarlo. (p. 186)

Martes 21

Ayer despedimos, con Bergamín a Maggi que va a pasar una semana entre Salto y Rivera. Piensa volver con un cuento terminado.

[...] (p. 190)

Miércoles 22

Lo que más me desespera es siempre que la imaginación se desarrolla en planos que luego hay que convertir en verbales. Entonces solo queda ante mí la página blanca que debe irse apoderando de mi pensamiento con exactitud. Y ese esfuerzo es el más agotador. El que exige, además, mayor tensión de la voluntad. Lo que viene después, el ajuste, la sustitución, etc. Todo eso ya es un trabajo más seguro, “apoyado” en una verdad verbal buena o mala. Pero los primeros pasos, el ir cubriendo papel blanco por primera vez, es, siempre, doloroso, angustioso, inseguro.

[...] (p. 192 – 193)

Jueves 23

[...]

Esta mañana pasé por lo de Bergamín para saludarlo y conversar sobre los cuentos del concurso. Lo llevé hasta la Universidad y compré allí *Le nœud de vipères* de F. Mauriac que comencé a leer en la peluquería y cuya lectura continuó todavía (80 o 90 páginas de un tirón). No conocía nada de Mauriac y me alegra el hallazgo de esta novela que me acerca de tal manera a este escritor. Densa de atmósfera, de “tono”, mejor; bien calibrada, viva.

Paseamos con Minye, hasta la costa y por la plaza Virgilio. Maravillosos colores al Este y al Oeste. Entramos de noche ya. (p. 193 – 194)

Domingo 26 (setiembre)

Último día de la semana de vacaciones. Es natural: no hice absolutamente nada de lo que me había propuesto.

Ni pensé siquiera en la conferencia de Salto, no envié nada de “Poesía y Magia” a la Universidad, no hice el informe sobre el curso de Humanidades, etc., etc. En cambio hice lecturas de Stevenson, de Flaubert, de Mauriac y adelanté algo más el relato.

[...] (p. 195).

Lunes 27

[...]

Ayer, luego de la reunión en casa –Bergamín, Maneco y Chacha, Ángel e Ida, los Guillot– leí en el centro a los tres primeros, las primeras páginas del relato. A mí me parecieron débiles. A ellos buenas. Debo continuar. (p. 195 – 196)

Martes 28

[...]

Leí mucho Flaubert (*L'éducation...*) Hallé una página que me parece fuente evidente de “Un rancho en la noche” de Paco, en la fiesta en lo de Rosanette. Allí los personajes son mencionados como L'Ange, la Sphinu, etc. Alguien le dice al Ángel, ¡cuidado con las alas!, etc. Me parece que ese fragmento es fuente evidente de Paco, y mejor hecho, con más riqueza y ajuste⁶².

A propósito del conjunto de la novela creo advertir un vacío: el de la formación cultural de Federico. Era necesario conocer sus lecturas y la mezcla de ellas con su amor por Mme Arnoux. Sus entusiasmos líricos parecen quedar, a veces, por ello, poco motivados. (p. 196 – 197)

Miércoles 29

Recuerdo que cuando se publicó “Rancho en la noche” en “La Nación” –debe hacer tres o cuatro años– yo me encontré con Paco en “La Cruz del Sur” y me atreví a observarle la excesiva esquematización del cuento (que se producía así, en exceso, por la insistencia en la designación de los disfraces).

Lo que ahora encuentro de pleno y logrado en Flaubert, es que, en idéntico tema, opera manteniendo mayor complejidad y más adherencia a lo vital, al mezclar el disfraz y la visión directa. Es exactamente lo que entonces yo no supe explicar bien a Paco.

[...]

Luego de escuchar por radio la excelente conferencia de Bergamín sobre “los epígonos del 98” –excelente en lo que se refería a J.R.J.– redacto de corrido –sorprendentemente– tres páginas del relato... (p. 197 – 199)

Sábado 2 (octubre)

Ayer de noche asistimos con Bergamín a una reunión donde un español comunista expuso la situación española actual para un grupo entre los cuales sólo Á. Rama y nosotros no éramos comunistas. El español, combatiente en los actuales frentes de guerrillas, explicó la lucha interna de España (guerrillas en Levante, en Galicia, en Andalucía) y represión violenta, régimen del terror, etc. Venía a pedir,

⁶² Bajo el título “*Une partie de plaisir chez Rosanette*” Díaz estudiará este episodio de *La educación sentimental* en su obra inédita “La fiesta en la novela clásica”. No se hace allí alusión al cuento de Francisco Espínola.

al grupo que lo escuchaba, la organización de la lucha espiritual antifranquista y de la lucha práctica: notas a la UN pidiendo normalidad en los procesos, etc. Era casi cómico ver la reacción de los comunistas criollos –Dr. Pazos, Laureiro, etc.– que se perdía en tonterías para tratar de organizar actos; y la agilidad del español que proponía otras soluciones más ricas, más valiosas, con más rapidez y mayor sentido práctico. Era hombre de edad indefinida, delgado y fuerte, de rostro endurecido con violentas arrugas que arrancaban a los lados de la nariz y surcaban toda su cara, móviles entre tics nerviosos. Pausado, sereno y fuerte en su habla.

Tantas advertencias nos habían hecho al invitarnos que fuimos sigilosamente sin decir dónde a los muchachos. Estos nos siguieron en el coche de Maneco con gran indignación, supongo. Creo que no puedan pensar mal de nosotros, pero tendré que explicarle a Maggi esta mañana algo.

Se me había advertido que ese enviado tenía su vida en juego, que había sido preso en Chile y en Argentina, que estaba reclamado por Franco y que allá vuelve, otra vez a las guerrillas. La menor indiscreción podía hacerle mucho mal.

El hombre habló sin duda cuidándose. Nada de esto que yo sabía de él se transparentó en su charla. Solo informó objetivamente. El panorama que dio de España es alentador. (p. 200 – 202)

Lunes 4 (octubre)

[...]

Ayer, en casa, reunión de toda la rueda. Solo faltaba Bergamín. Leímos Ángel y yo.

Tengo la impresión de que Ángel madura mucho más rápidamente desde el punto de vista intelectual que como escritor. Creo verlo proponiéndose el tema siempre más allá de él mismo y luego, al realizar, tiene los ojos puestos fuera de foco, es decir, más allá. No se plantea la realización –creo– con suficiente humildad. El estilo de la novela es menos que él mismo. Mientras escribe creo que se exige poco, no se pone en tensión. Acaso sea simplemente su manera de trabajar, pero a mí me es casi inconcebible la seguridad con que piensa escribir, en lo que falta del mes los seis capítulos que constituyen el resto de la novela. Lo veo peligrosamente impaciente. Pero eso no vale la pena decírselo, porque o lo reconoce él mismo o resulta ser luego, ese camino, el suyo, cuando lo domine.

Me elogió mucho Maneco. Me observaron Maggi y Ángel, uniformidad de tono, monotonía.

Los elogios de Maneco, que tanto bien me hacen para darme confianza, para impulsarme, no me importan en cambio mucho en cuanto no me ayudan a pensar. Él piensa como yo. No es problema, es suma.

[...] (p.202 – 205)

Miércoles 6

[...]

Para el día, no lejano, en que haya que contestar alguna tontería de Martínez Monegal⁶³. Acaso él me entienda mejor si comienzo estas líneas aseverando que sus notas fatigan el hastío de sus lectores...

Hace un tiempo se burlaba de un joven escritor que confesaba sus maestros y lo hacía de mala manera. Se comprende, él, ni para aprender eso los tuvo, a menos que no se atreva a confesarlo.

Él, que se sintió capaz de hacer literatura –así llamó alguna vez a su crítica– cuando descubrió que era posible escribir sin tener tema, nada importante que decir, hizo por ello mucho mal: henos aquí a nosotros mismos, escribiendo sobre cualquier cosa porque escribimos sobre Monegal.

Él, que confunde “erudición” con “fichero por sistema decimal” y gusto con⁶⁴

Reniega de la literatura cálida, con “entraña”, porque es de sangre fría. Por eso algunos creen que tiene escamas y veneno.

Era tan exacto en sus citas y tenía tan poco tiempo que a veces en vez de citar la página citaba por el número de la casa que veía desde el ómnibus en el momento de burla.

Cuando creía que alguien comenzaba a dedicarse sólo a la crítica decía que “colgaba la pluma”. Y para él era cierto. Para su crítica le bastaba con la boca: colmillos y lengua (mordisco y lamida). Sí, se parece a una vaca recién parida: lame mucho, por rachas.

Lee mucho, mucho; no tiene más remedio; está siempre como los muy fumadores que se olvidan la caja de fósforos ¿me da fuego, me da fuego? ¿Fuego, por favor?

Sí, se fuma los libros, pero no traga el humo (ah, sí, una vez, cuando chico, pero tuvo que vomitar).

No le podían hacer entender que estaba de más: sólo se fue cuando se lo explicaron gráficamente: Ve, aquí, por ejemplo, el ripio es Ud. (p. 205 – 208)

Lunes 11 (octubre)

Ayer reunión en casa: Maggi, que llegó temprano con Pocha, nos leyó, además de uno de sus artículos periodísticos para el futuro “Acción”, el comienzo de “El caño”⁶⁵. Es un cuento de literatura negra. Lo está realizando con cuidado y eficacia. Me parece que muy bien ubicado ante su material. Acaso sea el verdadero despertar literario de Maggi.

63 Rodríguez Monegal.

64 La frase no termina.

65 Según Carlos Maggi, “El caño” nunca fue terminado y permanece “perfectamente olvidado” (E – mail del 12 de marzo de 2011).

Luego, discusiones literarias con Mario y Maneco, que vinieron con Gladys y Chacha. No faltaron las necesarias menciones de Homero y Shakespeare. Se discutió el valor de Rodó –para el que son más negativos que yo– y el de Acevedo Díaz, para el que son más afirmativos. Ejemplo: en la lit. española Cervantes y luego A. Díaz. A los diez minutos de afirmaciones de este tipo ya me es difícilísimo manejarlo, y empezamos –todos– a no saber muy bien qué pensamos.

Creo que la discusión fue tan excesivamente confusa, y se mezclaron tantos planos de valor, que no vale la pena tentar su reproducción. (p. 208 – 209)

Martes 12

[...]

Para incorporar a “Como si no hubiera nadie”: dos o tres o acaso más menciones de un faro que en los días de niebla gira sus haces blanco y rojo alternativamente, barriendo el cielo oscuro y haciendo pasar un resplandor por la arena.

Esta tarde, en casa, lectura para Mario y Gladys, Ángel, Ida, y Maggi y Pocha, de lo que hay hecho de la novela. Por mi parte, sensación de desapego, necesidad de retoques en muchos pasajes, etc. Extraño alejamiento de Mario que no abrió juicio. Temo, sobre todo, desinterés; lo que es más grave para él que para mí. Esta sensación se me reeditó en parte por la noche, pero sobre todo a propósito de Maneco, que se nos reunió, con Berruti⁶⁶ en lo de Montero. Va a cometer la tontería de presentar Berruti a Bergamín. No puedo entender qué puede importarle a uno del otro. Debe ser producto de uno de esos entusiasmos inevitables de Maneco.

Siento cada vez como más peligroso el frío que dan a sus vidas, sobre todo Maggi y Maneco. Me parece que puede ser fatal y si así fuera tanto peor cuanto más valiosos podrían llegar a ser. Entiendo, para mí, que el escritor debe volcarse totalmente a lo suyo, *totalmente*. Me siento satisfecho por haber ido renunciando a todas las posibilidades que me podían apartar de esto. Me siento mucho más ambicioso que ellos. Mi ambición es mucho mayor, pero sé mejor cuál es.

Y acaso nunca haya bastante fidelidad para con la escritura. (p. 209 – 211)

Sábado 16 (octubre)

Quedaron ayer clasificados los primeros premios del concurso de cuentos. Siento que puede estarse cometiendo una injusticia: yo hubiera querido que los dos cuentos de Pocha fueran los primeros. Yo creo, sin duda, que son los mejores entre todos. Pero para desplazar a uno de ellos (“Viejo Daguerrotipo”) confluyen dos causas que no admito pero que operaron en mí: saber que los dos son de ella, y el entusiasmo de Areán⁶⁷ por el de Maneco. Además, personalmente, me hiere dejar debajo de la lista “El negro”, por ejemplo. Pero, sabiendo que son las obras

66 Berruti, rematador de ganado, amigo de la familia Flores Mora (información proporcionada por C. Maggi).

67 Ruben R. Areán, autor de *Dante y la Divina Comedia* (1954).

de Pocha, al sentir que lleva el primer premio, acaso me quedé –nos quedamos, con Bergamín– satisfechos íntimamente.

Nos enteramos ayer de la renuncia violenta de Maggi a “Escritura”. La batalla entre Maggi y Martínez Moreno la ganó este último. Creo por eso, que se pierde mucho en Escritura. Sé muy bien todo lo que puede haber de error en la gestión de Maggi, todo lo que pueda haber de excesivamente personal en sus juicios, etc. Pero de todos modos creo que él significaba una actitud sana y entusiasta ante la literatura que contrasta con la actitud más culta pero más fría, más snob, de la mayoría de los demás. Con ese motivo pienso no dar el cuento a “Escritura” sino, mejor a “Clinamen”, o publicarlo en plaquette. (p. 212 – 213)

Miércoles 20

Se terminó al fin el concurso de la Asociación Cristiana de Jóvenes⁶⁸. Del resultado apareció un *nuevo* que quisiera conocer: el que presentó los cuentos “La mujer” y “El negro” de muy diferente factura pero buenos. Se llama Adán C. Marín. Y, a último momento, revisando los demás, apareció uno “borgiano”, “El espejo”, bien escrito, pero no recuerdo su autor.

El autor de “El despertar”, resultó ser una mujer, Sánchez Castellanos, también desconocida.

A pesar de que los primeros premios harán, como dice Bergamín, que me pongan de verde, estoy satisfecho de haber actuado en el concurso, y estoy regularmente satisfecho de su resultado. Dudo del orden, es cierto, pero creo que los cuentos premiados son los mejores, y que valió la pena revelar sus autores. (Se entiende que los desconocidos).

Al fin recibí respuesta de Ruggia⁶⁹ en cuanto a las conferencias de Bergamín en el interior. Se resolvió –mutilando el proyecto– que dé una en Mercedes. Ruggia me pidió que lo acompañe. Eso debe ser para este fin de semana si Bergamín quiere.

[...] (p. 213 – 215)

68 El Concurso Nacional de Literatura Narrativa (cuento corto) organizado por la Asociación Cristiana de Jóvenes y la revista “Mundo Uruguayo”, tuvo como jurado a José Bergamín, José Pedro Díaz, Ruben Areán, Francisco Espínola y Carlos Martínez Moreno. A María Inés Silva Vila le correspondió el primer premio, por “La muerte tiene mi altura”, y el sexto, por “Viejo daguerrotipo”. Manuel Flores Mora obtuvo el segundo, por “El regimiento”. Adán C. Marín obtuvo el tercer y cuarto premios. El cuento “El espejo”, que se recomendó para su publicación, pertenecía a Carlos M. Gutiérrez. En igual situación quedó “El despertar”, de Elena Sánchez Castellanos. (“El País”, 20 de diciembre de 1948).

69 Clemente Ruggia, ingeniero, fue director del Liceo de Fray Bentos, del Liceo Campos de Mercedes y del Liceo N° 5 de Montevideo. (Información brindada por Prof. Omar Moreira). Posteriormente fue Consejero de Enseñanza Secundaria. Según Juan Fló “Ruggia fue un director ejemplar, de una gran calidad personal que, al frente de un liceo con casi un millar de alumnos, era estimado por todos”. (E-mail al editor, 11 de julio 2011)

Viernes 22 (octubre)

Debo hoy concertar los últimos detalles del viaje a Mercedes con Bergamín. Esta tarde tengo, además, una conferencia en el Liceo Joaquín Suárez, para estudiantes, sobre Herrera y Reissig.

[...]

Ayer lectura, en lo de Maggi, de otro fragmento de su cuento que me parece bien encaminado, intenso, serio.

[...] (p. 215 – 216)

Mercedes, Lunes 25

Desde anoche en Mercedes con Bergamín. Recordar el relato del Director del Liceo a propósito de una casa de pompas fúnebres.

Cliente – ¿Qué promedio de muertos diario tienen en esta ciudad?

Dueño – Mire Ud. uno por día aproximadamente. En ese sentido se trabaja bien aquí.

C – No creí que hubiera tantos.

D – No, no. Está bien, sí. Lo que en cambio tenemos pocos son niños. Hace unos años hacíamos en estos meses de diciembre y de enero –a veces contando también desde noviembre– unos treinta niños, pero ahora ese renglón ya está muy mal. En todo este mes creo que no tuvimos más que uno – (y dirigiéndose a un empleado:) Rodríguez, ¿cuántos niños tuvimos este mes? ¿Uno, verdad? Sí, señor, apenas uno. Yo lo atribuyo al Dr. González. En fin, ¿Qué se le va a hacer, verdad?

(El Dr. González es un especialista en niños).

Escribo esto en nuestro luminoso apartamentito frente a la plaza, limpia, asoleada, que domina la hermosa masa gris de la iglesia. Durante la noche me impedía dormir su reloj que daba la hora con sus cuartos. Pero ahora, al abrir la ventana, me reconcilé con ella. Sus torres están habitadas, cada una de ellas por cuatro ángeles de piedra o portland, en ademán de tocar su trompeta sobre el pueblo. Su color, gris, sucio, hace más seria la vista de la ventana que, al otro lado, deja ver la mancha azul del río Negro. (p. 217 – 218)

Martes 26

Mercedes es la más hermosa de las ciudades del Interior que conozco. Sus alrededores equilibradamente movidos, y con parques que se suceden sobre las costas del río Negro, son hermosísimos. Desde la ventana del hotel se ve la plaza limpia y grande, sin árboles, la catedral cuya cúpula brilla con cobrizos azulejos venecianos que iluminan su fachada de severa gracia. Al otro lado las manchas azules del río que se ven sobre las azoteas, y más allá las ondulaciones ascendentes y moduladas de las colinas de Río Negro.

Contra las predicciones de Guillot la gente ha resultado encantadora. Tendremos que volver con Minye. A ella le gustará sin duda más que cualquier

otra ciudad de las que vimos. Ya dije eso al director del liceo –Dr. Mag, primo de Ruggia– que me pidió que le anunciara nuestra llegada en tal caso.

Me encantó saber que a Minye la conocen. Recuerdan bien su artículo sobre Bergamín. Prometí enviar la *Elegía*, y pedirle que diera colaboraciones para “Asir”. Prometí pedir envíos y colaboraciones a los muchachos todos.

Como temía, Ruggia había indicado que me hicieran dar una clase. Hablé en el liceo sobre Machado. Bergamín me dice que salió bien⁷⁰. Su conferencia de la Biblioteca fue de las mejores, y dicha con un vigor que pocas veces tiene. Densa, rica, viva. Gustó mucho.

Bergamín es un compañero de viaje encantador. Me gusta mucho haber hecho esto con él. Juntos hablamos de cómo le gustaría a Minye venir y que debo traerla. Sus conferencias las preparamos conversando. En mi conversación yo tenía proyectado citarlo dos o tres veces, y mientras hablaba, preocupado por el tiempo no lo hice. Él, en cambio, tuvo el gesto cariñosísimo de referirse dos o tres veces, en su conferencia, a la mía anterior. Yo me sentía oprimido por tanta generosidad.

Tengo que tratar de que nos envíen a otros lugares más, juntos. (p. 219 – 220)

Viernes 5 nov.

Tardes pasadas fuimos con Minye, Maggi y Pocha a visitar a Estable para hablarle de la posibilidad de asegurar la estadía de Bergamín en Montevideo. Me dejó, como siempre, una honda impresión vibrante. Estable debe ser uno de los hombres más centrados, más ahondados, que yo conocí o conozco. Nos acogió con su cordialidad de siempre en la terraza de su viejo laboratorio. Con él, allí, se siente la presencia permanente de un espíritu donde todo se quema para adquirir las formas más puras, y todo se quema en una pasión recogida, de marca muy honda, que a veces se hace presente en un gesto, en un movimiento de la boca al pronunciar, en otra inflexión de voz. Siempre, despedirse de él, duele.

Ayer, con los muchachos, también, fuimos al Club Nautilus a hacernos socios. La perspectiva de aprender a manejar un “pinqueil” (no sé si se escribe así) me entusiasma de manera infantil.

[...] (224 – 225)

Domingo 7

Me levanto temprano para tomar unos mates antes de ir al Nautilus a navegar. Ayer, mientras estábamos con Maggi y Pocha de mirones, un amigo de Maggi, Vidal, nos convidó a salir hoy a las 8. Es una excelente oportunidad para aprender. (p. 227)

⁷⁰ “La poesía de Antonio Machado”, conferencia en el liceo departamental de Mercedes, enviado por el Cons. Nac. de E. Sec. Reseña en la revista “Asir” por Doelia Citera Faroppa, N° 6, noviembre.

Sábado 20

Hoy, último día de clase. Esta mañana me encontré, en la Biblioteca –adonde había ido por Maggi– con Aníbal Alves, que concursó conmigo en 1945 y ganó los grupos de Artigas. Lo invité a venir mañana a casa. Es un excelente muchacho, estudioso, inteligente. Es curioso pero se ve en él el provincianismo por los ademanes. (No se sabe, en rigor si es provincianismo o juventud). Son ademanes frustrados, que quedan a medio camino, o que se exageran y violentan una afirmación, desproporcionándola.

En la conversación intervino Trillo, que nos habló de las reacciones que produjo este ciclo de conferencias en el interior, por parte de los *pelucones*. Cree que el ciclo organizado en el Sodre, de Homenaje a Herrera y Reissig es una réplica del suyo (muy de Zavala Muniz) y está integrado por Juana de Ibarbourou, Juvenal Ortiz Saralegui, Emilio Oribe, Benítez, etc.,⁷¹ (p. 230 – 231)

Domingo 21 (noviembre)

Estreno, ayer, de la obra de Denis⁷². No tiene poesía, apenas una confusión entre la imprecisión y la poesía. Recuerdo aquella frase de Valéry: “Hay gentes que se hacen una tan vaga idea de la poesía que para ellos la vaguedad misma llega a ser la poesía.” Algo así ocurre con Denis.

Además, es tan absurda la pretensión de realizar una pieza y trabar un conflicto, sin ningún personaje en pie...

Esto, que sería útil, para Denis, si tuviera veinte años y acabara de hacer la pieza, me parece funesto si corresponde a más de treinta y la pieza la comenzó a escribir por 1940 o 41 (el premio lo ganó en el 42 y no cesó de ajustarla).

La sala era óptima para un buen estreno. Estaban todos los escritores y “grupos afines”, y con tantas ganas de aplaudir que interrumpieron, con aplausos, una escena, y hasta ahora me pregunto por qué.

No dejaron de ser sorprendentes algunas reacciones positivas por parte de algunos conocidos.

Para mí fue la verificación de la *poesía* de Denis, el mismo desconcierto, la misma ausencia, la misma insustanciabilidad que no llega al fuego.

Opinan lo mismo, Bergamín, Maggi, Ángel, Claps, etc. (p. 231 – 232)

⁷¹ El ciclo se había iniciado el viernes 19 de noviembre y se emitía por las emisoras del Sodre CX4, CX6 y CXA6. Fue inaugurado por Juvenal Ortiz Saralegui y lo continuaron Emilio Oribe, Carlos Sabat Ercasty, Raúl Botelho González, Juana de Ibarbourou, Julio J. Casal y Leopoldo Benítez Vinuesa (ecuatoriano). (“El País”, 19/ XI/ 1948).

⁷² *El regreso de Ulises*, de Carlos Denis Molina, fue representada en el Sodre por el conjunto de aficionados “La Isla” que dirigía Atahualpa del Cioppo, con música de Casal Chapí. Según “Marcha” se estrenó el 4 de noviembre y hubo una segunda función el 20 de ese mes. El Acto I fue dado a conocer por dicho semanario en el N° 452, 29 de octubre.

Cuaderno V

(noviembre 1948 – octubre 1949)

Salto – Noviembre 14 – Domingo

Días de descanso en Salto. Vine ayer en avión con Maggi para dar la conferencia de la Biblioteca Nacional. Contrariamente a lo preparado –que era la conferencia sobre Machado– me anunciaron una conferencia sobre Herrera y Reissig, que salió dicha con facilidad profesoral, pobre de forma, algo adornada de estilo. No sé si se notó mucho¹.

[...]

El viaje me produjo ¿o será un clima sensiblemente diferente?– una sensación de vacío, de pereza, que la luz de la plaza asoleada y de cielo vagamente blanquecino hacia el horizonte –sobre la tierra argentina– aumenta y convierte en algo cercano al sopor. Siento, desde que estoy aquí, las manos hinchadas, siento la luz y el viento del norte.

Muy agradable, aquí, el encuentro con Adolfo Silva Delgado, excelente muchacho con quien conversamos ayer y que almorzará hoy con nosotros.

Proyectamos ya, con Maggi, comprar los regalos para Minye y para Pocha (no sabemos qué será).

La impresión que produce la gente que conocimos es de ordinariéz y de limitación. Viven en un mundo de rencillas mezquinas, de intereses personales, de grosería. Sentí dos o tres ya al llegar. No creo que sean malos, sino torpes, gruesos. Nos explicamos perfectamente el choque con Bergamín, sobre todo si se tiene en cuenta la afición que aquí hay sobre Paseyro² y sobre sus amigos –que él acercó a Don Pepe.

[...] (pp. 1 –2)

Lunes 15

Todavía en Salto pero partimos hoy a las 9 y 20. Quedó suspendida la conferencia sobre Machado porque, como me dijo el Arq. Barbieri: “Está muy vista aquí.” Barbieri, que es el Presidente del Ateneo y subdirector del Liceo, me presentó el sábado en la salita del Ateneo. Me es casi imposible recordar frases textuales (habría que recordarlas todas), pero creo no haber oído jamás una presentación similar. La

¹ El 14 de noviembre de 1948 Díaz dictó la conferencia “Aspectos de la obra de J. Herrera y Reissig”, en el Ateneo de ciudad de Salto. Existe una reseña sobre la misma en “Tribuna Salteña”. La otra conferencia, posiblemente, era “El paisaje, el alma y el recuerdo en la poesía de Antonio Machado”, dictada ese año en el liceo departamental de Mercedes (ver Cuaderno IV).

² Ricardo Paseyro (1926 – 2011), poeta y crítico.

decía mirándome, señalándome: Y henos aquí con un joven enviado de Minerva, que no usará, no, el bajo instrumento peluqueril (antes había aludido al “Decreto” de Homero) sino el acerado bisturí... Otro pasaje: ¡Que nos traiga, el profesor las lágrimas de nuestra emoción adolescente que nos hizo soñar para siempre con aquellos versos: Armando, Armando, etc. (Él se llama Armando Barbieri).

Luego le preguntaré a Maggi más frases –ahora está dormido– porque son increíbles todas.

Ayer pasamos todo el día y la noche con Adolfo Silva Delgado. Excelente muchacho del que me siento ya amigo a pesar de su Acción Católica.

[...] (p. 3 – 4)

Miércoles 17 (Montevideo)

Ayer, día perdido. Dolor de cabeza hasta la noche. Salimos y vimos a Maggi, Pocha y Ángel, con quienes leímos un cuento de Borges (Emma Zunz) muy malo anunciado como “cuento realista”. Siento como si el estilo en que Borges desarrollara sus ficciones quisiera débilmente aplicarlo a un ámbito ajeno, con una terrible inadecuación. (p. 4)

Martes 23 nov.

[...]

Estuvieron en casa, además de los muchachos, Aníbal Alves, de Artigas y Adolfo Silva Delgado, de Salto, y con ellos hicimos un paseo al Parque Nacional de Carrasco. Más tarde, en casa, Minye leyó lo que tiene escrito del poema (que por ahora piensa llamar –todavía inseguramente– *El río*.)

La sacudida fue impresionante. A ella le fue imposible leer los últimos versos. Maggi quedó tan golpeado como nunca lo he visto. Pocha también lloraba y yo, que lo había ido escuchando verso a verso y día a día, sentí, en algún momento, que me era intolerable escuchar más. Nuestra reacción se explica por el lazo que nos ata al poema, pero tanto en Alves como en Adolfo, la sacudida fue grande –es la primera vez que vienen a mi casa y la segunda vez que me veo con ellos. A Alves no lo veía desde el concurso de 1945.

Yo siento que Minye encontró sus raíces con soltura y que ya tiene su instrumento. Su desesperado trabajo formal en la etapa anterior, cuyo centro está formado por la *Elegía a Valéry*, “Leda” y el “Adonis”, desemboca ahora con mucha mayor hondura para traer aguas propias. Eso ya se veía venir en “Adonis”. Es el reencuentro de aquella zona con que ella había comenzado su poesía a los 15 años que ahora encuentra una voz fielmente expresiva³.

³ *El río* (1952). Se refiere a la sección “Viaje” (de acuerdo a la versión publicada en *Constelación del navío*). Según Amanda Berenguer “en mi casa, en Montevideo, reunidos los partícipes de *El río*, todos jóvenes, cuando leía este fragmento no podíamos soportar la visión futura del espacio y sus seres, vacíos de nuestra presencia, y terminábamos con lágrimas en los ojos, en una repentina e insostenible despedida.” (Berenguer, A., ob. cit., pág. 147)

Yo quisiera poder anotar ahora algo a propósito de una posible novela cuyo personaje central sería Natalio Moffa⁴, mi profesor de italiano allá por el 39, y cuya amistad seguí manteniendo hasta ahora.

Ridículo, pequeño, temiendo que sus discípulos se burlen de su estatura (1, 20).

Profesor de griego, autor de una tesis sobre diptongos o verbos griegos. Nietzscheano, lector de Spengler, de Max Scheller, de Heidegger. Hace horóscopos. Habla del cuerpo astral, hace ejercicios yogui. Y ahora, se dedica, con éxito, a la ruleta. “Es un doctor.” Las mujeres lo esperan, anda en taxi, tiene gestos de dominio y proyecta algo diabólico, verdaderamente diabólico, pero no dice qué es, lo esconde detrás de una sonrisa de satisfacción. (p. 4 – 7)

24 – miércoles

Ayer de tarde y de noche con los visitantes: Adolfo Silva y Aníbal Alves. Adolfo piensa en la publicación de un conjunto de cuentos de autores jóvenes, de nuestra generación. Se discutió el criterio de la selección: dirección literaria o grupo afectivo. Yo opino que debería ser lo último. Creo que el sentirse grupo –con discusiones internas en lo estético– hace bien y da fuerza. Crea una actitud de rivalidad que me parece conveniente. Ahora nosotros estamos trabajando mientras sentimos algo así. No creo que sea bueno eliminar ese sentimiento.

[...] (p. 7 – 8)

Viernes 26 (noviembre)

Ayer examiné con Crispo Acosta⁵. Hablamos de mi conferencia sobre Herrera y me dijo:

–Yo no tengo nada con Herrera y Reissig. Hay gentes que dicen que lo odio... son tonterías. Pero yo quisiera que Ud. supiera que no puede atribuírsele amplitud de ideas filosóficas.

–Pero...

–No, es que no pudo tenerlas. Si yo le digo que me preocupé de averiguar cuál era su formación literaria y sé, seguramente, que no tuvo libros. Créamelo, Díaz, Herrera no se había formado una cultura. Además... ahí están, vivos, los personajes que se acercaron a él. No valen nada. ¿Le parece que un hombre cultivado viviría, normalmente, con ese grupo de gente? Una vez hablé de esto con Gallinal⁶, y él me hizo notar algo muy interesante. Lea Ud. toda la prosa de Herrera y no encontrará una sola referencia a Góngora... ¿Es significativo, no? (p. 8 – 9)

4 Natalio Moffa (n. en 1900) fue autor de varios libros de enseñanza del idioma italiano.

5 Osvaldo Crispo Acosta (1884 – 1962), crítico y ensayista también conocido por el seudónimo de “Lauxar”.

6 Gustavo Gallinal (1889 – 1951), crítico literario, narrador y poeta.

Domingo 28

Ayer, con Mario y Gladys que llegaron. Vienen hoy.

En el café, conversación con Maneco a propósito de su situación frente a “Escritura”, en la que lo invitan a formar parte del consejo de redacción. Con claridad le expliqué los motivos que –a mí– me impedirían aceptar ese puesto suplantando a Maggi. Él se inventa y sobrevalora motivos para aceptar. Creo que no siente el conflicto y que, por lo tanto, terminará haciéndose el gusto –así se lo ordena su temperamento– a pesar de que desde su madre hasta Ángel, pasando por Bergamín y por mí, le aconsejamos que renuncie. Me parece bastante mal ese no saber frenar sus ganas. Él dice que tiene que salvar nuestra actitud, nuestro grupo, en esa revista. Yo entiendo que nuestra actitud se salva hondamente haciendo literatura, trabajando, y circunstancialmente, poniendo el hombro contra “Clinamen”, pero nunca dejando en blanco a un amigo del grupo, aunque haya cometido errores, etc.

Me parece muy sano, aunque un poco tonto, que se tengan tantas ganas de formar parte de una redacción; pero me parece muy mal, que un antojo así no deje ver claro. Si por amistad no se sacrifica esa pequeñez ¿qué se ha de esperar luego? (p. 10 – 12)

Lunes 29 de nov.

Ayer en casa, con lecturas. Oímos dos veces la novela de Maggi –el tercer capítulo– que nos gustó a todos. Para mí era la tercera lectura y ese interés no decreció en absoluto⁷. Leímos el poema de Minye, que renovó su magnífica impresión.

La lectura de mi segundo capítulo resulta pesada y difícil.

[...] (p. 12 – 13)

Miércoles 1º de diciembre

Anteayer y ayer, malos días. Dolores de cabeza y sensación de mareo. Imposible escribir. Entre otras cosas por una terrible falta de confianza. Las faltas de equilibrio que anoté me sacudieron mucho. Ayer, sin embargo, luego de navegar toda la tarde con dolor de cabeza, nos reunimos en el Club, Minye, Pocha, Maggi y yo, y como hablamos otra vez de mi novela, sobre la que ellos opinan como yo, me sentí más seguro y con más confianza.

[...] (p. 14)

Sábado 4 (diciembre)

Lectura de Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*, que no conocía. Satisfecho con la lectura, la naturalidad y la vida de su prosa a menudo desordenada y abundante en digresiones. Molesto por la lectura del episodio del Cabo Gómez –lo mejor que leí del libro hasta ahora– que es el modelo seguido por Maneco –paso

⁷ Se refiere a la novela o cuento “El caño” (ver cuaderno IV).

a paso— en el cuento del concurso⁸. Me molesta, como escritor, que haya trabajado un mismo tema, con el mismo tono, con la intención clara de plegarse dócilmente sobre él, dejándose arrastrar por una masa ajena. Pero me molesta más que nos [lo] haya presentado al concurso: en cuyo jurado había dos amigos: un cuento cuyo valor es el aura que en él queda de Mansilla (constándole, además, que no lo conocíamos). Eso ya me parece más desagradable. Es de muy poca sensibilidad artística y moral. Artística en el sentido más hondo, claro está. ¿Por qué abomina, luego, de los que imitan a Borges y lo dicen?

Ayer pasamos la tarde —desde el almuerzo, con María Elena Walsh, que pasó por Montevideo de viaje para Estados Unidos, pues fue invitada por Juan Ramón Jiménez a vivir en su casa. Nos leyó, en el barco, dos canciones que me gustaron y algunos poemas de su reciente novio Ángel B... (que hace poco nos envió un libro) y que no me gustaron como los de María Elena. Minye leyó después el poema. En ese momento lo escucharon por primera vez Ángel e Ida. A Ángel le produjo un efecto hondísimo. (p. 15 – 16)

Lunes 6

Ayer vinieron a casa, con Bergamín, dos actores argentinos, Rodríguez, Muñoz, que venían a escuchar la lectura de *La niña guerrillera*, que tienen el propósito de intentar. *La niña* me gustó aunque creo que en el segundo acto hay cierta insistencia lírica poco dialogada, que en el teatro es difícil, poco viable.

Pensamos en la publicación de un periódico sobre la base de nuestro viejo proyecto (de Minye y mío) “Garabatos del Ángel”. Ahora se llamaría “Garabato” simplemente, y le daríamos un estricto sentido de grupo. Sería un periódico en forma de “Cabalgata”, o “Romance”, etc.

Hay que ser muy escéptico porque es necesario asegurar una financiación de un año antes de comenzar, y ello es difícilísimo. También debe estar asegurado el material para las diferentes ediciones. Acaso fuera mejor publicar en La Galatea. Eso hay que proyectarlo bien. (p. 16 – 17)

Martes 7

Ayer pasé la tarde entera navegando. Luego leí Mansilla en el club. (p. 18)

Jueves 23

Importante conversación anoche con Bergamín y con Maggi a propósito de la actitud artística del católico o de las relaciones entre el arte y la religión, donde se me activaron dos sentimientos que desde hace tiempo están en mí: en primer término siento acusadamente lo que llamaríamos el valor trascendente de la es-

⁸ El cuento de Manuel Flores Mora a que refiere Díaz es “El regimiento”, premiado en el Concurso de Narrativa organizado por la Asociación Cristiana de Jóvenes, como se detalló en el Cuaderno IV. En el N° 501 de “Marcha” (28 de octubre de 1949) Manuel Flores Mora publicará el artículo “Los cuentos ‘desconocidos’ de Lucio Mansilla” y, junto al mismo, un fragmento de *Una excursión a los indios ranqueles*.

critura, que no me vale solo como manera de eternidad (Unamuno), que es lo que siente Maggi sino, además, como una tentativa trascendente. De ahí que no concilio que el arte pueda satisfacer. La fatal insatisfacción del verdadero artista, me parece reposar en ese sentimiento: el arte en sí nunca basta. Es algo paralelo a la imposibilidad del arte puro.

Por otro lado siento que, como la religión, –como el catolicismo– hermana. La *personalidad* en la obra importa más que como totalidad. La personalidad, la individualidad solo es válida cuando muestra su relación con el grupo en un deseo de fusión con él. No puede extraerse valor artístico de una individualidad acusada; es menester intentar una adecuación entre ella y lo colectivo –que en arte es la tradición–; un esfuerzo, por lo tanto, de anulación individual. Lo que de personal quede aún es fatal pero necesario, porque solo al través de lo personal se llega a lo verdaderamente tradicional o colectivo. No se puede entrar en la tradición solo personalmente; la única puerta que ella nos ofrece es nuestro personal sentimiento de la tradición.

Corrección –todos estos días– de las copias y las pruebas de “Poesía y Magia”. Siempre son muchos los pasajes que hay que corregir cuando se trata de enviar definitivamente a una imprenta. Además me llevé muchas sorpresas: encontré bastante tontos algunos pasajes que creía buenos, y mejor de lo que imaginaba otros. En conjunto estoy satisfecho de lo que se va a publicar que es, aproximadamente, medio libro. Se publicará como “Tomo II”. (p. 19)

1949

Enero 11, martes.

Desde la última anotación pasé ocupado, casi exclusivamente, en la preparación de las últimas páginas del 2º vol. de Poesía y Magia para “Anales”. Luego las fiestas de fin de año (que pasamos con Bergamín y los muchachos y con los familiares) me habituaron a una vida desordenada (en tiempo) y sin lecturas casi.

Ahora, al fin, comenzamos a trabajar con cierto orden el libro de Ida⁹. La Galatea ya está marchando decididamente. Pienso que podremos publicar ahora –en enero– dos libros: el de Ida y el mío (*El habitante*). (p. 22)

Viernes 14

Verdaderas vacaciones. Sólo me ocupo de la imprenta. Ayer quedó hecha la primera impresión del libro de Ida. Gozo mucho en ese trabajo colectivo en la Galatea. Leo muy poco. Con lentitud *La peste* de Camus que comenzó gustándome

⁹ Se trata de *La luz de esta memoria*, publicado ese mismo año en La Galatea.

me más. Algunas lecturas de los libritos fragmentarios de Valéry incluidos en “*Tel quel*”¹⁰ que Ángel e Ida me regalaron en mi cumpleaños (el 12). (Cumplí ya 28). Lo siento del mejor Valéry, o, por lo menos, del que más me gusta.

Períodos como estos, de trabajo manual, alegría, en buena compañía, y en días increíblemente hermosos, me hacen mucho bien y me proporcionan auténtico descanso. Algún día, muy raro, vamos a la playa, algún otro salgo a navegar en el club.

Hoy me prometieron *El habitante* en el taller de linotipia. (p. 22 – 23)

Enero 18, martes.

[...]

Ayer, absurda reunión en la casa de F. Pereda, de donde salimos a las dos o tres de la madrugada. El motivo era, parece, la presencia de una fotografía norteamericana que quería fotos de una reunión de hombres de letras. Los “hombres de letras” eran, además de Bergamín y los dueños de casa, Bayce, Cuartino (o Quartino)¹¹, y algunos otros tontos inexistentes. Estaban bien los que tomaban whisky y decían chistes estúpidos. No concibo que estuvieran bien los dueños de casa, ni Bergamín.

Me prometo no asistir más a reuniones de esta especie. Además creo que Bayce es rematadamente tonto (insoportable) y que Ramela¹² y Maneco se llevan peligrosamente bien con él.

También es bastante tonta Clara Silva, pero como es más ingenua y más sincera, no me provoca antipatía, sino, simplemente, deseos de que no hable conmigo de cosas serias (“La poesía compromete el ser, ¿no le parece? y eso es grave: Estoy cansada”) (p. 23 – 25)

19, miércoles

Ayer de tarde, la primera impresión de *El habitante*. Hoy de mañana tenemos que ir al centro para hacer fundir de nuevo dos líneas que se me aplastaron.

[...] (p. 25)

20 jueves

Leí el trozo de Mallea aparecido en “Escritura” en setiembre. Todos me habían ya dicho que era muy malo. (“Novela rosa”, me dijo alguien)¹³.

Compartido. Pero de todas maneras interesante. Pocas veces recuerdo haber tenido una impresión tan nítida de que se trata de algo malo moralmente. Siento

¹⁰ *Tel quel*, antología de ensayos de P. Valéry.

¹¹ Dueño de la librería de Salamanca, en Bartolomé Mitre y Policía Vieja (información brindada por Carlos Maggi).

¹² Carlos Ramela, periodista de “Marcha”. Tuvo a su cargo las páginas literarias de ese semanario entre el 12 de marzo y el 10 de diciembre de 1948.

¹³ “La salida nocturna”, de Eduardo Mallea, en “Escritura” N° 5, setiembre de 1948.

–acaso sea ilusión– que se pueden rastrear aún en el estilo deficiencias que proceden de una actitud moral laxa, relajada. Hay muchas cosas que el autor se permite, deja ir. No creo que el fragmento esté mal compuesto, no creo que el tema sea forzosamente malo. Hay como un ángulo de tomarlo que es, ese sí, absolutamente intolerable. Un escritor que se deja arrastrar, por ejemplo, por el goce sensual del lujo, en su tema y –acaso sea más grave, en su estilo (aunque todo ande junto).

Leí ese fragmento luego que hubé terminado ayer, justamente, *La fuerza bruta*¹⁴, tan excelente. Y su excelencia depende, en buena parte, de que tiene todo lo que se permite no tener Mallea. (p. 25 – 26)

22 – Sábado (enero)

[...]

Hoy de mañana terminé de imprimir el tercer pliego de mi libro; de tarde preparé una plancha del de Ida. Esto lo hice mientras conversaban en torno a mí, en el taller, mis suegros, Minye, la abuela, Maneco y Chacha, Maggi y Pocha.

Al fin se desató una terrible discusión sobre religión en la que no intervine, sabiendo que si intervenía heriría a Minye, y que si me callaba también la heriría por mi silencio.

Minye está pasando sus malos días, y tal discusión vino a caer, justamente en el tema que más hondamente la agita sin que yo pueda terminar de comprender cómo. Es cierto que Chacha se levantó para irse, pidió cigarrillos, fue calmada por Maneco y –al tiempo– pidió disculpas por su reacción. Pero, de todos modos, me es imposible llegar a comprender qué mueve a M. a reaccionar de tan violentísima manera cuando debe hablarse de la religión católica. Siente un disgusto muy profundo, y queda con aversión contra mí porque yo no colaboro –ni puedo colaborar– en sus ataques. Mezcla teología y anticlericalismo, hiere sin comprender hasta dónde, etc. Ahora mismo está encerrada en su “Diario”, y luego leyendo empañosamente, sin hablarme desde hace dos o tres horas desde que –luego de idos los muchachos– reiteró el tema convenciéndose de que yo no compartía su posición. (p. 27 – 29)

Lunes 24

Ayer trabajé bien en la imprenta. Ya quedaron impresos dos pliegos de Ida y dos míos. Pronta la plancha, además, de otro de los míos. Hoy viajaré al centro para traer más plomo.

[...] (p. 29)

¹⁴ *La fuerza bruta* (1937), novela de John Steinbeck.

Miércoles 26

Continúo la corrección de pruebas del segundo volumen de “Poesía y Magia”. Muy a menudo, durante la corrección, tengo la impresión de una terrible torpeza. Torpeza que me impide ahora corregir y que me hizo antes escribir tan mal.

El estilo y la composición de cada capítulo me resultan con frecuencia poco menos que intolerables. Si, de todos modos, me empeño en que esto se publique es porque ya pensé demasiado en él y porque sólo la publicación me puede desprender de su peso.

Como recuerdo momentos en que esos trozos que ahora me desesperan me habían parecido bien, me siento aún más torpe, más inseguro. Comienzo a no tener confianza en mí mismo. Me siento poco inteligente, y sólo ello con demasiada frecuencia.

Me da pena presentar este libro de esta manera. Sé que aquí no se ha intentado nada, en esta zona, de tal envergadura, pero veo bien que no está dicho de la manera que corresponde. (p. 30 – 31)

Viernes 28 (enero)¹⁵

Ayer estuvo aquí, en mi casa, con mi padre –y fuimos luego a almorzar a Malvín– Carmelo (Carmine), el sobrino de tío Domingo (mi tío abuelo) y primo de mi madre.

Vino hasta mi casa para conocerla, porque el domingo embarca para Italia, para Marina di Camerota, el pueblo de mi tío abuelo, el de todos los cuentos de mi niñez.

Por primera vez, creo, hablé de Marina di Camerota con alguien que no era tío Domingo. Pensé en las villas del Mediterráneo que describe con tanto cariño Thomas Mann.

Está a cuatro o cinco horas de ferrocarril de Nápoles, hacia el sur, en el golfo de Salerno. Tiene unos 2000 habitantes que viven casi exclusivamente de la pesca. Cuando el mal tiempo no permite la pesca, los hombres trabajan su huerta o se ocupan de los olivos que ciñen estrechamente el pueblo hasta tal punto, que éste, para extenderse, va talando de a poco, los árboles centenarios. A veces, (los hombres) se quedan en casa y ayudan a las mujeres en su trabajo, que es hacer unas cuerdas de yuyos que luego se tienden en el agua, de la que se retiran, al cabo de un año, recubiertas de mejillones.

Carminiello –así le llamamos en casa– me ofreció, si llegábamos a ir a Europa, su casa. Él me iría a buscar a Nápoles –decía, alegre– y “pasas luego dos o tres días en Marina”. “*E bella, tu vera!*”.

Es un balneario. No tiene hoteles, y los turistas alquilan habitaciones en las casas del pueblo.

¹⁵ Entrada incluida en “Presente perdido”.

Para tener en cuenta en una segunda edición de *El habitante*. En la escena del jardín: al quebrarse las ramas, vuela un pájaro y asusta a Alicia (sugerido por Maggi) en la escena de la tormenta. En el cuarto de la Señorita Ofelia: sobre la mesa de noche hay un vaso con dientes postizos dentro.

Los relámpagos no son *lívidos* que significa morado (advertido por Ángel)¹⁶.

De tarde: descanso. Por la mañana fuimos al centro, y entregué al fin las pruebas de “Poesía y Magia”. Siento un gran alivio al saber que *ya no podré ocuparme más de ese tomo*. Me siento libre, con posibilidades. Trabajar en el *Bécquer*, novelar...

Otra visita al taller de linotipia llevando en la valija 12 quilos de plomo...

Y de tarde, nada.

Torpeza y los restos que de un dolor de cabeza me dejó la aspirina, me impiden gozar en la lectura de Colette (*La casa de Claudina*) y del *Journal* de Gide, sobre los cuales, sin embargo, me empeño. (p. 31 – 34)

Domingo 30 de enero

[...]

Ayer, conversación con Maggi por la noche (por la tarde estuvieron también los Rama (Carlos y Judith, Ángel e Ida)). Hablamos de nuestros familiares italianos y de la cultura “intrusa” de aquellos pueblos de pescadores. Les leí un fragmento sobre tío Domingo. (p. 34 – 35)

Lunes 31 de enero

[...]

A la noche. Con Ida y Ángel, vino esta tarde Bergamín, a quien no veíamos desde que estuvimos en lo de Pereda, el 17, y esa fue la única vez que lo vimos desde el 1° de año (o el 6).

Sus amistades nos son desagradables. Y él mismo parece haberse entregado a una vida de distracción, queriendo como rehuirse a sí mismo. Lee (de todo) y se mueve, pasea, combina cenas, té y reuniones, pero como quien se narcotiza –esa es la impresión que tengo– queriendo no quedarse solo consigo. En una palabra se *distræ*. Eso me parece doloroso en él. Parece faltarle fuerza suficiente para afrontarse. No halla camino. Sus hijos lejos, su problema económico ahora muy agudizado, y su desorden le producen necesidad de más distracción. Y así, tres piezas de teatro pensadas, y casi nada escrito; un libro pedido por “Argos”, que poco le cuesta escribir (las conferencias dictadas) y no contesta siquiera a su editor. En fin, todo muy mal. Y, por último, tengo la sensación (vaga, es cierto) de que no se

¹⁶ *El habitante* tuvo una segunda edición en 1970 (Montevideo: Tierra Nuestra). El fragmento del diario que corresponde a estas anotaciones tiene en el original una línea vertical en rojo acompañada del título del libro.

ocupará de encontrarse con nosotros si insistimos en llamarle la atención sobre lo que no hace, o sobre lo que hace mal (dilandándose).

Siento, por otra parte, que no sé hasta qué punto tenemos derecho a insistir. Es ese un problema personal en él que no podemos forzar mucho. Teniendo las calidades que nosotros sabemos que tiene ¿por qué no es él el gran escritor que corresponda íntegramente, con su obra publicada, a esas calidades? Porque, acaso fue siempre así, porque siempre se rehuyó un poco y no terminó de entregarse de verdad a una obra. Entonces ¿qué hacer? (p. 35 – 37)

Viernes 11 (enero)

Ayer, después de imprimir, fuimos a la arenera de García Lagos, adonde habíamos sido invitados por Angelita. Estaban Pereda y Sra., Bergamín, Bayce y Sra., un Sr. Álvarez, también con la Sra. y el hijo de Quiroga, Darío Quiroga¹⁷, embelesado con Angelita, el whisky y su propia idiotez. Además, nuestro grupo. Maggi me decía: –Vení, vení a ver cómo degeneran la raza! (Una de sus admiraciones es Quiroga).

Conversamos sobre todo con don Pepe, Maggi, Fernando e Isabel. Fue, durante el fin de la noche, lo mejor. Los Pereda me parecieron mejores, más finos sin duda que los demás. Comprendo que sean de lo más importante de la revista “Escritura” y que su criterio pese siempre sobre Bayce, etc. En todo esto Bayce no cuenta. (p. 44 – 45)

Domingo 13

Salgo hoy a examinar en Durazno, como delegado. El taxi vendrá a buscarme a las 5 y 30. (p. 45)

Lunes 14

Había olvidado, y sólo lo recordé en el tren, que el profesor de Durazno es Scaffo¹⁸. A pesar de que el día de ayer fue demoledor (más de ocho horas de tren entre ida y vuelta, y el resto exámenes), todo quedó compensado por una hora de conversación con Scaffo antes de la vuelta. Tiene una presencia vigorosa, concentrada, densa, como de firme corporeidad poética. Su manera de hablar es siempre algo contenida y como inminente. Se tiene la impresión de estar viendo solo la superficie de un agua honda y conmovida, alterada. Su destino poético se cumple –él me dice– aunque no aparezca un nuevo libro, por su manera de vivir y pensar el mundo. Piensa y siente poéticamente. No distingue lo “prosaico” de lo poético. Esa fineza que lo mantiene en tensión no parece tener desfallecimientos. Cree firmemente en él mismo, en su latencia o en la inminencia de su producción poéti-

17 Darío Quiroga, hijo del matrimonio de Horacio Quiroga con Ana María Cirés. Se suicidó en 1952.

18 Carlos Scaffo (1909 – 1987), poeta y ensayista, autor de *El astro de los vientos* (1929) y *El ser* (1935).

ca, cuya formación, cuyo afloramiento, es independiente de su voluntad. Esa es su fuerza y su debilidad (reconoce él mismo).

–Yo sé –me dijo– que *ahora* estoy trabajando. Que mi búsqueda de expresión es permanente y que de pronto, cuando *ello* quiera aflorará sin que yo pueda detener nada. *El Ser* lo escribí en siete días, y lo que entre verso y verso no pude anotar forma otro libro que perdí. En tal momento no puedo seguir eso que brota. Por eso no me apuro. Yo sé que hay algo hondo.

–¿Y no quiere hacer que aflore? ¿No quiere provocarlo?

–No, no. Eso no tiene que ver conmigo. Y yo no creo que deba pensarse en la inspiración como los románticos, no. Pero es así. Yo soy muy raro. Es muy raro lo que me pasa.

Varias veces repitió, en la conversación, eso. “Soy muy raro”.

Cuida de sus hijos. (“Todo es poético”).

Me contó Montero, aquí en Montevideo, que es avaro (a propósito de la posible publicación de la traducción de Leopardi.)

Intento de lectura de “La Retama”, en la traducción de Scaffo, y quedo fuera. Repito el intento en la versión de Romero Martínez con el mismo resultado¹⁹. (p. 46 – 48)

Martes 22 (enero)

Continúa el trabajo en la imprenta. Estuvimos pensando ayer en la posibilidad de convertir La Galatea en una imprenta más viable mediante la compra de una máquina automática.

Se trata de que nuestra imprenta pueda, realmente, hacer obra. Tal como ahora está instalada es realmente un trabajo de forzado hacer algo en ella. Tendríamos que financiar la transformación de la misma máquina de manera que con un mínimo de trabajo manual pudiera estar pagada una máquina que luego, tiene las más grandes perspectivas culturales. Eso acaso no sea disparatado. Nuestra experiencia de ahora nos explica que en poco más de un mes de trabajo creamos más de mil pesos. (Presupuestos sumados de Ida y mío.) (p. 48 – 49)

Jueves 24

Nos enteramos esta noche de una actitud de Bergamín que me inquieta. Juan Ilaria²⁰ escribió en “El Debate” un reportaje a Margarita Xirgú, en el que cuenta que ésta le dijo que había abandonado el proyecto de dar en Montevideo *La niña guerrillera* porque había en ella política y en especial una escena donde se mostraban odios que había que olvidar. Con ese motivo Bergamín mandó a “Marcha” una carta contra Ilaria donde aparecen el Papa, el proceso de [¿?], etc.²¹.

19 “La Retama” o “La flor del desierto”, tercera parte de *Los Cantos* (1831), de Giacomo Leopardi.

20 Juan Ilaria (n. en 1908-1993), poeta y periodista, autor de *Eleusis* (1935), *El demiurgo* (1937); etc.

21 Justino Zavala Muniz había concertado con Bergamín la inclusión de la obra *La niña guerrillera* en el programa de la Comedia Nacional y su representación en el Teatro Solís bajo la dirección de Margarita

Creo que debe advertirse en ese gesto la actitud y el entusiasmo de Paseyro, pero de todos modos me resulta tonta la respuesta a “El Debate” y a Ilaria en particular. Es lo que más puede perjudicarlo sin que se pueda advertir la utilidad de ese gesto. Eso dificultará acaso hasta el arribo de su hijo...

Mucho me temo que Bergamín se encuentre mal entre otras causas por la ausencia cálida, en este lugar, de la causa que fue su causa. Pienso que no en vano realizó lo más importante de su obra en la época de lucha. Y ahora, aquí, siente como si su vida no tuviera sentido, y se aferra así, desesperadamente, a los más pequeños móviles que le proporcionen un lazo con el gran motivo determinante de su destino: España, comunismo y clericalismo... etc.

Todo esto se torna tanto más angustioso cuanto que tampoco es comunista, no tiene detrás al partido como sostén, de manera que sus gestos quedan en el aire, un poco desbaratados y quijotescos, sin traer otras cosas que un poco de perjuicio para él mismo.

Lectura, ayer, de *El ser* de Scaffo. No entiendo que pueda tener nada que ver con la poesía, aunque siento la presencia de un ser, realmente, y grandeza. Pero nada de poesía. (p. 49 – 51)

Marzo 1º

Otra historia de mi tío abuelo:

Se trata de comentar cómo en este país hay más vientos que en otro alguno. Cuenta entonces la desazón de un paisano suyo que vino de Italia a ser botero en la bahía y se encolerizaba porque tenía siempre que luchar contra este viento. No quería tener que vivir del mar. Entonces decía que se iba a ir camino del Brasil con un remo al hombro y que a cada hombre que encontrara le preguntaría qué era lo que llevaba. Mientras le dijeran: “Un remo” seguiría, al fin se quedaría cuando le dijeran: “Un palo”. ¡Allí no habría mar y no habría que luchar contra el viento!

[...] (p. 51 – 52)

Lunes 7 Playa Verde²²

Paseando esta tarde, al poniente, con Minye, y viendo el increíble mar que un viento fuerte del sur sacudía, pensé en la posibilidad de agregar, a “Presente Perdido”, una nueva página.

Sería más o menos así:

“Me dijo, además, que probablemente yo entendería mejor todo eso más adelante, y me pidió que –si yo debía ocuparme alguna vez de sus papeles– no dejase de leer la página que escribiría el 7 de marzo de 1949:

Xirgú, quien también sería su protagonista. En un primer momento, Xirgú aceptó y la obra llegó a aparecer en cartelera. Luego el proyecto fue cancelado. El asunto derivará en una larga polémica que se desatará hacia el último trimestre de este año. Véase “Margarita, te voy a contar un cuento”, en “Marcha” N° 497, 30 de setiembre y Grillo, R. M., ob. cit.

22 Entrada incluida en “Presente perdido”.

7/III/ 1949

Paseamos juntos al mar. Sé que le debo algo de lo que veo en mí, de lo que sé de mí. Acaso por su infinita variedad de formas y colores. Más casi con mi propio pensamiento, reconozco mi identidad en el mar, porque es infinito y ajeno, y sus formas mantienen la eternidad. Hay en él el equivalente más simple acaso que pueda imaginar, de mi memoria misma: su húmeda permanencia. Por él acerco mi edad a la de la tierra misma. Mientras todo cambia él cambia también, y permanece más que sus propios cambios. El cambio no le atañe casi porque el cambio se define y es. Y mirándolo hoy, y viendo en mi memoria mares pasados bajo otros vientos, otras nubes, hilvano mi pensamiento, mi ser, en su ser mismo, en su propia perduración. Así como es de eterna y elemental la línea del horizonte, así es mi sentimiento así se hace ese pensamiento mío de mí mismo, pensándolo.”(p. 52 – 54)

Martes 8 Playa Verde

El hotel que nos recomendó Gómez es lo que nos convenía y está maravillosamente ubicado. Está en lo alto de un pequeño promontorio rocoso que se interna en el mar dejando, al Oeste, una extensísima ensenada cuyo otro extremo se ve a lo lejos prolongándose sobre el horizonte en largas estrías claras de arena y oscuras de pinares. En la parte más honda de la ensenada, hacia la derecha (Oeste), se ven los caseríos de Las Flores, y más allá los bosques de Solís. Hago esfuerzos por distinguir la casa de Leandro. (p. 54 – 55)

10 de marzo – Ya en Montevideo.

En Playa Verde, muy difícil escribir. Faltos de la comodidad mínima que ello requiere. En cambio, además de las lecturas de Proust (*A la Sombra...*²³) el espectáculo del mar se hace real y violentamente impresionante para mí.

Su sola presencia²⁴, su cambio incesante, me abstraen y, además, me impiden otra cosa que no sea la entrega absoluta a ese espectáculo. La otra tarde, de visita en lo de Castellanos, me distraía por momentos de la conversación por la presencia de un poniente sobre el mar que daba al agua, a las olas, y a los festones espejeantes de la arena plana y mojada de la orilla, los tonos más puros, más delicados, y también los más brillantes.

Y cuando ya empezábamos a conocer no el espectáculo del mar, pero sí su marco, el ángulo de nuestra mirada, fuimos, ayer, a Portezuelo. Allí, de nuevo, el mar recobró como aún un infinito insospechado y que guardaba dentro del conocido, porque la increíble extensión de horizonte, hacia el Oeste, se hace más grande, y de calidad más leve e imponderable, cuando se siente, cerca, a la izquierda, al Este, la muda presencia de Punta Ballena adentrándose en el mar, no enorme, pero grande: grande sin perder referencia con lo humano; de manera que sus rocas

²³ *A la sombra de las muchachas en flor* (1919, Premio Goncourt), obra que forma parte de la saga de *En busca del tiempo perdido*.

²⁴ Desde este párrafo entrada incluida en “Presente perdido” con retoques.

cortadas a pico dan un punto de apoyo para pensar mejor el Oeste infinito, perdido en lo alto con azules serranías, esa tarde lluviosa. (p. 55 – 56)

12 marzo – Sábado²⁵

Releídas las páginas pasadas. Lo que escribí a propósito de “Presente Perdido”, me parece apenas un muerto esquema de una impresión muy viva. Durante casi toda nuestra estadía en Playa Verde, pensaba, –mientras leía Proust, que me hizo escribir, ahora lo advierto, la última página– pensaba, digo, en la posibilidad de revisar “Presente Perdido” tratando de *novelarlo*. (En última instancia obedeciendo al consejo que me daba Bergamín.) Es decir, tratar de que, además del puro procedimiento, esté allí la experiencia que se quiera transmitir lógicamente. Aquello es acaso un monstruo con solo cabeza.

Una de las maneras posibles es, acaso, la página sobre el mar, pero otras se presentan ante mí buscando vías que me dan la impalpable firmeza del sueño existente que soy – que el hombre es.

Pienso en Marina di Camerota: Cuando Carminiello me ofreció ir a buscarme a Nápoles si yo iba a Italia, tal idea tomó cuerpo en mí, y se hizo profundo sentimiento, porque aludía al ondulante camino que mi memoria realiza viniendo desde mi infancia cargada de las palabras de mi tío abuelo: de manera que ir a Marina di Camerota y dormir en una casa de piedra, de algunos pescadores que se llaman acaso D’Onofrio, o Muro, es una manera de realización de mi ser ya esbozado, y así yo me realizaría en el camino o en la dirección que ese camino de la memoria ya señala. Sin embargo, estoy seguro de que ese viaje mío sería una desilusión, un dolor y una ausencia: la ausencia de la memoria buscada. Todo yo estaría, mientras durara el viaje hasta el Mediterráneo, y aun hasta Nápoles, en la suma tensión y a la vez en el absoluto desapego que significaría el ir hacia el fin de la propia vida, como si de pronto, por ese viaje, mi vida tuviera, ya, una finalidad concreta, visible y a ella por lo tanto me entregara: y sin embargo, una comezón me iría agitando ya y me haría imposible una tan total entrega, porque algo me advertiría, sin duda, en lo más hondo e irracional del alma, que el futuro no se puede asir en el presente, sino que hay que dejarlo llegar hasta el pasado, y, una vez allí, dejar que se nos entregue con la inevitable nostalgia –¡otra vez! – de lo perdido.

Por eso, cuando yo llegara a Marina di Camerota, y viera desde lo alto el camino polvoriento y el manto de ceniza con que los olivos ciñen las pocas casas, cuando viera la casa de piedra de dos plantas y la vid, que crecida a su puerta, ofrece el fruto en la azotea, cuando viera el mar, desde lo alto, transparente hasta muchas brazas de profundidad, sentiría toda aquella luminosa presencia como cerrándose a mi alma por los sentidos, que me la separarían y me la harían más distante y no más presente, como ocurre a los presbíteros, a quienes inútilmente se les acercara a los ojos una piedra preciosa para que vieran su lumbre, ya que solo pueden gozar

25 Entrada incluida en el original de “Presente perdido”.

su verdadera luz si se les aparece lejana, allá en el extremo del brazo extendido, y al borde de tener que dejarla caer. Sólo que a mí me bastaría con dejarme vivir sin saberlo, entregado al encogimiento de la luz presente, y esperar. Y así, después, podría tenerla para mí, al caserío y al mar, pero no más cercana, sino más honda, ya que en las oscuras y lejanas formas de la memoria me quedaría estratificada otra manera de color, forma y vida, coincidentes con aquellas que hace tanto tiempo empezaron a grabarse en mí.

Pero si la presencia de Marina di Camerota sería sin duda muy desagradable para mí, sería, al menos un dolor, el dolor de la ruptura entre la memoria y el presente, que al fin y al cabo, es susceptible de dejar también su estrato en la memoria, de su pasado y valioso hasta hacernos, hasta llegar a ser nosotros mismos también. Pero hay algo posiblemente más doloroso, porque es además, destructor, y en vez de irnos dando materia para vivirla, puede ínosla quitando. Así sentí yo, algunas veces, yendo por las carreteras. Algunos momentos de placer sentí cuando tomaba la realidad desde tal ángulo que se me profundizaba hacia atrás, hacia el pasado. Tal acontecía, por ejemplo cuando habiendo hecho alguna vez mi camino en ese sentido, volvía otra vez a recorrerlo, pero en sentido contrario, de manera que nada de lo que yo veía era lo que había visto y era sin embargo lo mismo, de manera que al mirar todo quedaba iluminado con luz de memoria, y cada nueva visión del paisaje que el camino me proporcionaba esfumaba inmediatamente sus contornos por la violencia que sobre ella ejercía otra visión algo desplazada o diferente. Ello me hacía entrar en una particular excitación. Pero cosa muy diferente ocurría si tenía yo que recorrer muchas veces un mismo camino, y cada vez que lo recorría. Porque al repetir, así, idénticas figuras que se sobreponían me acercaban infinitamente al pasado hasta el punto de que, al fin, el pasado se actualizaba totalmente, quedaba permanentemente oculto por la violencia con que el presente se imponía; era, el presente, cada vez más verdadero, y me impedía así, por ello, sentir ya la caudalosa onda que yo sabía que fluctuaba detrás. Cierto que eso era solo durante el viaje, y no después, cuando el presente no podía ya superponerse a la ruta, porque era un presente de ciudad, de modo que el paisaje, allá en la memoria, lucía a pleno sol.

Y eso mismo me pasó también con los otros sentidos o con la forma artística de otros sentidos: el perfume para el olfato, la música para el oído.

No creo que el perfume haya podido alimentar mi amor ni me lo haya motivado, habrá podido ser, sí, una sorpresa que la rodeaba de encanto cuando yo me acercaba. Pero después sí, fue alimento del amor. Porque no ocurría con el perfume como con el paisaje, ya que la realidad de aquel es de un orden como evanescente que se acondiciona con la inmaterialidad propia de la memoria misma, parece en efecto ser él mismo, de materialidad espiritual, como si se moldeara sobre los recuerdos y de recuerdos fuera hecho. Pero eso es solo apariencia: lo que ocurre es precisamente lo contrario: que el perfume resulta ser, por su esencia fugitiva, huidiza, y por el temblor de su presencia, como la única forma de la materia que sirve de sostén dócil a la memoria. De tal manera el perfume me permitía hacer actual,

no el pasado, pero sí su memoria, porque al envolverla con su hálito tembloroso, ocultaba la violencia de su presente, superponiéndole el pasado, el pasado de ella misma, que él traía consigo sin modificar la calidad de la nostalgia, porque aunque me la traía al presente mediante una manera de materia, era ésta de calidad en sí misma llena de nostalgia: era perfume.

Así, perfumada, la amaba más. Porque tenía en ella algo que no había llegado a tener en tal estado ni aún cuando comenzara a amarla. Más que a ella misma recuperaba en ella, y en el perfume evocador, la emoción única del amor naciente que se me presentaba así, ahora, aún más hondo por recordado. Amarla entonces, sentirla venir a mí rodeada del débil perfume que de ella emanaba, era comenzar a hundirse en lo más hondo y puro del pasado que le habíamos ido construyendo a nuestro amor.

Esta tarde expliqué a Maggi mi preocupación por “Presente Perdido” y conversamos sobre la posibilidad de su novelización. Se trataría de dilatar aún más el trabajo que ya me decidía yo a hacer; vale decir: redactar un nuevo prefacio que sea en realidad una novela. Superponer Ismael Artigas –el autor de las notas que se publican– a la vida literaria de Castillo y darle sentido por la acumulación de la experiencia del recuerdo en el sentido de su anulación. Naturalmente que se cruzan así en la novela varias ambiciones, entre otras la de mostrar la época (ambición en la zona balzaciana), y el mundo literario en que vivimos.

Como ángulo acaso muy interesante el de mantener al presunto redactor de ese prólogo como más torpe que el lector. Interpretar mal, o ingenuamente los hechos que se comentan. (p. 57 – 66)

Lunes 14 (marzo)

Los días pasados en Playa Verde me produjeron una admirable sensación de bienestar “a posteriori”. Me siento ahora lleno de posibilidades que probablemente me permitan un trabajo más intenso. Tengo esperanzas puestas en el *Bécquer* y se me abre la posibilidad de esta novela de que hablé ayer con Maggi.

[...] (p. 67)

Martes 15

[...]

Quisiera este año escribir –no sé si en forma de conferencia o de ensayo– un trabajo sobre Antonio Machado con un título que podría ser el de la conferencia de Mercedes: “El paisaje, el alma y el recuerdo en la poesía de Antonio Machado”, mostrando un hondo sentido revelador de la propia alma que en Machado tiene tanto el recuerdo como el paisaje mismo –paisaje recordado. Consistiría en el desarrollo de esa experiencia sobre la lectura de determinados fragmentos. (p. 67 – 68)

Domingo 20

Ayer de tarde tuve una conversación con Bordoli que fue de las más impresionantes. No se trata, tan sólo de lo que dijo, sino también de cómo lo decía. Estábamos con Gervasio.

Se siente ahogado en la ciudad y ahogado en el profesorado.

–¡Cómo me van a estar diciendo señor; si yo lo que necesito decir y que me digan es hermano...! No ves que eso está mal. Cada vez yo siento –mirá Gervasio y vos Pedrito– que lo que me importa es aquello, che, el pueblo. Siento como una fuerza, sabés, que me chupa, cada vez más para allá. Te digo: yo acá estoy desacomodado. Porque aquí, está bien, yo hablo con Uds. que es lo que más me gusta, ves, hablar así, como ahora. (¡Che, mozo!, otra cañita doble, ¿he?) Pero después... Mirá: la barra literaria, así como yo la conozco che, no es nada. ¡Ah! Te quería preguntar a vos, Gervasio, a ver qué opinás. Decime: ¿a vos te parece que un escritor necesita hacer vida literaria? Ahá! Claro. Es lo que me parecía. Yo también creo eso, ves. Porque aquí se discute, se conversa. Pero cuando vos vas a una barra te encontrás con que cada uno en cuanto se pone a hablar se saca primero al hombre de adentro, y lo pone de costao, y después habla, sabe mucho, y yo qué sé, pero a vos no te importa nada...

En cambio allá en (el) pueblo, si escuchás a uno, claro, le tenés que oír un montón de macanas... pero yo qué sé, el tipo te las dice entero, sabés, con el hígado y todo en la mano. Y eso es vivir, che. Acá, te digo: si yo necesito un favor no se lo voy a pedir a nadie de una barra, se lo voy a pedir a un tipo que vive allá en la Teja y que no veo hace cinco años, pero que se da cuenta, ¿sabés? Y además, acá andamos todos mal. Porque lo que escribimos, lo que hacemos ¿me querés decir a quién le importa? A cuatro o cinco y pará de contar. Vés, yo creo que si algo podría hacer son letras de tango, che. Y además ¿vos te crees que es al pedo que aquí los ídolos son todos populares? Florencio, Carlitos,... la cosa está por ahí. Es que es lo auténtico, como dice éste. Yo, te digo: me encuentro más con la guitarra – y mirá que no sé nada che ¡he? No te vayas a creer... ¡si me encuentro más con la guitarra que en la clase, che! ¡Qué le vas a hacer! En letras de tango, yo haría –me parece, claro, uno nunca sabe– pero me parece que haría cosas que le pueden importar un poco a todos... A vos, a vos, y a la gente del bajo, por cantarlas en las mamúas, ¿sabés?

El diálogo, o el monólogo, siguió dos horas. Nos dijo la letra de un tango, y otra de una milonga, excelentes. (p. 69 – 72)

Miércoles 23 (marzo)

Después de varios días de no vernos nos reunimos ayer con los muchachos –Ángel, Maggi y Pocha– y Ángel nos relató todo su espantoso altercado con Claps a propósito de su Idea. Claps es mucho más tonto de lo que creíamos e Idea mucho más virulenta aún. A consecuencia de esas disputas ella se entrega ya, y se entrega-

rá, sin duda, a la meticulosa difamación. Eso nos permite comprender el tono de la nueva revista: “Número”, que comenzarán a editar Claps, ella y Monegal.

En todo eso hay sin embargo algo que me resulta impresionante: y es el feroz empeño de ella por mantener a Claps consigo, y de transformarse en su trato con él hasta el punto de convencerlo de su condición poco menos que angelical. Por tonto que él sea, –y creo que lo sea mucho– es evidente que ella lo juega todo por seguir engañándolo en cuanto a ella misma. Ella, que se puede desnudar voluntariamente, frente a tantos, que puede contar su vida, sin que se lo pidan, a muchos, necesita que haya uno que esté al margen, que no sepa eso, que la crea pura, etc. –y arrastra las situaciones más horrendas –que ella misma creó– y llega a la furia de la mujerzuela robada, para defenderse de ella misma, del mundo entero al que fue enterando de quién era, siempre que consiga así que no lo crea Claps.

Hablamos, con los muchachos de la futura revista (nuestra) “Fábula”²⁶.

Ellos me conminaron a que me presente al concurso de Estética de la Facultad al que yo había renunciado. Me convencieron además. De manera que voy a ir hoy de mañana a ver si todavía me puedo inscribir. En tal caso tengo que despedirme de mi *Bécquer* por otro año más. Lástima sería, sin embargo, ahora que Ángel, en la Biblioteca, podría terminar el suyo. (p. 72 – 74)

Martes 4 de abril

Durante los últimos días, trabajo intenso sobre Bécquer en la biblioteca, con Ángel. Él encontró al fin la oda a Quintana (1855) y tres rimas que no parecen conocidas por los últimos comentaristas, y que se reproducen en la edición prologada por E. Carrere²⁷, en 1926, Barcelona.

El estudio de Bécquer parece obligarnos a una nueva ordenación del siglo XIX español. Parece ser ésta la única manera de comprender la ubicación del poeta en tal siglo.

Al margen: Rodríguez Monegal rompió con Ángel Rama. El foco virulento de I. V. actúa sobre sus nuevos amigos. (p. 75 – 76)

Jueves 7 de abril

Real de Azúa me explicó el motivo por el que Rodríguez Monegal dejó de saludar a Ángel. Acusa a Rama de haber insinuado en algún lado (acaso “La Cruz del Sur”) que Idea se acuesta con cualquiera. Me añadió, irónico, que los amigos de ERM sostienen que cuando se trata de Idea él pierde su fría lucidez. (p. 76)

26 La revista “Fábula” también era pensada en función de una lucha por el poder entre los integrantes de “la generación crítica.” En los hechos solo existirá como editorial a partir de 1950. La eficaz labor en ella de Ángel Rama y Carlos Maggi hará posible la publicación de seis títulos, entre ellos *La mano de nieve* de María Inés Silva Vila, las crónicas *Polvo enamorado* de Maggi, la novela *¡Oh sombra puritana!*, de Ángel Rama y un conjunto de cuentos de Pedro Figari.

27 *Rimas de Gustavo Adolfo Bécquer* (1926), por Emilio Carrere.

Viernes 15 de abril

Muchas cosas estos días, y, sobre todo, el nacimiento de José Martín, el hijo de Mario, con todo su prodigio. Es la primera vez que un nacimiento tiene tanto sentido para mí. El nacimiento de ningún pariente me es tan cercano como el de José Martín. Es el hijo de un amigo que vale para mí más que un hermano. Y ello me hace sentir eso de manera tanto más trascendente. Así sentiré tal vez al hijo de Ángel, al de Maggi. (p. 76 – 78)

18 de abril

Terminó la semana de turismo sin que acabáramos, nosotros, la impresión de los libros. Faltan aún siete u ocho impresiones para que los textos queden terminados. Intentaremos hacerlos entre esta tarde y mañana, que será, sin duda, feriado.

[...]

El habitante va con una dedicatoria para mi tío abuelo: el primer narrador –y analfabeto– de mi familia: A Doménico D’Onofrio fu Emmanuele.(p. 78)

19 de abril

Ayer de tarde, después de imprimir hasta las 6 o 7, fuimos a visitar a José Martín donde estuvimos con Ángel e Ida. Después, conversación, hasta medianoche, con Ángel.

Durante la conversación volví a contar –él no lo conocía– el tema del profesor N.M. sobre el que yo había pensado una novela con un fin diabólico –que todavía ignoro, en la realidad y en la novela. Lo que Ángel vio de más interesante en ella fue la manera como lo fabuloso –demoníaco– surge limpiamente entre circunstancias de la realidad. (p. 78 – 79)

22 de abril

Ayer conversé con Larriera sobre la posibilidad de publicar algo suyo en los futuros cuadernos de La Galatea. Por él supe que Maneco le había pedido para “Escritura”.

Lo de Maneco es ya imperdonable. Integra, pues, “Escritura”. Teme, con razón, que le neguemos material si nos lo pide, e integra la revista, es evidente, para estar en ella, para sentirse en su intimidad, aunque sabe que no es posible allí, la publicación de cosas de sus amigos, y que su grupo no estará allí representado porque él no les pidió material. Es curioso. Yo no me siento molesto por la posibilidad de publicar en “Escritura” si alguien que no sea Maneco me pide material. Pero a Maneco me sería imposible dárselo.

[...] (p. 79 – 80)

Viernes 29

[...]

Releí piezas de Bellan para hacer un comentario que leí ayer por la radio, sobre *El centinela muerto*²⁸. No estoy muy conforme con él, con su escritura, por el estilo oral. Por otra parte es en realidad insignificante y me costó, sin embargo, si no mucho trabajo, mucha molestia. (p. 82)

Mayo 2 – lunes

Conversación, anteayer, con Maneco, a propósito de su situación en “Escritura”, que es absolutamente disparatada. Absurda, e irresponsable, además, su actitud en el asunto Maggi. Le dije, en la conversación, todo lo que tenía ganas de decirle a propósito de nuestra actitud y de mi juicio frente a él. No observó absolutamente nada, y no se defendió, además.

De la conversación se desprendía, además, que él sabía que al pasar a integrar la dirección de esa revista no contaría con nosotros como colaboradores. Entonces, ¿a qué fue? ¿Qué cree que hay que hacer en “Escritura”, que valga la pena de alejarse de nosotros y, por lo tanto, de no participar en la revista “Fábula”?

Lo que le pedía el cuerpo –son sus palabras– era ir, y fue. Sin importarle sus razones. (p. 83)

Mayo 9 – lunes

El domingo, dos impresiones más; una de *El Habitante*, otra del libro de Ida. Lo que ahora falta es poco menos que nada.

Escuchamos, además, la lectura del primer capítulo de “Miércoles de ceniza”, de Ángel²⁹. Tuve una impresión muy honda. Entre lo escrito por nosotros, por el grupo, y por lo que yo conozco de la gente de nuestra formación, es lo que más me importa. Descontado que hay cosas mejor trabajadas, incluso en Maggi, que se precia de no saber qué es lo que está bien escrito, o de no saber escribir. Pero dejando eso –que no le importó nunca a un Balzac, por otra parte, o a un Galdós –yo no conozco nada donde esté impreso con tanta eficacia el trazo de una *voluntad novelística*, con tanto vigor y seguridad.

Acepta convenciones, las emplea, sabe que lo son, hace que el lector lo sepa, pero, siempre, dentro de un ritmo de poderosa vida y atrevimiento. Es el más *atrevido* de nuestra generación; es además, el que más se juega él mismo al escribir. Pone en la novela el gesto de su escritura que se convierte en otro personaje de la misma. No le huye ni a lo cursi –que es la más vergonzosa y [¿?] caída de nuestro tiempo – no le huye a lo patético. Los enfrenta y valientemente. Sabiendo que allí está la vida que es, en última instancia lo que siempre ha de importar.

28 No hay información de esa conferencia en ninguna de las relaciones de méritos efectuadas por Díaz, señalándose siempre como primer trabajo sobre Bellan el prólogo a *Doñarramona* de 1955.

29 Novela inédita de Ángel Rama.

Si siento alegría al verle trabajar así es porque advierto en él una seguridad inalienable de creador novelístico, que puede trabajar, si quiere, de cualquier manera, porque los personajes están vivos en él y, los vista como los vista, se les ha de ver la cara de cualquier manera.

Conversación telefónica, ayer, con Don Pepe, sobre la conveniencia de publicar lo que leí por el Sodre, sobre J.P. Bellan, como tono afirmativo de grupo, cosa que Bergamín cree, más que bueno, necesario. (p. 84 – 86)

Domingo 22 (mayo)

J. Ma. del Rey me proporciona el libro de Gamallo Fierros sobre Bécquer que convierte en tontos casi todos nuestros esfuerzos³⁰. Ello debe decidimos a publicar un *texto* sobre Bécquer para la enseñanza, y nos enseñará a trabajar sobre lo que tenemos cerca. (p. 88)

Miércoles 25

Tratar de recordar la clase de ayer para el estudio de la poética de Bécquer.

Luego de la *Carta lit. a una mujer* (2) y de la lectura de la rima III, comenté la frase comparable a Poe: “poesía es una aspiración hacia la belleza imposible”, y de ello la distinción entre las dos poesías (“Prólogo a Ferrán”), donde una de ellas se vincula a lo popular. Él había dicho en la *Introducción Sinfónica* que no había terminado de vestir su poesía y la daba en harapos: “no cincela el vaso que la sostiene”. Pero por lo popular lo hace transparentísimo. Es la otra universalidad. De ahí la popularidad: integración en el folklore uruguayo. (p. 89)

Jueves 26

Para completar la escena del carnaval con frase “de muerte”: tratar de ver una escena en la esquina de un bar, con tablado acaso, con canto, tango y milongas, y acaso con personajes como Bordoli y Falco y el viejo Falco, tocando con empeño y desastrosamente. Los tres, Falco (el padre), un vecino gordo y Bordoli, tocando, y los demás en diálogo, baile, y un cantor. Sin embargo es necesario tener cuidado de que esa escena no me desarme la novela. Esa escena, acaso, corresponde a otro relato. (p. 89 – 90)

Lunes 30 (mayo)

Ayer lectura a Bergamín, Paco, Maggi y Pocha, de parte del cap. III y de lo que tengo del V³¹. La reacción de Paco es demasiado de escritor: peligrosamente de escritor, porque omite una referencia a la manera de los imponderables que

³⁰ *Bécquer. Páginas olvidadas* (1948), de D. Gamallo Fierros. José Pedro Díaz y Gamallo Fierros se conocerán luego en España.

³¹ Se refiere a “Las solteronas de Míguez”, también llamada “novela de Míguez”, cuyos originales desaparecieron.

constituyen una página y alude a los ponderables –aunque difícilmente– que más fácilmente se pueden enunciar y trabajar.

Lamentablemente Bergamín habló muy poco, por la elocuencia de Paco, salvo pocos intervalos, pero el cotejo era interesantísimo: son, casi, polos opuestos. Se presiente, en Paco, al hombre que llegó tarde a la cultura y que tiene una forma de fineza que se apoya sobre una total inseguridad. La diferencia entre lo americano y lo europeo es patente entre ellos dos. Viviendo con Bergamín es difícil representarse a un Montalvo, a un Sarmiento. Paco los pone en evidencia. Pero Paco mismo explica sin explicar: explica con el sentimiento y aun así, no sé qué queda faltando en él.

(Por la tarde) – Siguiendo con lo que hoy anotaba: Yo no atino a explicarme qué me aleja de Paco y qué me acerca a Bergamín. Puede ser que simplemente sea la diferencia de trato, pero creo que esa diferencia de trato es más bien consecuencia que no causa. Será acaso que Paco se afirma más ostensiblemente en una voluntad creadora que le vibra dentro con algo de acerado y le da algo de su dureza, mientras en Bergamín todo se desarrolla con más espontaneidad. Por lo demás, la inteligencia de Bergamín –que es mayor– lleva, o me trae, más espíritu que la de Paco, aunque éste apoye su propia inteligencia en el sentimiento.

Si nosotros somos alguna vez tema de estudio, uno de los misterios de nuestra generación será la misteriosa y decisiva influencia de Bergamín. Nuestra obra no se parece a la suya, tampoco nuestras ideas, tampoco nuestros métodos; y, sin embargo, nos descubrió un mundo. Nunca magisterio tan espontáneo, nunca enseñanza que se haya orientado más hacia nuestro propio hallazgo o determinación.

En cambio ¡qué poco se recibe de Paco, aún con su temperamento genialmente creador, y en todo momento presente! (p. 91 – 93)

29 junio – miércoles

Anteayer oímos los capítulos III y IV de la novela de Ángel. La declaración de Kunt y doña Elvira me parece de lo mejor. A Minye no le impresionó bastante. Encuentra convencionalismos y simplificaciones. Yo no los discuto, pero creo ver una verdad novelística sustancial que todo lo domina. Además, me parece notable el progreso de estilo entre el primer capítulo y éste. Hay un plegarse más delicado de la forma sobre la materia que viene a ser, en definitiva, una depuración de la materia misma. Sigo viendo en lo suyo el intento más serio. La incorporación de materiales vivos y complejos (humanamente), dramáticos y verdaderos, con el suficiente transporte estético y un juego de convenciones legítimas. La lectura me provocó intenso deseo de continuar con mi “Míguez”. (p. 94 – 95)

3 de julio – Domingo

Ayer por la noche, luego de la conferencia que dije en Preparatorios con mucho desorden, y sin brillo, fuimos al estreno de Ernesto Pinto: *El bosque liberado*, uno de los mayores absurdos de la escena nacional.

“El País” – Taco Rodríguez Larreta– fue censurada *El canillita* de Sánchez y *El centinela muerto* de Bellan– se permite elogiar esa estupidez³². (p. 95 – 96)

15 de julio – Viernes

Desde el domingo a las 7 de la mañana, cuando mi padre me llamó para que tío me viera (lo creían moribundo), pasamos casi constantemente junto a él, con Minye.

Fueron intensísimos días junto a su cama, para sacarlo del coma primero –estuvo en coma todo el domingo y empezó a salir de él recién en la madrugada del lunes– y luego para mantener su milagrosa vida.

La penicilina y el oxígeno fueron los que lo salvaron.

Durante los momentos de lucidez que fue teniendo ya desde el lunes a la madrugada, dijo cosas inefables:

“*Tutti come figli. Tutti*. Yo quería tener hijos, *ma non pude...* Y ahora, todos, tú, Minye, *Campeoni, tutti come figli*”.

Y otra vez.

–¿Qué siente tío?

–Me viene la alegría. La alegría *ma* seria. *É un' allegria seria veniamo a dire*.

¿Cómo *vá questo*? E reía.

Cuando ya le dolían las inyecciones se quejaba de mí:

–Tú, mi *maggior amico*, el que más me sacrifica.

O si no:

–¿*Perché* tanto sacrificio? –Por que no me dejan morir *in pace*. Yo ya era un angelito. Toda mi vida fue sacrificio ¿*sai*? –le dijo a Minye– *tutta, ma tutta* (y lloraba). *E sempre con vergogna, ¿he? Sempre con vergogna...* Yo no tuve nunca un día de gozo.

En un momento me explicó algo de la enfermedad de Pedro, mi abuelo, muerto hace veintidós años, y luego me preguntaba:

–¿*E* como va que yo sea ahora? Yo no soy el mismo. Aquel ya no está. ¿Cómo estoy yo ahora, aquí? ¿Soy otro? ¿Cómo es esto? Porque no es el mismo.

Esto venía después de un relato consciente e hilado de aquella enfermedad de Pedro, y de pronto se sumía en la perplejidad de esa sensación de *otra* personalidad.

³² El 1 y el 2 de julio aparecen notas en “El País” creando expectativa con la obra de Pinto. Finalmente, el 3, día del estreno, en un artículo más extenso se elogia la obra como “un juego de fantasía y de gusto”.

Tan hundida sentía su vida en aquel pasado que su vida de ahora interrumpía su noción de ser quien era. Su personalidad más profunda solo se encontraba en medio de los recuerdos. La de ahora le parecía ficticia e irreal³³. (p. 96 – 98)

22 de julio – Viernes

Cuando ya lo veíamos en franca mejoría, tío Domingo se agravó, repentinamente, ayer –acaso un colapso nervioso– y murió hoy, según me acaba de telefonar papá, a las 6 y media. Ayer de noche estuvimos con él –otra vez sin conocimiento–, pero anteayer conversamos y lo encontré muy lúcido, como antes de la enfermedad, o acaso mejor. Le expliqué cómo había estado, comprendió, conversó, se sentía feliz.

Le curamos la enfermedad pero él –ya curado– no quiso seguir viviendo.

Quisiera tener fe para poder creer lo que él decía. (p. 99)

24 de julio

La enfermedad y la muerte de tío Domingo fue una de las experiencias más hondas de mi vida. ¡Con qué claridad se me hicieron presentes sus cualidades de sinceridad y bondad, de integridad! Nunca como en estos días la presencia tan desnuda de un alma y la cercanía tan profunda de su alma y la mía. Tanto, que se me hizo incomprendible la realidad de la muerte. ¿De qué manera siento su alma inmortal? ¿Somos nosotros los que debemos inmortalizarlos con un recuerdo permanente?

Además, ayer, mientras llevábamos su cuerpo por la avenida central del cementerio del Buceo, se me hizo muy presente la muerte de los otros familiares cuyos cuerpos acompañé por el mismo camino. Tan evidente se me hizo entonces, como nunca, el inevitable destino de la muerte, aguardándonos a todos, que volví a sentir lo que tanto me había impresionado en Tolstoi y que sentía diariamente durante la semana que pasé junto a tío enfermo: que el único fin de nuestra vida está fuera de nosotros en el bien y en el cariño. Eso me produjo una sensación de extraño equilibrio y de desapego a muchos de mis deseos y ambiciones. Me sentí más fuerte y como liberado, y además, como debiéndole, a tío Domingo, mucho más de lo que él hubiera podido nunca imaginar. Una deuda a pagar en otros, en todos, en el mundo (¡Qué bien hice en dedicarme a la enseñanza!). Vivir para la muerte. (p. 100 – 101)

29 de julio. Viernes

Reinicié, esta semana, la rutina de mis horarios pero tengo permanentemente una sensación de mayor libertad. No sé exactamente qué me pasó, y me es difícil explicármelo a mí mismo, pero me siento libre de algo mejor y más seguro.

33 Esta historia será incluida en la novela *Los fuegos de San Telmo*.

Acaso tenga que ver esto con el viaje a Europa que proyecto haciéndome la ilusión de que me otorgarán la beca que voy a solicitar a Secundaria.

Pero en el fondo de todo me parece que está tío Domingo.

La semana que pasamos junto a él fue algo tan intenso, tan serio, tan hondo, tan mío y tan terriblemente ajeno a la vez, que tengo la impresión de que se alteró mi cuadro de valores para moverme en la vida. Creo verlo todo de otra manera.

Hasta creo que cambió mucho un sentimiento muy constante en mí. El del temor de la muerte. Siempre he sentido con una infinita angustia la posibilidad de la muerte antes de haber hecho algo que me importara realmente. Ahora creo que eso cambió. A la vez siento que debo escribir en una actitud determinada, (muy seria) y que no es indispensable hacerlo: lo importante es mantener una determinada actitud que acaso quede expresada con la palabra autenticidad que otorga, a lo que se escriba un mayor valor a la vez que una relación menos definitiva conmigo. La literatura queda más ligada a mí y más desprendida al mismo tiempo.

Tan ligada, como estaban ligados a tío aquellos cuentos suyos, y tan poco importantes a la vez, como aquellos mismos cuentos lo eran en relación con su maravillosa persona. (p. 101 – 103)

30 de julio – Sábado

Conversaciones con Bergamín y con Gervasio Guillot sobre nuestro posible viaje a Europa. Tanto mejor comprendo su importancia tanto más se me alejan, psicológicamente, las posibilidades de ir. Es demasiado grande. Pero imagino desesperadamente. (p. 103)

1º de agosto – Lunes

Desorden. Me preocupo de preparar la nota en que solicito al Consejo la adjudicación de una beca para París. Los proyectos, los sueños, y el deseo de presentar esa solicitud en la forma psicológicamente más eficaz, al Consejo, me absorben todo mi tiempo. Ayer quedó terminada la carátula del libro de Ida y preparada la impresión de la última tinta de mi carátula.

Toda esta agitación me tiene, sin embargo, pleno, maduro, latente. (p. 103 – 104)

4 de agosto

[...]

Durante el resto del día y parte de la noche, lo paso pensando en el posible viaje a París. (p. 104)

11 de agosto – jueves

Ya empezó a declinar la excitación que la posibilidad de la beca me producía.

Me siento simplemente bien, pero con una experiencia importante.

Tengo muchas ganas de escribir. No puedo ponerme a la novela, y no sé además cómo conseguir lo que quiero en los dos capítulos que siguen.

Viaje de Mario a Montevideo. Conversación con él –el día mismo de la muerte de Don Joaquín Torres García– caminando, como antes, al azar. Lo sentí muy bien. Con la actitud más sana y sincera. Solo me desespera que escriba poco. (p. 104 – 105)

Sábado 14 de agosto

Ayer lectura de Gide: la traducción de *Les faux-monnayeurs* que acaba de hacer Poseidón³⁴. Aunque la recuerdo con detalles de la lectura que hice en la ed. de las obras completas, la leo con un interés que a menudo es tan apasionante que deseo no progresar y recomenzar.

Siento que Gide no tiene talento novelístico. Acaso no sea una buena novela. Pero página a página es de las mejores que leí. Hay una intensidad de visión creadora, y un estilo tan tenso –prosa y pensamiento– que su calidad presente absorbe más interés que el desarrollo puramente novelesco.

Ninguna novela que enseñe más, por otra parte.

Es una novela que se frustra pero que fue escrita por una de las más intensas inteligencias de nuestro siglo. (La palabra *inteligencia* puede acaso menoscabar lo que pienso.)

Leo lo que acabo de escribir ¿Por qué digo que se frustra? Porque su estructura, como fábula, no tiene desenlace. ¿Y qué? Es evidente que ello no importa. Gide apoyó su novela en otra cosa que en la fábula. Y los cimientos que quiso tener son hondos y sólidos. ¿Tenemos derecho, todavía, a juzgar desde ángulos retóricos a la novela? Para quienes piensan en una novela intelectualizada, se hace necesario la comparación con *Contrapunto*. A Huxley acaso le cabe esa acusación de intelectual con un leve acento peyorativo. En Gide todo cambia (para disgusto de Benda). Y tampoco se trata de pura inteligencia. (p. 105 – 106)

Domingo

Continúa la lectura de *Les faux-monnayeurs*. De las lecturas más importantes.

No se trata de admiración por el novelista, ya. Gide consigue una tan plena presencia de sí mismo en la novela, que acaso no sea la que me seduce. Y no que su presencia sea anti –novelística, sino que la novela se convierte en un mundo con un dios presentido y presente por ráfagas. Su mismo esfuerzo –tensión de ahondamiento, mantiene *sus* tensiones presentes que permiten sentir el dios de ese mundo. Son personajes que no se conforman con vivir, y que no se conforman con hacer problema de su vida, sino que ambos planos son ahondados hasta la íntima trama

³⁴ Editorial Poseidón de Buenos Aires publicó ese año *Les faux-monnayeurs*, de A. Gide.

de la misma *vida*. Ninguna novela que me obligue a pensar tanto en la novela misma. En mis pobrísimas aptitudes novelísticas. El entusiasmo que me provoca se apoya en mi pequeñez, en parte. (p. 107)

Miércoles 17 (agosto)

[...]

Luego de ver *Bajo el sol de Roma*, que nos recomendaron con mucho entusiasmo Ángel e Ida, tenemos la impresión de “exceso de veracidad”³⁵. Yo volví pensando en la necesidad de la deformación en arte. De ello la importancia que pueden argüir los *procedimientos* que cada uno pueda hallar para representar su material. Estos elementos distorsionantes son tan importantes por la fidelidad que permiten como por la mentira relativa a que obligan. En cine, por ejemplo, extraordinaria importancia del montaje. En novela hay sus equivalentes: tono (estilo), composición, cortes, etc.

La intención de Maggi en su novela (“El caño”) me parece peligrosamente cercana a lo que aquí se logra en film.

Acaso este estilo valga para situaciones o temas de por sí distorsionados (¿*Los hermanos Karamazov*? –No sé. Tengo lejana su lectura.) (p. 109)

20 de agosto – Sábado

Ayer llegó a Montevideo Albert Camus³⁶. Se va ya mañana. Es muy poco tiempo, y no da apenas posibilidad de tratarlo lo suficiente. Sin embargo, a Camus parece importarle romper pronto las barreras.

Ayer se suspendió la conferencia, pero, ante el salón lleno del Liceo Francés, contestó a las preguntas que le hicieron desde la sala.

Su lema parece ser “hablar francamente”. Siente que habla por su generación (tiene 36 años), y la impresión que a todos hace es que mantiene una actitud “reconfortante”. En realidad es afirmativa (habla de la pasión útil, que opone a la “pasión inútil” de Sartre), y tiene desconfianza por las ideas abstractas. Esquematisando: siente el predominio de la vida, de la necesidad de creer en ella, en su instancia decisiva. (El pueblo más civilizado, en sentido profundo, es el español –dijo– entíendase que civilización no es “confort” ni “récord”).

Su conferencia de esta manera fue una requisitoria contra su propio país en cuanto que hizo posible los “campos de concentración” y fue una acusación lateral contra el progreso y contra el intelectualismo emanado de la generación anterior.

35 “Bajo el sol de Roma” (*Sotto il sole di Roma*) (1948), film italiano de Renato Castellani, primera parte de una trilogía enmarcada en la corriente del neorealismo italiano. Fue estrenada en Montevideo el 9 de agosto.

36 La llegada de Albert Camus es precedida por la publicación en Buenos Aires de *El extranjero* (Emecé) y *Teatro* (Losada). Mario Benedetti reseña *El extranjero* en “Marcha”, (Nº 490, 12 de agosto). Camus realizó una conferencia en la Universidad y otra en la Alianza Francesa.

Con nada podría estar más de acuerdo, en estos últimos tiempos, que con tales opiniones y sobre todo con tal actitud, sana, vivaz, fecunda, abierta.

Camus nos permite volver a confiar. (Recuerdo la deplorable presencia de Duhamel.)

Exalta la importancia de Sartre (“*vraiment un homme supérieur*”) cuya filosofía no comparte y cuyas novelas no le gustan. Esto parece ser característico de su actitud franca. Ve en Sartre a un hombre, por momentos genial, como lo fueron los enciclopedistas, en quien no se encuentra *la* obra que lo represente cabalmente, pero sí el hombre siempre. Sería necesario que viniera –expresa– para que desaparecieran ciertos malentendidos.

Su ideal novelístico –nos dijo en el Golf Club– es *La guerra y la paz*.

Estábamos con él, además de Bergamín y los muchachos –Ángel e Ida, Maggi y Pocha, Müller, Ramela, Susana Soca³⁷, Emma Risso Platero y Perla Hernández.

Emma Risso Platero, amiga de Borges, mantuvo, sobre todo al comienzo de la reunión, el más insoportable conjunto de gestos porteños de desprecio y superioridad. (Negándose, con solo una mirada, a contestar, a mover su silla, etc., etc.). Perla Hernández fue similar, o quiso serlo pero no le salió tan bien porque es mucho más criolla. Naturalmente que, así enmarcada, y a pesar de su conversación que se desarrolla como un rápido pero regular aparato de relojería, Susana Soca era la más simpática e inteligente.

Quedamos invitados por ella –a través de Bergamín– para una copa esta noche, luego de la cena, en su casa.

Escribo esto a la hora de mis clases. Extremadamente fatigado –mareos, fenómenos visuales, dolor de cabeza, etc.– me había decidido ya a faltar esta tarde.

Nos quedamos en casa. (Minye –que deseaba de todas maneras ir a ver a su madre y que no comprende que yo no descanso si vamos para allá– no me habla.)

Volvemos –temprano– de la recepción en lo de Susana Soca.

Fuimos con Ángel, con quien nos encontramos en la Conaprole, donde cenamos. Y luego que conversamos, al llegar, con Bergamín, quien pudo pasar unas horas solo con Camus en su hotel, comenzaron a formarse los grupos más heterogéneos y a darse las situaciones más absurdas. Camus fue pronto rodeado por un grupo de mujeres, entre las que Emma Risso Platero hacía figura principal, ya que lo asediaba, y seguía, y el resto quedó desparramado por dos grandes salas cargadas de muebles exquisitos, de patas doradas y tapices verdes, estatuillas de marfil y cuadros de grueso marco. Entre los convidados se paseaba un perro simpático e increíble, de lana marrón cortada cómicamente en su cuerpo y sin recortar en las patas y la cabeza, que buscaba amigos junto a los cuales tenderse.

Conversamos un momento con Oribe que no sintió lo que nosotros en Camus y que, como formado por la anterior generación francesa, no podrá nunca sin duda sentir lo que expresa esta, nueva, y formada por dos guerras. Lo vital, lo humano

37 Susana Soca (1907 – 1959), poeta. Desde 1953 dirigió en Montevideo la revista “Entregas de la Licorne”.

y directo le escapa, y sospecha de esa falta de perfección intelectual en su sentido más frío y refinado.

Pero mientras conversábamos con él Maneco ya había tomado suficientes copas y se hundía, acompañado de Clara Silva, en un ancho sofá verde. Nos pedía, además que retuviéramos a Chacha, porque quería irse con Clara al comedor, que había quedado abandonado. Clara, por su parte, sólo podía [¿?], y bastaba que Maneco faltara un instante para que corriera a sentarse en el brazo del sillón en que estaba Ángel, para abandonarse junto a él, o se acercara a Maggi –que estaba junto a Pocha– para explicarle al oído que esa noche había descubierto el sentido de la carne, del cuerpo, le explicaba todavía más claramente ciertos proyectos...

El arquitecto Carlos Lussich³⁸ me daba su opinión a propósito de Camus y me expresaba su sorpresa por lo mucho que, evidentemente, tenía que haber estudiado.

–Sí –le decía yo– resulta admirable sentirlo tan bien y sanamente instalado sobre la tierra.

–Y no solo eso –me contestaba– porque a mí me parece que para llegar a decir eso (se refería a la confianza en la vida y la fe en el hombre, de Camus) para llegar a decir eso, debe haber meditado mucho sobre todo, tiene que haber estudiado mucho. Sí, sobre todo eso. Eso revela mucho estudio, porque uno se da cuenta de que no está dicho en el aire. Por lo menos –y aparentaba una fugaz humildad– por lo menos es lo que me parece.

En el sillón en que antes estaba Maggi aparecía ahora Ángel rodeando con su brazo a Julita Usher. Clara, que había perdido a Maneco, hablaba con Minye y con Pocha. Cuando yo me acerqué, me tomó de la solapa y comenzó a recitarme un poema que decía algo de su cuerpo abandonado entre catedrales y sumergido no sé donde, y de su carne, y su cuerpo, y otra vez su carne, y me acercaba la cara de manera que su aliento soplabla sobre mi boca.

–Pero dime ¿Y tú siempre con esa cara de pensativo? –me preguntaba. ¿Por qué estás pensativo? Y enseguida, señalándome a Bergamín que hablaba con una mujer: ¿Viste la bacante que se consiguió Bergamín? Esa le da lo que le pida. (Y dirigiéndose a Minye:) ¿Y este siempre tan serio? (Y luego a mí, otra vez:) Es una bacante, Y decime ¿vos no querés nada? ¿No necesitás nada?

Yo me alejé no sé con qué excusa. Alguien empezaba a tocar en el piano, un *fortissimo*. Me encontré con Ángel, que estaba solo, y me explicó: la familia de J. que estaba allí, había ido a pararse frente al sofá donde estaban, él se había tenido que separar y la habían retado violentamente.

Las mujeres que rodeaban a Camus eran todas fascistas. Y no solo las mujeres. A Maneco le ocurrió hablar de la dictadura nefasta de Gabriel Terra desde el golpe de estado y explicarle ese sentido a un joven que resultó ser el hijo de Gabriel Terra. Las damas le preguntaron a Camus, mientras el arquitecto Lussich tocaba al piano otro *fortissimo*: ¿Y la religión, M. Camus? La religión, respondió, tiene

³⁸ Carlos Lussich. Según Carlos Maggi, era autor de un solo poema titulado “La garza”.

la fortuna de tener dos hombres: Bergamín y Bernanos. Y poniéndose de pie: –*Je veux respirer un peu*– (y salió de entre el mar de polleras).

Entonces la Sra. de Lussich se plantó luego de una corrida en el centro del salón y comenzó a aullar una milonga con la más falsa postura arrabalera.

Rodríguez Pintos³⁹, que en un rincón hablaba con Minye y conmigo de poesía, comentaba –Y yo la conozco desde niña, la madre era muy buena, tenía buena educación... (p. 110 – 117)

Lunes 22 – Agosto

[...]

Justamente, ayer conversábamos con Bergamín del sentimiento de la muerte y de la responsabilidad. (Le explicaba mi angustia de cuando me pregunto si sé dar la vida por lo que debo darla.) Y él me contó un episodio de su infancia que siempre se mantiene vivo en él.

Iba un día a la escuela, solo, y comenzaba a cruzar la calle. En sentido contrario la cruzaban tres personas: una madre llevando un niño de cada mano. Cuando estaban en medio de la calzada ven venir un coche que se lanza sobre ellos. Bergamín corrió, llevándose por delante la cadena que formaban la madre y sus hijos, rompiéndola. Y llegó a la otra acera. Pero el coche se había detenido a tiempo. Nada había pasado. Pero Bergamín sufrió remordimientos por lo que pudo haber hecho. Y me decía que ese recuerdo, que se mantiene presente y vivo en él, ese trauma moral de la infancia, se le apareció vivamente en muchos momentos, a tiempo de frenarle, de hacerle desconfiar de sí mismo, dándole tiempo y fuerza para actuar de acuerdo con su deber. (p. 118 – 119)

24 agosto

Todavía no me contestaron de Artigas sobre la Conferencia del centenario de Goethe. Pero me inquieta porque todavía no veo bien cómo podré ligar a Goethe con mis intereses actuales. Una conferencia no puede ser una clase expositiva: debe importarme de otra manera.

[...] (p. 120)

27 de agosto – Sábado

[...]

Está ya decidido mi viaje a Artigas por dos días, donde debo pronunciar una conferencia sobre Goethe. Todavía está sin organizar mi trabajo. (p. 121)

Lunes 29

Ya hay dos ejemplares encuadrados de *El habitante* que me trajeron ayer Ángel e Ida. Me dio una gran alegría Ángel al comentarme el relato. Fijó su aten-

³⁹ Carlos Rodríguez Pintos (1895 – 1986), poeta.

ción en los puntos que a mí mismo me importan y algunos efectos que yo buscaba y que no podía ya saber si se cumplían o no, los sentí como yo quería. Así, las caídas de las semillas de eucalipto, la tensión de la tormenta, el paisaje como motivo permanente, la soledad y el desamparo del fantasma mismo.

El dos de setiembre llega Borges de Buenos Aires, y desde ya estamos convidados a tomar una copa en lo de Susana Soca el día de la conferencia (lunes siguiente, creo).

Tengo muchas ganas de verlo y, sobre todo, tengo ganas de hablar de lo que está haciendo y de lo que se propone hacer. (p. 122 – 123)

Martes 30 de agosto

Ayer, durante toda la tarde, preparando la conferencia sobre Goethe. Lecturas de Valéry, correspondencia de Goethe, etc. Hoy veo ya más confuso el panorama que ayer me hacía. Es muy difícil no saber exactamente para qué público se va a hablar. Acaso sea, sobre todo, alumnado del liceo. En ese caso, corro peligro de excederme; pero puede ser un acto en el Liceo, con asistencia libre, y en ese caso no me sabría cómo graduar y cómo orientar la disertación.

Esta tarde, antes de ocuparme de la obtención del pasaje para Artigas –por el que perdí, al final, toda la tarde– fui a visitar a Don Emilio Zum Felde.

[...] (p. 123 – 124)

31 agosto

[...]

Artigas

Escribo en la cama, semidesnudo, a la hora de la siesta. El norte es imposible. No sé si es el clima normal o si es la misma tormenta que dejé en Montevideo, pero tengo el mismo sopor, la misma lasitud que sentía en Salto el año pasado. Imposible incluso dormir. Cansancio, flojedad. No hay sol, pero, en cambio, el cielo blanquecido esparce un resplandor que fatiga los ojos.

No intento siquiera leer para la conferencia ni me atrevo a salir. A los diez minutos tendría un cansancio que me produciría dolor de cabeza.

Me quedaré aquí hasta que venga Alves. Las últimas notas para la conferencia las tomaré en la hora anterior a la misma. (p. 124 – 125)

1º de setiembre, Jueves

[...]

La estada en Artigas se hizo agradable por Alves especialmente. Luego de la conferencia, donde me presentó con tal calor y tan encendidos elogios que no sabía cómo retribuirlos, cenamos con él, la Directora y su esposo, y continuamos charlando, solos hasta medianoche. Tiene un equilibrio de juicio, y una salud, que

le hace estar en la mejor ubicación frente a la literatura a pesar del alejamiento de Montevideo. ¡Su contacto bibliográfico es “Marcha”!, y espera con ansiedad la llegada del periódico el viernes, y luego descubre, al través de una nota elogiosa de Benedetti, por ejemplo, que el autor de que se trata no le importa.

–Mirá, para no renunciar trabajando aquí, che, te tiene que gustar mucho la literatura –me dice.

Su devoción es maravillosa porque, además, no es creador –por lo menos es lo que me dice– y recoge con penetración y encanto permanente.

No sólo recuerda el poema de Minye –del que oyó dos lecturas– sino que me repite versos y versos de memoria, con prodigiosa exactitud. Como hablamos de Ida y yo le preguntara si la conocía, me dice, pero sí, además no me puedo olvidar de la imagen aquella de tu mujer: “tu dulce y tibia geografía blanca...”⁴⁰

En el avión – Acaso, las cuatro y algo más. Estuvimos detenidos en Rivera por mal tiempo en Montevideo. (Plafond 50 metros) Estuvo a punto de suspenderse el viaje hasta mañana.

Por la mañana, luego de dar una clase en el liceo, que funciona en el más cordial de los edificios del país, pasamos a Quaraí. Pasar al otro lado del río es como entrar a una ciudad abandonada o dominada por una epidemia.

Interrumpí porque me quedé mirando un paisaje de bañados primero, y luego los lagos de la represa del río Negro. Pero ahora volamos en medio de una absoluta blancura –con los cintos ceñidos. Nubes arriba, en estratos, y abajo y a los costados compactas nubes blancas. De pronto se presiente, en la blancura, el movimiento de jirones que pasan entre la ventanilla y la punta del ala. A lo lejos, a la izquierda, un desgarrón estirado de cielo celeste.

Aunque esto es increíblemente fantasmal (sacudirse en esta total blancura) parece más normal que viajar viendo la tierra. Tenerla lejos es perder tanto de humano, es verse desde fuera, sin importarnos nosotros mismos.

Llueve y graniza (suena la caja entera del avión) y se forman en torno nuestro formas que son al aire algo tan fantasmal como es al agua aquellas vetas de Gordon Pynn⁴¹.

Ahora, otra vez, solo somos un zumbido persistente en medio de lo gris, del blanco entibiado que nos rodea.

Me siento sereno porque delante de mi ventanilla se prolonga el ala izquierda del avión, pero si adelanto el cuerpo y miro hacia atrás, al ver esa homogénea claridad que nos rodea totalmente, incluso abajo, siento una angustia irracional.

A veces, esa blancura se desintegra en blandas y casi transparentes capas que al adelgazarse más en algunos puntos, deja ver la tierra. Y esta se siente, así, mucho más remota.

Sigue granizando violentamente. Veo saltar el granizo sobre las alas.

40 Versos de *El río*.

41 Protagonista de *The narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*, (1838), novela de E. A. Poe.

Volvemos a estar sacudidos en medio de la alucinante blancura. (Siempre con los cintos puestos.) ¡Cómo te gustaría a ti, Minye, esto! ¡Cómo estarías mirando permanentemente para afuera, como estoy yo mismo que para seguir mirando no escribo nunca una frase de corrido! – Y cuando simplemente levanto los ojos y miro esta cómoda cámara de hermética humanidad, comfortable y aislada, con luces como las de los ómnibus, siento una tonta, casi romántica exaltación por la blancura de afuera. (Que ahora parece ya permanente.) Y que de cuando en cuando es de terrible intensidad. (p. 125 – 129)

Viernes dos de setiembre

Interesante pero breve conversación con Borges esta tarde en lo de Susana Soca, después de la conferencia de “Amigos del Arte” (sobre literatura fantástica)⁴².

Como no podía ser de otro modo, la conversación estuvo en general entorpecida por la presencia de Rodríguez Monegal que es mucho más tonto de lo que yo suponía, y que orientaba las discusiones en el sentido de averiguar si “Emma Zunz”, es o no un cuento fantástico, y que no entiende además, ninguno de los planteos que yo hacía de la obra de Borges. (No me importa que lo comparta, pero es que no entiende de qué se trata).

Cuando le pregunté a Borges por sus ambiciones presentes contestó primero con una “boutade” (¿Sabe ud.?, no estoy suficientemente documentado). Pero luego que le dije de mi admiración por las “Ruinas circulares”, de mi primer desencanto con “Los Inmortales” (sic), y de mi decepción ante “Zunz”, ya me llevó aparte para aclarar mejor y pudimos conversar con mayor intimidad.

Me confesó su admiración presente por George Moore (de la época de Flaubert, me dijo.– No lo conozco). Y su deseo de hacer cuentos casi sin argumento, o que no interesen por su argumento, sino por su condición de relato.

Yo le indiqué el desajuste que creía ver entre su intención realista y su ejecución cargada, amanerada, fría o algebraica que no se condicionaba más que con los temas fantásticos. Y entonces me expresó que acaso eso se debiera a la timidez con que se acercó al tema. Y que su deseo ahora era justamente una prosa donde no se recordara *una frase feliz* sino un acierto literario permanente pero no detonante, de modo que la frase llegue a parecer incluso chata, indiferente.

42 Las fechas coinciden con las mencionadas por Emir Rodríguez Monegal en *Borges. Una biografía literaria*: “Entre las muchas conferencias que Borges dio en Montevideo durante los años del peronismo, una fue especialmente notable. Estaba dedicada a la literatura fantástica y fue pronunciada el 2 de septiembre de 1949.” A continuación el crítico uruguayo detalla el texto de la misma, coincidiendo en todo con la versión taquigráfica que Carlos Alberto Passos publicara en “El País” de Montevideo. Rodríguez Monegal se había referido por vez primera a dicha conferencia en “Número” N° 5, noviembre – diciembre de 1949, con el título “Jorge Luis Borges y la literatura fantástica”. La misma fecha se consigna en *Borges*, de Adolfo Bioy Casares, pág. 41.

Esta respuesta vino, además, después que le dije que luego de sus culminaciones, (entre ellas, especialmente, sus “Ruinas circulares”) veía la necesidad de un cambio en él, porque creía verlo en un callejón sin salida.

Estoy muy cansado y con dolor de cabeza para poder anotar lo que quiero a propósito del mismo Borges, de Casaravilla Lemos, que estaba en la reunión, y de otros. (p. 130 – 132)

Sábado 3 de setiembre

Sin tiempo para anotar, porque debo salir a las clases, recuerdo que Borges me dijo, porque se lo pregunté, que tenía 50 años. (Nació en 1899.)

Creemos que será posible hablar nuevamente con él en casa o en lo de Maneco, hoy o mañana. Tampoco puedo referir la importante conversación de ayer con Maneco a propósito de “Escritura”, de la que se retiró. ¡Nos hace reproches de falta de amistad! (p. 132)

Lunes, 5 de setiembre

El lunes, encantador encuentro con Borges en lo de Bergamín. Estábamos, además de los muchachos –incluso Arregui–, la amante de Borges, Emma Risso Platero, Susana Soca, a quien encuentro cada vez más delicadamente admirable, y los Pereda.

Bergamín me hizo sentar junto a Borges apenas halló oportunidad, lo que le agradecí desde lo más hondo, porque la reunión se estaba haciendo muy numerosa para poder conversar bien.

No puedo ahora anotar –y quiero hacerlo: trataré de hacerlo mañana– lo que hablamos del pesimismo, del guión de film que hizo con Bioy, de la literatura inglesa y francesa, y sobre todo, de la anécdota que ocurrió a los Podestá hacia 1905, cuando fueron a representar la vida de “Hormiga negra” y el mismo Hormiga Negra⁴³ lo impidió. Rama intervenía entonces observando el pirandellismo de la situación, y el patetismo del tiempo (el personaje que llega tarde –o temprano, creo yo). Pensamos en el cuento que se podía derivar de esa situación y Susana Soca sugirió que cada uno hiciera una versión de ese cuento para luego compararlo. Y es lo que me propongo hacer. Por eso quiero recordar esta conversación. (p. 132 – 134)

Domingo 11 de setiembre

[...]

Mientras tanto, pienso en la ejecución del cuento de que hablamos con Borges, Tal como ahora lo imagino, sería una asimilación –borgiana– de “Presente Perdido” y *Un modelo para la muerte*⁴⁴.

43 *Hormiga negra*, novela de Eduardo Gutiérrez con prólogo de Jorge Luis Borges. El mote de “Hormiga negra” correspondía a Guillermo Hoyo (1837? – 1918) famoso cuchillero del siglo XIX, oriundo de San Nicolás de los Arroyos (Buenos Aires).

44 *Un modelo para la muerte* (1946), relato de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

Quisiera poder tener una primera redacción hecha para octubre, pero me surgieron dos ocupaciones que me van a entorpecer: la exposición de obras de Goethe que se prepara en “Amigos del Arte” me obliga a dar un artículo donde se dé cuenta de las relaciones entre Bécquer y lo alemán⁴⁵, y, por otra parte, “Amigos del Arte” me invita a dictar una conferencia sobre Goethe en noviembre⁴⁶, que, por la índole en “Amigos del Arte”, me compromete demasiado para que pueda dejarla librada al grupo de una relativa improvisación. Me importa, además, ese compromiso, porque me obliga a un trabajo de cierta serenidad. (p. 134 – 135)

Lunes 12 de setiembre⁴⁷

Hace un momento Minye me leyó unas notas sobre su sentimiento del presente que me hicieron comprender mi alejamiento de “Presente Perdido”.

Exaltaba ella, en esas páginas, la luz, la verticalidad del presente no perturbado por la lejanía de la memoria. Yo estaba junto a la puerta de la cocina, sentado en la vereda, y miraba un árbol, un eucalipto que crece a 60 o 70 metros de allí y que veía enmarcado por las masas de la casa a un lado y del macizo de eucaliptos al otro. Me complacía de tan especial manera mirar ese árbol mientras Minye leía, sentía un goce tan intenso en su luminosa presencia verde expandiéndose con seguridad y renovando su goce de ser a cada instante, como desdeñoso de su propio pasado, erguido insaciablemente, –con un renovado brío mejor que con una permanente seguridad– como si por la amplitud del gesto de sus ramas y por su solitaria esbeltez diera testimonio de aventura siempre actual, siempre olvidadiza de cada uno de los fugitivos matices del ser del que sin embargo se viste –un ondular de sus hojas, un brillo fugaz del sol sobre una de ellas–; tan plenamente sentía yo esa presencia desdeñosa de su propio devenir –como si el devenir lo empujara suavemente, aunque honda y firmemente, como el agua de un río manso y ancho a una piedra que hubiera en medio de su cauce– que su propia gallardía sentía yo que nacía de dejar pasar ese devenir junto a sí, que luego de arremolinarse recobraba su unidad y su paciente andar más allá, y lo deja permanecer.

Pero si yo sentía todo eso, eso se debía, además, a que yo mismo sentía de diferente manera que cuando escribí “Presente Perdido”. Porque mientras escuchaba a Minye y miraba el árbol, me sentía sin añoranza, gozando de ella y de él y del instante mismo que vivía. Es cierto que todavía no desesperadamente, pero sí sin deseo de nostalgia, sin importarme esta imagen que ahora mismo tengo del árbol –ahora que escribo– y que no me detuve a considerar porque sobre todo no me importaba, ni me importa mucho ahora mismo. Si me importa, no es precisa-

45 “Bécquer y el idioma alemán”, conferencia por las ondas del SODRE. El texto forma parte del Apéndice II de *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*.

46 Conferencia “Goethe, una conciencia del devenir”, dictada el 16 de noviembre de 1949 en Amigos del Arte, Montevideo. Ciclo centenario de Goethe, exposición preparada por la Biblioteca Nacional. (Hay reseña de la exposición, “La Exposición Goethe de la Biblioteca Nacional”, por Ángel Rama, en *Marcha* N° 504, 18 de noviembre).

47 Entrada incluida en “Presente Perdido”.

mente como recuerdo, sino como deseo de presente, de manera que no me provoca la ambición de hundirme dentro de mí mismo, sino simplemente de salir de nuevo al fondo, y sentarme en un sillón de tijera, y mirar hacia el sur, donde encontraré ese árbol tal como me interesa, en sí mismo; en su propia luminosidad, en su presencia. (p. 135 – 137)

Martes 13 de set.

Hay toda una zona de mí mismo que no aparece en este diario y que creo que no podría hacer aparecer. Sin duda yo escribo esto para que sea leído. El profesor de literatura tiene una mala parte aquí. Lo que no confío a este diario son una serie de movimientos del alma que puedo, sin embargo, analizar en mí mismo con una frialdad que no me parece en modo alguno una cualidad, sino una carencia. Pero me es casi imposible confiarme totalmente al papel. Además, si lo intentara, mentiría y me socavaría. Mentiría porque la misma frialdad con que puedo observarme hace que carezca de correctos puntos de referencia para valorar todo eso, de modo que, involuntariamente exageraría. Sería, en el diario, mejor y peor de cómo soy. Y, además, fantasearía, inevitablemente.

Además, la carga íntima que no confiar me confiere, es, acaso, lo que me permite escribir. Si todo eso se descargara en el diario, no podría narrar, me parece. Me habituaría a satisfacer mi necesidad de manifestarme en la escritura que hago en este cuaderno, y no me sería necesario escribir. Así supongo, por lo menos.

No me interesa violentarme en una profunda sinceridad. El hábito de no llegar a confesarme profundamente puede hacerme escribir para confesarme mediante símbolos –acaso– en la otra escritura. (Escribir es aludir y eludir a un tiempo).

¿Tiene esto relación con el hecho de que yo cuente mejor en primera persona que en tercera? Me es más fácil imaginarme ser otro que imaginar cómo siente otro. Y aquí, infantilmente, la forma me ayuda. Cuando cuento en tercera persona debo mantener con esfuerzo la ficción del personaje, y a veces me descuido, mientras que en primera persona puedo más fácilmente mantener esa ficción. A veces, es cierto, con el mínimo placer de deslizar una frase que realmente pude desear yo mismo. (p. 138 – 139)

14 de setiembre⁴⁸

Cuando, el domingo 12, me senté a escribir lo que quedó anotado, yo creía que escribiría las últimas páginas de “Presente Perdido”, mientras Minye (me) leía, y yo miraba el árbol, estaba sintiendo y comprendiendo, al mismo tiempo, lo que hacía que “Presente Perdido” me estuviera empezando a importar de otra manera. Pero esa sensación y ese pensamiento que lo ordenaba, fueron de algún modo irrecuperables. No porque no pueda repetirse el esquema ideológico, sino porque su repetición es ociosa si no se cubre con la vibración de aquella experiencia que

48 Entrada incluida en “Presente perdido”

ahora solo recuerdo, pero no tengo ya. Y yo quise comenzar mis anotaciones, justamente, con la descripción de la experiencia, no de un pensamiento. (p. 140)

15 set.

Ayer, clase de Bergamín en Humanidades, centrando el tema en Lope. Excelente. Conversación luego, durante la cena, llena, como otras veces, de recuerdos españoles. Estábamos, durante la cena, con él y con Ángel. Luego, en la confitería china, se nos reunieron Maneco y Chacha y se reinició una violenta discusión sobre *Hamlet*, atacada violentísimamente por Bergamín, y defendida por Rama.

[...] (p. 140 – 141)

16 de set. Viernes

[...]

Conversación telefónica breve esta tarde de Minye con Don Pepe. Se refirió a la conferencia de ayer y explicó su desgano por un gran dolor moral que experimentó por la tarde y que –dijo– le tiene muy preocupado. No quiso explicar. Dijo que hablaríamos de ello. Estuvo por suspender su ciclo de la Universidad. Trataremos de vernos mañana. (p. 141)

22 set.

[...]

Conversación con Bergamín luego de la conferencia de esta tarde –sobre la novela pastoril española– a propósito de *Las Afinidades electivas*⁴⁹. El tono de esas novelas y el lejano influjo de Tristán e Iseo se advierte –le dije– en la novela de Goethe. Me hizo observar que en una carta a Schiller, Goethe comenta con admiración las *Novelas ejemplares*, señalando que lo que hace como jugando Cervantes es lo que él quiso hacer durante toda su vida. Cuando esta tarde yo recordaba las *Novelas ejemplares*, no conocía esa ambición de Goethe. (p. 142 – 144)

1º de octubre

Compré una pequeña libreta de bolsillo para poder anotar siempre pequeñas observaciones sobre gestos, frases, acaso diálogos, notas, que muy a menudo pienso fuera de casa y luego no puedo reconstruir, y que, por otra parte, deben estar muy agrupados, y no como quedan aquí, ya que cuando los necesito, nunca estoy dispuesto a recorrer los centenares de páginas de estos cuadernos. (p. 144)

⁴⁹ *Las afinidades electivas* (1809), novela de Johan Wolfgang Goethe.

4 de oct. Martes.

Terminé ayer las notas sobre Bécquer para publicar en “Marcha”⁵⁰. Son un artículo de tono erudito y pesado, pero necesario. Cuando se trata de exponer hechos me parece conveniente discutir una ley de economía y exactitud y cumplirla. No es un artículo literario sino histórico.

Espero poder trabajar ahora ininterrumpidamente en la conferencia sobre Goethe. (p. 145)

5 oct. Miércoles

A medida que tengo más oportunidades de hablar con Ángel, y de verlo reaccionar en la dirección que más me importa, con una salud y una pasión siempre puestas en lo mejor, me siento más íntimamente ligado a él. Es una amistad casi dolorosa de profunda la que siento por él. Y ahora, apenas escribo esto, siento molestia por haberlo escrito, por mirar así de afuera, algo tan importante. (p. 145)

17 oct. – lunes

Muy molesto con Minye, y Minye conmigo, por supuesto, por su tendencia –que siempre me saca de quicio– de hacer juicios terminantes y negativos sobre terceras personas al comentar un acto que a mí me parece sin importancia de ellos.

No tolero esa como predisposición enfermiza para la no aceptación. Es una falta de simpatía profunda, un no querer reconocer ninguna actitud que no sea absolutamente concordante con la suya.

No se da cuenta, en tales casos, de que hace graves juicios morales. Y esa falta de respeto por la personalidad ajena me exaspera.

Por otra parte, imposible conversar de esto, desde luego, porque todo lo que yo pueda decir es desamor, deseo de herir, insulto, etc. Imposible llevarla a un plano diferente. Por mi parte, además, incapacidad de hacerlo. Un duelo y nada más. (p. 148 – 149)

19 oct. Miércoles

[...]

Ayer visité a Leandro, a quien fui a llevarle el libro (*El habitante*) y en una rápida conversación me autorizó a hacer lo que quiera de sus maderos. Es lo que yo mismo no me atrevía a esperar. Tendré que ir a su casa a elegir las maderas abandonadas en el sótano (el depósito de la casa de apartamentos).

La conversación fue rápida:

50 El destino de ese artículo debió ser la conferencia por las ondas del SODRE. Ver nota 45 de este Cuaderno.

–Leandro. Tengo que pedirte algo y por favor no me digas nada hasta que termine.

–Sí.

–Yo quiero imprimir tus tacos. Siento la obligación y la responsabilidad de poder hacerlo y no haberlo iniciado todavía⁵¹.

–Pero...

–Por favor. Esperá. No se trata de sentirlo como amigo. Si sólo me importara la amistad me callaba la boca porque al decirte esto corro el peligro de encontrarte un mal día y que te desesperes y te enojas.

–Pero no. Lo que pasa es lo que yo les digo a los muchachos a veces. Te juro que de verdad, yo no sé porqué se les ocurre que eso vale la pena. Si no les importa más que a uds.

–Eso basta. Además puede importarle mucho a alguien dentro de cincuenta años. Y bueno... para él hacemos la impresión.

–Pero si vos supieras. Te juro que yo pienso ¿de dónde sacan estos que lo que yo hago vale la pena? Te juro que no sé.

–Bueno. Eso no viene al caso... Decime ¿La impresión del libro de Caputti, te pareció bien?

–Sí, la madera sí.

–Bueno. Yo te prometo que las que no salgan así no salen ¿Estamos?

–Bueno. Si vos querés.

–Entonces no hablamos más.

–Sí. Vos estás autorizado para buscar y andar con las maderas y hacer lo que quieras. Te digo: te vas a volver loco. Porque yo eso de buscar y dar vueltas, no lo hago.

–No te preocupes, yo me encargo.

–Bueno. Estás autorizado.

–Vengo el lunes a buscar cosas. Ahora me tengo que ir.

–Saludos a Minye y a tus padres.

–Hasta pronto. (p. 149 – 151)

51 Se trata de los grabados utilizados para las diversas ediciones de La Galatea y que hoy forman parte del Archivo Díaz.

Cuaderno VI

(Octubre 1949 – agosto 1950, 200 folios)

26 de oct. 1949. jueves

Luego de perder la tarde redactando una reclamación de antigüedad para el Consejo –y acaso ya desde antes, leyendo *Canaína* de R. Gallegos– nos encontramos aquí con Pocha y Maggi que nos venían a invitar para ir al cine.

Maggi me propuso hacer con él una página literaria de los lunes de “Acción”; esa idea me entusiasmó, y tomamos algunas notas que copio al pie del cuaderno. No estoy seguro de servir para una cosa así, pero me parece tan o más –sin duda más– importante que decir conferencias – por ejemplo.

Relecturas de Sánchez me hacen desear escribir teatro. Pero teatro costumbrista, directo. Teatro para el espectador.

Personajes de la baja burguesía. Personajes de la calle. Conflictos de familia. Testimonios de decadencia. (p. 3)

28 de oct. Viernes

Conversación, ayer en su casa, con Castellanos precisando detalles para la ordenación de sus grabados.

El proyectado viaje del año que viene, para el que se le concedió ya la licencia oficial, lo hace vivir desde ahora ya mejor¹. Lo sentía en el mejor plano de amistad. Me parecía que lo recobraba.

Cuando me despedía me dijo: “Ahora, como me voy de viaje, yo pensaba nombrarte a ti como mi albacea: tú te quedás encargado de mis grabados y de mis tacos.” Dicho de una manera escueta, que es su modo de mostrar los sentimientos más verdaderos. Me hizo recordar aquel momento, a bordo del barco de la carrera a Buenos Aires, por 1940, en que me dijo que debía tutearlo. No sé bien qué respondí. Quedé en pasar por su casa el lunes por la tarde.

Hoy nos encontraremos con Romero (José Luis)² para almorzar juntos en Stradella. Es su última visita a Montevideo, pues terminó su curso en Humanidades. (p. 4)

1 Leandro Castellanos Balparda emprenderá en 1950 un viaje por Europa y se reencontrará con Díaz en Francia.

2 José Luis Romero (1909 – 1977), historiador argentino.

Noviembre 4 – viernes

Ayer llevé un ejemplar de “Anales de la Universidad” al Consejo de Secundaria –para que sea agregado a mi solicitud de beca–. Me enteré que la designación de los becarios estaba en el orden del día. Probablemente esté, a esta hora, resuelto todo (somos –éramos 26 aspirantes).

En el Consejo hablé con Pereira Rodríguez que me comunicó sus observaciones sobre *El Habitante*, en el que encontró decenas de faltas gramaticales, erratas, etc. Prometió pasarme un ejemplar marcado para que pueda observarlo. (Galicismos, etc.)

Hoy se publicó, en “Marcha”, la crónica de Rama sobre *El Habitante*³.

La conferencia sobre Goethe crece con una lentitud desesperante. Tengo apenas escritas 14 carillas de una conferencia que debe durar cerca de una hora. Hasta ahora lo más que he podido redactar en una tarde de buen trabajo, fue una o dos carillas. (Me interrumpo, releo los textos de Goethe, busco referencias, etc.) (p. 5)

Domingo 6 (noviembre)

Tengo que trabajar en Goethe y en la adaptación del artículo sobre Bécquer para la lectura de mañana, y todo se me hace difícilísimo.

Otra conversación, ayer, con Leandro, a propósito de la impresión de sus maderas. Quisiera sacar hoy una prueba de alguno de los grabados más finos. Probablemente lo haremos si vienen, esta tarde, Ángel e Ida.

Si no se resuelve favorablemente la beca –que es lo más probable– creo que debería orientar todo mi esfuerzo para pensar en la organización de una editorial, ya que, luego, de la conversación con J. L. Romero, se ve claro cuáles son las posibilidades de esa industria en el Uruguay. (p. 6)

Martes 8

La lectura de algunas narraciones de Henry James en *La lección del maestro* me hace pensar nuevamente en la posibilidad de redactar “Hormiga negra”, el cuento de Borges, con Borges y con el ambiente, en una especie de mezcla de mi “Presente Perdido”, con un Henry James más sanguíneo. Me detiene, sin embargo, el trabajo sobre Goethe, en el que avanzo lentísimamente. (p. 7)

Miércoles 9

El trabajo de la tarde de ayer me hizo mucho bien. Adelanté la conferencia sobre Goethe y leí *La lección del maestro* de H. James.

Siento, por eso, ganas de escribir, de recogerme en tardes parecidas a la de ayer. ¡Cómo quiero poder concentrarme a trabajar en mi novela! (p. 7)

3 Reseña de Ángel Rama de *El Habitante*, en “Marcha”, N° 502, 4 noviembre 1949.

Jueves 10

Cuando ya se habían apagado los exaltados proyectos de hace unas semanas, vuelven a surgir ahora con tanta violencia que se me hace imposible reposar, a la vez que trabajar, y eso desde esta mañana en que me enteré en Liceo 5 de que una de las becas se me otorgó a mí⁴. ¡Dos años en París! Francia, Italia, España, Inglaterra. Casi no sé hacer proyectos, no sé en qué debo ocuparme primero... nada! ¡Es tanto lo que tenemos por delante! Dos años sin dictar clase y dedicados a lo que nos interesa! Ver, moverse, conocer gente, leer y escribir. ¡Nada más! Es con mucho, creo, el acontecimiento más importante que ahora nos podría sobrevenir.

Cuando pienso que este cuaderno lo estaré usando aún en París, en Florencia, se me hace imposible pensar ordenadamente.

Un dolor tengo, es cierto. ¿Por qué no poder hacer participar a los muchachos de todo esto? Cuando le di hoy a Ángel la noticia le vi en la cara una tan sincera alegría, una hermandad tan verdadera y tan honda en el abrazo que nos dimos, que casi sentía como inmerecido todo esto y pensaba: ¿y por qué no él, tanto más ágil y lúcido que yo, tan lleno de maravillosa energía? ¿Por qué no él? Para él sería una realidad más decisiva aún que para mí.

Y qué angustia cuando le dije a Trillo y se levantó para abrazarme con lágrimas en los ojos. Mientras escribo ahora esto mismo estoy casi al borde del llanto. ¡Qué amigos! ¡Qué hermoso tener estos amigos juntos tan cerca, y saber que son capaces de querer así, inmerecidamente, por lo hermosa que tienen el alma!

Si pudiera al menos hacer cosas para ellos, y que ellos se alegraran de lo que hiciera...

Tuve que detenerme para llorar, para llorar por todo este bien que se me ha dado, no sé por qué, porque sí, porque mi padre ha querido mutilar su vida para que la tuviera yo, porque era buena toda esa gente que son mis abuelos, y de los que acaso encontraré alguno por allá, porque me quieren sin que yo sea tan bueno como ellos creen. (p. 8 –9)

Viernes 11 (noviembre)

Después de trabajar toda la tarde en la conferencia sobre Goethe, fuimos al centro a cenar con Bergamín y los muchachos.

Bergamín intenta convencernos de que debemos ir a París en verano, de modo de llegar allá en la primavera, y viajar en el verano europeo. Estos días pasados no

4 El día 11 de noviembre el Consejo de Enseñanza Secundaria informa a Díaz: "Pláceme comunicarle que el Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, en sesión del 9 de los corrientes, resolvió, por unanimidad de votos, adjudicar a usted una de las pensiones de estudio (Beca Gallinal) correspondientes al año 1949 [...] Se facultó asimismo, al Sr. Director de E. Secundaria para concertar con el Sr. Profesor los planes y orientaciones de los estudios a realizarse, el tiempo de duración de la pensión acordada y la fecha en que comenzará a disfrutar de la misma, así como la cantidad mensual que percibirá..." Firmado: Clemente Ruggia (Presidente) y Amilcar Tiribocchi (Secretario). El 27 de diciembre se le encomienda estudiar cursos sobre literatura de los siglos XIX y XX; estudio sobre el material gráfico en la enseñanza y enseñanza de las Letras en los nuevos planes docentes de Francia.

me resignaba yo a imaginarme que esperaríamos aquí un año para partir. Lo que Bergamín me dice me viene a justificar en el deseo de viajar pronto y de ocuparnos ya en la preparación del viaje.

Esto es así, ya, una manera de viajar. Ir preparando todo, ir viviendo para la partida es ya partir. Siento que sería incapaz de iniciar el curso del año que viene como siempre. (p. 10)

Sábado 12

Anoche seguimos conversando con Minye, a propósito del viaje, hasta las tres de la mañana. Cada palabra nos concreta en la necesidad de partir antes de que se inicien los cursos del año que viene, de modo de llegar a París en primavera. Tenemos la posibilidad de llevar *La niña guerrillera* y *La hija de Dios* a Camus, y Bergamín me dijo que –como no somos comunistas– nos podría enviar con un mensaje a Malraux⁵. Tenemos que hablar, además, con Guillot.

(*Más tarde*) – Llegaron esta mañana los hijos de Bergamín que me resultaron encantadores, con esa manera de calidad íntima que tantas veces reconocí como hereditaria. José, el mayor de los varones, tiene una forma de entereza y de bondad, de integridad, de madurez íntima que me encanta. Fernandito, el menor, estaba muy conmovido para que se supiera como es, salvo que es encantador en su forma de amor recogido, que parecía estar diciendo siempre: Yo quiero estar con papá, yo quiero estar con papá. Teresita, llena de emoción, hacía más visible por ella su finura, y se le desvanecían, por ello, esos otros matices decisivos categóricos de sus entusiasmos de que nos había hablado el padre. (p. 10 – 11)

Miércoles 16 (noviembre)

Terminada por fin la conferencia sobre Goethe. La dije, bastante mal, creo yo, el lunes y, a pesar de mi convicción –que todavía no se desvaneció– de que es pesada, pareció interesante. Don Pepe me dio a entender, repetidas veces, que está conforme con ella. Eso me halaga, aunque me desconcierta un poco. Lo mismo me decían Gervasio y Milena⁶... En fin... ya salí de ello.

Pero al salir de eso me queda por delante todo lo que se refiere al viaje. Al maravilloso viaje que tiene apenas para mí, todavía, una realidad fantasmal.

Conversé ayer con Leandro que me enteró de lo que él ya sabe a propósito de cambios, pasajes, etc. Pero se trata, sobre todo, de empezar a hacer algo, que me permita tener entre las manos el viaje, sentirme yendo hacia él con seguridad, con realidad. Quisiera empezar ya a comprar cosas, hacer trámites, en fin, desgastarme la impaciencia en lo que sea.

Yo no sentiré la realidad del viaje hasta que no esté sobre el vapor.

5 Una de las cartas que Bergamín escribirá recomendando a los Díaz era dirigida a André Malraux. Ver Apéndice Documental.

6 Esposa de Gervasio Guillot Muñoz,

Tengo que escribir sobre todo a Mario, contándole cómo es todo esto. (p. 12 – 13)

22 de noviembre

[...]

Conversaciones con Secco Ellauri para conseguir una agregatura cultural en Suiza que me permita usar pasaporte diplomático⁷. (p. 14)

23 – miércoles

[...]

Por la noche estuvimos con Paco en el centro y con Bergamín y Romero. Se habló de París, etc.

Parece posible que Minye obtenga el premio Mailhos de poesía⁸. Minye casi está como asustada al ver que recibimos tantas cosas: la beca, el premio. (p. 15)

24 jueves

[...]

Vinieron Mario y Gladys. Y, para mi sorpresa, Mario está entusiasmado con *El habitante*, que considera excepcional en nuestra literatura por lo que él llama su maestría. Lo compara a H. James, etc. Muy alegre por ese cambio en el juicio de Mario. (p. 15 – 16)

Miércoles 30

La actividad literaria de “Marcha”, comienza a ser ya, en manos de los muchachos, por lo menos escandalosa. Las dos páginas dedicadas al resultado del concurso anual de remuneraciones, motivaron una oleada de irritación y enojo que me parece sana⁹.

Ahora los muchachos inventaron un joven novelista uruguayo, de apellido italiano, del que piensan publicar una serie de fragmentos correspondientes a una novela ciclo (Roman a Mí) sobre la vida literaria contemporánea¹⁰. Uno de esos

⁷ Como Agregado Cultural de la Embajada de Uruguay en Bélgica, Díaz elevará tres informes al Ministerio de Relaciones Exteriores de la época. En el primero se reseñan gestiones “tendientes a organizar un intercambio de libros, films de arte y cuadros”; el segundo se titulará “La enseñanza de la literatura en los planes de reforma de la enseñanza media en Bélgica” (informe que se publicará en 1957 en “Anales del IPA”, N° 2) y el tercero corresponde al uso de medios audiovisuales en la enseñanza media francesa.

⁸ Concurso de Poesía organizado por Amigos del Arte. El Jurado estaba compuesto por Juana de Ibarborou, Susana Soca, Carlos Rodríguez Pintos, Emilio Oribe y Julio C. Casal.

⁹ Se inicia en las páginas literarias de “Marcha” lo que Pablo Rocca ha llamado “el cuarto ciclo”, al quedar éstas dirigidas por Ángel Rama y Manuel Flores Mora. El mismo se extenderá entre octubre de 1949 y marzo de 1950. Rocca, P. *35 años en Marcha (Crítica y literatura en el semanario Marcha y en Uruguay)*. Óscar Brando, por su parte, entiende que en el período hubo un “asalto entrañavivista”. Brando, Ó. *La generación del 45. Una mirada desde la literatura*.

¹⁰ Lo que se publica en el N° 506 de “Marcha” es un cuento erótico titulado “Bob y Aurelia”, atribuido a Pedro Ziliani y cuya verdadera autoría se desconoce.

fragmentos puede ser un relato que haré sobre la base de anotaciones hechas en éste y en los anteriores cuadernos, que recuerdan algunas reuniones literarias. Se trata de describir a los personajes con exactitud aunque no necesariamente en las mismas situaciones. Hay, sin embargo, situaciones que se pueden aprovechar. Así, por ejemplo, la reunión en lo de Angelita, la de Pereda, la de Susana Soca, la de Supervielle.

Personajes: Maneco, Ángel, Susana Soca, Pereda, Oribe, Casaravilla Lemos, Casal, Rodríguez Monegal, Clara Silva, Lussich y su señora, el hijo de Quiroga, Risso Platero, Giles de la Tourette, las viejas de Azevedo, etc. Acaso: El político (Rodríguez Larreta¹¹), el bailarín: (Lo bello es uno), Alsina, etc., y hasta el nuevo rico, el snob. Todo con humorismo de segundo plano. (Inconsciente para el que cuenta.) (p. 17 – 18)

Diciembre. Jueves 1º

[...]

Aprovecho dos o tres días sin exámenes para ocuparme de “Una reunión”, que pienso podría integrar la novela de Pedro Ziliani que los muchachos anuncian en “Marcha”. Me divierto como nunca, redactándola, imaginando nombres, reconstruyendo situaciones. [...] (p. 18)

Viernes 2

Lentísimos progresos en “Una reunión”.

Relectura. Interesadísima, de *Les faux-monneyeurs*.

Hay allí un capítulo: (“Eduardo expone sus ideas sobre la novela”) que, particularmente en el pasaje que se refiere al *Arte de la fuga* de Bach, me parece corresponderse con algo de lo que yo quisiera hacer con “Presente Perdido”. Como ese capítulo no es de los mejores de la novela de Gide, me hace bien reconocer la similitud con mi proyecto, para defenderme de los errores que el mismo Gide comete allí, y que yo cometí, con exceso, en la primera versión de mi relato (o lo que sea). (p. 19)

Martes 6

Leyendo, ayer, *Contrapunto* (que frecuentemente me interesa menos que en la primera lectura), pensaba en la posibilidad de dilatar “La reunión” y convertirla en algo mayor, mediante un más detenido trabajo de las escenas de la misma reunión y mediante algunas posibles interferencias.

Se convertiría así en una novela donde podrían caber, también, las escenas que siempre pensé realizar (Picatto, Guido¹², Cunha, Leandro incluso, el Café Libertad y el Teatro polémico).

¹¹ Eduardo Rodríguez Larreta (1888 – 1973), abogado, periodista y político uruguayo.

¹² Guido Castillo.

Como me ocurre siempre, veo antes situaciones y personajes, que no el sentido de la novela como conjunto. Aunque sé que es absurdo, siempre temo un poco aquello de Mario cuando le leí un fragmento de la novela de Míguez: “Está bien, sabés, pero ¿para qué?”

[...] (p. 19 – 20)

Jueves 8

(...)

A instancias de Gervasio fui ayer a la conferencia de Roger Caillois en Amigos del Arte¹³. Fue, creo, la más deplorable conferencia a la que asistí. Nada tan desagradable como el rictus de desprecio, la vocalización de orador de barricada, el gesto suficiente del conferenciante. Pero, sobre todo, era el colmo de la afirmación banal y rápida, de la irresponsabilidad. Eso, al menos, en los primeros diez minutos que pude soportar. Nos levantamos, Bergamín, yo, Carlitos Gurméndez¹⁴, y Amalia Nieto¹⁵.

Cuando volvimos –al fin de la conferencia– y luego de conversar con Gurméndez, de cosas que me interesaron mucho a propósito de nuestro probable viaje a España– Susana Soca se apresuró a explicarme que la presencia de Caillois en su revista había sido en realidad impuesta por algunos amigos, por ejemplo P. Éluard, etc. Estaba abrumada. Yo hubiera deseado, me dijo, que Uds. no hubieran estado.

[...] (p. 22)

Rocha – 12 diciembre

Otra vez en Rocha. La tercera en gira de exámenes.

Dejo en Montevideo a Minye, dolorida por el resultado del Concurso de Poesía de “Amigos del Arte” que ganó Casaravilla Lemos aunque –según Amalia Nieto– “todos” en el fondo “saben que tu poema es el mejor”.

La imagen del viejo poeta abandonado –Casaravilla– parece que pudo más que cualquiera otra consideración. Hubo además, allí, procedimientos oscuros. Luego de tener siempre cuatro votos –2 por “Leda” y dos por *El río*– sin que se pudieran poner de acuerdo sobre el poema triunfador, repentinamente, decidieron premiar a Casaravilla por “un conjunto” de poemas.

13 El 9 de diciembre, en el N° 507 de “Marcha” se informa de la llegada de Roger Caillois. La conferencia en “Amigos del Arte” se llamó “La muerte en la literatura” y el semanario la consideró “infantil”.

14 Carlos Gurméndez (1916 – 1997), filósofo español de origen uruguayo (nacido en Montevideo). Llegó a Madrid a los 8 años de edad. Cursó estudios de Filosofía y Letras y Derecho. Siendo agregado cultural de Uruguay en Madrid, fue declarado persona no grata exiliándose en Francia.

15 Amalia Nieto (1907 – 2003), artista plástica y segunda esposa de Felisberto Hernández. Su amistad con ella será fundamental para Díaz a la hora de rescatar la escritura de Felisberto. La lectura que Díaz realizó de las cartas que Felisberto le dirigiera a Amalia Nieto fue fundamental para la publicación de *Felisberto Hernández. Vida y obra* (2000). Fotocopias de esas cartas forman parte hoy del Archivo Díaz.

Juana de Ibarbourou y Rodríguez Pintos siguieron votando “Leda” hasta el fin, y se muestran indignados por el procedimiento del resto del jurado.

Juana habló por teléfono con Minye y le dijo cosas que ésta jamás había oído, a propósito del valor genial de su poesía, etc., etc.¹⁶.

[...] (p. 22 – 23)

22 de diciembre – jueves

Vimos anoche la representación de *Calígula* de Camus en la Comedia Nacional. Las reacciones fueron inesperadas. Minye sintió su problema exageradamente. A Pocha le gustó y a Maggi no le importó como teatro. Yo no la siento tan importante como Minye, pero me importa. La siento excesivamente inteligente. Parece obra de la enciclopedia (como otras tantas obras... Camus, Sartre). Prefiero y siento más hondos y permanentes los caracteres de Sánchez. (p. 25 – 26)

23

Creo que hoy se resolverá definitivamente, en el consejo, la tramitación de la beca, que fue protestada por Ariosto Fernández¹⁷, Rama (Carlos), y Fusco Sansone. Las protestas se dirigen sobre todo a la beca de la Sra. de Capra, pero, simultáneamente, detiene el trámite de la mía.

Mientras tanto, ya está tramitada mi Agregatura Cultural en Bélgica. (p. 26)

28 de dic.

Conversación telefónica con Álvaro Guillot Muñoz que me hace temer por Castellanos, probablemente preso por mi indiscreción al girarle un telegrama que decía de comprar pasajes en Mont. con moneda argentina. Me aconseja telegrama directamente al Hotel “Viena”. Lo haré hoy a las 7 (p. 28)

1950

Enero 29

La larga laguna del diario se debe a que pasamos los días trabajando, vertiginosamente, en la preparación del viaje.

¹⁶ En el artículo “Concurso de poesía de Amigos del Arte”, Ángel Rama afirma que “la revelación de este concurso es, justamente, Amanda Berenguer [...] que ha competido brillantemente con un poeta ya hecho, como Casaravilla Lemos, y ha puesto en duro trance al Jurado que se vio obligado a resolver con la mínima mayoría. [...] En Amanda Berenguer se registran dos líneas diferentes e incluso contradictorias, una representada por “Leda” y otra por “El río” que es la que preferimos, por cuanto con este poema el autor acusa una evolución que le hace llegar a la poesía humana, directa, enriquecido por una sabiduría poética que recoge de su experiencia anterior” (“Marcha”, N° 508). Junto al artículo se publica el poema “Leda”.

¹⁷ Ariosto Fernández (1901 – 1983), profesor de historia en Enseñanza Secundaria.

Es, probablemente, el último domingo que pasamos en Mangaripé este año. Y luego, hasta 1952.

Minye duerme la siesta. Yo escribo fuera, bajo el alero, mientras espero que lleguen Ángel e Ida. Por la mañana el calor fue abrumador. Ahora, una suave brisa del Oeste hace rumorear los álamos.

Me pasa aquí, lo que tanto vengo sintiendo ya, con ocasión de este viaje: que ambiciono penetrarme de lo que tengo delante, integrarme de las cosas, como si quisiera llevármelas conmigo. (p. 29)

1º de febrero

Tres o cuatro conversaciones con Ángel, y una o dos con Bergamín a propósito de “Fábula”, la proyectada revista, me hace sentirme satisfecho. Creo que es la revista que más se pensó y de la que se pensaron cosas más importantes. Anoche, con Ángel, planteamos un punto neurálgico: la necesidad de que sea también una revista política. Y que la actitud política se enuncie directamente, en artículos expresos.

El planteo general de la Revista, la línea que sentimos es clara y valiosa. Acaso lo único que no corresponda, sea el título “Fábula” que acentúa en exceso una sensación de juego o de irresponsabilidad. (p. 29 – 30)

Sobre el Andrea C.

Febrero 10 – 1950. Viernes

¡Comenzó el viaje!

En el muelle, agitando los pañuelos, todos: nuestros padres, los amigos más queridos. Imposible intentar desanudar todo lo que entonces sentí. Si intento precisar de nuevo, todo se me confunde vertiginosamente; veo a Mario alzando a José Martín, que mira con sus ojos asombrados al barco sobre el que estamos, veo a Ángel y a Ida roja de llanto, a mi padre, con el pelo blanco revuelto como una pura llamarada que el viento levanta, agita, veo a Amanda, que mira fijamente a Minye, que llora a mi lado, veo a Rimmel, inquieto, móvil, veo a Bergamín y a Teresa, veo el grupo que se aleja cubierto y turbio por mis propias lágrimas que contengo apenas.

Y mientras tanto, tengo la sorpresa y la alegría de comprender que la emoción de la despedida crecía porque era una manera de enfrentarse a lo desconocido. Ahora, sobre el barco blanco y soleado, en la tarde tranquila que recorre un suave y seguro viento del este, bajo un cielo limpio, alejada ya Montevideo, blanca y tierna; recién ahora comprendo que esto es menos sorprendente y más asimilable que lo que imaginábamos, y que estamos rodeados además tan seguramente por el cariño que nos saludaba desde el muelle, que todo es igual y mejor. (p. 31 – 32)

12 febr. Domingo. Andrea C.

Maravillosa mañana de navegación. Escribo sobre cubierta, tendido en un perezoso, bajo la toldilla. Frente a nosotros, junto a la baranda la familia francesa, incomunicada en su lengua y en sus gestos. El mar, sobre sus cabezas, se alza lenta y seguramente, se detiene, y luego se hunde hasta desaparecer.

Acaso triunfamos –no lo sé con seguridad todavía – del mareo. Pero de todos modos, es difícil escribir, y no leí más que una página desde que estamos a bordo. (p. 33)

13 de febrero, Lunes – Sobre el “Andrea”

Al despertarnos, en un nuevo camarote (el que teníamos era increíblemente semejante al de los hermanos Marx en *Una noche en la ópera*, y, como se hallaba en el extremo de popa, subía y bajaba violentamente) recibimos ya claramente al cambio de clima, y ahora, sobre la cubierta, sin sol, el calor persiste a pesar de la brisa que provoca el andar del barco.

El mar no tiene hoy el maravilloso e intensísimo azul de ayer. El cielo, plomizo, la calma, hacen del eterno mar que nos rodea, una mancha grisácea con reflejos azules. (p. 33 – 34)

A las 11 de la noche. Sobre el Andrea, al salir del canal de Santos

Terrible calor tropical. Esta mañana, luego de un cielo gris, volvimos al maravilloso azul intenso del mar. De tal intensidad que es, por momentos, casi negro, pero de una oscuridad brillante, que hace perfectamente verosímil y natural que de su entraña nazcan las blanquísimas olas. La proa del barco abre a los costados remolinos blanquísimos. El agua, enriquecida de remolinos de aire pulverizado, recobra los azules más suaves, y recorre toda la gama, del blanco al azul – negro, en lentas formas que se expanden, se superponen y se confunden recorriendo los costados de la nave.

En cubierta, bajo la toldilla, la modorra y la feliz entrega impiden incluso leer.

Luego, Santos.

La sierra de Santos estuvo en la vista durante varias horas, y al fin el maravilloso canal, que a los costados muestra, de un lado, la ciudad, muy extendida sobre playas que no pudimos ver y que está organizada, según parece, como quería Le Corbusier, en grandes rascacielos separados por amplísimos espacios verdes. Del otro lado una península (o casi) con una sierra central, cubierta de tupida y verde vegetación.

Bajar en Santos es una aventura hacia el infierno de las apoplejías. Tuvimos que interrumpir nuestro paseo a pie porque yo tuve dos o tres vértigos. Nunca sen-

tí un sol tan fuerte, y tanto calor, y tanta mugre en una ciudad. Desidia, abandono, mal olor, etc. etc. (p. 34 – 35)

Sobre el “Andrea C” – 15 de febrero

Ayer, Río. La más hermosa ciudad del mundo –pienso–. Nada tan increíblemente exuberante como la costa próxima a Río. Desde el Sur morros de tupida vegetación en toda su altura, que se suceden a nuestro lado, sobre un mar oceánico, con la visión nítida de sus vegetales, de sus palmas, y recortándose, cercana, sobre otras dos cadenas de sierras azulinas. Eso, a la izquierda. A la derecha, mientras tanto, islotes que se levantan bruscos, tupidos de vegetación, y abiertos de pronto, en grietas que los cortan como un tajo.

Ciudad circuida de montes, y a la falda de la misma, rascacielos de 20 a 25 pisos. Cada pulgada de espacio plano es aprovechada en altura, porque los montes se levantan inmediatamente. Así, el aeródromo, está construido sobre una planicie que es, dentro de la bahía, una península que antes era un morro, volado a dinamita para la construcción del aeropuerto. Allí, un aeroplano prueba los motores mientras otro corre por las pista para levantar vuelo; otro, en el aire, gira, preparando su aterrizaje, y otro, más alto, evoluciona esperando.

A los lados de la entrada a la bahía, viejas fortificaciones portuguesas –fotografié una, la de la derecha– en piedra; en medio de la entrada, como una roca estéril, una isla de cemento que es una poderosa fortificación. La escuadra de guerra descansa contra los muelles.

Desde el canal de entrada, junto a los grandes morros el Pan de Azúcar, hasta el muelle, 45 m. de navegación, y, a la vista, la rambla de Miramar, la playa de Botafogo. Inmensos, en la ciudad, con los montes detrás, los modernos y hermosos edificios del Ministerio de Educación y de Hacienda.

Ya antes de la entrada teníamos a la vista (antes de los morros) la maravillosa y extensísima Praia de Copacabana, con su costanera y su cadena de rascacielos.

Nada de esto pude anotar mientras estábamos en Río. Nunca sentí tanto calor en mi vida. Imposible moverse. Imposible tomar el lapicero, tocar estas páginas sin mojarlas de sudor.

Al atracar, (a las 4 de la tarde) bajamos y tomamos un taxi. Fui al correo (cartas para los padres, para Ángel e Ida y para Maggi y Pocha) y cambié. Después atravesamos la ciudad, de un tráfico endiablado y rapidísimo, con señales automáticas, pero con un desorden también automático y permanente. Me encanta y desorienta, a la vez, el conjunto de calles en irregular diseño. No termino de entender adónde vamos, ni cómo. Pero, mientras andamos, varias veces topamos calles –en lo que todavía parece ser el centro– que terminan bruscamente en la falda de un morro que allí mismo, a unos metros de nosotros, levantan su falda totalmente cubierta de vegetación, de exuberante y selvática vegetación, sin que entre ella y la ciudad aparezca transición alguna. Junto a un rascacielos la falda de un morro. Así corremos por esa abigarradísima ciudad donde siempre hay multitud, hasta que de pron-

to atravesamos un túnel, pasamos bajo un morro (luego de recorrer Miramar) y se nos abre el barrio residencial de Copacabana, con una playa similar a las nuestras de La Paloma, pero con una gran rambla edificada (rascacielos siempre) y detrás los montes (El Corcovado).

Tomo las fotos que puedo.

Algo más maravilloso aún nos esperaba al partir. Salimos puesto ya el sol. Sobre el cielo del poniente, tormentoso y húmedo, se recortan, en diversos tonos, sombríos, azules, los morros detrás de Río. Y enormes, agrandados en la sombra que va cayendo, en la extraña perspectiva de la bahía, los grandes edificios cuadrados, blanquecinos, grisáceos, suben hasta mediar la altura de los montes.

Cae más la luz. Comienzan a encenderse las calles. Las ventanas de los edificios. Las luces rojas de las antenas y de la torre de vigilancia del aeródromo. De un barco de guerra parten señales luminosas, desde el reflector que parpadea. Otro contesta. Se van encendiendo, por tramos repentinos, las luces de la rambla. Hay luces rojas y amarillas, blancas, verdes, azules. En las moles pesadas de los morros se encienden también débiles luces. Son casas humildes. De pronto se encienden los caminos y débiles luces amarillas dibujan en la lejana sombra formas serpentina. Desde una antena se encienden y se apagan, con su parpadeo morse, las luces gemelas de otro semáforo.

Solo la realidad puede salvar esta maravillosa visión del exceso que ella misma es. Imagino que fotografiada en colores sería acaso un exceso de mal gusto. Pero es verdad, y entonces es absolutamente mágica.

Todo esto lo veo tendido en una silla, sobre el puente. El terrible calor me impide hacer otra cosa que mirar.

Para colmo de escenografía, sobre uno de los morros que quedan detrás de Río (tengo el Corcovado algo más a la izquierda, también de fondo, y el Pan de Azúcar más a la izquierda aún) se agruparon densos nubarrones que se encienden de pronto recorridos por relámpagos. Hace tres días que no llueve en Río. Llovió durante los 60 días anteriores. (p. 36 – 41)

17/II/ 50. Andrea C.

Fondeamos desde anoche en la bahía o ensenada de Ilheos. Cuatro grandes lanchones, a los lados de la nave, nos traen sacos y sacos de cacao que nervudos torsos negros preparan para los guinches que incesantemente los hunden en la bodega. Trabajan todos los aparejos a la vez, produciendo un ruido infernal. Todavía no se pudo bajar a tierra, y aquí estamos encerrados a bordo, unos jugando a las cartas, otros conversando, otros jugando al ajedrez, un brasileño escribiendo a máquina y dos o tres negros agrupados en la ventanilla que tengo al lado (escribo en la sala de música) mirando cómo escribo, y haciendo acaso extrañas conjeturas. Desde la mañana el barco está lleno de negros. Lo primero fue el arribo de un lanchón lleno de ellos. No sé para qué tantos. Muchos miran, toman cerveza en el

bar. Vestidos por lo general sólo con un pantaloncito y acaso una camisa abierta, llevan a menudo reloj pulsera de oro.

Suspendo para sumergirme en La ballena blanca con que me acompañó en los últimos días¹⁸. (p. 41 – 42)

Sábado 18 de febr. Sobre el Andrea, en la ensenada de Ilheos.

Si el espectáculo de Río de Janeiro fue sorprendente y rico para nosotros, el que ayer nos ofreció esta pequeña ciudad de Bahía, Ilheos, me resulta difícilmente descriptible. Está dominada por dos alturas, tupidas de la típica vegetación tropical, de anchas y brillantes hojas, a cuyos flancos se extiende una larga y hermosísima playa que luego algunos brasileños que nos acompañan comparaban con Copacabana.

Las dos alturas de Ilheos, están rodeadas de mar, de agua. De allí su nombre. Un río que al desembocar, forma un puerto natural protegido, pero de poca profundidad, dibuja, en torno de las dos alturas, su último bucle, y del medio de este, uno de los brazos del río se extiende algo tierra adentro para terminar también, por su otro extremo, en el mar, hacia el N.

Ordenadas sobre las faldas que, se contemplan desde el mar, se ven pequeñas y muy pintorescas casas, pintadas, todas con colores brillantes, intensos y aún recuadradas en líneas gruesas de otros tonos, tal como en un dibujo de niños, o como gusta hacer el taller de Torres García pero con paleta no baja sino extraordinariamente luminosa. El azul intenso, el rojo brillante, el naranja, el amarillo, el celeste, y los marcos y dibujos blancos o en los mismos colores pero contrastando, son inevitables. Solo mantiene el color bajo y gris del cemento, el convento que está en la altura, y la más moderna, aunque inconclusa iglesia que está al pie de la otra falda, junto al mar, exactamente donde comienza la costanera. Otra pequeña iglesia hay en lo alto de la altura menor, la que se adelanta rodeada a un lado del mar, al otro de río, en escarpadas barrancas de tierra absolutamente roja y de vegetación intensamente verde; pero esta es de un limpio amarillo claro.

Fuimos, desde el Andrea, en una de las barcas en que se había transportado el cacao. A medida que nos acercábamos se nos iba haciendo más inverosímil el aspecto de la edificación, de esas estrechas casitas que, en largas hileras bordean, y a veces trepan, las barrancas. Pero cuando vencimos el extremo sur de la península, un Cristo, copia del Redentor del Corcovado, espera allí, blanco, artificial y ridículo. Se nos apareció la parte interior de la ciudad, los muelles, una feria, y la abigarrada población negra.

Desembarcamos.

Las calles, no más anchas por lo general, de cinco o seis metros, están junto al puerto, llenas de una reposada multitud que nos mira, curiosa, mientras las reco-

18 Se supone que se refiere a la famosa novela de Herman Melville, *Moby Dick*.

rremos. Todos son negros, salvo muy contadas excepciones. De pronto un camión intenta recorrer la calle y lo hace muy lentamente.

Mientras escribo se me acerca Mario –el encantador italianito de 6 años que me dice: “¿*Qué cosa i?*? ¿*Questo?*” –digo yo– “*Escritura*”. “*No*” –me dice– “¿*stai malato?*” “*Perché?*” “*Toma questo...*” Es porque tomo mate...

Las calles angostas y coloreadas, llenas de trajes blancos y caras negras, se tuercen y a veces trepan hasta convertirse en escaleras. Sobre un muro aparecen palmas, cocos, bananas. Un burro con barriles pequeños, exactamente como tambores, pero llenos de agua, viene guiado por un negro, a quien le pido que se detenga y le tomo una foto luego de hacer que Minye se ponga a su lado. (Más tarde, cuando volvía al puerto, me detuvo por la calle el dueño del burrito, vestido de oscuro, cuello, corbata y sombrero y me ofreció el burrito en venta: 5000 cruzeiros).

Un bahiano encantador nos guía por las escaleras y callejuelas empinadas. Entramos en una choza donde una mujer, sentada a una mesa y de espaldas a una pared llena de fotografías, vende bananas. Seguimos. Mujeres comen bananas en cuclillas a la puerta de sus chozas. Llegamos a lo alto, al convento. Desde allí, la ciudad tiene un aspecto maravilloso. Calles torcidas, de piedra o de tierra roja, casas y casuchas pintadas de colores vivos. Al fondo, abajo, inúmeros tejados que armonizan en un conjunto abigarrado y con colores a veces vivos, a veces opacos, mates, de siena oscuro; la elevación del puente, rodeada de agua, muestra a su pie la feria de móviles figuras blancas, y sus barrancas de tierra roja o de violentas hojas verdes. Hay fragmentos que parecen telas vegetales de Rousseau el “*douanier*”.

Yo pensaba que este ambiente solo sería visible en África, pero lo encuentro aquí, no solo con mayor riqueza de color y de vegetación, sino con esos movimientos de elevación que enriquecen todo el paisaje. Y, además, el agua que abraza la aldea con un rumor plácido. Al otro lado del río la costa se empina, serpentea, entre palmas, algún camino; se adivina, tras la vegetación, alguna choza serena. (p. 42 – 45)

Domingo 19/ II

Hoy comienza la gran travesía. Después de almorzar dejamos Bahía, en carnaval (primer día de Carnaval). No era interesante el aspecto del puerto mismo (comparado con Santos o con Río) pero otra cosa era la ciudad. Elevada sobre el nivel del puerto, de manera que (p. 45 – 46)

Lunes 20/ II/ 50. Andrea C.

Interrumpí ayer, en parte por el excesivo calor, en parte por el cansancio que me quedó de nuestro paseo por Bahía. Fue en Bahía que vimos una vislumbre del carnaval brasileiro. Bajamos del barco a las 9 de la mañana, y luego de ir al correo, y de subir a la ciudad alta por el elevador, tomamos un tranvía (se les llama bondy o wondi; al menos así lo oigo sonar) con la intención de dar una vuelta en redon-

do. El tranvía en el que subimos –acompañados por el matrimonio Mesa y el infaltable Mario, por el geómetra ítalo portugués –a quien aquí llaman algunos por su dulzura amanerada, Margarita Gautier¹⁹–, por su amigo y por el tríptico brasileño (que merece capítulo aparte) –acogió pronto a un grupo de máscaras de las que ya andaban por la calle, con graciosos trajes de Pierrots fantásticos, y caretas de tela que envuelven toda la cabeza, mientras una danzaba y cantaba, tomando posturas fantásticas y graciosas en el pasillo delantero (que es más ancho) otra, sentada, separando algo la tela de su careta para abanicarse la cara por debajo, y las otras, sentadas también, cantaban y seguían con palmadas el ritmo de las que danzaban. Los pasajeros miraban sonrientes y plácidos. Algunos, normalmente serios.

El brasileño del tríptico, que viaja siempre con la filmadora –y tanto que se la envidio– tomó escenas desde diferentes ángulos del tranvía.

Eran las diez.

El tranvía corría por una calle arbolada, con columnas de hierro en el centro, que sostenían los cables del tranvía y que estaba flanqueada por viejos edificios típicos, en algo similares, algunos, a los de viejas y caprichosas quintas del Prado, aunque con menos jardín.

El griterío de la farándula que llevamos con nosotros es ensordecedor. A veces, tropezamos con bandas de verdaderos escolares del canto popular: se dirigen a las “escuelas de música” según me explican. Visten limpios, finos y elegantes uniformes que consisten, por lo general, en un pantaloncillo de seda; a veces una camisilla flotante, también de seda, zapatillas y acaso un turbante o algo que se le parece. Además, un cierto número de pulseras y piezas que cuelgan del cuello o en la cintura. Andan en fila ordenada, serios y cuidadosos, mientras marcan con sus instrumentos –cajas, tamboriles– ritmos de música popular. Como los veo alejarse de la avenida y descender por una calle de tierra roja y agrietada, se me aparecen como príncipes de *Las mil y una noches* visitando un pueblo miserable.

El espectáculo se repitió varias veces.

Pero a la vuelta (cambiamos de tranvía en una plaza, recorrimos la playa del E., pasamos junto a un faro, descendimos y trepamos cuestras) el centro ya estaba abigarrado. Los tranvías se detenían por varios minutos, para andar luego cuatro o cinco metros. Las aceras estaban ya atestadas de sillas. Todos los comercios cerrados (solo compramos, en el puerto, un cortapapel de asta y un par de sandalias para mí, y en la calle del corso un collar lleno de color para Minye). Pululaban las máscaras. La mayor parte hombres vestidos de mujeres. Pantaloncillo, o pollerita, *soutien* con senos artificiales y colorete.

Cuando, temiendo no llegar a tiempo, tomamos un taxi, éste nos llevó por callejuelas torcidas y empinadísimas (bajado frenado y engranado en primera con el motor apagado) donde las máscaras reían, gritaban y bailaban, semidesnudas algunas, otras vestidas de Pierrots, y todo eso a las 11 de la mañana del primer día de Carnaval, en un ciudad que tiene 365 iglesias. Desde el barco, al soltar amarras,

19 Protagonista de *La dama de las camelias* (1848), de Alejandro Dumas (hijo).

solo se veían las barrancas; la ciudad alta no se alcanza a ver. Y bien, desde el barco, conté quince iglesias. En una plaza hay cuatro. (p. 46 – 49)

23 febr. Por la mañana.

Luego de las fiestas del Ecuador, de ayer, el barco, más tranquilo –llueve– me hace pensar en la terminación de “El eco”. Hago infructuosamente, por ahora, desesperados esfuerzos por recuperar la conversación con Ángel del domingo aquél, en casa, en que leyó el cuento.

Estos días pasados, aquí, en el barco, mucha observación novelística. Montagné, y el franciscano sentado a la mesa de fiesta con el sombrero de cartón.

Conversaciones literarias con Hovelaque y Savary²⁰. Son las únicas personas cultas que hasta ahora puedo descubrir a bordo. (p. 50)

24 de febr. Andrea C. Dos días después de atravesar el Ecuador.

Ayer, conversación con Montagné. Ese viejo ridículo, resulta muy enriquecido novelísticamente luego de una conversación.

Vestía, al subir a bordo, un traje gris muy correcto, cuidada corbata y sombrero de fieltro gris ribeteado de seda. Cuando subió en Montevideo, su discusión con el changador y su negativa a pagar lo que le pedía, su intento –que realizó en parte– de subir con sus valijas él mismo, hizo que Maggi me gritara pidiéndome que, desde el primer puerto le enviara noticias.

Esas noticias –que no envié, en realidad– se limitaban, hasta ayer, al aspecto ridículo del Sr. Montagné a quien el calor obligó a aligerarse de ropas hasta que comenzó a aparecer en cubierta con una camisa –que a veces era camión– y un pantalón de pijama, siempre mal abotonado de modo que salía por la bragueta un trozo de camisa. Su exhibicionismo hizo además que un día se quitara los pantalones y quedara con su calzoncillo abierto sobre cubierta, hasta que alguien lo advirtió: se asustó, se sobresaltó y se vistió. Otro día, en el cine al aire libre, al levantarse para cambiarse de silla, volvieron a caer sus pantalones.

Y el Sr. Montagné es un hombre dulce, tímido, con frecuente sonrisa de abuelo que atisba apenas el mundo desde sus redondos lentes de oro.

Conversando con él supe qué dirección tienen sus permanentes lecturas (sobre temas de la guerra y en francés). Se propone saber dos cosas (me dijo). – *La première c'est (de) savoir le moment où Hitler a perdu la guerre.*²¹ Y me explicó entonces que ello ocurrió antes de Sebastopol, en nov. de 1942 en el desastre de

20 Los Hovelaque (padre e hija) y el matrimonio Savary era intelectuales franceses, pacifistas, miembros del Movimiento Universal por la Confederación Mundial. Retornaban a Francia provenientes de Córdoba (Argentina) donde se habían dedicado al agro y la ganadería. El Sr. Savary se presentaba como poeta, pintor y autor de una novela surrealista. La amistad con P. Hovelaque perdurará en París y se prolongará por intercambio de correspondencia en 1954 desde Suiza y Santiago de Chile. Intérprete de conferencias internacionales, P. Hovelaque llegará a Montevideo hacia fines de ese año, enviado a la Conferencia General de la Unesco.

21 “*La primera es saber el momento en que Hitler perdió la guerra.*”

Nuremberg, cuando sobre 600.000 hombres Hitler perdió 500.000. Y de frío (comentaba) no de esfuerzo.

Varias veces le pregunté cuál era su otra preocupación, pero no me contestaba, hasta que al fin:

– *Et l'autre c'est (de) savoir pourquoi il n'a pas fait la paix. La première: il n'y a pas beaucoup de temps que je le sais. Il y a six mois*²².

–¿Y la segunda? (pregunté)

– *Pas encore. Je sais qu'il a fait une tentative en 1941 et au commencement de 1942 (avant le désastre)*²³.

Luego me explicó el rendimiento relativo de las minas de carbón y de hierro de Inglaterra, Francia, Ruhr, etc. Fue presidente de los ferrocarriles portugueses. Piensa retirar sus títulos de deuda para llevarlos a E.U.

De pronto –sabiendo que soy diplomático uruguayo– me preguntó:

–¿Sabe Ud. cuándo Perón atacará al Uruguay?

–No.

– *Vous savez, il est gourmand*²⁴. (p. 50 – 53)

Viernes 25 febrero – Andrea C. En medio del Atlántico.

Interesantes conversaciones con Hovelaque. Con Savary se conversa menos. Tiene cierto parecido, somático y de carácter con Leandro. Y, a veces, se encierra un poco aunque con la voluntad de abrirse. Escribía. Ahora pinta. Va a Italia por tres meses. Es pacifista.

Hovelaque tiene una posición política idéntica a la mía. A la que conversamos con Ángel antes de partir. Me pasó un número de “Esprit”²⁵ dedicado al federalismo europeo como respuesta a la objeción de que nuestra actitud frente a los extremos pudiera no ser más que una posición negativa. Leí algo que me resulta muy interesante. Escribiré a Ángel sobre esto. (p. 53 – 54)

27 de febrero 50. Sobre el “Andrea C.” Entre las islas de Cabo Verde y las Canarias.

Ayer y hoy, días movidos. Mareos de Minye. El boletín dice: *mar mosso*, y hoy, *mar agitato*. Según el boletín meteorológico de Portugal el tiempo ha de empeorar.

En realidad, luego de habituarse al movimiento es con el mar *agitato* cuando comienza a sentirse la grandiosidad del océano. Nos dicen que esto no es nada,

22 “Y la otra es saber por qué él no hizo la paz. No hace mucho que la supe. Hace seis meses.”

23 “No sé todavía. Sé que hizo una tentativa en 1941 y al comienzo de 1942 (antes del desastre).”

24 “Ud. sabe, él es codicioso.”

25 Revista intelectual francesa, vinculada al movimiento “Esprit”, de tendencia católica liberal de izquierda. Fue fundada en 1932 por Emmanuel Mounier, quien la dirigiera hasta su fallecimiento en 1950. La dirección fue entonces asumida por el crítico literario Albert Béguin.

que es tiempo bueno y seguro, y lo creo. Que en el Atlántico norte las olas son de veinte metros, y que aún nos esperan el Mediterráneo y su golfo de León.

De todos modos, hoy vimos salpicarse la proa con el agua de las olas, y algunos compañeros que tienen todavía film pudieron tomar buenas fotografías. Desde lo alto del puente de comando, el movimiento de solemne y seguro cabeceo del Andrea (el *tangagi*) que se levanta para caer de pronto sobre una ola que se abre y salta a los costados para caer de pronto sobre la proa, es hermoso y entusiasmo.

Visitamos el puente de comando, y los oficiales nos explicaron el funcionamiento de los aparatos automáticos de control y los procedimientos para la toma de posición.

Me entusiasmo la posibilidad de comprar, en Las Palmas (antes de entrar al Mediterráneo) una filmadora. Siento que mis ojos, y mi propio estado general, que me impide sentir las cosas en toda su intensidad, no bastan; que hay mucho que me resbala casi sin dejar huella. El clima, sin embargo, cambió mucho y, para mí, favorablemente. Desde ayer estamos en la equivalencia de un otoño montevideano. Fresco, un fresco que yo ya creía imposible, y que me hace recordar los más hermosos días de Mangaripé, ya hacia la Semana de Turismo. (p. 54 – 56)

28 de febrero 1950

El clima se hace invernal. Ayer por la tarde, jugando al ajedrez junto a ventanas cerradas, cielo ceniciento, y tomando mate, ya sentimos el invierno. Jugué con Hovelaque. Luego, por la noche, nos quedamos conversando con él y con Savary junto a una copa de ron. Me siento muy bien con ellos. Por otra parte me enteraron de una serie de datos relativos a cambios, etc. (p. 56)

2 de marzo

Anoche, al volver al barco, hubiera querido anotar algo sobre el costo de la vida en Las Palmas, pero el espectáculo de incesante regateo del muelle me entretuvo, me atraieron los negocios y perdí el tiempo regateando cigarrillos, lapiceras, y viendo mantones y estupenda mantelería. No compramos al fin más que cigarrillos y lapiceras. El viaje hacia Europa, hace ridícula la compra de artículos que no podría llevar a Montevideo hasta dentro de dos años.

Apenas atracamos al muelle de Las Palmas, ya nos esperaba una pequeña multitud de mocetones que ofrecían su mercancía –las muñecas, que hacían caminar en el muelle, puñalitos con incrustaciones de oro, collares, etc.– y nos las alcanzaban para que las viéramos, extendiendo el brazo por sobre el agua.

Bajamos, cuidándonos –nos advirtieron que todo vuela de los bolsillos en ese muelle– al tiempo que veíamos una ruidosa pelea frente a nosotros (la policía se aleja prudentemente y no se ve a ningún agente, sólo cientos de malandrines) y mientras una banda de muchachos muy españoles de cara y gestos trataban de

saltar al barco trepando por donde podían a pesar de la persecución de la gente de a bordo.

Con Hovelaque, su hija Françoise y la Sra. de Savary con su [¿?], tomamos un taxi.

Combinamos precio por ida y vuelta y 3 horas al centro. Cuando subíamos un agente preguntó al chofer:

–¿Dio el precio?

–La tarifa.

–Y bueno. Si no les gusta que anden a pie.

Acaso lo decían porque nos habían visto regatear con otro taxi que nos había pedido 3 Dól. Éste nos cobraba \$US 2,50.

Subimos a la ciudad.

Las Palmas no tiene construcción nueva. No me interesa casi nada de lo que veo. Me llaman la atención los gestos ridículos de los agentes que dirigen el tráfico. Me interesa mucho más la conversación con el chofer que resulta ser lo más español que yo haya conocido. (Y lo más español de todo lo que veré en Las Palmas.)

–Bueno, ahora díganos Ud. qué se compra barato aquí.

–¿Aquí? ¡Qué va! ¿Barato? ¡Pué nada! ¿Qué quiere usted? Estamos en España. Aquí la vida no es un regalo ¿sabe usted?

–Sí, pero algo habrá barato. Me interesa ver alguna máquina fotográfica ¿Las hay?

–Y, yo lo voy a llevar al mejor comercio de Las Palmas. Allí verán Uds. lo que gusten.

Y allí fuimos hasta un negocio evidentemente establecido para turistas. También allí, a pesar de las grandes vidrieras y de los tubos de luz tuvimos que regatear. Se vendían telas, marfiles, marquetería española, etc. Algo era barato, pero no excepcional. Compré allí, por 8 dólares y medio, una Parker para Minye.

Imposible comprar máquinas fotográficas y con film. Precios prohibitivos (Leika 1.000 m/u)

Anduvimos tomando algo y volvimos al barco luego de comprar cigarrillos americanos a 65 pesetas el cartón, pero admitiendo ellos el dólar en bolsa negra a 50 pesetas (el cambio oficial es a 16).

Fue en el viaje de vuelta del taxi que su chofer, entre golpes de gorra sobre la frente y sobre la nuca, nos fue dando los datos que ya anoté sobre el costo de la vida, en un lenguaje estupidamente expresivo. Claro está que no hay huelgas desde “el movimiento”, como él llama a la guerra española. Además es cada vez más frecuente la huida de polizontes. Preparan, como pueden, algún viejo barco a vela y allá se lanzan a atravesar el Atlántico rumbo a Venezuela. Hace poco partió un viejo velero de 10 metros repleto de personas con ese rumbo. (Pienso que se encontraron con el Atlántico agitado que nosotros sufrimos al venir.) Allí me hablaron de huidas en masa de hasta 100 personas.

Luego de cenar volvimos a bajar al muelle, aunque había vendedores también sobre el barco. Fue aquí, que, luego de regatear, Savary consiguió una Parker de último modelo a 7 dólares y, momentos después conseguimos del mismo vendedor, 3 por 18 dólares. (A Apolo, el arquitecto uruguayo, el mismo le ofreció otra por 5 dólares).

Continúo de tarde, en un día gris, invernal, mientras se ven ya, en el horizonte, las montañas muy lejanas de la costa africana. El mar está más sereno que en los días anteriores, aunque se mueve algo. Minye está mucho mejor. El reposo de ayer en tierra firme le hace soportar mejor el movimiento –por otra parte suave– de hoy.

Vuelvo a recordar el muelle tal como estaba anoche. Paseándonos por él decíamos, con Hovelaque, que esa sería una representación en miniatura, de un puerto del norte de África. El muelle es angosto y largo, y en él se amontonan las mercaderías que carga nuestro Andrea (con sus propios guinches; el puerto no tiene grúas). Entre esas mercaderías (bananas y tomates exclusivamente) y el agua –o el barco– quedan unos pocos metros por donde pasan autos en uno u otro sentido. A veces uno tiene que esperar para que pase el otro. A veces otro amenaza con tirar al agua las jaulas de canarios y loros que están apiladas al borde del muelle y junto a las que regatean españoles y viajeros. En tales ocasiones hay un pequeño tumulto, se alzan algunas voces, un coche da marcha atrás y luego todo sigue como antes.

A medida que pasa el tiempo se ven menos coches. Los espacios se abren entre las pilas de cajones de tomates y allí se extienden en el suelo, manteles, cigarrillos, cortapapeles, collares, bordados, mantones, lapiceras, y muñecas, mercadería de España, de Marruecos español, y la que dejan los marinos de los barcos que hacen escala. Sólo son de allí los manteles de maravilloso bordado. Las cajas de taracea –madera y marfil– vienen de Granada; las muñecas de Barcelona; las mantas bordadas en oro y rojo, de Marruecos; los cigarrillos son de Las Palmas, pero con hoja de habana.

Paseo con inmenso gusto, oigo regatear en italiano, en español, en inglés y en francés. Cada vez que pido un precio, la pregunta primera que oigo es: ¿En qué moneda, señor? A menudo no saben bien lo que venden. Pregunto el precio de un jabón: “Dos pastillas son 100 liras. Muy buenas para la ropa”, me indica, haciendo un gesto de refregar su pantalón como si lavara. Compro el jabón. Es perfumado. Le digo: “Lo compro para las manos”. Me contesta: “Hay quien lo usa también para la cara, señor, que es bueno.”

Todo lo miro, lo tengo entre las manos, comparo y discuto, aunque no pienso comprar. Pero les hago el gusto. Me piden por un muy hermoso mantel de hilo crudo con mucho encaje de bolillo, que me encanta, 15 dólares. Pero me parece absurdo comprarlo ahora ¿Para qué?

–¿Qué cigarrillos son esos?

–De habana señor, pero hechos aquí. Sírvase Ud. uno.

–Acabo de tirar.

–No importa. El señor es fumador y sabrá apreciar. Ande, encienda este purillo. Son paquetes de diez y a 10 pesetas.

–De verdad, que no quiero fumar, ni comprar.

–Pero señor, me hace Ud. un gusto; que yo quiero tener el placer de que Ud. fume y luego no me compre. Encienda este purillo, señor, encienda Ud.

Imposible defenderme. Fumo. Atiendo a Minye que compra un collar. Vuelvo.

El vendedor me espera sonriendo: “Ya sabía yo que sí fumaba...” Lo interrumpo:

Por un dólar ¿Cuántos me da Ud.?

–¡Pué... 3!

–Hombre es una barbaridad. Deme 6.

–Apenas podría 4.

–Es caro.

–Vaya. Tome Ud. 5 y deme el dólar.

Le pido el dólar a Savary y me voy con los cigarros, pensando dónde meteré ya tanto cigarro como fui comprando.

Doy una vuelta por el barco. Allí están alborotados porque el maltés (que no habla español, se excedió en el regateo) compró tres cartones de Camel a bajo precio, pero los paquetes estaban rellenos de cartón. Buscan a la policía, etc.

¡Inolvidable espectáculo del mar!

Escribo en la cabina, a las 2 h 30 del día 3 de marzo. (Debía ser el de nuestro arribo a Cannes y no llegamos todavía a Gibraltar.) Hubo esta noche baile en 2ª. Nosotros nos quedamos conversando y bebiendo hasta después del baile. (p. 57 – 66)

4 de marzo

Interrumpí anteayer la anotación y ayer pasé cierto tiempo mecanografiando este mismo diario para enviar copia a papá y a Ángel. Ahora escribo ya en Europa. A la vista las montañas de África, frente al estrecho. La tierra española esta todavía lejana.

Ayer de noche, conversaciones con Hovelaque sobre *El Habitante*, con observaciones muy concordes con lo que yo mismo pienso de él. La observación que más me interesó fue esta: me dijo que era la primera vez que leía prosa rioplatense que le hacía la impresión de bien escrita sin que fuera, por ello, española. (Acaso pensaba en Rodríguez Larreta.)

A la derecha, se ven ya, lo que creo las columnas de Hércules, nítidas, relativamente cercanas. A la izquierda están todavía algo desvanecidas, pero se las ve altas, azulinas, en la tierra española. Mientras entramos en el estrecho, otros navíos se nos van acercando. Nos acompañan las gaviotas. En la falda africana, una pequeña iglesia blanca.

Vimos de cerca el peñón de Gibraltar. El navío pasa a su lado. Informa con banderas sobre su procedencia y destino. El semáforo del peñón contesta con su lenguaje destellante. Ellos controlan absolutamente el Mediterráneo.

Cuando me refería, ayer o anteayer al espectáculo del mar, lo hacía recordando lo que había contemplado media hora antes desde la borda de estribor, junto a la puerta que da al puente de proa.

El navío cortaba el mar con seguridad, abriéndose camino contra las olas que impulsaba un viento de proa.

La luna, alta ya a estribor, daba a la espuma una fantasmal luminosidad azulina que se hace más o menos intensa según la fugaz corporeidad de la espuma misma. Pero, al levantarse lo blanco se siente alzarse también impetuosos movimientos negros que se hacen sensibles por las desvanecidas ramazones levísimas que giran vertiginosamente arremolinadas por el viento. A veces, brusca, una lluvia blanca que se desprende de lo alto de la ola azota violentamente el negro torbellino. Hasta tal punto ondula en lo negro esa luz espectral y hace sospechar un abismo de poderosa atracción y me recorre un estremecimiento. Durante todo el tiempo pienso por qué no se imaginó el infierno con esta diabólica belleza²⁶. (p. 66 – 68)

Domingo 5 de marzo. En el Andrea C.

Me levanto tarde. Me dicen que hace poco dejó de verse una gran ciudad en la costa española cuyas más altas cumbres apenas se divisan ahora.

El Mediterráneo nos ofrece la más absoluta serenidad. Es de un azul verdoso (tan diferente, ahora, del Atlántico) y de una calma increíble. Las únicas ondas visibles son las que alza la proa de nuestro navío.

Y todo ello en la más hermosa luz de todo el viaje. Luz de una hermosa transparencia dorada. Por primera vez re veo la luz de Montevideo. Es una luminosa mañana fresca de Mangaripé. El aire es liviano y tónico. Todos nos sentimos ágiles, despiertos.

Luego de varios días de encierro los pasajeros andan por los puentes, se tienden, abrigados, en sillas. Los marineros lavan, de prisa, el hollín que la chimenea dejó en la enfermería (a popa); otros, trepados al palo mayor, pintan.

Un grupo de marineros contempla, sobre las escotillas de popa, el juego de los gatos al sol.

[...] (p. 68 – 69)

²⁶ “Dime, entonces, si eres la morada del príncipe de las tinieblas. Dímelo... dímelo, océano, y si el soplo de Satán crea las tempestades que levantan tus aguas saladas hasta las nubes. Es preciso que me lo digas porque me alegraría saber que el infierno está tan cerca del hombre.” *Cantos de Maldoror*, de I. Ducasse, conde de Lautréamont. Tanto Díaz como Amanda Berenguer realizarían a lo largo de su vida extensos estudios sobre la obra de Lautréamont.

París, jueves 9 de marzo

Llegamos ayer, a las 9 y cuarto de la mañana, a la *gare* de Lyon. Como era de esperar, fue invaluable el apoyo de Hovelaque que se entendió con las valijas, me prestó 5000 francos y nos contrató el vehículo. Era un día gris, de frío y niebla. Desde el ferrocarril se veía a veces el Sena, corriendo a nuestro lado, y un largo bosque, de árboles delgados, de ramas desnudas y negras. A media altura flotaban largos jirones de niebla. Debajo se dibujaban senderos entre los árboles.

El coche nos llevó por el Bd Diderot, pasamos por el *pont* d' Austerlitz y corrimos otra vez junto al Seine pero por la Rive Gauche, por el *quai* Saint Bernard hasta el Bd. St. Germain. Allí tomamos el Boul' Mich'²⁷ y luego de pasar la *rue* de la Sorbonne llegamos a la *rue* Cujas.

Mme Salvage es maravillosamente simpática. Ya había recibido una encantadora carta de Paco –que hoy me mostró– y que la puso en el mejor estado de espíritu.

Me enteré hoy por Benvenuto que en este hotel de Saint Michel²⁸ vivió Murger, el autor de *Escenas de la vida bohemia*, y su relato es la vida de este mismo Quartier Latin, de este mismo hotel. De aquí salió Mimí²⁹. La gata de la Sra. Salvage se llama Mimí.

Salimos un momento para que Minye tomara su té con leche, y luego caminamos algo por el St. Michel.

Todavía no me ocupé de averiguar dónde queda el *comptoir*, dónde está mi dinero. No pienso en comprar auto por ahora. No siento, todavía, la necesidad. Veremos. Lo que necesito, eso sí, es conocer franceses, tratar con escritor(es). Sentir guías parisinos e inteligentes a mi lado.

No tengo ganas de apurarme por nada. (p. 70 – 71)

París – Viernes 10 de marzo

La experiencia de ayer de tarde fue estupenda. Sé de antemano que no voy a poder describir lo que vi y lo que sentí. Ayer, a cada paso, a cada esquina, me proponía escribir a los muchachos, a los viejos. Pensaba: ¡Esto habría que verlo con Ángel e Ida, esto con los viejos, esto a Maggi lo voltea! Y sin embargo, al llegar al hotel me encontré tan cansado, tan lleno de visiones absolutamente increíbles, no sedimentadas aún, dentro de mí, que fui incapaz de escribir una carta.

²⁷ Boulevard Saint-Michel.

²⁸ Hôtel Saint Michel, 19 rue Cujas. Francisco Espínola se había alojado en este hotel, cuya dueña era Madame Salvage, en 1948. Desde entonces era muy frecuentado por uruguayos. Durante la estadía de los Díaz pasaron por allí Sergio Benvenuto, un hijo de Vaz Ferreira, Carmelo de Arzadun y señora, Adolfo Pastor, Jorge Pérez Lynch, Leandro Castellanos Balparda, los Machado Ribas, etc. Alfredo y Esther de Cáceres recién habían partido para España e Italia.

²⁹ Mimi, amante de Rodolphe, uno de los protagonistas de *Escenas de la vida bohemia* (1847 – 1849), de Henry Murger.

Ahora intentaré recordar, mientras tomo mate junto a la ventana. Veo grupos de estudiantes que andan con sus carteras debajo del brazo por la calle Victor Cousin, bajo las ventanas de la Sorbonne.

Ayer vino Benvenuto y luego, para encontrarse con no sé quién, Pastor³⁰. Al fin, salimos juntos. Remontamos la *rue* Cujas hasta sorprendernos con otro aspecto del Panteón y con la iglesia de Saint Étienne du Mont. Todo a esa increíble luz de París, que destaca como rotundos los edificios cercanos y aleja, en una perspectiva dorada, de transparencias de seda, los edificios que están más lejos. Así, una maravillosa visión impresionista de la *rue* Soufflot quedaba enmarcada por la elegancia rotunda del Panteón y por las finas ramas negras de los árboles. Estábamos en lo alto de la montaña de Santa Genoveva.

Entramos en la iglesia –caprichosa y exquisita, con un coro que la atraviesa en el medio– y anduvimos pisando viejas losas. A un lado se indica que bajo este pilar están los restos del rey Clovis, en tal otro se encontraron los restos de Santa Genoveva, y de pronto, cerca de tal pilar, fue inhumado Pascal. Acaso los restos estuvieran bajo la losa que yo pisaba.

Tantas eran las inscripciones de los mármoles de las paredes, que llegué a experimentar una impresión de disgusto y llegué a sentir que mucho de lo que a nosotros nos resulta valioso tendría que resultarles, a ellos, monstruoso. ¡Qué necesidad de sacudir sobre ellos el peso de tan poderosa tradición! En lo intelectual –como en lo físico– puede llegar a sentirse miedo de dar un paso porque se corre riesgo de pisar una piedra tumbal.

Bajamos luego por la *rue* de la Montagne Sainte-Geneviève, con trazos anti-quiésimos, calzadas a varios niveles, y luego de pasar por L'École Polytechnique, llegamos al Bd. Saint Germain. Las carnicerías de carne de caballo muestran su enseña dorada.

Luego volvimos a bajar hacia el Seine por la *rue* Saint Jacques (comienzo del camino de Santiago: así llamada porque por allí pasaban las peregrinaciones a S. de Compostela) y pasamos por el claustro luminosísimo de Saint Séverin y por la iglesia de Saint Julien le Pauvre, dedicada ahora al culto griego. Humilde, pequeña, aldeana, donde a unos metros se la ve en contraste de primer plano contra la masa enorme, blanca gris y rosada de Nuestra Señora.

Anduvimos después por la Cité, recorriendo los *quais* y viendo la maravillosa luz de París que flota como un tul luminoso sobre el Sena. Los arcos de los puentes se hacen graciosos de forma y color a la distancia. Y por fin bajamos a la pequeña plaza *square* en que termina la Cité. Allí, entre árboles negros, un sauce llorón comienza a reverdecer.

La vuelta del paseo la hicimos por un admirable barrio que queda encajado entre el *quai* Gds. Augustins, *r* Dauphiné y Bd. St. Germain. Primero pasamos por la *rue* de Nevers, de unos dos metros de ancho, restos de torreones a los lados y paredes poderosas y curvas, de extraña perspectiva entre medieval y cubista; y

30 Adolfo Pastor (1898 – 1982), dibujante y xilografista.

luego entramos a la Com. de St. André. Es el laberinto más pintoresco y arrevesado que se pueda suponer. En un cuarto de paredes de vidrio se ve el dormitorio de una vieja que hace calceta junto a su cama. Al lado, un tapicero restaurador (donde Pastor asegura haber visto tapices del siglo XIII y XIV). Un librero de libros antiguos que no me atreví a visitar. Las vueltas, revueltas y cambios de dimensión son continuos. De pronto, una verja inverosímil y una *voiturette* Scoda. En un cajón, un árbol con brotes nuevos. Paredes de piedra, de madera, de vidrio y de metal. Trepamos por una escalera de piedra y madera que da dos vueltas, y en cada una, una ventana, y que termina frente a una puerta de madera. Imposible tratar de comprender el conjunto.

El paseo terminó tomando un Martini en el Café Flore.

La cena, en un café ruso, cerca de la *rue* Victor Cousin, cuya puerta da a un patio... (p. 71 – 76)

Lunes 13/ III/ París

Leo en el Quartier Latin (“Le magazine des étudiants”) un anuncio que me llama la atención. Es un llamado a los jóvenes escritores contra la literatura de “*avant – garde*” y “*décadence*”... “*nous voulons dresser un appel à la joie, à l’espoir, à la vie...*”³¹

Y se cita a los interesados para el 1er. y 3er. viernes de cada mes. (p. 76)

Miércoles 15 – París

Anteayer caminamos con los muchachos, buscando información sobre autos. Estuvimos en la casa Citroën.

En medio de la recorrida estuvimos en la Legación de Uruguay, con la torpe idea de saludar a Sáenz a la vez que pedía un documento de identidad para poder operar con el banco.

Decididamente, por ahora no me descubro por ningún lado fibras de diplomático. Imaginé a nuestro encargado de negocios de una manera y actué en consecuencia, aunque el señor que tenía delante era diferente: mucho más estúpido de lo que yo creía. Cuando, en un momento, estuvo grosero conmigo, la única frase que se me ocurrió era ingeniosa e hiriente, pero demasiado hiriente, y no la pronuncié. La conversación tenía además, para mí, un aire como espectacular. Yo me sentía permaneciendo ajeno y dándome cuenta, con sonrisas que al Ministro lo harían volar, de que le habían birlado la embajada y que estaba, por lo tanto, fuera de sí. Me enteré, además, de que mi ministro en Bruselas será otro que Benavides³². Conversé luego con nuestro secretario, Rossi, quien me habló de su amistad con

31 “*vanguardia*” y “*decadencia*”... “*queremos lanzar un llamado a la alegría, a la esperanza, a la vida...*”

32 El Ministro de la República en Bélgica será Eduardo D. de Arteaga, quien llegará en julio de ese año y a quien Díaz dirigirá cuatro informes entre 1950 – 1951.

Rubén Darío y de las pérdidas sucesivas de sus anotaciones sobre aquél (robo, naufragio, etc.)

Ayer nos lanzamos a la busca de dos amigos de Bergamín para los que tenemos carta: Claude Aveline³³ y Camus.

Dos visitas a lo de Aveline, separadas por una agitada correspondencia a mi padre, que me amenaza, en su carta, con cobrar y girar mis dineros (olvidó nuestras conversaciones).

Envié carta y telegrama para detenerlo.

Al fin dejé en lo de Aveline mi tarjeta y la promesa de telefonarle hoy.

Otra cosa fue lo de Camus.

Llegamos al edificio (cerca del Sena) de gran portal y un sinnúmero de inquilinos y preguntamos a la portera. Ella nos explicó que está enfermo y que no está en París, sino en un pueblo de los Alpes Marítimos, y que era lástima, porque es un mozo muy gentil. Y enseguida nos explicó que ella no iba a poder darnos la dirección porque está un poco extraviada del cerebro, porque perdió un hijo, muy gentil también, y eso hace que tenga ganas de seguirlo; que su marido “*qu'est un homme très sage*” la obliga a cuidarse, pero que ella no tiene consuelo. Decía todo esto llorando; Minye lloraba también. Entonces corrió hasta el aparador –estábamos a la puerta de su pieza– y nos trajo las fotos, amarillentas, que mostraban a un joven con traje de moda remota.

[...]

Pienso que con un título como este: “18 *rue* Séguier”, puedo hacer un relato para Montevideo³⁴. Es, por otra parte, de tono similar a “El eco”. Hay que pensar mejor el ángulo desde el cual contar. No me parece suficiente contar desde la dirección que usé en estas páginas, pero me parece difícil cambiarla.

Desde París ¡qué claramente se aparece la fisonomía de nuestro Montevideo! ¡Qué limpidez, qué pureza joven e ingenua! Imagino que para un francés el espectáculo de nuestro clima debe ser equiparable al de Grecia. Lo que yo leí sobre Grecia fue escrito en Francia o en Alemania. Desde aquí, yo creo que lo mismo se diría de Montevideo.

El clima de Cannes, que nosotros vimos fugazmente, en un día; su color, su cielo, su mar, son nuestros cielos, nuestra luz.

33 Se conservan en el Archivo Díaz varias cartas recomendando a los Díaz escritas de puño y letra por José Bergamín en febrero de 1950, dirigidas a Pablo Picasso, André Malraux, Arturo Serrano Plaja, Salvador Bacarisse, Mary Zeroon, Gacele, Paul Éluard y César Mendoza La Salle. Según el Diario, Díaz poseía también otras dos, quizá las únicas que entregó, dirigidas a Claude Aveline y Albert Camus. Claude Aveline, (1901 – 1992), escritor que incursionó en todos los géneros literarios y en el teatro radiofónico, se consideraba a sí mismo un “*compagnon de route*” de los comunistas. En el Archivo Díaz se conserva una carta de su autoría (11.6. 1950) y una postal (1.8. 1950), ambas en francés, desde Ile – aux – Moines (Morbihan). Según Amanda Berenguer, “resultó ser un hombre muy simpático y amable, del mismo tipo físico y creo que mental de Bergamín. Este señor es dentro del ambiente literario de París –algo así como Rodríguez Pintos en Montevideo– pero claro mucho más sobrio y más verdadero que Rodríguez Pintos. Ya les digo muy parecido a Bergamín”. Carta a Rimmel Berenguer, 18 de marzo de 1950.

34 El relato “18 *rue* Séguier” se conserva en el Archivo Díaz, manuscrito fechado el 8 de febrero de 1951.

Nos faltan las montañas, las crestas rojas del Esterel, por ejemplo, pero en cambio ¡qué liberalidad de extensiones! ¡qué suaves colinas de arena!

En el Luxembourg, de espaldas al sol; a la izquierda el palacio y delante Diana. La gente tomando el sol en las sillas de alquiler, o paseando sus bebés en los cochecitos, o los estudiantes que visten de extraña manera, y los niños que corren o juegan con globos, hacen pensar, por el encanto de color que forman, en algunos cuadros de Brueghel. (p. 76 – 81)

Jueves 16 (marzo).– París

Combinada nuestra visita a Claude Aveline para mañana, y Minye con sus dolores, hacemos hoy un día de descanso.

A las 5 venimos a tomar un “filtro” a la *Brasserie* de la Sorbonne, donde escribo.

Mareados casi, los dos, de contemplar el increíble público de Boul’Mich’ frente a nosotros (Tomamos el café en la vereda).

Vemos mujeres en bicicleta con el bebé en un cestito, detrás, mujeres de pelo azul, hombres de uñas pintadas de rojo vivo, seres que es imposible precisar a qué sexo pertenecen, parejas de negros absolutamente retintos y rubias platinadas.

Nunca antes de ahora había visto actitudes varoniles tan increíbles como la de los negros de París. Andan con las manos en los bolsillos, mirando displicentes para un lado o para arriba, mientras las mujeres los siguen, los acarician...

Hombres con todos los tipos de barbas, mujeres con peinado masculino y pantalones.

Los tipos de viejos más miserables y pintorescos (directamente cinematográficos). (p. 81 – 82)

17 – Viernes – París

Estamos preocupados desde ayer por un error que parece haber cometido papá al cobrar sueldos míos en Secundaria. Eso nos hace perder algún dinero, que puede ser poco o mucho según lo que haya cobrado.

Esta mañana veía todo eso con desesperación, pero cuando volvimos al hotel encontramos una carta de Maggi y un maravilloso diario de Ángel. La lectura me hizo olvidar de todo. Leyéndolo lloraba como un niño. Ninguna noticia podría ser equivalente a este prodigioso testimonio de amistad. Siento por él una admiración que hace que mi cariño quiera tener formas de apoyo, de aliento de que sin embargo carece. Siento la amistad más allá de la amistad, allí donde casi ya no se puede hablar de ella, cuando pienso en Ángel. Siento que no merezco el regalo de todo ese cariño, y que sin embargo, ambicioso, no puedo sino sorber de él todo lo que sea posible. Y, a la vez, me siento duro y torpe, incapaz de dar a entender lo que siento. ¡Qué crimen que se sienta desgraciado cuando a mí me hace feliz la sola idea

de saber que él es como es! Y además, como es tan joven, tengo siempre temor de que algo lo hiera, lo perjudique, le impida dar la floración que debe.

Siento que algo de su parte mejor –que es la que más lo hace sufrir– la enquistada, la esconde, para adecuarse a la vida. Así se defiende él mismo, de lo mejor de él. Se niega a escribir, se niega talento. ¿Y cómo convencerlo? (p. 82 – 83)

18 marzo París

Ayer visita a Claude Aveline, que es del tipo somático del mismo Bergamín. Muy cordial, muy simpático. Hablamos de las posibilidades de representación de *La niña guerrillera* y de *La hija de Dios*– que él juzga casi imposibles. El público, nos dice, es, en el teatro, un público burgués que no quiere oír hablar de guerra, y menos de una guerra perdida por alguien que tenía razón. A nadie le gusta ver delante de sí sus propios remordimientos vivos. Además hay una tentativa general de acercamiento a Franco. No sería extraño encontrar una presión diplomática.

Es en cambio importante que venga, con *Medea*³⁵, y que luego, utilice la voz que una sala hecha a él quiera escuchar.

Hablamos largo rato de Malraux –con quien ya rompió. Nos explica su vuelco de manera personal. Malraux buscó siempre su equilibrio, y lo habría encontrado, luego de romper con Clara, en una mujer que le dio dos hijos. Esta mujer murió (atropellada por un tren) en una cita para encontrarse con él. Eso lo desamparó.

Aveline no conoce la *Psicología del Arte*³⁶.

Debió enviármela –dice dolorido–. No me la envió...

También se separó de los comunistas, como el mismo J. Cassou (que es titoísta)³⁷. Me dice que entre Éluard³⁸ y Gacele, tienden a separar a J. C. del *bureau* franco español. Cassou está recién operado de cataratas. (p. 84 – 85)

31 de marzo – París

No hay tiempo, todavía, de hacer anotaciones en este diario. Y sin embargo a menudo siento necesidad. Pero casi todas las veces que me siento a escribir, es para cumplir con la correspondencia –ya en atraso. Luego de escritas las cartas ya se va la necesidad de repetir aquí.

Además, la angina de la última semana nos hizo perder mucho tiempo –aunque nos hizo bien: nos obligó a descansar.

Contactos, pocos. Sentimiento de París, creciente. Necesidad de releer Baudelaire. Aquí, lo siento en el aire. Creo que, literariamente, es la metamorfosis secreta más importante. A los franceses no se les ocurrió que deberían hacer ediciones de Baudelaire ilustradas con fotografías de ángulos de París. Algo de eso quisiera hacer yo. Lo haré si compro la filmadora.

³⁵ *Medea la encantadora*, que se publicará en 1954.

³⁶ *Psicología del Arte* (1947 – 1949), tratado de estética de André Malraux.

³⁷ Jean Cassou, hispanista y escritor comunista francés.

³⁸ Paul Éluard.

Otra: cambian, íntimamente, muchos valores (y eso sin trabar aún contactos humanos, sólo por el viaje y por la nueva visión). Mejor estima de cosas nuestras: más seguridad en el juicio (creo).

Pienso de otra manera la pintura y la literatura. Me siento (¿por qué?) más seguro. Siento una alegría serena y firme de vivir y ver. Vivir y ver. Cada instante me importa más mirar. No sé que es lo que me está entrando por los ojos, pero me entrego a ello porque lo siento importante, profundo. Siento que le robo algo a las cosas, al mirarlas. Me las llevo conmigo. Mejor: me llevo lo que de ellas ya es mío.

Curioso: no me importa lo que antes creía: conocer determinados hombres etc. No. Quiero ser sólo lo que soy en París, en Europa, y luego volver a mis amigos, a mis playas con esto dentro. Me doy cuenta (creo) que debo tratar de recibir lo más natural, lo más espontáneamente posible, todo. Pero, nada, artificial.

Hoy dejamos París. Llegaremos a Bruxelles a las 9 de la noche. Mañana seré un funcionario diplomático. Eso me incomoda un poco, porque voy a tener que ocuparme de cosas. Trataré de hacer siempre lo que me dé la gana y lo transformaré, luego, en misión oficial. Es la solución. Ver, curiosar, fotografiar.

Que algo voy a tener que ocuparme del puesto es indudable. La desidia de mis colegas en París da vergüenza y, además, es de trascendencia para Montevideo. Es obligación hacer eso. (p. 85 – 87)

3 de abril – Bruxelles.

Tercer día ya de Bruselas, y la posibilidad de tener que quedarnos otros más en vista de la obligación de ser presentado al director de Protocolo del Ministerio de Relaciones.

Bruselas es una ciudad burguesa, de dominante y evidente clase media, con una sorprendente seguridad económica que es la desesperación del extranjero, ya que significa precios absolutamente disparatados.

La mayor parte de los precios son 4, 5 o 6 veces más altos que en Montevideo, de manera que con el sueldo multiplicado, que aquí recibo, nos quedamos en equilibrio en cuanto al presupuesto. Hoy cenamos en casa unas manzanas y algo de pan con queso. Y lo mismo tendremos que hacer mientras estemos en esta ciudad donde todos son ricos.

El *aire* de la ciudad se parece mucho al de Montevideo. Las calles, los tranvías, los transeúntes, las vidrieras... Lo que se siente como una pesadumbre es el cielo gris, permanente o intermitentemente gris. Nosotros dos nos sentimos con frecuencia tristes, íntimamente desolados, por el cielo. Es el cielo que hacía sentir aquella tristeza penetrante de las tardes de invierno, de lluvia fina y persistente de Mangaripé. Pero eso es aquí muy frecuente. En París acaso se siente menos por la dulzura de las perspectivas y porque ese tamiz de bruma envuelve de un halo poético la piedra delicada y solemne de sus monumentos, de sus maravillosos espa-

cios abiertos, de las dulces curvas de los puentes sobre el Sena. Aquí, en cambio, se siente una desolación más inmotivada, más sola, más sin raíces.

Ayer y hoy el sol se vio cinco o seis veces, y otras tantas llovió. Andamos siempre –como todos– de paraguas.

Cierto que el agua adorna a veces la ciudad. Así, como antes que comience nada a secarse, sale el sol, y luego vuelve a llover de nuevo; hay momentos en que el sol da un extraño brillo a las piedras de las calles y a las angostas aceras y a la piedra trabajada y solemne del Hôtel de Ville o de la Maison du Roi, en la Grande Place. Pero eso es poco para justificar tanta agua, tanto gris...

Es por eso, acaso, que no siento tanto aquí, como sentía en París, el deseo de vivir para los ojos. Al contrario.

Fue incluso un relativo fracaso nuestra visita al Museo.

Vimos allí una importantísima colección Rubens; telas que nos eran muy queridas por reproducción de Cranach, de J. d'Artois (que parece un precursor de Watteau), de Ruysdael, de Rembrandt y de antiguos flamencos. Pero, aunque veía con placer, algo me impedía entregarme. Tenía necesidad de algo. El mejor impacto fue una tela (*Las jóvenes*) de Goya que se me impuso con prodigiosa intensidad. Es el primer Goya que veo. La recuerdo con nitidez y todavía con emoción³⁹.

El museo tiene, además, poca luz. La fatiga que eso produce es realmente torturante, y, además, como en el Louvre, los valores están a menudo mezclados (al menos así creo ver).

¡Qué curioso es empezar a ver pintura!

Funcionan en mí dos zonas: una es acaso inteligente: comprende lo que está mejor o peor, valora, pero no se entrega. En cambio, la otra, casi no sabe valorar, simplemente resuena. Es esta la que se me puso en marcha en el Louvre con Botticelli, y aquí con Goya. (p. 88 – 91)

4 de abril – Bruxelles

Día menos nublado. Cierta transparencia del cielo deja llegar una luz solar débil, a menudo blanquecina.

Nos levantamos tarde. Pasamos anoche horas, sin darnos cuenta, y como la lechera de La Fontaine, proyectando nuestras primeras tomas en París sin tener todavía cámara. Me siento un poco tonto en mi desenfundado entusiasmo de cineasta amateur teórico, pero estudio en un manual técnico, con entusiasmo acaso digno de mejor causa.

Lecturas –distanciadas, pero interesadas, de J. P. Sartre. Siempre “*L'âge de la raison*”.

Veremos de ir hoy nuevamente al Museo y acaso a alguna iglesia: por ejemplo Sainte Gudule. (p. 91)

³⁹ Esta pintura de Goya debió impactar a ambos. Amanda Berenguer alude a ella en el poema “(el tránsito)”, de *La botella verde* (1995).

5 de abril – Bruxelles

Carta de los padres, de Enrique, de Ángel. Ángel sigue enviándonos su diario íntimo, sus largas cartas – diario, que son deliciosamente cercanas. En esta me hace sentir una especie de responsabilidad que me provoca remordimientos. Él cree que veo más de lo que veo. Piensa que debo escribir, etc.

Y yo me siento casi incapaz de corresponder a la imagen mía que veo en las cartas de Ángel. Sin embargo tengo un inmenso deseo de acercarme a ella, pero no me doy bien cuenta cómo. Mi peligro es, ahora, sentirme bien en *disponibilidad*. Pero no me apuro. Incluso hay momentos en que creo –acaso es concederme comodidades– que ese sentimiento de disponibilidad es una experiencia relativamente honda. Y hasta lo cultivo.

Pero no va a tardar el día en que sea necesario volver al trabajo, al trabajo que, él solo, me hacía sentirme allá digno de los amigos. Aquí, al vivir así, en este abandono recogedor y gustador, me siento en falta, porque el cariño que ellos todos ponen en mí me parece excesivo regalo si no lo justifico trabajando, haciendo algo para ellos todos.

Es cierto que en todo esto hay mucho de tontería. Pero hay algo en mí que siente de esa manera. (p. 92 – 93)

7 de abril – Bruxelles

Todavía en Bruxelles. No tenemos aquí mucho que hacer. No contamos con que esta era semana santa en una ciudad muy católica. Muy difícil intentar contactos. La gente está en vacaciones o la institución que decido visitar, cerrada (Biblioteca Nacional).

Por otra parte, a nuestro Encargado de Negocios se le ocurrió presentarme al Protocolo, de manera que no puedo dar ningún paso semi oficial sin terminar antes con esto. Hoy intentaremos ir al Ministerio. Pero es Viernes Santo... A lo mejor no hay nadie. Y, además, está tan agitado aquí el ambiente oficial por la disputa sobre la posible vuelta de Leopoldo⁴⁰.

Ayer de tarde volvimos al Museo. Fuimos directamente a ver el Goya (*Las jóvenes*), la tela prestada por el museo de Lille. Delante de ella estuvimos un tiempo. Luego, volvimos a la sala de los Rubens. Es inútil. Lo siento admirable y grande –a Rubens– pero no me importa. Admiro su composición, su forma, pero el recuerdo se demora gustoso en la imagen de Goya, no en las de Rubens.

Otra cosa son los pequeños retratos de Van der Weyden (Roger de la Pasture) y las también pequeñas telas de Memling. En estas hay una manera diferente de honestidad y pulcritud, de modestia, que me lo hace sentir más hondamente.

Como había algo más de luz que el otro día, pudimos ver los Brueghel (Viejo y Joven). Me gustan, pero ya a otra distancia. En cambio nos demoramos con placer en las telas de un señor cuyo nombre yo no conocía: Metsis (creo), cuyo Cristo,

40 Leopoldo III, rey de Bélgica entre 1934 y 1951.

en una terrible *Pietà*, se siente frío y muerto, de labios casi negros ya, y de una enorme fuerza.

¡Qué cosa extraña! Antes de verlos, yo hubiera creído que me iba a detener ante Van Dyck, ante Rubens, sobre todo. Y, sin embargo, no son ellos aquí los que más me importan.

Hay en estos –tanto en uno como en otro– una especie de excesiva sabiduría, que me aleja de ellos. Pienso, con temor, en las relaciones que ello puede tener con la literatura. Hasta ahora yo siempre me dejé ir en la intención de aprender a hacer las cosas. ¿No es el camino de la frialdad? El Goya se le siente como a Lope. Frente a su tela yo me repetía ayer la frase señalada por don Pepe: *Con el alma en el aire de cualquiera movimiento*. Ese alma en el aire, y el correspondiente *donaire*, dicen bien qué cosa es Goya. ¡Qué gracia el gesto de la joven que acaba de abrir o va a cerrar la sombrilla! ¡Qué *donaire* en la que lee el papel! (Leer el papel: es ya una comedia de Lope). Y luego, la sombra rojiza de la sombrilla sobre el rostro de una, y detrás, las figuras esbozadas, de una manera impresionista, de las lavanderas junto al río. Y el cielo oscuro y rosa, de sombrío *donaire*. (p. 93 – 95)

Sábado 8 de abril – Bruxelles

Tenemos ya tomado el pasaje para París, y arreglamos, con poca habilidad (porque me hice hacer un giro que va a tardar 8 días) los asuntos monetarios relativos al coche.

Ayer de tarde, y con motivo de ver a un agente de cambio, en Anvers, por la autoestrada. Nos llevó la Sra. de Castell⁴¹, a la que demoramos y perjudicamos (chocó, etc.) a mitad del camino, nos encontramos con el campo de concentración más importante de Bélgica⁴². Está intacto: las alambradas de púas, sus casillas de guardia, sus barracas. Un domingo, a la vuelta, lo iremos a visitar. Aquí ya terminó el proceso de su ex-director, que está condenado a la horca. Recuerdos de la misma especie se escalonan en diferentes lugares. En el portal de la Maison du Roi se lee en textos bilingües (flamenco y francés), una leyenda que indica que allí, frente a ese palacio en la Grande Place, fue decapitado, Egmont, víctima de la intolerancia de Felipe II.

La sorpresa del viaje de ayer –que fue muy rápido y no nos dio tiempo a visitar el puerto ni los museos (ni los Rubens de la catedral) fue el cambio de lengua. Bruselas es rigurosamente bilingüe, pero Anvers es flamenco. No se leen letreros e indicaciones más que en flamenco y se habla flamenco. El francés que usan en algunas casas de comercio es vacilante y extraño. (Tuvimos malentendidos al pedir un té.)

Esa división idiomática implica, además, una división seria. Graves huelgas hubo en la Facultad de Medicina de Gante porque fue designado el Prof. Van de

41 Sra. de Castell Caraffi, cónsul de Bélgica.

42 Seguramente se trate de Malines, campo de concentración nazi, situado a mitad de camino entre Bruselas y Amberes.

Velde, porque este habla francés en su casa y sigue una tradición de cultura francesa. Los flamencos no lo quieren. (p. 95 – 97)

Lunes 10 (abril) – París

Otra vez en París, donde ya se siente la primavera. (Mucho más que en Bruselas). Los árboles, todos, tienen brotes recientes. El Luxembourg, donde estuvimos ayer, viendo el Guignol, está reverdecido, alegre. Los árboles de los bulevares tienen una fina niebla verde que los corona.

Desde que llegamos paseamos ayer con Arzadun⁴³ y conversamos. No sé yo si tengo derecho a tener nuevas ideas sobre Europa y sobre todo sobre nuestra América por el solo hecho de haber llegado aquí, de mirar vivir, de leer los diarios, de conversar apenas con unos poquísimos franceses o belgas. No sé si tengo derecho pero es que tengo la impresión de que realmente las piedras hablan, y hablan las estatuas de los parques, y el ritmo mismo de la vida que nos rodea y en la cual todavía no estamos sumergidos.

Pero es lo cierto que me crece un sentimiento muy diferente al que yo esperaba. En realidad yo no sabía bien lo que esperaba: quería ver. Y el ver me provoca ahora algo nuevo, jamás sentido desde América: me provoca piedad. Algo de cariño que esto me provoca tiene su fuente en la piedad. Siento piedad por Europa.

No puedo dejar de sentir su vejez. Su maravillosa tradición se me hace cada día más un espectáculo brillante y doloroso.

Son muchas ya las veces que tengo que recordar, al visitar una iglesia, al leer un periódico francés, al oír hablar a Aveline o a la patrona del hotel o a Hovelaque, aquella conversación que sostuvimos hace dos años la primera vez que fue a casa Bergamín, entre él, Minye, Ángel y yo. Ángel y yo y Minye, lamentábamos siempre nuestra americana falta de tradición, nuestra condición de recién nacidos a la cultura. Bergamín nos decía, en cambio, que no, y que justamente éramos nosotros los que teníamos delante tradiciones que elegir sin que nos fatalizara. El mundo entero se nos ofrecía como panorama.

Y bien. Eso es lo que ahora siento aquí. Me imagino este viejo mundo fatalizado por el terrible peso de su tradición. Casi sin libertad, trabado y molestado por esta no ciudad tentacular pero sí cultura tentacular que aprisiona y ahoga. Allá, en nuestra ciudad, es decisiva la adquisición de la propia cultura. Aquí, los términos los sienten casi invertidos: es decisivo el sentimiento espontáneo de lo humano, de lo natural. Aquí se sigue necesitando la vuelta a la naturaleza de los románticos. El movimiento salvador de Europa es el Romanticismo. El Romanticismo que a nosotros no nos es necesario, porque lo vivimos como ámbito natural (esto aclararía algo a propósito de la debilidad literaria del Romanticismo en América, allá fue a menudo, un empuje que terminó en gestos retóricos y falsos).

43 Carmelo de Arzadun (1888 – 1968), artista plástico uruguayo.

Esto tiene que ver con la tan diferente manera de hacer mala literatura que distingue muy bien a América de Europa. En América (juzgo por nuestro Uruguay) la mala literatura suele ser mala por tonta, por ingenua, por vacua, etc. Aquí, la mala literatura suele ser literatura de *pose* y de arbitraria y rebuscada originalidad, es decir, artificiosa y degenerada.

Necesitaría hablar de esto con Ángel y con Mario. Descuento que el Pibe⁴⁴ estaría de acuerdo. Pero tendría que conversar.

Además se sienten aquí una gran cantidad de vicios que no son frecuentes allá: vivir para el éxito presente; deslumbrar para ser bien acogido, sorprender con un grito extemporáneo y no necesario.

Hasta me parece que la existencia del mercado literario artístico es señal segura de una mala situación artística. (Recordar catálogos de Galerías, etc.)

Allí siento que todo tiene un sentido más espontáneo. El arte suele ser verdadero.

Sé muy bien que debo defenderme de los excesos americanistas de un Sabat o de un Gil pero lo cierto es que ellos acentúan hasta la hipérbole –y por lo tanto hasta lo inaceptable– algo que se siente. (p. 97 – 100)

12 abril – Miércoles

Ayer hicimos las compras que nos permitirán sentirnos más en nuestra casa: calentador de alcohol, tazas, cubiertos, etc. Y luego fuimos a la Sorbonne, donde descubrimos algunos cursos interesantes. (Baudelaire, *Le rouge et le noir*⁴⁵, *Littérature française contemporaine*)

Por la tarde también, paseo por el Luxembourg y por l'Avenue de l'Observatoire. Deliciosa y todavía no conocida por nosotros.

Conversaciones con Arzadun y con Colmeiro⁴⁶, que me dio noticias sobre España que enviaré a Mont. (p. 100 – 101)

13 jueves – París

Enviadas las noticias, más mi diario, a Ángel ayer.

Enviado mi Diario a mi padre, esta mañana.

Hoy de mañana asistimos a una conferencia en la Sorbonne sobre Verlaine. Jasinski⁴⁷.

Emplea el método que yo ya había ido formando en Montevideo: 1) Ubicación y definición del movimiento literario (el simbolismo). Aquí me llama la atención

44 Apodo de Carlos Maggi.

45 Famosa novela de Stendhal.

46 Seguramente se trata del pintor gallego Manuel Colmeiro Guimarás (1901 – 1999).

47 Según la Relación de Antecedentes, Méritos y Trabajos presentada para su aspiración a la cátedra de Literatura Francesa en la Facultad de Humanidades, Díaz presenció el curso del prof. Jasinski sobre la obra de Rimbaud.

su insistencia, que hallo acertada, por recalcar el sentimiento de misterio de la naturaleza (debió a mi entender señalar a Baudelaire como precursor.)

Insiste en la importancia de las raíces del movimiento, que son Gérard de Nerval, Nodier, Desbordes-Valmore)

2) Caracteriza la personalidad del autor y trata de señalar lo que llamaríamos su curva característica. Toma de la vida lo que puede considerarse indispensable para la comprensión de su obra.

3) Panorama de su obra. Mención de los títulos más significativos, con una caracterización somera.

4) Lectura comentada de 4 poemas significativos. Con anotaciones de influencias, ritmos, sentido literario, forma, observaciones estilísticas, etc. (Lo que yo hacía en Mont.). Los poemas elegidos según una progresión regular.

Se trataba, en rigor, de una conferencia para estudiantes extranjeros (ingleses). Cursos de las vacaciones de Pascua. De manera que el tema se expone completo en una conferencia de una hora.

Es algo que nosotros deberíamos hacer allá para darle ese complemento cultural al turismo.

El tono de la conferencia me pareció bueno. A veces algo levemente ligero. Pero, en definitiva quedé satisfecho. En un sentido personal sobre todo: esas son mis clases buenas de secundaria o las de *apoyo* de preparatorios. En realidad mis cursos tenían, en preparatorios, una intención más profunda.

Veremos, la semana que viene, qué hay que esperar de los cursos propiamente superiores (Baudelaire).

Olvidaba señalar otro punto interesante: Verlaine, poeta intimista, sobre el que insistió el conferencista. (p. 101 – 102)

Domingo 16 abril – París

Ayer, todo el día en el hotel. Minye en cama, con sus dolores.

Anteayer, en cambio, fuimos a otra clase de la Sorbonne, con el mismo profesor y esta vez sobre Baudelaire. Siempre el dominio absoluto de la lectura comentada, y del mismo tipo que la que realizaba en Montevideo. Sin duda también, en esta oportunidad, con mayor riqueza, con menos profundidad. Hubo repeticiones y vaguedades un poco fáciles. (Esto es sin duda profundo.... Adviertan la profundidad...etc.) Desperdiciados casi todos los posibles contactos con la filosofía o la estética de Baudelaire que casi no se empleó. Bueno, en cambio, en general, la lectura comentada.

Por la tarde visitamos el encantador parque Clemenceau.

Ayer lectura de *Le génie morbide d' Edgar Poe* de Lauvrière. Casi instantáneamente en desacuerdo con él en cuanto a la valoración y la interpretación, pero en cambio muy útil por la observación y el análisis. Me resulta fundamental. Fue un grave error creer que podía prescindir de él en mi trabajo.

Tengo la impresión de que el trabajo de crítica se me va a tornar difícil aquí. Entre otras cosas porque, apenas empiezo a moverme, siento que me cae sobre la espalda un bombardeo de noticias y datos y observaciones tan rápido y tan desordenado que se hace difícil su organización.

Tendré, en ese sentido, que comprarme un fichero para poder ir leyendo tranquilo, sin perder las cosas que encuentro y para poder sacarle provecho a las clases. Porque aquí pienso leer sobre todo (Poe, B., M., V., simbolismo, magia, etc.) Y todo, cuando lo encuentre.

Además, el trabajo de escribir, redactar, tengo que reservármelo para la creación pura.

[...] (p. 103 – 104)

Martes 18 de abril – París

Ayer recibimos una gran noticia. Llegó carta de Leandro a la Sra. Salvage, era la que anuncia su entrada a París para mañana a media noche. Dice que llegará en tren –lo que significa que debe haber alterado sus propósitos anteriores: acaso no fue ni a Turkía ni al Egipto. Reservará un pasaje de avión para después.

Me alegró muchísimo saber de su llegada. Leandro es uno de los hombres por los que siento amistad más verdadera, más honda. Aquel mudo diálogo en Las Flores, tomando mate, aquel viaje a Buenos Aires, cuando vi la naturaleza muerta de Cézanne, son cosas que viví con todo mi fervor. Acaso él no sepa que todo eso ocurría en mi despertar consciente. De ahí que acaso yo lo siento a él con más hondura creo, que él no me siente a mí. De ahí el tono a veces un poco filial con que desde el fondo lo considero.

[...]

Hoy tengo que escribir algunas cartas y matricularme en la Sorbonne. (p. 105 – 106)

19 de abril – París

Tarde dedicada, ayer, a la compra de la cámara, y luego, en casa, al intento de familiarizarnos con ella. A mí me entusiasma como me entusiasman todas las cosas mecánicas de precisión con su aspecto delicado y poderoso que le otorga la torrecilla de largos objetivos. (p. 106)

20 de abril – París

Anoche, a las 11 y 10, llegó Leandro a París. Fracasado parece su viaje a Oriente y creo que mareado, con vértigo, por todo lo visto. ¡Qué alegría poder proyectar paseos con él ahora! (p. 106)

21 de abril –viernes. París

Maravilloso día de primavera. [...]

Por la tarde, paseo por la Cité y Nuestra Señora. Primeras tomas de film sobre las torres. Tomas de las gárgolas y de algunas de las esculturas monstruosas.

Por la noche, un film de tomas del 900 a 914 y de cuadros de Van Gogh y de Matisse. (p. 107)

Lunes 24 de abril París

[...]

Mal tiempo. Lo aprovechamos sin duda viendo la exposición Chagall que se inauguró anteayer. (p. 107 – 108)

Martes 25 de abril París

Nuestra visita fue no a la exp. Chagall sino al Jeu de Paume⁴⁸. Allí, maravilloso descubrimiento de Monet. Las dos *mujeres con sombrilla*⁴⁹, que están a los lados al subir la escalera, y luego dos o tres de las *catedrales de Rouen*⁵⁰ que están en la última sala, me producen un primer deslumbramiento. Ninguna reproducción me había hecho sospechar eso que me resulta tanto más interesante, cuanto que el mundo de los impresionistas se me hace tanto más cercano cuanto que son evidentes los parentescos con las formas literarias contemporáneas. Aquellas relaciones que apenas insinuaba yo entre un Debussy y un Mallarmé se extienden dilatándose, en el mundo de la pintura. La catedral de Rouen es la réplica pictórica de *La cathédrale engloutie*⁵¹.

Decepcionado, por ahora, por Seurat. Descubrimiento de ciertos Renoir. (Extraño: algunos Renoir me molestan directamente; en cambio, otros, como *Le moulin de la Galette*, me deslumbran y me obligan a una entrega total.) En otro tono, más literario y mallarmeano, me encantan paisajes de Monet y de Sisley.

Y el drama enorme de Vincent Van Gogh.

Cariño por Berthe Morisot.

Admiración por el trazo genial, seguro y baudelaireano de T. Lautrec.

Creo que debo ocuparme con más cuidado de comprender la evolución de la pintura desde el Romanticismo, con tanta mayor razón cuanto que esto no lo podré hacer más en América, y cuanto que se me hace cada vez más importante para comprender este bendito siglo XIX.

La compañía accidental de artistas plásticos exclusivamente (Arzadun, Leandro, Colmeiro, Pastor) no me ayuda en ese sentido. Es muy poco lo que expre-

48 Galerie Nationale du Jeu de Paume, en esa época museo de arte impresionista en la esquina norte-oeste de los jardines de las Tullerías, en París.

49 Serie de pinturas de Claude Monet realizadas hacia 1886.

50 Serie de pinturas de Monet realizadas entre 1892 y 1894.

51 *La cathédrale engloutie* (La catedral sumergida), uno de los más conocidos preludios para piano de Claude Debussy. Díaz establece un nexo entre Debussy y Mallarmé por la vinculación de ambos con el simbolismo. La idea había sido sugerida en “Arte y Magia”, ensayo que Díaz tiene por cometido finalizar en Europa.

san de lo que veo. Se limitan a recordarse, continuamente, algunas obras para exaltarlas o denigrarlas, pero sin traducir su sentimiento a un lenguaje inteligente.

La compañía de Leandro ¡cómo cambió! O cómo cambié yo. Lo siento poco rico, como envuelto o angustiado en una serie de formas rígidas y poco comunicativas. Poco flexible, poco lúcido. Su manera de reaccionar por pasión, me resulta ahora limitadora, escasa. Hay algo de falta de amplitud en él, falta de resonancias, y una formidable ignorancia de muchas zonas de lo humano. Por lo general creo que no entiende a quien tiene delante y no se preocupa por entenderlo. Además se mueve sin soltura, sin *aisance*. Siento en él, claro está, la misma calidad profunda, que siempre sentí, pero siento además la falta de otras maneras de ser que la completan.

Pienso que si él leyera esto diría: no me gusta la inteligencia, o, José Pedro quiere ser demasiado inteligente. Y es justamente lo que le reprocho: falta de agilidad intelectual. No es para mí el Leandro que fue, y no cambió acaso. Lo quiero sin embargo, pero de otra manera menos admirativa. (p. 108 – 110)

27 jueves (abril)– París

Cambio grande en Leandro. Mucha mayor fusión con él, mucha mayor comunicación.

[...] De Montevideo, Maggi me pide que me encargue de transportar al Uruguay, la Biblioteca Sino – Internacional, con sede en Ginebra. Aunque el asunto es deslumbrador, le envié a Maggi, para que discuta con Trillo y con Ángel, una advertencia sobre el error que se puede cometer. O los errores⁵².

Comencé la lectura, intensa, en Malraux: *Le musée imaginaire*. Con entusiasmo. Comencé también *Le sursis*⁵³. (p. 110 – 111)

[...]

28, viernes – París

Por la mañana de ayer pude trabajar un poco en la novela, y luego fui a la clase de Moreau sobre Baudelaire⁵⁴. Es una clase muy informada y admirablemente ordenada. La inteligencia y el gusto parecen mostrarse, sobre todo, en el sentido del orden, la exactitud, las pruebas, los ejemplos. Era la 2ª clase. Yo no había escuchado otra. Se trataba de mostrar a Baudelaire como continuador del Romanticismo. En este sentido tuve por momentos la impresión –que bien puede motivarla una ignorancia– de que se insistía demasiado en la poesía de Hugo como en el para-

52 La Biblioteca Sino – Internacional, valiosa colección de libros antiguos de la China Imperial, se hallaba desde hacía varios años en Ginebra, en la sede de la Sociedad de Naciones. Al establecer Suiza relaciones diplomáticas con la China de Mao Zedong, el millonario chino Li Yu Yin se la ofreció a la Biblioteca Nacional de Uruguay. Carlos Maggi era entonces empleado de la Biblioteca Nacional. Dionisio Trillo Pays era director de la misma desde 1947.

53 *Le sursis*, segunda parte de la novela “Los caminos de la libertad” (1945 – 1949), de Jean Paul Sartre.

54 Curso sobre Baudelaire dictado por el prof. Moreau (*cours de licence*), señala Díaz en su Relación de Méritos.

digma romántico. Pero luego de comparar y asimilar formas, procedimientos, antítesis, oposiciones, etc., se abría ya el camino para el estudio de los poemas en prosa –que se estudiarán en la próxima– sin haber insistido en los significados más profundos que pueden tener esas formas como reveladoras de un alma, de un temperamento, en suma, de una filosofía. En fin, parece sentirse el pudor de expresar lo más importante.

Desde mi punto de vista ello no es muy importante: al contrario, lo que más necesito es que me informen concreta y técnicamente. Pero creo que le tienen demasiado miedo a lo nebuloso, a lo impreciso. Creo que por ese temor se pierde mucho. Pero todavía tengo que ver otras clases.

[...] Hay más que anotar a propósito de esta clase. Por ejemplo, entre las virtudes: absoluto dominio del panorama completo de la obra del autor y citas oportunísimas de textos de toda índole: diarios, cartas, poca crítica, etc. (Lo que siempre me interesaba hacer en Montevideo).

Evidente trabajo de fichero en el profesor. La clase se da con un esquema que él tiene delante y que le permite toda esa exactitud. Pero creo que el fichero puede, a veces, ser mejor comentado. Más profundamente comentado. (p. 110 – 112)

30 abril – Domingo – París

Nueva visita, ayer, al Jeu de Paume. De una a otra visita se desplazan y reordenan algo los valores y los sentimientos. Todo es igual, pero, sin embargo, siento como si algún cuadro tuviera más vida, más luz íntima que la vez anterior y otro no es acaso tan espontáneo como yo creía, sino un poco más duro, menos libremente dibujado; o lo contrario.

Así, por ejemplo, *La danzarina en la escena*, de Degas, en el último paso de su danza, con la mancha gris–ocre de las tablas a la izquierda y las figuras de un grupo dibujadas a fondo en *esquisse*, me había parecido, cuando lo encontré la primera vez, en un humilde rincón de la planta baja, no tan aérea y tan *souple* de líneas como yo hubiera querido. El trazo inconcluso de algún momento quedaba en mí como inconcluso, y yo esperaba infructuosamente, que se resolviera en más gracia aún. Pero ayer, en cambio, cada línea se quebraba justamente allí donde ya era imposible seguir el trazo con la misma gracia, y la interrupción no era otra cosa que la perfecta sugerencia de la liviandad y del giro de los tules apenas detenidos.

Casi inmóviles se quedaron, en mí, las dos telas de Monet: *Mujeres con una sombrilla*: el mismo encanto de luminosa transparencia que la vez anterior. No digo inmóviles: digo, de igual valor, porque son ágiles y vibran en una atmósfera tan abierta y vibrante que se siente que es posible respirarla, que el viento nos va a dar en la cara.

Pero ¡cómo cambió, esta segunda vez, *Desnudo al sol*, de Renoir! Los otros días yo había quedado extasiado por *Le moulin de la Galette*. Esta vez sentí [de] una manera igual, aunque más familiar, esa tela, pero, en cambio, otras me significaron más. Así algunos de los paisajes más azules, que por el predominio armonioso del

verde y del azul oscuro y sin embargo frágil y liviano parecerían ser de la misma época que *Le moulin* pero sobre todo me deslumbró *Nu au soleil*. Las manchas de sol y sombra, (sombra azulada, verdosa) que caen sobre el cuerpo de la mujer desnuda y bañada, además, por los reflejos leves de la fronda que la rodea, penetran la carne y le dan una íntima luminosidad. Una transparencia inesperada. La carne ondula en profundidad, resuena el color con toda su materia, y el calor la baña, la penetra y canta con la gama de lo que yo creería ser la mejor paleta de Renoir: la del *Moulin de la Galette*, la de los paisajes que dije y del “*Balançoire*”⁵⁵; la del *camino que sube entre las altas hierbas*⁵⁶, también.

En cambio, las telas en que predominan los rosas, y a veces los rojos se me quedan lejanas. Así, por ejemplo, las dos amigas acostadas, varios retratos de mujeres, etc.

Frente a Monet, el mismo entusiasmo. La luz era sin embargo diferente para las catedrales. Las ví más azules que el otro día. Pero ¡qué temblor de himno! Pensé en la correspondencia inevitable con Mallarmé, con Debussy. Son *La cathédrale engloutie* y qué armonía subía en el gris de la *Regata de Argenteuil*. Hasta el rojizo audaz de *La torre del parlamento*⁵⁷ lo siento con resonancia en mí. Y una de las ninfeas: la verde⁵⁸. Creo que Monet es casi el que prefiero.

Pero en medio de la sala grande hay cuatro telas de Van Gogh. Es como ver aparecer cuatro páginas de Dostoievski en medio de una novela de Flaubert. Ya no es la gracia y el equilibrio y la armonía, sino el drama, el drama que rebasa la pintura. Porque importa allí pintura y representación, importa el trazo del pincel y los ojos tristes del Dr.⁵⁹ o los inquietantes y hondísimos del autorretrato verde⁶⁰.

¿Otro día, lo sentiré así?

Creo que tendría que ocuparme de hacer un esbozo de artículo para mostrar las relaciones entre la pintura del XIX y su literatura. (p. 112 – 116)

2 de mayo – París

Ayer y anteayer, en París, días de abierta primavera. Color, movimiento juvenil. Nos paseamos –ni metro, ni autobús– por los alrededores del *quartier*. Paramos una o dos horas en el *square* que queda bajo la estatua de Henry IV, en el extremo de la Cité, viendo jugar a los niños, leer a los viejos, tejer a las mujeres, pasear a las parejas.

Yo sentí algo que a menudo me acomete y con violencia: me sentía en París. Lo que nos rodeaba no era extraordinario sino plácido y cotidiano. La mujer que estaba tejiendo sentada junto a nosotros miraba jugar a su hija –fea, bizca– y a su

55 “El columpio”, pintura de A. P. Renoir de 1876.

56 En realidad es *Camino por las altas hierbas* (1875), de Claude Monet.

57 Serie de óleos de Claude Monet sobre la Torre del Parlamento en Londres (1902).

58 Extensa serie de pinturas de Claude Monet sobre los nenúfares de su jardín de Giverny (1897 – 1899).

59 Seguramente se refiere al *Retrato del Dr. Gachet* (1890), pintura de Vincent Van Gogh.

60 *Autorretrato* (1889), de Vincent Van Gogh.

hijito –tímido, vacilante; a la izquierda el guardia hablaba con otra mujer que llevaba un bebé en el cochecillo y comentaban las causas de su llanto: el guardia re-capacitaba: ...

Y aunque nada era extraordinario yo me sentía con los ojos enormemente abiertos, con los poros abiertos, dejándome penetrar –no sé cómo– por todo eso que yo sentía y sabía que era París. Había llevado Sartre para leer, había llevado este mismo cuaderno... y sin embargo no podía robarme a mí mismo el tiempo de ver, de ver bajar por las escaleras las parejas, los viejos, los pescadores, no podía dejar de mirar el Sena que corría cargado por las recientes lluvias turbio, verdo-so, como un animal manso, como un viejo gato que restregaba su cola contra las piedras de la Cité.

Eso lo siento además, a veces, como un anhelo al borde de cumplirse, pero me inquieta y me enfervoriza. (p. 116 – 117)

3 de mayo – París

Son las once y media de la noche. Volvemos de cenar con el Sr. Siao – Yu y Sra. en un restaurante chino de la calle Pierre Charou 68⁶¹.

Comimos, claro está, comida china. Una extraña sopa con verduras muy verdes, langostinos fritos (cubiertos de harina), unos extraños enrollados de masa con verdura dentro y también fritos, luego cerdo en pequeños trozos y con una salsa muy dulce con almendras y al fin pollo en pedacitos y ensalada de una verdura desconocida y pedacitos de carne, y al fin un bizcocho. Todo ello acompañado del arroz blanco, simplemente hervido, en el que a veces se mezclaba un poco de las salsas que traían. Todo sin cambiar de plato, y, a mi lado, las dos varillas de marfil que inútilmente quise utilizar. Comí con tenedor.

Todo, en este [¿?] me desorienta. No entiendo ni el [¿?] ni los chinos. Él, que aparentaba cuarenta y pico, cuando mucho, tiene 57. Ella resultó ser pintora. Ante todo quiero ser artista, me decía. Pinta pero a veces esculpe y escribió, en chino, poesías y artículos que se publicaron en su tierra. Expone ahora, en el Salón de Primavera, cinco cosas suyas. En un rincón del restaurante, con mala luz, había un pequeño desnudo de mujer que, visto de lejos, no estaba mal, y recordaba la di-sección de Maillol. Me dio los precios de envío del presupuesto que le dieron en Ginebra: US 20.000. Mañana informaré para allá, o pasado, si tengo tiempo (De todos modos el avión sale sólo el domingo).

Escribiré también a Gervasio para poder encontrarme con Álvaro en cuanto llegue, de modo de ver si él tiene más noticias sobre este asunto⁶². También escribiré a Maggi y a Trillo. (p. 118 – 119)

Domingo 7 – París

61 El Sr. Siao – Yu era el director de la Biblioteca Sino Internacional en Ginebra. Posteriormente continuará desempeñando ese papel en Montevideo.

62 Se refiere al *affaire* de la Biblioteca Sino Internacional.

Ayer, con el auto, primera excursión a las afueras. En rigor habíamos estado ya en Vincennes, el mismo día que nos entregaron el coche⁶³. Ayer fuimos a Versailles. Hicimos una comitiva un poco heterogénea porque fuimos en los coches mío y de Hovelaque, quien vino con su amiga Francine (la esposa del pastor protestante).

Versalles es el más hermoso parque que se pueda imaginar. Acaso por Darío, por no sé qué asimilación con las *Fêtes Galantes* de Verlaine, yo imaginaba algo pequeño. No. Es el gusto por las grandes extensiones, también es la larga línea horizontal en las perspectivas teatrales del Gran Canal y de las vistas desde el palacio. (p. 119 – 120)

Lunes 8 – mayo

Ayer excursión, de toda la tarde, a Fontainebleau. Es el primer bosque europeo que vemos. Las formas y colores de los árboles se combinan, permanentemente, con los movimientos de los caminos, de los encuentros de caminos (los cruces) y, sobre todo, de los senderos de cornisa por los que se abre de pronto, hacia un lado, un valle intensamente verde, de verdes oscuros; a veces un árbol se enciende en medio, rojizo, carmesí, y todo bosque, bosque que sube frente a nosotros, formando otro monte delante. Canta el cucú, vuelan cuervos u otros pájaros negros. El aire, de monte a monte, se hace opalino, nebuloso. La leve niebla flota sobre el valle y entibia y apaga los verdes más lejanos, al otro lado del abismo. Y luego, siguiendo el camino, abandonamos la cornisa, nos hundimos en pleno bosque –sin ver el sol y con una alta bóveda de hojas que nos protege– por una senda relativamente angosta, que da vueltas y vueltas, lineal, para aparecer luego en el monte que antes teníamos enfrente.

El canto de los pájaros es frecuente, armonioso, variado. Mucho más rico que el de nuestros pájaros americanos. Los pájaros son también más cultos y refinados.

En un alto junto a la carretera tomé varias vistas: Arzadun dibujando, Leandro, y luego Minye me tomó a mí, mientras Leandro me ayudaba a encender un cigarro.

Casi, día perdido. Apenas nos ocupamos, de tarde, de contratar una nueva tapicería para el auto y de ir, por la noche, al primer cine chino –de la *rue* ¿Courcelles? 118– que se puede ver en Europa. El film –el primero que se expone– es *Ville interdite*, y, lamentablemente, resulta muy occidental. Con un ritmo y una organización casi norteamericana, apenas queda algo de gesto oriental, y el canto del idioma chino. No se aprovecharon siquiera los paisajes ni la arquitectura. Es una historia de la familia imperial hacia 1900, con un “muchacho”, el emperador –“la muchacha”– la segunda esposa– y los villanos: “la reina madre” y “el gran eunuco”. Ingenua, tiene algunas buenas fotografías y no excepcionales. Nada más.

Nos la había recomendado muy calurosamente el matrimonio Siao – Yu.

Creen que podrían dejarnos pronto el coche durante el día miércoles. En tal caso podríamos partir el jueves para Bruxelles. Escucharíamos la clase de Moreau

63 “Ayer, a las 6, salí de la fábrica Citroën arriba de un auto al que terminaron de ponerle cosas delante de mí. Viene completo (auxiliar y todo). Es formidable”, escribe a su padre el 6 de mayo.

y saldríamos de inmediato. Antes de comer –para almorzar en Saint Denis– o después de comer, para quedarnos en Chantilly y en Amiens. (p. 120 – 122)

[...]

13 de mayo – París

Varios días ya sin escribir, o escribiendo poco y mal. Pero es que si quisiera escribir sobre todo no podría ver.

Estos días muy alegre por la recuperación de Leandro, que, durante los primeros días estaba alejado y cambiado, y ya no encontré al Leandro de antes. Ahora sí. Me siento muy pero muy bien con él. Vuelvo a sentir, como antes, ese hondo estar de acuerdo que es con frecuencia una parte de la amistad.

Y con él sobre todo, y a veces con la compañía de Pérez Lynch⁶⁴ o de Arzadun, hicimos ya unos espléndidos viajes cortos.

Fontainebleau, Versalles –ya dos veces– y Saint-Germain-en-Laye, sobre todo, pasamos por Maison Lafitte, donde recordamos nuestras lecturas de Martin du Gard. Solo en ese lugar podría ocurrir la atmósfera de *La Sorellina*⁶⁵. (p. 124 – 125)

15 de mayo – París

Ayer de noche París estaba iluminado y de todas las fuentes partían los surtidores que a veces tenían, como en la Place de la Concorde, un tono rococó y un matiz casi cursi que se desprendía del brillo del agua corriendo sobre el borde de las estatuas o provocaba, como en Notre Dame, sobre todo si se la veía desde la rivera izquierda, un tono alado y fantasmal que hacía decir a Minye que la Catedral era un castillo de hadas. El ábside y la rosa del sur del [¿?], se veían entre los árboles de la ribera izquierda y rodeados a su vez de los verdes iluminados de los árboles del *square*. Los arbotantes saltaban con un blanco fantasmal, sobre pozos de sombra, y elevaban la Catedral, haciéndola todavía más liviana y graciosa.

Y, sobre todo, la enorme bandera francesa que flameaba bajo el arco del Triunfo, y ondulaba sobre la tumba del soldado desconocido. El arco, iluminado también, acogía a la bandera, que estaba sujeta a una cuerda que colgaba de su centro hasta el suelo. Era enorme y liviana, y, desde atrás, tres enormes reflectores la iluminaban. El rayo de luz que desprendían se alzaba en el cielo más alto que la torre Eiffel, luego de dar increíbles colores a la tela de seda de la bandera, que un suave viento del oeste agitaba lentamente en un movimiento permanentemente ascendente. A veces, los rojos recordaban por su intensidad y por su movimiento, las manchas rojas y también ascendentes de Rubens.

64 Jorge Pérez Lynch, artista plástico nacido en Montevideo, profesor de dibujo y francés. Residió muchos años en Paysandú. Se conserva un mural de su autoría en el hall del Liceo N° 1 de esa ciudad. (Información brindada por Red de Patrimonio de Paysandú.)

65 *La Sorellina*, (1928), novela de Roger Martin du Gard, de la serie de Los Thibault.

Los Campos Elíseos tenían cubierta su enorme amplitud por incesantes caravanas de automóviles. De cada lado se formaban cinco filas en un endiablado apeñuscamiento.

Desde cualquier lado se distinguía siempre algún o algunos edificios iluminados. La Madeleine, o la cámara de diputados, o la cúpula dorada de los Inválidos, o la aguja de la Sainte-Chapelle, o Notre Dame, o el Arco, o el Panthéon, o el obelisco. Las calles y los bulevares hervían de un movimiento alegre y sin embargo ordenado.

Daba la impresión de una alegría serena, de una expansión noble, limpia.

Y la bandera ardía sobre sus reflectores que lanzaban su sombra móvil hacia el cielo sereno, y era visible desde el Carrousel.

[...] (p. 125 – 128)

21 de mayo – Domingo – En Brujas

Ya deseo volver. Y llegamos anoche recién a Brujas. El viaje que programamos desde París resulta maravilloso. La primera ciudad pequeña y silenciosa fue Clermont, con sus pequeñas callejas y sus cuestas. Luego Amiens, con el enorme aparato gótico de su catedral rodeada de ruinas; más trágica por ese espacio desolado que la rodea, y la deja alzarse, sola, milagrosamente salvada de la guerra en medio de una ciudad destruida, en medio de campos sembrados de cementerios y de monumentos funerarios. Luego Cambrai, recordando, solo recordando a Proust, y luego Bruselas. Mal tiempo, lluvias, lloviznas.

Cumplí muy pronto mis obligaciones en Bruselas. Conversé con el Conservador en jefe de la Biblioteca real, no solo en cuanto a intercambio, sino sobre política belga, con desesperación de ambos. Visitamos el Museo de Arte Moderno, que no habíamos visto la primera vez y que es bueno con cantidad de obras de pintores belgas del XIX que me eran desconocidos hasta de nombre y que son pintores de verdad, así un Vogel, y otros.

Pero al venir para Brujas, en Gantes, encontramos la exposición más interesante: las obras maestras del Museo de Lille –del que habíamos visto ya en Bruxelles *Las jóvenes* de Goya –con otro Goya aún, increíble de audacia y de calidad: las dos viejas (*Qué tal*)⁶⁶, un pequeño y magnífico Corot plateado, un delicioso retrato de Francesco Costa de acentuada calidad de materia, un Ghirlandaio; y en otra sala, las obras maestras del Museo de Gant: dos Bosch sobre todo. Yo no conocía nada tan impresionante de Jerónimo Bosco.

Pero eso lo volveremos a ver a la vuelta. Porque ahora entramos en Brujas: ¡qué ciudad increíble! ¡Qué piedra cuidada, graciosa y grave a la vez! ¡Qué silencio respetuoso! ¡Qué color de paredes y de piedras!

Paseamos junto a los canales, entramos en “Le Béguinage”, pasamos por la Catedral, junto a la puerta de su casa una vieja hacía *dentelle*. Estaba sentada al sol,

⁶⁶ *Qué tal* o *Las viejas*, (1810 – 1812), pintura de Francisco de Goya que todavía se halla en el Museo des Beaux-Arts de Lille.

sobre un almohadón el trabajo, una cofia blanca en la cabeza y las manos arrugadas y viejas moviendo, con increíble rapidez, las pequeñas herramientas que cuelgan de los hilos. Destreza de años, heredada por el cuerpo, no original de aquella cabeza torpe y vieja. El delicado juego de los hilos le es casi ajeno, y entonces veo que tiene un ojo perdido. Me habla en flamenco para venderme un pañuelo. Ella no comprende que no me detengo por los pañuelos sino por su figura encogida, por su cofia, por sus manos; porque ella está en esa calle increíble, junto a una casa pequeña, y a unos pasos navegan sedosamente los cisnes por el canal. (p. 128 – 130)

22 de mayo – Brujas

No se puede conocer Brujas visitándola.

Es de esas ciudades que para dar de sí piden vida, piden que uno gaste en ellas su vida.

Hasta ahora, lo que más me importa de Brujas es toda ella, el hálito que la anima. Las magníficas torres necesitan de las mínimas callejas, las antiguas fachadas góticas, exigen esa matización que ofrecen los edificios modernos hechos con el mismo ladrillo –ladrillo y no piedra– de las torres, de las esculturas, y con el mismo estilo. Pero con tal modestia y escrupulosidad que sobre muchas fachadas sería difícil descifrar una edad exacta.

La vida es lenta aquí. Ahora, mientras escribo, oigo los pasos de dos viejas en la calle. Y es esa vida lo más característico de Brujas. Si pudiéramos, más adelante, vendríamos aquí a trabajar. A fundirnos un poco en este ritmo, que es el ritmo que permitió el minucioso trabajo de Memling, de los flamencos.

Pero hay algo de desorbitado quizá, en toda esta minucia. Brujas vuelca su esfuerzo entero en ser como es. Todas las ventanas tienen cortinas vainilladas y en todas asoman, en la parte baja, que las cortinas muestran al recogerse hacia los lados, pequeños potes y porcelanas. Todo brilla, es limpio y prolijo. Aquí enfrente, una ventana muestra, sobre una mesa con carpeta bordada y entre ramos de flores, dos o tres máquinas de escribir. ¡Es un comercio! Es el mismo cuidado minucioso que mantiene brillante y nueva –repintada cada año, sin duda– la capilla de la Santa Sangre y que la hace, por ello, detestable. Es el espíritu de la burguesía que llega a obra de arte pero que no deja de ser burgués, y donde lo burgués se hace más sensible, lo pierde todo.

No han dejado casi nada al azar. Han puesto empeño en mantener, y ese espíritu conservador se siente.

No se ve a nadie en las calles, las puertas de las casas, todas, están cerradas; pero de pronto, junto a alguna ventana, se pueden ver juegos de espejos que permiten, a quien está dentro, dominar la calle en todos los sentidos. Son encerrados, sí, y muy curiosos también. Nuestro coche, de chapa extranjera, hace dar vuelta la cabeza, luego que pasamos, a casi todos los peatones.

Ahora iremos al Museo Memling y de tarde, seguramente, a la costa, a Ostende.

Por la noche:

Maravillosas primeras impresiones de Memling y de Van Eyck. Sobre todo del primero, en el museo Memling. El tríptico de *Las bodas místicas de Santa Catalina*⁶⁷, me deslumbra. Pasamos en el museo, que solo tiene cinco o seis cosas, casi dos horas. En el centro del cuadro el manto rojo de la Virgen, el brocato de Santa Catalina, y su figura entera, de prodigiosa finura y luego, con el ángel músico, y, sobre ellas la figura severa, varonil, en marrones, de San Juan Bautista, son sobre todo, inolvidables.

Pero es inútil tratar de precisar, incluso de fijarse en el recuerdo, la increíble suntuosidad y la minuciosísima finura del pintor. Las figuras, analizadas con lupa, no pierden –lo probé– su impresión de minuciosidad, la acrecientan.

Todo Memling resulta igualmente admirable, y lo mismo el Van Eyck del Museo Comunal. Mañana, en Gantes, veremos *La adoración del cordero*. No me cansaba de mirarlos. Quisiera ya volver a verlos.

Por la tarde, luego, viaje hasta Ostende, pasando por Brackemburge y otras villas de la costa. El mar, tan ansiado y parecido al nuestro, pero destruidas las villas, casas en escombros y cada pocos cientos de metros, pequeñas y poderosísimas defensas costeras, –ahora anuladas, algunas voladas por una casual bomba cierta–. Impresión de tristeza a pesar del aire marino, de la luz intensa –muy como la nuestra–; impresión de pesadumbre ante tanta ruina y tanta casa abandonada.

A la vuelta, magníficos paisajes llanos –los paisajes de Bélgica– por la autoestrada junto a un canal. A lo lejos, los mismos paisajes remotos y lisos de Van Eyck y de Memling, con los mismos azules brillantes, los mismos reflejos de agua. (p. 130 – 134)

24 de mayo – (Miércoles) Bruxelles

Desde ayer en Bruxelles. En Gant nos detuvimos para ver *La adoración del cordero místico* de Van Eyck, que, en conjunto no me gustó tanto como el Van Eyck de Brujas, ni, sobre todo como *Las bodas místicas de Santa Catalina* de Memling. La tela central inferior no me gusta, pero me encantan en cambio por su delicadísima armonía de conjunto, tanto como por los detalles, los dos grupos de ángeles músicos, sobre todo el coro de la izquierda, más humilde, sereno, puro. Muy hermosas las figuras de la Virgen y de Eva, aunque la de la Virgen es casi excesivamente limpia de dorados y brillos. El Adán era casi invisible: el cuadro está muy mal situado y su superficie brilla constantemente.

La otra visita memorable de Gant es la del castillo de los condes de Flandes. Tiene zonas que son del siglo IX, así los establos y las prisiones, con hermosísimas y pesadas columnas y arcos góticos, de una desnudez y una severidad, imponentes. Pero, todo el resto del imponente castillo, es de arquitectura irregular, donde los grandes volúmenes se armonizan en conjuntos severos de perspectivas inespe-

⁶⁷ *Las bodas místicas de Santa Catalina*, (1479), óleo sobre tabla de Hans Memling.

radas. Hasta cierto punto, y salvo la majestuosa fachada reseca y adusta, de la catedral de Amiens, donde el trabajo del gótico en vez de darle aspecto de recargado le acentúa una manera de ser adusta, como de arrugada y severa vejez, salvo eso y –¡claro!– Notre Dame de París, donde hay formas de otro carácter, es ese castillo el que me produce, hasta ahora, la más clara impresión de *arquitectura* gótica. Eso es, seguramente *más arquitectura*, del mismo modo que puede decirse de Braque frente a Matisse, que es *más pintura*. Sobre un terreno irregular rodeado entera y estrechamente por una muralla formidable, muestra de pronto ya sea una enorme pared, que la perspectiva prolonga en acentuadas y rápidas líneas de fuga, pero que, por el juego de la piedra desnuda e irregular, cobra una imponencia monumental, ya un arco de medio punto, alto como de 6 o 7 metros, y de lados desparejos, ya las torrecillas militares o la gran sala de recepciones.

El castillo de los condes se puede sentir, además, como más auténtico. Las catedrales que vemos están, demasiado frecuentemente deformadas en su interior por adiciones, a veces absolutamente ridículas, de otros estilos. En este sentido las que mantienen mejor un tono de sobriedad son las francesas.

En Bélgica hay algunas con el interior destrozado. Así, por ejemplo, la catedral de Saint Bavon, de Gant, destruye su interior con adiciones renacentistas en grandes pórticos y adornos de mármol blanco y negro que no se fundirían jamás con el gótico adusto del exterior.

Y la Catedral de Nuestra Señora de Brujas, de hermosísimo exterior macizo, con sus torres paralelas y cilíndricas junto a la puerta, severa casi como una fortaleza, aparece recargada en su interior por un increíble púlpito de retorcida y recargadísima apariencia en la que se mezcla(n), trabajados siempre con la misma exuberancia flamenca, la madera y el mármol.

¡Cuánto más verdadero y más hermoso el castillo de los condes! Allí la reconstrucción, que se hizo, fue minuciosa, pero dejó los arcos románicos rotos, haciendo visible el enorme esfuerzo de la piedra contra el tiempo, y la nobleza de la lucha. Y lo que es adorno suplementario no se agregó. Se mantuvo la desnudez de los muros y el color natural de la madera en las gruesas vigas de los techos. En la prisión, detrás de un cristal, reposan todavía sobre la misma tierra los esqueletos de dos mujeres. (p. 134 – 138)

La Haya, 26/V/ viernes

La Haya – Den Haag

Llegamos ayer de noche. Salimos de Bruxelles a las cuatro de la tarde. Apenas nos detuvimos en Amberes para cambiar unos cheques de Leandro y comprar unos florines, y seguimos hacia el norte, por una carretera en reconstrucción, por la que no pude pasar nunca de los cuarenta kilómetros (con frecuencia 30 y 20). Había llovido, el camino estaba bordeado por un bosque exuberante, de árboles floridos –azaleas– y otras flores que no conozco, enormes, blancas, azules, rojas– que flotaban inverosímiles entre la niebla baja, y apareciendo de pronto, junto a los ár-

boles muy verdes, o de follaje intensamente morado y con la forma piramidal con que aparecen en los pintores primitivos.

Luego, la frontera –cómoda para nosotros por nuestros pasaportes– y, en seguida, el paisaje holandés. Increíbles llanuras fértiles que se extienden hasta el horizonte, verdes, empapadas, al mismo nivel que los canales, con molinos que permanentemente la riegan, y una prolijidad puramente de huerta modelo. Carreteras –autoestradas con las rutas y dos pistas cada una y, al lado, la infaltable ruta de ciclistas–. Los puentes tienen también su ruta ciclista, defendida con hierros cuidadosamente pintados. Las indicaciones de caminos, los cruces, todo, da la impresión de una perfección casi infantil. No se entra a un país, se entra a una huerta, fértil, cuidada, amorosamente tratada como con mano femenina.

Pasamos por Rotterdam casi sin darnos cuenta: La autoestrada entra, la atraviesa totalmente, separada por jardines de las calles de la ciudad, y permite mantener, en el centro de Rotterdam, las velocidades de ruta. La misma autoestrada atraviesa el Mosela por un túnel en curva de más de medio kilómetro. Todo limpio, brillante, iluminado, con estilo sobrio, como la edificación que se va viendo desde la ruta.

Al fin, anoche, La Haya, después de cinco horas de viaje. Y ahora en este hotel de la calle Wagenstraat, pensando en salir a ver. (p. 138 – 139)

La Haya –26 de mayo a la tarde.

Pasamos la mañana, luego de salir tarde del hotel y de pasar por la oficina de turismo, en el museo “Mauritshuis” al que entré pensando en ver Rembrandt y Frans Hals.

Los Rembrandt que vimos –*La lección de anatomía*, tres o cuatro autorretratos y algunos otros cuadros– no me produjeron la impresión que yo esperaba. Acaso nuestra involuntaria preparación para Rembrandt fue inadecuada. Los grandes impactos anteriores fueron Goya, Monet, Van Gogh y los primitivos flamencos: Memling, Van der Weyden (Roger de la Pasture) y Van Eyck. De ellos a Rembrandt la distancia es enorme. Rembrandt aparece pastoso, carnal, pesado, imponiéndose por la extraordinaria calidad casi material de sus telas –sobre todo en uno de los últimos autorretratos. De esa manera se me hizo más difícil encontrarlo, sobre todo en aquellas telas que por ser –acaso de la primera época, o en todo caso de una época anterior en relación con el autorretrato viejo, no lo muestra en su desembozada intención material: como si no se atreviera – o por falta de seguridad o, lo que es más probable– por alguna especie de pudor o de consideración con la época– a mostrarse tal cual es, en la pintura tal como la concibe. Cuando hace esto último –en el autorretrato con turbante, en el retrato del viejo con luz ocre cayendo sobre el hombro y la mano derecha y en el autorretrato viejo, sobre todo– se muestra imponente y digno, pero siempre en otra dimensión que la que yo esperaba.

Las reproducciones que yo conocía no se enriquecieron tanto como yo pensaba con el color original: se enriquecieron con su materia –lo que es diferente. (Eso

explica que me haya sorprendido más, siendo acaso menos importante, el cuidado autorretrato joven.)

Cuando vimos Memling, la riqueza del color fue, para mí, deslumbradora. No así en Rembrandt, cuya *Lección de anatomía*, por ejemplo, y en cuanto a puro color, me defraudó levemente. (No, claro, en cuanto a dibujo.)

¡Qué sorpresa en cambio cuando, al descender a la sala baja encontramos cuatro Holbein! ¡Qué pureza! ¡Qué forma exquisita de dibujo y color a la vez en el maravilloso retrato de su mujer con fondo verde y como manchado!

Holbein casi me compensó del relativo dolor de no encontrar al Rembrandt que yo creía. (p. 140 – 142)

La Haya, 27/V/ – Sábado

Salimos esta mañana para Harlem y Amsterdam. Ayer de tarde visitamos Scheveningen –la pequeña ciudad costera inmediata a La Haya – 5 kilómetros– con puente artificial para la pesca y una zona de edificación costera sobre la rambla –casinos, cabarets, etc.– desagradable, pero, en cambio, detrás de la playa, una zona residencial de chalets y villas con el arbolado y las flores tan abundantes que me hizo pensar en algo parecido a Carrasco.

Pronto guardé el coche. Eran las 6 y los ejércitos de bicicletas hacían imposible el tránsito. Los grupos eran de 50 o más. En la tarde habremos visto miles de bicicletas, andando sobre sus bandas especiales y obedecen puntualmente, como ejércitos en un desfile, las señales de tránsito.

Dentro de una hora salimos para Harlem. Anoto el hotel donde estuvimos por si volvemos: “Hof van Holland” Wagenstrad 44. (p. 142 – 143)

Amsterdam, 27 /V – Sábado

Muy cómodo y muy rápido nuestro viaje desde La Haya. En cambio nuestra visita a Harlem, nos defraudó. Íbamos exclusivamente a ver el Museo Frans Hals, instalado en lo que fue la casa del pintor. Pero no encontré al Frans Hals que me hacían suponer las páginas de Malraux que leí en París. Lo encontraba tieso, poco suelto, y, en vez de aquellas manos que Malraux publica junto a su comentario, un guante oscuro, desagradable, de cartón. Solo encontramos al verdadero Frans Hals aquí, en Amsterdam, en el mejor de los museos que visitamos desde que salimos de Francia: El Rijksmuseum.

Desde el comienzo del viaje se van acumulando ya demasiadas cosas para ser vistas y sentidas en tan poco tiempo. (Me refiero a este pequeño viaje al Norte). Además no me siento con suficiente libertad. La compañía de Arzadun es pesada. Con Leandro nos entendemos perfectamente bien y muy a gusto, pero Arzadun me resulta más pesado y mucho menos inteligente, más astuto y menos culto que lo que yo me imaginaba. Me da vergüenza sentir, en algunos museos, mayor seguridad

que él, pero, por otra parte se me hace insufrible su suficiencia emboscada. ¡Cómo deben padecerlo sus discípulos! Tiene momentos realmente mezquinos, avaros.

El museo que visitamos hoy aquí, enseguida de comer –de tomar lo aquí llaman Koffietapel, que no fue café sino té con huevos fritos y un pan extraño, negro, hecho con granos de trigo enteros– fue deslumbrador. Tiene, en cada sala, dedicada a una época o a un país, pequeñas joyas. Imposible acordarme de los nombres de todos los primitivos que me gustaron, pero es acaso esta colección de primitivos de lo que más nos gustó. No hay, es cierto, ni un Memling ni un Van Eyck. Pero hay discípulos, y excelentes contemporáneos. Está allí la preciosa *Eva* de Cranach, y otros más. Vi el más hermoso de los frescos hasta ahora, un Cristo pequeñísimo, de 30 x 20, acaso, que es maravilloso, un Costa, un Murillo y dos espléndidos Tintoretto. (Que, al principio, confundí con el Greco –yo no había visto hasta ahora Tintoretto). Eran un Ángel y una figura de mujer⁶⁸.

Entre los primitivos se sentían dos influencias claras: Holbein por un lado; por el otro Italia, y por fin, vimos sobre todo, Rembrandt y Frans Hals. En este museo Frans Hals es otro. Aquí sí que se reconoce al grande, y gusta plenamente. Aquí sí se reconoce al autor de quien escribía Malraux.

Rembrandt, en cambio, fue muy diferente a todo lo que yo imaginaba. Vi algunos que me gustaron mucho, pero, sobre todo, vi *La Ronda Nocturna*: es imponente, increíble. Es un prodigio de técnica, de seguridad, de dominio, de *maestría*. El hombre de crema, del primer plano es un deslumbramiento y, sobre todo, es increíble el poder de profundidad del cuadro: hay brazos *que salen* de la tela, aires que *entran* en ella para dar espacio entre los diferentes planos. Pero es la admiración rendida al maestro. En cambio, en el pequeño Greco, en el Tintoretto, los colores cantan y el cuadro se inunda de otros valores diferentes. Algo así, también, en algunos Vermeer (En *La Haya*, en la cabeza, busto de mujer⁶⁹ y aquí en el pequeño cuadro de las tres manchas azules). (p. 143 – 146)

Arnhem, 30 de mayo 950

Hicimos ayer el viaje de Amsterdam a Otterlo, donde pasamos, para seguir en seguida al parque nacional donde se encuentra el magnífico museo “Kröller – Müller”, que es una dependencia del museo del Estado: Rijksmuseum.

Creo que el viaje de cien kilómetros nos valió la visita al más hermoso museo. Nada semejante vimos en Francia ni en Bélgica.

Un parque con rutas entre pinares, de terreno levemente ondulado, por el que, de pronto, pasa con la velocidad de una flecha un gamo que atraviesa el camino frente al auto. Y en medio del parque, un edificio chato, elegante y de buen gusto, en ladrillo. Allí un museo espléndido. (p. 146 – 147)

68 Posiblemente se trate de *Rompimiento de gloria*, aunque hay varios cuadros de Tintoretto con un ángel y una mujer.

69 *La joven de la perla* (1665), de Johannes Vermeer

Bruxelles 30

Continúo, ahora, en Bruxelles, a la noche, después de haber viajado, durante el día, al través de la provincia de Brabante y del norte de Bélgica.

El museo que vimos en las cercanías de Otterlo, contenía entre otras preciosas telas (Cranach, primitivos anónimos, franceses del XIX, etc.), una colección de setenta u ochenta Van Gogh, ordenadas por épocas y casi todas del mejor Van Gogh. Algunas son un impacto inolvidable: sobre todo las de la época de Arles –la mayoría. Inolvidable el árbol con los dos remolinos circulares en lo alto⁷⁰, inolvidables los campos labrados en amarillo y en marrón, y el *Postes* y los girasoles... Y el trazo violento, lleno de bronca, –no: de genio– del pincel incontenible, que raya la tela con trazo seguro, que deposita pinceladas como latigazos exactos, y que carga la superficie con su materia abundante, rica, tan admirable en sí misma como el propio color.

Y además, las telas estaban repartidas bajo una luz blanca, intensa y espaciadas, con un casi humilde marco, en salas amplias y adornadas con pulcritud y buen gusto: escogidos jades, flores naturales, algunos Tanagras, pequeñas piezas de Maillol.

Es un museo al que –como el Amsterdam, quiero volver.

Esa noche fuimos a dormir a Arnhem, y hoy partimos haciendo la ruta de Nimega (Nijmegen), donde encontramos unos hermosos restos románicos de la época carolingia, en el Belvedere, junto al Waal; y luego por Heitopenbosch (Bois le duc) donde vimos la hermosa – no excepcional– catedral gótica de San Juan. Y después por la ruta más directa a Anvers y Bruxelles. (p. 147 – 149)

París, 7 de junio de 1950

Estos últimos días en París, de terrible pesadez, nos hacen pensar en ir a pasar lo más violento del verano a la costa, junto a algún pueblo pequeño y tranquilo de Bretaña. La opresión de la ciudad se nos hace tanto más insoportable cuanto que regresamos de un viaje maravilloso en otro clima. La vuelta del viaje, sobre todo, luego de las grutas de Hann sum Laisse, por la cuenca del Meuse y al través de las Ardennes, fue maravillosa.

Particularmente delicado se hizo de pronto el paisaje en la segunda etapa –de Rethel a Reims y París– porque sobre una topografía que cambió pasando de los valles angostos, de los caminos de cornisa y serpenteantes, con bosque a uno y otro lado y atravesando montes, a las suaves extensiones más delicadamente onduladas, a las colinas dulces, y, sobre todo, a la deliciosa topografía del arado. Allí, aparecieron los *coquelicots*. A veces eran una mancha rotunda y roja en un cuadro no lejano de la carretera, a veces, una mancha roja que la lejanía tamizaba y los declives de la colina deformaban quitándole su rigidez geométrica, y a veces eran, simplemente,

⁷⁰ *La noche estrellada* (1889), de Vincent Van Gogh.

en sus repentinos y repetidos estallidos rojos y como ingravidos, aéreos, un trozo de una tela de Renoir, creciendo a capricho en un cuadro de hierbas altas.

Esta tarde estuvo Pastor en el hotel, y con él fuimos a cenar, más allá de Vincennes, sobre la ribera del Maine, en un pueblito que se vuelca sobre un borde del río, junto a Joinville. Luego tomamos un calvados en Montparnasse. (p. 149 – 150)

París, 8 junio 1950

París ya está imposible de calor. Nos retiene aquí el asunto de la Biblioteca china. Espero unos días a ver si llega carta y podemos irnos a Suiza para arreglar ese asunto y partir luego a algún lugar de la costa. Mientras tanto leo, aquí, algo sobre pintura: sobre los impresionistas y los pintores posteriores. Tomo notas o hago subrayados para “Arte y magia” nada más.

Cambió mi impresión sobre Julien Gracq antes que hubiera podido terminar su otro libro. Mi interés por él decae. En el fondo lo que ocurre es que, tal como se me aclaró el otro día conversando con Aveline, la literatura que ahora se está haciendo en Francia me interesa mucho menos de lo que yo esperaba. Falta mucho por conocer. Pero no me atraen. O son los que se evaden de la literatura hacia la política, o son los que se enquistan en una literatura técnica. Un ejemplo de técnica y purismo (decadentismo) podría ser el mismo Julien Gracq. Tengo junto a mí un número de “Empédocle”⁷¹. Tengo en ellos (Camus y su gente) más confianza, pero todavía no los leí. Veremos.

Hovelaque estuvo ayer y me dejó una citación para una reunión preparatoria del Congreso de Roma del *Mouvement Universel* para una *Confédération Mondiale*. Iré el domingo y trataré de escuchar. Eso me interesa. (p. 150 – 151)

París, 9 de junio 1950.

Tengo el sentimiento creciente –creciente por las lecturas que poco a poco voy haciendo– de que llegamos tarde a París. Tarde o temprano. El tiempo que Francia vive actualmente tiene para nosotros –creo– poco interés. Lo que importa no es lo actual. Tengo la impresión de que lo que hay de verdadero en Sartre es demasiado verdadero y demasiado lamentable. Estoy leyendo *La mort dans l'âme*⁷². Es la *défaite*. Es la profunda derrota lo que creo advertir en el aire de la cultura –cultura por ahora sin salida, tal como la siento.

No es aquí, a París, –donde deben venir escritores y artistas a aprender. Y si vienen es para ver lo que no es ahora: para ver de cerca huellas de una tradición, sí, para ver museos, no para coger el ritmo de una cultura que anda a descompás con la nuestra. (p. 152)

71 “Empédocle”: revista literaria francesa fundada en 1949 por René Char y Albert Camus.

72 *La mort dans l'âme*: tercer tomo de *Los caminos de la libertad*, de Jean-Paul Sartre.

París – 10 de junio

Ayer asistí, llevado por Benvenuto, a uno de los viernes del existencialista católico Gabriel Marcel⁷³. No me animé a revelarle a Benvenuto, que se entusiasma cuando habla de él y que me confesó que es una de las grandes experiencias de su vida, el efecto deplorable, deplorable por momentos hasta el asco, que me produjo G. Marcel, el ambiente y la conversación.

Sentí aquello como una sesión de onanismo mental.

Entramos a un cuarto piso de apariencia modesta: un comedor con una mesa y un estudio con abundante librería de muebles simples, un escritorio, un piano –con la imagen de Santa Cecilia sobre él– y varias sillas y divanes. Cuando entramos ya había, allí, varios neófitos. Unos conversando en secreto, otros leyendo algunos libros. Algunos, evidentemente, se conocen entre sí. La mayoría desatiende a los demás. No se cruzan saludos. Alguien advierte a B. que Marcel llegará a las seis. Esperamos.

Yo voy siendo ganado por los libros, por el pequeño apartamento. Al fin, a las 6, entra por detrás de mí, y pasa entre nosotros (Benvenuto, Castellanos y yo estamos agrupados en la puerta que va del estudio al comedor) un viejo encogido y ridículo, que arrastra un poco las piernas y habla con voz de estridencias eunucoideas, sin que yo pueda entenderle. Atraviesa varias veces el salón, pide agua a Mari (el ama de llaves) y termina sentándose, cayéndose, sobre un sillón verde que lo estuvo esperando, respetado por los neófitos que se fueron ubicando donde pudieron para dejar siempre libre ese sillón entre las dos ventanas.

Y desde allí, con las piernas torpemente arrumbadas hacia un lado dijo que decía la comunicación que presentará al Congreso de Berlín; se levantó, la buscó en el escritorio, se volvió a sentar y se puso a leer rapidísimamente, pésimamente, deteniéndose a veces para corregir el texto en el que encontraba errores y de pronto, como empleara la frase de Nietzsche, Dios ha muerto y la de un contemporáneo: el hombre está en agonía, pidió a uno de los presentes que comentara las expresiones.

En todo aquello había para mí la búsqueda, impúdica, de una conversación que pudiera resultar interesante, y, a la vez, un egocentrismo y una impudicia narcisista que me repugnaba. La conversación no tenía calidad ni firmeza. No había nada de lo que he podido recoger conversando con Bergamín o con los muchachos (¡señor, qué maestro involuntario, don Pepe!).

Había confusiones de sentidos y de planos, falta de agilidad, petulancia en la manera de interrumpir de Marcel, en señalar: “*Oui, d'accord, mais ce qui est important dans ce que je dis c'est...*”⁷⁴.

Luego, un evidente profesor secundario nos dio una lección sobre los procesos eclesiásticos y la inquisición, con la más ordinaria calidad (se comparaba la

73 Gabriel Marcel (1889 – 1973), dramaturgo y filósofo francés. Su pensamiento es calificado como existencialista cristiano.

74 “*Sí, de acuerdo, pero lo que es importante en esto que digo es...*”

tortura moderna y la inquisición en un plano tal y con tales derivaciones que daba vergüenza estar *chez* Gabriel Marcel).

Por la noche, lamentable, lamentabilísimo espectáculo en la Ópera: *Bolívar* por J. Supervielle. Libreto infame, *mise en scène* increíble, ópera ridícula, asquerosa, boba. No tengo ganas de escribir sobre ello. (p. 153 – 156)

Domingo 11 – París

Ayer, sábado, fui a almorzar con Aveline (Minye, molesta, no pudo ir con nosotros) a St. Germain. Almorzamos en el Pavillon Henri IV, sobre la terraza que domina, en lo alto, el panorama de París.

Durante la ruta y durante la comida, interesante conversación. Se habló de Gabriel Marcel (del que tiene mi propia opinión, pero formada, sólidamente, en veinte años de conocimiento). Se habló de novela y se habló de Martin du Gard.

No es cierto el anuncio de que M. du G. haya entregado nuevos originales.

M. du G. vive solo, triste, en Nice, y allí, encerrado desde la muerte de su esposa, trabaja en una novela en forma de diario. Así, si la muerte, que tanto temió y teme, le sorprende, la novela no quedará inconclusa porque ¿cuál puede ser el fin de un *diario*?

Me contó cómo padeció el conflicto de decidir –en vida de su esposa– si, en caso de acercarse su muerte debía o no, convertirse al catolicismo. Ella, su esposa, con la que vivió muy unido, era violenta y autoritaria, y se había convertido. Entonces él pensaba qué debía preferir –nunca se le ocurrió que pudiera morir ella antes que él–, si conformarla a ella y convertirse (total, a él que le importaba, si no creía...) para que ella pudiera vivir pensando que él no moría condenado, o si debía preocuparse por aquellos a quienes, la noticia de la conversión, podía turbar y agitar.

El problema se desvaneció con la muerte de ella, pero él se alejó de sus amigos hasta ahora –hace meses que ella murió– en que se propone volver a París para ver a sus amigos.

Conversamos de nuestros trabajos y, al saber del tema de *El Habitante*, me pidió que me ocupara de ver si era posible hallar una traducción para publicarlo aquí. Insistió sobre esa idea, que me halaga, pero que me resulta un poco ridícula, durante la vuelta. Mi único traductor posible es Milena, pero me avergüenza proponerle semejante trabajo. (p. 156 – 158)

15 de junio

Estos últimos días, tiempo aprovechado. Aún en sentido negativo.

Vimos una exposición Miró –en la misma galería en que habíamos visto la exposición Braque– que llegó, por momentos, a repugnarme. Hay cosas tuyas que tienen evidente calidad, pero esa calidad se apoya sobre un ejercicio no serio, no responsable –ni, tampoco, con la profunda irresponsabilidad de los buenos mo-

mentos surrealistas, por ejemplo—. No es serio porque no hay compromiso ni con el azar. Es hacer objetos y cosas para damas elegantes y snobs. Es, además, no aceptar leyes ni saber imponérselas a sí propio. Un plato decorado con unos grumos de yeso, y, pegados sobre él, dos abollados bebés de celuloide y un trozo de seda: todo ello sin hermosura, sin patetismo, ni fatalidad, ni gracia, es, meramente repugnante. Y así algunos otros objetos. A veces salían algunas ilustraciones para libros (T. Tzara), porque hay un sentido de decoración (pero como arte menor). Repugnante también, para mí, la carátula torpemente manuscrita de su carpeta de 13 litografías, con el cuidado de imitar una letra infantil, meramente deforme y cuidadosamente impresa, y sin gracia.

Tan desoladora casi fue la exposición de F. Léger en la galería Leisis, de dibujo y color ordinarios y al por mayor⁷⁵.

En cambio, algunas muy hermosas litografías de Picasso en la misma galería. Una de ellas me entusiasmó tanto que la compré. Es un retrato de su mujer, en una sola tinta –negra– con excelente calidad de impresión que me pareció tan milagrosamente a nuestro alcance –por el precio– que me entusiasmó (20.000 fr.)⁷⁶.

Hoy de noche, interesantísima experiencia: en la Cinémathèque Française vimos *L'âge d'or* de Buñuel y Dalí. Excelente impresión de las posibilidades del surrealismo, y confirmación de mi anterior criterio sobre la seriedad y validez del movimiento, aunque en este caso se muestre en la detestable persona de Dalí y con la inevitable secuencia de sadismo y retorcimiento malsano.

Sin embargo, el interés mantenido del film, en su dislocada lógica onírica, tiene una manera de sustancia humana que es prueba de la permanencia de valor de la experiencia surrealista.

(Infinitamente más importante que toda la pintura de Dalí que he visto: he visto lo que hay en el Museo de Arte Moderno.)

Es la secuencia –de carácter onírico, pero de representación realista– de una serie de imágenes absurdas. Es interesante comparar algunos momentos del film con otros primitivos –y no primitivos– de Chaplin. Allí todo tendía a darse hacia la comicidad, pero, frecuentemente con la misma ordenación surrealista. Aquí, claro está, más barreras rotas, pero, en cambio, carencia de aquel sentido maravillosamente humanístico de Chaplin. A cambio de eso obsesión sexual, resentimiento, etc.

⁷⁵ En realidad se trató de una visita al atelier de Ferdinand Léger, en Montmartre, el día de entrega de los trabajos semanales de sus alumnos. La visita fue mediada por Leandro Castellanos Balparda y a ella acudieron también Benvenuto e hijo. Léger había sido el decorador de la obra teatral “Bolívar” de Supervielle. Carta de A. Berenguer a su padre, 17 de junio de 1950.

⁷⁶ “Sólo se tiraron 50 copias (y destrucción de la plancha) y esta es la N° 6. Ya verán que dice 'Picasso, 49 6/50' (fecha y número sobre el total tirado). Estoy radiante con la compra. Por otra parte no sé si les dije que estamos convencidos de que el genio más genio de la plástica de este siglo es don Pablo Picasso. Solo se le acerca (y por momentos la pulseada es buena) Braque. En primera línea, también, Matisse. Pero Picasso hace de todo, lo que se le da la gana, y muy a menudo sus cosas parecen raras. Eso se debe al comercio. Su genio hace que cualquier cosa que sea de él se pague a precios fabulosos, entonces aparece por ahí todo lo que hace, incluso los garabatos que hará por diversión, ensayo, etc. Y, como se paga, todo va al mercado. Él se debe reír de algunos de sus compradores. Pero les aseguro que esta lito la hizo muy en serio”, escribe a su padre el 16 de junio.

Ese cambio, realizado por un alma más pura, daría algo similar a Chaplin, menos cómico, pero no menos profundo.

La ordenación por asociación libre de ideas –correspondiendo a la escritura automática que preconiza Breton– se sigue con interés y no molesta. Acaso pueda romperse aún más el esbozo de argumento que por momentos tiende a dominar y que los autores tienen cuidado de romper a tiempo.

Hay dos tipos de ruptura de lo real cotidiano: por un lado en simultaneidad óptica (la sala de fiesta y el carro con los hombres que toman vino que la atraviesa) y la segunda, más frecuente (y más típicamente cinematográfica) obtenida en sucesión, por el montaje: una lucha de alacranes, los obispos en ceremonia junto al mar, los bandidos que mueren al ir a defenderse, y por último hay una tercera, que la proporciona el argumento: va a haber una ceremonia, comienza el discurso, hay un grito, es un hombre que quiere violar a una mujer, lo toman preso, él sigue preso en Roma, ella lo espera en el castillo donde hay una fiesta. Por último hay que agregar el abandono de las represiones –expresión de deseo sexual, escena de amor interrumpida, la mujer, sola, chupa los dedos del pie de la estatua. (p. 158 – 162)

17 junio. París

Me desespera ver cómo se malgastan anotaciones sobre la novela. A veces me pasa que, mientras estoy escribiendo una escena, veo, rápida y seguramente su desarrollo, y que anoto en algún lado lo fundamental de lo que va a ser la materia de la próxima página y lo guardo para el día siguiente. Y llegado el momento de continuar encuentro la anotación, leo lo que ya escribí: hallo que la anotación es correcta y que la escena debe terminar de ese modo, entonces, no encuentro la manera –¡que el día anterior era tan clara!– de hacer entrar esas anotaciones, siendo que, por otro lado es lo único que cabe. Hasta tal punto hay matices infinitamente delicados de ejecución –casi imperceptibles– que determinan la calidad, mejor aún, la existencia, de una situación novelesca. (p. 165)

18 de junio París

Lo que sobre todo me asusta, en el trabajo de la novela, es algo bastante parecido a lo que me hacía sentir Mario cuando después de leerle, me preguntaba ¿Para qué?

Y apenas siento esta angustia de algo inmotivado –no, no sin motivo, sino mayor, sin fin– vuelvo a imaginar de qué manera podrá realizarse un andamiaje que la sostenga (como es mi ambición con “Presente Perdido”).

[...] (p. 165 – 166)

20 de junio – París

Visita, el pasado domingo, a Chartres.

Anoche, *Le sang d'un poète* de Jean Cocteau en la Cinémathèque Française. Decididamente, no puedo gustar el mundo artificial y artificioso de Cocteau, su gusto amanerado y repetido por la novedad, su falta profunda de calidad.

También aquí ángeles, espejos en los que se penetra, etc. Y, por detrás, inevitable, la presencia de un anormal sexual, o un torpe artista que confunde gusto y genio con novedad, hasta el punto de que su deseo de novedad se hace viejo, y desgastado. (p. 166 – 167)

21 junio París

Visita, ayer, a lo de Álvaro Guillot Muñoz.

Conversación sobre el panorama cultural de la Francia actual, etc., y, particularmente, del *affaire* Biblioteca Sino Internacional. Está totalmente conforme con mi criterio y me aporta una indicación más: si el interés de Mont., es el de poseer una biblioteca internacional con obras de la Sociedad de Naciones, esa biblioteca existe ya y fue donada por el señor Sierra al Ministerio de Relaciones. Él me dará los datos precisos para indicarlos en mi informe. (p. 167)

22 junio París

Volvemos de ver otra vez, creo que la tercera, pero esta vez completa, la película de Carné: *Les enfants du paradis*. Tan formidable como siempre, o más. Sentimiento de estar viendo no solo excelente cinematografía, sino la mejor concepción cinematográfica.

Sin equivalencias traslaticias de novela, o poema, o una fotografía, sino la más sabia arquitectura y fusión de esas posibilidades. Excelente manera de madurez, con un dominio especialísimo de montaje, que produce –a menudo– efectos decisivos. El ambiente, el clima, se cumple a menudo por él. Y, claro está, por la maravillosa capacidad anímica de Barrault⁷⁷.

Y en cuanto tiene de novela –se nutre de la más legítima y atrevida, de una depuración del atrevimiento– y la decisión balzaciana llevada a técnicos de cine. (p. 167 – 168)

24 junio París

Ayer nos enteramos, por Pérez Lynch, que siempre encuentra en los diarios noticias que a mí se me escapan, de la enfermedad de Malraux. Parece ser una infección, de origen desconocido y muy grave. Se hablaba de él como un moribundo, ya. Yo no había alcanzado a telefonarle todavía. La carta que don Pepe me dio para él duerme en mi cartera.

⁷⁷ Jean Louis Barrault (1910 –1994), actor y mimo francés que protagoniza al *Pierrot* Baptiste Deburau en el film de Marcel Carné *Les enfants du paradis*. Se afirma que fue Barrault quien le sugirió la historia a Carné. Jean Louis Barrault veraneaba con frecuencia en playas uruguayas.

Esta noche –hoy es cumpleaños de Minye– después de cenar iremos a la Cinémathèque a ver el *Viva México* de Eisenstein. Y mañana, *La flauta mágica* de Mozart. (p. 168 – 169)

25 de junio 1950 París

Esta tarde visita al Château de Chantilly. En medio del recargadísimo y abominable lujo del castillo, pudimos ver algunos hermosísimos cuadros. Entre ellos, el *Otoño* de Botticelli y una virgen de Filippo Lippi, cercana al mismo Botticelli, y hermosísima.

Deplorable impresión de conjunto: fausto, lujo asfixiante, dorados y abominaciones del gusto que me hacen repensar lo que yo suponía de la finura del 18.

De noche, la maravillosa música de Mozart, en la Ópera. En la incomprendible Ópera, como género y en la abominable Ópera como edificio.

26 de junio. París

[...]

Interesantísima lectura, en *Éveils*⁷⁸, de la narración que muestra los orígenes de la NRF. Coincidencia parcial con nuestra situación en Montevideo ¡Qué ganas de conversar con Ángel de esto y de convencerlo de que tenemos que hacer lo que hasta ahora no nos atrevimos! Una revista nuestra: con una férrea dirección de calidad y de autovigilancia, y luego, y sobre todo, la realización de una revista como expresión nuestra. Demos en ella con lo mejor que hagamos. Cortar por lo sano con la deformación con que amenaza todo trabajo periódico. No conceder. Trabajar y publicar. Pero no subordinar el trabajo a la revista. Repetir los nombres incansablemente si es necesario. La revista no es una vidriera de una tienda: es la comunicación del trabajo. Y una actitud literario-moral. No una doctrina, más bien un respeto por la actividad. No ocuparse de los demás: hacer, más que contestar, o, mejor, contestar de la mejor manera: haciendo, creando.

Publicar obras por fragmentos –folletines, publicar artículos, hojas de diario, cuentos, conferencias. No preocuparse de hacer didactismo: ya que otros se ocupan de ello que lo hagan. Acoger, sí. Acoger pero no para otra cosa que no sea el trabajo. No escribir más que para ella. (p. 169 – 171)

27 junio 1950 – París

Recibí telegrama de Trillo anunciándome anulación de la intención del traslado de la Biblioteca Sino Internacional⁷⁹. Eso me decidió a destinar próximos días a Estrasburgo, para donde saldremos mañana de mañana.

⁷⁸ *Éveils*, autobiografía de Jean Schlumberger (1877 – 1968), escritor y periodista, que junto a André Gide y Gaston Gallimard, fundó la revista literaria “Nouvelle Revue Française”.

⁷⁹ La Biblioteca Sino Internacional llegó igualmente a Uruguay en 1951 y permaneció en la Biblioteca Nacional hasta 1992, fecha en que se la entregó a la República de Taiwan.

Hace un instante bajé a llevar el Citroën al garaje y vi, en la portería del Hotel un periódico donde se anunciaba la decisión de Truman de atacar con las fuerzas del Sur en Corea. Eso nos vuelve a tomar de sorpresa. Tanto como anteayer, la noticia del ataque en Corea. Todo tendía a remansarse, esta tarde, cuando leí artículos, en *Le Monde*, en que se hacía referencia a la actitud norteamericana indicando un cierto desapego por la cuestión. EE.UU. haría todo lo posible –se indicaba– menos la guerra. Sin embargo, las últimas noticias son una orden de Truman, de atacar a Corea del Norte. (p. 171 – 172)

Colmar – 30 junio 1950

Escribo en el bar del Hôtel du Musée de Colmar, adonde llegamos ayer por la tarde.

El verano se despeñó repentinamente sobre nosotros en Alsacia ayer, cuando salimos de Saireburg en dirección a Estrasburgo, por un camino secundario que atraviesa los Vosgos. Elegimos el camino secundario para conocer esa región de montes y pequeñas aldeas habitadas por labradores y leñadores. El paisaje era hermoso. Frecuentemente el camino estaba suspendido sobre valles de vegetación tupida y trepaba por laderas en las que, apenas aparecía un trozo de terreno horizontal y sin árboles, se veían tupidos sembrados de trigo.

Llegamos temprano a Estrasburgo.

La primera impresión que nos produjo la Catedral, que se nos mostró de golpe, al dar vuelta una calle, fue grande; sobre todo por la sorpresa de su inmensa fachada roja, trabajada al exceso en un amontonamiento de columnillas que marcan un ímpetu ascensional.

Pero luego que la recorrimos y pudimos verla despacio, luego que su gres rojo se nos hizo familiar, dejó de importarnos como al principio. Su gótico exuberante y su complacencia en el juego afinado pero ocioso de la piedra que adorna pero no sostiene, produce fatiga. ¡Cuánta más arquitectura en la fachada casi lisa de Notre Dame de París, en la poderosa piedra militar de Chartres!

Y aún el interior románico del ábside no me produjo la impresión que yo esperaba. Más me gustaron las humildes ruinas carolingias de Nimega, o la cripta desnuda de la capilla de la Santa Sangre de Brujas. Era aquél un románico más desnudo y poderoso, más intenso, más auténtico.

Nos espera ahora el museo de Colmar con su Grünewald (para eso vinimos) y, a la vuelta, la abadía romana de Vézelay, para donde partiremos, seguramente, esta tarde o antes de medio día.

Por ahora, el viaje se nos hace extraordinariamente largo para lo que vemos o, mejor, para *cómo* vemos. El calor, el cansancio del viaje, son para mí incapacidades en el acto de ver. Así, mucho desperdiciado en el Museo de Estrasburgo donde, ayer, solo pude ver con conciencia –con una alegre conciencia que se levantaba en medio de una noche de cansancio– una hermosísima pequeña virgen

del Greco. Muy conocida por reproducciones y que nos vino a sorprender aquí. (p. 170 – 174)

1 de julio – Gray

La pesadilla de ayer de Colmar, que se desvaneció solo mientras estuvimos en el museo, duró hasta que al fin nos animamos a tomar nuevamente, luego de almorzar, la ruta de los Vosgos.

En el museo vimos Grünewald. Del gran retablo⁸⁰ –que es enorme– solo resulta importante para mí, el Cristo en la cruz. A pesar de que –ahora lo comprendo– las reproducciones daban muy bien el carácter excepcional de esa pintura, no se veía en ellos el espantoso efecto del contrapunto: Es Cristo muerto en la noche del mundo, como decía Minye mirándolo. Los colores verdosos del cuerpo de Cristo parecen contaminar de su humana descomposición el ámbito que lo rodea. Pero también ese cuerpo parece ser la semilla, el carozo, la condensación dramática, de una pesada noche de terror que se enseñorea del mundo. Y la terrible fuerza dramática se desprende, más aún que del cuerpo mismo, martirizado y descompuesto del grito de desesperación –como no he visto otro– que brota de las manos y de los pies. Los pies brutalmente clavados, torcidos, deformados, descompuestos, y las manos que se abren crispadas, como dos enormes arañas carnales clavadas por un alfiler monstruoso. Y muertas en la postura de debatirse todavía.

La virgen, blanca, desmayada, blancos incluso los labios, y María Magdalena con rostro torpe de mujer de la vida y desesperada.

Sin embargo no sabría decir si la excelencia de este cuadro es realmente pictórica.

Los otros cuadros tienen momentos de verdadera ordinariez (así *La resurrección*, por ejemplo).

Y por la tarde, cuando nos decidimos al fin a salir, a pesar del infierno de calor que pesaba sobre nosotros, el camino nos llevó a los más hermosos lugares que hayamos atravesado hasta ahora en Francia (acaso no los más hermosos pero sí los más excepcionales, los más grandes). El camino se levantó hasta hacernos llegar a los 1200 metros por caminos que bordean y trepan pacientemente los Vosgos –cubiertos de pinos hasta donde la vista distingue–. Y luego, en las laderas, trigales, y estaciones termales, aldeas de labriegos, con las calles recorridas por vacas y gallinas y con enormes carros de paja de trigo y niños que juegan junto al puente, y enormes pilas de leña que todavía no guardaron bajo techo, y praderas y praderas de trigo dorado.

Así el paisaje fue ayer de una extraordinaria variedad.

Ahora será, esta mañana, Dijon y luego Vézelay. (En Dijon tendremos que pasar seguramente la mañana y continuamos hacia Vézelay por la tarde.) (p. 174 – 177)

⁸⁰ *Retablo de Isemheim* (1512 – 1516), obra maestra del pintor alemán Matías Grünewald.

2 de julio – Vézelay

Llegamos ayer de tarde a esta pequeña y hermosa ciudad galo romana, luego de atravesar Avalon, y, luego de cenar, en las últimas horas de la tarde, trepamos desde el hotel (*Hôtel du cheval blanc*) por las callejuelas que se tuercen hacia la abadía.

Muy a menudo y sin saber claramente porqué, mientras contorneábamos la elegante masa románica de la abadía, pensaba en mi tío Domingo. Acaso por las pocas palabras ingenuas que me dijo el viejo del garaje cuando guardé el coche –que me hicieron pensar en mi tío– o por las casas de noble muro de piedra, por las vacas que andaban –de hermoso color marrón claro– por la calle, y por los niños que jugaban escondiéndose en los mil vericuetos de las pequeñas calles que pasan bajo los arcos. (p. 177)

3 de julio París

Interrumpí ayer, porque salimos a recorrer de nuevo la pequeña ciudad, que es una pequeña joya, todavía no invadida por el turismo. Las casas más humildes suelen tener de pronto, en medio de una pared un arco románico que fue tapiado porque se necesitaba un cambio en la distribución de la casa, pero la vieja cornisa romana, o el trozo de capitel permanecen dando su fragmentario testimonio. La calle que trepa para dar sobre el lado izquierdo de la abadía está cruzada por arcos sobre los que se prolonga la casa uniendo la edificación de uno y otro lado de la calle. Otra callejuela se bifurca más hacia la izquierda, descendiendo el flanco de la colina, de modo que los techos de teja se ven a la altura de la calle que sube. Son techos inmemoriales, de teja patinada, oscurecida por el tiempo, y de estructura humanizada; perdieron su aire recto, geométrico, y ondulan como el lomo de un animal doméstico. Por sobre los techos, tierras labradas, lejanías de montes, valles y sembrados, que aparecen azulados por la distancia.

La abadía misma, que tiene, sobre todo vista de lado, un noble peso elegante y primitivo, está muy reconstruida, y los trabajos no terminaron aún. Lo que más me gusta de ella es su torre trasera y el conjunto de arcos y torre hacia el lado del ábside (que fotografié) y, luego el maravilloso portal del norte (interior) que es, hasta ahora, lo más hermoso que vi en el estilo romano.

De Vézelay hasta aquí vimos las catedrales de Auxerre y de Sens. En Auxerre, volvimos a ver, bajo la capilla que queda ahora en el Hospital, viejas criptas románicas de los siglos IV, VI y VII. Me gustaron las capillas subterráneas, sus dibujos primitivos. La catedral de Auxerre, es muy extraña de fachada, con su torre que se alza como incrustada en el plano de la fachada.

Y en Sens, donde lo más hermoso es la torre, (del mejor gótico – románico que vimos: fuerte, elegante y sólida) vimos además buenos vitrales del XIII.

Durante el viaje pensaba ayer, sobre todo por algo que me impresionó en el aire de Vézelay y acaso más en algunos de los pequeñísimos caseríos de la ruta (que cometí la torpeza de no filmar), en hacer un libro sobre mi tío. Ese libro estaría lleno de recuerdos hilvanados en torno a él. Sería en cierto modo un libro ejemplar y de devoción.

Pero temo el dejarme escribir así, por el camino más fácil (recuerdos que se hilvanan con mayor o menor habilidad). (p. 177 – 180)

Bruxelles, 7 julio 1950.

Vinimos a Bruxelles por pocos días. Yo tenía la intención de sacar provecho de ellos usando de la tranquilidad de la pensión Herman para ocuparme en mi novela. Pero esta mañana fui a la Legación, donde conocí a nuestro nuevo ministro en Bélgica, Sr. Arteaga, y casi toda la conversación se pasó en conjeturas a propósito de la guerra que se teme ver aparecer de un momento a otro.

El mismo ministro Arteaga no se decide a alquilar casa hasta no ver en qué para la actual guerra de Corea. Y además se sienten –ellos, los diplomáticos– a ciegas, porque ignoran la posición rusa.

Eso me hizo perder la mañana y amenaza hacerme perder la tarde. En el fondo de mí mismo no puedo convencerme de que una nueva guerra general aparezca, pero, de todos modos, la sola posibilidad me deshace. Siento que todo pierde de golpe su sentido si es posible, para mañana o para dentro de un año, el estallido de esta perfeccionadísima guerra.

Muy pocos momentos viví en mi vida durante los que haya sentido agitación bélica. Cuando la sentí, sentí más que otra cosa, una novelera excitación de muchacho.

Además, y no sé bien por qué, este viaje me hizo sentir a cada instante con más violencia la negativa a la guerra. Los otros días, mientras pasábamos, sin detenernos, por las pobres aldeas de los Vosgos, y veíamos sobre las paredes las huellas de las ráfagas de ametralladoras, y más allá una casa en ruinas todavía, y pasábamos por puentes provisorios... más de una vez se me enturbiaban los ojos. Y ahora, aquí, me dicen que las gentes ya corren a las tiendas y se surten de conservas y compran y acumulan para tener en casa durante la próxima guerra. (p. 180 – 182)

8 de julio Bruxelles

Hastío.

Ayer, algún trabajo en la novela. En cierto modo el hastío me hace bien para la novela. Siempre había deseado poder trabajar con suficiente ocio. Es lo que ahora hago, pero, contrariamente a lo que creía, eso no hace más rápido mi trabajo, sino que acaso más complicado. Avanzo tan lentamente como siempre, y no con

mayor seguridad. Tengo poca fe. Además empiezo a dudar del sentido de lo que hago. Que es dudar de su valor. Muy a menudo me pregunto para qué. Y ese para qué es paralizante. ¿Qué experiencia profunda tengo que dar? ¿El placer de ver vivir? No entiendo bien lo que hago. No sé para dónde tengo que ir (yo creía, no hace mucho, que lo sabía. Pero era un espejismo. Sabía tanto como ahora, pero no me planteaba así el problema).

En resumen: ¿qué voy a hacer de mi vida?

Y si no lo sé, ¿para qué escribo? ¿Por qué esta desesperación de no sentirme bien si no trabajo, y al mismo tiempo no tener orientación para trabajar?

¿A qué obedece este empeño mío de hacer vivir en la novela a esas criaturas que no saben de su destino y de los que yo conozco solo pocas cosas? ¿Qué significado tienen, ellas, para el mundo?

Arreguí me planteaba eso ya, y yo hurtaba la discusión. Ahora no puedo hurtarla. Estoy en ello. ¿Para qué viven? (¿Para qué vivo yo?)

Allá, en Montevideo, escribiendo en la lengua común, había una manera de sentir que me hacía descuidar todo esto: escribir para que me quieran. Pero aquí... (p. 182 – 183)

Bruxelles, 9 de julio

Ayer rompí lo que había hecho en Europa de la novela. Y además comprendí que no tengo que ocuparme de ella, porque ni siento verdadero interés ni puedo llevarla adelante.

No sé bien qué me pasa. Es como si se me hubiera roto de pronto algo dentro. Como un reloj al que se le rompe ese delicado mecanismo que lo equilibra y lo hace apto para medir el tiempo, pero que, una vez roto, gira sin sentido en el vacío.

Temo haberme engañado a propósito de mí mismo. Lo más probable es que yo no sea un escritor, o no pueda serlo. Para serlo tendría que tener algo que hacer o que decir, y me siento simplemente vacío.

Escribí ayer una carta a Ángel y a Ida tratando de explicarles esto. Pero es difícil de explicar. Me siento infinitamente triste. Sin destino. Sin para qué hacer. Tanto me da una cosa que otra, y me dejo envolver por una lasitud torpe en la que me debato sin salir de ella y sin querer salir, además, porque ¿para qué?

Tanto me da estar en un lado como en otro, y hacer una cosa u otra. Mejor: no quiero hacer nada. Dejarme estar y ver qué pasa sin mucha curiosidad por lo que pueda pasar tampoco. No.

Creo que no sirvo. Que me equivoqué y que no me sé engañar ni quiero.

Hace tiempo que tenía la sensación de que era necesario engañarse para poder trabajar, en mirar a los costados, seguir adelante. Pero, de pronto pienso, y ¿por qué? Si sé que me engaño. Y siento que hay que jugar limpio, y si juego limpio, lo único que veo claro es que no tengo nada que hacer ni por qué jugar.

Y aquí estoy, sintiendo simplemente angustia. Una angustia que sube sin que yo pueda comprender bien sus causas, porque, una vez visto lo que veo ¿por qué

me he de angustiar? Y sin embargo me angustia más y más y pienso que si esto sigue puede hacerse intolerable. Quisiera poder dormir mucho. (p. 184 – 185)

Bruxelles 10 julio

Aunque me siento permanentemente angustiado y hastiado, por momentos pienso con cierto gusto en la posibilidad de escribir algo pequeño, de “tono menor”, como diría Maggi, en lo que me reposaría, a lo que me entregaría con gusto. Pienso si no será el espejismo de recordar *El habitante* como algo logrado, y si no será el deseo de asirme a esa posibilidad. Pienso así en la feria que ayer vimos en Malinas y que aquel ambiente se prestaba a una cosa pequeña y graciosa. Pero... si yo no sé imaginar historias... (p. 186)

10 de julio

Incertidumbre. Angustia. (¿Es nostalgia?) Es por lo pronto una desesperación sin salida.

Nos retiene en Bruxelles una cita pendiente con M. Van de Borreu, director de relaciones culturales del Ministerio, con quien tendría que hablar para poder organizar intercambios. Pero esa cita viene anunciándose desde el sábado.

Quiero contar algo. Pero algo que me interese y que entre en mi órbita. Algo que me sea asequible contar. ¿Tengo que alejarme de los proyectos de novelas en serio, como yo creo, y refugiarme en lo menor, en lo fugitivo, en lo *fino*?

¿No podría salir de esto pensando en algo con humor? Hay algo en la reunión literaria que me es asequible, pero solamente algo. No estoy seguro de adónde ir. Y si hay algo que me es siempre particularmente desesperante, es no saber adónde voy. Las dos cosas que pude terminar (¡Por Dios, solo dos!) son “El eco” y *El habitante*, porque lo único que de ellos sabía claramente era el fin.

¿No será que no he aprendido a conocerme, y que, torpemente, me pido lo que me está vedado?

[...] (p. 186 – 188)

17 julio París

Ayer de tarde concierto Mozart en l'Orangerie del Château de Sceaux –con Pérez, los Benvenuto y Castellanos–; luego en la Cité Universitaire y conversaciones en una terraza de Bd. Jourdan sobre temas de telepatía, etc.

Benvenuto narró una historia que fue revelada en una sesión de estudios filosóficos, con la mayor seriedad. La contaba una mujer a la que se la había contado un cura: el protagonista.

Un cura fatigado en una aldea o ciudad bombardeada, y acaso bajo el bombardeo recibe la visita, en la sacristía, de una mujer –anciana– que le pide por favor que vaya a la calle tal N° tal donde una persona necesita urgentemente de sus

auxilios. El cura se resiste, la mujer insiste y al fin el cura le da su libreta en la que ella anota la dirección.

El cura sale, va a la casa y le abre la puerta un joven sano y lúcido que le explica que debió ser un error y que está dispuesto a despedirlo, casi molesto por el carácter del error: hasta que de pronto, cuando el sacerdote ya se va a retirar, le dice que en realidad, hace mucho que no se confiesa, y que desea hacerlo. El sacerdote recibe su confesión y se va. (En la casa vivía solo el joven.)

A la media hora de recorrer calles el sacerdote vuelve a pasar por esa calle, ve un cuerpo y se acerca: está muerto. Le descubre la cara y reconoce al joven. Lo registra y encuentra en su cartera la fotografía de una anciana que reconoce como la mujer que lo llamó en la sacristía. (p. 188 – 189)

22 de julio – He – aux – moines – Morbihan

Llegamos ayer a este pequeño lugar de Bretaña, luego de andar dos días por las riberas del Loire, hermosas, no excepcionales. Visitamos, al pasar, algunos castillos. Dejamos de lado los modernos –Ambroise, por ejemplo, que solo contemplamos desde afuera en su hermoso parque. Y nos detuvimos en aquellos que podían ofrecernos el espectáculo de algunas piedras viejas. Nos detuvimos en Blois que ofrece un gótico final, por momentos muy fino de bajorrelieves –como en la puerta, y, sobre todo en la hermosísima escalera del patio, que fotografié– y luego vimos bien el castillo de Chinon. En Chinon dormimos. Es una hermosa y pequeña ciudad medieval junto al río (el Vienne) con calles angostas y torcidas, con casas que se apoyan en gruesas maderas labradas de venerable y agrietada antigüedad. El arco de una puerta donde hay ahora una *épicerie* o una *boucherie*, muestra de pronto un reborde de piedra tallada con gracia o un arco de estilo gótico, como ocurría en Vézelay.

El castillo nos resultó tanto más imponente cuanto que se halla en ruinas. Es el castillo donde Juana reconoció al rey, en una sala semidestruida, en una de cuyas paredes una placa moderna recuerda el hecho. Y al lado, la torre que Juana habitó, con sus gruesas paredes de dos metros de ancho, y en el suelo el mismo suelo de piedras irregulares. La torre es circular y prolonga sus basamentos hasta lo más hondo del foso. Intenté tomar fotografías que permitieran hacerse una idea del castillo, desde el que se ven, al lado y abajo, los abigarrados techos de pizarra entre los que casi no se puede distinguir el dibujo de las estrechísimas calles.

Y ahora, en Morbihan, en el golfo. Con el aire marino –que tanto nos faltaba– rodeándonos y penetrándonos, en un paisaje raro, que desorienta, con sus extensiones marinas quebradas de islas de vegetación baja, con sus calles estrechas, irregulares, que se extienden internándose en la isla flanqueadas de dos bajos cercos de piedra. Pinos, casas arbitrariamente situadas, bajo los pinos, de pronto, una carpa, y algún muchacho que, pacientemente, trepa a un pino y corta leña para el mediodía. (p. 189 – 191)

23 de julio – He aux moines – Morbihan

El paisaje del golfo es de una calidad de luces maravillosa. Recuerda algo a veces nuestras costas del Este, pero, con frecuencia, su luz es menos brillante que la nuestra, de una transparencia de calidad opalina que marca con gradaciones suaves los diferentes planos de lejanía, y atenúa el verde de las islas con matices grises, perla, que juegan en discretas combinaciones con los colores mismos del mar que, en la lejanía se hace verde claro –verde Nilo– (Aveline me hablaba de esta isla diciéndome que era la luz que él prefería y que solo la había encontrado así en el Nilo).

Como el hotel está sobre el agua y nuestras ventanas dan a la ensenada, donde dormitan pequeños veleros de recreo, casi no es necesario moverse para sentir la presencia de este mar, de este aire, que tiene sobre nosotros un poder serenador, aquietador y sin embargo tónico.

Con frecuencia se nubla. Ayer llovió. Sin embargo nada de eso importa. Se siente un equilibrio mayor aunque no se puede pasear como lo hicimos el otro día en que caminamos ocho quilómetros –cuatro de ida y cuatro de vuelta– para ver un dolmen que está situado en la extremidad de la isla que se tiende hacia el lado del océano.

Además, aunque hay, evidentemente, turistas, no se los ve.

Ayer, antes del paseo hasta el dolmen, fuimos a la iglesia. Nos costó dar con ella. Vimos primero una pequeñita –una gran pieza cuadrilonga, en cuyas paredes colgaban marinas seguramente de *artistas locales*, y de cuyo techo, en el centro, colgaba un pequeño velero rústico, de esos con que algunos niños pobres juegan en las fuentes de París– y que me hizo pensar, a Leandro y a mí, en la iglesia que Melville describe al comienzo de *Moby Dick*.

Las pilas de agua bendita eran, a los lados de la puerta, dos conchas aporcelanadas y de forma barroca, incrustadas en las paredes.

Pero esa no era la iglesia principal. La otra, la descubrimos al dar vuelta por una callejuela estrecha y en pendiente, siguiendo el andar de una viejita bretona, encogida bajo su manto negro e inmaculado, cubierta con su cofia regional, de puntillas, y caminando, con paso corto y precavido sobre los cantos rodados de la calle. Frente a la iglesia un triángulo abierto sobre el que crecía, entre las piedras, algún yuyo raquítrico. Los muros de piedra de las propiedades vecinas (los cercos son aquí enormes y bajos muros de piedra sin argamasa) limitaban ese triángulo en el que el cura, mientras sonaba la campana, saludaba a las más distinguidas personas de su parroquia y decía a cada uno dos palabras. En un extremo de ese triángulo, allí donde se juntaban dos caminos pequeñísimos, uno que viene del cementerio, que está a veinte pasos detrás de la iglesia, y otro que viene del pueblo, hay un monumento a los muertos de He aux moines en el 14 – 18, rodeado de una verja y un escalón de piedra. Allí me senté. Como andaba de pantalones cortos, no me atreví a entrar, y me conformé con ver desde afuera. Entonces, sonando siempre

la campana, empezaron a venir los feligreses. La mayor parte viejas, las abuelas de la isla, que se acercaban casi siempre por parejas, encorvadas y amablemente susurrantes, con los mismos paños negros y lucientes, a veces con un sobrecuello de terciopelo, siempre con sus cofias limpias y recatadas (blancas con bordados o puntillas negras) y con su paso de intención presurosa y poco eficaz. A veces algún hombre, con traje negro y gorra marinera azul, de visera de paño. Los trajes lucían también, domingueros pero humildes. A mí me hacían acordar a tío Domingo, a mi tío abuelo, cuando se vestía con su traje de nuevo, que había comprado antes que yo naciera y que usaba todavía –siempre igual de limpio y pulcro, y con la misma calidad de nuevo– en la época de mi casamiento.

También venían algunos turistas, y algunas jóvenes, que perduran por ese sentido de la tradición. (Las jóvenes no usan ya la cofia, prefieren imitar, torpe y pueblerinamente, *la moda de París*.)

Y cuando todos estuvieron dentro, el triángulo desierto y soleado, todo tranquilo, el sol cayendo dulcemente sobre las tinieblas tranquilas del pequeño cementerio– con alegría de paz, empezó la iglesia a llenarse de cánticos. Y la misa se hizo mientras el coro de fieles cantaba –afinadamente– un canto gregoriano.

Leandro, que entró a la iglesia, me contó después que también en el centro de esta pendía, como en la otra, un velero de madera, pero más grande, “parecía una carabela”, me dijo. (p. 191 – 196)

He aux moines – Morbihan 26 de julio

El clima de esta isla nos hizo realmente bien. El color del mar y de la tierra que cambia incesantemente, se hace nítido y luminoso un instante, luego luminoso, lejano y magnífico de calidades intermedias, puede acaso tanto sobre nosotros como el aire impregnado de yodo y sal, como el sentimiento de libertad, de desahogo, que provoca el sentirse rodeado de mar, con vastos horizontes marinos que se enriquecen con un juego de nubes oceánicas siempre cambiante.

Volví a trabajar con cariño en la novela. Escribí casi todo el capítulo de Gregoria y su novio. No me atrevo a escribir sobre mi trabajo. Tengo un temor casi supersticioso con que se interrumpa. Sin embargo, me siento bien, a gusto, con esperanzas. (p. 195 – 196)

He aux moines – Morbihan 28 de julio

Ayer, luego de varios días sin leer periódicos, nos enteramos de algunas noticias inquietantes de Oriente (amenaza de EE.UU. de atacar la flota china de invasión en Formosa) y vemos un alza muy grande en el mercado de cambios. Con el dólar casi siempre a 350 aún en el mercado paralelo, lo encontramos ayer en el periódico a 388. En el momento del ataque a Corea no subió más (creo que entonces había llegado a 368). Estas oscilaciones, que de mantenerse, nos favorecerían mucho, me producen sin embargo mucho temor. Son muy mal síntoma. Además,

los valores franceses bajan, día a día, según me mostró un compañero de hotel. (Que es buen patriota, esbozó una defensa de Pétain y lamenta la desaparición de la enseñanza religiosa en las escuelas. Por lo demás es simpático.)

El magnífico día de ayer me permitió seguir trabajando en el cap. de Gregoria y su novio, con cierta seguridad que no sé si se podrá mantener hoy. Además, ya es hora de que me preocupe de hacer los informes al Ministro y a Secundaria.

Lo que, en todo esto, puede más que yo, es el sentimiento –siempre angustioso– de que si estamos viviendo para esta próxima guerra, nada tiene sentido. Me siento a mí mismo tan absurdo, tan inútil, estudiando Rimbaud, como recorriendo parajes, como escribiendo novela, y, por otra parte, no imagino qué cosa puedo hacer que satisfaga, que ahogue esa angustia. Desde hace unos meses tendría que repetirme, como don Pepe ¿Adónde iré que no tiemble? Y eso lo siento subir y crecer como una gangrena. Antes podía imaginarme trabajando. Ahora siento tan ligado mi pobre destino individual al destino del mundo, y al mundo mismo lo veo con tanta desesperanza, que no veo nada claro y no veo donde ir. Vería a donde ir... pero no por la guerra. La guerra se me aparece como un muro que no me deja ver más allá. Y además es una guerra que a nosotros nos es ajena. (Nosotros... los hombres.) ¿Qué va a haber en esta lucha que nos encienda? A menudo pienso que solo en un lugar se puede hallar la paz. En España. Viviendo con ese pueblo que ya vive sin salida y vive. Sufriendo con él acaso. Sentirse hundido con su propia miseria y esperar. ¿Qué? (p. 196 – 198)

París 5 agosto

Recibimos ¡al fin! una carta de Maggi. ¡Qué alegría encontrarla!, ¡qué alegría tener en la mano las cartas de Maggi, gruesas, gordas como tortas, porque nunca podrá escribir chico ni en página chica, y solo de un lado! La leí con una emoción tan grande! ¡Qué tristeza que no podamos estar ahí, de pronto, una tarde en esa casa de la calle Martí, y sin que sepan que llegamos! (p. 199)

8 de agosto

Escribí ayer a Camus, proponiéndole que nos veamos, si ello es posible, antes de irnos a España. Adelanté en el informe al Ministro que hoy o mañana quedará sin duda terminado, pero me siento inseguro para trabajar en la novela.

Mucho mejor trabajaría, creo, y sería más feliz si pudiera hacer algo corto, una *nouvelle* con un tema mío (pienso *mío* pensando en mis tonos más familiares).

Lo que más me atrae en la historia de Benvenuto es que me interesa el cura que cuenta la historia en una reunión y que no capta exactamente el tono en el que esa reunión se está realizando, a la vez que temo similitudes con “Otra vuelta de tuerca”⁸¹. (p. 199– 200)

81 *The Turn of the Screw* (1898), novela de Henry James.

Cuaderno VII

(agosto 1950 – diciembre 1950)

París 14 agosto 1950

Hoy de mañana salimos para Bruselas por dos o tres días. Pasaremos a recoger a Álvaro Guillot que hará el viaje con nosotros.

Los últimos días los pasé leyendo *Jean Barois* de R. Martin du Gard. Lo leí apasionadamente. El interés del planteo religioso es absorbente. (Tan absorbente que absorbió la novela: en ese aspecto no puedo compartir el juicio de Aveline, que la prefiere, por su armonía de conjunto, a “Los Thibault”.)

Y de paso, la preocupación de la novela con una carga teórica. Comparaciones inevitables con mi lectura anterior del mismo Aveline – *Mme Maillart*¹, y con mi propia novela de Míguez.

Llevo a Bruselas –a pesar de ir por pocos días– la novela “Presente perdido”. Bruselas me parece una buena piedra de toque. (Lo que allí me parece soportable no debe ser muy malo.) Llevo también conmigo *Origine et Préhistoire du Langage* de Révész y *Les Païens* de Howells.

Bruselas – Medianoche

El día empleado en el viaje. Nueva visita a la Catedral de Amiens, cuyo recuerdo conservaba fielmente –más fielmente de lo que yo creía–. Y aunque mi juicio es el mismo –creo– el impacto acaso no fue como el primero.

El viaje con Álvaro Guillot, muy ameno. Nos detuvimos en Combrai –otra vez– y saboreamos las *madeleines* de Proust.

Cuando nos detuvimos en Mons, fuimos a la cárcel, donde pedimos ver la celda de Verlaine. Nos recibió el director, que, aunque no puede mostrarnos la celda sin autorización ministerial, nos leyó un pequeño artículo –con un acento muy belga– donde enumera los datos relativos a la prisión de Verlaine. Conducta: *régulier (pas bon, pas mauvais: régulier... c'est ça*²). Tomé, a la salida, unos segundos de film con la imagen del frente de la prisión: severo, casi poético en la llovizna.

[...] (p. 1 – 2)

Bruselas 15 de agosto

Visita a Gand con Álvaro.

1 Novela de Claude Aveline, primera de la serie de “La vida de Philippe Denis” (1950 – 1955).

2 “Regular (no bueno, no malo, regular... así es)”.

Estupenda impresión (d)el Castillo de los Condes de Flandes. Acaso sea Gand: El Beffroi, St. Nicolas, St. Bavon, el *quai* –con sus prodigiosas casas viejas– y el Castillo: lo que más me gusta de Bélgica.

Hay una vida más auténtica en esta arquitectura de adusto peso medieval, que en la uniforme y candorosa Brujas. Es cierto que la edificación moderna se muestra entre los edificios antiguos y los rodea, pero ello ocurre con naturalidad. El empeño de minucioso burgués que domina Brujas, y la hace tan pulcra y uniforme, tiene algo de desesperadamente engañoso. Me resulta casi intolerable que la edificación moderna imite allí tan escrupulosamente la antigua. (Pero todo esto lo escribo después de haber estado allí y sin haber vuelto todavía. Acaso esta impresión cambie cuando la volvamos a visitar.) (p. 3)

París 19 agosto

Anteayer el óptico de Sufflot me prestó un proyector y pasamos todos los films que hicimos. Cuatro de ellos están embalados ya para mandárselos a los viejos. Creo que será la mayor alegría para ellos y para los muchachos. Vernos vivos en esos films.

Carta ayer, al fin, de Ángel. Preciosa carta llena de cariño y de confianza, que me hizo mucho bien, pero que trae noticias tristes de Bergamín. (p. 3 – 4)

21 agosto – París

Ayer, después de escribir, por la mañana, cartas a Mario y Gladys, y de pasar el comienzo de la tarde en el Louvre –sección Egipto y Asiria– leí buena parte de *Littérature engagée* de Gide.

Comprendo que también este volumen permitiría fáciles críticas de volubilidad –críticas que yo no compartiría de ninguna manera– pero su conjunto (todavía no leí el drama) es otro testimonio, para quien lee honestamente, de sinceridad y de devoción. No deja de ser muy significativo el hecho de que muchos de los que lo criticaron, y entre ellos Jean Cassou, y el mismo querido Don Pepe, están ahora en una posición extremadamente cercana a la que Gide mantuvo luego de su vuelta de Rusia.

Por otra parte no deja de ser sorprendente el barullo motivado por *Retour*³ porque es muy fácil ver– ¿o es fácil verlo recién ahora, cuando todo pasó?– que Gide no era comunista en el período en que él se creía más cerca del comunismo. Los discursos sobre la libertad del artista y su afirmación sobre el advenimiento del individualismo comunista eran, como los señalaba Jacques Maritain, por lo menos extraordinariamente heterodoxos.

Y lo sorprendente: todo eso pasó, pero el libro es actual y apasionante.

³ Se trata de *Regreso de la URSS* (1936), el libro donde Gide abjura del comunismo.

Tengo curiosidad ahora por conocer el discurso de Don Pepe de ataque a Gide. Anoto su fecha para buscarlo en la Biblioteca Nacional: 1937. *Ce soir* 13 juillet *Humanité* 17 juillet. (p. 4 – 5)

23 de agosto – París

Mañana de mañana salimos para España. (p. 5)

25 agosto – Chinon

Ayer de tarde decidimos alargar unos kilómetros el viaje para volver a pasar por Chinon y terminar aquí la etapa.

Llegamos ya a la hora de cenar, porque nos detuvimos un poco en Tours (y de mañana nos habíamos vuelto a detener en Chartres: nos parecía criminal pasar junto a ella y no subir hasta la catedral de nuevo). Y luego de cenar nos fuimos a pasear por las callejas, por aquellas que ya habíamos visto la vez pasada, en viaje a Bretagne, retorciéndose, con nombres medievales –la *rue de l'ami* vgr.– entre casas antiguas de armazón de madera, y salientes esculpidos. Y de pronto, luego de trepar, fuimos a dar a la puerta del castillo. El paisaje parecía soñado. Al terminar la calle dimos en el pequeño espacio que antecede al puente del foso en el que crecen plátanos. Y del otro lado del mismo puente, el torreón casi entero del castillo, con las ventanas altas iluminadas –allí viven los guardias–. La piedra, blanco amarillenta de día, se hacía azulada a la luz de la luna; el castillo, que se veía entre un borde de hojas de plátanos, parecía reciente y habitado, y abajo, visto desde el puente del foso, dormía la ciudad, con algunas luces amarillentas y la mancha plateada del río al fondo. (p. 5 – 6)

St. Jean de Luz – 27 agosto

Llegamos ayer de tarde a esta ciudad que ya anuncia a España en su nombre. Pasamos, antes, por Bayonne y por Biarritz, abigarrada, rocó, con algo de Pocitos barullento. Desde aquí vemos, al fondo, las masas oscuras de los Pirineos. Boinas de vasco, juegos de pelota, barcas de pescadores, azules, y el mar tranquilo.

Anoche Pérez nos dijo de ir hasta el pueblo cercano – Ciboure –, creo, y después de comer pasamos al río –lleno de barcas– y nos fuimos a sentar a una mesa de un café que daba sobre el río. Enfrente, una plazuela pequeña con álamos. Desde dentro salían cantos de borrachos en francés, en vasco y en español.

De pronto por una de las callejuelas cercanas baja un grupo compacto de gentes rodeando a una serie de muchachos –9 a 15 años– de blanco, gorra vasca roja y pañuelo rojo al cuello y en la mano, instrumentos de música.

Los muchachos se agrupan bajo los álamos entre las farolas de la plaza. Los demás los rodean, y ellos se ponen a tocar. Tocan danzas de la región, de ritmo vivo, pero con exquisito afinamiento. Son borrachos del interior de Ciboure: los dos o tres grupos que están con nosotros, en mesas frente al café, también. Solo

se oye, fina y delicada, la música de los niños bajo los plátanos. Hay poca luz. Al fondo se levanta una luz azul que parpadea, casi sobre el puente; señala el fondo de la bahía de St. Jean de Luz.

Ya se siente el aire de España. Esta casa de teja con alero saliente y ménsula, a la vasca, este cantar porque sí, para darse placer y dárselo a los vecinos. Nada de esto vimos hasta ahora. Esto ya es España. (p. 7 – 8)

Burgos 28 de agosto

Entramos ayer en España. Desde entonces todavía no sé pisar en España: no termino de sentirme en ella; no sé sentirme en ella. España siempre será complicada y tanto o más de cerca que desde América.

Cuando cruzamos la frontera fuimos temblando de emoción, hacia San Sebastián. No sé qué decir de ella. La encontré cercana –no amiga, todavía– muy turística, y en efervescencia de temporada. Paramos el coche de pronto, al cruzar una calle, porque oímos música. Era algo parecido a San Juan de Luz: en el centro de un corro de mirones había seis u ocho jóvenes vascos, vestidos con camisa y pantalón blanco, boina roja y faja roja, y alpargatas blancas con taco rojo. Rodeándolos, dos o tres con tambor y flauta, tocaban ágiles aires de danza popular. (p. 8 – 9)

Burgos . 29

Ayer, muy cansado, no seguí anotando. Quería describir el baile de los jóvenes vascos, que saltaban alto, verticalmente, y haciendo un ágil movimiento de piernas, y volvían a saltar pero ya girando sobre sí mismos. En torno, la flauta, el tambor, y el corro de mirones que al fin de cada danza aplaude. Cuando terminaron se fueron con paso alegre, al ritmo de la música que los seguía.

Pero no puedo describir lo que vemos. Me quedará en la memoria la ruta de cornisa de toda la costa Vasca, como la tierra más hermosa que vimos en Europa. Las casas vascas, el mar, los montes empinados. Y aquel mesón en la mitad del camino donde nos detuvimos a almorzar y donde vimos la gracia de la patrona vasca. Y el cura que nos iniciaba conversación en la mesa de al lado y que me hacía pensar en Galdós, que conocía América: –¿Estuvo Ud. allá? “No, pero por estudio” y sus palabras a propósito de que nosotros, los uruguayos, somos todavía de los que más alejados quedamos –“políticamente, claro”, aclaró–. Allí comenzó mi indigestión que terminó con vómitos en Bilbao. Y en Bilbao nada. Pero, en cambio ¡qué camino el que baja para Burgos! Después del verde como color dominante, apareció el color de la tierra, de la tierra rojiza – amarillenta, con el color del trigo maduro, color que lo domina todo, salvo donde, junto al arroyo, crecen los chopos de Machado: ya estamos en Castilla. Las casas de piedra, severas, tienen el mismo color que las parvas de trigo y que ese polvo fino que se desprende de la carretera y empolva el coche.

De pronto (y luego de pasar dos horas para subir un “puerto” donde el Citroën necesita ser *empujado*, y en el que me quedo sin agua), nos entramos por unos desfiladeros terribles, de peña cortada a pico a los lados, de espantoso color, y salimos al fin a una llanura alta. Y en ella distingo un torreón de ese mismo color de pan cocido, de trigo, de oro viejo, que culmina un peñón. Nos acercamos y pasamos junto a una aldea, toda de ese color, que se extiende a la izquierda del camino, con calles angostísimas y cerradas por la edificación adusta de Castilla. De pronto cobro conciencia de haber visto al pasar un letrado, y su nombre me resuena ahora. Detengo el coche y bajo. Miro hacia atrás, y veo, fuera de la carretera, una gran puerta severa, medieval, de un tono similar a Chinon, que se levanta entre las casas. Por el camino viene un labrador y dos labradoras junto a un carro cargado de trigo (¡el mismo color!) Y vienen como los de Cervantes.

– Buenas tardes. ¿Me pueden Uds. decir qué es esa puerta?

– ¿Cuál?

– Esa grande.

– Pues la puerta de la ciudad.

– ¿Es esta Santa Gadea de Burgos?

Y el labrador me responde, con empaque de orgullo ingenuo, corrigiéndome:

– Santa Gadea del Cid.

– ¿Dónde fueron las juras?

– Donde juró el rey (se confunde).

– ¿Estamos entonces en Castilla?

– En Castilla la Nueva

Y la joven la corrige: La vieja, la vieja.

– Bueno, muchas gracias y adiós.

– Adiós.

Claro está que ese labrador no sabe leer, pero su casa, para él, está igualmente rodeada de los rumores del romancero. (p. 9 – 12)

30 de agosto – En Santillana del Mar

¡Qué encontrados sentimientos! ¡Cuántos sentimientos desde que estamos en España! A veces es el sentimiento de la tierra; o una palabra que le oigo a un labrador, o el simple nombre de un pueblo, o ese espectáculo siempre sorprendente de los montes, de los álamos, de los arroyos, que se cargan, todos de una significación especial para mí. Todo significa. Nada es mero paisaje; es paisaje animado, con el alma de lo que más quiero puesta en él y viva en él.

¿Cómo venir de camino a Bilbao y no desviarse por una ruta secundaria, si se sabe que al fin está Guernica? Y, cuando, de pronto, llegamos a una de las ciudades más extrañas, abierta, en edificación, con casas sin terminar de construir todavía, con un aspecto anodino casi hasta la lobreguez, vi, al pasar un escudo con el árbol de Guernica, y seguí, comprendí recién, como me pasa a menudo, unas cuabras

más allá, y di la vuelta. Doblamos una plaza y compramos churros a un vendedor callejero. En la ciudad era el nuestro el único auto: todos se volvían a mirarnos:

–¿Es esta Guernica?

–Sí señor.

–Y el árbol de la libertad, –pregunta Leandro.

–Pues allá está, detrás de aquella escalera. El nuevo; porque el viejo está ya seco.

–¿Todo esto que vemos es reconstrucción de la ciudad bombardeada?

–Sí señor. Todo esto quedó raso. Y buena que la vimos aquel día.

Como de costumbre en esos casos, me pongo torpe, temo que me tomen por un intruso que se mete donde no lo llaman, me da vergüenza tirarles de la lengua, y me dan ganas de irme. Además me parece que todo es demasiado serio para ponernos a hablar de buenas a primeras de ello y me voy. Minye me lo reprocha.

Subimos las escaleras y, como siempre, ya que estamos en un paseo, vemos un grupo de curas. (Esos grupos de canónigos que aparecen por todos lados, grandes cuervos orondos y suficientes, con aires dominadores, satisfechos y seguros que vemos en cada plaza, en cada esquina, cerca de una catedral, en un restaurante, etc. Siempre se me aparecen los grupos de canónigos que describe la picaresca. Son iguales, los mismos.) El encontrarlos ya me molesta. Rodeamos un edificio y aparece el roble de Guernica. Recogemos hojas del suelo y bellotas. Yo las recojo pensando en don Pepe, pero no sé si debo enviárselas. Las guardo.

Nos vamos. Y los tres temblando de emoción.

Burgos, de donde bajamos luego para Santander, no me gustó como yo esperaba. Lo que me pareció maravilloso fue el camino. Las aldeas. No hay quién las pueda describir. ¡Qué color el del trigo maduro, el de la piedra, el de todo el paisaje! Oro, oro hecho trizas que labran los hombres y las mujeres.

Un nombre: Vivar del Cid. Me detengo. Hay una mujer y una niña junto a la carretera, trillando.

–¿Es este el lugar del Cid?

A la niña le da vergüenza hablarme.

–¡Contesta! –le dice la mujer.

–Así dicen.

–¿Aquí nació?

–La historia, señor, no la sabemos, pero pues se llama Vivar del Cid, así debió ser.

–Adiós.

–Adiós, señor.

El viaje de Burgos a Santander. (¡Pobre Burgos: militares y curas, militares y curas y nada más: España es hoy un ejército y su iglesia, y luego, pobres labriegos que recogen el trigo!)

Apenas más allá de Vivar del Cid, otro pueblo. En un espacio abierto, entre las casas, junto a la carretera, trabajan. Las mujeres con los hombres. Hay una monta-

ña de paja en el centro que desparraman con horquillas de rama y los bueyes giran, tirando de una rastra sobre la que va alguien sentado para quebrar la paja. Dejo el coche y bajo con la cámara. Todos me miran acercarme. Les digo:

–¿Me dejan que tome fotografías del trabajo?

–Pues sí señor, y a ver si las vemos.

–Eso quisiera yo, –respondo.

Tomo 7 metros de film. De prisa, inquieto, un poco avergonzado. Un anciano se aleja de los lugares en que enfrento la cámara.

–Que no huya el tío, dicen. “Mira, que aunque te quedas delante pues la máquina esa no te hace nada.” Yo terminé el rollo.

–Y a ver si las vemos, señor.

–No lo puedo prometer, porque no podré mostrárselas. Eso se verá en América del Sur.

–Ya es lejos.

–Pues aunque desde lejos, desde allá los queremos a Uds. mucho.

–Pues gracias igual entonces.

–Muchas gracias y adiós.

–Adiós, señor.

Todos alegres y cordiales, y yo siempre con temor de hablarles, me estoy perdiendo lo mejor del viaje y lo sé por mi estúpida cortedad.

En Santander, donde dormimos anoche, y donde creo que dejé –si no fue en Burgos– el termo que me regaló Ángel, poco que ver. Balneario, etc. Cuervos en la Universidad Menéndez y Pelayo –adonde no fui–.

En la cueva de Altamira estuvimos hace una hora. Queda aquí, junto a Santillana. (p. 12 – 17)

Santillana del mar – 31 de agosto

Empecé una carta para los muchachos, así: ¡Santillana del mar! Castilla la vieja. Punta de Castilla que se lanza hacia el mar. ¡Campos color oro, trigo; piedras doradas de los bordes de la meseta castellana, piedra dorada de los caserones, torres doradas de las iglesias, polvo de oro de la cantera y de las pajas de trigo que trabajan los labradores! Sueño de gloria pasada. Un nudo en la garganta a cada paso. Por el camino a Burgos veo un castillo en ruinas y una ciudad de oro viejo, pequeña y pobre (“envuelta en sus harapos”...) y al pasarla una puerta gótica, con un señorío y una severidad como hasta ahora no he visto. Por el camino se acerca un aldeano junto a un carro con una montaña de trigo: le acompañan dos mujeres: ¿Cuál es aquella puerta? –¿Cuál, señor? – Aquella. –Pues la puerta de la ciudad. –¿Es ésta Santa Gadea de Burgos? –Santa Gadea del Cid, señor! –¿Aquí fueron las juras? –Aquí juró el rey, señor.

Santa Gadea de Burgos... Hoy ya Santa Gadea del Cid. Y el mismo temblor dorado, orgulloso, harapiiento; el mismo rumor profundo de Castilla, que, al descender un pedregal (uno de esos pedregales que trepaba don Antonio, bastón en

mano) se hace rumor delicado y fresco del arroyo y de los álamos, los chopos del camino de don Antonio (“¿Ves Leonor...?”)⁴.

No puedo describir. Para uno de nosotros, entrar en España es empezar a temblar. Y no terminan, por ahora ¡Qué señorío! ¡Qué grandeza! Que vida tan profunda que hace correr un frío por los huesos. Y que cosa también de terrible desamparo. Yo siento como si algo en el fondo de mí encontrara su forma cuando detengo a un labrador que va con su burrito pequeño y dos árganas enormes (en la una un ternerito y en la otra, para contrapeso, un niño) y le pregunto cualquier cosa. ¡Qué señor es el labriego!

–Muchas gracias, le digo.

–Pues a su mandar señor. Y adiós.

Santillana del mar: casas nobles de Castilla. A la vuelta, severa, señorial, la casa del marqués de Santillana. Por su frente pasan –todavía– vacas, un borrico, hombres y mujeres del pueblo que van al lavadero o a dar de beber a las bestias en la fuente antes de hacerlas entrar a dormir en sus casas (en las de ellos, en la planta baja). Hay en el aire un olor (s)ano a estiércol y a tambo. Desde dentro de una casa sale el mugido de una vaca. A la vuelta de la calle vienen, mezclados, los pasos de un hombre, el sonar de sus zuecos con tres patas, y el de un borriquillo negro con ojeras blancas.

En la plaza, frente a una gran casa señorial, se reúnen las mujeres en torno a la fuente para lavar tarros de leche y, mientras tanto, conversar. Alguna rezonga a un chico.

El mesón –parador– de Gil Blas, en el que estamos, es una gran casa de época, de piso de piedra en la planta baja, como en la calle, pero más cuidado, de “pedadillas de arroyo” de esas que se ven en el cauce de todos los arroyos que surcan la meseta, en el fondo de los valles, y que son las mismas que saltan los dientes de Don Quijote cuando el pastor de la honda. Muebles viejos y artesonado. El piso, arriba, de grandes tablones desaparejos y solemnes, oscuros. Todo el piso inclinado. Los pilares son gruesas vigas de madera oscura y encerada: casa noble del 1600.

¡Santa Gadea del Cid! ¡Vivar del Cid! ¡Burgos! (no me importa la catedral tanto como quisiera) ¡Santillana del mar! ¡Torrelavega! ¡Altamira! ¡Qué tierras, señor! ¡Qué gente!

Pero todo ello es aparte y hay una ronda de cuervos negros que la surcan y la carcomen desde las capitales, y leyendas en las pobres paredes campesinas y algunos coches insolentes de privilegio que la surcan. ¡Pobre Castilla!

Anoche releí en la cama, antes de dormirme, casi todo *Campos de Castilla* ¡Cuánto y hasta dónde veía Don Antonio!

Son tierras para el águila, un trozo de planeta

Por donde cruza errante la sombra de Caín...⁵

4 “¿No ves, Leonor, los álamos del río/ con sus ramajes yertos...?”, poema CXXI, *Campos de Castilla* (1912), de Antonio Machado.

5 Versos finales del poema XCIC, ob.cit.

Se ven labriegos harapientos en las aldeas, y, en las ciudades, grupos de militares de bonete, grupos de canónigos en cada esquina, cinco cuervos sobre una rama, y luego los ricachos, que andan de paseo y son franquistas y los que odian a los rojos porque son pequeño burgueses y los torpes, como el sacristán que nos mostró la iglesia y recordaba que él había sido de los primeros cuando el movimiento, y se le veía en la cara que ni eso era cierto. ¡Pobre España! ¿Qué salida tiene? Nadie puede saberlo. Los otros, los pobres, quieren escapar, quieren irse. Pero la frontera no está abierta para los españoles. Uno me decía: ¡Qué! ¡Saben que si nos dejan salir, pues nadie queda en España! Pero no sé. No era sincero del todo el que me hablaba, me parece. Había algo de pose en su charla.

Esto provoca una mezcla tal de alegría y tristeza, que por momentos resulta una angustia intolerable. Y hasta me dan ganas de desaparecer de aquí con tal de no volver a ver ciertas caras, ciertos uniformes (España está erizada de bayonetas, eso es evidente). (p. 18 – 22)

Vigo– 6 set.

Estos últimos días escribí muy poco, porque pasamos rápidamente, deteniéndonos solo un día en cada ciudad. Así fuimos de Santillana a Oviedo, de Oviedo a Ribadeo y seguimos a La Coruña, Santiago y ayer Vigo.

En Oviedo me dieron conversación en un garaje, donde, cuando supieron que éramos uruguayos, hablaron con entusiasmo de nuestra tierra, manifestando sus deseos de irse para allí. Algunos –porque se hizo pronto una rueda de media docena de personas– eran comunistas. Curioso: tienen fe en Rusia. La propaganda de la prensa es seguramente tan extrema, que llegan a no creer nada. (“¡Hombre, si lo que aquí hay es mero simulacro de prensa, son hojas de sacristía, nada más!”) Me dijeron que por las montañas cercanas hay gente huida, que ha perdido todo y allí se está. Y no hace quince días cayó uno.

Me dicen además que aquí van a pasar cosas terribles. No quieren ni a Franco ni a los militares ni a los curas. Eran mecánicos, engrasadores, obreros.

En Ribadeo, en una librería a la que entramos a comprar unos mapas, casi lo mismo. El librero empezó la conversación y la siguió luego un antiguo profesor de letras. Que ya no lo es por liberal y porque era amigo de un alcalde de la república. Y ahí está ahora. No hizo nunca política. Pero me dijo, casi con lágrimas en los ojos, que era un espanto lo que podría pasar aquí. “Mire Ud.: lo que aquí hubo fueron odios y venganzas personales, y se está alimentando aquí tanto pero tanto odio que esto un día será una carnicería, pero terrible, sabe Ud.” Si quisiera recordar y anotar al detalle lo que me dijeron no pasaría. Yo pregunté: “¿Pero es que entonces nadie está ahora conforme con el régimen?” (Esa pregunta la repetí en otros lugares y con el mismo estallido, con la misma exclamación.) ¡Qué va! ¿Pero no comprende Ud. que nos tienen perdidos? Aquí no le quiere nadie. Vamos... no le quiere nadie que esté abajo, que sea obrero, que sea pobre. Algunos... como que median... claro pues le dirán a Ud. otra cosa. Pero no sabe Ud. que el que no tiene

un escapado tiene un padre muerto o un hermano, y siempre tiene que agradecerles una o dos desgracias en la familia.

Y así un chico en el hotel de La Coruña a quien le pregunté por qué estaba tan embanderada la ciudad: porque está aquí el caudillo. ¿Pues entonces lo quieren mucho? –Pues aquí... no... –¿Y cómo ¿no es él gallego? –Pues los gallegos, sabe Ud. le tenemos mucha *hinch*a. –¿Y qué es eso? –Pues odio, señor.

Y así en Santiago de Compostela, en la peluquería donde me atendí y que es la misma en que se atendió Cáceres.

–Sí, ¡muchísimo!... ¡Lo adoramos! ¡Pues ya ve Ud. cómo nos ha dejao! Claro está que le queremos... ¿No ve Ud. que todo son rosas en España?

Y me dijeron algo de los curas. –Nadie los quiere, pero, ¿sabe Ud.? son los que mandan en España. Si Ud. no va a la iglesia o si por azar alguien le conoce a Ud. ideas... pues no encontrará empleo. Porque para emplearse necesita Ud. de la papeleta de buena conducta, o de moralidad, y como que es el cura quien la firma... (p. 22 – 25)

Vigo – 7 set.

Junto a la ventana del hotel, desde la que se ve el mar y un viejo barco anclado muy cerca de la costa, que se desdibuja por momentos detrás del *siri miri*, esta dulce niebla gallega que corona y espuma los montes, hace desaparecer por momentos franjas de costas del otro lado de la ría, y puebla de vagos fantasmas y de creencias mágicas el alma céltica de los campesinos gallegos.

Ayer, viendo en la desembocadura del Muiño los restos de una antigua ciudad romana o celta, de miles de casas circulares estrechas, con innúmeros fragmentos de cacharrería por el suelo y piedras e instrumentos primitivos, di un mal salto y caí sobre una pierna derecha recta que se me resintió con el golpe impidiendo que salgamos hoy.

Pasamos el día de hoy con el cónsul, Muñoz Moratorio, primo de Álvaro y de Gervasio que nos invitó a almorzar y que luego nos hizo pasear por Vigo. Muy cordial, acogedor y atento, nos dejaron, él, su señora, y un gallego empleado del consulado, poeta y hombre fino y culto, encantados.

Y ayer el paseo lo hicimos con Torres, Augusto⁶, de paso por Vigo con su compañera Andrada, que me resultaron excelentes también. Con una pasión de pintor –él– que conmovía, oyéndole hablar del milagro de Velázquez y de Goya. Nos acompañaron a cenar aquí, en el hotel, y luego, después que tuve un accidente, especie de desvanecimiento, o vahído, que duró poco y que permitió que siguiéramos la reunión en nuestro cuarto, mientras yo reposaba sobre la cama. (p. 25 – 26)

Ponferrada 9 setiembre 1950.–

Hicimos el viaje ayer, viniendo de Vigo, y nos detuvimos a ver una romería en la Franqueira, cerca de La Cañiza. Nos habían anunciado el día antes que ayer

⁶ Augusto Torres (1913 – 1992), pintor uruguayo, hijo de Joaquín Torres García y Manolita Piña.

era la fiesta de la Franqueira. Como tuvimos que hacer algo antes de salir de Vigo –cambiar, comprar vales de gasolina, etc.– pensé que se nos hacía demasiado tarde para la fiesta; fuimos sin embargo.

Nos separamos de la carretera principal y tomamos un camino de tierra, polvoriento, que caracoleaba entre valles y pequeñas alturas. Luego de hacer tres o cuatro kilómetros así nos detuvo un joven que nos pidió que lo lleváramos, porque “iba retrasado”, nos dijo.

–Retrasado ¿por qué?

–Para la misa –nos dijo–. Vengo caminando hace más de cuatro horas, y tengo miedo de no llegar.

Algo le dijeron Leandro y Minye de que no valía la pena pero él contestó que “la tenía prometida”.

–¿Hizo alguna promesa? –dijo Leandro.

–Sí, señor.

–Y se puede saber el motivo.

–Sí señor. Prometí venir a la misa por el ánima de mi madre.

–¿Por su madre? –volvió a preguntar Leandro que no había oído bien.

–Por su ánima, señor. Que murió hace un año en el mismo día que hoy.

–¿Y por qué venía a pie?

–Porque lo prometí.

–Pero entonces no debía de haber subido aquí.

–Pero es que si no no llego.

A todo esto habíamos llegado ya a una pequeña altura donde, en un cruce de caminos, había una gran cantidad de automóviles estacionados, particulares, nuevos y viejos, ómnibus, etc. y sobre los automóviles y en el suelo, cestas cubiertas con servilletas que contenían la comida de los romeros. Dejamos el coche, nos despedimos de nuestro compañero y comenzamos a descender hacia el pueblo, hacia el pequeñísimo poblado de Franqueira. A los lados del camino, de trecho en trecho, algún vendedor de *rosco*s, uno de ollas y pucheros de barro, más allá pan, en grandes piezas chatas y redondas y los mendigos, los mendigos de Valle Inclán, los rotos, los lacerados, los roñosos, los tullidos, los que muestran las llagas de espantosa apariencia de sus brazos, los que muestran sus piernas monstruosas de 15 centímetros de tamaño, las enanas que se arrastran sobre las extremidades deformes y que se confunden con los romeros que van arrastrándose de rodillas. Y todos con su cantilena: “Señor, haga usted una merced a este pobre minero, a quien el barreno llevó las dos piernas en la mina de XX, y hace tantos años.” Que Dios dé a Ud. una vida con salud, señor, por lo misericordioso.... Lejos, bajo unos árboles, romeros y romeras bailan al son de la gaita.

Llegamos al fin al pueblo. A la iglesia. En la pequeña abertura de la calle, frente al portal, se apeñusca la muchedumbre, entre puestos de venta de pan, pan de centeno, y a veces, blanco, de trigo. Se venden *rosco*s bajo toldo. Grupos de muchachos cantan, abrazados y rodeados por los gaiteros. Se les ofrece un vaso de vino. A un lado junto a los muros de la iglesia, hierven pucheros con misteriosos

cocidos. Se arrastran por el suelo los que hacen su promesa. A menudo acompañados por alguien que les abre camino.

(Sigo en León, el mismo 9 de set.):

Bajo el atrio de la iglesia, al que entramos luego de cierto trabajo, empujados despreocupadamente por los que andan, alegres, de un lado para otro, con la cara ya colorada de vino (luego hablamos, en La Cañiza, con el vinatero que vende la mayor parte del vino de la romería y me dijo que él, *por su parte*, no vendía nunca menos de 9000 litros de vino); y empujados presurosamente por los que entraban a hacer su promesa, con el rostro serio, mugriento y sudoroso. En ese atrio, donde se quedaban los que ya no podían entrar a la iglesia que estaba repleta, y de la que salían, amortiguados, para mezclarse con las muchas voces de afuera, los cánticos de la misa: en ese atrio, esperaban también los que querían acompañar la imagen en la procesión. Tenían consigo larguísimos velones de un metro y medio o más, frecuentemente atados a una vara o una caña de su mismo largo para impedir que se rompiera o, si se rompía, que se deshiciera. Algunos las tenían ya encendidas, aunque cuando nosotros nos fuimos, una hora después, todavía no aparecía la imagen y los bueyes seguían esperando pacientemente en el portal de una casa vecina, junto al carro y junto a un montón de dorada paja. Y esos bueyes esperaban –dorados como casi todos los que vimos tirando de los carros por España– porque la imagen va en la procesión, según me explicaron, sobre ese carro campesino de gruesas y grandes ruedas de madera, con un solo diámetro, robusto, y eje de madera, y tirado por una yunta de bueyes.

Cerca de donde éstos están, veo, contra las paredes, grandes telas pintadas, sostenidas por bastidores, de ordinárisima pintura y de increíble tema. En una se ve un gran acorazado y un conjunto de aviones que vuelan en todas direcciones. En otra un paisaje de ciudad, con tranvías y grandes casas modernas y ridículas. No comprendo qué puedan ser, hasta que al fin comprendo. Hay por ahí un fotógrafo que, con admiración de todos sienta a sus clientes ante esos fabulosos paisajes y así los retrata, aunque para lograrlo tenga que espantar primero con gran trabajo y mucha discusión a los que se interponen entre su máquina y los clientes. (Su máquina, que es cuadrada, tiene el tamaño de una lata de queroseno.) (p. 27 – 31)

León, 12 set. 1950

Aquí quedamos anclados en León, con el auto roto: nos lo chocaron a la madrugada de la primera noche que aquí pasamos. Hace dos días que trabajan en él y no acaban todavía hoy: acaso mañana. Tengo tanto que escribir en el diario, que a la postre no escribo nada. Lo más interesante sería haber tomado diálogos del natural, que son, con frecuencia, increíblemente graciosos, finos y naturales. Pero, me quedarán, acaso, en el recuerdo. Recordaré a aquellos asturianos del garaje de Oviedo, al engrasador y al obrero de la fábrica de armas, recordaré al ex profesor

de Ribadeo, el de la pasión por los libros, el querido por sus discípulos; recordaré al chiquillo del hotel de La Coruña, y al gallego poeta empleado en el consulado de Vigo, enamorado de la dulce tradición céltica de su tierra, y al peluquero de Santiago de Compostela, que resultó buen conocedor de Valle Inclán y peluquero de Cáceres y amigo de Cuadrado y de los Dieste; y al ventero sanchesco del mesón cercano a la Franqueira que nos convidó –luego que almorzamos con vino, pan de centeno, queso y chorizo de Pamplona– con su buen anís. Y cómo olvidar la gracia de la conversación de Antonia Cabo (no lo olvide Ud., señor, y anótelos. Si vuelve Ud. por aquí como el pueblo es pequeñín le dirán a Ud. mi casa: Antonia Cabo, señor) a la que llevamos a su pueblo por la noche, cuando ya había perdido el tren.

No, no los olvidaré, como no olvidaré la dulzura fantasmal de la tierra gallega y de su mar reverberante, de incendiada plata o de vaporosas nieblas mágicas, ni sus pinares que se recuestan sobre el cauce del Muiño, ni la catedral de arrogancia militar de Tuy, ni, vencida ya la meseta castellana, hacia el Este, las tierras rojas, rojas como la teja de las casas pobres, y polvorienta y seca de los declives de la maragatería. (p. 32 – 33)

Valladolid – 14 set. 1950

La carretera que recorrimos ayer, desde León hasta aquí, era una línea recta trazada en la más extensa y uniforme planicie que vimos hasta ahora en España. Campos segados todos en los que brilla el oro de la paja; pueblos que parecen accidentados de la tierra, pequeños montículos quebrados en formas geométricas y que solo se precisan como pueblos cuando nos acercamos. Aquí no son, como lo eran más arriba, sobre Burgos, de piedra; son de barro, de greda; paredes construidas con esos mismos panes de tierra (color de sierra) que están apilados secándose al sol y que una mano de revoque de lo mismo cubre uniformemente. Pequeñísimas puertas y ventanas, calles por las que el paso de un asno levanta nubes de reseco polvo del mismo color.

Valladolid ayer, de noche, era un espectáculo animado y hermoso. Los balcones sobre todo, cerrados con madera y vidrio y cuya madera está trabajada en dibujos de relieve y en mil grietas que el tiempo y la sequedad le abrió, son encantadores con su armonía de estampa antigua.

Compré ayer las revistas “Correo Literario”⁷ e “Ínsula”⁸: en la primera una prosa requetetonta de Vivanco. En un fragmento se entretiene en describir una ventana de un retrete y lo que a través de ella se veía. Y todo con un aire de superior seguridad y vacua grandeza. La otra (“Ínsula”) me entera de la publicación de un epistolario de Machado, que trataré de comprar aquí mismo.

7 “Correo Literario”, periódico quincenal dirigido por Seoane, Lorenzo Varela y Arturo Cuadrado. Su primer número apareció en Buenos Aires en 1943. Fue foro habitual de autores como Alberti, Octavio Paz, R. Molinari, Julio Cortázar entre otros.

8 “Ínsula”, prestigiosa revista literaria española fundada en 1946 por José Luis Cano y Enrique Canito. Díaz sostendría correspondencia con ambos en torno a la publicación de su libro *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y Poesía*.

Todos estos días pasados, lectura apasionada de Galdós (1ª serie de los “Episodios Nacionales”) y, con menos entusiasmo ayer, *Bailén*⁹. (p. 33 – 35)

Ávila, 15 o 16 (no sé ya) de setiembre

Cometimos ayer el error de salir de Valladolid hacia Salamanca que está en fiesta: son las ferias. La calle ruidosa y con tanta gente que no se podía dar un paso; los hoteles sin habitaciones disponibles y las que hallamos en una pensión eran carísimas e infectas. No era esa la Salamanca que queríamos conocer y, ya de noche, salimos rumbo a Ávila, para detenernos a pasar la noche en Peñaranda de Bracamonte, de donde salimos hoy de mañana para aquí, para Ávila.

El paisaje desde Peñaranda hasta aquí es, imagino yo, y no sé bien por qué, porque todavía no conozco a Velázquez, el paisaje de los lejos de Velázquez, del “aire” de Lope. Nada tan fino y delicado, tan dulce y diáfano, tan tenue, como estas dilatadas llanuras castellanas, que el estío mantiene en ondulaciones ocres levísimas, dibujadas, señaladas sus distancias, por las hileras de álamos que hacen en la lejanía armónicos dibujos. Así las veíamos con Minye desde las murallas, aquí junto a la Catedral; mirando hacia el Sur, donde, al fondo, la sierra de Gredos, distante unos 60 kilómetros, moviliza el paisaje cerrándolo con dulces ondulaciones azuladas.

Más que las hermosas –y lo son– iglesias románicas de Ávila, más que los recuerdos de Santa Teresa –cuyas obras compré hoy aquí en una edición popular– más que las calles que serpentean entre antiguos muros de piedra, lo que siento de Ávila, y me encanta, son las lejanías, el aire abierto que la rodea, el aire tenso y ágil que se respira seco y fresco, tónico, y, sobre todo, la gracia y la levedad de las lejanas perspectivas. La necesidad más aguda que aquí siento es la de que este aire vibre con la palabra querida, que tan bien resonaría en él, de don Pepe. Es su aire y lo reconozco así, hasta tal punto, que, aunque nada material ni concreto lo recuerda, todo lo que miro y lo que ese limpio espacio me da, me hace pensar en él. Y aquí tengo ganas de leer a Lope y de ver a Velázquez.

Es ésta ya otra España, la España de la luz, del aire fino, paradójicamente transparente y dorado, la de la gracia señorial: “con el alma en el aire de cualquier movimiento”. Pero con un sentido diferente a cuando miraba a Goya en Gant. (p. 35 – 37)

Ávila, 17 de setiembre

El hotel en que estamos, el Continental, está situado en frente de la catedral, de manera que ahora, sentado junto a la ventana, tengo exactamente delante, el portal de la iglesia.

⁹ Cuarta novela de la primera serie de “Episodios nacionales”, de Benito Pérez Galdós.

Pero el encanto de esta hora, del silencio que termina entre pasos de burros y rodar de carros, no me hace olvidar de algunas últimas impresiones que me mostraron una España diferente, la España ignorante y miserable.

Desde que salimos de León, quizá allí mismo empecé a sentir eso. Acaso el hijo de Álvarez fue quien hizo que comenzara a sentirlo. La intriga por un hombre que siendo inteligente no se preocupó del progreso financiero (su tío, Fco. Álvarez Alonso) y que no frecuentaba la iglesia, me desconcertó. No en sí, sino por el aspecto muy vivaz y muy inteligente del muchacho. Éramos para él, un mundo diferente y hermético. Le pregunté por cómo era la vida del obrero y me dijo que buena, que en su comercio hay uno –claro que es uno solo y hace siete años que está en él, que llega a ganar 30 pesetas diarias. (El kilo de pan vale 22 y una cajilla de cigarrillos ordinarios 3.) Lo normal, me dijo, eran 20. Y todo eso le parece bien. “León era un lugar donde corría hasta hace poco mucho dinero, sabe Ud. porque había aquí muchísimo estraperlo. Ahora lo impiden mucho y es una lástima.” En fin, rarísimo.

Y luego, en Valladolid las bandas de chiquillos que tienen 12 y 15 años y, todos, aparentan menos de 10 y mienten con un descaro increíble, y no fueron ni irán a la escuela, y esperan una moneda. Y los mayores, que hacen como que ayudan a bajar las maletas junto al mozo del hotel y se quedan esperándolo a uno para recoger unas monedas, y son de apariencia servil, y taimados. Son los desclasados, los que para nada sirven ni servirán, sin oficio ni trabajo seguro. ¡Pobre España!

Compré ayer aquí, en Ávila, y leí anoche, el libro de Concha Espina *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*. Interesantes las cartas que se reproducen del poeta. Lástima de comentarios y de libro que es de lo más estúpido que leí en mucho tiempo. La estupidez de Concha Espina es casi ilimitada. ¡Si al menos no hubiera mutilado los textos! Pero los mutiló, la idiota. (p. 37 – 38)

Segovia, 18 set. Domingo

A veces me pregunto si yo sé ver. Y creo que no. Veo con ayuda de otros ojos y del cariño. Segovia no sería para mí lo que es, si no hubiera leído antes, en Ávila, las cartas de don Antonio. Me hubiera gustado, sí, de modo parecido a Ávila, pero no hubiera sentido ese amor que ahora siento por los dos cauces que la rodean, el Clamores y el Eresma. El Eresma sobre todo: “Y ahora el Eresma, seguramente, no suena, pues según me dicen se ha helado el pobrecillo”¹⁰.

“La noche está tibia y como de primavera. He abierto mi ventana y noto que el aire que viene de fuera calienta mi habitación. Hoy he podido pasear por los alrededores de Segovia, la alameda del Eresma, San Marcos, la Fuencisla, el camino nuevo. Espero que por aquí han de aparecer pronto las cigüeñas, señal inequívoca de que el invierno se va”¹¹.

¹⁰ Espina, C. *Antonio Machado a su más grande y secreto amor*, pág. 21.

¹¹ *Ibid.*, p. 27.

¡Y cuán Antonio Machado es ese camino que allá abajo del alcázar y del otro lado del Eresma, anda entre hileras de altos álamos verdes!

Ayer salimos de mañana a caminar con Minye, pasamos junto a la catedral y seguimos luego hacia el Alcázar, cuando, de pronto, vemos salir a la derecha una callejuela pequeña y torcida que descendía, y un letrero en la bocacalle: “Calle de los desamparados”. ¡Aquí, aquí vivió don Antonio! Bajamos. Casas estrechas y pobres en el barrio más pobre de Segovia. La calle se tuerce y no nos deja ver el aspecto de las otras casas. Yo no encuentro aquella verja que antes vi fotografiada en el estúpido libro de Concha Espina. Al fin, allí aparece, frente a casas de artesanos humildes, y dos chicuelos salen de ella jugando con un aro: uno de ellos tropieza frente a la verja y cae. Le decimos algo: nos mira con ojos de tonto y se va. Allí, en el fondo, la pequeña casa que ha sido modificada: una torpe escalera exterior de cemento lleva ahora a una puerta que han abierto en el piso alto. El pequeño jardín, entre la verja de hierro y la casa, está desnudo, sucio y la casa está sucia y abandonada también. Como nosotros nos quedamos mirando esa casa y la angosta calle por donde hacía su camino don Antonio, los chiquillos se juntan y nos miran. Se detiene una mujer que al fin decide seguir. También seguimos nosotros y descendemos la calle hasta dar en la plazuela junto a los arcos románicos de la iglesia de San Esteban. De una casa de Vinos sale un borracho que nos pregunta si vendemos lotería. –Ah, dice mirando la guía y los papeles que Minye lleva en las manos –creía que eran décimos, son iguales a la lotería, sabe Ud... Y se va. (p. 39 – 41)

Segovia, 18 de set.¹²

Volvimos ayer a lo de Don Antonio. Fuimos por la mañana, con la cámara, para ver de fotografiar lo que pudiéramos. Un hombre con un asno estaba junto a la verja conversando con otro que tenía una niñita en brazos. Y ellos mismos nos enteraron de que la casa había sido vendida, de modo que aunque esa era la antigua entrada de la casa de don Antonio, ésta tenía ahora una nueva puerta por otra calle, a la vuelta. Hasta allí nos acompañó y nos dijo que subiéramos, que la dueña de casa nos mostraría la habitación. Así lo hicimos. Subimos escaleras y pasamos corredores hasta que en una última escalera dimos con la ventana que veía desde la Calle de los desamparados, y golpeamos a una puerta. Salió una viejecita humilde y sonriente y de muy buenas maneras con algo como de remilgos de niña en el movimiento gracioso de sus manos y sus ojos:

–Perdone Ud. señora ¿Es aquí dónde vivió Don Antonio Machado?

–Sí señor, sí.

–¿Podríamos pasar sin incomodarla?

–Pero sí señorita. Sí señor ¿Le conocieron Uds.?

–No personalmente, pero sí sus libros y lo queremos mucho.

¹² La fecha del 18 de septiembre se repite en el original. Debe ser 19. La confusión quizá se deba a que, no obstante, se refiere a lo sucedido “ayer”, es decir, el 18.

–Pues sí... que era un hombre.... Pero pasen Uds. ¡La casa es tan larga...!

Y en efecto, íbamos recorriendo una larga galería hasta que llegamos a lo que sería el comedor.

–¿Aquí vivía?

–En esta casa, sí señor, pero en la habitación del fondo, aquí. Y nos hizo pasar por un dormitorio y luego a otro. Aquí, el cuarto de don Antonio. Pequeño, con pobres muebles de pensión, “casi desnudo”. La señora nos cuenta que durante los últimos catorce años “día por día” antes del movimiento, vivió él allí. Ella le daba pensión.

El cuarto es pequeño, tres metros y medio por cuatro, o acaso menos. Sobre el lado más angosto, la ventana, baja, desde la que se ven los techos bajos de teja e, inclinándose, la iglesia de San Esteban. A lo lejos, las extensiones onduladas de los campos, del otro lado del Eresma, y en el fondo la silueta de un pueblo lejano. Cerca de esa ventana una mesa redonda sobre la que se conservan aún algunos ejemplares de “La Prensa” de Bs. Aires. Una estufa de kerosene, de mecha. Una silla. A un lado de la ventana, en el rincón, el lavatorio: la pobre palangana de loza, la jarra, etc. al fondo de la pieza, en el ángulo opuesto, la cama, alta, grande, con cuatro remates de bronce, y en la pared la lamparilla eléctrica con un antiguo tulipán, que enciendo por una perilla que cuelga junto al borde de la cama, entre esta y la mesilla de noche. Allí leería acostado, según su gusto y su costumbre Don Antonio.

“... y sobre todo –escribía a Guiomar –no leas acostada...”¹³

Frente a la cama un armario bajo el que reposa el busto de piedra rosada de Emiliano Barral. El estado, me explica la Sra., hizo inventario de esa pieza y quiere comprar la casa adjunta para mantenerlo todo en el estado en que estaba. Pondrá bajo la ventana una placa y a la entrada... ¡el busto de Barral!¹⁴ Mientras yo trato de tomar vistas del cuarto de Don Antonio (la luz no alcanza: reduzco a 8 la velocidad pero no sé si con éxito) la vieja nos habla de la bondad de Don Antonio, de cómo iban a veces allí sus hermanos (“porque como hacían tantísimas obras de teatro...”) y de cómo vivía siempre pendiente de su madre que estaba en Madrid y de que en su casa todo era lo que él dijera y se esperaba siempre su voz. Que solo una vez estuvo enfermo y fue de angina y al fin “sufría un poco de los pies”, pero nada más. Y no era un niño de hoy, he¹⁵. (p. 41 – 44)

13 Ob. cit. p. 111.

14 En 1922 Antonio Machado publicó un poema dedicado a Barral. Lo volvió a publicar en 1936 con una nota que decía: “Cayó Emiliano Barral, capitán de las milicias de Segovia, a las puertas de Madrid, defendiendo su patria contra los ejércitos de traidores, de mercenarios y de extranjeros. Era tan gran escultor que hasta su muerte nos dejó esculpida. ‘Y aunque su vida murió,/nos dejó harto consuelo/ su memoria’ (Jorge Manrique) Madrid, 1936.” Nota añadida por Díaz a la publicación en la revista “Mito”.

15 Las jornadas correspondientes al 18 de setiembre se reproducen con escasas variantes en el relato “La calle de los desamparados. Un encuentro con recuerdos de don Antonio Machado”, que se publicará en Uruguay, en “Mito” No2, enero – marzo de 1952, p. 6 – 8. También de este momento, como de otros muchos, se conservan filmaciones realizadas por Díaz.

Madrid, 20 de set.

¡Madrid, la Corte! ¡Qué diferente a como yo lo imaginaba! ¡Qué hermosa! No sé por qué yo la imaginaba menos luminosa y lo que encuentro en ella es un delirio de luces finas que me hacen pensar el otoño montevideano. Una ciudad destinada a la alegría plácida, a conversar tomando horchata en las terrazas del Paseo de la Castellana, a tener amigos para deambular por ella... Ayer, de mañana visitamos el museo del Prado –ya hablaré luego de él– luego me vi con Gurméndez que me dio noticias de lo que me interesaba, y conversó con Gamallo Fierros¹⁶. Este resulta ser un pobre hombre, endiabladamente bien informado y nada más, mejor dicho, y mucho menos. Es casi imbécil en sus apreciaciones. No sé qué podré sacar en limpio de él. Mañana vendrá al hotel y veremos. Es muy desagradable.

Conocimos, además, a Pilar de Cárdenas, que nos resultó encantadora: una señora madrileña con toda la finura y la llaneza que se puede desear.

Por la tarde estuvimos en la puerta de Alcalá, y paseamos luego por el Retiro, que es un encanto de gracia íntima, de luz, de animación discreta. (p. 44 – 45)

Madrid 21 set.

La primera impresión que me hizo Velázquez, en el museo del Prado, fue reticente. Durante un momento acaso haya sentido más a Goya, para quien estaba preparado, además por *Las jóvenes* y *Las viejas* del museo de Lille y que vimos en Gant. Sin embargo, hoy ya, siento como si pudiera penetrar en el mundo más fino, sereno y aéreo de Velázquez. Su latido vivo y majestuoso, fino y sereno, se me ahonda mucho más. No tanto en la *Rendición de Breda*. Acaso más en los tres retratos –cinco– que están en la misma sala: Felipe cuarto y su hermano, y el príncipe (¡Baltasar Carlos?) todos con escopeta y el perro al lado (y, al fondo, los azules leves del Guadarrama); y las dos princesas: la niña, sobre todo, con una rosa en una mano y el pañuelo en la otra¹⁷.

¡Y qué decir del soberbio retrato de la reina a caballo, con su increíble manto, y el pequeño óvalo de su cara en el centro inocente de tanta magnificencia!¹⁸

Hallo en Velázquez un gusto más depurado y un equilibrio más ponderado, una contención sabia, que irradia más mágicamente. Es el pintor que no quiere impresionar (Goya sí) y que *se contenta* con pintar.

Hubo un tiempo en que yo pensaba que era imposible –en la prosa española– una medida y un equilibrio que yo admiraba– y admiro– en la francesa. Pues Velázquez es el pintor que a eso equivale. Es el pintor que hace pensar en una prosa aparentemente sólo correcta, pero con transparencia para la hondura secreta, con transverberación.

¹⁶ Dionisio Gamallo Fierros (1914 – 2000), escritor español. Díaz había consultado una obra suya a propósito de su estudio sobre Bécquer (Ver Cuaderno V). En el Archivo Díaz se conserva una postal enviada por Gamallo Fierros en 1966 y tres cartas del año 1970.

¹⁷ *La infanta Margarita de Austria*, de Diego Velázquez.

¹⁸ *La reina Isabel de Borbón a caballo*, de Diego Velázquez.

No pensaba yo que fuera así: es el milagro de los ojos apoyándose en lo más leve: en el aire; y pintándolo todo. Con Goya resulta absolutamente incomparable. Hay zonas de Goya que resultan groseras frente a Velázquez y –por qué no decir lo que siento– mal dibujado. A veces le falta plasticidad, en el sentido de dar la *forma* de lo que pinta en todo su relieve. Con frecuencia las cosas se transforman, para Goya, en un plano de color que debe traducirlas, pero es un plano. Ahora que, cuando Goya quiere pintar ese plano, hace los trajes de la reina en la Familia real, por ejemplo, o la capa de Fernando VII o el delirio de la pollera de las viejas. Son virtudes diferentes. Pintan en dos mundos separados.

En cuanto a Goya, me extrañan mucho algunas cosas, y sobre todo, algunos de los cartones para tapicería. Aquellos que tanto le vi elogiar a Arzadun en París y que, en algunos casos, tienen un color francamente ordinario (así, por ejemplo, los que están en la Galería antes de las salas de Goya del piso principal). Y aun en los buenos, los del sótano no creo que se les pueda elogiar mucho por su *pintura*. No tienen que ver –como pinturas– con la calidad de las maravillosas majas, o con las peores pinturas negras. Valen, sí, por una gracia muy siglo XVIII de estampa, de gracia de conjunto, de luminosa ingenuidad; pero no son nunca lo mejor.

Suspéndi para leer *Tres horas en el museo del Prado* de D’Ors, con disgusto frecuente y nunca con admiración. (p. 45 – 48)

Madrid 24 de set.

Pasamos los dos últimos días en Toledo. Las callejuelas empinadas y retorcidas de Toledo me cansaron tanto que no pude anotar nada: cuando llegábamos al hotel tenía que tumbarme a descansar. (Intenté leer, mientras tanto, *Las últimas horas* de José Suárez Carreño, que me indicó Gurméndez, pero no puedo con ella, es una novela sin poesía, que es como decir que no llega a novela.)

Lo más importante de nuestra visita a Toledo fue el hallazgo de un ambiente, ambiente más acusado y diferente al de las otras ciudades; las callejas de noche, las callejones entre altos muros viejos; la presencia de las primeras casas mozárabes de verdadero interés, como las maravillosas yeserías de la Sinagoga del Tránsito y los arcos y capiteles de El Cristo de la luz y de Santa María la Blanca y luego el Greco: el *Entierro*¹⁹, la *Asunción*, el *Expolio* y los dos *Apostolados*, sobre todo. El alma de Bécquer visita aún Toledo: se la encuentra, sobre todo, en el claustro de San Juan de los Reyes de un hermoso equilibrio gótico final en el encaje de la piedra y en el claustro mismo abandonado y ruinoso (¿lo vio él así?) con una vegetación pobre y triste que crece junto a la que fue fuente, o pozo, y que solo habitan los pájaros de la mañana y del atardecer. Y también se la encuentra en otros lugares: al dar vuelta una calle, una de esas callecitas angostísimas, con las dos paredes al alcance de la mano, empedradas, y con el arroyo en medio, que desemboca sorpresivamente en una plaza, en una plaza más pequeña que un patio, rodeada de

¹⁹ *El entierro del conde de Orgaz* (1586 – 1588)

ventanas, de balcones de hierro cubiertos de vidrio, donde se ordenan, sobre aros forjados, macetas con plantas en flor. (Sobre una plazuela así –Plazuela del Barrio Rey– daba nuestro hotel, el “Hotel Maravillas”, a diez pasos del Zocodóver.) O al pasar junto a una puerta –una puerta de arco de piedra y escudo nobiliario arriba– que da a un zaguán. Uno de esos ideales zaguanes toledanos, que son como una habitación desnuda y fresca de baldosa de gris y de azulejos, con un cancel a la que se sube por unos escalones también de azulejos y que se abre sobre un patio verde en el que canta el rumor de una fuente. (Yendo por la calle se siente de pronto, al pasar delante de un zaguán, el susurro del agua sobre la piedra.) (p. 48 – 50)

28 de set. Madrid

Estos días en Madrid, siempre cansado, siempre a la mañana con ganas de quedarme más en la cama. Leí *El Abuelo*, de Galdós, que fue para mí la revelación de otro Galdós y de los mejores. Y no seguí leyendo *Casandra* porque estoy empeñado en seguir leyendo por orden los “Episodios Nacionales” (estoy en *Gerona*)²⁰. A medida que avanzo en otra lectura Galdós se me va creciendo, como el novelista nato, como el mundo de la novela. Se me crece acaso más que cuando leía *Fortunata y Jacinta*, aunque veo en él un desenfado menos acertado a veces que en esta obra maestra. Lecturas fragmentarias del *Goya* de Ramón Gómez de la Serna.

Las visitas al museo del Prado se orientan muy a menudo en la creciente admiración por Velázquez y por el enorme veneciano que vine a conocer recién aquí: Tiziano. Las dos versiones de Vermeer y la música, y acaso más la más oscura, la del perrito, me parecen uno de los colmos de la pintura. Nada tan suntuoso y tan abundante como eso. ¡Y el autorretrato! ¡Y Salomé! Y etc.

En cuanto a Velázquez lo que me ocurre es muy curioso: luego de conversar con Leandro en París, cuando él ya lo había visto, yo pensaba que no me importaría tanto. Él me hacía pensar en algo de pulcro y cuidadoso que yo asimilaba en algo a los malos franceses de fines del XVIII y comienzos del XIX. Pero no. El impacto que me produjo fue de pura pintura, tanto más para cuanto su fuerza sobre mí no se acusa por ninguna particularidad estridente del estilo, como ocurre con Goya o con el Greco: Velázquez pinta en sordina, y como si no se ocupara de la pintura. Y sólo pintura resulta al fin. Además en él es tan finamente armonioso al conjunto, tan equilibrado de pintura y de dibujo, que su arte parece humilde, justamente en él, donde se enseñorea totalmente. Hay allí una manera de ser artista que me hace pensar: algunos de esos cuadros quisiera yo escribirlos. Cosa que no me ocurre con Goya porque mi temperamento no quiere desenvolverse por ese camino, y casi me repugna –en mí, que no en Goya–. (p. 50 – 51)

²⁰ Mientras *El abuelo* (1897) y *Casandra* (1905) son consideradas “novelas espirituales” de Benito Pérez Galdós, *Gerona* es la séptima novela de la primera serie de los “Episodios nacionales”.

2 de oct. Madrid

Estos últimos días, en Madrid –“¡qué ciudad tan señora!” dice, a cada paso, Minye –recuperada físicamente. Más visitas al Prado: recuperación de Goya y persistente encanto de Velázquez. Hallazgo del Goya del *retrato de Bayeu*²¹. Continuaron las lecturas atropelladas sobre Goya y Velázquez (Ramón, Ortega, etc.), las de Galdós (“Episodios”) y la de los novelistas actuales. Acabo de comenzar *Mariana Rebull*, de Ignacio Agustí, y creo que es la única que tiene *tono*, es decir, poesía, estilo (no *manera*). Las primeras páginas me entusiasmaron pero creo que va decayendo algo. Sin embargo es al primero que leo como a un novelista de verdad. En los otros se siente demasiado que no se preocupan de “escribir” su novela. Creo que España está, ahora, *buscando* su estilo. Y no veo logros. Acaso Agustí: veremos.

Ayer, segunda tarde de toros, para nosotros; pero fue mala. Y pude comprender mejor –ayer mismo– cómo la del otro domingo había sido buena. Creo que las entiendo, y por entenderlas veo que cuando se habla de toros solo puede hablarse de una *buena* tarde. La impresión que produce el mal toreo es detestable. Todo pierde sentido y se hace desgraciado, cuando no se torea. Y los momentos de exaltación de la otra tarde, en que toro y torero son una misma cosa en el centro de un misterio, es algo difícil, y raro. Así como el buen torear parece revelación o milagro, el malo es torpeza y brutalidad. Los que hablan mal de España por sus toros (salvajes españoles, etc.) o vieron solo malas tardes o no ven lo bueno de las buenas y entonces casi parecerían tener razón. Hasta el público parecía otro. El misterio se completaba, la otra tarde, por aquel “olé” que salía rítmico y unánime de la plaza entera, fija en una misteriosa cohesión, al dibujo del torero: ayer eran gritos sueltos, insultos torpes, algún chiste oportunísimo y gracioso, pero el público era, en fin, el *monstruo* exigente y perverso, socarrón y suficiente, etc. Todo se engañaba y casi no se advertía la belleza. Como las picas fueron con frecuencia brutales (uno clavó quince centímetros de vara, otro volteó al novillo) los toros perdían luego la elegancia de su ataque, era vitalidad de masa poderosa y elástica que se encorva ciñéndose eléctricamente a la figura dibujada, fina, y extática del torero y era entonces el torero el que alardeaba para excitar –también para escapar–.

Hubo sí, buenas banderillas y una buena faena de muleta. (Otra casi buena, si el toro hubiera estado más entero.) Y algunas buenas capas iniciales. La muertes, en cambio, casi todas, más limpias que la otra tarde, pero con el toro deshecho. (El domingo pasado habíamos visto una hermosa muerte “recibiendo”).²²

Hoy iremos al Escorial. (p. 52 – 54)

²¹ *Retrato de Francisco Bayeu* (1734).

²² La concurrencia de José Pedro y Amanda a corridas de toros es producto probablemente de la influencia de José Bergamín en ellos. “Una corrida de toros es un espectáculo inmoral y, por consiguiente, educador de la inteligencia”, afirmaba el escritor español, admirador del arte del toreo y autor de varias obras al respecto.

4 de oct. Madrid

Conversé anoche con L.R.²³ Es un andaluz de mucha conversación, con el aplomo y la seguridad de sí que le dan sus 40 años y el ser una de las primeras figuras literarias de este momento. Después de Altolaguirre es él el poeta guía. Se conversa de España, de su política, o mejor dicho, de la historia del Estado actual. Trata de explicarme lo que él cree fundamental en la situación española. Me pregunta por P.²⁴ y yo le explico limpiamente lo que sé. Situación personal, opiniones, actividades, sentido de las mismas, etc. Su interés es grande. Tiene, sin embargo, un dolor: no haber recibido respuestas, como me dice, después. Cree equivocada la actitud de quienes no están aquí (¿Pero es que nunca nos vamos a entender los españoles? –Cojones. Esto sí que está bueno. A mí me han dicho asesino, así, con todas las letras, cuando he estado en América.) Se preocupa por explicarme que ha habido aquí un pequeño grupo que fue el que se esforzó por indicar la línea de la tradición verdadera de la cultura española, y por hacer conocer a los jóvenes a Neruda, Alberti, Salinas, Guillén, J.R.J.²⁵, etc., etc. (Y cuando he mandado los libros de los que no recibí ni una línea fue de mis amigos, de los que me importan, porque mis amigos están todos allí... En cambio, los que nosotros hemos formado, Valverde²⁶, por ejemplo, él sí, ha recibido respuesta. ¡Cojones! ¡Mire que es eso bonito! Ya sé que volveré a escribir y los volveré a enviar, pero lo probable es que no reciba respuesta. Pero es que se creen que los que estamos aquí, y por ese hecho, somos imbéciles o canallas.... ¡Pero no se dan cuenta que no puede haber 28 millones de canallas! Y que hay que hablar y que hay que entenderse, porque si no esto no se acaba más. Aquí no hay nadie... ¡vamos! Hay 5 o 6, pero no más... se puede decir que nadie es franquista.

Y si son individualidades opositoras (pero que aunque son todos no sirven porque son 1 + 1 + 1 + 1 y no pueden ser un conjunto). Yo dije en 1940 (y entonces eso era importante: ahora se puede decir, pero entonces era otra cosa) yo debo mi carrera literaria a P., a Pedro Salinas, a Jorge Guillén, a Alberti... Y eso lo dije en 1940... Y luego me cerraron la revista (no recuerdo cuál).

Y además la vida es lo más importante y pide sus derechos ¡y qué le va Ud. a hacer! Yo no soy profesor por eso, porque soy opositor, yo dejé de publicar por eso. Pero pasan los años. No. Para qué voy a publicar. Espero. Esto pasará. Y Ud. empieza a ver que los muchachillos que tienen ahora 20, 22 años, y que ni idea tienen de aquello (porque pasaron 15 años, oiga Ud. y 15 años es mucho en una vida) empiezan a publicar, y uno es un hombre y –qué cojones– uno es un hombre y ¡va-

23 Según Amanda Berenguer (carta a Rimmel Berenguer, 5 de octubre de 1950) se trata de Luis Rosales (1910 – 1992), poeta granadino, de fuerte vínculo con Federico García Lorca, quien se refugió en su casa antes de su detención. A partir de 1937 colaboró en las revistas falangistas “Jerarquía” y “Escorial”, y posteriormente con “Cuadernos Hispanoamericanos”. El temor de Díaz a que su cuaderno sea leído o revisado por autoridades españolas, lo obliga al uso de iniciales. (Ver última jornada de este Cuaderno.)

24 Posiblemente se refiera a José Bergamín, don “Pepe”.

25 Juan Ramón Jiménez.

26 José María Valverde (1926 – 1996), poeta, ensayista, traductor y académico español.

mos! ¡qué le voy a Ud. a decir! que me mantenga callado. Pues no. Al fin publica Ud. La vida lo quiere. ¡Si no puede Ud. hacer otra cosa! Eso hay que entenderlo.

Ahora que de afuera se creen que aquí no ha pasado nada y ha pasado todo. Tanto que no se sabe lo que hay. Lo que es España ahora no lo sabe nadie, ni ellos ni nosotros. ¡Vamos! Nosotros un poco más, pero no mucho. Para saberlo se necesita un ámbito de convivencia y eso no se consigue con el aislamiento. Y si nos dejan así pues esto sigue 15 años más. Si al menos tuviéramos relaciones con el exterior... pero... ¡esto se habría acabado hace rato! ¡Claro que no le puedo decir a Ud. lo que hubiera venido! Seguramente que no la República de la que nadie se acuerda y que no tendría sentido. Aquí la república.... Pues, nada. No hay dos que piensen en serio en eso. Aquí hay que ver... que es lo que puede venir, y algo vendrá... y se irán buscando caminos.

Aquí se ha destruido totalmente la vida política. No hay política ni se tiene noción de ella. Hay que crearlo todo. (Eso ya me lo dijeron otros antes.) Aquí no hay más que una totalidad de descontentos individuales. Pero los de fuera podrían tener una actitud más útil. Con gritar contra F.²⁷ pues no se hace nada.

Con esto del aislamiento se ha conseguido que España no tenga enemigos. Si los tuviera hubiera sido necesaria una acción, algo y entonces este tío habría saltado, pero nada, ni enemigos. Si hubiera diplomáticos embajadores, pues habría convenios: yo doy esto pero dé Ud. libertad de prensa, por ejemplo. Si hubiera habido libertad de prensa esto se acaba en un año. ¡Que no nos dejan integrar la ONU...; pero si es la posición más cómoda que a este gobierno se le puede ofrecer²⁸! Es exactamente eso lo que necesita.

Me es muy difícil reproducir esto bien. Temo equivocarme. (p. 54 – 58)

Córdoba, 9 oct. 1950

Córdoba: calles íntimas, plazas como patios, cántaros, mujeres con una flor sobre la cabeza, balcones con plantas y flores, casas encaladas de ayer, patios donde la sombra tiembla conmovida por el rumor de la fuente. ¡Córdoba! Es la primera vez que me pregunté, aquí, en España, dónde me gustaría vivir y me contesté, no en Ávila, ni en Segovia ni en Toledo, en Córdoba, en una casa con zaguán ancho, reja en la cancela y jardín con fuente. En una casa que da a una de estas torcidísimas calles estrechas (a veces no tienen 1,80 de ancho) cerca de una plaza, esas plazas a las que solo dan dos calles o que se forman junto a la ruta de una de ellas, y que más parece un pequeño patio en común que plaza.

Muchas mujeres llevan flores. No son las más bonitas siempre, ni las más jóvenes. Vimos una gruesa y vieja, de cara pintada (es raro) desde la mañana, y con un ramito de albahaca sobre el pelo. A veces es casi imperceptible: una mínima flor blanca y humilde sobre la oreja, pero allí está con espontaneidad y gracia, tan espontánea y tan graciosa como esa rumorosa fuentecita de los patios.

²⁷ Francisco Franco.

²⁸ España ingresará a la ONU recién en 1956.

Córdoba es además, luminosa (¡cómo brillaban anoche, intensas y grandes las estrellas!) y como es luminosa, hace cantar su alegría silenciosa en la cal de las paredes, pero, además, inventa el recogimiento de la sombra, y oculta la vida interior, mejor dicho, la vela, con toldos para los patios y celosías para las ventanas. La luz y el color le hicieron inventar el goce intenso de la sombra fresca. Hace calor y el aire es tan seco que su sequedad se siente en la garganta: y la vista se goza en ver las fuentes, en ver pasar a las jóvenes con el cántaro apoyado en la cadera. En el patio de los naranjos, esta mañana, las muchachas que habían ido con los cántaros a buscar agua jugaban tratando de coger alguno de los peces rojos que cruzan por el fondo de la fuente. (p. 58 – 59)

Sevilla, 13 de oct.

Ya desde Madrid siento un poco apagado mi entusiasmo viajero. En realidad es una tontería pretender conocer España en dos meses de viaje. Sin embargo lo que no se ve en dos o tres meses, necesita 6 o 7 para ser visto. Hay muchas cosas, muchísimas, que le están vedadas al viajero. El viajero anda por las callejuelas de Córdoba y mira al pasar frente a un portal, la cancela, y oye el rumor de la fuente: ve en el prado del patio los arcos y las columnas. Ve las anchas hojas de las plantas domésticas, siente el olor de los jazmines. Pero todo eso no es para él, para el ambicioso de incesantes imágenes, es para el que se queda y se entrega, es para quien lo habita, para quien hace allí su vida, no para nosotros. (p. 60)

Sevilla – 14 oct.

Interesantísima conversación con el Dr. Quintana a propósito de la E. Secundaria española, problema que él conoce bien porque es director de un Colegio. (p. 60)

Sevilla, 16 de oct.

El mal tiempo primero, y una promesa ahora de escuchar cante hondo, nos detiene en Sevilla. No sé hasta cuándo se prolongará el viaje español. Anduvimos anoche conociendo y viendo tascas y bodegas sevillanas, del centro y de Triana. (p. 61)

Tetuán, 21 oct.

El primer impacto verdadero con una civilización extraña lo sentimos aquí, en Tetuán, y antes en Tánger. En Tánger la plaza del mercado, el Zoco grande, con sus vendedores de baratijas, de fruta, de esencias, de resinas para pebeteros (que arden sobre braseros y lanzan al aire su columna de humo perfumado), las mujeres de cara cubierta y andar desgarbado y a veces varonil, los viejos con aspecto de sabio patriarca, el vendedor de agua que agita su campanilla de bronce y sus cacharros y carga con la piel de la chiva llena de agua, todo, nos hacía sentirnos

fuera de nosotros, en un medio hostil (en el Zoco, mientras yo filmaba unas mujeres avisaban a la que quedaba frente a la máquina para que se cubriera, y luego, como yo insistiera, me gritaban: Vaite retratá tu pueblo, vaite.) Pero nada de aquello puede compararse con la impresión que recibiríamos aquí, en Tetuán, donde la vida musulmana se mantiene con rigor y con exclusivismo en el barrio moro, donde al acercarse uno a la puerta de los baños hay un muchacho que se acerca a gritarnos: ¡está prohibido!, donde si alguien dice algo a una mujer (cubierta) en la calle, todos se detienen a mirar y ella se separa rápidamente avisando: me está prohibido hablar con Ud., donde se siente el mundo detenido exactamente en la Edad Media, con el artesanado anquilosado en ridícula y mezquina tradición de pobre espíritu, y con la lepra y el cáncer y la mugre espantosa y los terribles olores de la calle... En ninguna parte creí yo, se encontraría tanta inmundicia, tanto abandono, tanta ignorancia de la más elemental higiene. El mercado, las tiendas, la calle, todo es mezquino, sórdido, maloliente hasta las náuseas, repugnante, podrido. La carne llena de moscas, se vende a unos metros de donde, en la calle se curte el cuero y más allá se tiñen las telas. Las calles tiene una estrechez inverosímil (a veces cubiertas de empedrado), allí se hacinan, sobre el empedrado irregular, de arroyo al medio y barro y excremento y humedad, hombres y bestias: los que andan, los que dormitan sentados en un rincón, los que llevan su borrico, los que venden su mercancía.

Las tiendas son tugurios que llegan a la inverosímil dimensión de uno o dos metros cuadrados en total, con una ventana, por donde se entra, se atiende y se negocia. El comerciante está emparedado en cuclillas entre su mercancía y ésta, a veces, sale a invadir la calle amontonándose junto a ese agujero-puerta, ya sean comestibles que se muestran en su bolsa de origen, o chucherías, o babuchas, o lo que sea.

Todo esto no explicaría la sensación que experimentamos si no se imagina que está inundado de los más terribles olores: olor a mugre, a pescado, a curtiembre, a excremento humano fermentado; y, además, no se dejan de ver los rotos, los tiñosos, los leprosos, las llagas en la cara y en las piernas, los pies calzados con las babuchas pero negras de mugre, y así, y en ese día de húmedo calor, abrigados con la gruesa tela de la chilaba, cubiertas las mujeres, sin mostrar, entre tanto amontonado trapo, más que los ojos. Y piénsese también en la mirada del oriental: la mirada más fría y enigmática o taimada o traidora que yo haya visto: sobre todo fría.

Yo salí de Montevideo pensando escribir un artículo que se llamara “Vejamen del progreso”. Nada de eso podría escribir ahora. Ni seré como antes tan seguramente anti racista. Es espantoso sentir esto: pero no los siento como de mi especie: son otra cosa: nada tengo que ver con ellos y no podré tener por siglos. (p. 61 – 64)

Tetuán 22 de oct.

Ya nos vamos de África. Estuvimos dos días y la impresión que nos deja es, de intensa, casi intolerable. (Todavía tengo la impresión de estar respirando el aire

espeso del Zoco o de las callejas de algunos comerciantes.) ¿Es este el mundo que novelaron y poetizaron tantos escritores y novelistas? (p. 64 – 65)

Málaga, 23 de oct.

Ayer de tarde, luego de dejar nuestras cosas en el hotel, trepamos al castillo de Gibralfaro desde cuya altura se nos abría un magnífico anfiteatro de montaña –estribaciones de la Sierra Nevada: Sierra Bermeja– sobre el cual se ordenaba en muchos juegos de colores bajos, la tormenta. En los jardines volaban rápida y desordenadamente, pequeñas aves negras (¿los vencejos, que me decía don Pepe?) y la ciudad esperaba de pie, serena y amedrentada, encendiendo sus primeras luces junto a la expectante superficie del puerto callado del domingo. Mientras bajábamos, dos chiquillos hablaban junto a nosotros.

–¿Y si se cayera?

–Si se cayera nada más que medio monte llegaba hasta allá, hasta la plaza de toros. Y la estropeaba (la elevación es casi a pico y de 120 metros. Desde la altura podría verse torear: el ruedo quedaba a la vista).

–Pero si se cayera el muro, digo.

–Pues si se cayera...

–El muro, dijo señalando el que bordeaba el camino.

–Te mata, contestó el otro.

–Bueno, pongamos un árbol.

–Sí, un árbol.

(La conversación la mantenían mientras iban descendiendo junto a nosotros.)

–Cae sobre tu casa y rompe todas las tejas.

–Ah, dijo el otro riendo. Pero mi casa tiene azotea.

–Pues te la hunde toda.

(Quedan silenciosos y siguen bajando. Pasan junto a nosotros. Nos miran, se alejan un poco. Ahora están más separados.)

–Oye, Fernando, dice uno. Oye. Estuvimos los dos en un error.

–¿Por qué?

–Hemos dicho tu casa y mi casa y no son tuya ni mía.

–Sí, son las dos de Arroyo (dijo el otro pensativo).

–Por eso te digo que estuvimos en un error.

(Dan vuelta por otra senda y no les entiendo más lo que dicen.) (p. 65 – 66)

Granada. La Alhambra – 27 de oct.

Cuando salimos del hotel traje conmigo el diario, pensando escribir aquí, describir algo de la Alhambra. Es muy tonto. Más importante es recibir todo esto que nos rodea: color, color, cielo y sierras, rumor de agua que corre. (p. 67)

Madrid – 31 oct.

Nada escribí ni en Granada ni en Toledo, adonde fuimos desde Granada. El interés de Granada es enorme. Paisaje y color como no lo habría quizá en otra ciudad española. Pero mientras estuvimos allí me interesó sobre todo conversar con algunas personas. Nada tan desolador, tan terrible, como el estado en que vive el primo de Lorca, que fue capitán en las milicias republicanas y padeció después castigos corporales y cinco años de cárcel. Vive un terror permanente. Anulada su vida profesional –como tantos– y convertido en un oficinista oscuro, no puede siquiera salir de Granada sin motivos bien fundados. Creo que nos rehuía para no comprometerse ni comprometernos. Me confesó que vive solo, sin amigos, porque teme contagiar a nadie de su *lepra política*, como él dice. Por otra parte no habla de nada como no sea esta situación. Es ya obsesión en él. (Explicable, muy explicable.) Así también algún otro granadino²⁹. (p. 67 – 68)

Bruselas – dic. 3 – 1950

Este diario es tonto. O tuerto. Nada hay en él de lo más importante que he visto en España. Fue una tontería no haber escrito con más libertad, sobre todo si al fin me iba a decidir a escribir allí mismo los primeros artículos españoles. Es acaso ésta una razón de más para continuar la serie y no olvidar³⁰. (p. 68)

29 “En España, durante el primer viaje a Europa, en los años 50–51, nos salvó el pasaporte diplomático... ¿sabés de qué? ¡De la poesía! De leer a Machado. Por haber comprado las *Obras Completas* de Antonio Machado. Un libro azul, un precioso libro. Éramos sospechosos. ¡Increíble! No recuerdo en qué provincia – íbamos hacia el sur – vimos por esos días a un hombre sentado en algo así como un anfiteatro. Estaba solo y nos acercamos a preguntar algo. ‘No hablen conmigo’ – nos advirtió – ‘porque contagio lepra política’. ¿Te das cuenta? En aquel viaje tuvimos algunas experiencias temibles con la palabra.” “Una palabra donde apoyar el fondo del océano”, reportaje de Tatiana Oroño a Amanda Berenguer, “Revista Zama”, Año 1, N°1, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras – UBA, abril 2008. Última entrevista a Amanda Berenguer.

30 Madrid, 1 nov. 1950 “Vamos mirando pues a Madrid con ojo nostálgico de adiós, de un adiós para mucho tiempo, para muchísimo tiempo, porque no pienso volver ni quiero. Para amarla no necesitaba venir. Vine: la amo muchísimo más y la conozco, pero no es aquí donde se desea estar. Llevo – llevamos nuestra memoria llena de paisajes, de casas, de voces, de recuerdos, de fantasmas que no se me despintarán jamás de la memoria, no, y que me obligan”, escribe a su padre desde Madrid, el 1° de noviembre.

Cuaderno VIII (Diciembre 1950– Setiembre 1951)

Bruselas 4 dic. 1950¹

Esta Bruselas de ahora, con nieve lenta y silenciosa, nos resulta mucho más acogedora que otras veces.

Los dos o tres días últimos estuve trabajando sobre el siempre inconcluso “Presente Perdido”. Mi intención fue siempre –y por eso no pude darlo nunca por concluido– darle una salida, una posibilidad afirmativa. O, al menos, hacer más sensible la necesidad de una solución. Por eso intenté hacer más evidente la rotura del relato, y, allí donde se leía que uno de los personajes del diálogo mostraba al otro –y precisamente al relator– el texto mismo en que ambos existen, desarrollé la situación en un diálogo al margen de lo posible y deshice, así, el relato. Siento la molestia de una situación con demasiados antecedentes (Pirandello, Unamuno) pero prefiero esa cercanía formal si mediante ella puedo cargar más las tintas en el sentido de mi intención. Por otra parte esto indica una experiencia opuesta a la indicada por Unamuno. En él – *nivola*², *Vida de Don Quijote y Sancho*– la ficción cobra una vigencia espiritual propia y “orgánica” frente a su autor: lo que yo intento señalar es lo opuesto: la sumisión de la ficción, su condición contingente dentro de un pasado total, su negación de la vida y el poder expansivo de su fuerza negativa que se contagia aún a lo vivo, a lo actuante, al autor.

Comprendo, además, que mi relato tiene parentescos con el existencialismo. Pero el problema que plantea es, como si dijéramos, la imposibilidad de la tónica existencialista en la ficción, en la escritura, y la terrible distancia que separa al autor de su obra. En esta ya no más libertad, apenas si el recuerdo de una decisión tomada. (p. 1 – 2)

Bruselas – 5 dic.

Sigo trabajando en “Presente Perdido”. Lo que me preocupa ahora, en definitiva, es señalar también los valores positivos de la literatura, la “mentira – verdad” de la ficción. Y no anulando totalmente lo anterior, sino poniendo, simplemente, las pesas que corresponden a cada uno de los platillos de la balanza. (p. 2)

¹ Entrada incluida en “Presente perdido”.

² “Nivola”, neologismo creado por Unamuno para referirse a sus obras de ficción narrativa en las que predomina el diálogo de los personajes que van improvisando un argumento.

Bruselas 8

Falta aún la 4ª parte del diálogo de “Presente Perdido”, que terminaré en París, donde me esperan, además, las páginas del diario que tengo que incorporar.

Ahora, atraído, vagamente, por la idea de escribir una comedia. Veo, para ella, personajes vivos. Lo que no encuentro es ese ruedo que creo decisivo en el teatro. El teatro siempre se me representó como obra perfecta: con una línea de desarrollo tensa hasta el fin. Es esa línea –y no los personajes, no la posibilidad de *vestirla* lo que busco.

Cierto que esta preocupación acaso se acerca demasiado a la tesis didáctica del siglo XVIII, a la tesis moratiniana por ejemplo, pero es lo cierto que no concibo teatro sin esqueleto y que, por otra parte, no concibo escribir teatro sin tener en cuenta el público que ha de escucharlo.

Por eso quisiera partir de los personajes y no de una idea, pero no sé cómo cerrar la obra si me lanzo, simplemente, a seguir la vida. Lo que decía Vaz de Bellan me parece un riesgo excesivo (cuando contaba que él todavía no sabía cómo sería el acto siguiente). Pero acaso lo mejor sea eso, dejarse arrastrar.

Es para eso también que lo que se me aparece con más claridad y seguridad, son los personajes secundarios. (Aquí: la sirvienta que llora la muerte de su hijo.) (p. 2 – 3)

Bruselas 9 dic. 1950

Ayer cenamos en la Legación de Guatemala.

Era la segunda comida diplomática: la primera había sido en nuestra legación, con la presencia de los ministros de Guatemala y México. Ayer estaban los mismos y el Ministro de Chile; luego de la cena entró el secretario de la Leg. de México y su esposa.

La primera comida nos había permitido, por una conversación con el M. de México, Fco. de Icaza, (hijo del escritor)³ orientar nuestras gestiones para una exposición Torres García en Bruselas (y, acaso, en Bruselas, París y Ámsterdam)⁴.

Pero además nos permitieron, esas dos comidas, tomar contacto con el mundo más artificial que sea posible concebir: el lujo, el hastío, la falta de motivos para vivir, la invención de motivos artificiales (juego, deportes, vida social, etc.) y un “cansancio de nada” que llega a la médula de los huesos. (p. 4)

3 Francisco de Icaza era hijo de Francisco Asís de Icaza y Breña (1863 – 1925), poeta y crítico hispanista mexicano.

4 El 8 de abril de 1951 Díaz envía una carta al Sr. Ministro de la República en Bélgica, D. Eduardo D. de Arteaga, donde adjunta un memorándum informando de las gestiones realizadas en vista de una posible muestra de obras de Torres García, Figari y Barradas en Bruselas. Dichas gestiones fueron realizadas ante el Director de Beaux Arts, Sr. André Giron.

Bruselas 10 dic.

Salimos ya para París. Quizá allá esté Don Pepe. Uno de los motivos que nos hacen desear más la vuelta es el deseo de encontrarlo. (p. 5)

París, 17 dic.

Desde antes de salir para Bruselas, la situación diplomática acentúa su tensión. Hay momentos en que entramos, todos, en una psicosis de guerra angustiada. Muchos uruguayos partieron ya de Europa en las sucesivas crisis que se fueron produciendo. Y las últimas crisis nos dan a nosotros mismos violentas sacudidas. Hubo momentos en que decidí partir. Luego momentos en que veo un porvenir de meses –no muchos– de relativa seguridad. Pero en medio de todo solo hay, por ahora, una cosa cierta, y es la casi imposibilidad de concentrarse en algo, de trabajar provechosamente. Los pocos momentos de trabajo intenso se buscan más que nada como un opio, como un engaño. Todo lo que podemos hacer pierde su sentido si debe ser imaginado desde un futuro incierto y horrendo al que los acontecimientos nos lanzan.

Nada más difícil ahora que una decisión, porque lo que decidamos no es indiferente al futuro: quiero decir: las consecuencias de la decisión son igualmente inciertas: no sabe uno desde qué futuro donde pensarse.

[...] (p. 5 – 6)

París, 22, 12. 950

Pasamos ayer de tarde en la abadía de Royaumont, en las sesiones de estudio de la Universidad Federalista Mundial. Escuchamos exposiciones de dos miembros de la Unesco sobre intercambios culturales. Quedé en ir a la Unesco y verme con Aquine. Por la noche encontramos a los Machado⁵. Ella bastante asustada: el cónsul Lozala les aconsejó volver al Uruguay.

En todo esto es infinitamente incierto deslindar lo que responde a medidas de prudencia o a reacciones de esta psicosis de preguerra en que vivimos.

Mientras tanto, vamos hoy de mañana a Sèvres. Todavía no hemos visitado clases, pero eso se hará, acaso, en los primeros días de enero.

Y además, como siempre: “mañana veremos”.

Es ésta, quizá, la más angustiada de las situaciones: sentir que se vive sobre un volcán, incesantemente. (p. 7)

París 26º

Continué hoy pasando a máquina “Presente Perdido”. Siento que, como pensaba en Bruselas, falta aun el fragmento del Diálogo, pero siento también que ese

⁵ Se trata de Lincoln Machado Ribas y su señora, quienes habían viajado a París acompañados de la hija de ambos y de su esposo, Roque Faraone.

⁶ Última entrada incluida en “Presente perdido”.

fragmento no puede ser incorporado sin destruir todo el conjunto. Además ya destruí, o casi, al narrador, de manera que me resulta difícil hacerlo actuar más frente al protagonista.

El fragmento intentaría mostrar que hay una verdad omitida: el valor intemporal del gesto.

Tal determinado acto muestra su valor onduladamente en el presente, en el pasado, pero tiene una manera de valor que no se modifica sustancialmente y que es reveladora de una forma de verdad: no se convierte en arena; es siempre oro. Y sobre esa posibilidad se apoya el mismo relato todo él: sobre el posible hallazgo de ciertas actitudes, de ciertos gestos, que encarnen un sentido más profundo que el razonamiento que lo determina. (p. 7 – 8)

París 30 dic.

Luego de pasar en limpio casi todo “Presente Perdido” (solo quedan por pasar fragmentos últimos del diario), lo leía aquí, a Laura⁷ y a Minye, otra vez, y me sentí, por suerte, liberado de él. De modo que creo que ya no debo volver a ocuparme de esa locura.

[...]

La alegría es sentirme ahora trabajando sobre algo vivo (bueno o malo) y corpóreo: algo que tiene que ver con la vida.

Anoche, mientras tardaba en dormirme, pensaba, además, en la posible realización de los otros temas que me preocuparon más o menos aquí en París: el cuento de Benvenuto y el de la portera de lo de Camus.

Me sentiría muy satisfecho si pudiera hacer algo en el tono de “El eco” con lo de la portera.

Mañana llega a París, Bergamín⁸. Minye, que se está cuidando de una gripe que le provocó dos días de fiebre, quizá podrá salir ya mañana (hace 4 días que no tiene fiebre) para recibirlo. Pero la temperatura es terrible: ¡llegó hasta 6 y 8 grados bajo cero! (p. 8 – 9)

París 31 dic.

Me levanto más temprano que estos últimos días para poder tomar unos mates antes de que vayamos a buscar a Don Pepe a la estación.

Amanece nevado. En las calles la nieve apenas está hollada, aquí, en Cujas⁹, por las ruedas de algún vehículo. (p. 9)

⁷ Se trata de Laura Escalante (n. en 1906), profesora de literatura, directora en esa época del Club de Teatro. Luego lo sería de la Comedia Nacional.

⁸ Esta estadía de Bergamín en París es a la vuelta de su participación en el Segundo Congreso del Movimiento Mundial de la Paz, efectuado en Varsovia entre el 16 y el 22 de noviembre. Al mismo Congreso acudieron también Julio Suárez (“Peloduro”), Rafael Alberti y Pablo Neruda, quien fue premiado por su poema “Que despierte el leñador”. Bergamín había hecho escala en Venecia y en Roma y desde allí había anunciado a los Díaz su llegada.

⁹ Rue Cujas.

1951

París, enero 3 – 1951

Saldremos ahora para recoger a Don Pepe y hacer gestiones para ver si es posible postergar su pasaje de avión. Luego veremos a Manolo Angels.

Ayer estuvimos en el Rond Point con Ganola y con Álvaro. (“Bergamín se...”, tachado) (p. 10)

París, 9.1.1951

Ayer, visita al Museo Rodin. Decepción. Salvo las obras de siempre: *L'âge d'airain*, *Juan Bautista*, *El hijo pródigo*. Rodin me resultó menos que Rodin. A veces muy barroco, a veces muy romántico, a veces muy literario. Favorable reacción frente a las esculturas que yo me atrevía a llamar impresionistas (retrato de mujeres).

Conversación, luego, con Aveline. Aquí, la alegría de verlo emplear, para su artículo de “Contemporáneos” de febrero, la totalidad de las notas que yo le enviara de nuestro viaje a España¹⁰.

Por la noche, *The land* de Flaherty¹¹: mucho menos de lo que yo esperaba, pero muy útil de todos modos, como aprendizaje (movimientos de cámara, empleo de lentes, etc.).

Hoy, salimos, por tercera vez, para Sèvres, y vamos a escuchar clases de literatura. (p. 10 – 11)

París 11.1.1951

En realidad, ya, 12. Es decir, 30 años... ¡y nada! De todos modos: esta noche conté a los Pereda¹² los cuentos que quisiera hacer:

- 1 Portera de lo de Camus.
- 2 La mujer que se viste para morir y viste a sus hijos.
- 3 La mujer vieja –fantasma– que pide al cura que dé la extremaunción a su hijo y muerte del hijo.
- 4 La narración campesina, salvaje, de Pérez.

Intentos de matar a la madre (sirvienta despedida por vieja con 200 francos ahorrados en tantos años.)

Bajo una vaca brava. Caída.

¹⁰ *Contemporains. Revue mensuelle de critique et de littérature*, apareció en 1950, la dirigió Clara Malraux (ex esposa de André Malraux). Entre sus colaboradores se hallaban V. Wolf, Francis Ponge, Jean Cassou, Jules Supervielle, Jean Cayrol, Jean Duvignaud y Claude Aveline. Salieron cinco números.

¹¹ *The land* (1939 – 1942), film documental de Robert Flaherty.

¹² Fernando Pereda y su mujer, Isabel Gilbert, acompañaron a los Díaz durante algunas semanas de su estadía en París, según lo atestiguan numerosas fotos.

Simulación de locura (El médico indica la estufa).
Quema. Amontonamiento de ramas. Agua bendita.
Parte de defunción. Misa por su alma.
Policía.
La nieta los denuncia.

Creo que debiera hacer tres cuentos cortos –seguramente dos, porque el fantasma no lo sé solucionar– y una narración corta pero ya *nouvelle*, con varios capítulos, para el último tema. (Que es el más importante.) (p. 11 – 12)

París, 18.1.1951

La última estada en París fue de provecho. Visitamos clases en Sèvres y en el Lycée Voltaire; comencé a trabajar “18 rue Séguier”; hice dos visitas a la Unesco para obtener documentación sobre sistemas de becas; asistimos a teatros, etc.

Todo esto se debe, creo, a la distensión del clima de guerra. (p. 12)

Bruxelles 21.1.1951

Otra vez Bruxelles: Ahora con Laura y con Peloduro¹³. El cielo gris de siempre: poca luz, frío no muy intenso (6° o 7°).

Mi mayor interés, en este viaje, es el de conversar con M. Giron sobre la exposición Torres García¹⁴. El posible viaje a Holanda podría enriquecerse aún con una visita al director del museo de Ámsterdam. Pero no tengo material suficiente para repartirlo entre los dos.

Para no perderlo, copia, de una hoja suelta, el plan que se refiere al proyecto de *nouvelle* mencionado en pág 11.

[...] (p. 12 – 13)

París 2.2.1951

El alejamiento casi permanente que mantuve durante estos últimos días de este diario, se debió quizá a la reaparición de una caída de tono muy marcado. Así pasé incluso el viaje al norte que hicimos esta vez con Peloduro y con Laura. Acaso viví recobrándome sólo en Otterlo con Van Gogh. El resto del viaje –excepto Brujas– lo pasé en una especie de sueño que me acerca a la pesadilla.

Al volver a París me propongo firmemente, trabajar. Es mi único modo de encontrar un equilibrio necesario hasta para ver.

Si no me resbalan las impresiones, y el mundo mismo se me desmaterializa, se me evade en una forma de irrealidad.

Y estoy efectivamente mejor.

13 Julio E. Suárez (1909 – 1965), periodista, narrador, dibujante, creador de historietas, más conocido por el nombre de su personaje “Peloduro”.

14 Ver nota 4 de este Cuaderno.

La visita a lo de Neruda, la otra noche, adonde fuimos con Don Pepe, a cenar, me hizo despertar. Me empecé a sentir más yo. No porque haya ocurrido en esa reunión nada especialmente importante, sino porque me dio la impresión de volver a pisar el terreno que me importa¹⁵. Y luego, ayer la conversación con los Pereda sobre Neruda y en lo de Mille Dienech sobre teatro, me volvió a mis viejos cauces.

Lástima que hoy yo creo que no tendré tiempo de quedarme trabajando. Pero de todos modos lo intentaré. Y creo que podré. (p. 14 – 15)

París, 6.2.951

Terminé esta mañana el cuento empezado poco antes de salir para el norte. No está totalmente acabado, pero lo que falta es –además de una revisión de detalles– la curva final, su *apoyo*. Creo que es un buen compañero de “El eco”, pero con menos intensidad: Más *normal*, más flojo.

Mi deseo sería continuar en ese camino pero acentuando más la zona sobrenatural –que en el anterior casi existía y en este ya no existe–.

Es por eso que siento tanta atracción por el tema de la anciana que anuncia la muerte del hijo. Sin embargo no siento ese cuento como madurado en mí, todavía.

Es mi primer trabajo concebido y realizado en Francia. No debo contar los capítulos de novela ni “Presente Perdido”.

Leo estos días, con apasionado interés, el libro de Castex sobre el cuento fantástico en Francia. Tiene mucho interés para mi tesis sobre la magia¹⁶.

Interés grande por el libro de Trintzius sobre La Magia¹⁷.

No es necesario que anote que me siento mucho mejor y capaz. (p. 15 – 16)

París 12.2.951

Lecturas importantes sobre Surrealismo, especialmente el libro de Mamerot: *La poésie moderne et le sacré*. Documentos surrealistas en la publicación de M.

15 Amanda Berenguer ha conservado una visión más detallada del encuentro: “Estamos cenando con Pablo Neruda en su casa de París. Nos llevó Don Pepe Bergamín. Éramos un grupo pequeño, no más del número de las Musas, ni menos que el de las Gracias, como quería Aristóteles. –Hay que llevar pollos asados –dijo Bergamín–, y buen vino. Llevamos Châteauneuf du Pape. Veo un comedor de un apartamento y una mesa grande. Alrededor de ella estamos sentados. Hay poca luz [...] Pablo Neruda tiene un orzuelo grande en un párpado que apenas le deja abrir el ojo. Mientras cenamos habla poco, su imagen me aparece rígida, un medio cuerpo redondeado de ídolo de piedra, apoyado sobre la mesa. La luz ahora se hace más intensa, y cae sobre él. Los bordes de la piedra están gastados, redondeados por la lluvia. La cabeza, la nariz, la forma de la cara, los hombros son de una sola materia (no se distingue el traje, no sé si está desnudo) se me pierden el antebrazo y las manos. No hay más.” (*El monstruo incesante*, pág. 149). Por la correspondencia de ambos con sus familiares se sabe que en esos días conocieron también a Octavio Paz, a Tristan Tzara, a Paul Éluard, a Arturo Serrano Plaia y a un hijo de Valle Inclán. (Carta de José Pedro Díaz a Fernando Díaz, 5 de febrero de 1951 y carta de Amanda Berenguer a Rimmel Berenguer el mismo día).

16 *Le conte fantastique en France de Nodier à Maupassant* (1951), de Pierre Georges Castex.

17 René Trintzius (Rouen, Francia, 1898 – 1953), autor de numerosos libros sobre magia, quiromancia y astrología. No se sabe a cuál se refiere Díaz.

Nadeau¹⁸. Más trabajo sobre el cuento, cuyo primer texto quedó completo, aunque con conciencia de la necesidad de trabajarlo.

Dudas, ahora, ante la realización del segundo. Inseguridad, etc. (La página blanca.) (p. 16)

París, 13.2.1951

Vengo de lo de Corti¹⁹, de donde traigo el libro de Raymond sobre el Surrealismo²⁰ y una antología del Marqués de Sade. ¡Y qué extraño y absurdo me parece hacer eso, y escribir el cuento, y mirar y estudiar mientras en torno, cada vez más lenta pero más seguramente, se va preparando la próxima guerra! (p. 17)

París, 15.2.1951

Lecturas intensas sobre Surrealismo y textos de Sade.

Sade se me aparece como el eje dominante de la línea de la poesía hermética y satánica.

Me parece además muy curioso señalar la existencia de Sade en el mismo momento en que el Romanticismo comienza a insinuarse en Rousseau y en Chateaubriand. Cuando Rousseau se emocionaba ante el lago, en ese momento el marqués escribía *120 días de Sodoma*²¹, y hacía empezar el Romanticismo –secretamente– del mismo modo que había de terminar, más de un siglo después, públicamente, con el Surrealismo: ¿el duque de Blaugis que dice su discurso en los *120 días de Sodoma*, no es el que termina, con apariencia de Jesucristo, las escenas de *L'âge d'or* de Buñuel y Dalí? (p. 17 – 18)

26.2.951.– París

Todos los días pasados abundantes y provechosas lecturas sobre y de surrealismo. Detenido, mientras tanto, el último cuento.

Y, curiosamente, evolución en mi manera de ver nuestro mundo (histórica y políticamente). La conciencia de que vivimos sobre “el promontorio extremo de los siglos”²² que decía Marinetti, me da un extraño panorama. Claro está que la presente sensación de angustia no desaparece, pero se localiza mejor, se ve con más claridad. ¿Qué es lo que veo más claramente? No lo sé muy bien tampoco. Pero siento que estamos en un nudo de la historia.

18 *Histoire du Surréalisme* (1945), de Maurice Nadeau.

19 José Corti, editor y dueño de una librería muy concurrida por Díaz, ubicada en 11, rue de Médicis, París VI. Ambos sostuvieron correspondencia entre 1952 y 1965.

20 *De Baudelaire al Surrealismo* (1933), de Marcel Raymond.

21 Novela atribuida al marqués de Sade, presuntamente realizada durante su prisión en la Bastilla (1785).

22 *Manifiesto del futurismo* (1909), de Filippo Tommaso Marinetti.

La vida de Gide se terminó al borde de esta brecha enorme abierta en la mitad del siglo XX²³. (p. 18)

27.2.951.– París

Entre los nombres que más se me destacan del movimiento surrealista, está el condenado Artaud. Antonin Artaud es el surrealista total: el que lo fue hasta dejar de serlo, como diría don Pepe.

No encuentro dos obras más que por azar. En realidad Artaud está más allá de la literatura, pero ese más allá es justamente el que el surrealismo pretendía para sí.

Dos pendientes creo ver en la evolución de los poetas que pasan profundamente por el surrealismo: luego de cierta experiencia que puede ser muy importante, (por ejemplo, Éluard), unos evolucionan hacia la no poesía, hacia la hipo poesía, y otros hacia la meta poesía, la trans poesía: Péret, Artaud.

En cierto modo quien no juega totalmente su surrealismo, es Breton: él es el crítico, el sacerdote, Artaud el santo, Éluard el hereje. Esta manera religiosa de enfocarlo me parece la más seria (aunque con ella se corre el peligro de aventurar [“demasiado”, tachado] prematuramente, la importancia globalizadora del movimiento). (p. 18 – 19)

19.3.1951.– (París).–

Estos últimos días, y con motivo de la lectura de *Dormir, tal vez soñar* (¿o no es así?)²⁴ de Denis, reconciliación estética con éste. La pieza es directa y buena. En este terreno que está ahora lo puedo seguir con entusiasmo, por ello, sensación de alegría y de comunidad. Deseaba –sobre todo después de la feroz discusión que tuve con él a propósito de su posible representación en España– poder fraternizar con él abiertamente: esta pieza me dio la oportunidad.

Pasado en limpio y corregido “18, rue Séguier”, que es pequeño pero me satisface.

Ayer, visita a un matrimonio francés (M. et Mme Poisson). Conversaciones muy interesantes sobre la poesía nueva. Lecturas en voz alta de H. Michaux (a quien yo no conocía) y a quien veo en la prolongación natural de la línea que estoy estudiando: es la poesía absurda de un mundo absurdo.

Poisson –que es profesor de gimnasia– es mimo, e hizo para nosotros algunas pantomimas que yo juzgo notables. (Filmé unos fragmentos a una de ellas.) Quedamos en realizar un pequeño film con una pantomima concreta.

Estos días, lecturas de Apollinaire, Jarry, etc.

Redacto mi informe sobre el cine en la enseñanza²⁵.

[...] (p. 19 – 21)

23 André Gide murió el 19 de febrero de 1951. José Pedro y Amanda asistieron a su velatorio en la rue Vaneau 1 bis, 6º piso.

24 *Morir tal vez soñar*, de Carlos Denis Molina. Ver Cuaderno IX.

25 Ver Cuaderno VI.

Bruxelles, 29.3.1951

Imagino una historia en la que alguien se zambulla en el pasado y en él muera.

Un lector, mediocre, se entusiasma con el Romanticismo, luego de su pasión asiste, por ejemplo, a la batalla de Hernani. Entonces su nombre aparece en la carátula de un libro publicado por Balzac. Él es antes de aquella época. Y de alguna manera se tiene noticia de su muerte en 1850. (p. 21)

Bruxelles, 31.3.1951

Durante esta semana, lectura de Gautier. *Avatar*, *Jettatura*, *Arria Marcella* y algunos cuentos²⁶. Tengo un interés creciente por los románticos, a los que quisiera llegar a conocer un poco mejor, y entre estos, debo hacer por leer a los románticos alemanes que están en la fuente de esa corriente mágica que me importa especialmente.

Me informo luego sobre los movimientos franceses de Educación Popular sobre los que quiero preparar un informe para la Enseñanza Secundaria²⁷. (p. 21 – 22)

París 18.4.1951

La lectura, anoche, de las páginas de Green que se publicaron en el número “*Souvenir de Gide*” de “*La table ronde*”²⁸, me conmovieron, llevándome a mí mismo, haciéndome desear un trabajo más constante sobre este diario y, no sé porqué, haciéndome sentir como la esperanza más precisa o la posibilidad de trabajar en un relato²⁹.

Esa lectura me produjo un efecto extraño: me introdujo en una conversación de amigos. Así como en Montevideo a veces me hundía en el *Journal* de Gide para encontrarme y salía de su lectura más pleno, más en mí, y con más sentimiento para los movimientos de mi propio espíritu, así me sentí ayer de noche al leer a Green. Es que la figura serena y entera de Gide está en esas páginas de tal manera que se le reconoce: que lo reconocemos quienes somos sus amigos.

Una de las causas que evidentemente me tiene más descentrado y más frecuentemente angustiado en Europa es que quedaron abandonadas las lecturas que me eran más caras y más frecuentes. Casi no hago relecturas: al contrario: suelo leer de prisa, para enterarme, solicitado por temas y autores muy diversos, y sin llegar a sentir casi nunca, en ellos, esa lenta maduración reposada que los hace incorporarse ricamente a nosotros. (p. 22 – 23)

²⁶ *Avatar* (1857) y *Jettatura* (1857), novelas de Théophile Gautier. *Arria Marcella*, *souvenir de Pompéi* (1852), *nouvelle*.

²⁷ Ver Cuaderno VI.

²⁸ “*La table ronde*”, editorial francesa fundada en 1944.

²⁹ El Diario de Julien Green había sido publicado parcialmente en el semanario “*Marcha*” de Montevideo en los N°s. 322 y 323 del 15 y 22 de marzo de 1946.

París, 19.4.1951

La visita, ayer, a la exposición de reproducciones de los mosaicos de Ravena, nos hizo descubrir la maravillosa pureza y riqueza de su color. Yo me había habituado a pensarlos hechos de piedra opaca, con superficie, unida, como los vimos y fotografiamos en Sevilla. Pero aquí se trata de una intensa reverberación de esmaltes, vidrios, trozos de nácar y láminas de oro, de una extraordinaria intensidad y de una delicadeza increíble en la armonización de los colores. Nada habíamos visto hasta ahora en ese género. Si a eso se añade el dibujo, de apariencia tosca –por la realización material– pero en realidad de una sencillez y una gracia encantadoras, se comprenderá el efecto de ese trabajo tan antiguo y tan moderno, con tantas dotes de eternidad. (p. 23 – 24)

París – 22.4.1951

(La primavera parece haberme reconciliado con este diario).

Estuvimos ayer en lo de los Poisson, donde volvimos a ver el trabajo de Robert: el guerrero goloso, el match de box, el tribunal ruso, etc. Y nos hizo una mímica de manos, solamente –a la luz de una bujía– sobre un poema de Desnos –“*Les mains*”³⁰. Mímica surrealista. Hubo lecturas de poemas (L.P. Fargue, Prévent). La poesía francesa moderna, elegida y leída por franceses hace una muy rara impresión. Vivimos evidentemente en mundos poéticos diferentes. Poesía que cuenta, que realiza una anécdota humilde, de las que a veces se sale por una evasión a lo maravilloso e ingenuo del mismo modo que en algunas de las canciones que oímos en *L'échelle de Jacob* o en *L'Écluse* (*Le bon Scaphandrier*, *Le champ du soleil*, etc.)³¹ Frecuentemente un naturalismo con ribetes de humor y a menudo también un erotismo descriptivo. (p. 24 – 25)

París.28.4.1951

Sigue la primavera luminosa de París. El cielo, siempre azul, se blanquea a veces un poco y se hace de un azul lechoso, sensual. A veces, a la tarde, los colores que el polvo de la ciudad y la humedad del río enriquecen de matices, llegan a tener una dulzura abrumadora. Ayer, en lo de los Guillot, el aire se ponía denso y zumbante de insectos, con un efecto tropical.

Mientras tanto, recopiló información sobre el cine pedagógico, leo Jean Genet y lucho conmigo mismo, con el niño caprichoso y a lo mejor un poco tonto, que hay en mí, para medirme en mi deseo de cambiar la cámara que tenemos por otra

30 Posiblemente se trate de “The night of loveless night” de Robert Desnos.

31 Junto al nombre de dos conocidos cabarets de París, se mencionan dos canciones de moda en la época.

16 m/m. La Emel 8 ya me mostró sus límites en el reportaje que hice a Zadkine, y cuya calidad de fotografía es realmente mala³².

La lectura de Genet es del mayor interés (de lo más interesante entre los autores contemporáneos: hay zonas tuyas que me importan más que Green, por ejemplo, cuya *Moira*, acabo de leer). Tomo notas, en el fichero, de algunas observaciones sobre Genet. (p. 25 – 26)

París 29.4.1951

La asistencia a las sesiones de la UNESCO y a los Cine Club, me terminó de convencer en el sentido de cambiar mi cámara 8 m/m por una de 16 m/m. Pienso de todos modos con cierta tristeza de mis entusiasmos. Este entusiasmo fulgurante a propósito del cine, por ejemplo, me hace sospechar que pueda ser una manera de emboscar mi pobre voluntad literaria, que, incapaz de ceñirse sobre una gran novela se entrega a formas laterales más fáciles aparentemente para después –¡quién sabe!– abandonarlas cuando se trata de lo más importante: la creación. Quizá sea como una condena de diletantismo a la que estoy obedeciendo gustosamente. Hay probablemente una forma de debilidad.

Pero lo cierto es, de todos modos, que más vale, en ese caso, ceder, como lo hice con la imprenta. El futuro dirá, en definitiva si es realmente una dispersión temible. En ese caso me puedo deshacer de ella. Veremos. Mientras tanto veo otro mundo, entro en él, lo conozco, y eso ya vale mucho. Lo que de todos modos es muy lamentable, es que mi aprendizaje haya sido un poco largo y con pocos frutos españoles (Hubiera querido poder guardar muchos más recuerdos de España.)³³ (p. 26 – 27)

París, 11.5.1951

Las últimas semanas las utilicé, provechosamente, redactando un informe sobre el empleo del cine en la enseñanza media. El haberlo hecho me dejó satisfecho, más sereno, más tranquilo. Mi ambición secreta sería, ahora, la de irme a cualquier pequeño rincón de la costa para trabajar un poco en Míguez, esa novela parálitica que alternativamente me atrae y me repele, y en la que agrego cada vez, cuatro páginas.

Sin embargo la tentación del viaje a Bretagne y a Londres nos hará vivir en movimiento el próximo mes –antes de la partida para Italia. (p. 27 – 28)

32 Se trata de Ossip Zadkine (1890-1967), escultor ruso entonces residente en París. Díaz tomó dos rollos de films en su taller.

33 Díaz filmó gran parte de su viaje, destacándose la visita a las casas de Antonio Machado y de Romain Rolland, una romería en España, una sesión de mimo en París, Peloduro dibujando, etc.

París 13.5.1951

Otra vez luz de primavera. Empezamos ya a preparar el equipaje para viajar. Primero –esta semana– a Londres y Normandía, y luego de comenzar el mes que viene, al Sur por el circuito románico del Ródano y a Italia.

Espero mucho de estos viajes, sin embargo, es muy difícil estar en ellos con el alma siempre como yo quisiera. Una permanente sensación de frustrado, de *raté*, me persigue y enturbia algunas de mis mejores experiencias.

Me alarma –mejor que me alarma: me desconsuela– verme tan frecuentemente enredado entre diferentes intereses, con la inquietud de no entregarme totalmente a ninguno, de permanecer un poco en el aire, sin sentido. Hay en mí una fuerza de pasión que una *soi-disant* inteligencia frena y controla. Y, de ese control –que me impide lanzarme si no es totalmente, absolutamente– nace una inquietud permanente, un desasosiego, una falta de reposo, de paz, que es desde hace ya mucho tiempo mi estado natural.

Las veces que he podido dominar eso fue cuando, constriñéndome a un interés único, trabajé en una sola dirección. Así, un equilibrio tiende a establecerse. Pero aun en esos casos, la inquietud, la *imperfección* de mis estados espirituales tienden a mantenerse, como si fuera un viejo hábito que se transforma casi en enfermedad, y que son mis posibilidades afirmativas, creadoras, *ensuciando*, entorpeciendo mis desarrollos internos: me cohíben de inquietud íntima.

Y eso me hizo llegar a temer los trabajos en serio. Me puedo concentrar más y trabajar más provechosamente cuando se trata de algo secundario –preparar una conferencia, un informe, etc. Rehúyo lo más importante. Temo, en definitiva, jugarle, porque, en el fondo –y salvo las apariencias que otros me ven– estoy inseguro. (p. 28 – 29)

París, 16.5.1951

Lectura de las primeras páginas de *Odile* de R. Queneau. Similar impresión de desamparo, de desintegración, que la que recibí leyendo J. Genet o Michaux, y zonas de J.P. Sartre.

Frente a los autores surrealistas –que, por otra parte, parecen ser el objeto de la sátira de una parte del libro: su título ¿no es una réplica de *Nadja*³⁴?– en los que había un movimiento de desenfreno afirmativo: creo ver en cambio en estos una actitud más constructiva, más ordenada y más despiadadamente desnuda, más profundamente negativa.

Los personajes viven, se mueven como esterilizados, anulados. Muertos que andan. Mutilados de un pedazo de alma.

Imagino que si Genet o Michaux, sobre todo si Queneau leyeran lo que escribo por sobre mi hombro, no podrían evitar una sonrisa de burla. Pero la impresión

34 *Nadja* (1928), novela de André Breton.

que me domina es esa, la de una ausencia de romanticismo. (Que estaba presente, aparentemente, en la lit. de entre las dos guerras.) (p. 30)

17.5.1951

Escribía ayer que Queneau mantenía una actitud más profundamente negativa que los surrealistas y, al releer esa anotación, advierto que dije lo que no quería ni pensaba.

Quizá las páginas que seguí leyendo de *Odile* me hicieron cambiar de opinión lentamente y sin que yo me diera cuenta. Acaso el sentido mismo del libro es el de ir encontrando una seguridad, una afirmación.

La misma sátira de Breton –que me resulta evidente ahora– proporciona el apoyo para esa afirmación.

La impresión de esterilidad, de mutilación es en definitiva afirmativa si se tiene en cuenta qué es lo estéril: una despedida al mundo absurdo que el mismo Queneau debió vivir un momento.

El estilo, lineal, simple, sabio y con gracia, me gusta.

Recuerdo con frecuencia, cuando leo *Odile*, a James Cain. Quizá por la ausencia de comentarios, por el trazo lineal, escueto, que describe.

Es una enseñanza –la americana– que dejó muchos rasgos en la novela francesa contemporánea. (p. 31)

18.5.1951

Con el ejemplo de algunas publicaciones europeas imagino un tipo de actividad editorial un poco diferente del que casi siempre nos empuja y que, sin desdenar totalmente la idea de una revista, la convierta en otra cosa. Se trataría de publicar una serie de cuadernos (dos o tres por año) de un carácter temporal e intemporal a la vez. Un tema antiguo o un tema moderno concentrarían el interés de *todos* los textos reunidos, y sin que hubiera lugar para la crítica torpe y pasajera. Ejemplo: con ocasión del festival de P. del Este, un número dedicado al cine (historia, testimonios, fotos, reportajes antiguos, ensayos modernos). Otro número se dedicaría al *teatro* de hoy (teoría, piezas, fotos, etc.), otro a la *novela* o a un tipo concreto de novela, etc.

Se me ocurre que sería una labor más constructiva que la que realiza *otra* revista. En realidad con las que tenemos ya alcanza. Los cuadernos podrían tener un nombre determinado pero no tendrían un núcleo de colaboradores determinado. Este último sería variable y amplio. Nada de perder la vida sobre los “*complète revue*” o la revista de revistas.

Cuentos con tema fantástico, o con tema realista o con una dirección dada. Uno sobre el gaucho, otro número versaría sobre el paisaje y su sentimiento, con un alcance en lo posible universal.

Presentación de libro, pero siempre con fotos. Y colaboración bastante abierta. (p. 32 – 33)

París 22.5.1951

Lecturas de Marcel Aymé con interés (sobre todo *La vouivre*, no tanto *La juvent verte*). Lectura ágil, poco profunda, dejándose llevar.

Tentativas de trabajo: Tres o cuatro páginas sobre un tema nuestro: ambiente que conocí a los 18 años, conversaciones literarias, intrigas, etc. Desagradable sensación de chatura al leer lo escrito. Pienso en que acaso vale la pena insistir, continuar hasta que aparezca el profesor de griego que realiza prácticas yoguis, etc. (p. 33 – 34)

París, 23.5.1951

Ayer oímos otra conferencia del ciclo de Américo Castro³⁵ sobre el Barroco, o mejor sobre el siglo XVII. Evidentemente es recién cuando alcanzamos a escucharlo a él que sentimos en la Sorbonne la presencia de un pensamiento universal. Una profundísima cultura humanística, un pensamiento histórico habilísimo, penetrante y guiado por el buen sentido apasionado de un español universal: el planteo del problema barroco es tal que significa ya una nueva y más profunda comprensión a la vez que un deslinde agudo de las nociones histórico–culturales de nación (Francia, España, Italia), del barroco mismo. (p. 34)

París 26.5.1951

Lectura de *Clef de la Poésie*, de Jean Paulhan, con mucho interés aunque con cierta decepción. No porque esperara una *llave* concreta para la poesía, sino imaginaba un trabajo más intensamente profundo –ni menos vago siquiera, o inútil, al fin–.

Las observaciones finales, que me interesan muy especialmente por mi ensayo “Poesía y Magia”, fueron, también de lo más hábil y certero.(p. 35)

París 1.6.1951

La otra noche asistimos a una representación de *Medea* en la Sorbona. La realizaba un grupo de estudiantes: el grupo de teatro Antiguo de la Sorbona.

Ya la representación de *Los Persas* me había dado esa sensación de terrible presencia que esta vez fue más intensa todavía. Y no porque estuviera especialmente bien representada. No. Incluso algunos –como Jasón– estaba absolutamente fuera de su papel. Jasón que ni siquiera era ingenuo, representaba un confidente de una comedia de Molière, y en absoluto un héroe de Eurípides. Pero, de todos modos, el texto podía más que los malos actores, y para mí, Eurípides estuvo delante nuestro casi toda la noche.

³⁵ Américo Castro Quesada (1885 – 1972), filólogo e historiador cultural español.

La impresión dominante de la representación fue similar a la recibida con *Los Persas*: la enorme desnudez trágica.

El trabajo con máscaras, el necesario ritmo pausado y a veces explicativo, la presencia permanente del coro, y el lenguaje hermoso y mesurado aún en lo más trágico, hacen de la tragedia un hermoso esqueleto. Toda posible sensualidad queda evitada por el esfuerzo de esquematismo a que la máscara y la música obligan. La irrealidad de la representación se instala en una zona cerebral, no sensual. La tragedia es la vida que muestra el esqueleto. Es un infierno sin sensualidad: cabeza y muerte.

Hasta las pasiones, cuando aparecen, cobran un carácter definitivo y sobrehumano; no dependen de un encanto de los sentidos sino de una definición del destino.

Me es muy difícil explicarme esto con claridad, pero es evidente que sólo la representación pudo darme la presencia trascendente de la tragedia y su sublimación. Lo que está, está más allá. Ocurre aquí, lo que (en) España con los toros. Lo que ocurre importa más y menos de lo que parece que ocurre. Los ángulos de visión son absolutamente otros que los previstos, y tales que hacen presente el misterio.

Lectura de la *Correspondencia* de Flaubert. (Apasionante.) (p. 35 – 37)

París, 2.6.1951

Otra vez la crisis de terrible descorazonamiento que tan frecuentemente sufro desde que estoy en Europa. Sensación de profundísima fatiga que yo llamaría fatiga moral, porque no puedo referirla al *surmenage* o a ningún esfuerzo particularmente intenso.

Siento que a mi vida le faltó aquel ritmo y regularidad, que son algo que siempre me sirvió de apoyo en Montevideo y me dio confianza.

El desespero es aquí curioso. A veces, hoy por ejemplo, me pone casi en disposición de trabajar: *el arte es largo y además no importa*. Y por ese sentimiento podría acaso ponerme a escribir. Sin embargo tomé este diario. No sé si ahora, al dejarlo, será para trabajar algo o para volver a hundirme en la correspondencia de Flaubert, que me acompaña tanto y tan bien. (p. 37 – 38)

París 4.6.1951

Salimos pasado mañana para el Sur e Italia. Yo tengo estos días, con más frecuencia que otros, unas terribles tristezas que son sin embargo muy irregulares. Hoy al almuerzo la angustia me postraba, literalmente. Vine a tirarme un rato sobre la cama, y ya me siento bien, otra vez el porvenir es soportable. (p. 38)

Vézelay, 7.6.1951

Vézelay, más hermoso todavía que el año pasado, cuando pasamos con Leandro de vuelta hacia París. Los paisajes que se ven desde lo alto son los más hermosos

que hemos visto en Francia. Son valles y colinas verdes, con sembrados y bosques por los que serpentean caminos nuevos. De pronto, en una vuelta de un camino, en la ladera de una colina, un pueblo, cuyos tejados de color oscuro, de un rojo granate, se ordenan en torno a la aguja de una iglesia. Todo es de tal armonía, de tal equilibrio de proporciones que se desea la inmovilidad, la eterna quietud que, de hecho, existe ya en este viejo pueblo que en su estructura debió ser en la edad media y poco más tarde, tal como ahora lo veo, de piedra y teja bajo el cielo azul, entre el verde del paisaje.

Los árboles que crecen tras la basílica, altísimos y frondosos, en los que anidan los cuervos y corretean las ardillas forman un paisaje de estampa romántica alemana. Bajo árboles como esos, sobre un césped así como ese sembrado de pequeñas flores espontáneas, imagino yo aquellas rondas que Nerval describe en *Silvia*. Y bajo esos árboles un camino sembrado de hierbas y flores lleva cuesta abajo hacia el cementerio amplio y humilde, con viejas piedras y rosas nuevas, al que se entra haciendo rechinar una puerta de hierro cerrada con picaporte. (p. 38 – 39)

Avignon, 12.6.1951

Estos últimos días viajamos otra vez por paisajes que sienten ya la cercanía del Mediterráneo. Ya Lyon, contrariamente a lo que yo creía encontrar, fue una ciudad llena de sugestión y de color, con una gracia de dibujo que muy pocas ciudades entre las que vi tenían. Los grandes cuerpos de edificación geométrica, con sus grandes planos animados por pilas de ventanas regulares que se recortan sobre el ocre viejo de exquisita calidad de los muros y se ordenan rítmicamente sobre las laderas de las alturas que bordean los ríos –el Ródano y el Saona– ofrecen un encanto plácido, viejo, nostálgico. La gran ciudad comercial deja crecer libremente la vegetación entre los edificios, y resulta así un movimiento vivo, de sabia y rítmica fusión de la obra del hombre con la tierra que eligió para vivir.

Amalia repetía³⁶, andando por Lyon: es una ciudad sólida y yo pensaba en una burguesía saludable, del tipo de la que se sospecha en el Este, en Strasbourg o en Colmar, pero, naturalmente, adecuada a este otro clima, con algo de Barcelona quizá. El barrio viejo de Lyon tiene sin duda algo del barrio medieval de Barcelona, pero con un carácter acaso más animado.

Es la ciudad francesa que más hubiera gustado a Leandro. Y creo que no la vio. (p. 40 – 41)

Arles, 13.6.1951

Pasamos ayer por Nîmes que, a pesar de todo casi no vimos. La ciudad nos hizo una impresión de tristeza y sequedad que nos abrumó. Visitamos apenas lo más notable y salimos inmediatamente para Arles donde estamos. Advierto que, en comparación con éstas más famosas, eran más hermosas y más características

36 Amalia Nieto.

otras ciudades por las que pasamos acaso demasiado rápidamente: Orange, Vienne, Tournus, etc., y claro está Vaison-la-Romaine.

Espero, sobre la vereda del hotel, sobre esta plaza íntima de Arles, a que Minye, Laura, Amalia vuelvan del Museo Arlaten adonde esta mañana fuimos Minye y yo.

El sur de Francia, que al principio me produjo una intensa alegría, me deja ahora menos satisfecho. No me bastan las ruinas romanas, hermosas, es cierto, pero que no me llegan a penetrar como me penetraba el dulce y hondo paisaje de Vézelay o como, de paso, me encantaron las riberas altas de Lyon. El entusiasmo primero, que me produjo el sur, se debió sobre todo al cambio de clima, a una luminosidad más expansiva que me hacía pensar en España y que se me hacía más sensible justamente por eso, porque yo le transfería desde ya parte del cariño que me merece España. Tengo que hacer esfuerzos para querer esta tierra. Mucho más entusiasmado estaba atravesando Brungique³⁷ y el Dauphiné. Y de Provence el camino: Orange, Vaison-la-Romaine. (p. 41 – 42)

Vence, 17.6.1951

Estos dos últimos días anduvimos alocadamente por el Sur, pasando demasiado rápidamente de un paisaje a otro y todos deslumbrantes: era o la cornisa de piedra roja de Esterel, con el mar de un azul intensísimo, o el paisaje de montaña de Grasse, o las gargantas del Loup, con aquel pueblo inverosímil que parecía un nido de águilas, o el museo Grimaldi, en Antibes, con las cosas de Picasso³⁸ o las cerámicas de Vallauris, en la casa Madone³⁹...

Todo demasiado rápidamente: montañas, mar, pueblos indescritibles, y siempre en un ambiente exuberante y calmo a la vez.

¿Qué se hará todo esto en el recuerdo, donde lo dejo, por ahora, para pasar a otra cosa? Se irá desvaneciendo sin duda, como se desvanecieron ya algunos de los paisajes que vi.

Vamos mirando Europa con demasiada prisa, casi con dolor, pasando siempre demasiado rápidamente, recogiendo miradas fugaces, una ojeada lanzada desde la carretera sobre el abismo del flanco de la montaña, otra sobre una cerca roja de rosas, y un ángulo de un campanario, y la forma total, rítmica y secreta de un viejo pueblo asentado sobre un peñasco. (p. 42 – 43)

37 No se ha podido ubicar este lugar. Puede que esté mal escrito.

38 “En un pueblo de pescadores vimos el Museo de Picasso (castillo Grimaldi) en el pueblo de Antibes, con cosas últimas de Picasso y muchas cerámicas. De ahí subimos al pueblito de Vallauris donde habita Picasso y vimos el taller que hace su cerámica y donde él trabaja. Es trepando hacia el interior, camino de los Alpes. Compramos allí un platito de Picasso y seguimos trepando los Alpes Marítimos hacia Grasse y luego Vence (donde está la capillita que hizo Matisse y que las monjas no nos dejaron ver porque no está todavía consagrada).” Carta a Fernando Díaz, 20. 6. 1951.

39 Madone d’Utelle. Santuario de Nuestra Señora de los Milagros.

Milano 20.6.1951

Italia, que me niega todavía (pero hace dos días, ¡nada más! que cruzamos la frontera) lo que yo espero de ella.

Acaso el paisaje final de Francia, desde Marsella hasta Italia, fue un regalo excesivo, que me obliga a una comparación inútil y disminuye la impresión que nos va haciendo Italia.

Además, es necesario todavía entrar en ella. Su clima, su gente, su aire es muy otra cosa y exige una adecuación que todavía no se produjo. Hasta ahora estoy incómodo. Los primeros paisajes de la costa italiana (¿por qué juzgo un fragmento de paisaje? Sé que eso no importa, pero me determina de todos modos un sentimiento) me produjeron una sensación de desamparo, de tristeza. No sé si por el color, que fue haciéndose más amarillo, en la piedra de las montañas que caen hacia el mar, o si fue el desorden con que se presenta la edificación (¡los pueblos franceses del Sur! ¡los españoles de Castilla, de Galicia!) pero me fui sintiendo más incómodo: lo que me rodea no me es acogedor, como me era Francia, o Madrid, o hasta Holanda. Las destrucciones de manzanas enteras, en ciudades como Milano o Génova, pueden contribuir a esa impresión.

Pero los italianos, en la calle, en la *trattoria*, hablando entre sí o conmigo, me dan una impresión de falta de seriedad y de profundidad. Es cierto que no hablamos todavía con gentes de pequeñas ciudades. Pero por ahora no me importan, los veo vacíos, torpes, charlatanes, livianos, livianos. Llegan fácilmente a la oratoria (como los malos españoles). (p. 43 – 45)

21.6.1951 Milano

Donde estamos postrados por un calor de trópico. Además, estos dos últimos días, –ayer y hoy– los pasé acompañando a Minye, que se siente incómoda, en el cuarto del hotel, pequeño y caluroso, con una de sus paredes al sol. Leí ya *La neige était sale*, de Simenon, que me pareció una buena novela (descontar la influencia norteamericana que me parece sensible). Y comienzo *Les chroniques italiennes* de Stendhal. (p. 45)

22.6.951 Milano

[...]

Habíamos salido a ver la Basílica de Santo Ambrosio. Creo que es el primer edificio importante de carácter italiano (Lombardo) que vimos. Ya se anunciaba, es cierto, en algunos pueblos por los que pasamos, en edificios menores. En Pavía, por ejemplo. El gran triángulo chato y armónico de la fachada, flanqueada por las dos torres cuadradas es ya de un alma diferente: dulce, sencillo, reposado, menos dramático y menos fuerte de lo que habíamos visto, pero muy sereno y claro. Me sorprende, sin embargo, el cambio en el trabajo de los capiteles que son más hieráticos y geométricos que los del arte románico de Francia y de España y del

Gótico primitivo. No me parecen tan ricos, artísticamente, como estos otros. Me parecen más fríos y formales. Más arte decorativo, diría. (Pienso siempre en Sto. Ambrosio.)

En cuanto a mis sospechas sobre el Renacimiento se confirman ampliamente: intolerable la impresión que me produjo la Certosa de Pavía que me resultó de un mal gusto rutilante. Ese estilo renacimiento tiene además, para mí, el inconveniente de presentármeme muy cercano, de un mal gusto contemporáneo, diría yo, y por eso más mal gusto. (p. 46 – 47)

Verona 27.6.951

Anoche, al salir un instante del hotel y descubrir las plazas y los palacios que nos rodean, recibí la primera impresión realmente poderosa de Italia. La *Piazza dei Signori* y sus palacios, el mercado viejo, y todo este centro maravilloso en que se pasa de una plaza a la otra por los arcos que atraviesan un palacio me resulta casi increíble. Me encanta sobre todo el juego de equilibradas proporciones, pero, casi como eso, el color del ladrillo y de la piedra que me hace pensar, a veces, en España, en el color de algunos muros de la Alhambra, por ejemplo. Y algo de español hay también por las calles, en las que los balcones, de rico dibujo de hierro, están a menudo cargados de flores aún los de las casas más humildes.

Sin embargo el día quitó mucho del misterio de la vieja ciudad, donde, anoche, era mucho más verosímil que hoy el pasaje fugaz y señorial de la sombra de Dante.

La historia destruyó aquí mucho más sensiblemente que en España un tono de vida. Minye me decía anoche mismo que mucha de esta hermosura le parecía decoración, le parecía despegada de la vida que la habita. Y algo de eso se siente sin duda.

Lo español, más destruido y más vivo a la vez, mantuvo una adherencia más constante a la vida. Así como en Sevilla se ve al pícaro vivir en la plaza de San Fernando o en las calles cercanas a la casa de Bécquer, o en Triana, así resulta inversamente difícil imaginar aquí siquiera el porte de los señores que habitaban los palacios de la *Piazza dei Signori*.

Por momentos siento la impresión de un museo casual y eventualmente habitado. Los buenos italianos de hoy dejaron en su pasado a Verona y, en el presente, crean la Trienal de Milán y andan atropellada y ruidosamente en motoneta viviendo una vida que se alejó ya mucho de aquel brillante renacimiento. El embrujo de España no significa forzosamente una excelencia, pero es para mí algo más importante que la flexible vitalidad italiana. Allá no recojo, quizá, o sin duda, tanta impresión de arte, pero me ligo de manera telúrica al mundo y al destino. Esta es tierra más fina y más superficial –más artística también– allá el hombre está más acá pero también más allá del arte. Ni don Quijote ni Unamuno son hombres de Arte sino de muerte –que es decir vida. Una frase cara a Bergamín me explica

mejor: allá se es artista hasta dejar de serlo. Aquí se es un maravilloso artista, un arquitecto. (p. 47 – 49)

Verona, 28.6.1951

Verona: la *Piazza dei Signori*, donde la estatua de Dante es una evocación viva, y hace sentir la antigua sombra del poeta junto a los muros rojizos; Castelvecchio, con la grandiosa presencia tumultuosa y hosca del río, el “Adige”, y sus almenas severas, erizadas contra un cielo de nubes movidas, tumultuosas, de bordes brillantes, y con la estatua ecuestre del amigo del poeta, Cangrande della Scala. Verona. Hoy, hace un momento, subimos a la casa de la familia de Julieta, de los Capuleto, y desde las habitaciones altas se distinguía el paisaje de la ciudad, con sus torres, los muros almenados de los castillos, y, a lo lejos, las murallas. El joven veronés que nos acompañaba nos indicó hasta dónde llegaban los jardines de los Capuleto. En torno a las ventanas, girando en grupos, acompañándose o cruzándose como alegres flechas negras, pasaban centenares de golondrinas, las mismas que oigo chillar ahora desde el hotel, con el mismo chillido alegre jugueteo y joven.

Ayer y hoy hubiera querido tomar notas sobre el paisaje del Lago de Garda. No porque sea más hermoso –¡cómo podía serlo!– que el de Como. Ni porque se señale en él nada muy especial, como no sea que, luego de franquear casi toda la costa occidental, y desde que llegamos a Riva, empezó a aparecérseme como una forma vital mía, propia, o por lo menos ordenada si no a mí a “mis fantasmas”, de modo que mientras andábamos por Riva, o mientras conversaba dos palabras con la lugareña que me servía otro café, empecé a sentir la vida solitaria de un joven, acaso italiano, que fue allí a descansar supongo y que empezó a sentir el terrible influjo del paisaje que yo veía entonces con un ángulo particular de profunda desolación y tristeza. Así, a medida que, luego, comenzamos a descender hacia Verona por la otra ribera del lago –en rigor hacia Garda primero y luego hacia Lazise– todos los detalles del paisaje venían a fundirse con la desesperanza de mi joven personaje. Quisiera poder contar eso.

Las montañas que se escalonan en profundidad al través de la niebla.

Llanura y quietud sombría del lago en la que se dibujan, desamparadas, las siluetas de los pescadores casi perdidos en el gris.

El cura por el camino con un paraguas y los zapatos polvorientos.

La torre cuadrada.

Los cipreses y los laureles rosas y blancos.

Las nubes como cielos de una anunciación veneciana.

La pared de roca, junto al hotel, y su altura desnuda y desasida.

El muelle tranquilo con el nivel del lago casi a la altura del piso. Los palos de amarre pintados de colores vivos: más tristes por discordantes.

Los túneles de la ribera occidental. (También en la oriental.)

Las largas redes de los pescadores en forma de cono afinado.

Las canastas sobre la espalda (sobre todo en Como).

Alemanes en el pueblo.

Paisaje de nubes frecuentes. Se ve andar la lluvia sobre el lago, casi humanamente.

La madre en Génova o en un pueblo cercano; la casa que todos querían, la gran casa como una colmena.

Él había estado antes, hacía años, en Como. (p. 49 – 52)

Venezia, 30.6.1951

La primera impresión de Venecia, y, sobre todo, la que nos ofreció ayer, al anochecer, la *Piazza* de San Marcos, creo que será inolvidable.

Veníamos de Verona; nos habíamos detenido en Pádova, donde nos detuvimos a ver los frescos del Giotto que pudimos ver apenas –la capilla estaba cerrada, había muy mala luz y, por último, yo estaba muy cansado ya. Pero cuando fuimos a la Basílica de San Antonio, nos encontramos allí con una sorpresa importante. Me molestó mucho, al principio, la visita a la basílica. Había un ambiente de estúpida peregrinación, y el recinto mismo, desbordante de un lujo de mal gusto, que ostentaba riqueza, me enfurecía: también me irritaba el espectáculo de los exvotos que colgaban en multitud junto a la tumba del Santo. Pero enfrente, en la tercera capilla de la derecha, y detrás de un altar que parecía edificado justamente para impedir que se pueda contemplar bien, había un fresco que fue para mí maravilloso, y que me emocionó más que los que acababa de ver, de Giotto. Pero la sorpresa vino después. Cuando salimos a la plaza vimos, a la izquierda, dos pequeñas iglesias –o que me lo parecieron– separadas por un edificio humilde y más moderno: era la escuela del Santo y se visitaba porque había pinturas. Cuando subimos nos encontramos, a la derecha, con un enorme fresco del Tiziano que es una de las obras tuyas que más me gustó. Representa el milagro del niño que habla para probar la inocencia de su madre. El centro luminoso del cuadro, es una figura de hombre vestida de claro, un poco a la izquierda, con manchas amarillas; y en el centro la mujer, habitando un ámbito dorado que se desprende de la izquierda para inundar en una onda decreciente todo el cuadro, que tiene al niño sostenido en sus dos brazos estirados. Había aún otros dos Tiziano allí, que no me importaron tanto, y una obra de otro pintor, desconocido para mí, pero que Amalia conocía, que, figurando al lado del que más me importaba me gustaba también mucho, pero más acaso por su composición que por sus color, que era más muerto, más gris, menos gloriosamente dorado que el de Tiziano. (p. 53 – 55)

Venezia, 3.7.1951

Venecia se me hace todavía caótica. El ritmo apresurado al que la visitamos, caminando todo el día por calles estrechas, sotopórticos y puentes, me hace tener de ella una visión vertiginosa que se encalma y se hace solemne solo cuando pien-

so en la plaza de San Marcos, en la fachada maravillosa del palacio de los Dogos o en aquellas horas idílicas que pasamos en Torcello.

La recomendación que Leandro nos hizo de no dejar de ir a Torcello era justísima. Ya la travesía de la laguna, con su paisaje monótono y desolado, de una mágica atracción de muerte, hubiera valido la pena. Pero al fin nos esperaba Torcello.

Torcello es un pueblo medieval, en una isla cruzada ella misma de canales. El *vaporetto* nos dejó en una costa baja –como todas– y verde, sin arreglo, junto a la entrada de un canal. Un gondolero nos decía: “*la góndola fino al albergo, signorri*”. Pero queríamos ir a pie. Junto al canal seguía un sendero y por él anduvimos. El canal se detenía al fin en la plaza. Estábamos en el centro del pueblo. Allí, un puente, una fuente, y la imponente y seria presencia de las iglesias. El pueblo entero era eso: las dos iglesias, una casa comunal –ahora museo– un hotel y cinco o seis casas más. Era el atardecer. El único ruido lo hacían algunos coros de niños, que jugaban en la plaza, y el chirrido de las golondrinas que iniciaban la danza de la tarde.

Cuando subimos al *campanile* –luego de ver el mosaico de la iglesia que era maravilloso de color y de composición– veíamos, desde allá arriba todo el pueblo a los pies, la isla surcando de las eses de los canales perdiéndose en pantanos que se diluían en la laguna, y, más allá Burano, con su hermosa estampa de pueblo antiguo, apeñuscado sobre la poca tierra de la isla y rodeando un elegante *campanile* rojo. Y la extensión desolada de la laguna en torno. Ni el rumor del viento se oía. Apenas alguna golondrina. (p. 55 – 57)

Bologna 7.7.1951

Desde hace dos días estamos en Bologna, cuyas torres, cuyas calles con pórticos y cuyo color naranja me gustan... pero, todavía no encontré un profundo encanto en Italia. Italia es hermosa, algunas de las ciudades que ya vimos son hermosísimas (Verona, Venezia, Bologna), pero me siento todavía y creo ya que no dejaré de sentirme, en una tierra que me ofrece un hermoso espectáculo, pero un espectáculo que está aquí como podría estar más allá, en otro lado, con otra gente. No es una hermosura fatal, diría yo, no es una hermosura entrañada.

Lo que a mí más me importa suele ser algo más y algo menos a la vez, que la presencia de hermosos edificios. Es ciertamente hermosa, muy hermosa Bologna: me gusta su color, sus calles torcidas que dejan siempre una larga perspectiva de arcos color ocre o ladrillo; me importaron mucho las excelentes colecciones de vasos griegos de los museos de Ferrara y de Bologna.... Pero algo le falta a esta Italia a la que yo vine creyendo que venía a quererla y que, hasta ahora, no me deja. Hasta la pintura se me presenta con una abundancia estruendosa no siempre exenta de mal gusto en la abigarrada profusión de algunos museos. Aunque debo a Venezia la presencia imponente de Tintoretto, ¿no me bastaba a mí, para mí mismo, aquel maravilloso ángel que había visto en Amsterdam y al que las obras posteriores me agregaron, es cierto, complejidad, pero no finura, no poesía?

¡Cuánto preferiría estar ahora andando por una desolada carretera de Castilla!
¡Por un olivar de Andalucía!

Italia –diría Lorca– es un país que no tiene duende. ¡Cuánto más duende en una extensión solitaria de Rocha, en un paisaje de Provence!

Aquel invento franco –anglo– sajón del Romanticismo, qué mal se comprende desde aquí. No vivieron –y no pudieron vivir– aquí, aquellos hombres que yo más quiero en cultura. Y eso lo siento mientras viajo con una evidencia de cada minuto.

Otra cosa más se me hace sensible en la inevitable comparación que hago con España. Lo que de España más me importa está siempre ligado al pueblo: o el pueblo participa de ello y lo vive, o lo inventó, desde los patios cordobeses hasta las corridas de toros. Y cada vez que pienso en un español pienso en un señor. Aquí, lo que veo, lo que puedo admirar, es obra de una aristocracia que me es lejana, con la que no simpatizo, y que, en definitiva no me importa porque no dejó una herencia viva en el italiano de hoy. En cambio, allá, yo sentía siempre al lado la herencia de lo mejor, herencia inconsciente y analfabeta, pero profunda de los españoles.

Espero sin embargo que otra cosa se me abra al Sur. Allá, más abajo de Nápoles, acaso en Marina di Camerota, ¿no encontraré un equivalente italiano del hombre de pueblo español? Eso es lo que espero. (p. 57 – 59)

Firenze, 12.7.1951

Firenze, contra lo que esperaba, no fue la ciudad de carácter, de ambiente, que me habían hecho sospechar los palacios de Verona o los arcos de Bologna. La siento sin carácter, abigarrada. (p. 60)

San Gimignano.26.7.1951

Salimos ayer de Florencia, donde nos retuvo más tiempo que el que pensábamos quedarnos, más que Florencia misma, un ántrax que se me formó en mi mano derecha y que al final hubo que cortar. En Florencia nos sentimos siempre mal. No llegué a entrar en ellos, en su espíritu. No estoy seguro, por otra parte, de que tenga, ahora, mucho espíritu secreto. La hallo contaminada por un ritmo de vida que no le corresponde, ajena a sí misma, sin el profundo encanto que tantas otras ciudades nos hicieron sentir.

Los espléndidos paseos de sus alrededores y las casas ocre que bordean el Arno, vistas desde el Ponte Vecchio, son para mí todavía tan extrañas en Florencia mismo como el tesoro que hay encerrado en sus galerías o en sus iglesias. Un profundo desacuerdo reina entre aquella y este.

No sé si es exagerada mi impresión, pero es, por lo menos, muy nítida. Creo sentir, entre la vieja Florencia que imagino agrupada bajo la torre señorial del Palazzo Vecchio y la actual, una distancia similar a la que hay entre los maravillo-

sos primitivos toscanos –la virgen de la *Galleria degli Uffizi*– y los continuadores de Miguel Ángel. Tanto en uno como en otro caso, la misma voluntad empecinada y monstruosa de hurtarse a lo fundamental para darse en cambio a la superficie fácil y ruidosa, complicada vanamente en una persecución implacable de la propia destrucción, destrucción de la que tanto en un caso como en el otro hay de más profundo, de más secreto, de más religiosamente íntegro.

En cambio, ahora, una paz profunda y milagrosa nos inunda. Desde la terraza en la que escribo veo, abajo las tejas rojizas, doradas y verdosas, de los techos bajos de la ciudad, a la derecha las torres y a la izquierda el maravilloso paisaje de colores y valles verdes, calmos, señalados por finas hileras de cipreses y por manchas claras de casas campesinas.

San Gimignano hace su vida aldeana con un ritmo sano que la tradición y la topografía le impusieron. Sus torres tienen todavía el mismo ritmo que hace andar a los sabios bueyes blancos llevando los botellones forrados de paja del vino Chianti. (En hojas sueltas intercaladas)

Siena – 28.7.1951

Siena es acaso la ciudad que más me gustó hasta ahora en Italia. Es la ciudad medieval de callejuelas estrechas, torcidas, empinadas; de palacios y alrededores ricos y plásticos.

Ayer fuimos a visitar a los Vivanto, los dueños de la Solaia, en Malafrasca, a cinco kilómetros de una de las puertas, por una ruta ondulante y polvorienta desde la que se veían las ondulaciones de las colinas ricas en viñas y sendadas por filas solemnes de cipreses.

La Solaia era una casona del siglo XVI, ampliada en el XIX con dos terrazas imperio, de columnatas griegas. Está en una altura a la que se sube desde el camino por una avenida empinada bordeada de boj y con la piedra tan suelta que las ruedas del auto giraban haciendo caer piedras –canto rodado, hacia los lados.

El Sr. Vivanto es filósofo. Su mujer, que es quien lleva la casa, pinta. Uno de los hijos es médico, el otro, hundido en el saloncito que está junto a la biblioteca, estudia griego.

Mientras volvíamos al jardín, donde habíamos tomado un vino, hacia la casa, que la Sra. nos lleva a mostrar, oímos música. Al entrar en el Salón la música se precisó: era un clavicordio que tocaba –en la sala de música– un norteamericano. Visitamos la casa. Gruesos muros viejos, aljibe rodeado de laureles rosas en el centro, hundida bodega en la que reposaba una docena de grandes barriles...⁴⁰

40 En el artículo “El cincuentenario de Lauro de Bosis. Otro vuelo de Ícaro”, publicado en “El Correo de los viernes” el 24 de abril de 1981, Díaz cuenta cómo, estando en París, Claude Aveline se ofreció de intermediario para conocer al que, en su vida real, había sido modelo de Jaime Thibault, uno de los héroes de la saga de Roger Martin du Gard. Fue así como luego José Pedro y Amanda llegaron a la Solaia. Sin duda, apoyándose en este Diario, escribió Díaz en su artículo: “Nunca olvidaré la dirección que llevaba conmigo, y aún me gusta recordar el sonido de las palabras italianas que la indicaban: La Solaia, Malafrasca, Siena. Recuerdo el camino bordeado de árboles que trepa una pendiente pedregosa: recuerdo la casa en lo alto

Arriba –una silueta encogida junto a una ventana– la abuela. Lee incesantemente. La Sra. V. no hace ya sus paseos al río para cuidarla, porque, parálitica de ambas piernas, cree siempre que puede caminar, se levanta y cae. Nos la presentó. A su lado, una pila de libros en inglés en una edición popular: filosofía yogui.

El hijo que nos abrió la puerta –y que no volvió a aparecer más– daba la impresión de ser tarado. (Un año de prisión en Canadá: *Si, i l'a fatto male*, nos explicaba la madre al contarnos.)

Allí la vida se desliza sin que la mida el tiempo. Al fondo, apenas sobre las viñas, se ven, hacia Florencia las colinas de Chianti. Al Sur después de las colinas del horizonte, me explican, está la llanura de Roma.

La señora decoró algunas habitaciones. En una aparece el mar, con galeras, como en un fresco primitivo, y una torre en un cabo, que fue de sus antepasados y aún es de ellos.

El Renacimiento: la Edad Media, están cerca, aquí, en Siena. El [¿?] señorial y estudioso de la Solaia, las banderas de los *Contrade*⁴¹ los domingos... (p. 60 – 62)

Assisi, 2.8.1951

Es hacia el Sur de Florencia que voy encontrando a Italia (a lo que yo creía que era Italia).

Esta mañana sentimos dos cosas importantes: conversamos con una clarisa en la Iglesia de Sta. Clara, que nos explicó con una dulzura infinita realmente el valor de las reliquias que allí se guardan (luego nos sorprendería en la cripta el cuerpo conservado de la Santa) y conversamos en el Duomo con una mujer del pueblo que, con un lenguaje sencillísimo, pero jugoso de estilo popular, nos contó diversos episodios de la vida de S. Francisco y sacó como consecuencia normas de vida, etc. Fue emocionante. Era algo de la manera simple y maravillosa de narrar de tío Domingo: una manera de cultura analfabeta, a la española, que conmovía por la enorme raigambre de cada simple palabra, y por la pavorosa simplicidad de aquella filosofía. (p. 63)

de la pequeña colina; la hilera de puertas y ventanas con celosías en las que golpeé con el puño y el recibimiento tan natural y cordial de la dueña de casa que nos abrió la puerta con las manos ocupadas con un pincel y una paleta –estaba pintando una figura en un muro. Era una tarde calurosa de verano. Las celosías nos protegían del rigor de la tarde. En otra habitación que no vimos sonaba un clavicordio. Recordamos amigos y hubo algunas alusiones a su hermano, porque ella era la hermana del joven por quien habíamos ido hasta allí y aquella había sido la casa de sus padres. Ahora ella vivía allí con su familia: su esposo, que enseñaba filosofía, y sus hijos que estudiaban. A ella le gustaba contar y contaba con alegría; también preguntaba. Al caer la tarde quiso que tomáramos un vaso de vino en la terraza, y estuvimos un rato allí. La terraza estaba bordeada por un parapeto de piedra rojiza sobre el que dejábamos los vasos de vino mientras conversábamos. Lejos delante de nosotros se veían las colinas con cipreses y viñedos: Aquellas son las colinas del Chianti, nos dijo. También era amiga de Martin du Gard, y hablamos de su novela...”

41 Distritos

Roma, 5.8.1951

Después de Assisi, Orvieto, trepado sobre una colina, un “cerro chato”, de marrón claro, de bordes recortados y a pico, y el vino blanco, y las calles casi aldeanas –el talabartero, las mujeres con un cántaro, los burros que bajan la cuesta, el “*provolone*”– y el duomo, señorial y lujoso en la plaza enorme de pavimento empedrado sobre el cual crece el pasto, y donde las mujeres tejen, los niños juegan y los hombres conversan en la tarde con un zumbido como de alegre enjambre rumoroso.

Y luego la tumba etrusca cuidada por la familia de *contadini* (parvas, gallinas, ovejas encerradas, y las vacas en la gran pieza baja de la casa, sobre la paja dorada y junto al ternero de 10 días).

Por el camino: Viterbo: zona de pequeña ciudad medieval, de rica piedra labrada, arcos y escaleras por los que trepan niños sucios y gallinas cacareando. Piso de grandes losas y parras y olor a vino. Discusiones callejeras que suenan como discusiones familiares y al fin Roma Señorial, abierta, levantando las copas verdes de los árboles por detrás de los muros de las “Villas”, y las ruinas ilustres entre calles amplias y nuevas, vejez de lucida matrona culta de breves maneras y gargantilla ceñida, y frescura de raza fuerte y hermosa. Roma queriendo ser fresca bajo el cielo candoroso de agosto. (p. 64 – 65)

Marina di Camerota, 18.8.1951 (Domingo)⁴²

¡Marina di Camerota! ¡Qué extraño, qué diferente y qué familiar sin embargo!

Ahora las campanas llaman a misa. El cielo, azul, brilla ya fuerte. Son las 6 ½ de la mañana. Los gallos dejaron de cantar, los niños todavía lloran. Algunas mujeres pasan por la plaza volviendo de la fuente con el cántaro sobre la cabeza⁴³. (p. 65)

42 “Es necesario decir que Camerota queda detrás de las montañas que aparecen al sur de Paestum y que el camino que lleva a ella es el peor camino de montaña que hicimos en toda Europa. El coche trabajó y gastó gomas como por 6 meses de vida normal. Tuvimos que viajar durante mucho tiempo a 30 y hasta a 25 kilómetros por hora (en Francia solíamos andar a 85 – 95 como media). Las montañas son allí hermosísimas, y los desfiladeros de piedra, y las laderas de grandísimos olivos altos y frondosos como plátanos (tres veces los de los olivares de Andalucía) con cabras que a veces disparan haciendo sonar los cencerros y trepando por las empinadísimas laderas. Al fondo, junto al camino, pero 200 metros más abajo, corre el cauce casi seco de los ríos. El camino no tenía paredón, y, a veces, se encontraban trechos de muchos kilómetros (10 – 15) en que no se encontraban 15 metros rectos. Las vueltas son numerosísimas [...] Al fin Camerota y luego Marina di Camerota, junto al mar. [...] La aldea es hermosa y está ubicada en un lugar de la costa de una belleza extraordinaria. El mar es de una transparencia increíble. Las barcas junto a las rocas dejan ver la sombra que hacen en el fondo del mar. Los farallones que rodean la ensenada muestran las aberturas de las grutas. ¡Qué sol! ¡Qué mar! ¡Qué piedras! Al otro lado esta ensenada es una playa de arena. Entre las dos ensenadas, una de rocas y una pequeña playa donde están las barcas de pesca, y otra, de arena, donde se bañan, está el pueblo.” Carta a Fernando Díaz, 19. 8. 1951.

43 A esta entrada del Diario se alude en la novela *Los fuegos de San Telmo* (episodio 24, “El padre de Vicente”): “Busqué mi libreta en la valija y me senté con la estilográfica en la mano y la libreta en las rodillas. Pero ¿qué podía anotar? Creo que lo único que me importaba era indicar una línea escribiendo: Marina

Roma. 28.8.1951

Nada anoté desde que salimos de Roma sino esas tontas líneas de Marina di C.

Sin embargo, este fue el momento más rico quizá del viaje entero. Nápoles, el Museo Nacional, y Pompeya, fueron la más intensa revelación de la antigüedad. La pintura pompeyana: *La villa dei misteri*, la pintura que se encuentra en las salas altas del Museo de Nápoles, y los mosaicos, nos dieron una dimensión nueva para sentir la cultura antigua. Mi imagen de aquella cultura no tenía color, era luminosa y blanca como el mismo Homero. Esa pintura y los pocos fragmentos de la primera de las salas altas, donde están los caballeros y las guardas de danzarinas en Paestum, me dieron la impresión de abrirme una dimensión nueva, de darle profundidad a la cultura blanca y luminosa de los griegos.

El espectáculo de esa ciudad muerta para nosotros, para que nosotros penetremos en la vida cotidiana del siglo I, es, además, profundamente dramático. Su visita la completé con lecturas de G. Baissier y de Carcopino –así como ahora, en Roma leo Stendhal.

Todo eso merecía que me ocupara de recoger aquí algunas impresiones que el tiempo me va a hacer perder rápidamente. Tanto más cuanto de esas pinturas no pude siquiera tomar fotografías. (Los italianos no fabrican films rápidos y las pinturas están, naturalmente en interiores y protegidas de la luz.)

Pude tomar vistas, en cambio, de Paestum, donde estuvimos un día, durmiendo en un hotel que, inverosímilmente, está ubicado en el interior del recinto de la ciudad griega y que tiene algunos de sus muros apoyados sobre los gruesos bloques de las antiguas murallas griegas.

Y fue en Nápoles (por su museo, por Pompeya y por Herculano) y en Paestum, que encontré lo más importante de Italia. ¡Cuánto más importa un templo de Paestum que toda la arquitectura del Renacimiento italiano!

La sencillez grandiosa de aquella piedra rosada de Paestum se engrandecía aún en la reposada soledad que habitan las lagartijas, en la luz transparente del Tirreno y las anchas copas gráciles de los pinos entre las ruinas. En Italia, pero aisladas de Italia, esas ruinas son una isla de un tiempo puro en medio del agitado ritmo italiano de hoy: son una isla de tiempo griego.

Al poniente la piedra rosada de los templos se encendía de un color dorado de sosegado fuego y resplandecían moderadamente en medio de la luz increíble del mar. (p. 65 – 68)

Roma 1.9.1951

En Roma me esperaba una de las hondas revelaciones del viaje: la visita que hicimos al Museo Nacional Romano (de las termas) nos puso frente a dos o tres

di Camerota, y la fecha. [...] Anoté que era de mañana. Que desde la ventana veía la plaza del pueblo; que a veces, en medio de la brisa, venía el olor repugnante que desbordaba de los cántaros.” (1ª edic. pág. 125)

esculturas griegas que figuran entre las que más me conmovieron nunca: la deliciosa Venus de Cimeu, el altar de Afrodita, la cabeza de Erimnia, pero, sobre todo el Apolo del Tíber.

Últimamente me complacía en seguir, al través de las esculturas romanas, y de las griegas que de cuando en cuando se encuentran, los signos del arte simple, puro, aparentemente sereno pero profundamente turbador, de la mejor época griega. Y allí, en las termas, nos esperaba el Apolo, que vino a centrar, para mí, el problema entero de la cultura griega.

Así como una visita al Panteón tiene la virtud de poner en juicio a San Pedro y al Renacimiento entero, y así como una lenta comparación de los sarcófagos de las termas hacen sensible, al través de la creciente “rudeza” formal que va dominando sobre la equilibrada “perfección” romana, el tono de un nuevo y más profundo arte: el románico; así, de una manera casi palpable, el cuerpo sobrio del Apolo, su admirable cabeza inclinada con un secreto dolor, su cabello cayendo en ordenados rizos sobre el cuello, se aparece como el Dios más profundo de la antigüedad, poseedor de un secreto que los romanos durante toda su historia y que aún los griegos luego del siglo IV, ignoraron.

Es una forma de desnudez equilibrada, sin “expresión” (en el sentido renacentista o de Miguel Ángel) pero infinitamente más honda y poderosa: única forma sensible detrás de la cual puedo sentir vivas y representadas por él las maneras de vida de Grecia. La única estatua griega que oyó cantar a Homero y a Sófocles y casi a Esquilo. El único Apolo que puede figurar un héroe de tragedia. El único que deja percibir el pesimismo de que hablaba Nietzsche, pero que, él, es resplandeciente.

En toda la escultura posterior que yo haya visto, solo un hombre aspiró a tanto y entró, por momentos, en el clima por él determinado: es Donatello, tal como se lo descubre en el Palazzo Bargello. (p. 68 – 70)

Roma 3.9.1951

Si hay algo que aquí en Roma y en el viaje italiano se impone con claridad es el impulso negativo –empobrecedor primero de Roma, y negativo después del Renacimiento. Dos modalidades profundas de vida espiritual quedan en pie para siempre: Grecia (antes del III) y el Románico –con Bizancio–.

Después y antes, Roma y el Renacimiento, dos interregnos, dos vacíos de lo profundo.

El segundo, sobre todo, una carrera hacia la propia destrucción; el hombre endemoniado, poseído y suicida, cuyo ejemplo cumbre y genial es Miguel Ángel. ¡Qué empeño de autodestrucción! ¡Qué desesperado huir de lo profundo permanente para dar en lo fugitivo, en la pasión desorbitada, en el delirante espasmo de los sentidos! Y en medio de ese paroxismo dos o tres o más nombres luminosos y equilibrados, austeros: Piero Della Francesca, Botticelli (¡en qué equilibrio!), Donatello, y a veces (en la Cantoria, por ejemplo) Luca della Robbia. (p. 70 – 71)

Milano 9.9.1951

Milano, otra vez, donde quedamos detenidos por el malestar de Minye. Mientras tanto pienso en la posibilidad de un pequeño librito que se llamaría “Falso diario de viaje” o “Diario de viaje apócrifo” y en el que, apoyándome en algunas notas que al pasar fui anotando, diría algunas cosas sobre las experiencias fundamentales de este viaje desde el doble punto de vista humano y artístico (arte como cultura y como cosmovisión). Aparecerían así algunos puntos problemáticos de la cultura que, por lo menos en Montevideo, serán útiles.

Imposible decir de otra manera (como ensayo, vgr.) lo que quiero. No soy especialista. Pero me parece que soy, por lo menos, un hombre con la cabeza bien puesta, que puede opinar, sobre su propia experiencia. Y esta experiencia la he decantado, la discutí y la conversé con muchas personas de muy diferente índole (Leandro, Amalia, los Pereda, Pérez, Benvenuto, Sergio, etc. etc.). (p. 71 – 72)

Milano 10.9.1951

Ayer tuvimos que quedarnos en Milano y pasamos el día leyendo, en un entusiasmo creciente, fragmentos de las memorias de Casanova.

No salgo de mi sorpresa al leerlo y tratar de recordar, empeñosamente un historiador de la literatura que lo mencione. Pasa como con Sade, con Nerval, etc.... Los ignorados. Pero en Casanova encuentro, además, un finísimo novelista. Un novelista muy suelto y espontáneo pero con una sorprendente finura psicológica. Veo en él el novelista del amor sensual. En este sentido no tiene nada que ver con un Sade. Minye me decía que se podía comparar a Tolstoi, si se compara Sade a Dostoievski. Es el amor sensual equilibrado, sano. De él se puede derivar una filosofía que dista tanto de la de Sade como Tolstoi dista de Dostoievski o como Calderón dista de Lope (en sus aspectos extremos).

Parece ser, además, un hijo involuntario de la picaresca, una picaresca refinada y pulida, luminosa y más feliz. Y no en vano corre por Casanova sangre española.

Como lo leo en italiano no sé hasta qué punto es valioso como escritor. No es descriptivo, es cierto, pero cuando toca un tema, los personajes al través del diálogo, en una astuta tentación de seducción, es extraordinario, y Sade junto a él es pálido. (Pienso en Eugénie de Franval, por ejemplo.) (p. 72 – 74)

París 20.9.1951

París, otra vez su luz, su ambiente familiar, su clima gris y dorado.

Lecturas de algunos estudios sobre magia y Surrealismo y de Choderlos de Laclos (*Les liaisons dangereuses*) con un interés insospechado.

Decididamente, este final del siglo XVIII debe ser estudiado con mayor cuidado. Su riqueza desde el punto de vista novelístico es grande, sobre todo si no se

pierde de vista el conjunto que integra o hacia el que se dirige. Laclos, Casanova, Sade.

Es cierto que en Sade actuaron influencias extranjeras, especialmente la novela negra inglesa, pero para que esa asimilación fuera posible la labor de descomposición de Laclos y de Casanova pudieron ser necesarias. Sería absurda una comparación estrecha entre estos autores, pero cierta aproximación me parece legítima. El diabolismo voluntario del Vizconde de Valmont o de la marquesa de Merteuil⁴⁴ tiene algo de la inocencia sensual de Casanova, pero una y otra tienen sin embargo, a veces, como una (tachado) premonición de la actitud de Sade, ya sea por la exaltación del goce puro, ya sea por la frialdad de la conducta que lo procura (en el caso de Laclos) o por inesperadas irrupciones de una fuerza como demoníaca que domina los actos absurdos de Casanova (aventuras en Venecia en su época de violinista).

El mismo intelectual de Valmont resulta así comparable a la gratuita voluntad del mal en el Casanova joven. (¿Lejano antecedente de Lafcadio⁴⁵?). Quisiera tener aquí el *Journal* de Gide para buscar alusiones a estos nombres.

Sin embargo el más natural, el espontáneo, el menos intelectual (no por ello menos finamente inteligente), me parece ser Casanova. Él me parece ser para los sentidos lo que Rousseau para el sentimiento.

La psicología fría de Laclos y la más cálida, humana, de Casanova.

Sin embargo, estas relaciones no deben hacer olvidar que acaso el hijo directo de Laclos sea Stendhal. *Le rouge et le noir* ¿no es uno de los temas de *Las liaisons...* puesto al rojo y con un mayor equilibrio entre intelectualismo y naturalismo?(p. 74 – 76)

44 Personajes de *Les liaisons dangereuses*, novela de Pierre Choderlos de Laclos (1741 – 1803).

45 Personaje de la novela *Los sótanos del Vaticano*, de André Gide.

Cuaderno IX

(Octubre 1951 – Noviembre 1956)

París, 27.10.1951

Salimos hoy, a mediodía, para Londres. Desde nuestro regreso de Italia trabajé con una intensidad nueva: lecturas románticas y pre-románticas: siglo XVIII *frenético* y *sensual* (Laclos, Sade, Lewis, Diderot, A. Prévost, etc. etc.). Y redacté los borradores de los que ahora imagino como los dos primeros capítulos de “Poesía y Magia”.

Descubrimiento de Maurice de Guérin, etc. etc.

Continuaré con lecturas románticas de autores que no conozco o que conozco mal: Senancour, George Sand, Hugo, etc. y de los autores de comienzos del XX, Jarry, Apollinaire, Max Jacob, Blaise Cendrars, etc.

Pero ahora, luego de este último período intenso pasaremos una semana de *pintura* en Londres. (p. 1)

23.11.1951. París

El abandono en que quedó el diario últimamente –y ya antes del viaje a Londres– se debe, creo, a que me ocupé totalmente de lecturas románticas y de búsquedas bibliográficas en esa dirección.

Un sentimiento de responsabilidad, de conciencia, se me hace presente con frecuencia: este viaje que toca ya a su fin, ¿fue bien aprovechado por mí? ¿Hice lo que debía hacer?

Aunque, en principio, acaso este sentimiento pueda ser loable, siento también que hay en mí una fuerza negadora, una autoexigencia torpe, y nada me asegura que sea útil para la obra que tengo que realizar.

Paso ya demasiado precioso tiempo de mi vida “preparándome”. Y acaso olvido que la más fecunda manera de prepararse para hacer, sea hacer, imperfectamente al comienzo, mejor después. Como una avara economía de energías que acaso es sencillamente avaricia.

Estas preocupaciones se hacen sobre todo presentes ahora que estamos a pocas semanas de la vuelta. Al ir a Montevideo, como allí antes de venir, siento un movimiento de sístole, de retorno a mí mismo. Del encuentro fatalmente enriquecido (por mí mismo tan solo, claro está, pero por ello mismo, más categóricamente).

Más que nunca al borde de la acción (¿qué acción?) y *con la angustia de sentir que es ya tiempo de tomarme como único punto de partida.*

Vuelvo a Montevideo lleno de proyectos: pensando siempre en lo que allí hay que hacer. Pero mi problema está, más que en saber si podré hacer lo que imagino, en saber hasta qué punto soy para poder hacer.

Pensé demasiado en mí durante demasiado tiempo: debo asimilar bien esto que sé y que no se me cumple aún con suficiente naturalidad: que es estando fuera de mí, y junto a alguna acción, que me decidiré a *ser* casi sin saberlo. No hay –debo repetirme– un problema a priori de *ser*.

Y eso vale para mi alma literaria (sólo proyectos) tanto como para cualquier otra cosa.

En carta a los muchachos:

Ahora que estamos por volver, hay en mí como una caída vertiginosa hacia mi centro: como una tendencia torpe a hacer balance, a juzgarme. Y de tanto querer estar en mí, me quedo fuera. ¡Es demasiado tiempo de ver y ver avaramente, querer incorporarme tanto! No sé. ¿Hice lo que debía? Escrúpulos idiotas pero demasiado profundos para deshacerlos con una frase. Allí están y me perturban. Siento algo que, disfrazado con halagadoras apariencias de conciencia moral, me cohíbe, me encierra, me anula. Aquella verdad angélica y fáustica que tan bien conozco y que en público defendí: a saber: que se *es* si se *hace*; que se está siendo más profundamente cuando se está uno dando y fuera de sí, empiezo a sospechar que es en mí clara conceptualmente porque no lo es vitalmente, y que es de las verdades que no se deben *saber* sino *vivir*.

Si esto me importa tanto no es por razones especulativas sino prácticas ¿Por qué rehúyo en formas de darme, incluso la novela, que en Europa avanzó apenas *tres* capítulos?

Bien sabía yo que al venirnos jugaba yo todo. Ya están las cartas sobre la mesa y al volver a Montevideo se verán, no antes. Tenemos que hacer nuestros cuadernos, mal o bien, me digo, mejor bien que mal, pero mejor mal que nada, ya.

Cuento con el diálogo agitante y creador que te domina para ayudar a mi extroversión. Soy un traje usado que hay que dar vuelta. Mejor, soy un tapiz siempre protegido por una funda y no me decido a levantarla aunque comprendo que es ya hora de invitar a las visitas y airear la sala, prender la araña y mostrar la calidad de los tapices.

Me miro, ahora, después de dos años y me veo tan igual que me doy cansancio. ¿Algo cambió? No puedo saberlo. Llegaré con 31 años y recuerdos. ¿Y qué más? Esa es la carta que allí, junto a Uds. tengo que levantar, dar vuelta, ver y mostrar.

De Minye estoy seguro. Yo veo sus cartas. *El Río* crece exactamente en la dirección que más me importa. Ella, de a poco, pequeñita, se da y es. Yo sigo jugando al fantasma, o a la fotografía no revelada, que acaso mostrará... una superficie velada. (p. 2 – 5)

París, 25.11.1951

Estuvimos otra vez anoche en la Rose Rouge. Público heterogéneo pero dominando los negros. El espectáculo a cargo de una *créole* con canciones y ritmos de Haití, la Martinique, etc. Luego, los negros de la otra vez: danzas del fuego y, sobre todo, danzas mágicas africanas: la danzarina repite el prodigio de su danza rítmica que la posee, la domina hasta darnos la impresión de la catalepsia. Esta vez estamos a un metro de su cuerpo tembloroso.

Este progreso de la presencia africana en París, los cabarets negros y las *caves* existencialistas; la búsqueda paciente de los ritmos negros, de la carne del negro sudoroso y frenético bajo el impulso obsesionante de los tambores, es un aspecto importante de vida moderna y de experiencia moderna. Los cabarets de Montmartre muestran lánguidamente sus rubios desnudos hermosos y tontos. El centro de gravedad del interés se desplazó: allá van los curiosos turistas americanos y los viejos verdes. Aquí, al espectáculo negro van los jóvenes. Allí se fotografió a R. Queneau, a Sartre. Es la búsqueda de una veta profunda.

Es el florecimiento del frenesí que brota a principios del XX, es el corolario de Baudelaire. (p. 6)

París 5.12.1951

Las conversaciones –demasiado breves– con Caprario a propósito de su vida en el Japón y las de la otra noche en el Café Flore con el chino que estaba en la rueda con Guillot, me ayudaron a aclararme algunos de los centros de interés que la novela tiene para mí.

Siempre me molestó un poco, en mí mismo, una manera de insensibilidad para la novela ideológica: un inevitable desdén por la carga ideológica de la novela, desdén que desaparece sólo cuando esa carga ideológica está muy profundamente integrada con los caracteres hasta el punto de hacer difícil una distinción clara; hasta el punto en que es casi imposible determinar si es un conjunto de ideas el que determina una acción o si es un carácter en acción el que determina la adopción de ciertas ideas.

La conversación de dos amigos japoneses que se desarrolla sobre temas ostensiblemente ligeros, y a menudo carentes de interés, y que tiene su profundo valor en el juego de alusiones –mediante el empleo de tratamiento graduados hasta el infinito– a las relaciones recíprocas de esos dos seres, me parece que puede ser el eje de una vida y, por lo tanto un legítimo centro de interés novelístico.

Cuando, en el cuento de los dos borrachos, Paco hace que uno ofrezca al otro su yegua, y le hace decir al fin: Y si la yegua no está Ud. lo mismo se la lleva, la narración está apoyándose de la manera más evidente en el centro de interés¹.

A menudo una escena y una sucesión de escenas puede(n) ser pensada(s) para expresar así, de esa manera, las tensiones relativas de varios seres. Es esa una histo-

¹ Se alude al cuento “¡Qué lástima!”, de Francisco Espínola.

ria íntima del alma, subyacente a la narración misma pero que constituye su esencia, su centro animador y –yo quisiera, a veces– su razón de ser. (p. 7 – 8)

París, 15.12.1951

París es ya más y menos París que nunca. Más porque algunos momentos la certeza de partir tiñe nuestras emociones de una manera de intensidad similar a la que tenía en la época de nuestro descubrimiento de la ciudad. Menos, porque ya hay en él lugares que son recuerdo y que solo como recuerdo permanecerán; lugares, cosas que no volveremos a ver durante este mes que nos queda.

Vamos a dejarlo lleno de posibilidades, más lleno de interés que nunca. Cuando mis lecturas para “Arte y Magia” están encaminadas por una veta profunda y fecunda, cuando nos sentimos en él con más naturalidad.

Sin embargo, volver es ahora más necesario que nunca, también. Aquí no vivimos nunca en reposo. No nos hicimos un ritmo de trabajo. No nos habíamos instalado aquí para vivir, sino para recibir para recoger y llevar, y hay una parte de nosotros, y muy claramente en mí que no se cumple: es la hora de volver y trabajar, hacer, hacer, pero en Montevideo. Habrá que escribir, habrá que hacer los cuadernos de “Fábula”, habrá que dar conferencias. (p. 9 – 10)

París 27.12.1951

Los últimos días, y por azar, nos encontramos frecuentemente con uruguayos: en la escalera del hotel, en el restaurante, en cualquier lado. ¡Qué desgano y qué tristeza! Qué manera de sentirlos siempre en la luna, con una cerrazón permanente, con una incapacidad de salirse fuera que asusta.

Son los tipos menos interesantes que conozco: una vez llegados quedan para siempre deslumbrados por París, por el París del buen vino y de las mujeres fáciles. Son aquí, los uruguayos, quienes tienen una vida nocturna más intensa, y el recuerdo de Montevideo los enferma. ¡Cómo dejan esto! Pero si allá, en Mont., vos querés salir con una mina y le tenés que pedir permiso al viejo. Si te vas allá ¿qué hacés, me querés decir? ¿qué hacés? Esa obsesión de sexo insatisfecho, que es muy rioplatense, se desencadena aquí, en París, con tal fuerza, que sorbe a los que llegan, los anula, los obsede con un permanente espejismo de felicidad total que se presenta ante ellos como un infinito número de noches de cabaret y juerga. Levantarse a las 5 de la tarde, charlar y vagar hasta las 10, buscar programa y terminarlo a las 7 de la mañana es el ideal que aquí se cumple, un ideal de machismo criollo, de orillero rioplatense. La conversación con uruguayos, se trate del hijo de Guillot, de Paseyro o de Carlitos Gurméndez, termina por referirse a esa zona, que es el gran abismo que se traga todas sus energías. Creo muy específicamente nuestra –con similitudes italianas– esa desesperación sexual de insatisfecho, de permanentemente ansiosos. En Paseyro se ve nítidamente pero no entiende la posibilidad de que una mujer sea otra cosa que un objeto de placer erótico, pero objeto físico,

siempre ajeno, siempre extraño, siempre hostil porque es necesario e indeseable a la vez. París es, así, el “rancho del Buceo” subido al cielo, el paraíso del desahogo, de la jauja. Creo que es frecuente, además, la cocaína. Porque la mujer no satisface más que el mismo deseo que excita y como se sigue hambriento de algo, como la vida está irremediabilmente vacía hay que seguir excitándose.

Los uruguayos que aquí conozco son, además, tristes. Poco les interesa. En realidad nada. Apenas sí la vanidad externa de haber visto. Cuando el mismo Paseyro se refiere a su viaje por el Medio Oriente el que uno cree ingenuamente un escritor se transforma, enseguida, en un almacenero al que deslumbran los lujos del Cairo y los nombres de las ciudades que pisó. Y Atenas, ah, y Estambul, ¡si vieran Estambul, con sus torres! Y claro, ¡nada como eso! ¡Y el Líbano, con sus cedros, y Egipto, con el Nilo, ah, el Nilo, el Nilo es un río bárbaro! ¡Y la vida es muy barata, pero qué lujo! Y el Mediterráneo, que es diferente al Atlántico, ¡hay que verlo! Y así durante diez minutos hasta que termina la lista de lugares. Así viajó el poeta.

Y la terrible ineficacia del uruguayo: ¡su inepticia total! No solo no sabe casi nada de nada, sino que ni sabe de una cosa concreta. Todo es más o menos y escribir un poco a máquina para desempeñar un cargo público. Ninguna responsabilidad: ¿Y a mí qué me venís a decir?, contesta a todo. Jamás un hobby –¡eso es de botijas!– jamás un trabajo. (Te pensás que me voy a romper todo en eso, y ¿para qué? A mí ya no me embroman más, ché, ¡trabajé mucho, yo!) Ideal de tango, mate y zapatillas, dice Alicia² y yo comparto. En el fondo todos nos sentimos superiores a cualquier trabajo. (¡Cómo me voy a meter en eso, yo! ¡Te crees que estoy loco!) Y además un desprecio omnipresente por todos los que hacen porque hay algo de lo que hacen que no lo hacen bien. ¡Me venís con Estable! –dice Paseyro– ¿Y qué me decís cuando se siente escritor? –Y el abombado cósmico de Sabat y el Gil, que es buenísimo, pero es bobo...

Y así, nada, nada queda. Sin darse cuenta de que él es marxista y señorito, que no entra a cafés baratos ni trata con quienes no sean “pitucos”. Eso, si lo viera en otro, le provocaría un juicio lapidario.

¿Será esta que veo aquí la tónica uruguaya? (p. 10 – 13)

1952

Génova, 15.1.1952

En esta tarde de desconcierto –¿cuáles no, sobre todo últimamente?– en esta pieza de hotel frente a esta *Piazza de Fontane Marose* retorno (a) este cuaderno y hojeo las pocas páginas que tiene escritas. Tendría que seguir en el mismo tono de desagradable romanticismo. El volver a arrancarse hacia Montevideo es mucho más desesperante que el arrancarse de allí para aquí. Y no por el sentimiento de en-

² Alicia Conforte (1924-2008), profesora de literatura, también de viaje por Francia en esos días.

contrarnos con quienes quiero, sino por la *fatiga de ser sin salir de mí*, de encierro que me domina. Todo eso ya está anotado en estas páginas anteriores del diario. Correspondería, imagino, a uno de esos fatales períodos de pesimismo, de ahogo moral, que a menudo –y creo que cada vez más menudo– me dominan. Acaso sea, tan solo, una consecuencia de este volver que nos angustia y nos conmueve de tan extraño modo. Acaso una forma de debilidad mía –lo más probable– como una falta de energía para poder entregarme a la acción, a la alegría. Entre el mundo y yo ¡cuántos fantasmas! –reales o inventados pero no por ello menos eficaces– cuánta distancia al fin. Y en cuanto a mí buscando siempre la seguridad, ¡cuánta inseguridad permanente!

Quisiera, en Montevideo, hacer una vida más activa, más creadora, más trabajadora. Pero son ilusiones tontas. Allí será como era y como fue en todos lados. No es fácil cambiar. Y es casi inútil proponérselo. (p. 14 – 15)

Génova, 17.1.1952

Durante estos dos días de Génova el tener que ocuparme de hacer ciertas cosas prácticas relativas al embarque, lecturas más atentas (del libro de Praz sobre el Romanticismo³) y el haber podido meditar un poco –solo un poco– en la novela (que, sin crecer realmente, sin que yo escriba una línea, se agranda en proyecto y prolifera en intereses quizá secundarios pero que me tientan mucho): todo eso me hizo recuperarme de esa angustia desamparada que me dominó casi sin interrupción durante casi todo el último mes.

Quisiera anotar ahora otro plan más, o algunas indicaciones, al menos, del desarrollo de ciertos aspectos de la novela. Pero no me los quiero conceder. La novela debo –nada más, ¡nada menos!– escribirla directamente. Si bien es cierto que hay páginas de diario (y quizá de este mismo) que deben también integrarla, sería deseable que no me dejara arrastrar a realizar el diario en la novela como facilidad y sin la novela; quisiera, mejor, poder fraguar, “falsificar” el diario tal como la novela lo necesite y no tal como lo necesite yo. Aquí, sin embargo, una dificultad interviene –y de las más agudas para mí– y es que apenas pienso naturalmente y escribo con espontaneidad estas páginas, la idea de poder aprovecharlas luego en la novela me seduce extraordinariamente y declino hacia una leve falsificación –que me es a mí mismo casi imperceptible, o imperceptible del todo al comienzo, cuando esa declinación recién empieza a manifestarse –de modo que de hecho abandono poco a poco mi primera actitud para sentirme trabajando en la novela aunque sé que en realidad no estoy creándola, no estoy escribiendo, sino hurtándome al sacrificio de hacerla. Y también me ocurre, por otra parte, que cuando, a veces, comienzo con la tensión puesta en *fabricar* las páginas necesarias de la novela, el hecho de que esas páginas sean tan paralelas a mí mismo –si constituyen el diario del profesor (esta palabra me molesta)– me dejo caer –también de mane-

³ Mario Praz (1896 – 1982), crítico literario y de arte de enorme influencia. La obra a la que se refiere el Diario puede ser *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* (1930).

ra insensible al comienzo— hacia un diario verdadero, el mío, el que corresponde a este ser que está hoy aquí en este Hotel Metròpoli de Génova y que mañana se embarca para Montevideo, para sentirme sin duda, así, apoyado en mi ineludible realidad, de modo que si siento que el diario del profesor o como se llame es débil, y de poca consistencia, siento, oscuramente, y eso me satisface y me da apoyo, que es en cierta manera verdad, porque es el mío. Olvido así, o rehúyo la verdad de ficción que debo procurar y la confundo, oscura, a la vez, que voluntariamente, con la realidad de verdad, y me apoyo en esta última para dar por realizada la primera. (p. 15 – 17)

A bordo del Cabo de B. Esperanza –frente a Cádiz. 22.1.1952

La última ciudad europea que tocamos. Cádiz me hizo volver a sentir la emoción que este barco español ya me estaba haciendo olvidar. La ordinariedad que creía sentir o que sentí en el barco fue suplantada por esta Cádiz miserable pero popular, galdosiana, pobre, intensa, pero entrañable de paisaje y de calor humano.

[...] (p. 17 – 18)

A bordo del C. de B. Esperanza. Hacia Dakar. 26 (?).1.1952

Mañana por la mañana estaremos en Dakar. El tiempo está pesado. El mar liso y de cielo bajo, gris, aunque con esa claridad enceguecedora de nuestras tormentas de verano. Dolor de cabeza. No pude hoy trabajar en la novela [...] Lecturas de Mérimée todos estos días. No es por ahora *Carmen* lo que más me interesa. ¿Su interés disminuyó acaso porque disminuyó la intensidad de su exotismo? Más interesante en cambio “*La double méprise*” que, mantiene un más delicado interés, en una prosa cuya belleza me es más sensible. Me gusta mucho más la trama francesa de “*La double méprise*”, su tejido leve, su fineza. El otro tema, el pasional, creo que lo prefiero tratado como en *Mateo Falcone*, con una objetividad fría y un dibujo nítido. *Carmen*, me parece, se queda a medio camino entre uno y otro extremo –el objetivo de *Mateo Falcone* y el íntimo y casi confidencial de “*La d. m.*”¿No está más lograda en intensidad –si bien no en realización armoniosa– “la partida de tric trac”? Me sorprende no estimar *Carmen*.

[...] (p. 19 – 20)

A bordo del C.B.E. 29?1.1952

Relectura de *Demonios*: Kirillov, Sahatov, Stavroquin, se me aparecen con una intensidad insuperable. Las lecturas hechas en París sobre el tema de “la muerte de Dios”. Sade y los románticos satánicos, integran el mundo de Dostoievski y les da el marco que necesitaba. En cierto modo tanto el sentido de la felicidad descubierta por Kirillov –hermano de aquel del *Idiota*– como el profetismo forzado de Schatov me parecen ser una culminación problemática –culmina en problema

y no en solución—del drama romántico. No falta ni la mención de Sade, como una de las “*données du problème*”. (p. 21)

A bordo del C. de B.E. 4.2.1952

Terminada la relectura de *Demonios*, de las que tomé algunas referencias en lo que concierne a los temas centrales de culpa, Dios, el sufrimiento, etc. Comienzo ahora *El Adolescente*, que todavía no conocía. Pocas páginas para la novela. (p. 21 – 22)

A bordo del C. de B.E. entre Santos y Montevideo, 5.2.1952

Retoques de frases, fragmentos de diálogo, etc. en la novela. Ayer, sentimiento intenso de una nueva novela y torpe redacción de las primeras páginas (la época del Café Libertad, etc.). Lecturas de Dostoievski: *El Adolescente*.

Sentimiento de irrealidad en cuanto al regreso. Inverosímil representarme el encuentro con los nuestros: familia y amigos. Deseo de trabajar para ellos. (p. 22)

Montevideo 8.2.1952 (Koch 3858)

No como hace dos años, sino exactamente como hace cinco, estoy en la puerta del garaje, en el mismo sillón de lona, tomando mate y mirando la esquina que despierta. Son las 8.

Todo es casi igual. Arriba, todos duermen. Los ómnibus son los mismos y un poco más sucios. El letrero del almacén de enfrente: Huevos 95 papas K 16 Aceite 110 jabón 15 es también el mismo, pero, los plátanos de la calle, esos letreros, un viento suave que levanta polvo de la avenida, los camiones norteamericanos, los peones que atienden los camiones, todo, es americano, pobre. (p. 23)

27.5.52

Leo un artículo de Joan en “Mito” (Nº 2) sobre nuestra literatura⁴. Las consideraciones sobre nuestra carencia de tradición o de fuerza para creárnosla, me hacen pensar en otro hecho acaso importante y muy vinculado a ella: existió o comenzó a existir una tradición que estaba por insertársenos en nuestro cauce espiritual cuando el devenir histórico la aniquiló antes de que pudiera haber cuajado formas míticas suficientemente arraigadas: el gaucho, el campo, su probable épica, su dimensión telúrica.

El momento histórico que vivimos, nuestras condicionantes geográficas nos aseguran un ritmo civilizador rapidísimo: sin tiempo, no ya de asimilar sus productos, sino de realizarlos siquiera. Además (¿momento histórico de Taine?) sin sentirnos todavía suficientemente bien erguidos sobre una *situación dada*, sentimos muy

4 “Espada por Santiago”, es el artículo de J. Joan al que alude el Diario. En ese mismo número de la revista se publicaron dos poemas parisienses de Amanda Berenguer, “La calle de los desamparados”, de José Pedro Díaz y “Nocturnos”, de José Bergamín (“Mito” Nº 2, enero – marzo de 1952).

fuertemente (más fuertemente, más desatadamente) que un inglés, un francés, un español, algo como una diversión de nuestra atención que se polariza hacia delante, hacia el futuro, y sin que sepamos cómo tomarlo, siquiera cómo mirarlo.

Imagino que ese aire de nuestra época que determina un giro tan particular de los estudios históricos (s/emplear Toynbee) no es ajeno a esa dubitativa indagación del futuro –de nuestros posibles productos culturales– aún antes de su cabal realización.

Y agregaría que nuestra manera de vivir la civilización parece adecuar caracteres especialmente inhóspitos para la creación. Los productos culturales, en definitiva, son los que más sufren un castigo económico sin piedad. Vi y veo morir escritores y nacer –simultáneamente y en el mismo ser– empleados, y en definitiva técnicos de la cultura pero no creadores de la misma (lo segundo no tiene fácil comercialización, lo primero sí). (p. 24 – 25)

25.7.1952

Estos últimos días, extraño estado de desconcierto, de *falta de sentido*.

Temor –temor profundo– de hallarme casi perdido para lo que más me importa. Por eso se me hace casi intolerable seguir trabajando en el *Bécquer* y siento deseos de ponerme a trabajar en la novela. Pero, paralelamente, temo no tener nada que decir en ella. Y me asusta enfrentarme a esa posibilidad.

Creo que lo que hago mejor son hasta ahora –ahora– las clases. Eso me salva y me anula a la vez. Me salva porque me otorga cierto sentido. Me anula porque me proporciona cierta serenidad –engañosa– de cumplirme. Y es un cumplirse que el viento se lleva.

Acaso no tengo nada que hacer.

En situaciones como estas me refugio –torpemente– en mi diario. Me hundo –con cierta complacencia idiota– en consideraciones sobre mis limitaciones, que, a falta de una sinceridad auténtica y honda, proporciona, por su probable exageración ocasional, una apariencia de *cœur mis à nu*⁵.

También puede ser que busque esta confesión exagerada para concluir: y bien, si me siento tan desasosegado porque no hago tal, tal cosa, he aquí la prueba de que estoy destinado a hacerla.

De todos modos, suspendido, por estos días, el trabajo en *Bécquer*. (p. 26 – 27)

12.8.52

Terminamos ya con las preocupaciones de instalación. Nuestra casa quedó ya más confortable. Ayer estuvieron los Guillot –era un té de despedida a Álvaro, pero Álvaro faltó– y los Rama.

⁵ “Corazón puesto al desnudo”. La expresión coincide con el título de un conjunto de apuntes de Charles Baudelaire, *Mon cœur mis à nu*, publicado en 1887 (póstumo), catalogado por la crítica como uno de sus “diarios íntimos”. En 1977 José Pedro Díaz tradujo, prologó y anotó *Charles Baudelaire: Diarios íntimos*.

Recién ahora Minye podrá dedicarse a sus cosas con libertad. Ordenar la casa era hasta ahora, su obsesión.

Mi *Bécquer* se acerca a su fin. Con poco entusiasmo. Quizá es correcto. ¿Comenzará ahora un tiempo de trabajo ordenado? (p. 27)

3.12.1952

Último mes del año 52. Trabajé intensamente en mis cursos este año, y, a pesar de eso, tengo una permanente sensación de angustia, de rarificación. Estoy enrarecido, vivo en un aire enrarecido. Trabajo, y no consigo sentirme cumpliendo con mi deber. Mi deber está siempre en otro lado y no sé dónde. No puedo saber qué es lo que tengo que hacer y sin embargo creo sospechar, casi permanentemente, que hay algo que debería hacer y no hago. De ahí que no pueda entregarme con el necesario entusiasmo a casi nada.

Ayer o anteayer leía en el libro de Max Brod sobre Kafka que en él, escribir era una forma de la oración. Acaso lo que siento tiene que ver con esa experiencia. Pero, los religiosos creo que hablan del don de la oración. Y ese don parece ahora faltarme. Mi religiosidad, mi devoción, no saben emplearse, quedan sin mi incautación precisa, sin ejercicio, y el mundo pierde su sentido coherente –lo mismo para cada uno de mis actos.

El ambiente que el Uruguay ofrece es particularmente hostil a una devoción como la que quiero practicar. Son sin duda explicaciones que hago para justificarme ante mí mismo, pero, es indudable que este país carece de atmósfera cultural. Eso es menos sensible cuando siempre se vivió aquí, pero cuando se vuelve, se necesita hacer esfuerzos para respirar sin asfixia en una atmósfera tan enrarecida.

Hay, aquí, que transformar la soledad en una fuerza creadora; convertirla en una soledad intensificante, ahondadora. Para eso es necesario tener confianza en sí mismo. (p. 28 – 29)

5.12.952

Empecé nuevamente *Absalón, Absalón*, de Faulkner, que, durante el año, tuve que abandonar porque el excesivo trabajo me hacía fragmentar demasiado las lecturas. Lo siento más admirable fragmentariamente que en grandes trozos; más en una página que en diez. Me entusiasman, sin embargo ciertos valores de representación, de vigorosa estampa; la visión violenta y contrastada, excesiva y delicadísima. Hay en él como una poderosa dinámica visual: la búsqueda de un límite de violencia, la presencia casi intolerable de un extremo. (p. 29 – 30)

19.12.1952

Relectura, ayer, de *La fille aux yeux d'or* de Balzac, sin otra preparación que la *Histoire des Treize*. No hice lecturas críticas sobre Balzac recientemente, y lo que sobre él había leído hace mucho tiempo era mediocre.

El primer resultado de la lectura fue el de sumergirme hondamente en la intensa corriente pasional de Balzac. No en el sentido de que toda lectura es una entrega, sino en el más específico de que lo que me importó más de la *Historia de los Trece* fue esa fuerza grandilocuente, de formas a veces un poco vulgares, de herencia claramente romántica (A. Rodcliffe, Lewis, etc.) pero de vibración tensa y de un valor artístico que sobrepasa el detalle de sus formas expresivas: la pintura enérgica, de grandes brochazos, vibrante, lírica; su necesidad de incorporarse él, el narrador y opinar y dirigir al lector, su *falta de realismo*, en una palabra, y esa falta de realismo que es tan evidente aquí como en algunas de sus grandes novelas (Eugenia Grandet vgr.) Creo –por otra parte– que justamente estas novelas de un romanticismo más evidente son las que permiten leer en las otras su romanticismo profundo. Primera conclusión clara de estas relecturas: no entiendo el *realismo* de Balzac. Comienzo ahora, para tratar de comprender: *César Birotteau*. (p. 30 – 31)

22.12.1952

Ayer domingo, terminamos la impresión de *El Río*⁶.

Conversación de noche, en lo de los muchachos sobre la posibilidad de una publicación periódica. Minye proyecta siempre una revista, hojas, o lo que sea para los que imagina una agilidad, una rapidez que nos convertiría en galeotes de La Galatea.

Imagino, sin embargo que, ahora que La Galatea comenzó a vivir, o mejor revivió, será fácil mantener su actividad aunque sobre otras bases. Para febrero y marzo de 1953, *Medea* de Bergamín⁷ y luego –y se pueden ir imaginando desde ya, publicaciones irregulares, informales, en un formato mayor, que serán los Cuadernos de La Galatea.

Pienso que en ellos se podría publicar un conjunto de breves ensayos sobre tal tema, una actitud de política cultural, una publicación, en fin, más circunstancial a veces, más informal otras que un libro, sin regularidad. Aun así, todo muy vago, muy inseguro. ¿Vale la pena? Vale la pena internamente, publicar libros. Pienso, en este sentido, lo contrario que Monegal (le oí decir que aquí no se pueden publicar libros y que por eso él no está trabajando en nada *serio*.) (p. 31 – 32)

24.12.1952

Ya me siento más libre por el solo hecho de saber que me faltan solo dos mesas de exámenes (¡Este período integro 15!)

Me empeño en redactar un pequeño capítulo para *Bécquer* donde se caracterice su poesía de manera general y lo encuentro el más difícil de todos. (p. 32)

6 *El río* (poemas), de Amanda Berenguer, 375 ejemplares.

7 *Medea la encantadora. Explosión trágica en un acto*, de José Bergamín, sería publicado en realidad en “Entregas de la Licorne” N° 4, agosto 1954.

1953

2.2.1953

Lectura, ayer, de los dos primeros artículos del trabajo de Sartre *Qu'est-ce que la littérature?* A menudo, sobre todo al principio, pero también después, sentí que faltaban lazos intermedios, y que la exposición entre poesía y novela que él indica y de la que reconoce que existen grados intermedios, me parece que carece de la necesaria flexibilidad. La dosis significativa del lenguaje poético me parece ser mayor que la que él indica. (¡Que lo piense ahora yo!) y la discusión de la novela me parece carente de una zona importante. No sé si alguna vez anoté en el diario esto que creo: así como en el poema la obra de arte apoya de manera fundamental en la palabra o, mejor, en el verso (que los versos y no las palabras son las moléculas poéticas), así, en la novela, el apoyo está en estructuras formales que no son ni la palabra, ni la significación. Con significaciones se construyen formas y son éstas (descripciones, situaciones, etc.) el material fundamental de la novela. La distancia es grande entre una valoración de los significados y el de la valoración de estas formas intermedias.

Para éstas siguen siendo válido lo que Sartre indica de la novela, pero él no se ocupa –entendí– de precisarlas.

Durante los últimos días pasé a máquina y limpié el comienzo de la novela. La leí, además, en dos reuniones. La impresión que produjo, según creí entender, fue de modesta corrección. Sigue pesando en mí todavía la pregunta que me hizo Mario cuando –hace 3 años y medio– le leí un trozo. “Está bien, pero ¿para qué?”. Ese “para qué”, esa carencia de *sentido*, me molesta hasta tal punto que me aleja siempre del trabajo.

A partir de lo que indica Sartre en *Situations* a propósito de clasicismo (*Situations II*, 138 – 140 y más) podría esbozarse un ensayo que se titularía “De la modernidad o el anticlásico” en el sentido de que si el clásico existe en cuanto se apoya sobre un presente eterno, sobre su ilusión de inmutabilidad, nuestra actitud es la tentativa de adivinación del futuro y la conciencia de nuestra inestabilidad. ¿Sobre qué bases hacer? (p. 33 – 34)

6.2.1953

Las lecturas de Sartre (*Situations, II*) me preocuparon estos últimos días haciéndome sentir algunos problemas míos. Si algo me mantiene angustiadamente detenido en la novela es, justamente, algo de lo que señala Sartre como necesidad del escritor moderno y que ni yo ni mi novela cumplimos. En primer lugar es curioso que esa pobre novela de Míguez ocupe tanto lugar en mi vida y en este diario. Es un pequeño proyecto que no halla salida y que pudo haber sido mil veces abandonado totalmente. ¿Por qué no lo abandoné ya? ¿Hay una actitud meramente

snob o superficial, o una manera de pretensión o la elegancia de querer ser escritor? Si, en definitiva, escribo poquísimo, ¿por qué esta fijación en una creación que no realizo? ¿Ambición de mala calidad? ¿No querer reconocer un fracaso sustancial y profundo? Me es muy difícil saberlo. De todas maneras hay de cierto que no puedo “hacerme a la idea” de que no tengo nada que hacer como escritor. Y, a la vez veo bastante bien –creo– qué es lo que no vale la pena de ser hecho. De ahí la dificultad de entusiasmarme ciegamente. Este ciego entusiasmo –tan necesario para poder empeñarse en un trabajo– me falta casi siempre, o al menos deja de ser ciego– y es tanto menos entusiasmo –demasiado pronto. Tan pronto que no me sirve para engañarme el tiempo necesario para realizar algo.

Por otra parte, ambiciono demasiado en el sentido de que creo que debo *servir*. Es decir, servir para algo. Ser útil ¿Duermo? Acaso.

Y me es muy difícil concentrarme en algo que yo sienta a la vez el camino de mi creación (uso la palabra refiriéndome a la hipótesis) y el camino de un bien. No me doy cuenta exacta de si este bien está realizando una implicancia moral en mi propósito artístico. Sospecho que sí.

¿Tendré un temperamento muy crítico? Casi nada me parece que “vale la pena”. ¿O son excusas? Es lo cierto que a veces me sorprendo comprendiendo que ciertos libros que quiero y admiro, si hubieran estado a medio terminar en una de mis carpetas, yo no los hubiera terminado porque a la pregunta ¿y vale la pena? hubiera pensado que no.

Esto debe querer decir, en definitiva, que no tengo un temperamento artístico.

Pero si es así, por qué me pienso permanentemente como incumplíendome porque no hago lo que tengo que hacer?

¿Y qué es lo que tengo que hacer?

Para mis treinta y dos –treinta y dos– años ya sería hora de saberlo. (p. 35 – 37)

8.2. 1953

Tomo una nota a propósito de Miguez, proponiéndome hacer visible en ella mi desconcierto ante mi trabajo. Es una nota cuya importancia queda acrecentada si la novela tiene otros tomos, como los que proyectaba en París. Temo, sin embargo, que estas crisis me estén provocando el crecimiento de una ambición que puede resultar destructora para la propia novela. Mis reflexiones sobre ese tiempo vivido pueden, sí, darle ese sentido que yo reclamaría siempre de la obra, de esa obra, pero acaso son reflexiones que se me pueden escapar de manera no novelística y pueden hacerme destruir tanto el *tempo* y la vida de la novela como las reflexiones mismas, que quedarían expresadas, así, fuera de su cauce normal. (p. 37 – 38)

19.2.1953

Como un lento, minucioso, implacable derrumbe interior. Pérdida de interés y angustia por incumplimiento. Sensación de haber perdido sin haber jugado. (p. 38)

4 julio 1953

Comencé a releer, anteayer, *La guerra y la paz*. Con peligro para mi *Bécquer*. Este se halla ya en pruebas y es necesario hacer aún, ajustes importantes. El interés que Tolstoi me provoca es tan intenso que el trabajo que tenía entre manos pierde significación. Renace mi ambición por contar. Deseo salir de una vez de este *Bécquer* y ponerme a otra cosa. *No conozco más que poemas abandonados*, me parece que escribía Valéry no sé dónde. No hago más que abandonar libros, pienso de mí. Llevé conmigo el *Bécquer* el tiempo necesario para poder hacer de él un libro que, sin embargo, no escribí. Me distraje en mil tentaciones poco importantes, hice algunos ensayos de investigación y dejé raquítica la parte que debía haber sido la más importante: el comentario a las rimas, la caracterización de la poesía de Bécquer. Es, en una medida que me importa, un fracaso. Y lo más importante es que ya me siento fatigado por este libro, con ganas de no tener más nada que ver con él. Con el deseo de que se agote y luego, dentro de dos años, completarlo seriamente.

Siempre trabajos provisorios.

Entonces aparece el fantasma de soñarme novelista y el placer ilusorio de una futura obra que *cuenta*, y en la que vivan personajes. (p. 39 – 40)

Octubre, 10. 1953

Desde julio hasta ahora: embarazo y aborto de Minye. Trabajo –a veces abrumador– sobre el *Bécquer*. [...]

La última anotación sobre el *Bécquer* (4 julio) sigue siendo válida. Me sorprende habiendo trabajado mucho –el *Bécquer* llega casi a las 300 páginas– y comprendo que no escribí el *Bécquer* que hubiera querido escribir. Mi intención era hacer un ahondamiento en su poesía. Me quedé, casi permanentemente, en exterioridades. Acaso sean útiles, pero esencialmente está frustrado.

Ayer, estreno de la pieza de Denis: “*Morir tal vez soñar*”...⁸ (p. 40)

15 oct. 1953

Se está terminando ya la impresión de *Bécquer* en los talleres de Bianchi Altuna. Con la alegría de salir de eso. Con la modestia, también, de saber que en parte me he dejado arrastrar fuera del camino más importante, y ello porque me

⁸ *Morir, tal vez soñar*, de Carlos Denis Molina, se estrenó en el Teatro Solís, con elenco de la Comedia Nacional y dirección de Orestes Caviglia.

tentó la seguridad. Esa seguridad, ese apoyo limitador, que impide los grandes errores e impide también el trabajo más serio.

Los últimos días, con Ángel e Ida, conversaciones como las de hace cuatro años a propósito de *La Galatea*. Por fin, ayer, el hallazgo de un formato de Guy Lévis Mano que se adecua a nuestra máquina y que permite pliegos de 16 páginas. Eso y la elección de algún papel absorbente y cómodo para las presiones me puede(n) permitir la publicación de varios pequeños libros. El libro de los caminos de Minye, los poemas de Ida, la antología, y prosas. (p. 41)

30 oct. 53

Bécquer ya está en venta. Está con él en juego el destino de *La Galatea*. Con el dinero que mi padre me prestó para la edición, las ediciones de *La Galatea* tendrían que salir tonificadas (si *Bécquer* se vende).

Excitante sensación de disponibilidad –ahora que salí de *Bécquer*–. Como siempre la ambición de gozar del placer de *contar*. (Y el cuento que inicié la semana pasada quedó detenido.)

Como si buscara, infructuosamente, una manera de fluir, de verterme. Y no consigo salir de mí, quedo anudado, trabado en dudas, en proyectos que no llegan a convertirse en idea suficientemente clara.

Acaso necesite descansar (esto debe ser otra excusa). (p. 42)

Noviembre 24

Consecuencias de la publicación de *Bécquer*. La más inesperada y curiosa: una aguzada tensión crítica en mis lecturas. No entiendo exactamente a qué puede deberse, ya que mi familiaridad con las trastiendas del libro es bastante anterior al *Bécquer*. Sin embargo noto que mi actitud de lector cambió. Yo no era un lector crítico sino un lector ingenuo; y hasta tal punto que operaba sobre mí la mera magia de la letra impresa: un libro me era por principio algo eminentemente respetable y las objeciones que se me ocurrían durante las lecturas, algo que tardaba mucho en elaborar y sobre todo en atreverme a sustentar, suponiendo que no podían no haber sido tomadas en cuenta por el autor al que leía.

Ahora, de manera inesperada, rebato los textos que leo con una soltura que me sorprende. Siento que eso está ligado de alguna manera a la publicación del *Bécquer* pero no sé por qué. (p. 43)

Dic. 5

Ayer, en el centro, una conversación con Ángel a propósito de él mismo. Inicié la conversación porque creía necesario decirle cómo siento en él un cambio o cómo creo verlo más duro, menos sensible o menos atento a su hondura. La conversación fue inútil. O porque yo tenía razón o porque observo mal. Acaso todo

sean figuraciones mías. Sin embargo, no sólo mías: ya hablé de Ángel con Massa⁹ algunas veces en un sentido cercano.

[...]

El balance de nuestra vuelta se va haciendo cada día más doloroso. Cada día más aguzada la impresión de que realmente Montevideo es una ciudad terriblemente inculta.

Uno de los síntomas deplorables son las conversaciones de la comisión redactora de los nuevos programas. Allí los dos profesores que saben de qué se habla son Carlitos¹⁰ (*malgré* su histeria y su verborrea permanente) y Emir (*malgré* su hipertrofia de lo inglés y su ser como es). Lo demás es muy a menudo no solo ignorante sino torpe y soberanamente inculto. Ejemplo eficaz: Bordoli, cuyo único tipo de argumentación es apelar a lo que *tiene fama* o “la gente lo lee”. Y lo que él no leyó son *cosas raras*. Para Ibáñez, Verlaine es un poeta de *segundo orden*. Y Poe un *poeta* mucho más grande que él o que Baudelaire (¡!) En fin. (p. 44 – 45)

1954

9 de enero de 1954

Anoche, a medianoche, terminamos con Ángel la impresión del libro de Ida: *Palabra dada*¹¹.

Me acaba de llamar Fernando por teléfono para decirme que, momentos antes, Bergamín le dijo que había propuesto a Susana, como colaboradores del próximo número de “La Licorne”, a Minye, a Pocha, y a mí¹². Y, además, que pensaba prepararme una sorpresa escribiendo para el “Nacional” de Caracas, una crónica sobre mi libro¹³. Es la primera noticia que tengo de que mi libro realmente le importe. Últimamente me sentí muy alejado de él, justamente porque, a propósito del libro no me dijo todavía una palabra. El efecto que me había hecho ese silencio suyo fue tal que todavía no puedo alegrarme de que quiera escribir sobre el *Bécquer*. Mañana recién comenzaré a sentirme tranquilizado con él. (p. 46)

5.2.1954

Durante estas vacaciones, y además de algunas lecturas americanas (Euclides da Cunha, Lins do Rego) leí, sobre todo, Proust.

9 Héctor Massa (1927 – 1999), profesor de filosofía y narrador, autor de *Adán y los jabalíes* (2006, póstuma). Integró la antología de *Cien años de raros*, editada por Ángel Rama.

10 Carlos Real de Azúa (1916 – 1977), ensayista e historiador.

11 *Palabra dada*, de Ida Vitale, 500 ejemplares.

12 La revista “Entregas de la Licorne”, de Susana Soca, había iniciado en Uruguay, en noviembre de 1953, su segunda época. El número al que se refiere Díaz es el 3, de mayo de 1954, pero recién en el 5–6, de setiembre de 1955, podrá publicar el ensayo “Gérard de Nerval”.

13 “Un libro sobre Bécquer”, de José Bergamín, en “El Nacional”, Caracas, 23 abril 1954.

que al volver, a las 1500 páginas cambian su sentido, quedan iluminadas ruscamente por una luz nueva y transformadora, es, probablemente de lo que más me importa.

Descubrí, al leer de corrido los diferentes volúmenes, que realmente, y tal como el mismo Proust lo afirmara con frecuencia, la arquitectura de la obra es de la mayor importancia: su composición musical, sus recurrencias, la vuelta de algunos temas

Pero, curiosamente, hubo también alguna impresión penosa. Por ejemplo: la ausencia del amor.

La crítica señala con frecuencia el *amor*, como uno de los temas de Proust, comenzando por exaltar la “monografía” amorosa de Swann, y elogiando el refinado ondular del análisis del amor en cuanto a las relaciones del Narrador con Albertina. Sin embargo aquí es, precisamente, donde más claramente siente la ausencia del amor. No están ausentes el deseo, ni los celos, de la obra de Proust, pero el amor, en cambio, queda desposeído de su más honda cifra.

Creo percibir además, especialmente en el caso de Albertina, la transposición que Proust habría confesado a Gide según éste cuenta en su diario, y que consistía en buscar en experiencias homosexuales lo que luego convierte en heterosexuales.

El idealismo que domina sus análisis del amor es acaso la única marca profunda y de *amor* propiamente dicho que encuentro en su obra. Pero, en cuanto a Albertina, ese idealismo decae pronto, y Proust lo enreda en una serie de reacciones (celos, etc.) que no son ya amor. El amor suele ser un fantasma previo a la historia de sus amores. En estos es donde no veo el amor. (p. 47 – 48)

9.2.1954

Idiota tratar de anotar aquí impresiones sobre *Proust*. La complejidad de lo que sugiere, solo es comparable a su misma evidente complejidad interior y formal. Leerlo me costó un gran esfuerzo. Digo: *lerlo* y estoy al comienzo de su último volumen. Sin embargo necesito aquí hacer aún relecturas de por lo menos varios pasajes.

Recibimos ya varias cartas sobre *El Río* y sobre *Bécquer*. Panero¹⁴, J. Luis Cano¹⁵, desde España me comunican que el libro gustó mucho a Dámaso Alonso, quien prometió escribir para “*Ínsula*”. Se publicó aquí una noticia de Etcheverry en “*Marcha*”¹⁶ y se publicaría otra en “*El País*”. Es decir que, salvo alguna reac-

14 Carta de Leopoldo Panero del 22 de enero de 1954: “... creo sinceramente que es el mejor libro sobre Bécquer y que ordena y sustancia más claramente todos los materiales que hasta el momento existían...”, afirma.

15 Carta de José Luis Cano del 15 de enero de 1954: “Su libro es de lo mejor que se ha escrito sobre nuestro hondo poeta...” Además de los citados, Díaz recibió también cartas de elogio por su libro de Alfonso Reyes, Lilia Castro de Morales, María Rosa Lida de Malkiel, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Guillermo Díaz-Plaja y Ricardo Latcham.

16 “Vida y poesía de Gustavo Adolfo Bécquer”, de José Enrique Etcheverry, en “*Marcha*”, 22 de enero de 1954.

ción inesperada, el libro tiene éxito y tendrá muy buena crítica. Y eso –y es lo más curioso– lo único que en mí provoca es la disminución de valor de lo que es una buena crítica, porque sé bastante bien algo de lo mucho que le falta al *Bécquer* para ser un libro verdaderamente valioso. Y, por lo tanto las cosas siguen como siempre, y sin que yo pueda saber qué debo hacer y cómo desembocar –si es que debo o puedo– verterme en algo.(p. 49)

10.2.54

La lectura de *Proust*, todavía inconclusa, me devoró las vacaciones. Y ahora que estoy tan cerca del fin (de las vacaciones y de Proust) vuelvo a sentirme en ese estado de disponibilidad que no sé aprovechar hasta no dar con un tema que pueda absorberme.

Desde este estado presiento la felicidad de poder entregarme a un trabajo en que emplearme; pero cuando el trabajo aparece y me pongo a él, esa felicidad suele desaparecer, porque cada trabajo viene luego con una angustia, con una zozobra que tenía, es cierto, el trabajo anterior, pero que nunca le supongo a aquel que estoy por realizar. (p. 50)

13.2.1954

Leyendo el *Rubén Darío* de Salinas. Molestado al encontrar un breve fragmento de la pág. 57, donde el estilo cobra de pronto una débil o frustrada intención poética que lo acerca –sólo lo acerca– al estilo poético de Ibáñez.

En otro aspecto siento como si el desarrollo que Salinas propone estuviera acaso excesivamente ordenado. ¿Es demasiado tonto, de mi parte, este leve resistirme a seguir, tal como él propone, este itinerario espiritual que no es cronológico? Es cierto que hay complementos que el lector puede ir pensando por su cuenta... ¿pero por qué no están explícitos? Encuentro más poesía en ver mezclados y superpuestos los diversos planos en que aparece el amor que no en la sucesión parcialmente ordenada que Salinas –magistralmente– propone. (p. 51)

16.2.1954

Dudas a propósito de mi aspiración de los últimos tiempos. Algo de lo que más me interesaba, según yo creía, era ocuparme de una cátedra de literatura francesa. Pero, en el momento en que podía ocuparme realmente de ella –haciendo gestiones en Humanidades– siento fuertemente mi inseguridad idiomática. Para dictar esa clase, ¿no me arriesgaré en una zona que me obligará a hacerme sentir con déficits permanentes durante mucho tiempo? ¿No será una obligación que, a la postre, puede convertirse en una limitación, en un lastre?

Convendría conversar con Oribe de eso. (p. 52)

27.2.54

Lecturas y trabajo dirigido desde fuera en los próximos días: prólogo a la ed. de *Doñarramona* de J.P. Bellan y preparación del tomito de Delmira Agustini para la ed. de La Galatea.

Comienzo por la relectura de su obra en prosa. (p. 52)

11.3.1954

Relectura de *Sombras sobre la tierra*, de Paco, mientras trato de orientarme en la obra de Bellan. Disgusto por casi todo lo que no es, directamente, estampa o diálogo. La siento cursi, literaria, con términos y honduras *fabricados*, voluntarias, con una excesiva insistencia en la humillación y en combinaciones evangélicorusas sin superación. Disgusto, rabia, también. Me parece superficial y a menudo tonta. Muy inmadura. Cierta violencia sentimental se me hace intolerable; así, la historia de Luis María y Juan Carlos. [...]

Además, la manía de Paco del poema en prosa. (Recuerdo la pieza de teatro.)

¿Es una experiencia de frustración alzada a la categoría de un valor? (p. 53)

3.5.1954

El trabajo sobre Bellan fue interrumpido por el llamado a aspiraciones a la Cátedra de Lit. francesa de la Fac. de Humanidades y ello me exigió que trabajara en la redacción de la memoria que presenté. Son de importancia, espero, las publicaciones que agregué y los juicios. Si el nombramiento se produce imagino que lo decisivo será, en definitiva, el Bécquer.

Me pongo ahora otra vez al Bellan y trataré de preparar, mientras tanto, la publicación del trabajo que presenté a Humanidades. (p. 54)

15.5.954

Durante las últimas semanas, luego de terminar mi presentación a la F. de H. y C., apasionadas lecturas filosóficas. Cassirer, Jaspers. Creo que nunca leí texto filosófico con la violenta apetencia que ahora. Imagino, además, que se me hace necesario este trabajo para entender de mejor manera lo literario para superar un plano frecuentemente límite de los estudios literarios. Antes de conocer otros *hechos* que tengan que ver con lo literario, me parece necesario superar el plano de consideración de los mismos. Será además la manera de poder ocuparme, con mejor y más honda inteligencia de los problemas de estética que me interesan. (p. 55)

20.6.54

La invasión de Guatemala de que dan hoy noticia los periódicos me conmueve como el más grave acontecimiento americano de los últimos años. El viraje de

EE.UU. en el sentido de un anticomunismo totalitario nos pone a todos en peligro. Además es la actividad propagandística de más transparente textura que últimamente se haya realizado. Si no hay voces sud-americanas que ayuden a Guatemala eso significará el peor entregamiento.

Continúo las lecturas a que aludí en la última nota. Hice anotaciones sobre un posible libro que se llamará, probablemente, “Estudios del Romanticismo” y cuyo ambiciosísimo plan me alegra y me excita aunque me anuncia un enorme trabajo. En realidad ya empecé ese trabajo. En él estoy.

Curioso: Me importa mucho más de lo que yo me imaginaba seguir recibiendo correspondencia sobre el *Bécquer*. Mi juicio sobre el libro mismo no cambió nada. Sus limitaciones, sus frustraciones siguen siendo las mismas para mí. Y aún acaso empiezan a ser mayores, ya que como tengo que utilizarlo en mis clases me veo obligado a completarlo o enriquecerlo o a lamentar no poder hacerlo. Pero, en cambio, cambia mi situación con el mundo. Comprendo –por las cartas que recibo– que relativamente a otras mentalidades, el libro es bueno y que sería muy deseable que trabajara –yo– sobre algún tema que me preocupa porque tengo voz.

Mejor expresado. Lo que el libro significa como incompleto lo sé muy bien. Acaso, incluso, podría ser mejor en otro trabajo. Y si las gentes son como yo veo que son debo hacer ese otro trabajo. Todo consiste en hacerlo seriamente para mí porque si así lo hago importaría también a los demás.

No insisto. Demasiado torpe. No es esto exactamente lo que quería expresar. (p. 56 – 57)

12.7.1954

“*Baisse morale*”. Recuerdo casi como una niebla el lúcido entusiasmo de hace quince días sobre el tema Romanticismo. Las abundantes lecturas de entonces me quedan inconexas y vagas. Apenas sospechas de mis claras y apasionadas visiones de los otros días. (p. 58)

[...]

19.10.1954

Se acerca el alumbramiento de Minye, que puede ser el 28, pero también antes. Una neuritis que la hizo sufrir mucho –ciática, herpe– la tuvo durante los últimos días en la cama (todavía hoy).

Yo estoy muy desorientado y cansado. Siento que el trabajo del año termina, otra cosa se anuncia –mi hijo– cuya presencia me resulta imprevisible. Tomo este diario solo para reposar un poco en él, pero sin mucho entusiasmo.

Empecé a estudiar inglés –con muchísimo desorden– en un método “Hugo”. Quisiera poder leer inglés ya el año que viene.

Ayer de tarde vi algo muy curioso. Volvía del Palacio de la Música –adonde había ido a comprar una grabación de Bach del festival de Prades– por la calle

Canelones. De pronto, cuando me acerqué a una esquina, una mujer, que estaba en la actitud de quien espera que pasen los vehículos para cruzar la calle, se puso a saltar delante mío. Era baja, pero no podría decir su edad. Su pelo era de un castaño claro, ceniciento, y vestía pobrísimamente: colores castaño, gris. Llevaba vendada la pierna derecha a la altura de la pantorrilla, con una tira de una tela gruesa que a mí me pareció arpillera. Saltaba, como si tocara la pandereta, en el medio de la calle. Varios autos nos habíamos detenido para no atropellarla. Ella lanzaba los brazos al aire y daba vueltas sobre sí, exactamente en el medio de la calzada. Y en un momento en que el tránsito que corría en la otra dirección le dejó lugar, terminó de atravesar la calzada, siempre saltando. (p. 59 – 60)

[...]

21.10.1954

Ayer conferencia de Ángel sobre Salinas en el Teatro del Pueblo, precediendo una lectura de *Los Santos*, la obra de Salinas que publicaron como póstuma los “Cuadernos Hispanoamericanos”. Tanto ese espectáculo de ayer, como la conferencia del mismo Ángel sobre Amalia en Galerías Salamanca, como los espectáculos de El Galpón me hacen sentir una renovación importante en el ambiente espiritual montevideano.

La labor de los teatros independientes puede transformar en algo, y en algo que importe, la fisonomía de nuestro público. Dentro de poco se va a sumar, además, la sala de Club de Teatro (íntima, de 100 butacas). (p. 61 – 62)

13.12.1954

El 2 de noviembre nació Álvaro Ruy. Poco más de un mes después, el 5 de dic. murió Rimmel, mi suegro. Amanda vive ahora con nosotros. (p. 62)

30.12.1954

Las lecturas de Giraudoux que hice en vista del concurso de la Facultad, me resultaron decepcionantes. El disgusto se produce, a menudo, allí mismo donde su gracia se muestra.

Cuando Judith, o Alcuene, aluden con un juego de palabras a una situación risible y grotesca, pero cuyo grotesco mismo constituye el fundamento frecuente del drama, me siento directamente molestado. Se pensaría que hay un proceso casi constante en Giraudoux y que consiste en tratar un tema desde el lado grotesco (*Amphitryon 38*, *Judith*, etc.), y luego vestir de gracia ese mismo grotesco para conseguir un efecto final. O más claro aún: primero, desnaturalización del tema, mito o leyenda, primero su *rabaissement* a un plano inferior y casi de grotesco, de *quiproquo*, etc. Luego, es el segundo proceso y el más explícito, el adorno de escritura y situación de ese tema ya *rabaissé*. El humor que poetiza lo inferior. Es un humor que tiene relaciones con lo literario sin duda, pero con lo literario como for-

ma –ocurrencia, preciosidad: *ingenio* dirán los españoles, *bel esprit*, los franceses. Su sustancia es exterior. Es oportuno recordar lo que Gide escribía en 1917 luego de leer el *Retour d'Alsace*: “*J’espérais jusqu’à la fin, je l’avoue, quelques pages plus viriles, et qui eussent remis toute cette joliesse à sa place*”¹⁷. Anotaciones del mismo tono a propósito de Judith. (...)

(p. 63 – 64)

1955

4.1.1955

Lecturas de y sobre Rabelais, en vista del concurso para la Facultad.

Tengo que ocuparme además de mi prometido trabajo sobre Delmira Agustini para la misma Facultad. Las vacaciones las pasaré pues leyendo. (p. 66)

[...]

31.1.1955

Leo en un libro de Mornet sobre Rousseau (*R. l’homme et l’œuvre*)¹⁸ que quienes leyeron la *Nouvelle Héloïse* y se entusiasmaron le debieron una nueva manera de ver las cosas. La *filosofía* –en el sentido del siglo XVIII– les quitaba una religión y eso la sustituía; hallaron así en la pasión la verdad que buscaban.

Pienso que podría vincularse a la situación de Sartre en nuestro siglo. Como detalle significativo se puede indicar las reservas y violentas oposiciones de los dos partidos de salvación establecidos, la Iglesia y el Comunismo. (p. 67)

17.2.1955

Lecturas francesas. Ronsard, La Fontaine, etc. Como tengo por delante el concurso de la Facultad (se inscribió un belga, Rey y puede pensarse que se presente Ulme (¿) Dupray) mi lectura demorada sobre esos temas queda *justificada* y eso me permite entregarme a ella más serenamente que de costumbre.

En general, cuando quiero entregarme al placer de descubrir aspectos de un poeta (Ronsard) algo me impide entregarme, un sentimiento de culpa, de que mi deber es estar en *otra cosa*, de que no puedo permitirme esas lecturas, me corroe y no me deja leer en paz. El concurso en cambio, que normalmente debiera significar un estado de nerviosidad, me procura –contradictoriamente– esa relativa paz: me justifica. Sé bien que un concurso en la Facultad no es *realmente* tan importante, que en lo profundo no es una *justificación*. Sin embargo actúa como tal en un plano que no por ser algo exterior deja de ser eficaz. (p. 68)

17 ...luego de leer el *Regreso de Alsacia*: “Hasta el fin esperaba, lo confieso, algunas páginas más viriles, y que hubiesen puesto en su lugar todas esas linduras.” Gide A.: *Journal*, p. 614.

18 *Rousseau, l’homme et l’œuvre* (1950), de Daniel Mornet.

22.7.1955

Este diario *abandonado* –y que miro ahora con poco interés– no muestra lo que más me importó durante los últimos meses: Álvaro y el concurso de la Facultad.

El concurso está ya casi a mitad de camino, porque entregué la primera prueba (“La invención métrica en Ronsard, La Fontaine y V. Hugo”¹⁹). Su redacción me absorbió totalmente durante el último mes. Esperamos ahora la elección del segundo tema –que debe ser moderno, según entiendo. (p. 69)

6.11.1955

Trabajé durante los últimos dos meses en la segunda tesis del concurso sobre A. Gide. Creo que es un trabajo suficiente para ese concurso. Mario, a quien le envié una copia no lo estima mucho: le parece un *trabajo de concurso* pero no otra cosa. Puede ser²⁰. Luego, lectura de novelas policiales, y entre ellas, acaso la mejor, la *Dama de Blanco* de W. Collins.

Fatiga y sensación de disponibilidad.

Escribí algunas frases en un nuevo capitulillo del *Bécquer* para su reedición en la colección de D. Alonso (ed. Gredos)²¹.

Relectura de algunas páginas sobre un cuento empezado el año pasado que pienso titular “Flores”. (p. 69 – 70)

6.12.55

Conversación ayer con mi padre que me cuenta lo que sabe de sus antepasados. El bisabuelo de papá era caballero –*Don*– en el caserío de Coles Euguste²², provincia de Orense, Galicia, y fue arruinado por su imprevisión como comisionado para colmar los diezmos del Obispado. A la muerte del obispo –así recuerda papá y esto debe haber ocurrido por 1800 o antes– no pudo presentar comprobantes de haber entregado sus diezmos al obispado. Fue arruinado entonces y perdió sus tierras. Papá no sabe si su abuelo pudo conservar algo o lo ganó con su trabajo. El hijo de aquel gentilhomme, Antonio Díaz –mi padre no está seguro de que su abuelo se llame Antonio o si era su esposa la que se llamaba Antonia Díaz– era también labrador y se casó dos veces. Mi abuelo fue hijo del primer matrimonio. Se llamó José Díaz y Díaz, y se fue de su casa y partió a América porque no congeniaba con su madrastra.

Aquí en América, casó con María Dominga Ceberio Amilivia, nacida en el caserío de Anoeta, en Guipuzcoa.

19 “La invención métrica en Ronsard, La Fontaine y Víctor Hugo”, trabajo inédito del que se conservan seis copias en el Archivo Díaz.

20 “La búsqueda del orden y el impulso a la aventura en la narrativa de André Gide”, publicado en “Revista de la Facultad de Humanidades”, No XVI, 1958.

21 Recién en 1958 la editorial Gredos, de Madrid, publicará una edición ampliada de *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*. Le seguirían una 3ª y una 4ª en 1964 y 1970 respectivamente.

22 Seguramente Coles y Gustei, dos pueblos de la región de Gustei en la provincia gallega de Orense.

Sus hijos fueron Elisa, Juanita, Camilo, José León, Fernando, Antonio (que murió a los dos años), Alfredo Ignacio, y María Josefa. (p. 70 – 71)

1956

11.5.1956

Terminó el concurso de la facultad que gané pero con un acta redactada en un estilo tan alambicado que puede crearme dificultades. Se señala allí, además, que tuve lagunas e insuficiencias. Sin duda tengo insuficiencias en cuanto a mi fonética. Son evidentes para mí mismo, pero las lagunas no existen, o –ya que existen en cierto grado, en el de que todos las tenemos– no pudieron ser verificadas por el jurado y lo que me es más interesante sólo pudieron ser verificadas en la medida en que el mismo tribunal las tenía y no podía entender afirmaciones mías que los sobrepasaban –porque ellos no tenían contexto en que apoyarlas–.

“*Pour mémoire*”, radicaré lo que ahora recuerdo de las observaciones de Ibáñez sobre métrica francesa. Me señaló como erróneo hablar de rima rica en un ejemplo dado. Yo dije: Pero es rima rica. I: –No. Falta la *consonne d’appui*. Yo:– Ese criterio, que es por ejemplo el de Guyau, no se sostiene modernamente, Suverville lo indica expresamente y considera rica la rima que muestra tres elementos idénticos, vocal y otros dos, aunque esos dos sucedan en la vocal tónica²³. Él: No, ese no es el criterio recibido...

Lo mismo sobre mi figura a propósito de [ç?], lo mismo a propósito de una omisión mía de un nombre que no me interesaba citar (¡!), etc. etc. Así fueron mis errores.

Nunca supuse –una ingenuidad que me cuesta curarme– que Ibáñez ejerciera una tan profunda malevolencia para conmigo. Dejó además las cosas de tal manera que todavía puede plantearse una cuestión legal, de forma, en el Consejo, con motivo de su desgraciado lenguaje en el fallo. Hasta dentro de una semana no sabré qué resultado tendrá esto.

Guillot Muñoz, a quien mostré el acta y a quien conté esto está desesperado.

La circunstancia es tal que la siente como excelente prueba para la amistad. Veo como con rayos X a los honestos, a los malevolentes, a los indiferentes desdinosos, etc. (p. 72 – 74)

23 En la bibliografía de “La invención métrica en Ronsard, La Fontaine y Víctor Hugo”, trabajo de tesis que Díaz presentara a fin de obtener la Cátedra de Literatura Francesa, se cita *El arte desde el punto de vista sociológico* (1902) y *Problèmes de l’esthétique contemporaine* (1884), del filósofo francés Jean Marie Guyau (1854 – 1888), e *Histoire et théorie de la versification française*, de J. Suberville.

11.6.1956

Debí anotar, durante las últimas semanas, los hechos que fui conociendo del tribunal luego que el Consejo hubo decidido pedirle que enviara su fallo –ya que entendió que lo que entonces redactaron no lo era–. Pero ya que no puedo anotar ya todo, quisiera, al menos referir lo que recuerdo de los últimos días.

Desde que se pidió al tribunal un fallo Ibáñez desparramaba la especie de que los dos extranjeros (Schlaefrig²⁴ y Coseriu²⁵) estaban decididos a impedir que yo fuera ganador, y que él debía oponerse tenazmente a los esfuerzo de ellos. Lo contrario era lo cierto, sin embargo.

Un día de la semana pasada, el miércoles, se reunió el tribunal y discutió los términos de este segundo fallo aclaratorio durante toda la noche. Como no pudieron ponerse de acuerdo se citaron para el viernes a las 21 y 30 en casa de Susana Soca. Me enteré de ello por C. quien me pidió que lo llamara a media noche para enterarme de lo que resultara. Me advirtió que la discusión estaba orientada por los esfuerzos de Ibáñez que quería aglutinar una declaración por unanimidad en la que se filtraran afirmaciones disminuyentes. Se propuso entonces –lo propusieron C. y Real de Azúa– que cada uno expresara lo que entendía haber firmado en el fallo inicial, y así, fueron dando por orden su opinión. Como todos opinaran que indudablemente me correspondía la cátedra, Ibáñez saltó: ¿Vamos a borrar entonces con el codo lo que firmamos con la mano? Y allí acusaciones de deslealtad y cambio de opinión a los demás.

Así empezaron las cosas el viernes. Y como no aceptara él, ni permitiera aceptar a Sch. ni a S.S. que cada uno diera su fallo con sus fundamentos, empezó a estudiarse una declaración conjunta. La discusión la motivaba, en cada paso, la inclusión que él pretendiera hacer de afirmaciones sobre errores míos que R. de A. y C. impedían. Para vencerlos los acusaba de irresponsables y llegó a insultar a C. Luego le señalaba que no debía levantar la voz. C: No necesito lecciones de buena educación, etc. etc. Invitó por tres veces a C. a salir a pelear a la calle. Así, al fin se fue R. de Azúa, cerca de las 2 de la mañana, diciendo que ya no entendía de qué discutían.

Luego, y cuando se llegó al último párrafo, I. incluyó la conveniencia de que se me vigilara la clase. C. dijo que no podía firmar eso y redactó su texto, que copiaba en lo demás el que se discutiera hasta ese momento, pero alterando el último párrafo refiriéndose a la fiscalización normal y reglamentaria. A esta altura I. dijo que si C. no firmaba el texto estudiado y redactaba otro ellos (Sch. y S.S.) quedaban en libertad, a su vez, de alterar el propio. Y así se separaron.

24 Dr. Armin Schlaefrig (Austria, 1890 – Montevideo, 1960). Una placa de homenaje en la Facultad de Humanidades señala que emigró a América por las políticas de discriminación social imperantes en su país de origen, que se desempeñó como profesor titular de lenguas y literaturas latinas y de Lingüística Romance y que “*su actividad docente fue decisiva para la introducción en la facultad de los métodos y hallazgos de romanística como ciencia de las lenguas y literaturas neolatinas.*”

25 Eugenio Coseriu (1921 – 2002), de origen rumano, se estableció en Montevideo entre 1951 y 1958 como profesor de lingüística de la Universidad de la República y en el I.P.A.

Esto me lo comunicó vibrante y excitado C. a las dos y $\frac{1}{4}$ de la mañana por teléfono. Él (C.) había dejado su texto firmado. Al día siguiente R. de A. avisó a S.S. que debía tener cuidado de no firmar ninguna modificación porque en ella podría incluirse algo que obligara a declarar desierto el concurso.

Por su parte C. pasó por lo de S.S. a prevenirla que no debía cambiarse nada al texto estudiado en conjunto. Y que si así se hacía en ausencia de ellos (R. de A. y C.) él, (C.) denunciaría procedimientos irregulares.

Mientras tanto S.S., Sch. e I. se reunieron el domingo a las 11 y $\frac{1}{2}$ de la mañana. A la 1 y $\frac{1}{2}$ de la tarde C. es llamado por teléfono. Es Susana Soca que le pregunta si él no toleraría que se agregara un párrafo del texto de C. R. de A. Éste, que también había dejado *su texto* aludía a los errores mencionados en el primer fallo y explicaba que eran nimios. Se trataba de incluir el fragmento omitiendo lo de nimios. C. explicó que eso podría anular el fallo. S. le dijo que ella no entendía, que le explicara a Sch. que estaba allí. Éste, tontamente, no entendía tampoco y C. tuvo que explicarle entonces que si ellos alteraban el texto que él había visto denunciaría irregularidad de procedimiento. Eso repitió Sch. Entonces C. oyó un ruido:

–Habla con el profesor Ibáñez, oyó, usted es un irresponsable, un pobre hombre y un desleal.

–Y Ud., contestó C, es un criminal, un imbécil, un ególatra, un demente.

–Eso me lo vendrá a decir a la puerta de la casa de la Srta. S.S. si no es un cobarde.

–Allá voy. Dos minutos, respondió C.

Y, explicándole a su mujer que tenía que salir a pelear porque lo habían desafiado por teléfono, se puso el sobretodo y salió.

Cuando llegó, cuatro capangas –entre ellos Seluja²⁶– le impedían entrar. Discutió hasta que se abrió la puerta y salieron J.Sch. y S.S. Esta última se encaró con C. para enrostrarle que viniera a pelear a la puerta de su casa. Él contestó que era justamente desde su teléfono que acababan de insultarlo. Ella se fue.

C –Aquí me tiene –a Ibáñez que separaba a sus cuatro amigos.

I –Ud. dijo que yo soy un imbécil.

C –Y lo sostengo. Ud. lo es.

I –¿Sabe qué estoy pensando? Que le voy a meter una bala en la cabeza. Tengo el revólver en el auto.

C –Vaya a buscarlo. Pero yo no tengo arma.

I –¿Prefiere los puños, entonces?

C –Como Ud. quiera.

I –Pero entonces sáquese el sobretodo. No quiero tener esa ventaja.

C. se saca el sobretodo e Ibáñez le dice, adelantando el brazo:

I –Ya volteé gigantes y Ud. no es un gigante. Toque mis bíceps.

C (tocándolos) –Son buenos. Vamos a ver.

²⁶ Antonio Seluja Cecín (nacido en 1928), ensayista, narrador y poeta. Profesor de literatura y ayudante de Roberto Ibáñez. En 1979 la Biblioteca Nacional le editó el libro de ensayos, *Tabaré*.

I –¿No ve que le puedo romper el alma?

C –Pero yo puedo desfigurarle y le llamarán “el poeta desfigurado”.

Y da unos saltos enfurecidos: ¡Ah, sí, ah!

Y se sigue discutiendo hasta que se van.

Al otro día Paco Espínola le explica a Coseriu que I. está sentido por haberse extralimitado. (p. 74 – 79)

25/6/1956

El viernes 22 el Consejo de la Facultad me nombró de acuerdo con el fallo –revisado o aclarado– del tribunal del concurso. La designación se hizo casi sin palabras y se me votó por unanimidad.

Tengo que pensar ahora en el curso que haré este año. Pienso en un tema chico, que pueda quedar relativamente estudiado en dos o tres meses, para estudiar luego, el año que viene, un tema grande (pienso que será la filosofía de Balzac).

Los albañiles trabajan haciéndonos el taller para La Galatea y preparando el estudio en el lugar que fue garaje. Allí me mandaré dentro de un mes, creo, con los libros y mi mesa. Minye sentirá tanto como yo, espero, la nueva disposición de la casa, que le permitirá tener un *rincón propio*.

(...) (p. 80)

22 de setiembre 1956

Leí, rápidamente, “Presente perdido”. Está todavía inconcluso. Yo ignoraba entonces, en Bruselas y en 1950, cuando lo di por terminado, hasta qué punto se cerraría en mi propia experiencia. En esa fecha no había ido todavía a Italia y me faltaba lo que después tuve, la desolada ausencia de Marina di Camerota, que no es más que una modulación del tema de la ausencia. Ese movimiento de desesperado retorno hacia el pasado como manera de hallazgo inunda la visión que tuve del pueblo de mi tío abuelo, como lo inundó a él mismo, dramáticamente, en sus últimos momentos.

Hoy ya sé además, de manera más general, que sólo un instante de gracia, fugitivo, relampagueante e imprevisible, puede otorgar la presencia. Fuera de ello toda nuestra vida rodea insistentemente la nostalgia legítima del pasado como única forma de apropiación y la más dolorosa de un futuro imposible. Nos resolvemos –siento– en una ilimitada ausencia. Y esa verdad central nos la hurtamos mediante la incesante ficción de formas encubridoras. Es una de las formas de nuestra desgracia esta de ser en el tiempo, y no de otra manera: de ser, fatalmente, en la comprobación de la reiterada ausencia.

Debo incluir pues un relato de nuestra estada en Marina para que tal ausencia se confirme en el relato subsidiario del fin (el diario), pero debo aludir, además, y esta era la puerta abierta que yo esperaba y que ciertamente cierra el relato, al hallazgo de la ausencia fatal de nuestra condición. Solo en el relampagueante descu-

brimiento ocasional de lo otro –o del otro– podemos existir; si solo comprobamos su ausencia ella nos refleja su nada y nos desvanece.

Estas debieran ser las últimas líneas del relato. (p. 81 – 82)

Noviembre 21 1956

No. No pueden ser las últimas líneas del relato, porque ellas involucran una negación de todo el texto y apuntan en una dirección totalmente nueva. Lo que se hace necesario es tomar esta nueva dirección y desarrollarla, darle –si es posible– todo su alcance. Tan constante es en mí la experiencia aquí apuntada como la que desarrollé en el mismo “*Presente perdido*”, solo que, de las dos, es esta última, quiero decir: la que apunta la indicación de 22 de set. La única que tiene un sentido positivo, salvador. Hay algunos viejos papeles que lo dicen de modo alegórico. No me atrevo a buscarlos. Sería ingenuo pensar que lo que ahora veo en el recuerdo de ellos coincida con lo que ellos mismos son. Se trataba de una novela que escribí con un fervor apasionado y profético hace muchos años, acaso catorce o quince. Nunca pude concluirla. Era una larga narración alegórica que explicaba las aventuras –encuentros, situaciones– de un ser del que brotaba una iluminación espiritual desconocida hasta por él mismo, pero que estaba precedido por signos milagrosos y cuya presencia era esperada como necesaria y suficiente prueba de no sé que revelación. Una escena recuerdo que se destaca más que otras en mi memoria. Ocurría –creo ahora– en el patio de un conventillo. El ser que digo –y que en el relato solo estaba designado por una letra– era inexplicablemente perseguido por una multitud. Explicaré mejor la situación, que voy recordando mejor a medida que escribo.

En un teatro se representa una pieza de extraño contenido alegórico. La pieza estaba redactada enteramente y mostraba a un pueblo oriental esperando la llegada de un ser milagroso. Se esperaba de él una presencia redimidora. Mientras la obra se representa entra al teatro – no recuerdo cómo ni por qué– el héroe de mi novela. Alguien lo persigue o alguien lo guía. Se refugia tras unas cortinas. Alguien lo llama y un grupo lo rodea. Se deja arrastrar por él y se encuentra así, de pronto, en medio del escenario. Se está representando la pieza que dije. Él es el esperado. Pero sus gestos, sus palabras, no corresponden con el previsto texto de la pieza. Sus palabras suenan a herejía. El apuntador corrige insistentemente. Los actores cercanos también. ¿Qué le importan a él aquellas correcciones? El quiere ser quien es, o quien cree ser y nada le importa ese contorno exigente que pretende obligarlo. El público se inquieta. La escena se desordena pero no deja de tener sentido. Los actores se rebelan y el público participa de esa exigencia haciéndola suya. Se sigue un grave desorden. Los espectadores suben a la escena. El joven es perseguido. Lo persigue una multitud. Es ahora una ciudad entera la que lo persigue. Él huye y a vuelta de varias calles entra en un conventillo. Aquí tiene lugar la escena a que aludí y que recuerdo más claramente. Cuando entra se encuentra en un patio bajo un emparrado. Algún niño juega. En un rincón, sentado sobre un banco muy

bajo un viejo toca una flauta. Junto a él, quieta y como escuchando, una chiva (?). El viejo toca aún un poco, luego gira la cabeza y ve al joven. Interrumpe su música y le dice algo similar a esto:

–Ah, ya llegaste. Entonces todo está bien – y rompe quebrándola contra las rodillas, la flauta en la que tocaba. –¡Te esperé tanto! Agrega. Y luego conversa con él. No puedo recordar esa conversación. Sólo sé que el viejo le da consejos cuyo sentido el joven no penetra completamente. Sin embargo los sigue. Ellos lo llevarán a encontrar en una calle próxima, a la hechizada. Recuerdo que tenía la novela varios capítulos que se titulaban “Reconocimiento y formas de la Hechizada” y luego el número (I, II, III). La novela quedó detenida en la redacción de estos capítulos. Todavía los conservo. Pero no quiero leerlos ahora. Prefiero hacer lo posible por recuperarlos en otra versión, en la que acaso daría el mismo A., aunque es muy difícil que pueda vivirlos como entonces los viví. De todas maneras ellos darán acaso, mejor que cualquier otro desarrollo, el tema de la *presencia*, de la *potencia*, que se opone al tema de “Presente Perdido”, como su reverso y como su consumación. (p. 82 – 86)

30 nov. 1956

No sé si tiene sentido preocuparme por rehacer aquellas páginas de la “Hechizada”. Temo que la situación, tal como entonces yo la imaginaba –y que estaba sin duda contaminada, por su forma, aunque no por el sentido ni por el estilo, de mis lecturas de Kafka– me obligue en un sentido demasiado distante de lo que ahora soy. Pienso que acaso podría sustituir todo ese pasaje por una narración. Ésta sería simple y coherente, un relato que podría vivir independientemente de este contexto monstruoso en el que quedan hasta ahora enredados mis proyectos literarios. Yo narré una vez una historia de algo que ocurría en una playa lisa y extensa, y que consistía en una incesante e irresoluble experiencia de ausencia. Siento la tentación de realizar su contrario, su envés. Otra historia de amor. Acaso el mismo paisaje. ¿O será necesario cambiar también el contorno? (p. 86 – 87)

Cuaderno X

1971

S/Pasteur. Jueves 14 enero 71.
Hoy arribamos a Santos a las 15.
Cartas para Maggi y Amanda.

S/Pasteur. 15 enero 71. A la noche. A poco de salir de Río (que no vimos) luego de un día de lluvias torrenciales.

En el salón juegan a las cartas: el amigo ajedrecista de Canarias, dos ingleses; en otra mesa rioplatenses: Jacobo y Minye miran el juego. Arriba en el puente, una gaita y un grupo de muchachos; entre ellos Álvaro y Ives que lleva su guitarra.

Inolvidable la gallega que pidió a Minye que le escribiera una carta. Lleva una bolsa de limones contra el mareo. El argentino que se siente cansado de la vida a los veintitrés años y “para curarse” viaja, quemando el capital de su renta.

Sensación sumamente desagradable a propósito de los que se sienten pertenecientes a una clase dominadora. Molestia por los brasileños lujosos, de ricas ropas y desdén. Molestia por quienes tienen falta de soltura (arriba suena la gaita).

No puedo hacer prácticamente nada; ni leer. Tengo la novela de Mario *Conversación en la Catedral* y no puedo avanzar¹. Me distraigo. Comprendo que estoy aflojando tensiones de años. ¿Descanso real? No alcanza con mirar, estar, dormir. Cansancio. Deseo de no preocuparme por nada.

23 de enero – sábado.

Llegamos a Las Palmas de las Islas Canarias. Visitamos la Gran Canaria y conocimos la ciudad de Aruca a 20 kms. de la capital –o puerto– la 2ª ciudad de la isla. Camino de montaña con lagos todo el tiempo entre bananales con tierra sostenida por muros de piedra y enormes depósitos de agua. La ciudad llena de calles empinadas con vegetación tropical en macetas y angostas veredas lustradas.

Son las 7 y ½ de la tarde. Partimos ya de la isla rumbo a Lisboa.

¹ La expresión trasunta cierta familiaridad con el autor de la novela, Mario Vargas Llosa. En efecto, se conocieron en Cuba en 1965, siendo ambos parte del Jurado de narrativa en el concurso anual de Casa de las Américas. Posteriormente, Díaz realizó gestiones ante la Universidad de la República para que Vargas Llosa fuera invitado a Uruguay, donde el escritor peruano arribó por primera vez hacia 1966. Vargas Llosa es también el autor de la primera reseña en el exterior de *Los fuegos de San Telmo*, en el “Expreso” de Lima, el 21 de marzo de ese mismo año, reproducida en la última edición del libro en Italia. La correspondencia por escrito entre ambos autores se extiende hasta fines de 1984.

26.I

Desde ayer, Lisboa. Paseamos por la ciudad. Castillo de San Jorge. Catedral. Trepamos y bajamos por las callejas.

El Castillo de San Jorge: el paisaje increíble de la ciudad, que cerca es un puzzle de techos y alturas irregulares y se extiende hacia el río y el Puente donde ya lo esfuma la niebla. Allí partía el Pasteur a las seis de la tarde, mientras mirábamos con los anteojos. Entre las ruinas del castillo, desde el camino de ronda, de pronto un pavo real vuela y se detiene sobre una arcada derruida, como un capricho de un escultor romántico. Escena tan romántica: ruinas, naturaleza, enredaderas, árboles entre arcos y columnas; faisanes, patos, flamencos en pequeños estanques, y palomas, muchas palomas: palomares en los cuartos de la guardia.

Después inverosímiles callejas irregulares y pulcras, de empedrado, y empedradas de mármol las aceras. Los ómnibus suben inverosímiles pendientes por lugares donde apenas pasan, los lados junto a las paredes.

27.I.

Ayer, Monasterio de los Jerónimos y gran claustro. Museo de la Marina, café con leche de una pastelería de Belem, y caminamos por los barrios cercanos. Tomamos tren hasta Alcândara, un bus que atraviesa el puente hasta Almada. Volvemos enseguida y nos guían buscando una casa de *fado*. Cenamos primero en un restaurante A “Caravana”, con vino blanco seco y luego a Cesárea, casa de *fado*, hasta la madrugada. Volvemos en taxi hasta el hotel.

Sobre el *fado* cantado en el pequeño patio de ventanas y puertas simuladas en las paredes. Hay cambio de luces cuando se va a cantar. El *fado*: un grito casi seguro, que cae con desesperanza y se lamenta en una espera que no tiene fin. Recomienza otra vez el grito, arrancado desde un fondo solitario, y cae. A veces termina también con un grito que se pierde.

Guitarra y viola esperan cuando la voz se adelgaza cayendo y cuando aparece el último grito se lanzan sobre ella y la ahogan. Cantan como los negros.

Se bambolea el cuerpo muerto, ya muerto, para que salga una pasión escondida; lo que queda es eso, haciendo mover un cuerpo muerto, casi vacío que obedece descoordinadamente (la mujer).

28.I.71

Salimos hoy, por tren, para Madrid. Ayer visita a Sintra en tren eléctrico y luego en taxi al Castelo de Pena, residencia del Rey. Estructura base: ¿monasterio del siglo XIV? Y sobre él se reconstruyó un edificio con desajustes de estilo que comprende gran puerta morisca y reconstrucciones y adiciones diversas, en la cumbre del monte de Sintra (Pena quiere decir cumbre) en el siglo XIX. El castillo está conservado en refulgente estado: todos sus muebles, porcelanas de Saxe,

maderas de las Indias Orientales, palo santo, con finísimo trabajo de labrado y marquetería con marfil.

Esos palacios deshabitados, cuidadosamente mantenidos y preparados con cadenas y cordones para que los visitantes paseen y no toquen y que concita la actividad de cuidadores, guías y choferes de taxi, hasta la cumbre rodeada por un espléndido parque abandonado y cuidado a la vez, cuidado para nada; esos palacios lustrados y vacíos en la cumbre de la montaña (desde donde se ve el mar Atlántico hacia el Oeste y hacia el sur el Tajo y Lisboa) parecen un símbolo de Portugal: una gloria vacía y venerada, sin nada, que flota inútil sobre la ciudad, sobre el país. Sobre el país reina algo vacío, una gloria hueca, sin destino, sin voluntad. Abajo, sin nadie que lo venere reina una trenza invisible y fuerte que rige la vida. Y el periódico dice en la primera página: “*Visado pela comissao de censura*”².

En los barrios viejos me sorprendieron las ventanas donde muy a menudo, sobre la calle desierta, desde esas casas de muñecas, se asoma y queda inmóvil una vieja o un niño que juega repitiendo un mismo movimiento inútil.

1º febrero Madrid

Sobre todo, paseo a Toledo el domingo –ayer– El Greco, San Juan de los Reyes, Santa María da Blanca. Y sobre todo, el paseo por las calles de Toledo, perdiéndose en los callejones. Pero inundado todo de turistas –extranjeros y españoles– mucho más la presencia de Toledo en el recuerdo. Y mucho más importante el *Apostolado* del Greco que en el otro viaje. Me importó más ahora el Greco que antes. Inevitable comparar.

Miércoles 3. Febrero. Madrid

El sábado habíamos vuelto a ver San Antonio de la Florida que me importó más, y ayer con Álvaro, en la Sala baja del Prado, los cartones de Goya que no había sabido ver, me parece, entonces.

Memling, y los demás flamencos, y Durero.

El Prado me abrumba. Exige una entrega y una disciplina tales que uno se avergüenza de ir a él tres o cuatro veces, que es lo que podremos verlo.

Conversaciones con Gamallo Fierros, aquí; con Carmen Conde³, en su casa, con Hipólito Escolar⁴, en la Ed.

Minye asistió ayer a una comida de escritores. Veremos esta tarde en “Ínsula”.

2 Gobernaba en Portugal el primer ministro Marcelo Caetano, continuador de la dictadura iniciada en 1926 con el golpe de estado de António de Oliveira Salazar.

3 La conocida poeta y narradora española Carmen Conde (1904 – 1996) sostuvo una larga correspondencia con Amanda Berenguer. En 1967, Ediciones de Cultura Hispánica publica, bajo la dirección de Carmen Conde, la antología *Once grandes poetisas Américo – hispanas* incluyendo entre ellas a Amanda Berenguer.

4 Hipólito Escolar, a quién Díaz conocía a través de la editorial Gredos, será nombrado en 1975 Director de la Biblioteca Nacional de Madrid y de la “Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos”.

Pero tengo hasta ahora el sentimiento de lo literario como de una vida superficial, juguetona, no muy seria. Con falta de devoción, provincial. Poco interés por los demás y por el mundo. Nadie me preguntó nada sobre América ni sobre los Tupamaros. Hablan todos muchísimo; recuerdan, cuentan anécdotas, dan explicaciones sobre la vida española, sobre Franco, sobre intrigas de palacio. Es un mundo que me es ajeno. Me resulta pintoresco y un poco fatigante. Sobre todo porque no es fácil el diálogo (al menos para mí). Creo que como escritores están profesionalizados. Y eso quizá sea la causa de esa superficialidad y falta de densidad de sus trabajos. Publican todos mucho.

Domingo 7 febrero. París

Desde que llegamos, el 5 a la tarde, reconocimiento de París. Es un modo de llegar a casa. Caminamos por el Quartier Latin, por la Cité, por Saint-André des Arts, y luego el Louvre. De noche, después de descansar, visita a Campodónico⁵.

Cansancio físico, pero, después sentimiento de estar en la ciudad conocida.

Pasamos por lo de Corti, que nos reconoce y dice “La Galatea”, apenas entramos. Su gentileza de siempre.

Lunes 8

Ayer de noche, en lo de Campodónico, oímos la adaptación de dos cuentos para la radio. Durante el día Trocadéro, Musée de l'Homme, y Aquarium; vuelta en ómnibus.

Jueves

El lunes visita a Saint-Denis. Vuelta por la autopista a velocidades locas en la hora de afluencia. En Saint-Denis visión de los tres planos, merovingio, carolingio (románico) y medieval. Y las figuras yacentes. Pienso, todo el tiempo en la versión literaria de su Proust a propósito de su pequeña iglesia.

[...]

Teléfono a Jean Cayrol⁶ y está para el miércoles. El miércoles conversación con él en Ed. du Seuil (rue Jacob). Cita para el próximo jueves 18 con Claude Durand (joven, simpático, vital)⁷.

5 Luis Campodónico (1931 – 1973), residió en París desde 1955. Posteriormente sostuvo una larga correspondencia con Díaz entre 1964 y 1970. Con respecto a su obra Díaz escribió en “El Correo de los Viernes” (27/11/1981) el artículo titulado “Luis Campodónico, para no olvidar” donde destaca las virtudes de sus trabajos literarios que “ponen de manifiesto una voluntad de investigación, de experimentación”. Amanda Berenguer, por su parte, cuenta el origen del cuento “Contrabandistas”, de Campodónico, en *Materia prima (Dialéctica de la invención)*.

6 Poeta y editor francés (1911 – 2005).

7 Díaz sostuvo correspondencia con Claude Durand entre 1964 y 1971. El 23 de diciembre de 1970 Díaz le escribe haciéndole saber de su viaje a París y, dados los vínculos de Durand con Edic. du Seuil, le ofrece conocer la obra poética de Amanda Berenguer.

De noche, cena luego de tomar una copa en lo de Paul, en el Restaurante Ravailiac, en el Marais. Paseo por el Marais. Casa de Mozart, etc.

Cena el viernes en lo de Paul, el martes en lo de Campodónico.

Sábado 13.II.71

Anoche interesante reunión en lo de Paul Fleury⁸, donde conocemos a Américo... y Marc Pierret⁹. El primero –especialista en Vallejo– me resulta cínicco superficial (*raté*) y con su vida perdida. El segundo, en cambio, muy equilibrado, serio, más profundo. Se interesa, en el psicoanálisis histórico (escribe sobre Richelieu) y quedamos en vernos otra vez. Después llegó Labrousse¹⁰, cuyo libro estaba en el comentario de todos.

Esta mañana, muy agradable encuentro con M. Bataillon¹¹ en su casa.

Recuerdo su conocimiento en 1950 en París.

Alusiones a Américo Castro y sus ideas sobre la sociedad. Reparos de Braudel¹². Recordamos criterios. Me llama la atención sobre el interés de la lectura de Erasmo en Cervantes y me ofrece separata del volumen de homenaje a Erasmo donde figura su artículo sobre *El elogio de la locura* y Cervantes.

Indicaciones sobre la inoportunidad de las asimilaciones arte plástica literatura (sobre todo a propósito del barroco. Recuerdo a Hatzfeld¹³ y a Braudel; él aprueba).

Me señala su interés por el tema Grial y la picaresca y me ofrece su libro *Pícaro y picaresca*.

Sentimiento de estar aprendiendo –conversando con alguien que es seguro, honesto, profundo, humilde y sabio. Un maestro. Se lo dije.

Recordamos a Monner Sans. Cuento la anécdota de la vez que me hizo entrar “*jouis de l’entrée des artistes*” como él me dice. Reímos. Me despido.

17.II

Ayer, al volver de lo de Campodónico, perdimos el Metro y caminamos desde la *Cité Universitaire* hasta la Sorbonne. París: inundado de automóviles estacionados en todas las calles y en todos los rincones, con la ciudad dormida. Sin peatones y otros automóviles que corren y se estacionan ante los *feux rouges*.

8 Fundador, junto a Lucien Mercier, Amanda Berenguer y J. P. Díaz, de la revista franco-uruguayana “Maldoror”, “un cruce cultural transatlántico”.

9 Marc Pierret (n. en 1929), novelista y periodista. Publicó su primera novela en 1968. Ha colaborado con “Tel Quel”, “La Revue d’Esthétique”, etc.

10 Camille-Ernest Labrousse (1895 – 1988), historiador francés. La obra a que se alude puede ser el primer volumen de *Histoire économique et sociale de la France*.

11 Marcel Bataillon (1895 – 1977), hispanista francés, autor del famoso estudio *Erasmo y España* (1950).

12 Fernand Braudel (1902 – 1985), historiador francés.

13 Helmut Anthony Hatzfeld (1892 – 1979), filólogo, hispanista y cervantista alemán.

18.II.71 Jueves

Hoy bajo nuestras ventanas los muchachos pasan gritando y haciendo cadenas: *¡Le peuple en avant! ¡C'est le peuple en avant! ¡C'est le peuple!*¹⁴ Los periódicos se acuerdan ya a menudo de *mai* 68.

20.II. Sábado.

También nos despertaron ayer los estudiantes. Cuando salimos, tarde, ya al mediodía, estaban sentados en la calle, interrumpiendo el tránsito, en la Place St. Michel. Estuvieron todo el día hasta las 19 horas, con enorme despliegue policial en torno. No vi incidentes. Vimos en cambio momentos de silenciosa tensión.

21. II. 71 Domingo

Olvidé anotar sobre dos entrevistas del jueves 18 por la tarde. Conversación con Claude Durand en Du Seuil sobre posibilidades de publicación y luego con Jean Marie Durry (actualmente directora de la Escuela Normal *supérieure de jeunes filles*) en Bd. Jourdan.

Con el 1º quedo en traerle copia de una traducción de *Tratados y ejercicios* –incompleta– y en cambiar con él cartas de tiempo en tiempo. Olvidé aludir a mi texto sobre Nerval.

En cuanto a la 2ª me entero algo sobre el funcionamiento de la Escuela. Siguen cursos en Facultad y seminarios complementarios en la Escuela. En creación: centro de estudios sobre poesía – novela – antigüedad.

Marzo jueves 4.– París

Durante los últimos días, lecturas, encuentros, entrevistas.

Larga conversación con Marthe Robert¹⁵. La conversación gira en torno de la actual situación de las letras francesas. Discriminación de la creación; desarrollo de la literatura crítica; cambio de actitud general. Diferencias generacionales. Abandono del mundo tradicional de las nuevas generaciones. Propongo a M. R. una entrevista para “Marcha” y le parece bien. Quedo en preparar un cuestionario. Pero ahora aparece enferma y hay que postergar la entrevista. En principio para después de Bordeaux.

Conocimiento de la hermana de Paul, Cécile Loeb¹⁶, que escribe, además, textos que publicamos en “Maldoror”. Quedaron en vernos para conocer a Henriette Lambert, traductora que podría hacer trabajos para una antología uruguaya. Encuentro con Novoa, adonde vamos con Osin, y conversación con él. Vemos algunos de sus trabajos –no se puede decir sus cuadros.

14 “¡Es el pueblo avanzando! ¡es el pueblo avanzando, es el pueblo!”

15 Marthe Robert (1914 – 1996), importante crítica francesa.

16 Cécile Loeb había publicado el texto “Rumeurs” en el N° 2 de la revista “Maldoror”, 1er. trimestre de 1968.

Volveremos a ver a Marc Pierret – que sale para España–. Le telefonearemos a su vuelta.

Carta de Salomón¹⁷ y respuesta: acuerdo para dar conferencias en Bordeaux. Conferencias en París, acordadas en Leselbaum, para después de la vuelta.

Reunión en lo de Novoa con artistas plásticos, entre los cuales Le Parc, a propósito de una acción latinoamericana en París¹⁸. Ideas. Proyectos.

Lecturas de la “NRF” excitantes, sobre literatura actual. Lecturas de una pequeña plaquette de Michaux. Vuelve el interés por publicaciones no comerciales. Deseo de trabajar.

Conocimiento de Jean Orizet¹⁹, en la librería de Saint-Germain-des-Prés, interesado en hacer ediciones de poesía – antología uruguaya. Lo acordamos en principio para hacerlo desde Montevideo. Le dejo traducción de *Ejercicios* hecha por François²⁰. Recogemos publicaciones de poesía a 1 franco. Vendió 300.000 ejemplares. Tiradas 30 a 50.000. Vuelve ahora a 40.000.

Viernes 5 (marzo)²¹

Recibo invitación para dictar conferencia sobre tema concurso Agrégation, donde figura una *question* sobre Rodó. Me escribe *le professeur* P. J. Guinard, *maître de conférences*.

Viernes 26 París

Estuvimos en Bordeaux. Anoto simplemente para recordar: conferencias en la estupenda universidad; tono encantador de grupo de profesores. Dos días en Sanguinet, en casa de Noël Salomon, que me resultó un tipo excelente.

Viaje a Poitiers. Sin actividad universitaria. Pero paseos por la ciudad y luego por los alrededores en auto alquilado. Espléndido paseo.

Nos detenemos en Chartres, hasta familiarizarnos con su catedral y con las callejas cercanas. Cuatro días.

Luego París. A tiempo para cumplir con el compromiso de la conferencia en la Sorbona que dicté ayer (dos horas); sobre Rodó!

Escena de Bordeaux: Descendemos a la cripta de la Torre, frente a la Catedral. La guía, que habla español describe con familiaridad el tipo de muerte que se supo debió alcanzar a cada cadáver y llama la atención sobre las partes que se conser-

17 Noël Salomon, profesor del Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines de la Universidad de Burdeos. Sostiene correspondencia con Díaz entre 1970 y 1973.

18 Julio Le Parc, escultor y pintor argentino nacido en Mendoza en 1928.

19 Jean Orizet, poeta francés nacido en Marsella en 1937.

20 Esposa de Luis Campodónico.

21 El 25 de marzo, Díaz pronunciará la conferencia “Ariel y el americanismo literario de Rodó” en el Amphithéâtre Annexe, 16 rue de la Sorbonne París V. El British Council lo invita a Londres y a Francia donde dicta conferencias sobre temas del Programa “Agrégation” en las universidades de Bordeaux (sobre el “Ariel” de Rodó) y en Poitiers y Paris (“Teoría de la novela en Cervantes”). Posteriormente viajará a las universidades de Reeds y Essex en Inglaterra.

van: golpea con un dedo una oreja seca, que suena como pergamino y dice: la oreja conservada perfectamente; maneja una linterna y proyecta su haz sobre el entrepiernas de un hombre: sus partes conservadas perfectamente; las piernas, como ven, estaban en otro terreno, y desaparecieron a partir de las rodillas; allá – y el haz de luz se dirige hacia un vientre enorme– se trata de una mujer embarazada. El siguiente fue herido o asesinado, como se puede ver si se advierte el tajo que abre la piel a la altura de la tetilla derecha. Esta es una joven, muerta seguramente por una infección, pues no presenta alteraciones –hace sonar la hueca cubierta de piel seca con un tiquiñazo– senos conservados, pelo conservado; esto es pelo; párpados conservados; los ojos, naturalmente desaparecieron.

Arriba, cuando salimos, el sol, pero detrás de una empalizada que rodea la torre –donde se están haciendo trabajos– y a la sombra de esa empalizada, una rueda de viejas que tejen, inverosímiles, deformes ya, como esperando para hacer la rueda allí abajo.

20 abril París

Anotar la imagen de la vieja que baja al bar a las 3 y ½ de la tarde a hacer su juego con la máquina. En un *quartier* elegante junto a *L'Étoile*; el Arco de Triunfo está a la vista, imponente, desde la puerta. Muy bien vestida. Se preparó para salir y hacer su pequeña partida. Algunas exclamaciones cuando, como corresponde, pierde.

Otra visita al Museo de Arte Moderno. Ya París con castaños y plátanos. Había más patinadores adultos. El viejo, cansado de patinar, descansaba. Patinaban otros más jóvenes.

Otra visita al Grand Bassin de las Tullerías. No estaba el fabricante de barcos. Un peludo tocaba la cítara en gran camino central. Era música del 18.

23 (abril)

Desde ayer en Londres. Ayer jueves, reencuentro con la National Gallery: Velázquez, *Rembrandt*, Goya, Turner, un dibujo de Leonardo.

El programa que preparó el B.C. va a ser muy movido. Leeds, Manchester, Liverpool, Oxford, Moldbiedza, Colester Essex, etc.

27, Manchester

Anteayer y ayer conversaciones en Leeds, donde dicté una conferencia sobre Bécquer. Y tuvimos una excelente reunión con los Brown y con la gente de su departamento. Ayer llegamos aquí y hoy visité la universidad que me produjo excelente impresión.

Largas conversaciones sobre los métodos de trabajo universitarios, especialmente sobre el régimen de tutoría y sobre la organización de los cursos y seminarios, y clases de traducción –en los dos sentidos: cuando es hacia el español, un

consultor español está presente. Pero sobre todo la Universidad crece de manera formidable: previsto un crecimiento del 30% en los próximos diez años.

14.V.71

Frente al lago Uri, entre Brunnen y Altdorf. En un hotel que parece una casa de muñecas. Las montañas de la otra orilla no se pueden ver enteras por la ventana. Costa de túneles y protección contra caída de piedras: el Axentrasse.

De Ligny en Barrois hacia Strasbourg, pasamos por los Vosges, almorzamos en el Col de la Capellotti, y luego pasamos por el Col du Donon (710 mts.). Foto de Grand-Fontaine. Strasbourg. Fotos en la Catedral y las casas cercanas, tomamos café en la plaza y vamos a dormir a Colmar. [...] Paseo nocturno por Colmar. Fantástica ciudad del 1500. Iglesia con vitrales iluminados por dentro. Aljibes. Fuentes. Antigua aduana.

De Colmar salimos para Bâle pero nos detenemos tres quilómetros antes de la frontera, en Saint Louis.

El 14 salimos para Bâle ¡¡vemos Picasso!! Braque, Van Gogh, Chagall, Corot, Monet, Manet, Kandinski, Giacometti, Mondrian, Klee, Max Ernst, Renoir, etc. El Kuntsmuseum es fenomenal.

De ahí hacia Luzerna y paseo por los bordes de los lagos por las carreteras de cornisa y protegidas.

Firenze 18 V²²

Llegamos anteayer de Milano. El viaje por los lagos italianos fue sombrío, siempre con lluvia y por carreteras angostas. Perspectivas de las montañas en varios planos. Llegamos a Milano en la noche del 15 y salimos en la mañana del 18. Pero nos detuvimos en una *trattoria* y nos detuvimos luego en Palena, cuyo maravilloso Baptisterio vimos y fotografiamos.

Luego corrimos por la autopista, sin detenernos en Bologna y llegamos a Fi de noche. Alojados en la Pensión Bigallo, junto al *campanile*. El Duomo está a la ventana.

Ayer de mañana fui a la Universidad y me encontré con que estaba anunciada una conferencia del Prof. Giorgescu sobre Cortázar y una mesa redonda posterior con intervenciones de Garassa de Buenos Aires y mía. Conferencia muy sistemática de Giorgescu. Luego intervención convencional de Garassa. Hago algunas reflexiones sobre la estructura de la novela y sobre la sociedad de masas.

De tarde Santa Croce. Los frescos del Giotto. Las tumbas de Miguel Ángel y de Galileo. Pontevecchio. Café en la *Piazza della Signoría*.

22 Invitado por el *Centro di Recerche per l'America Latina* participa en Florencia de mesa redonda sobre novela latinoamericana contemporánea y en Roma dirige una reunión de seminario sobre la obra de Bécquer.

Narni 4 junio

Escribo en Narni, Hotel Bellavista. Antiguo convento del siglo XIV prendido a la roca inverosímilmente. Trato de recordar la ruta que hicimos. De Nápoles (Museo Nazionale: Coma: cumbre desierta del templo de Apolo y grandeza del mar; Solfataras; Cabo Míseno, Lago Averno. Junto al lago Míseno la antigua Estigia (Lago Fuzaro) y Piscina Mirabile. Ponbligo²³. Pompeya, pasamos por Portici, etc.). Luego la espléndida y vertiginosa carretera costera: Sorrento: atravesamos la península hacia Positano y dormimos, luego de Amalfi, en Minori. De allí –donde tomamos fotos– volvimos a trepar a Ravello, dormimos de nuevo en Minori y comenzamos a bajar: Vietri sul Mare, Salerno, Paestum. Descubrimiento del espléndido actual museo de Paestum y seguimos por la costa hasta Marina d’Ascia. Ya después de Agropoli el sentimiento de grandeza del mar y montaña es muy diferente. Toda la carretera es costera (no está en el mapa Michelin). Viajamos y conocimos el puerto de Palinuro y atravesamos Palinuro por túneles y puentes hasta Marina di Camerota.

Cambio de Marina: anuncios de *night club*, bailes que fotografío. Encuentro y reconozco la casa de Carminiello. Él me abre la puerta. Paso a ver a sus hijos y nietos. Y el puerto. Seguimos.

Camino alto y difícil hacia Policastro y Sapri y después ruta nacional hasta la Autostrada 3. Dormimos en un motel a la entrada de Pertosa para ver las grutas. 12.800 kmts (¡) Y al día siguiente luego de detenernos en las grutas, salimos hacia las 11 y ½ hacia el norte, dejamos una tarjeta en Napoli, bordeamos Roma y seguimos la Autostrada hasta la desviación para Narni: pequeña ciudad medieval.

8 junio Ravenna.

De Narni fuimos a Gubbio donde durmieron los Díaz. Pasamos por la ciudad medieval. Cansancio físico. De Gubbio pasamos por Perugia, lago Trasimeno, Siena. Temporal mientras estamos en la Piazza del Campo. Vemos la catedral y vamos a dormir a San Geminiano. El encanto de Val d’Elsa desde la ventana del hotel. Lluve. Antiguo convento (como el hotel de Narni).

Salimos de San Geminiano para Ravenna pasando por Bologna donde no estuvimos más de una hora (Plaza, Torres...). Y de ahí a Ravenna por autostrada desviación Faenza.

Sueño. Sueño de la autopsia de mi tío Domingo, deshecha la boca por un balazo y la bala incrustada en la columna. Un letrado indica el interior que cuando se alojó la bala murió. Comprendo además que su gran cuerpo hueco (como el de un bagre) es el interior de un mundo. Me despierto. Sentimiento de haber tenido un gran sueño. (Vinculable a otro de otra noche.)

23 Cabo Míseno y Ponbligo han sido imposibles de ubicar. Puede haber algún error en la grafía.

10 de junio. Venecia

Sorprendente como si no la hubiera visto, espléndida y melancólica, como una fiesta que celebra su propia aniquilación: el final desposorio con las olas que la otra noche manaban de las piedras de la Piazza de San Marcos y que golpeaban sobre la *Riva degli Schiavoni* y se derrama(ba)n sobre la *Piazzetta de L'imbroglio*. Festiva y con turbio olor a flores muertas y despojos, pompas fúnebres. [...]

Cuaderno XI

1997

París, 28 oct. 97

París. Otra vez París. ¿Cuánto hace? Debió ser en 1971; 26 años. Pero caminar por el Boul. Mich, y dos o tres pasos por el barrio me conmueve profundamente; como si hubiera habido –la hubo– una vinculación afectiva humana con este diario de París.

París 29 Oct. A la noche

Además de los paseos –el barrio, el boliche en el que almorzamos, fraternizando inesperadamente con clientes, dueños de casa, etc.– la caminata, el cansancio de caminar, etc., pero la emoción de sentir este espacio junto al Sena, y sobre todo el encuentro con un estilo francés nuevo, fraternal, amistoso, de buen humor, etc.

Nápoles 4 nov. ¿Nápoles? (Castellamare di Stabia)

Esta mañana fuimos con los muchachos¹ al lugar que recordábamos con más veneración de casi todos los que habíamos visitado en viajes anteriores, los mismos lugares que Amanda evoca en *La Dama de Elche* y que yo había recordado en *Los fuegos...* Habíamos hablado ya de ello a los muchachos... Pero lo que encontramos en este viaje nada tiene que ver con lo que tanto nos había significado en los viajes anteriores. Aquello que sentíamos como un testimonio que nos permitía evocar toda una larga tradición clásica, que nos obligaba a sentir la presencia de los textos de Virgilio, con lo que ello comporta de vínculo con el mundo de la cultura, simplemente desapareció: en el *lago Averno* está instalada una estación para el ejercicio de sky náutico, con las necesarias lanchas y los instrumentos para cultivar el salto del sky... Pero además el sendero que lleva a lo que era –y es– el antro de la Sybilla, está notablemente sembrado de papeles sucios, de preservativos usados, de servilletas de papel sucio, etc. verdaderamente agresivo.

5 de noviembre

Las últimas líneas las escribí en el Hotel Torre Varano, en la zona de Nápoles. La ventana que tengo al lado ofrece un espléndido paisaje: una montaña a un lado, más allá de las estribaciones de la misma en la que está el hotel Varano, y al otro

¹ En este caso, “los muchachos” son su hijo, Álvaro Díaz Berenguer, y su esposa, la poeta Sylvia Riestra.

lado el Vesubio. Entre una y otra, delante de la ventana, aunque lejos, el mar, el mar de Italia...

6 de noviembre

Releo el texto para *Los fuegos...* y pienso en borrar una línea y sustituirla: había tenido presente lo que Virgilio había imaginado, pero no puedo referirme ahora al lago Averno, y menos a la cueva de la Sibila, luego de haber visto que el lago es el lugar donde se hace esquí acuático, y el sendero a la cueva de la Sibila está sembrado y saturado de servilletas de papel y de abundantes preservativos usados, naturalmente. Eso impide aludir a lo que evocamos tanto Amanda como yo cuando nos referíamos a esa zona de Italia tanto en *Los fuegos...* como en *La Dama de Elche*.

8 noviembre Paestum

Imposible dejar de admirar el espléndido trabajo de los arqueólogos sobre esta zona. Lo que conocimos como un hermoso templo abandonado y solo en medio de un campo en el que se hallaban otros restos de trabajos de la civilización griega, es ahora un campo de trabajo arqueológico cuidadoso y eficaz, no solo por el trabajo de campo que se advierte, sino por el *espléndido museo* en el que ya se están mostrando los frutos de un trabajo serio y eficaz sobre esta ciudad perdida...

11 de noviembre

Durante los últimos días me fue imposible escribir; todo el tiempo estaba tomado por el encuentro con las personas, con los actos que se realizaron en Marina di Camerota. La sorpresa por la dinámica actual de la pequeña ciudad, y la emoción por la acogida que ocurrió en todos los niveles, desde los discursos oficiales de las autoridades en un acto solemne, al encuentro con todos los niveles a la vez en la cena al final de la cual, cantaron para mí, junto a mí, cantos de los marineros los integrantes del Sindicato de pescadores de Marina. Entre una y otra canción los abrazos y los besos con los pescadores. Probablemente nunca volveré a sentir la fuerza de ese abrazo colectivo, como esa noche.

La acogida recorría todos los niveles sociales, desde las autoridades civiles (el Síndico, el Alcalde de la ciudad, el cuerpo colegiado que constituye su autoridad civil, etc.) hasta las agrupaciones sociales, estuvieron presentes y celebraron nuestra llegada y nuestro título entonces otorgado, de ciudadano de Marina, con el saludo de los aplausos que siguieron.

Eso estaba acompañado, además, de los saludos de familiares, prácticamente desconocidos para mí.

Todo eso estaba acompañado del pedido de firmas para ejemplares de *I fuochi di Sant 'elmo*.

Todo eso mientras recorríamos Marina. Durante la fiesta de la noche que mencioné, la emoción nos puso a cada momento al borde de las lágrimas. Además no era sólo yo quien se conmovía. Hubo un hermoso momento cuando, como para corresponder las canciones –cuyo texto no pudimos comprender por el dialecto local– de pronto Álvaro comenzó a cantar en otro ángulo de la sala como en una inevitable respuesta, o en un diálogo de dos lenguas y dos mundos con lo que allí acabábamos de oír. Aún ahora, cuando escucho esto, me es difícil refrenar las lágrimas de amor que todo el tiempo estuvieron en el borde de los ojos².

2 En una larga carta a Juan Carlos Mondragón, del 19 de enero de 1998, José Pedro Díaz es más explícito con respecto a las razones de este viaje a Europa y el detalle de lo sucedido en Marina di Camerota. Transcribimos algunos fragmentos: “Una amiga italiana, la misma que publicó el libro sobre Bergamín, el que editó Beto [Alberto Oreggioni], se había entusiasmado con la idea de hacer traducir *Los fuegos...* y lo logró. Ella es Rosa María Grillo, Profesora de la Universidad de Salerno, quien ya había publicado varios trabajos sobre *Los fuegos...* en diferentes revistas académicas. En consecuencia me anunció que los editores de Salerno –que es donde se editó– me invitaban a ir para la presentación del libro. A mí me pareció una locura y, en principio, dije que no. Pero por suerte tengo una poderosa familia: lo primero que Álvaro me dijo es que yo estaba loco, y que no solo debía ir sino que tenía que ir toda la familia; en consecuencia, y como primera medida, contrató un automóvil para tenerlo disponible en Roma; Amanda gestionó el hotel en la misma agencia de viajes, para estar unos días en París, en Vaugirard y Saint-Michel, el “Trianon Rive Gauche”, y volamos todos. [...] Estuvimos en París cuatro días, apenas para recordar nostálgicamente el *quartier*; yo, como estaba de viaje “en calidad de autor y con motivo de mi primera traducción”, pensé que podría hacer algo como semilla para otra, y consulté allí a la vuelta, en la librería que más había visitado en lejanos tiempos dichosos, la de José Corti, y allí me orientaron hacia Mme Metallié, adónde fui a dejarle un ejemplar de *Los fuegos...*, y me alegró ver que en su catálogo ya figuraba al menos un uruguayo, Mario Delgado Aparain; eso podía darme alguna esperanza. Y cumplido eso, y luego de una rapidísima visita a La Défense, de una inútil tentativa de visita al Louvre, y de otra tentativa más feliz para visitar otro museo, volamos a Roma, donde comprobamos que es hermosísima pero que está ocupada por tribus de muy extraños orígenes; cometimos la locura de visitar la Sixtina donde fuimos apretados por una insoportable mezcla de nórdicos y orientales, y al fin –y eso sí que fue la maravilla!– comenzamos el glorioso descenso por la carretera secundaria que recorre la costa italiana, que comienza algo más debajo de Fiumicino y llega prácticamente hasta Marina di Camerota! Bendita sea la ocurrencia de Tata Dios cuando inventó el mar y las montañas. Fue el delirio recorrer por caminos de montaña y serpenteando la costa, toda esa increíble zona donde no hay momento que desperdiciar mientras la recorres. Y además los lugares sagrados: Vietri, Pompeya, Paestum, el lago Averno, la cueva de la Sibila... Fue un goce que hace tiempo no vivía! Y todavía eso no fue nada: cuando ya estábamos por llegar a Marina di Camerota; y yo tenía dificultades para reconocer el lugar, a la entrada de un pueblo costero, y cuando vamos a entrar en él, Álvaro –que fue quien manejó siempre durante ese viaje deslumbrante– detiene bruscamente el coche y me señala una pared: ¡mirá! Y lo que veo es que hay allí pegado un letrero como los que se usan aquí en las elecciones, un cartel rojo en el que se lee, increíblemente: **BENVENUTO JOSE PEDRO DIAZ**; y de ahí en adelante, ¿qué te puedo contar? De golpe, apenas dijimos una palabra no sé a quién, y ya estábamos orientados hacia un hotel donde nos esperaban, y donde empezamos a encontrarnos con gente cálida y fraterna, que llegaban por grupos; de pronto aparecieron algunos que me recordaban nuestro parentesco –ocurre que tengo primeros y segundos, o lo que sea, en Marina–, y todos nos esperaban para celebrar nuestra presencia allí. Desde el primer encuentro aquello manifestó una calidez que jamás pude imaginar antes, y que se expresó tanto en ceremonias oficiales, como en encuentros persona a persona, en la calle, en casas particulares: ya al día siguiente ocurrió un acto público en que el Concejo administrativo de la ciudad, reunido en un gran salón, y presidido por su síndico (Intendente), me declaró ciudadano honorario, con entrega pública de las llaves de la ciudad, (una llave dorada encuadrada junto a un texto en el que se leen palabras de Baudelaire) y toda una ceremonia donde yo siempre iba acompañado por una a manera de guardia personal, etc., etc. Pero en cuanto se terminó la parte puramente ceremonial del acto, que consistía en la publicación de la decisión de declararme ciudadano de Marina di Camerota, fueron tomando la palabra diferentes ciudadanos,

varios profesores de la Universidad de Salerno, y también escritores de la zona, y cada uno consideraba un acto diferente de la novela.

Todo eso hubiera significado ya mucho, pero además se celebraba mi presencia en cada momento y en cada lugar. Por ejemplo: tú me conoces bien; cuando expliqué a las personas que vinieron a hablarme de parte del cura –que solicitaba mi presencia en la iglesia– que yo no tenía ninguna relación con la religión, me señalaron que no debía interpretarlo así; que el Sr. Cura solo deseaba que, al terminar su misa, yo dijera algunas palabras a la comunidad; que él no esperaba de mí otra cosa que eso. Como comprenderás fui a la iglesia; y lo que no podía haber imaginado es que prácticamente toda la ciudad ya estaba allí en la placita que hay al lado de la iglesia (que se llama Santo Doménico), era un domingo de tarde, y cuando me lo indicaron subí por la escalera que da a su puerta lateral y allí me guiaron de modo que pronto me encontré sentado junto al altar donde el cura estaba ofreciendo su misa. En una pausa que el sacerdote hizo, se acercó para saludarme: nos dimos las manos y el retornó a su tarea que se prolongó, al terminar la misa, mientras entregaba las hostias a quienes comulgaban. Y entonces volvió hacia mí, me llevó hasta el púlpito y me dejó delante del micrófono. Y así quedó tu amigo ante la audiencia, que en ese momento llenaba totalmente el templo y, como pudo, explicó, o intentó explicar por qué había escrito ese libro, quién era su personaje principal, y por qué había sentido la obligación de contar aquello. Y cuando terminé me saludaron con un fuerte aplauso. Al salir me rodeaban y me saludaban.

[...]

Lo que allí pasó fue algo demasiado importante para mí; no puedo contarlo como si me importara poco. Fue algo de veras muy entrañable y muy conmovedor. [...] Fue en la primera noche, creo, que, todavía con la presencia de las personas que habían sido invitadas a la ceremonia en la que se me hizo ciudadano de Marina di Camerota, hubo una cena donde estaban todas las autoridades de la ciudad y los invitados especiales –profesores de la U. de Salerno, un representante de la Embajada del Uruguay en Roma, el editor, e integrantes de diferentes organizaciones, etc.; fue en ese entorno que, mientras ocurría la cena, se me acercaron de pronto dos personas, con el aspecto de trabajadores, hombres fuertes, rudos, que se instalaron junto a mí, me abrazaron, y de pronto se lanzaron a cantar. Pero yo no entiendo lo que dicen, hablan un dialecto que ignoro: cantan a dúo, con total entrega y una fuerza entrañable, y cuando callan todo el mundo celebra con aplausos su intervención, y eso se repite una y otra vez con el mismo éxito. Y periódicamente, como costando o acompañando los aplausos de la concurrencia, ellos me abrazan y me besan en ambas mejillas. Mientras tanto, entre una y otra canción, se me acercó alguien del equipo más cercano, que me explicó al oído: “Son el Presidente y el Secretario del Sindicato de Pescadores de Marina *¿capisce?*” [...]

Y también se cumplió el proyecto de completar los encuentros de Marina con otro similar en Salerno. Aquí lo previsto era un encuentro organizado con Profesores de la Universidad de Salerno en un salón que me hizo pensar en el Ateneo. Creo que tenía ese carácter. Allí la cosa fue más puramente académica: también en esa oportunidad intervinieron creo que la misma cantidad de oradores o expositores que en Marina; allí cada uno tomó un tema a propósito de *Los fuegos...*, creo que siete expositores que discutieron la obra. Y luego, como complemento social y afectivo de esa reunión, hubo un encuentro en casa de la madre de la traductora, donde lo pasamos en conversaciones con varios profesores de Salerno, entre los que encontré algunos que me parecieron tipos realmente estupendos; es evidente que el ambiente de esta universidad es envidiable. [...]

Esa noche y allí –y esta es la anécdota uruguaya que faltaba– recibí un llamado telefónico que me inquietó; pero no tenía nada de negativo; se trataba de un llamado de un uruguayo que trabaja en Roma, en Ansa, y que enterado de lo que estaba pasando en el Sur –en Marina y en Salerno– buscaba noticias para su informe al Uruguay. Pasada la inquietud del extraño llamado, me sentí feliz, porque la conversación, que fue larga –ya que mi corresponsal quería saber todo lo que había pasado esos días en Marina y en Salerno–, terminó con la afirmación del periodista (con quien ya me conocía) que al terminar me dijo: “Macanudo, ahora sé que termino bien mi informe: dentro de media hora estará en Montevideo. Allá nos veremos dentro de un par de meses y comentaremos”. Como comprenderás, al llegar a Montevideo pregunté por las noticias que habrían llegado, y me enteré de que nada se sabía de mi maravillosa Marina. Por supuesto que la nota vino, pero no hay duda que fue a terminar en una papelera. Lo comenté con algún amigo y me señalé que suele ocurrir.”

Apéndice documental

Tres cartas inéditas de José Bergamín

San Sebastián de Río de Janeiro³

2 de enero de 1948

Queridos amigos: (José Pedro y Amanda – Marinés, Chacha, Maneco, Maggi, – Rama, Ida...) como recuerdo y deseo de felicidades *matrimoniales*⁴ para este año nuevo, les escribo. Lo de San Sebastián es porque esta ciudad lo es –este paisaje y lenguaje vivo– Revivir y Claudel (este último cuando poeta): todo aquí es, como si dijéramos, martirio natural de sobrenaturales saetas para el sentido. En español claro (¡perdón!) cachondería. O sea, una belleza alucinante, extremada hasta la más desinteresada pornografía. Y han colocado al Cristo Redentor por encima de todo este prodigio, como a una especie de guardián brasileiro de la circulación celeste, que se hace el distraído. Da miedo sentir tanta belleza, inverosímil de desmedida. Anoche –aquí el cielo es azul de anoche, todavía (“lo puro se hace azul y lo azul se hace nocturno”) [Claudel] escribí este Soneto (primero de la serie *Galatea*), recordando el verso estupendo del soneto famoso de la Agustini: “*muero de un pensamiento mudo como una herida*”; glosándolo. Y dice así:

Espero oír su voz cuando escucho un lamento;
cuando escucho un suspiro, oírla sollozar:
me cerca el alma, insiste con ansia de llorar
cuando escucho las ramas movidas por el viento.

No sé lo que me dice ese estremecimiento
que es temor de los ecos que me hicieron callar,
como el rumor del aire, como la voz del mar,
con un suspiro largo, con un sollozo lento.

Sombra que entre las sombras se esconde estremecida,
palabra temerosa de su propio temblor,
en manos del silencio deposita mi vida,

³ Carta a la que se alude en la entrada del Diario correspondiente al 5 de enero de 1948.

⁴ Los subrayados corresponden al original.

que ahora, por callarla, la siento sin dolor:
“muero de un pensamiento mudo como una herida...”
me hiere un pensamiento mudo como el amor.

José Bergamín

CARACAS

16 Enero 1948

A José Pedro y Amanda Díaz, Maneco y Chacha, Maggi y Marinés, Ángel Rama e Ida

Mis queridos amigos:

darles noticia de mi llegada aquí, donde encontré a mis hijos muy bien y de donde ya estoy deseando marcharme, con ellos o solo. He desechado las propuestas que aquí me hacía la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación para que me quedase. Aunque el trabajo era muy cómodo, no tiene sentido para mí, y el único motivo que me hubiera decidido, antes de mi viaje a Montevideo, ya tampoco es bastante, pues, aunque no me decidiese ahora a llevarme a mis hijos conmigo, este solamente sería ya un aplazamiento para dejarles tiempo a ellos, y a mí, de arreglar sus estudios, y tener yo ahí también tiempo de acomodarme a esa nueva vida. Créanme que la deseo, sobre todo por nuestro grupo. Estoy deseando encontrarme entre ustedes otra vez, aunque tenga que sacrificarme unos meses más sin los míos.

Desde Río les escribí, anticipándoles un soneto brasilero, muy sentimental. Desde que llegué acá pensé seguir la serie, pero me fue imposible por falta material de tiempo, y también por falta de sosiego y soledad. No he tenido aún noticia alguna de ahí. Escribí a Dieste y Casal Chapí. También a Gil Salguero para que me dijese, al fin, cómo se había formalizado mi contrato. Como he sido invitado en Brasil, Río y San Pablo, para unas conferencias a mi vuelta, pienso adelantar ésta, para poder llegar ahí, como pensaba, en la segunda quincena de Marzo. Supongo que no habrán olvidado ustedes lo de buscarme alojamiento. Duendes, Musarañas y Musas estarán seguramente dedicadas a tal tarea. No dejen de escribirme pronto. Estoy extrañado y dolido de no haber recibido noticia alguna de ahí. Esta carta es un recuerdo solamente de quien se lo guarda muy cordial y muy vivo, amistosamente.

José Bergamín

CARACAS

Altos Teatro Ávila, o
“Cruz del Sur”. Apartado 111.
Lunes 9 de febrero. 1948.

Mis muy queridos amigos Amanda y José Pedro:

Esta carta se fue retrasando muy sin mi voluntad, por falta de ocasión y sosiego, pues el poco tiempo que tengo para estar aquí me lo llevan familiares y amigos. Les adelanté en carta que no sé si al fin recibieron Ángel e Ida, otros tres Sonetos para GALATEA, diciéndoles que se los transmitieran, y que con ellos y los del Pasajero, podrían formar un conjunto de catorce que fuera ya suficiente para reunirlos en un fascículo, como pensamos. Aquí va otro nuevo, que está bien para la confidencia, pero que no me gusta para la publicación. Y es así:

No tengo más que un alma, no tengo más que un nombre,
no tengo más que un sueño y que un solo deseo;
no tengo más que un cuerpo que, cuando miro, veo
que no es más que una sombra, esqueleto de un hombre.

No es para que me creas, no es para que te asombre,
si te digo que vivo cuando apenas lo creo;
es porque a penas vivo, cuando sufro y peleo
cuando sueño, creyéndome una sombra sin nombre.

Que nadie sabrá nunca el fantasma que ha sido
para este deseo, este sueño, esta muerte,
esta amorosa llaga de ti, por la que herido

voy respirando el último dolor, el de perderte;
ahogándome en un eco con un nombre perdido,
perdiéndome en la sombra como una cosa inerte.

Como verán este soneto es malo y no debe publicarse con los otros tres; que, aunque tampoco sean buenos, no declinan y caen, como este, en esa especie de falsa sinceridad a la que nos lleva el abandono excesivo de una *técnica* cuando esta coincide con una *forma*. Y digo esto para que Amanda no me crea tan lejano a su neo-clasicismo romántico. Creo que lo mejor que dijo el admirable tonto – poeta a quien conocemos por el seudónimo de Paul Valéry (perdón, perdón) fue aquello de que la sintaxis es una facultad del alma. Por lo que, a veces, el alma tropieza y se cae, no solo por falta de memoria, entendimiento o voluntad, sino sencillamente por falta de sintaxis: pues siendo esta facultad anímica y no regla gramatical es, como todo lo que empieza en donde una gramática termina, cuestión de estilo. De esto y otras cosas *por el estilo*

creo que hablaremos largamente. Y luego callaremos también: pues tengo nostalgia de esos *maravillosos silencios* bosquiplayeros de ahí. Y hasta del aparatoso subrayado del viento, con el que llegué a pelear personalmente: con el viento en persona. Nostalgia y deseo de volver los tengo de veras; sobre todo, por encontrarles y encontrarme, verdaderamente encontrarme, reencontrarme, entre ustedes. Pienso, y así lo digo a Rama e Ida, que para mi cursillo o seminario *conversacional* sería buen tema unir los de Mística y Picaresca. ¿Qué les parece? Con ello podría plantearse mejor la totalidad de nuestro cuestionario, en aquella inolvidable noche de casi despedida, iniciado. Yo lo que quiero es que sea algo verdadero y vivo para nosotros. El *tema* de vida y poesía: de poesía y literatura. Aquí les va también, con los cuatro Sonetos (que me pidió Juan Lizcano para su página literaria) otro articulillo, fragmentario, que creo les puede interesar. Tal vez forme parte de una serie: HOMBRE SIN ROSTRO, o en plural. Preparo muchas cosas para hacerlas en ese paisaje y encontrar en él su lenguaje correspondiente: al menos el que a mí me dé para *Eco* y sus voces vivas. Y para *¿Adónde iré que no tiemble?* También llevo, *in mente*, ya casi construida, una dramática versión de mi guerra civil española; versión galdosiana, en cierto modo, con el muy galdosiano título de LA SAN BARTOLOMÉ. Cosa del *horror religioso*, a lo Kierkegaard; pues una reciente lectura de *Temor y temblor*, me ha esclarecido mucho el asunto y sus personajes, que no son otros que *los cinco divididos*, según el texto evangélico: la *familia cristiana*, que, por serlo, extrema su propia división interna en lucha fratricida y parricida. Algo atroz, pero tal como ya lo he visto y sigo viendo en nuestra España. Se trata de hasta dónde puede llevar la fe cuando se desencadena su pasión más allá del amor y de la esperanza: hasta el parricidio consciente (sacrificio de Abraham, *el padre de la fe*). Con una trágica anécdota española, que si no sucedió, pudo suceder, sobre todo si los Obispos de la *cruzada* hubiesen estado verdaderamente *a la altura de las circunstancias* y hubieran llegado al crimen con sus manos, como llega el mío, protagonista de mi drama, en la persona de su propio hijo. Ya les contaré, pues es cosa que me duela parirla, porque la llevo, desde años, dentro. También les hablaré de otros proyectos para los que necesito la colaboración entusiasta de todos ustedes: del grupo nuestro.– Y no más por hoy. Espero ya solamente que me llegue el giro para salir; me quedaré en el Brasil unos veinte días, me parece, en Río, San Pablo, Belorizonte. Y quisiera llegar a Montevideo no más tarde del veinte de Marzo; antes, mejor. ¿Y mi rincón gatuno? Quiero decir el domicilio o pensión que me han buscado. Ahora llegaré solo todavía, pues mis hijos quedarán aún aquí hasta terminar el actual curso, en julio: luego vendrán a reunirse conmigo. Prepárense, pues, a soportarme mucho tiempo, un año, dos... quien sabe. No creo que saldré de aquí antes del veinte. Aún pueden escribirme acá, ponerme dos letras. Y hasta muy pronto. Les queda siempre su amigo que les abraza

José Bergamín

(Espero sus nuevos poemas y cuentos).

Bibliografía general

- AÍNSA, Fernando – *Los novelistas del 45*. “Capítulo Oriental N° 33”. Montevideo/ Buenos Aires, CEAL, 1968.
- *Tiempo reconquistado: siete ensayos sobre literatura uruguaya*. Montevideo, Géminis, 1977.
 - *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya*. Montevideo, Trilce, 1993.
 - *Espacios de la memoria. Lugares y paisajes de la cultura uruguaya*. Montevideo, Trilce, 2008.
 - *Confluencias en al diversidad. Siete ensayos sobre la inteligencia creadora uruguaya*. Montevideo, Trilce, 2011.
- ALZUGARAT, Alfredo – “José Pedro Díaz (1921 – 2006). La navegación incesante”, en *El País Cultural* N° 1102, 14 de enero de 2011.
- “‘Hostinato rigore’: el camino hacia la creación en José Pedro Díaz”, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Época 3, Año 3, N°s 4 – 5, 2011.
 - “El Archivo Díaz – Berenguer y la labor de investigación”, ponencia en Simposio *La Biblioteca Nacional de Uruguay en el siglo XXI: actualidad y desafíos*, 25 a 27 mayo 2011.
 - “Con Gladys Castelvechi. ‘Yo sólo creo en mis sueños’” (reportaje) en *El País Cultural* N° 773, 27 de agosto.
- ARREGUI, Mario. *Líber Falco*. Montevideo, Arca, 1980.
- BAUDELAIRE, Charles – *Las flores del mal*. Buenos Aires, Losada, 1997. Traducción de Nydia Lamarque.
- BENEDETTI, Mario – *Literatura uruguaya siglo XX* – 1ª edic. Montevideo, Alfa, 1963; 2ª, ampliada, Montevideo, Alfa, 1969.
- BERENGUER, Amanda – *El monstruo incesante*. Montevideo, Arca, 1990.
- *Constelación del navío*. Montevideo, H editores, 2002.
 - *Materia prima*. Montevideo, Arca, 1966.
 - *La botella verde*. Montevideo, Cal y Canto, 1995.
- Archivo y Correspondencia de Amanda Berenguer.
- BRANDO, Óscar – *La generación del 45. Una mirada desde la literatura*. Montevideo, Edit. Técnica, 2006.
- BIOY CASARES, Adolfo. *Borges*. Destino, Buenos Aires, 2006.
- CAMPODÓNICO, Miguel Ángel – *Uruguayos por su nombre. Sepa quien es quien*. Montevideo, Fin de Siglo, 1995.
- CANO CALDERÓN, Amelia. *El diario en la Literatura. Estudio de su tipología*, en *Anales de filología Hispánica*, Madrid, Vol. 3, 191/7, págs. 53 – 60.
- DARÍO, Rubén – *Los raros*. Buenos Aires/México, Espasa Calpe, 1952.

- DÍAZ, José Pedro – *La búsqueda del orden y el impulso a la aventura en la narrativa de André Gide*, Montevideo, Facultad de Humanidades, 1958.
- *Diarios íntimos. Charles Baudelaire*. Traducción, prólogo y notas de JPD. Montevideo - Buenos Aires, Arca - La Galerna, 1977.
- *El Habitante*. Montevideo, La Galatea, 1949. 2ª. Edic. Montevideo, Tierra Nuestra, 1970.
- *Gustavo Adolfo Bécquer: Vida y poesía*. Montevideo, La Galatea, 1953. 2ª edic. Madrid, Gredos, 1958.
- *Los fuegos de San Telmo*. 1ª. Edición – Arca, 1964; 9ª edic. “I fuochi di Sant ‘Elmo”, Galzerano, Italia, presentación de Rosa María Grillo, 1997.
- *Partes de naufragios*. Montevideo, Arca, 1969.
- *La claraboya y los relojes*. Montevideo, Cal y Canto, 2001.
- “Neruda en el Uruguay”, prólogo a *Aquellos anchos días. Neruda el oriental*, de José Miguel Varas. Montevideo, Monte Sexto, 1991.
- Archivo y Correspondencia de José Pedro Díaz (Biblioteca Nacional – Uruguay).
- DIDIER, Béatrice. *Le Journal Intime*. París, Presses Universitaires de France, 2002.
- DOMÍNGUEZ, Carlos María – *Tola Invernizzi. La rebelión de la ternura*. Montevideo: Trilce, 2001.
- DUPREY, Jacques – *André. El Uruguay de Supervielle*. Montevideo, Ediciones del Bichito, 1996.
- EL OBSERVADOR. *Gran Enciclopedia del Uruguay*. Tomos I, II, III y IV.
- ESPINA, Concha. *De Antonio Machado a su más grande y secreto amor*. Madrid, Lifesa, 1950.
- FIERRO, Enrique. *Los poetas del 45*. “Capítulo Oriental N° 32”. Montevideo - Buenos Aires, CEAL, 1968.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Obras Completas*, Tomo VI, 1979.
- GIDE, André – *Journal 1889 – 1939*. París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1960.
- *Journal des faux-monnayeurs*. París, Gallimard, 1948.
- *Los monederos falsos*. Buenos Aires, Poseidón, 1949.
- GRILLO, Rosa María – *José Bergamín en Uruguay. Una docencia heterodoxa*. Montevideo, Cal y Canto, 1995. Traducción de Catalina Sánchez Serrano.
- LARRE BORGES, Ana Inés – “Idea Vilariño: el diario vivir”, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, Época 3, Año 3, N°s. 4 – 5, 2011.
- LAUTRÉAMONT, Isidore Ducasse, conde de. *Obras completas. Los cantos de Maldoror, poesías, cartas*. Buenos Aires, Ediciones Boa, 1964. Traducción de Aldo Pellegrini.
- LEJEUNE, Philippe. *Signes de vie. Le pacte autobiographique 2*. París, Seuil, 2005.

- MACHADO, Antonio. *Poesía Completa*. Buenos Aires/México, Espasa Calpe, 1949.
- MARTÍ, José. *Obras Completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963 – 1966. Tomos 6 a 8 y 9 a 13.
- MICHELENA, Alejandro. *Montevideo: historias de gentes, reuniones y lugares*. Montevideo, Cal y Canto, 1998.
- MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGÈRES, AMBASSADE DE FRANCE EN URUGUAY, EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL – *Actas del Coloquio Jules Supervielle (José Pedro Díaz coord.)* Montevideo: Banda Oriental, 1997.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA – *Biblioteca Nacional 181 años*. Montevideo, 1997.
- MOLLOY, Sylvia. *Acto de presencia, la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México, FCE, Tierra Firme, 1996.
- MONDRAGÓN, Juan Carlos. “José Pedro Díaz: la literatura mar adentro”, en *Historia de la literatura uruguaya contemporánea*, tomo 1, Raviolo H. y Rocca, P. edit. Montevideo, Banda Oriental, 1997
- OREGGIONI, Alberto – *Nuevo Diccionario de Literatura Uruguaya* (Tomos 1 al 3). Montevideo, Arca – Credisol 1987 – 1991. Versión actualizada de Tomos 1 y 2, Montevideo, Banda Oriental, 2001.
- OROÑO, Tatiana – “Una palabra donde apoyar el fondo del océano”, reportaje de Tatiana Oroño a Amanda Berenguer, *Revista Zama*, Año 1, N°1, Instituto de Literatura Hispanoamericana Facultad de Filosofía y Letras – UBA, abril 2008.
- PAGANINI, Alberto. *Los cuentistas del 45*. Capítulo Oriental N° 34. Montevideo/ Buenos Aires, CEAL, 1968.
- *Los críticos del 45*. Capítulo Oriental N° 35. Capítulo Oriental N° 35. Montevideo/ Buenos Aires, CEAL, 1968.
- PEYROU, Rosario, edit. *Ángel Rama: Diario 1974 – 1983*. Montevideo, Trilce, 2001.
- PICARD, Hans Rudolf – *El diario como género entre lo íntimo y lo público*, en www.cervantesvirtual.com
- RAMA, Ángel – *La generación crítica 1939 – 1969* – Montevideo, Alfa, 1972.
- *Cien años de raros*. Montevideo, Arca, 1966.
- “Raros y malditos en la literatura uruguaya”, en *Marcha* N° 1319, Montevideo, 2 de setiembre de 1966, p. 30 – 31.
- ROCCA, Pablo – *35 años en Marcha (Crítica y Literatura en Marcha y en el Uruguay 1939 – 1974)*. Montevideo, IMM, 1992
- *Montevideo: altillos, cafés, literatura (1849 – 1986)*. Montevideo, Arca, 1992.
- *El Uruguay de Borges. Borges y los uruguayos. 1925 – 1974*. Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/ Universidad de la República/Linardi y Risso, 2002.

– “Con José Pedro Díaz. Memoria de los años dorados”, en *El País Cultural* N° 264, Montevideo, 25 de noviembre de 1994.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. *Literatura uruguaya del medio siglo*. Montevideo, Alfa, 1966.

– *Borges. Una biografía literaria*. México, FCE, 1987.

RAVILOLO, Heber y ROCCA, Pablo – *Historia de la literatura uruguaya contemporánea*. Tomos 1 y 2. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1997.

SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier. “Autobiografía y pacto autobiográfico: revisión crítica de las últimas aportaciones teóricas en la bibliografía científica hispánica”, en *Ogigia*, revista electrónica de estudios hispánicos, ISSN 1887 – 3731, N° 7, 2010, pp. 5 – 17.

SILVA VILA, María Inés. *Cuarenta y cinco por uno*. Montevideo, Fin de Siglo, 1993.

UNAMUNO, Miguel de. *Diario íntimo*. Montevideo, Alianza editorial, Madrid, 1970.

Se consultaron las siguientes páginas web:

www.cervantesvirtual.com

www.periódicas.edu.uy

www.imdb.com

es.wikipedia.org

Se consultaron las siguientes publicaciones periódicas correspondientes a los años del Diario:

Alfar

Anales del Ateneo del Uruguay

Anales de la Universidad

Asir

Clinamen

Diario El Día

Diario El País

Escritura

Marcha

Marginalia

Mito

Nexos

Número

El Correo de los Viernes (1981)

Maldoror

Índice

Agradecimientos	7
Noticia preliminar y Prólogo, de Alfredo Alzugarat	9
Cronología de José Pedro Díaz	33
Autobiografía	43
Cuaderno I.....	55
Cuaderno II	63
Cuaderno III.....	113
Cuaderno IV.....	165
Cuaderno V	235
Cuaderno VI.....	275
Cuaderno VII.....	343
Cuaderno VIII	371
Cuaderno IX.....	403
Cuaderno X	433
Cuaderno XI.....	445
Apéndice Documental.....	449
Bibliografía General	453

